

SANCTA HILDEGARDA LIBRO DE LAS OBRAS DIVINAS DE UNA PERSONA SIMPLE.

JOANNES DOMINICUS MANSI A LOS LECTORES.

En un antiguo códice de mi biblioteca, elegante y adornado con oro y colores, del siglo XII, o al menos del inicio del XIII, encontré este volumen con el siguiente título: Libro de las obras divinas de una persona simple; y no necesité una investigación laboriosa para indagar sobre el autor, ya que en su lectura encontré la palabra Scivias, que es peculiar de Santa Hildegarda, virgen alemana, célebre en el siglo XII por sus revelaciones divinas; y de hecho, bajo ese título, descubrí que fue escrito por ella, según Tritemio en De Script. Eccles. Tritemio también proporciona el inicio de ese escrito, que en nuestro caso se repite con las mismas palabras. Así que no quedaba duda sobre el autor; pero aún sospechaba si era la misma obra que había visto la luz más de una vez; consulté al respecto la edición parisina, publicada en 1513, a cargo de Jacobo Fabro; y al hacer la comparación, reconocí que era diferente de la nuestra, especialmente porque el título es diferente en ambos casos, el inicio del libro es distinto; y finalmente, las ediciones ya publicadas fueron escritas por su autor cuando tenía 43 años; pero esta obra fue entregada por la misma santísima virgen en el año 65 de su vida, según testifica; aquella pertenece al año 1141; esta al año 1163; finalmente, la obra impresa se divide en tres libros; mientras que la que ahora publico es un único libro, como también indica Tritemio, pero dividido en tres partes.

Sin embargo, aún quedaría alguna ambigüedad, ya que al inicio de la obra aquí publicada se leen estas palabras: Y sucedió en el sexto año después de que las visiones maravillosas y verdaderas, en las que había trabajado durante cinco años, la verdadera visión de la luz inextinguible, etc. El primer año fue el inicio de las presentes visiones; y este año lo liga con el milésimo centésimo sexagésimo tercero de Cristo, y el cuadragésimo quinto de su vida. Si la primera visión duró cinco años, y después de ella, antes de que comenzara la segunda, transcurrió un período de seis años, deducimos correctamente que el inicio de la primera visión debe colocarse en el año 1152, y el quincuagésimo quinto de Hildegarda. ¿Cómo se concilian estos datos con la época de la primera visión impresa, que señala su inicio en el año 1141 y el cuadragésimo segundo de Hildegarda? Al año 1141, y el cuadragésimo segundo de su vida, añade once, y llegarás al año 1152 de Cristo, y al quincuagésimo tercero de su vida.

Este nudo apenas se resolvería, a menos que establezcamos tres visiones. La primera, que fue impresa, comenzó en el año 1141; cuándo terminó, lo ignoramos. Le siguió otra, comenzada en el año 1152 de Cristo, y el quincuagésimo tercero de Hildegarda, y esta se indica en la visión ahora publicada. Esta segunda duró cinco años, es decir, hasta el año 1157 de Cristo, y el quincuagésimo octavo de Hildegarda. A esta le siguió una pausa de seis años, que nos lleva al inicio de esta visión, perfectamente ligada con el año 1163 de Cristo, y el septuagésimo de Hildegarda al comenzar.

Así, resueltas las complicaciones cronológicas, ahora se deben decir algunas palabras sobre la obra misma. Es asombroso cuánto abunda en temas físicos, o en sus figuras, imágenes y similitudes para explicar tanto los dogmas divinos de la fe católica y los sagrados misterios, como los humanos, que se refieren a la regulación y dirección de nuestras costumbres, la huida de los vicios y la práctica de todas las virtudes. Aquí se narra la gloria de Dios por todas partes, y se celebran sus atributos y perfecciones, bondad, misericordia, sabiduría, omnipotencia, providencia, justicia en la creación, conservación y dirección de todas las

cosas hacia su fin; en la reparación del género humano, en la santificación y recompensa de los justos, y en los castigos de los impíos y en la vida eterna según la medida de sus culpas.

Esta obra siempre ha sido tenida en tan alta estima, que los justos evaluadores de las cosas siempre han creído que al leer y meditar esta obra, cualquier molestia y trabajo se alivia con la abundancia de frutos tan dulces, que casi parece desaparecer o apenas sentirse. ¿Qué no decretó el concilio de Tréveris sobre Santa Hildegarda y sus revelaciones y escritos, celebrado en presencia del Papa Eugenio III? Pues como dice Tritemio en el *Chronico Hirsaugiensi*: Allí estaba presente el Santo Padre Bernardo, por cuya mediación el sumo pontífice, junto con todos los demás, se movió para no permitir que una lámpara tan insigne quedara oculta en silencio; sino que confirmara con su autoridad la gran gracia que el Señor había manifestado en su tiempo. A esto, el santo pontífice, consintiendo con benevolente favor, visitó a la devota virgen de Cristo con cartas saluatorias, en las que gloriosamente le concedió la licencia con autoridad apostólica para expresar y escribir todo lo que conociera por el Espíritu Santo; y la animó a que escribiera sin temor lo que le había sido revelado. Tales cartas de Eugenio P. P. a Hildegarda las tiene Severino Binius en el concilio de Tréveris, de donde las refiere Manriques en *Annal. Cisterciens.*, al año de Cristo 1148, pág. 101. Casi lo mismo se puede leer en *Baronius Annal. eccl.*, tomo XII, año 1148, y Surius en la *Vida de Santa Hildegarda*. ¿Qué más? El mismo Guillermo Cave en *Historia litteraria scriptorum ecclesiasticorum* al año 1170, pág. 684, dice de Santa Hildegarda: Dotada de raras cualidades del alma, y notable por su piedad hacia Dios, su celo por la religión, comenzó a brillar con visiones y profecías divinamente concedidas ya en su cuadragésimo año. Movidos por la fama de este hecho, el Papa Eugenio III, y los principales obispos y abades de Francia y Alemania, y entre ellos San Bernardo, sometieron sus visiones proféticas a un examen más riguroso en el año 1148, y las encontraron genuinas, y las confirmaron en el concilio de Tréveris. Y más tarde, los pontífices Anastasio IV y Adriano IV ratificaron la misma sentencia, quienes, enviándole cartas, se encomendaron a sí mismos y a la Iglesia Romana a sus oraciones. Por tanto, cualquiera que sea lo que Casimiro Oudinus en *Comment. de scriptoribus eccl.*, tomo II, col. 1571 y siguientes, y hombres de similar calaña puedan decir, salga a la luz esta obra dignísima, que se ponga en manos de todos los eruditos, y que finalmente sea leída con mayor fruto, con atención y amor a la verdad.

COMIENZA EL LIBRO DE LAS OBRAS DIVINAS DE UNA PERSONA SIMPLE.

Y sucedió en el sexto año después de que las visiones maravillosas y verdaderas, sobre las cuales había trabajado durante cinco años, la verdadera visión de la luz inextinguible me había mostrado a mí, una persona que ignoraba en gran medida la diversidad de los múltiples comportamientos, que el primer año fue el inicio de las presentes visiones, cuando tenía sesenta y cinco años vi una visión de tan gran misterio y fortaleza, que temblé por completo, y debido a la fragilidad de mi cuerpo comencé a enfermar. Esa visión finalmente la completé escribiéndola durante siete años. Así, en el año milésimo centésimo sexagésimo tercero de la Encarnación del Señor, aún no apaciguada la presión de la sede apostólica, bajo el emperador Federico de la dignidad romana, una voz del cielo se dirigió a mí, diciendo: Oh pobre figura, que eres hija de muchos trabajos, y consumida por muchas y graves enfermedades del cuerpo, pero sin embargo impregnada de la profundidad de los misterios de Dios, encomienda a una escritura estable estas cosas que ves con los ojos interiores y percibes con los oídos interiores del alma, para utilidad de los hombres, para que también los hombres comprendan a su Creador a través de ellas, y no rehúsen venerarlo con el honor debido. Así que escribe estas cosas no según tu corazón, sino según mi testimonio, que soy vida sin principio ni fin, ni encontradas por ti, ni meditadas por otro hombre, sino preordenadas por mí antes del principio del mundo, porque así como antes de crear al hombre lo preconocí, también previ lo

que le sería necesario. Yo, por tanto, pobre y débil figura, testificando aquel hombre, a quien como en mis visiones anteriores he mencionado, había buscado ocultamente, y había encontrado, testificando también la misma joven, de quien hice mención en las visiones anteriores, quebrantada por muchas enfermedades, finalmente convertí mi temblorosa mano a escribir. Mientras lo hacía, miré hacia arriba a la verdadera y viviente luz para saber qué debía escribir, porque todo lo que había escrito desde el principio de mis visiones, o lo que sabía después, lo vi con los ojos interiores de mi espíritu, vigilante en los misterios celestiales, y lo escuché con los oídos interiores, y no en sueños, ni en éxtasis, como he mencionado en mis visiones anteriores, ni he dicho nada del sentido humano con la verdad como testigo, sino solo lo que percibí en los secretos celestiales. Y de nuevo escuché una voz del cielo que me enseñaba así, y dijo: Escribe entonces según mí de esta manera.

PARTE PRIMERA.

PRIMERA VISIÓN.

Posición de la maravillosa visión, de la cual depende la obra siguiente, y en ella la descripción sutil de una cierta imagen divina que aparece en forma de hombre, y su hábito o circunstancias.

I. Y vi como en medio del aire del sur una imagen hermosa y maravillosa en el misterio de Dios, como la forma de un hombre, cuyo rostro era de tal belleza y claridad, que más fácilmente podría mirar al sol que a ella. Un círculo amplio y de color dorado rodeaba la cabeza de ese rostro. En el mismo círculo, sobre esa cabeza, apareció otro rostro como de un anciano, cuya barbilla y barba tocaban la cima de la cabeza de este. Y de cada lado del cuello de esa forma procedía un ala, que ascendiendo sobre el mencionado círculo se unían allí. En la cima de la curvatura arqueada de esta ala derecha veía como una cabeza de águila, que tenía ojos ígneos, en los cuales aparecía el resplandor de los ángeles como en un espejo. En la cima de la curvatura arqueada del ala izquierda había como un rostro humano, que resplandecía como el fulgor de las estrellas. Y estos rostros estaban orientados hacia el este. Pero de cada hombro de esta imagen se extendía un ala hasta las rodillas. También estaba vestida con una túnica similar al resplandor del sol, y en sus manos sostenía un cordero resplandeciente como la luz del día. Y bajo sus pies pisoteaba un monstruo de forma horrible, de color venenoso y negro, y una serpiente que había clavado su boca en la oreja derecha de ese monstruo, curvando el resto de su cuerpo transversalmente sobre la cabeza de este, extendiendo su cola en el lado izquierdo de aquel hasta sus pies. Y esta imagen decía.

Palabras de la misma imagen, por la cual se entiende la caridad, llamándose a sí misma vida ígnea de la sustancia de Dios, y narrando los múltiples efectos de su poder en las diversas naturalezas o cualidades de la creación.

II. Yo soy la suma y ígnea fuerza, que enciendo todas las chispas vivientes, y no exhalo nada mortal, sino que juzgo las cosas como son, volando alrededor del círculo con mis alas superiores, es decir, volando con sabiduría, lo ordené correctamente. Pero también soy la vida ígnea de la sustancia de la divinidad que flamea sobre la belleza de los campos, y brillo en las aguas, y ardo en el sol, la luna y las estrellas, y con el viento aéreo, una cierta vida invisible que sostiene todo, vitalmente todo lo suscito. Pues el aire vive en el verdor y en las flores, las aguas fluyen, como si vivieran; el sol también vive en su luz, y cuando la luna llega a su defecto, se enciende con la luz del sol, como si viviera de nuevo; las estrellas también resplandecen como viviendo en su luz. También establecí las columnas que contienen todo el orbe de la tierra; asimismo, los vientos que tienen bajo sus alas, es decir, los vientos más

suaves, que con su suavidad sostienen a los más fuertes, para que no se muestren con peligro, así como el cuerpo cubre y contiene el alma, para que no expire. Así como el aliento del alma recoge y sostiene el cuerpo firmemente, para que no desfallezca, así también los vientos más fuertes animan a los que están sujetos a ellos, para que ejerzan su oficio adecuadamente. Por tanto, yo, fuerza ígnea, me oculto en estas cosas, y ellas arden por mí, como el aliento mueve continuamente al hombre, y como en el fuego hay una llama ventosa. Todas estas cosas viven en su esencia, y no se encuentran en la muerte, porque yo soy la vida. También soy racionalidad, teniendo el viento de la palabra sonora, por la cual toda criatura fue hecha, y en todas estas cosas soplé, de modo que ninguna de ellas en su género es mortal, porque yo soy la vida. Soy una vida íntegra, que no fue cortada de las piedras, ni brotó de las ramas, ni echó raíces de la fuerza viril, sino que todo lo vital está enraizado en mí. Pues la racionalidad es la raíz, y la palabra sonora florece en ella. Por lo tanto, siendo Dios racional, ¿cómo podría ser que no operara, cuando toda su obra florece, a quien hizo a su imagen y semejanza, y todas las criaturas las señaló según la medida en ese hombre? Pues en la eternidad siempre fue que Dios quiso hacer su obra, es decir, al hombre, y cuando perfeccionó esa obra, le dio todas las criaturas para que trabajara con ellas, así como Dios mismo había hecho su obra, es decir, al hombre. Pero también soy oficial, porque todas las cosas vitales arden por mí; y soy vida igual en la eternidad, que ni ha nacido, ni terminará, y esta misma vida que se mueve y opera es Dios, y sin embargo esta vida es una en tres fuerzas. Por tanto, la eternidad es el Padre, el Verbo es el Hijo; el aliento que conecta estos dos se llama Espíritu Santo, como también Dios lo señaló en el hombre, en quien están el cuerpo, el alma y la racionalidad. Que flameo sobre la belleza de los campos, esto es la tierra, que es la materia de la cual Dios hizo al hombre; y que brillo en las aguas, esto es según el alma; porque, así como el agua cubre toda la tierra, así el alma atraviesa todo el cuerpo; que ardo en el sol y en la luna, esto es la racionalidad; las estrellas son las innumerables palabras de la racionalidad. Y que con el viento aéreo, una cierta vida invisible que sostiene todo, vitalmente todo lo suscito, esto es, porque por el aire y el viento, las cosas que proceden en crecimiento, vegetadas, subsisten, removidas de la nada a lo que son.

Que en el hombre hecho a su imagen y semejanza, Dios señaló toda criatura, y que después de la caída, por pura caridad de benignidad, lo reparó a través de su encarnación y lo colocó en la bienaventuranza que el ángel caído había perdido, y que esto se muestra en la mística significación de la visión antes mencionada.

III. Y de nuevo escuché una voz del cielo que me decía: Dios, que creó todas las cosas, hizo al hombre a su imagen y semejanza, y en él señaló tanto las criaturas superiores como las inferiores, y lo tuvo en tal amor, que lo destinó al lugar del cual el ángel caído había sido expulsado, y lo ordenó a la gloria y honor que aquel había perdido en la bienaventuranza; esto lo demuestra la visión que ves. Pues que ves como en medio del aire del sur una imagen hermosa y maravillosa en el misterio de Dios, como la forma de un hombre, esto es que en la fortaleza de la divinidad inextinguible, hermosa en elección, y maravillosa en los dones de los secretos del Padre celestial, es la caridad, mostrando al hombre, porque cuando el Hijo de Dios asumió carne, en el oficio de la caridad redimió al hombre perdido. Por lo cual su rostro es de tal belleza y claridad, que más fácilmente podrías mirar al sol que a ella, porque la largueza de la caridad está en tal eminencia y resplandor de sus dones, que trasciende todo entendimiento de la ciencia humana, por la cual en el alma puede entender diversas cosas, de modo que de ninguna manera puede captarla en su sentido. Pero aquí se muestra en significación para que por ella se conozca en la fe a aquel que no se ve visiblemente con los ojos visibles.

Que la fe devota abarca la excelencia de la caridad divina, y que por esta Dios es reconocido como uno en la trinidad; y que por el mérito de esta misma fe, Dios mismo protege a los hombres y los lleva de nuevo a las cosas celestiales.

IV. Y un círculo amplio y de color dorado rodea la cabeza de ese rostro, porque la fe católica difundida por todo el orbe de la tierra, surgiendo en la primera aurora de un fulgor excelso, abarca con toda devoción la excelencia de la largueza de la verdadera caridad, donde Dios en la humanidad de su Hijo redimió al hombre, y por la infusión del Espíritu Santo lo confirmó, de modo que se reconozca a un solo Dios en la Trinidad, que sin tiempo de inicio fue Dios en la divinidad antes de la eternidad. Que en el mismo círculo sobre esa cabeza aparece otro rostro como de un anciano, esto es que a los fieles la benignidad de la Divinidad, que es sin inicio y fin, les socorre, de modo que la barbilla y barba de ese rostro tocan la cima de la cabeza de este, porque la Divinidad disponiendo y protegiendo todo obtiene la altura de la suma caridad, donde el Hijo de Dios en su humanidad llevará de nuevo a los hombres perdidos a las cosas celestiales.

Que el amor de Dios y del prójimo, fortalecido por la virtud de la fe, no puede separarse.

V. Y de cada lado del cuello de esa forma procede un ala, que ascendiendo sobre el mencionado círculo se unen allí, porque el amor de Dios y del prójimo proceden en unidad de fe por la virtud de la caridad, y comprendiéndola dentro de sí por el sumo deseo, no se separan entre sí, cuando la santa Divinidad obnubila a los hombres con el innumerable resplandor de su gloria, mientras están en la sombra de la muerte, carentes del vestido celestial que perdieron en Adán.

Que cualquiera que se someta a Dios con humilde devoción, encendido por el Espíritu Santo, y se supere a sí mismo en lo que es vicioso y al diablo, y que los ángeles exultando por los bienes de los justos, alaben la omnipotencia de Dios.

VI. En la cima de la curvatura arqueada de esta ala derecha, ves como una cabeza de águila que tiene ojos ígneos, en los cuales aparece una multitud de ángeles como en un espejo, porque en la altura de la sumisión triunfante, cuando cualquiera sujeto a Dios se supera a sí mismo y al diablo, se eleva en la bienaventuranza de la protección divina. Y cuando eleva su mente hacia lo alto, encendido por el Espíritu Santo, y fija su intención en Dios, en ella aparecen claramente los espíritus bienaventurados, y ofrecen a Dios la devoción de su corazón. Pues en el águila se designan los hombres espirituales, que con toda devoción de su corazón contemplan a Dios frecuentemente como ángeles. Por eso, los espíritus bienaventurados que contemplan a Dios continuamente, se alegran de las buenas obras de los justos, y las muestran en sí mismos, y así perseveran en la alabanza de Dios, nunca se cansan, porque nunca podrán llevarlo a su fin. ¿Quién podría enumerar los innumerables milagros que Dios hace en la potencia de su posibilidad? Nadie. A los ángeles les acompaña un resplandor como de muchos espejos en el que ven que nadie obra así, ni es de tanta potencia como Dios, por lo que nadie es semejante a Él, ya que ni siquiera tiene tiempo.

Que desde la eternidad estaban en Dios sin lugar todas las cosas que, al crear Él, salieron distintas en número, orden, lugar y tiempo.

VII. Todas las cosas que Dios ha obrado, las tuvo en su presencia antes del principio del tiempo. En la pura y santa Divinidad aparecieron todas las cosas visibles e invisibles sin momento y sin tiempo antes de la era, como los árboles u otras criaturas cercanas al agua se

ven en ellas, aunque no estén corporalmente en ellas, pero sin embargo toda su formación aparece en ellas. Pero cuando Dios dijo: Hágase, inmediatamente se revistieron de formación, las cuales su presciencia contemplaba antes de la era sin tener cuerpos. Pues así como en un espejo resplandecen todas las cosas que están delante de él, así en la santa Divinidad aparecieron todas sus obras sin la edad de los tiempos. Y cómo Dios estaría vacío de la obra de su presciencia, cuando toda su obra, después de que se reviste de cuerpo, está llena en el oficio que le corresponde, que la misma santa Divinidad previó que le asistiría sabiendo, conociendo, ministrando. Pues así como el rayo de cualquier luz muestra la forma de una criatura a través de la sombra, así la pura presciencia de Dios contemplaba toda la formación de las criaturas antes de que fueran incorporadas, porque la obra que Dios iba a hacer en su presciencia antes de que la misma obra fuera incorporada, brilló según esta semejanza, como el hombre contempla el resplandor del sol antes de poder ver su sustancia. Y así como el resplandor del sol lo indica, así también los ángeles muestran a Dios alabándolo; y así como no puede ser que el sol esté sin su luz, así tampoco la Divinidad está sin la alabanza de los ángeles. La presciencia de Dios precedió, y su obra la siguió; y si la presciencia de Dios no hubiera precedido, su obra no habría aparecido, así como si no se ve el rostro del hombre, no se conoce su cuerpo: pero cuando se ve el rostro del hombre, se alaba su cuerpo. Así que la presciencia de Dios y su obra están en Él.

Que el diablo y los ángeles desertores de la justicia, aunque antes eran de gran poder, por su ingratitud o soberbia fueron reducidos a esto, que en toda criatura no pueden hacer nada sino lo que se les permite por el mandato supremo.

VIII. Había una cierta innumerable multitud de ángeles que quisieron ser por sí mismos, porque cuando veían su gran y gloriosa claridad en el máximo resplandor, olvidaron a su Creador. Y antes de que comenzaran a alabarlo, calculaban en sí mismos que el fulgor de su honor era tan grande que nadie podría resistirles; por eso también querían oscurecer a Dios. Pues cuando vieron que nunca podrían llevarlo a su fin en sus milagros, lo aborrecieron, y cuando debían alabarlo, decían por falsa opinión que en su gran claridad elegirían otro dios. Por lo cual cayeron en las tinieblas, reducidos a tal imposibilidad que en ninguna criatura pueden hacer nada, sino lo que se les permite por su Creador. Pues cuando Dios adornó al primer ángel, que fue llamado Lucifer, con todos los ornamentos de las criaturas que había dado a todas las criaturas, de tal manera que todo su séquito tuviera esplendor de ello, él yendo en sentido contrario, se hizo más horrible que todas las cosas horribles, porque la santa Divinidad en su celo lo arrojó al lugar que está sin luz.

Que el hombre, dirigiéndose a la imitación de su Creador, como abstraído de cierta irracionalidad bestial, comienza a resplandecer con el fulgor de la naturaleza racional.

IX. Pero en la cima de la curvatura arqueada, en el ala izquierda hay como un rostro humano, que resplandece como el fulgor de las estrellas, esto es que en la cúspide de la humillación victoriosa, cuando el hombre aplasta las causas terrenales, como en la izquierda que le adversan, en humildad, y se convierte en defensa de su Creador, tiene el aspecto de un hombre, porque no comienza a vivir según el ganado, sino según lo que la naturaleza humana le enseña, en honestidad. Por lo cual también en estas justas obras muestra la buena intención de su corazón, como un espléndido resplandor.

Que en la palabra de Dios diciendo «Hágase la luz,» la luz racional, es decir, los ángeles fueron creados, y que de estos al caer algunos de la bienaventuranza, el Señor hizo otra vida racional, que estaría cubierta de carne, es decir, el hombre, que obtendría el lugar y la gloria de los caídos.

X. Pues cuando Dios dijo: Hágase la luz, surgió la luz racional, es decir, los ángeles, tanto aquellos que permanecieron con Él en la verdad como aquellos que cayeron en las tinieblas exteriores sin ninguna luz, porque negaron que la verdadera luz que estaba en la claridad antes de la era sin principio fuera Dios, y porque quisieron hacer a alguien semejante a Él, lo cual no podía ser. Entonces Dios hizo surgir otra vida, que cubrió con cuerpo, que es el hombre, a quien dio el lugar y la gloria del ángel perdido, para que este en la alabanza de Dios completara lo que aquel no quiso hacer. En este rostro humano se muestran aquellos que, entregados corporalmente al mundo, sin embargo, sirven continuamente a Dios en espíritu, y no por estar detenidos secularmente en el mundo, olvidan las cosas del espíritu en el servicio de Dios. Y estos rostros están vueltos hacia el oriente, porque tanto los espirituales como los seculares, que desean servir a Dios y conservar sus almas en vida, deben volverse hacia el amanecer de la santa conversación y bienaventuranza.

Que Dios en la fortaleza de su caridad reuniendo a los predestinados a Él, los instruye con la infusión de los dones del Espíritu Santo en todo lo necesario.

XI. Pero también desde ambos hombros de esta imagen se extiende un ala hasta sus rodillas, porque en la fortaleza de la caridad el Hijo de Dios reunió a justos y pecadores a Él, y los sostuvo tanto en los hombros, porque vivieron justamente, como en las rodillas porque los había llamado de la vía de la injusticia, y los hizo consortes de los ciudadanos celestiales, como también el hombre sostiene con las rodillas y los hombros lo que lleva. Pues en la ciencia de la caridad el hombre es llevado a la plenitud de la integridad con alma y cuerpo, aunque muchas veces se mueva del estado de estabilidad recta. A quien cuando los dones del Espíritu Santo lo inundan desde lo alto en pura y santa largueza, lo enseñan abundantemente en las cosas celestiales y espirituales. También en las terrenales lo instruyen de otro modo para la utilidad de la necesidad corporal, en las cuales sin embargo se entiende débil e enfermo y mortal, aunque esté armado con estos múltiples dones.

Que el Hijo de Dios asumiendo la naturaleza de la humanidad sin mancha de pecado, y apareciendo en la carne, llamó a publicanos y pecadores al arrepentimiento, y los justificó por su fe.

XII. Pero que está vestido con una túnica semejante al resplandor del sol, esto es que el Hijo de Dios en la caridad revistió el cuerpo humano sin ninguna contaminación de pecado en la semejanza de la belleza del sol, porque así como el sol resplandece sobre las demás criaturas en tal altura que ningún hombre puede tocarlo, así también la humanidad del Hijo de Dios, cómo es, ninguna ciencia humana puede comprenderla sino creyendo. Y en sus manos tiene un cordero resplandeciente como la luz del día, porque la caridad en las obras del Hijo de Dios produjo la mansedumbre de la verdadera fe resplandeciente sobre todo, donde eligió de publicanos y pecadores mártires y confesores y penitentes, y donde hizo justos de los impíos, como de Saulo a Pablo, para que volaran sobre las alas de los vientos, esto es, en la armonía celestial. Así la caridad perfeccionó su obra poco a poco y distintamente, de modo que no hubiera debilidad, sino toda plenitud en ella, lo que el hombre no hace, porque cuando tiene una pequeña posibilidad de hacer algo, apenas lo sostiene hasta que lo completa, sin que sea visto por otros. Esto el hombre lo considere dentro de sí, porque incluso un ave saliendo del huevo, y careciendo de alas, aún no se apresura a volar, pero después de que recibe alas, vuela a donde le parece conveniente.

Que la imitación de la caridad del Hijo de Dios que con su cruz aplastó al diablo, también ahora en sus fieles aplasta la discordia y otros vicios, y reduce a nada al antiguo engañador del género humano.

XIII. Pero que un cierto monstruo de horrible forma, y de color venenoso y negro, y un cierto serpiente lo aplasta con sus pies, esto es que la verdadera caridad aplasta la injuria de la discordia distorsionada por muchos vicios, y horrible por muchas perversidades, y venenosa en el engaño, y negra en la perdición, y al antiguo serpiente que acecha a los fieles, por las huellas del Hijo de Dios, cuando también el mismo Hijo de Dios lo redujo a nada en la cruz. Que clava su boca en la oreja derecha de ese monstruo, y doblando su cuerpo restante transversalmente sobre su cabeza, extiende su cola en la parte izquierda de aquel hasta sus pies, porque el diablo, simulando a veces que su engaño es bueno, lo clava en la discordia, y aplicando ligeramente el inicio de todo el género de vicios aquí y allá, al final de ellos muestra que tiene la perversidad de la peor consumación de la discordia. Pues la serpiente, siendo más astuta en el engaño que los demás gusanos, destruye todo lo que puede en esa astucia, y se convierte en lo que es peor. Lo que también los diversos colores que hay en él designan. Así también hizo Satanás, porque cuando conoció su belleza, quiso ser semejante a su Creador, y esto también lo introdujo al hombre por el oído como por la cabeza de la serpiente, y no cesará de hacerlo hasta el último día, lo que es como su cola. La caridad, por tanto, está en la rueda de la eternidad sin tiempo, como el calor en el fuego. Pues Dios en su eternidad previó todas las criaturas, que en la plenitud de la caridad las produjo de tal manera que el hombre no careciera de ninguna recreación o servicio en ellas, porque las unió al hombre como llamas al fuego. Pero Dios constituyó al primer ángel con muchos ornamentos, como también se ha dicho antes, pero cuando él se contempló a sí mismo, odió a su Señor, y quiso ser Señor, pero Dios lo arrojó al pozo del abismo. Entonces el mismo transgresor introdujo un mal consejo al hombre, al cual el hombre consintió.

Que Adán y Eva, por la persuasión del diablo que les envidiaba, consintiendo, perdieron la gloria del vestido celestial, es decir, la inmortalidad.

XIV. Pues cuando Dios creó al hombre, lo vistió con un vestido celestial, de tal manera que resplandecía en gran claridad. Pero el diablo mirando a la mujer, conoció que sería la madre de un gran mundo, y en la misma malicia con la que se apartó de Dios, hizo que lo superara en esta obra suya, de tal manera que la misma obra de Dios que es el hombre se convirtiera en su sociedad. Entonces la mujer, sintiéndose diferente al probar el fruto, dio el fruto a su marido, y así ambos perdieron el vestido celestial.

Que Dios, compadecido de ellos, para castigar la culpa de la transgresión los expulsó del paraíso a este exilio; y que cualquiera que viole la fidelidad del matrimonio instituida por Dios entre ellos, será castigado con grave venganza, a menos que se arrepienta.

XV. Pero que Dios luego dijo: Adán, ¿dónde estás?, con esto prefiguró que recordaba que lo había hecho a su imagen y semejanza, y que quería atraerlo de nuevo a Él. También cubrió su desnudez con el servicio servil, y lo envió al exilio, de tal manera que en lugar de la vestidura luminosa recibió una piel de oveja, así como cambió el paraíso por este exilio. Pues Dios unió a la mujer con el hombre con el juramento de fidelidad, de tal manera que esta fidelidad nunca se destruya en ellos, sino que consientan en uno, como el cuerpo y el alma, que Dios unió en uno. Por lo cual, cualquiera que destruya esta fidelidad, y así impenitente sin enmienda permanezca, se convertirá en la tierra de Babilonia, es decir, en la tierra de confusión y aridez, que así permanecerá sin la hermosa verdor del campo, es decir, sin la

bendición de Dios, y la venganza de Dios caerá sobre él, hasta la última línea de consanguinidad, que procedió de su sangre ardiente, porque este pecado toca a ese hombre.

Que en la predicación del Hijo de Dios encarnado, al surgir el pueblo espiritual, se cumplió la promesa de Dios diciendo a Abraham, que según el número de las estrellas del cielo se multiplicaría su descendencia.

XVI. Y así como Adán es el padre de todo el género humano, así también por el Hijo de Dios, que se encarnó en la naturaleza virginal, surgió el pueblo espiritual, que ascenderá así como Dios prometió a Abraham por el ángel, es decir, que su descendencia sería como las estrellas del cielo, como está escrito: Mira al cielo, y cuenta las estrellas si puedes. Y le dijo: Así será tu descendencia. Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gén. V). Lo cual se entiende así. Tú que adoras y veneras a Dios con buena voluntad, contempla los secretos de Dios, y discierne la recompensa de los méritos de aquellos que resplandecen ante Dios día y noche. si esto es posible para el hombre cargado con el peso corporal, porque mientras el hombre saborea las cosas de la carne, no puede comprender plenamente las cosas del espíritu. Y se le dice con verdadera manifestación a aquel que se esfuerza por adorar a Dios en el recto suspiro de su corazón. De este modo será multiplicada y esclarecida la descendencia de tu corazón, que sembraste en el buen campo regado por la gracia del Espíritu Santo, que también se levantará y resplandecerá en las virtudes bienaventuradas ante el Dios supremo, como las estrellas resplandecen en el firmamento. Por lo cual, cualquiera que crea fielmente en la promesa divina, teniendo la altura de la verdadera fe en Dios, de tal manera que desprecie todas las cosas terrenales, y tienda hacia las celestiales, será contado justo entre los hijos de Dios, porque amó la verdad, y porque no tuvo engaño en su corazón.

Que Dios de la descendencia de Abraham creyente y obediente a Él eligió a la virgen María, de la cual Cristo, el fundador y rector de la nueva, es decir, generación espiritual, nacería corporalmente.

XVII. Pues Dios conoció que el ánimo de Abraham estaba sin el engaño de la serpiente, porque lo que obraba no lo hacía para daño de nadie; por lo cual también de su descendencia Dios eligió la tierra dormida, que era totalmente ignorante del gusto de aquello en lo que el mismo antiguo serpiente engañó a la primera mujer. Pero esta tierra, prefigurada por la vara de Aarón, era la Virgen María, que fue la cámara cerrada del rey en gran humildad, porque cuando ella recibió este mensaje del trono, que el supremo Rey quería habitar en su clausura, miró la tierra de la cual fue creada, y se dijo sierva de Dios. Lo que no hizo la primera mujer engañada, cuando deseó tener lo que no debía tener. La obediencia de Abraham, en la que Dios probó su fe, cuando le mostró un carnero colgado en las espinas, prefiguró la obediencia de la bienaventurada Virgen, que creyendo en la palabra del mensajero de Dios, deseó que se hiciera según la palabra de ese mismo mensajero, por lo cual también el Hijo de Dios se revistió de carne en ella, a quien el carnero colgado en las zarzas había prefigurado. Pero también que Dios dijo que multiplicaría su descendencia según las estrellas del cielo, en esto preveía esa descendencia, que sería contada en el pleno número de la compañía celestial. Y porque él creyó fielmente a Dios en todo, por eso también fue llamado padre de aquellos que serán herederos del reino de los cielos. Por tanto, todo hombre que teme y ama a Dios, abra con estas palabras la devoción de su corazón, y sepa que no por el hombre, sino por mí que soy la preeminente, para la salvación de los cuerpos y las almas de los hombres.

VISIÓN SEGUNDA

Descripción de la esfera de todo el mundo con sus círculos, planetas y vientos en forma de rueda en el pecho de la imagen, que aparece en la primera visión descrita.

I. Luego, en el pecho de la imagen mencionada, que había contemplado en medio del aire del sur, como se ha dicho antes, apareció una rueda de visión maravillosa con sus signos, de una similitud casi como aquel instrumento que había visto de manera significativa hace veintiocho años, como en la figura de un huevo, tal como se muestra en la tercera visión del libro Scivias. En la parte superior de su redondez, un círculo en la semejanza de un fuego brillante, y debajo de ese círculo, otro círculo como un círculo de fuego negro, donde el mismo círculo de fuego brillante superaba al círculo de fuego negro en densidad dos veces. Y estos dos círculos se unían entre sí como si fueran un solo círculo. Debajo de este círculo de fuego negro, había otro círculo en la semejanza de un éter puro, con una densidad igual a la de los círculos de los dos fuegos mencionados. Pero debajo de este círculo de éter puro, había otro como un círculo de aire acuoso, con una densidad en su redondez igual a la densidad del círculo de fuego brillante mencionado. Y debajo de este círculo de aire acuoso, había otro círculo como de aire fuerte, blanco y brillante, existiendo en su rigidez como un nervio en el cuerpo humano, mostrando una densidad igual a la del círculo de fuego negro mencionado. Estos dos círculos también se unían entre sí como si fueran un solo círculo. Debajo de este círculo de aire fuerte, blanco y brillante, había un aire tenue marcado, que a veces parecía llevar nubes elevadas y brillantes, y a veces inclinadas y sombrías, y se extendía por toda la rueda mencionada. Todos estos seis círculos estaban unidos entre sí sin ningún espacio intermedio. El círculo superior, como si con su fuego, impregnaba a los otros círculos; el acuoso, sin embargo, regaba a todos los demás con su humedad. Y desde el principio de la parte oriental de la misma rueda hasta el final de la parte occidental, una línea se extendía hacia la parte septentrional, como separando la región septentrional de las otras regiones. Pero también un globo estaba marcado en medio del signo de ese aire tenue, que en su circuito estaba a igual distancia del signo de aire fuerte, blanco y brillante, con una anchura en transversal igual a la profundidad del espacio desde la cima del círculo superior hasta la extremidad de las nubes, o desde la extremidad de las nubes hasta la cima de ese mismo globo. En medio de esta rueda, aparecía la imagen de un hombre, cuya cabeza alcanzaba arriba y sus pies abajo al círculo mencionado, como de aire fuerte, blanco y brillante. Desde el lado derecho, la punta de los dedos de su mano derecha; y desde el lado izquierdo, la punta de los dedos de su mano izquierda se extendía hacia el círculo designado en la redondez, porque la misma imagen había extendido sus brazos así. Pero hacia esas mismas partes, aparecían cuatro cabezas, a saber, como la cabeza de un leopardo y un lobo, y como la cabeza de un león y un oso. Pues sobre la cabeza de la imagen mencionada, en el signo de éter puro, veía como la cabeza de un leopardo, emitiendo de su boca como un soplo, que también en la parte derecha de esa boca se curvaba un poco en longitud, formándose en la cabeza de un cangrejo con dos pinzas, como con dos pies; y en la parte izquierda de esa boca, también se curvaba un poco en longitud, terminando en la cabeza de un ciervo. De la boca de esta cabeza de cangrejo, como otro soplo salía hasta la mitad del espacio que había entre las cabezas del leopardo y el león mencionado; y de la boca de la cabeza del ciervo, como otro soplo venía hasta la mitad del espacio que había entre la cabeza del leopardo y el oso. Y el soplo que procedía desde la parte derecha de la boca del leopardo hasta la cabeza del cangrejo, el soplo también que salía desde la parte izquierda de esa boca hasta la cabeza del ciervo, y el soplo que se extendía desde la boca de la cabeza del ciervo hasta la mitad del espacio entre las cabezas del leopardo y el león, se prolongaba. El soplo también que se extendía desde la boca de la cabeza del ciervo hasta la mitad del espacio que había entre las cabezas del leopardo y el oso, eran de igual longitud. Todas estas cabezas soplaban hacia la rueda mencionada y

hacia esta imagen del hombre. Bajo los pies de la misma imagen del hombre, en el signo de aire acuoso, aparecía como la cabeza de un lobo, como produciendo un soplo de su boca, que también desde la derecha de esa boca, erupcionando un poco en longitud, tomaba la forma de la cabeza de un ciervo en medio de la mitad del espacio que había entre las cabezas del lobo y el oso, de cuya boca también, como otro soplo venía y terminaba en la misma mitad. Desde la izquierda de la boca de esa cabeza de lobo, el soplo que procedía de esa boca se prolongaba en medio de la mitad del espacio que había entre las cabezas del lobo y el león, surgiendo en la cabeza de un cangrejo con dos pinzas, como con dos pies, de cuya boca también, como otro soplo salía y residía en la misma mitad. La medida de los espacios por la cual estas cabezas se distanciaban entre sí, era la misma medida y forma de sus soplos que se extendían en longitud, como se ha dicho de las otras cabezas y sus soplos, y enviaban sus soplos hacia la rueda mencionada y hacia la imagen del hombre que estaba en ella. Pero a la derecha de esa imagen, en el signo de fuego brillante, veía como la cabeza de un león, de cuya boca salía como un soplo que se prolongaba un poco desde ambas partes de esa boca, y así también en la parte derecha se formaba en la cabeza de una serpiente, y en la izquierda en la cabeza de un cordero. Y la cabeza de la serpiente, mostrándose en medio de la mitad del espacio que había entre la cabeza del león y el lobo, emitía como un soplo que se extendía hasta la misma mitad, y se unía al soplo que salía de la cabeza del cangrejo, que estaba entre la cabeza del lobo y el león. Pero la cabeza del cordero, apareciendo en medio de la mitad del espacio que había entre la cabeza del león y el leopardo, producía como un soplo que se prolongaba hasta la misma mitad, encontrándose con el soplo que salía de la cabeza del cangrejo, que estaba entre la cabeza del leopardo y el león. Pero según los espacios por los cuales estas cabezas estaban separadas entre sí, la longitud de sus soplos procedía, como se ha mostrado de las cabezas superiores y sus soplos, y se mostraban soplando hacia la rueda mencionada y hacia la imagen humana mencionada. Pero a la izquierda de esa misma imagen, en el signo de fuego negro, aparecía como la cabeza de un oso, que emitía como un soplo de su boca, que también se extendía un poco en longitud desde la derecha y la izquierda de esa boca, terminando a la derecha en la cabeza de un cordero, y a la izquierda tomando la forma de la cabeza de una serpiente. De la boca de esta cabeza de cordero, como otro soplo se prolongaba hasta la mitad del espacio que había entre las cabezas del oso y el leopardo, pero de la boca de esta cabeza de serpiente, como otro soplo se extendía hasta la mitad del espacio que había entre las cabezas del oso y el lobo. Pero la similitud de este soplo que venía desde la parte derecha de la boca del oso hasta la cabeza del cordero, la similitud también de ese mismo soplo que procedía desde la parte izquierda de esa boca hasta la cabeza de la serpiente. El soplo también que salía de la boca de la cabeza del cordero hasta la mitad del espacio mostrado, que se veía entre las cabezas del oso y el leopardo, y el soplo que se prolongaba desde la boca de la cabeza de la serpiente hasta la mitad del espacio entre las cabezas del oso y el lobo, eran de una sola y misma longitud. Todas estas cabezas también daban soplos hacia la rueda mencionada y hacia la imagen del hombre mencionada. Pero sobre la cabeza de esta imagen, siete planetas estaban marcados arriba, tres en el círculo de fuego brillante, uno también en el círculo de fuego negro que le seguía, y tres en el círculo de éter puro que le seguía, de modo que también hacia el sur, al lado de él, y también bajo sus pies, el sol aparecía marcado y distinguido en su círculo de la misma manera y orden. Y desde el medio del signo del primer y más alto planeta, que estaba marcado sobre la cabeza de esa imagen, salían como ciertos rayos, uno de los cuales descendía al signo del sol, y uno irradiaba hacia el pie derecho de la cabeza del cangrejo, que procedía de la cabeza del leopardo, y uno se extendía hacia el cuerno derecho de la cabeza del ciervo, que también salía de la misma cabeza del leopardo. Desde el medio del signo del segundo planeta, como un rayo se inclinaba sobre el signo del sol, y otro salía hacia la cabeza del cordero, que venía del signo de la cabeza del león, y otro se dirigía hacia la línea mencionada, que desde el principio de la

parte oriental de la rueda mencionada, como hasta el final de la parte occidental de la misma, se extendía hacia la región septentrional, con la cabeza del cordero colocada allí arriba, que salía del signo de la cabeza del oso. El signo del tercer planeta desde su medio extendía un rayo hacia el signo del sol, y otro se dirigía hacia la cabeza de la serpiente, que procedía del signo de la cabeza del león; pero otro se prolongaba hacia la línea mencionada hacia la cabeza de la serpiente, que salía del signo de la cabeza del oso. El signo del sol también, como emitiendo ciertos rayos de sí mismo, tocaba con un rayo el signo de la cabeza del leopardo, con otro el signo de la cabeza del león, con otro el signo de la cabeza del lobo, pero no tocaba el signo de la cabeza del oso; y otro rayo lo fijaba extendiéndose sobre el signo de la luna, y como sobre el cerebro, y hasta sobre ambos talones de la imagen mencionada. Y desde el medio del signo del quinto planeta, que está más cercano bajo el sol, como un rayo ascendía hacia el signo del sol, y otro se extendía hacia la cabeza del cangrejo que salía del signo de la cabeza del lobo; pero otro se dirigía hacia el cuerno izquierdo del signo de la luna. Desde el medio del signo del sexto planeta, que está más cercano sobre la luna, como un rayo se extendía hacia el signo del sol, y otro se dirigía hacia el cuerno derecho del signo de la luna, y otro se extendía hacia la cabeza del ciervo, que procedía del signo de la cabeza del lobo. Desde el signo de la luna, como un rayo irradiaba sobre ambas cejas, y sobre ambos tobillos de la imagen mencionada. Pero también, como se ha dicho antes, el signo del sol, de la misma manera y orden que sobre la cabeza de esta imagen, estaba marcado con sus rayos hacia los lugares mencionados, también hacia el lado derecho de ella, y también bajo sus pies en su círculo, aparecía marcado hacia los mismos lugares. En el circuito del círculo, en el que se veía la semejanza de fuego brillante, también aparecían dieciséis estrellas principales, a saber, cuatro entre la cabeza del leopardo y el león, cuatro también entre la cabeza del león y el lobo, cuatro entre la cabeza del lobo y el oso, y cuatro también entre la cabeza del oso y el leopardo. De las cuales, ocho que estaban en medio de las estrellas que se encontraban a ambos lados entre estas cabezas, a saber, dos entre dos cabezas, extendían como sus rayos hacia el signo del aire tenue opuesto a ellas; pero las otras ocho, que parecían estar más cerca de estas cabezas a ambos lados de estas estrellas medias, dirigían como sus rayos solo hacia el fuego negro. El círculo de éter puro, el círculo también de aire fuerte, blanco y brillante, estaban como llenos de estrellas, que enviaban sus resplandores hacia las nubes opuestas a ellas. Por lo cual, en la parte derecha de la imagen mencionada, como si dos lenguas separadas entre sí salieran de ellas, dirigían como ciertos riachuelos hacia la rueda mencionada y hacia la misma imagen. Pero desde la parte izquierda de esa, desde las nubes marcadas allí, como también dos lenguas algo separadas entre sí, se dirigían hacia la misma rueda y hacia la misma imagen, como con ciertos riachuelos fluyendo de ellas. De esta manera, esta imagen estaba entrelazada y rodeada por estos signos. También vi que de la boca de la imagen mencionada, en cuyo pecho aparecía la rueda, salía una luz más clara que la luz del día, en la semejanza de hilos, con los cuales los signos de los círculos, y los signos de las otras figuras que estaban diferenciadas en la misma rueda, y cada uno de los signos de los miembros de la forma humana, a saber, de la misma imagen que también aparecía en la misma rueda, se medían con una medida recta y distinta: como se manifiesta en las palabras precedentes y siguientes.

Porque la Divinidad, como una rueda completa sin principio ni fin, no circunscrita por lugar o tiempo, abarca todo en sí misma.

II. Y de nuevo escuché una voz del cielo que me decía: Dios, que para la gloria de su nombre compiló el mundo con elementos, lo confirmó con vientos, lo iluminó entrelazándolo con estrellas, y lo llenó con las demás criaturas, rodeando y protegiendo al hombre en él con todas estas cosas, lo impregnó con la máxima fortaleza en todas partes, para que le asistieran en

todo y participaran en sus obras, de modo que trabajara con ellas, porque el hombre sin ellas no puede ni vivir ni subsistir, como se te manifiesta en la presente visión. Pues en el pecho de la imagen mencionada aparece una rueda de visión maravillosa con sus signos, de una similitud casi como aquel instrumento que viste de manera significativa hace veintiocho años, como se te mostró en tus visiones anteriores, porque sin olvido en la ciencia del verdadero amor que es Dios, existe la forma del mundo, insolublemente voluble, y maravillosa para la naturaleza humana, de modo que no se consume con ninguna vejez, ni se aumenta con ninguna novedad, sino que como fue creada por Dios al principio, así perdurará hasta el fin del mundo. Porque la Divinidad en su presciencia y en su obra es como toda íntegra, y de ningún modo dividida, porque no tiene principio ni fin, ni puede ser comprendida por nadie, porque está fuera del tiempo. Y así como el círculo abarca lo que está dentro de él, así la santa Divinidad abarca infinitamente todo y lo supera, porque en su potencia nadie pudo dividirla, ni superarla, ni llevarla a su fin.

Por qué en el libro Scivias la esfera del mundo se muestra en la figura de un huevo, y en este en la semejanza de una rueda.

III. Pero que el instrumento mencionado anteriormente en tus visiones anteriores se denote en la figura de un huevo, esto muestra que la distinción de los elementos se significa solo en esa semejanza, porque el mundo, distinto por elementos, se asemeja en cierta medida a la forma distintiva de un huevo en la similitud de la distinción misma por la cual está distinguido por elementos; pero aquí en la rueda se muestra solo la circulación y la medida recta de esos mismos elementos, ya que ninguno de ellos mantiene la semejanza de la figura del mundo en todo, porque siendo íntegro, redondo y voluble en todas partes, alguna esfera que es íntegra y voluble imita más bien su forma en toda parte.

De los dos círculos de fuego brillante y negro, por qué uno está debajo del otro, y cómo cooperan entre sí, y qué significan.

IV. Pero que en su parte superior, alrededor de su redondez, aparece un círculo en la semejanza de fuego brillante, esto es porque el primer elemento que es el fuego existe primero, porque es ligero, abarca y ilumina los demás elementos, y atraviesa todas las criaturas proporcionándoles el gozo de su luz, significando el poder de Dios, que está sobre todos y que da vida a todos. Debajo del cual se muestra otro círculo como un círculo de fuego negro, porque este fuego, existiendo bajo el poder del anterior, es judicial y casi infernal, hecho para la venganza de los malos, y no perdona a ninguna cosa sobre la cual cae con justo juicio, porque en él se muestra que todo el que se opone a Dios se convertirá en la caída de la negrura y muchas calamidades. Pues en el verano, cuando el sol asciende, ese mismo fuego ejerce la venganza de Dios en la combustión del rayo, pero cuando en invierno el sol descende, ese fuego muestra las plagas judiciales en el hielo y el granizo, y en el frío, porque cada pecado se examina ya sea por fuego, ya sea por frío, o por otras plagas según su modo. Y ese mismo círculo de fuego brillante supera al círculo de fuego negro en densidad dos veces, porque este fuego negro es de tal fortaleza y amargura en su negrura que oscurecería y disiparía al fuego brillante superior si este no lo superara en densidad, significando que la venganza de los pecados de los hombres tiene tantos peligros de penas en sí que el hombre no podría soportar si la gracia y la clemencia de Dios no lo precedieran. Y estos dos círculos se unen entre sí como si fueran un solo círculo, porque arden en el ardor del fuego, y porque el poder y el juicio de Dios, manteniéndose en una rectitud, no se separan entre sí.

Del círculo de éter puro, que es el tercero, para qué sirve en su constitución, y qué significa, y por qué es de tanta densidad como los dos superiores.

V. Bajo el mismo círculo de fuego negro, hay otro círculo en la semejanza de éter puro, en todas partes de tal densidad como los círculos de los dos fuegos mencionados, ya que bajo los fuegos mencionados, tanto el luminoso como el negro, el éter puro rodea al mundo con su redondez, procediendo de ellos como relámpagos de fuego llameante, cuando el fuego extiende su llama mostrando el puro arrepentimiento de los pecados, que por la gracia de Dios se despierta en el hombre como de un fuego luminoso, y por su temor como de un fuego negro. Y es de la misma densidad que los dos fuegos mencionados, porque resplandeciendo de ambos fuegos, tiene en sí la densidad de ambos, no siendo más suave en el resplandor del luminoso, ni más severo en la repercusión del negro, como el justo juicio de Dios lo juzga, ya que ni el día ni la noche muestran otra cosa en sí que lo que la voluntad divina dispone. Este mismo éter retiene las cosas superiores e inferiores, para que no excedan su límite, ni cae sobre ninguna criatura con juicio judicial, sino que con su sutileza y equidad muchas veces se opone a ella, así como el arrepentimiento constriñe la venganza de los pecados. Que tenga la densidad de estos fuegos significa que el hombre penitente considera la caída del primer ángel, que fue luminoso, en el fuego luminoso, y que en la densidad del fuego negro considera la caída de los hombres en la incredulidad y temeridad de los pecadores, y así, contemplando el poder y el justo juicio de Dios, se arrepiente pura y dignamente.

Del cuarto círculo, que parece en forma de aire acuoso, y cuánta es su densidad, y qué significa.

VI. Pero bajo el mismo círculo de éter puro, hay otro círculo como un círculo de aire acuoso de tal densidad en su redondez, como también se manifiesta la densidad del círculo del fuego luminoso mencionado, significando que bajo el éter mencionado, alrededor del firmamento, están aquellas aguas que se conocen que están sobre el firmamento, de la misma densidad en su circuito, como existe la densidad del fuego luminoso mencionado. Y este aire acuoso muestra las obras santas en los ejemplos de los justos, que son como agua translúcida, y que limpian las obras impuras, así como el agua lava toda suciedad, existiendo de esta capacidad en su perfección según la gracia divina en el fuego del Espíritu Santo las enciende.

Del círculo de aire fuerte, blanco y luminoso, qué utilidad tiene al ocupar el quinto lugar, y cuánta es su densidad, y qué significa, o por qué se une al superior, como si fueran uno.

VII. Bajo el mismo círculo, es decir, de aire acuoso, se muestra otro círculo de aire fuerte, blanco y luminoso, existiendo en su rigor de esta similitud, como el nervio en el cuerpo humano, que, opuesto a los peligros de las aguas superiores, con su fortaleza y tenacidad retiene sus inundaciones, para que no cubran la tierra con una efusión repentina e incongruente, significando también que la discreción confirma las obras santas en este tipo de temperamento, para que el hombre constriña su cuerpo de tal manera que no vaya a la ruina injustamente constreñido. Que en todo su circuito es de la misma densidad que la densidad del círculo del fuego negro mencionado, porque este está puesto para la utilidad de los hombres de igual manera que aquel para la venganza de sus pecados. Pero cuantas veces las aguas inferiores son atraídas hacia arriba en exceso para la venganza de los malos por el justo juicio de Dios, cierto humor del aire acuoso a través de este aire fuerte, blanco y luminoso, como la bebida del hombre en la vejiga, transuda permaneciendo íntegro, lo que hace que esas aguas descendan con peligrosa inundación. Por lo tanto, la discreción también discierne las obras de los hombres para su salvación en toda justa moderación, cuando los juicios de Dios no trascienden sus pecados en venganza, sino que los juzgan justamente, porque protector y rector se contienen mutuamente con justa equidad. Estos dos círculos también

están unidos entre sí de tal manera que parecen ser como un solo círculo, porque se humedecen en el humor y vierten humor en otros, así como la discreción contiene las buenas obras en su moderación para que no vayan a la ruina.

Del sexto círculo, que parece proceder de los superiores en la semejanza de aire tenue, qué vale en su lugar, y qué se figura en razón mística a través de él.

VIII. Y bajo este círculo, es decir, de aire fuerte, blanco y luminoso, está marcado como otro aire tenue, que de los círculos superiores o elementos, se muestra procediendo como aire soplado, que no se separa de los mismos elementos, así como el aliento del hombre sale de él, pero no se separa de él. Este mismo aire también parece llevar nubes a veces elevadas y luminosas, a veces inclinadas y sombrías, que el aire acuoso mencionado expelle y recoge, como el fuelle del herrero emite y retrae el soplo, de modo que cuando ciertas estrellas puestas en el elemento de fuego mencionado, en sus circuitos ascienden, atraen hacia arriba estas nubes, por lo que se vuelven luminosas. Pero cuando en sus circuitos descienden, las devuelven hacia abajo, y así son sombrías y siembran lluvias. Y el aire tenue mencionado parece difundirse casi por toda la rueda mencionada, porque todo lo que hay en el mundo es vivificado y sostenido por él. Pero también bajo la defensa de la discreción, los deseos rectos de los hombres fieles que viven en la sutileza de la justicia, se muestran procedentes de las virtudes superiores y confortaciones por el Espíritu Santo, cuando no se apartan de ellas, sino que con toda devoción se adhieren a ellas sin interrupción, teniendo una mente firme en ellos, ahora resplandeciente en confianza, ahora temblando en humildad, hacia Dios, que surge de las obras santas y ejemplos de los justos, y se recoge hacia ellos, así como el trabajador es recompensado por su obra. Porque cuando en los hombres la buena ciencia encendida por el Espíritu Santo en sus justificaciones se eleva hacia las cosas celestiales, atrae consigo sus mentes, y las hace puras allí, y cuando en las mismas justificaciones se inclina hacia las necesidades corporales, devuelve sus mentes a ellas, de modo que en estas preocupaciones parecen turbias, llevando sin embargo la lluvia de lágrimas, porque lamentan adherirse a las cosas terrenales, aunque se entregan completamente a la potencia divina.

Por qué estos seis círculos se unen entre sí sin intervalos, y qué se insinúa por esta conexión.

IX. Todos estos seis círculos estaban unidos entre sí sin ningún intervalo, porque si la disposición divina no los hubiera solidado así con esta unión, el firmamento se rompería y no podría sostenerse, mostrando que las virtudes perfectas en el hombre fiel, asociadas entre sí por la inspiración del Espíritu Santo, se fortalecen de tal manera que, luchando contra los vicios del diablo, realizan unánimemente todas las buenas obras.

Que el primer círculo inflama a los otros con su fuego, el cuarto los templea con su luz, y qué muestra esto figurativamente en nosotros.

X. El círculo supremo, como con su fuego, perfunde a los otros círculos, mientras que el acuoso riega a todos los demás como con su humor, porque el elemento superior que es fuego, fortalece a los demás con su fortaleza y blancura, mientras que el acuoso imparte verdor a los otros con su humectación, así como la potencia de Dios santifica a los hombres fieles en las maravillas de su gracia, y las obras de los fieles magnifican la piedad de su Creador en la verdadera humildad de la santidad.

De la línea que aparece extendida en la rueda mencionada desde el primer amanecer del sol hasta su extremo ocaso, y qué lleva esto mismo mística.

XI. Y como desde el principio de la parte oriental de la misma rueda, hasta el fin de la parte occidental de ella, una línea en el firmamento se extiende hacia su parte septentrional, como separando la región septentrional de las otras regiones, porque desde el primer amanecer del oriente, es decir, donde el sol primero sale, cuando los días comienzan a alargarse hasta el último ocaso del occidente, es decir, donde el sol ya no avanza, la línea, es decir, el camino del sol, se refleja evitando la región septentrional, porque el sol no se sumerge en esas partes, sino que las tiene como en desdén, donde el antiguo seductor eligió su sede de morada, por lo que Dios también privó a esas partes del acceso del sol. Así también, desde el inicio de las buenas obras existentes en el poder de Dios hasta su buena consumación, el hombre fiel opone la rectitud de la justicia a la iniquidad, separando las artes diabólicas de las buenas y santas obras, porque quien quiera adherirse fielmente a Dios, se esforzará por evitar lo que daña su alma, para escuchar aquello que está escrito.

Testimonio del Apocalipsis, y cómo debe entenderse para expresar lo mismo.

XII. «Al que venciere, le daré del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita un nombre nuevo, que nadie conoce sino el que lo recibe (Apoc. II).» Lo cual se entiende así: Cualquiera que huya de la parte izquierda, tiene una gran batalla contra la serpiente tortuosa, que siempre busca arrastrarlo consigo a la parte izquierda. Y si perseverando en esta lucha, ahuyenta a Satanás no consintiendo en su consejo, yo, que soy, le daré el pan vivo que descendió del cielo, que estaba escondido de toda humildad de la voluntad del hombre, y de todo engaño de la antigua serpiente, y también les daré la participación de aquel que, siendo la piedra angular en clara blancura, es Dios y hombre, y en él el nombre de la nueva regeneración, que es Cristo, de quien también son los cristianos, que nadie mientras está en la vida caduca y temporal entiende perfectamente, sino quien alcanza la vida de eterna bienaventuranza en la recompensa de los premios celestiales.

Que la masa de la tierra, a modo de globo, está inmóvilmente fundada dentro de los seis círculos mencionados, a igual distancia de los cinco superiores, en medio del sexto, es decir, del aire tenue, y qué significado se recoge de ello.

XIII. Pero también un globo está marcado en medio del signo del aire tenue mencionado, que en todo su circuito está a igual distancia del signo del aire fuerte, blanco y luminoso, mostrando la tierra que existe en medio de los demás elementos, para que sea templada por todos. Por lo tanto, elevada de aquí y de allá de igual manera por ellos, y unida a ellos, recibe de ellos continuamente verdor y fortaleza para su sustentación. La vida activa también, designando como la tierra, y como en medio de los deseos rectos, y discurriendo por todas partes, se contiene con moderación equitativa de devoción a las fuerzas de la discreción, cuando ahora se dedica con moderación a los oficios espirituales, ahora a las necesidades corporales a través de los hombres fieles, porque quienes aman la discreción, dirigen todas sus obras a la voluntad de Dios. Y es de tal anchura en transversal, como la profundidad del espacio desde la cima del círculo supremo hasta la extremidad de las nubes, o desde la extremidad de las nubes hasta la cima del mismo globo, porque por el supremo Creador la tierra está conglomerada y fortalecida con esta masa, para que no pueda ser disuelta por el estruendo de los elementos superiores, o por la fuerza de los vientos, o por la inundación de las aguas. Pues también cualquier fiel, con el corazón dilatado, considera la magnitud de la potencia de Dios, y observa la inestabilidad de su mente y la debilidad de su carne, y así templan todo lo que hacen, para que no, excediendo el justo modo en las causas necesarias superiores o inferiores, desfallezcan, como también Pablo exhorta a los fieles, diciendo:

Palabras de Pablo adecuadas a la misma significación y cómo deben entenderse.

XIV. «Haced todo sin murmuraciones y disputas, para que seáis irrepreensibles y sencillos hijos de Dios sin mancha, en medio de una generación torcida y perversa, entre los cuales resplandecéis como luminares en el mundo, reteniendo la palabra de vida (Filip. II).» Lo cual se entiende así: El hombre está como en una encrucijada, de modo que si en la luz busca la salvación de Dios, la recibirá; pero si elige el mal, seguirá al diablo hacia el castigo, y por eso el hombre debe llevar la naturaleza humana y todas sus obras sin murmuraciones, es decir, sin jorobas de pecados, y sin disputas, es decir, teniendo una fe perfecta, de modo que no dude cuando ama el bien y odia el mal, de ser liberado en el juicio futuro, y de ser separado de los perdidos, que declinan del bien abrazando el mal. Y quienes hacen esto, sin dañar a nadie, estarán sin el clamor de una queja contumaz, existiendo en la simplicidad de las buenas obras como hijos de Dios, y permaneciendo irrepreensibles ante la estimación de aquellos que se glorían de ser fuertes en actos torcidos y perversos. Entre los cuales resplandecen en la perfección de la verdadera fe, como luminares que en su oficio, según lo dispuso el Creador de todo, iluminan el mundo, cuando ellos con su doctrina que mira hacia la vida, convierten a muchos hacia Dios, así como también el Hijo de Dios resplandecía sin pecado para todos en el mundo. Pues Dios también puso dos luminares, a saber, el sol y la luna en el firmamento, que designan la ciencia del bien y del mal en el hombre, porque así como el firmamento se confirma con el sol y la luna, así también el hombre se mueve con la ciencia del bien y del mal de un lado a otro. Pero así como el sol completa su curso, sin disminuir su círculo, así también la buena ciencia hace su curso, no deseando el mal, sino deprimiendo e increpando la mala ciencia, y corrigiéndola, porque no hay utilidad en ella, y llamándola infernal cuando ha cumplido sus concupiscencias, y así como la luna decrece y crece, así también la mala ciencia desprecia a la buena, y dice que es tonta y casi nada, pero sin embargo la conoce, así como el diablo conocía a Dios, aunque se le oponía.

De la imagen en forma de hombre que aparece en medio de la rueda mencionada, con la cabeza, pies y manos extendidos, tocando el círculo de aire fuerte, blanco y luminoso, y qué designa tanto la imagen como su posición.

XV. Que en medio de esta rueda aparece la imagen de un hombre, cuya cabeza hacia arriba y plantas hacia abajo alcanzan el círculo mencionado como de aire fuerte, blanco y luminoso, y desde el lado derecho la punta de los dedos de su mano derecha, y desde el lado izquierdo la punta de los dedos de su mano izquierda se extienden hacia el mismo círculo designado aquí y allá en la redondez, porque la misma imagen había extendido sus brazos así, esto designa que en la estructura del mundo, como en su medio, está el hombre, porque es más poderoso que las demás criaturas que habitan en él, pequeño en estatura, pero grande en virtud del alma, moviendo la cabeza hacia arriba, los pies hacia abajo, hacia los elementos tanto superiores como inferiores, y también desde las obras de la derecha y la izquierda, que realiza con las manos, penetrando en ellas, porque en las fuerzas del hombre interior tiene este poder de obrar. Así como el cuerpo del hombre excede a su corazón en magnitud, así también las fuerzas del alma superan al cuerpo del hombre en virtud, y así como el corazón del hombre está oculto en su cuerpo, así el cuerpo del hombre está rodeado por las fuerzas del alma, cuando estas se extienden por todo el orbe de la tierra. Pero también, existiendo el hombre fiel en la ciencia de Dios, y en las causas espirituales y en las necesidades seculares necesarias, tiende hacia Dios; en la prosperidad y adversidad de sus hechos, suspira hacia él, cuando en ellos expande toda su devoción hacia él sin cesar. Porque así como el hombre ve con los ojos corporales todas las criaturas por todas partes, así en la fe ve al Señor en todas partes, y lo conoce a través de las criaturas, cuando entiende que él es el Creador de ellas.

De las cuatro cabezas de bestias que aparecen en las cuatro partes de la misma rueda, y qué significan tanto en el mundo como en el hombre.

XVI. Pero también hacia esas partes aparecen cuatro cabezas, a saber, como la cabeza de un leopardo y un lobo, y como la cabeza de un león y un oso, porque en las cuatro partes del mundo hay cuatro vientos principales, no existiendo así en sus formas, sino imitando en sus fuerzas la naturaleza de las bestias denominadas. El hombre también, como existiendo en el cruce de las preocupaciones seculares, es apeteído por muchas tentaciones, en las cuales también, como en la cabeza del leopardo, es decir, con el temor del Señor, recuerda como en el lobo las penas infernales, y como en el león teme también el juicio de Dios, cuando como en el oso es sacudido por muchas tempestades de tribulaciones corporales.

Por qué el viento principal oriental se ve en forma de cabeza de leopardo sobre la cabeza de la imagen del hombre en el círculo de éter puro, y por qué también sus dos vientos colaterales, uno se muestra en la especie de cabeza de cangrejo, y el otro en forma de cabeza de ciervo.

XVII. Sobre la cima de la imagen mencionada, en el signo del éter puro, ves como si fuera una cabeza de leopardo que emite un soplo de su boca, lo que designa el viento principal del oriente que viene del éter puro, como un leopardo, no porque este viento tenga la forma de un leopardo, sino porque, al igual que el leopardo, tiene la ferocidad del león sin conocimiento, y es más suave y débil que el león, así este viento surge con la ferocidad del temor y luego, al volverse suave, deja de soplar rápidamente. Pues del fuego negro superior tiene la ferocidad, pero del éter puro en el que está, tiene la suavidad. Y también en la parte derecha de la misma boca, curvándose un poco en longitud, se forma en la cabeza de un cangrejo con dos pinzas como si fueran dos pies, porque al dirigirse a esas partes, el mismo viento asume allí la naturaleza del cangrejo; pero en la parte izquierda de su boca, también curvándose un poco en longitud, termina en la cabeza de un ciervo, porque en esas partes imita al ciervo que es veloz. Pues de la boca de esta cabeza de cangrejo, como si otro soplo saliera, avanza hasta la mitad del espacio que hay entre las cabezas del leopardo y del león mencionado, porque según la naturaleza del cangrejo, el viento colateral que surge emite sus soplos de manera disímil como un torbellino, de modo que a veces corre de un lado a otro en inestabilidad, como el cangrejo que ahora avanza, ahora retrocede, y así llega hasta la mitad que está entre el oriente y el sur. Pero de la boca de la cabeza del ciervo, como si otro soplo viniera, se extiende hasta la mitad del espacio que hay entre la cabeza del leopardo y del oso, porque según la naturaleza del ciervo, otro viento colateral que avanza, emite en su soplo ruidos fuertes y rápidos, y en esto cesa rápidamente, como el ciervo que pica fuertemente y corre rápidamente, y no dura mucho en esto, y de esta manera se contiene hasta la mitad que está entre el oriente y el norte. Y el soplo que procede desde la parte derecha de la boca del leopardo hasta la cabeza del cangrejo, también sale el soplo desde la parte izquierda de la misma hasta la cabeza del ciervo; y el soplo que desde la boca de la cabeza del cangrejo se extiende hasta la mitad del espacio entre las cabezas del leopardo y del león; y el soplo que desde la boca de la cabeza del ciervo se prolonga hasta la mitad del espacio que hay entre las cabezas del leopardo y del oso, son de igual longitud, porque el viento principal oriental se extiende desde ambos lados hacia los vientos colaterales con igual longitud, y estos vientos colaterales tanto hacia el sur como hacia el norte alcanzan sus límites con la misma longitud.

Por qué estas cabezas en la rueda soplan hacia la imagen del hombre y la descripción moral de su significado.

XVIII. Y todas estas cabezas soplan hacia la rueda mencionada y hacia esta imagen del hombre, porque estos vientos con sus soplos temperan el mundo y conservan al hombre con su ministerio para la salvación. Pues ni el mundo subsistiría, ni el hombre podría vivir, si no fueran vivificados por los soplos de estos vientos. Pero también cuando el hombre en la intención de su alma se eleva hacia arriba, de modo que recuerda sus malas acciones y luego dispone arrepentirse, es como si sobre su cabeza, con la misma intención, en el signo del éter puro, es decir, en el mismo arrepentimiento, surge el temor del Señor como un leopardo, que como si de su boca, es decir, de su virtud, sacara la contrición, cuando toca la mente del hombre, la prolonga en la prosperidad hasta que llega a la cabeza del cangrejo, es decir, la confianza, de la cual como dos pinzas, es decir, dos pies, a saber, la esperanza y la duda, se extienden, también en la adversidad de esa mente extendiendo la misma contrición, la lleva a la cabeza del ciervo que es la fe. Pues cuando el hombre recuerda el peso de sus pecados, emprende el arrepentimiento, en el cual no deja de temer a Dios, aunque tenga las prosperidades del mundo como otra parte, hasta que alcanza la confianza, de la cual como dos pies surgen la esperanza y la duda. De la confianza surge la esperanza, a la cual sin embargo a veces se une la duda, porque mientras el hombre confía en Dios, espera obtener el perdón de sus pecados como avanzando, pero cuando considera la multitud y gravedad de ellos, muchas veces duda si sus pecados le serán perdonados o no, como retrocediendo, aunque confíe en Dios. Pero cuando a veces entre adversidades sufre una contrición corporal como en otra parte, se convierte a las riquezas de la fe, que en los cuernos de la verdadera consolación reduce a nada la infidelidad de la duda en él. De donde como si de la boca del cangrejo, es decir, de la confianza, otro soplo que es la constancia saliendo, avanza hasta la plenitud de la perfección, y allí se mantiene entre el temor del Señor y el juicio de Dios, porque cuando cualquiera que confía en Dios es constante y perfecto en buenas obras, recoge para sí el temor del Señor, para no pecar más gravemente, también observa el juicio de Dios, para no añadir pecados a los pecados. Y como si de la boca del ciervo, es decir, de la fe, otro soplo que se entiende como santidad viniendo, se extiende hasta la plenitud de la perfección que está entre el temor del Señor y la tribulación corporal, porque el hombre fiel floreciente en santidad dura en esa perfección, de modo que verdaderamente teme a Dios, y también por esto no cesa de castigar su cuerpo. Así que el soplo, es decir, la contrición en la prosperidad avanzando desde el temor del Señor hacia la confianza, el soplo también, es decir, la misma contrición en la adversidad saliendo del mismo temor del Señor hacia la fe, y el soplo que es la constancia desde la confianza hacia la plenitud de la perfección, que está entre el temor del Señor y el juicio de Dios, avanzando; y el soplo, es decir, la santidad desde la fe hacia la plenitud de la perfección que está entre el temor del Señor y la tribulación corporal prolongándose, como se ha dicho antes, de una manera y con igual esfuerzo de exhalación de sus fuerzas provocan al hombre hacia la bienaventuranza, porque aunque tengan diversas operaciones, sin embargo tienden a una sola bienaventuranza. Pues una virtud procede de otra en la operación de la rectitud. Y todas estas cabezas, es decir, estas virtudes están en la ciencia de Dios, y atienden a la ciencia de Dios, y asisten al hombre tanto en las causas corporales como en las espirituales necesarias. Pues con el temor del Señor inspirando al hombre, el mismo hombre comenzando a reverenciar a Dios, camina sabiamente perfeccionando buenas y rectas obras. También la confianza con la que el hombre confía en Dios, con constancia lo toca, para que confíe constantemente en Dios, y eleve sus pensamientos hacia Dios, porque las mentes de los fieles son fortalecidas por la virtud de la constancia. Pero la fe con la santidad juzga aquellas cosas que deben ser juzgadas en la infidelidad, y expandiéndose rápidamente, imbuje rápidamente a los creyentes, cuando el oído de ellos abandonando todos los tumultos de pensamientos perversos, también interiormente derriba los placeres resbaladizos. Pero si el hombre, abandonando el verdor de estas virtudes, se convierte en la aridez de la negligencia, de modo que carece de la humedad

y el verdor de las buenas obras, las fuerzas de su alma se debilitan y se secan; si, por el contrario, se inunda en exceso con el lujo de los placeres como una inundación incongruente, su mente, avanzando resbaladizamente, se licua. Pero si camina por el camino recto, todas sus obras se dirigen hacia la prosperidad, como está escrito en el Cantar de los Cantares:

Testimonio del Cantar de los Cantares que conviene a lo mismo, y cómo debe ser entendido.

XIX. «El rey me introdujo en sus cámaras. Nos regocijaremos y nos alegraremos en ti, recordando tus pechos más que el vino; los rectos te aman (Cant. I).» Lo cual se entiende así: Porque yo, el alma del hombre fiel, segura en el camino de la verdad, soy introducida por el Hijo de Dios, quien por su humanidad redimió al hombre, en la plenitud de sus dones, donde encuentro toda la saciedad de las virtudes, y donde asciendo confiadamente de virtud en virtud. Por lo tanto, nosotros todos, que hemos sido redimidos por la sangre del mismo Hijo de Dios, nos regocijaremos con todo el cuerpo, y con toda el alma nos alegraremos en ti, oh santa Divinidad, por la cual subsistimos, recordando la dulzura de las recompensas celestiales sobre todas las pasiones y tribulaciones que hemos sufrido de los adversarios de la verdad, de modo que las consideramos como nada, mientras degustamos las delicias que nos propones en la manifestación de tus mandamientos. Y así, los que son rectos en las obras de santidad te aman con verdadero y perfecto amor, porque concedes todos los bienes a los que te aman, y porque también finalmente les otorgas la vida eterna. Pero también la sabiduría infunde y ofrece justicia de la verdadera fe en las cámaras, es decir, en las mentes de los hombres, por la cual se conoce al verdadero Dios, donde la misma fe comprime el invierno y toda la humedad de los vicios de tal manera que no pueden volver a reverdecer ni crecer, y donde ella misma atrae y une todas las virtudes, como el vino se vierte en un vaso, que se da a beber a los hombres. Por lo tanto, los fieles, exultantes y gozosos en la verdadera confianza de la recompensa eterna, llevan los manojos de buenas obras que han realizado, y tienen sed de la justicia de Dios, y succionan la santidad de sus pechos, y de esta manera no podrán cansarse, sino que siempre se deleitarán en la contemplación de la Divinidad, porque la santidad supera todo entendimiento humano. Pues cuando el hombre recibe la rectitud, se abandona a sí mismo, y prueba y bebe las virtudes, y por ellas se fortalece, como las venas del que bebe se llenan de vino, y no es oficioso ni immoderado en los vicios de la infidelidad, como el ebrio que está fuera de sí por el vino, sin atender a lo que hace. Así, los rectos aman a Dios, porque en Él no hay tedio, sino perseverancia en la bienaventuranza.

Por qué el viento principal occidental aparece en la figura de la cabeza de un lobo bajo los pies de la imagen mencionada en el círculo del aire acuoso; por qué también dos vientos colaterales, uno en la forma de un ciervo, otro en la forma de la cabeza de un cangrejo, se demuestran.

XX. Pero lo que bajo los pies de la misma imagen del hombre en el signo del aire acuoso aparece como una cabeza de lobo, como si produjera un soplo de su boca, esto es que bajo el poder de aquel que por los hombres se hizo hombre, en la región del occidente del aire acuoso, como un lobo, el viento principal occidental soplando viene en la forma de un lobo, que se oculta en el bosque, y que es rapaz, buscando alimentos, significando que este viento saliendo de su escondite, es decir, del aire acuoso, ahora saca el verdor de las hierbas, ahora de repente oprimiéndolo al secarlo. Que también desde la derecha de su boca, erupcionando un poco en longitud, en medio de la mitad del espacio que hay entre las cabezas del lobo y del oso, toma la forma de la cabeza de un ciervo, de cuya boca también, como si otro soplo viniera, termina en la misma mitad, porque al dirigirse a esas partes, este viento se convierte en la naturaleza del ciervo en medio de la mitad que está entre el occidente y el norte, de modo que allí el viento colateral saliendo, como el ciervo picando fuertemente y corriendo

rápidamente, emite sus soplos hasta esa misma mitad. Pero desde la izquierda de la boca de la misma cabeza de lobo, el soplo que procede de esa boca, prolongándose, también en medio de la mitad del espacio que hay entre las cabezas del lobo y del león, surge en la cabeza de un cangrejo con dos pinzas como si fueran dos pies, de cuya boca también, como si otro soplo saliera, reside en la misma mitad, porque en esas partes ejerciendo sus oficios, en medio de la mitad que está entre el occidente y el sur, se revierte a la naturaleza del cangrejo que avanza y retrocede, porque allí el viento colateral procediendo, en inestabilidad como el cangrejo ahora soplando aquí, ahora allá, se difunde hasta la mencionada mitad. Y la medida de los espacios por la cual estas cabezas están distantes entre sí, con la misma medida y forma se extienden los soplos de sus vientos en longitud, como se ha dicho anteriormente de los otros, porque la medida por la cual estos vientos están separados entre sí, con esa también emiten los soplos de sus vientos, porque el viento dirige sus soplos hacia el viento, y en ese encuentro no transgreden su meta, ni el viento supera al viento soplando, a menos que esto se haga por el juicio de Dios. Pero si por el juicio divino juzgando, a veces sucede, allí se producen terrores, y muchas adversidades de males surgen allí.

Por qué también estas cabezas como las superiores dirigen sus soplos hacia la imagen del hombre, y el entendimiento moral de esto.

XXI. Y ellas mismas envían sus soplos hacia la rueda mostrada antes, y hacia la imagen del hombre que está en ella, de modo que estos vientos retienen al mundo y al hombre y todo lo que hay en el mundo con sus fuerzas y oficios. Así que cuando cualquiera de los fieles con ejemplos justos como bajo sus pies pisotean las caducas codicias terrenales haciendo el bien, como del aire acuoso de esas mismas obras santas, como un lobo, las penas infernales desnudas salen, porque cuando ellos dejan de pecar, tendiendo al camino de la rectitud, muestran que temen las penas infernales que devoran las almas. Que cuando como un soplo, es decir, contrición en el corazón de los hombres, de su boca que es de su voracidad, conducen, porque los fieles las aborrecen, esa misma contrición, aunque el hombre prospere en sus actos, prolongándose según Dios, en la plenitud de la perfección que está entre las penas infernales y la tribulación corporal, toma la forma de la cabeza de un ciervo, es decir, de la fe, de cuya boca también, es decir, de su virtud, otro soplo, es decir, la santidad viniendo, permanece en la misma perfección. Pues cuando el hombre teme las penas infernales, muchas veces se castiga a sí mismo con varias tribulaciones de miserias, hasta que alcanza esa perfección en la que arde totalmente en la fe, creyendo que Dios lo librará de las penas infernales, y así surge la santidad en él, cuando abandonando las obras mundanas se sumerge totalmente en las espirituales. Pero cuando desde la izquierda, por la adversidad de la voracidad de las mencionadas penas infernales, el hombre es castigado corporalmente con muchas calamidades por permiso de Dios, también la contrición asciende a su corazón, y cuando considera que no tiene ninguna prosperidad en la vida presente, extendiéndose desde allí, y así alcanzando la plenitud de la perfección que está entre las penas infernales y el juicio de Dios, surge en la cabeza del cangrejo, es decir, de la confianza, que ahora tiene esperanza, ahora duda, porque el hombre poniendo sus obras en Dios, a veces espera haber obtenido el perdón de sus delitos, a veces duda, pero finalmente de la confianza otro soplo que designa la constancia saliendo, lo lleva a esta perfección de virtudes, para que de ahí en adelante no dude de la bondad de Dios. Con el mismo tenor con el que estas afirmaciones están separadas entre sí, también se prolonga la eficacia de sus operaciones, porque las penas infernales, aunque sean temibles, cuando el hombre por temor a ellas se aflige en contrición, sin embargo, hacen más robustas la fe con la santidad, y la confianza con la constancia, de modo que cuando se teme el infierno, el hombre es considerado más cauteloso en todo. Y todas estas mirando la visión de Dios, que todo lo comprende, también impulsan al hombre con la

virtud de sus fuerzas para que cumpla la voluntad de Dios. Pues las penas infernales hacen que Dios sea temido, porque cuando el hombre teme verdaderamente las penas, deja de pecar, y cuando ve buenos ejemplos en otros hombres, muchas veces sufre muchas indignaciones en sí mismo, de modo que cuando las lleva pacientemente, muestra santidad en todas sus obras. Pero cuando avanza prósperamente por la sustentación de buenas obras, sin sufrir adversidades, con la virtud de ellas se une a la velocidad de la rectitud, de modo que teniendo la prosperidad de las cosas temporales, sin dudar, se encomienda confiadamente a la gracia de Dios, para que también use las cosas caducas como avanzando hacia adelante, de modo que no sea privado de las eternas en los cielos al ir detrás de ellas. Pero quien carece del verdor del Espíritu Santo, se ahoga en la infidelidad, y se consume en actos perversos, incurriendo en la sumersión tartárea, porque no se esforzó en encomendarse a la gracia de Dios. De esto habla mi siervo Isaías, diciendo:

Palabras de Isaías que se refieren a lo mismo, y cómo deben ser entendidas.

XXII. «Quitaré su cerca, y será para el saqueo, derribaré su muro, y será para el pisoteo, y la pondré desierta. No será podada, ni cavada, y crecerán sobre ella zarzas y espinas, y mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella lluvia (Isa. V).» Lo cual se entiende así: Todo aquel que no confía en Dios, ni atiende a cómo fue creado por Dios, sino que lo reprende como si fuera culpable de sus pecados, y como si no hubiera establecido caminos rectos en él, ni quiere mirar el nacimiento y el ocaso del sol y la luna y las estrellas, que Dios puso en el cielo, ni el viento con el aire, ni la tierra con las aguas, y las demás criaturas, que Dios creó todas para el hombre, para que en todas estas cosas conociera a qué honor fue creado, me desprecia a mí que soy sin principio y sin fin, y destruye toda criatura, ni la conoce perfectamente, ni a sí mismo. Por lo tanto, yo quitaré su defensa, porque no tiene otro ayudador, y los extraños a la vida lo saquearán, también derribaré su disminución, y será destruido por los demonios, y así será abandonado por los ángeles buenos. Pues toda conexión de sus concupiscencias será quitada, y será distribuido a los perros y bestias, porque me conoció menos que los animales, ya que ellos hacen lo que fueron creados para hacer, por lo cual también será pisoteado como estiércol, y será abandonado por toda bienaventuranza. Pero tampoco será puesto en el número de los hijos de Dios, ni será arrancado de sus pecados con el azadón de la fe, porque imitó a aquel que quiso tener la semejanza de Dios, que no procedió de nadie, y es sin fin. Y por eso también por la soberbia surgen en él disensiones e iras, furias, que lo desgarran completamente de toda gloria de la herencia celestial, y de esta manera, careciendo del rocío y la gracia del Espíritu Santo, se convierte en tal aridez que no presenta ningún fruto de buenas obras. Pero así como el hombre busca de Dios, para que se calme el poder horrible, y se le concedan las cosas que necesita, así también debe pedir a Dios, para que la mala ciencia en él sea superada.

XXIII. A la derecha de la imagen mencionada del hombre, en un signo de fuego brillante, ves algo parecido a la cabeza de un león, que dirigido desde la región austral hacia la prosperidad del hombre, muestra al león saliendo del elemento mencionado del fuego brillante como el principal viento del sur, porque así como el león es fuerte y en su fortaleza ejerce su voluntad, también el viento del sur es fuerte y precipitado en el fuego y por el fuego, y cuando los días se alargan, es poderoso, y en esa misma potencia prepara la colisión y ruptura de las nubes, y peligros en la repentina emisión de lluvias. Y de cuya boca, como si un soplo saliera, se prolonga un poco desde ambos lados de su boca, porque este viento procedente de la región austral se extiende hacia ambos lados, es decir, aquí y allá, y así también en el lado derecho se forma en la cabeza de una serpiente, y en el lado izquierdo en la cabeza de un cordero, porque en el lado derecho este viento asume la naturaleza de la serpiente, que suavemente

suplica, pero agudamente pone trampas, de la misma manera que las serpientes a veces producen suaves soplos, pero también emiten fuertes pinchazos e impactos; en el lado izquierdo, sin embargo, se convierte en un cordero que es manso y suave, porque en esas partes se muestra suave y no peligroso. Y la cabeza de la serpiente, mostrándose en medio del espacio que está entre la cabeza del león y el lobo, emite un soplo que se extiende hasta esa misma mitad, y se une al soplo que sale de la cabeza del cangrejo, que está entre la cabeza del lobo y el león, porque según la naturaleza de la serpiente, como se ha demostrado antes, este viento colateral al principal viento del sur, emergiendo en medio de la longitud que existe entre el sur y el oeste, extiende sus soplos hasta esa misma mitad que está entre el sur y el oeste, y no transgrede este límite, como tampoco lo hacen los demás, excepto por el juicio de Dios, y allí recibe el soplo que surge del viento colateral que está entre el oeste y el sur. Porque si la longitud del espacio que está entre el sur y el oeste se divide en cuatro partes, el límite desde el sur de la primera parte, que también es el inicio de la segunda parte, es el medio entre el inicio de la primera parte y el final de la segunda parte, y el límite de la segunda parte, que también es el inicio de la tercera parte, es la mitad de esa longitud que está entre el sur y el oeste. De la misma manera, el final desde el oeste en contra de la primera parte, que también es el inicio en contra de la segunda parte, es el medio entre el inicio allí de la primera parte y el final allí de la segunda parte, y el límite allí de la segunda parte, que también es el inicio allí de la tercera parte, es la mitad de la longitud que está en contra entre el oeste y el sur, donde también los vientos colaterales se encuentran. Así, estos vientos, tanto principales como sus colaterales, entre el este y el sur, entre el sur y el oeste, entre el oeste y el norte, y entre el norte y el este, están conectados entre sí de manera equitativa y separados entre sí, como se ha dicho antes. Pero la cabeza del cordero, apareciendo en medio del espacio que está entre la cabeza del león y el leopardo, produce un soplo que se prolonga hasta esa misma mitad, encontrándose en conjunción con el soplo que sale de la cabeza del cangrejo, que está entre la cabeza del leopardo y el león, porque según la naturaleza del cordero, como se ha mostrado antes, otro viento colateral en estas partes, es decir, en este medio espacio que está entre el sur y esta mitad de la longitud que existe entre el sur y el este, surge. Este también dirige su soplo hacia esa misma mitad, y allí se encuentra con el soplo que imita la naturaleza del cangrejo, que surge entre el este y el sur, con su estruendo, de modo que allí muchas veces se producen numerosos terrores y colisiones por su encuentro. Pero también según los espacios por los cuales estas cabezas están separadas, la longitud de sus soplos procede, como también se ha demostrado sobre las cabezas superiores y sus soplos, porque según la longitud en la que los inicios de estos vientos están separados entre sí, emiten los soplos de sus soplos hasta los lugares donde surgen, donde también sus soplos se encuentran.

¿Por qué estos, al igual que las cabezas anteriores, emiten sus soplos en la rueda y en la misma imagen?

XXIV. Y en la mencionada rueda, y hacia la imagen humana mencionada, se muestran soplando, porque los vientos, tanto los principales como los que son colaterales a ellos, conservan con su fortaleza el mundo entero y al hombre, en quien todas las criaturas están ocultas, para que no caigan en la decadencia. Porque los vientos colaterales son las alas de los vientos principales, y aunque suavemente, no cesan de soplar con el aire; pero los vientos principales en sus fuerzas más poderosas no son provocados a la venganza cerca del fin del mundo sino por el juicio de Dios. Porque el sur y el norte, por el juicio de Dios, envían a sus vientos colaterales según la voluntad de Dios, el sur con gran calor y gran inundación; el norte, sin embargo, en relámpagos, truenos, granizo y frío. Porque los vientos principales, a saber, el oriental y el occidental, provocan a sus vientos colaterales a los juicios de Dios de

manera más lenta y tardía; pero cuando los excitan a esto por la voluntad de Dios, lo hacen en verano o por frío, o por sequedad, o en invierno o por calor, o por lluvia, o por males similares, que son contrarios y dañinos para la tierra y los hombres. Y así como los vientos sostienen el mundo con sus fuerzas, también en sus oficios hacen que el hombre sepa y entienda qué debe hacer. Pero cuando estos mismos vientos emiten sus soplos sobre la tierra, también los dispersan bajo la tierra, y allí, entrando en ciertas cavernas subterráneas, cuando no tienen salida, mueven la tierra; pero donde tienen salida, allí parecen surgir para algunos hombres, aunque no surgen allí, sino en los elementos superiores, como se ha dicho antes, dispersándose tanto bajo la tierra como sobre la tierra.

Que el hombre debe investigar diligentemente cómo todas estas cosas se refieren a la salvación de su alma y a la ejecución de los juicios de Dios, que no deja nada sin examinar.

XXV. Cómo el hombre debe entender que todas estas cosas se refieren a la salvación del alma, porque lo que se ve en el signo del fuego brillante que designa el poder divino, como la cabeza de un león, es decir, el juicio de Dios, que es terrible, esto es así porque Dios, juzgando todo con justa equidad, no deja nada sin examinar. Porque el mismo juicio, extendiéndose en su virtud hacia la rectitud de un lado a otro, propone al hombre que avanza prósperamente la cabeza de la serpiente, que significa prudencia, y al que trabaja en la adversidad, la cabeza del cordero, es decir, la forma de la paciencia. Porque es necesario que el hombre en la prosperidad tema prudentemente el juicio de Dios, para que, huyendo de la astucia y el engaño de los malvados, no abandone el camino de la verdad en una vana seguridad, y en la adversidad tenga paciencia bajo ese juicio, sabiendo que Dios muchas veces tolera la tortuosidad en las obras de los hombres disimulando. Y la cabeza de la serpiente, es decir, la prudencia en la plenitud de la perfección, que aparece entre el juicio de Dios y los castigos infernales, hace que de ella proceda un soplo, es decir, la providencia, porque cuando el hombre, aterrorizado por el juicio de Dios, teme prudentemente los castigos infernales, para no sufrirlos por mérito, provee diligentemente por buenas obras, que extendiéndose de esta manera hacia la perfección de la rectitud, se une a la constancia, que surge de la cabeza del cangrejo, es decir, de la fortaleza de la confianza, que está entre los castigos infernales y el juicio de Dios, porque el fiel, para proveerse de cualquier bien para la vida eterna, se esfuerza por ser constante en esto. Pero la cabeza del cordero, que designa la paciencia, apareciendo en la plenitud de la perfección, que está entre el juicio de Dios y el temor del Señor, produce un soplo, es decir, la mansedumbre, que también llegando a la perfección recta, se asocia a la constancia que surge de la verdadera confianza que está entre el temor del Señor y el juicio de Dios, porque el hombre bienaventurado, cuando es paciente ante los reproches, y también se muestra manso en ellos, debe abrazar la constancia para que se consuma con buen fin.

Porque ningún orden de virtudes debe ser descuidado, ya sea en sí mismo o en sí mismo, porque el efecto de la virtud lleva al hombre a la justicia o rectitud celestial.

XXVI. Pero según el orden de esas mismas virtudes está separado en sí mismo y en sí mismo, de modo que esta virtud muestra estas fuerzas, aquella muestra aquellas fuerzas, así también son sus operaciones en los hombres, como también debe entenderse de las demás virtudes, porque a las buenas obras siguen la buena voluntad, y de la misma manera inclinándose hacia el conocimiento de Dios, porque están en el conocimiento de Dios, llevan al hombre a cualquier justicia y a la rectitud celestial por igual. Porque todas las virtudes corren apresuradamente hacia la salvación del hombre, aunque no aparezcan por igual en un solo hombre. Porque el juicio de Dios aterroriza al hombre, y lo examina, y no se deja ninguna obra del hombre que no sea examinada por el juicio de Dios, porque el juicio de Dios justo

juzga todo justamente. Pero también la prudencia infunde sus fuerzas con la providencia en el hombre, para que, rechazando prudentemente el lujo del mundo, abrace la castidad; la paciencia, sin embargo, lo toca con mansedumbre, para que también soporte pacientemente las tentaciones de la carne, porque en ambos sexos, es decir, del hombre y de la mujer, el ardor de la concupiscencia carnal debe ser sofocado por estas virtudes sin el tedio de la negligencia. Por lo tanto, ninguno de los fieles debe tenerlas negligentemente, para que no lo dejen seco en la aridez, o sofocado en las concupiscencias carnales, sino que las imite con buenas obras, para que lo conserven en toda santidad. Pero si el hombre descuida a Dios, por su justo juicio también incurre frecuentemente en castigos corporales, como se ha dicho antes, de modo que tanto de los elementos superiores como de los inferiores, y de las criaturas, y en el calor y el frío, en la sequedad y la humedad, y en otras muchas presiones, está sujeto al flagelo de Dios, porque no mirando la constancia de las virtudes, no quiso entender qué debía hacer. Porque cuando las virtudes instruyen a los hombres en causas espirituales, también los hacen prudentes en las carnales, de modo que cuando aún no aparecen claramente en ellos, muchas veces los sacuden silenciosamente hacia el temor del Señor. Pero cuando se manifiestan en ellos, de modo que cultivan abiertamente las virtudes por la caridad, entonces parecerá que primero tuvieron el temor del Señor en las cosas temporales, cuando ahora más por el deseo de las cosas celestiales que por el miedo a los castigos infernales se han apartado de las cosas carnales y se han convertido a las espirituales, fortalecidos por la fortaleza de las bienaventuradas virtudes, como lo testifica David, donde en mi voluntad dice:

Testimonio del salmo CXVII que concuerda con esto, y cómo debe entenderse.

XXVII. «La diestra del Señor ha hecho proezas, la diestra del Señor me ha exaltado, la diestra del Señor ha hecho proezas. No moriré, sino que viviré, y contaré las obras del Señor.» Lo cual se entiende así: El hombre primero se aparta de la izquierda por el temor de Dios y de los castigos infernales, y luego asciende a la derecha, es decir, a los deseos de los bienes celestiales por el amor de Dios. Cuando comienza a hacer esto, se pone las armas más fuertes, porque ha separado el buen conocimiento del malo. Por lo tanto, este doble conocimiento se compara con un ojo, que tiene un círculo acuoso dentro de su blancura, como un vaso contiene un espejo, porque el mal conocimiento, que se entiende por la izquierda, es como un vaso del buen conocimiento que se toma por la derecha. Porque el ojo derecho del buen conocimiento mira y considera en todas partes que la concupiscencia carnal es inútil, y no ve la luz de la verdad, y que cuando se regocija en obras incestuosas, luego por la tristeza se ahoga como en una sumersión acuosa. Así, la parte derecha del buen conocimiento se eleva hacia Dios, y pisa la mala delectación, y aparta la tristeza. Así, la diestra del Señor, es decir, su fortaleza, hace esta proeza, para que los hombres lo conozcan por la fe, y obren sus obras en su temor, y la misma diestra por la penitencia me exalta, que antes estaba manchado en pecados, y también hace proeza después de la penitencia de mis pecados, de modo que ardo con tanto deseo en el amor de Dios, que no puedo saciarme de él. Por lo tanto, no moriré en los pecados, cuando resucito por la penitencia de ellos, sino que por la verdadera y pura penitencia que tengo hacia Dios, viviré en la eternidad, y así, rescatado de la muerte, contaré las maravillas del Señor en su temor y amor, porque no me entregó a la muerte, sino que me rescató de la perdición infernal.

¿Por qué el principal viento del norte aparece a la izquierda de esa imagen humana como la cabeza de un oso en un círculo de fuego negro; por qué también sus dos vientos colaterales, uno en la forma de un cordero, el otro en la forma de la cabeza de una serpiente?

XXVIII. A la izquierda de la imagen mencionada, en un signo de fuego negro, aparece algo parecido a la cabeza de un oso, que desde la región septentrional muchas veces contrario al hombre, muestra que el viento principal, es decir, el septentrional, sale en peligros de tempestades como un oso del fuego negro, porque es de fuego negro. Y por eso, así como el oso murmura en ira, y como él es malo en su naturaleza, así también este viento, como murmurando, a veces prepara conmociones y ruidos y peligros en las tempestades. Pero lo que da como un soplo de su boca, que también se extiende un poco en longitud hacia la derecha y hacia la izquierda de su boca, terminando a la derecha en la cabeza de un cordero, y a la izquierda tomando la forma de la cabeza de una serpiente, esto designa que este viento, saliendo de la mencionada región septentrional, y procediendo en longitud desde ambos lados de sí mismo, pasa a la derecha en la suavidad de la naturaleza del cordero, que es suave y no peligroso, porque en esas partes el mismo viento a veces se muestra manso. A la izquierda, sin embargo, imita a la serpiente, que primero se desliza suavemente, pero luego se mueve precipitadamente, y cuando así no prevalece, temiendo al hombre, comienza a suplicar, porque también este viento allí progresa al principio sin ruido, pero finalmente se muestra como engañoso y cruel con peligro, y cuando los hombres ya piensan que van a perecer, vuelve a la suavidad. Desde la boca de esta cabeza de cordero, como otro soplo, se prolonga hasta la mitad del espacio que está entre las cabezas del oso y el leopardo, porque a semejanza del cordero, este viento colateral al viento principal que procede de la región septentrional, emite sus fuerzas soplando hasta la mitad de la extensión que está entre el norte y el este, porque en esas partes se muestra manso como un cordero, aunque en otros lugares se enfurece como en ira. Pero desde la boca de esta cabeza de serpiente, como otro soplo, se extiende hasta la mitad del espacio que está entre las cabezas del oso y el lobo, porque como es la naturaleza de la serpiente, así este viento, cercano al viento septentrional en el lado, llega a las partes donde existe la mitad de la longitud que se extiende entre el viento principal del norte y el viento principal del oeste, ahora ejerciendo sus fuerzas suavemente, ahora precipitadamente como en engaño. Pero la semejanza de ese soplo, que desde el lado derecho de la boca del oso llega hasta la cabeza del cordero, la semejanza también de ese mismo soplo, que desde el lado izquierdo de esa boca llega hasta la cabeza de la serpiente; el soplo también que desde la boca de la cabeza del cordero llega hasta la mitad del espacio mostrado, que se ve entre las cabezas del oso y el leopardo, y el soplo que desde la boca de la cabeza de la serpiente se prolonga hasta la mitad del espacio que existe entre las cabezas del oso y el lobo, son de una misma y igual longitud, porque el viento septentrional, es decir, el principal, se prolonga desde ambos lados de sí mismo hacia los vientos que son colaterales a él en sujeción, con igual extensión. Los mismos vientos colaterales, inclinándose hacia el este y el oeste, terminan con la misma medida de longitud con la que también se termina el viento principal, que es su inicio, como se ha dicho antes.

¿Por qué también estos, al igual que las cabezas anteriores, convierten los impulsos de sus soplos en la rueda y hacia la misma imagen?

XXIX. Todos estos elementos también dan aliento a la rueda mencionada y a la imagen del hombre, porque los vientos mencionados, con sus soplos, mantienen el ciclo del mundo y al hombre que vive en él, instándolo a mirar por su propio beneficio para no perecer en la decadencia. Así, cuando cualquier viento de las cualidades mencionadas, ya sea naturalmente o por disposición de Dios, emite sus soplos sin ningún obstáculo, penetra el cuerpo humano, y el alma lo recibe llevándolo naturalmente a cada miembro del cuerpo que le corresponde por naturaleza; de esta manera, por los soplos de los vientos, el hombre es fortalecido o debilitado, como se ha dicho antes. Pero también cuando el hombre tiene prosperidad mundana, el fuego judicial, que es la venganza de Dios, como un oso, la tribulación corporal

lo constriñe; no le permite proceder según sus placeres, sino que, como un soplo, es decir, la miseria, extendiéndose desde su curso tanto en la prosperidad como en la adversidad, lo hace desear y tener la pobreza de espíritu en humildad, de modo que, caminando justamente de esta manera, abraza la paciencia como en la cabeza de un cordero, y evitando el mal, imite la prudencia como en la cabeza de una serpiente. Porque a través de las tribulaciones corporales, el hombre muchas veces alcanza las riquezas espirituales, y por esas mismas riquezas adquiere los reinos celestiales. De la boca de la cabeza del cordero, que demuestra paciencia, como se ha dicho antes, surge otro soplo, es decir, la mansedumbre, que llega a la perfección que está entre la tribulación corporal y el temor del Señor; pero de la boca de la cabeza de la serpiente, que designa la prudencia, surge otro soplo, a saber, la providencia, que llega a la perfección que existe entre la tribulación corporal y los castigos infernales, advirtiéndolo al hombre castigado por la venganza de Dios que desprecie lo terrenal y aspire a lo celestial, como también se ha mostrado anteriormente. Porque los principios y fines de los misterios mencionados existen en sus hechos y significados con un estudio único e igual para la instrucción del hombre, aunque parezcan tener obras diversas; y todo lo que la ciencia de Dios demuestra conveniente para la salvación del alma, conduce a su liberación, y con sus fuerzas impulsa al hombre a adherirse fielmente a su Creador con cuerpo y alma. Por lo tanto, el hombre debe fortalecerse a sí mismo hacia la santidad, de modo que evite los deseos carnales y renuncie a los lujos de los vicios fétidos; y sirva sabiamente a Dios, que ama la continencia y la castidad; no sea demasiado árido ni demasiado húmedo en la obra de las virtudes, porque quien no quiera castigar ni restringir su carne, irá a la perdición del alma. Pero quien, dominándose a sí mismo, ame y retenga las virtudes, colocará su alma en la vida eterna, cuando es corregido y castigado por el Señor, como también David, inspirado por mí, habla diciendo:

Palabras de David en el mismo salmo CXVII, pertinentes a lo mismo, y su explicación.

XXX. «Castigando me castigó el Señor, y no me entregó a la muerte.» Lo cual se entiende así: El hombre casual e indisciplinado muchas veces existe, y no tiene miedo, a menos que todas sus venas sean llenadas de dolores. Por eso el diablo engañó al primer hombre, cuando entró en una gran vanidad, deseando ser lo que no debía ser, y por eso también se le infundió una gran tristeza con dolor. Porque del trabajo el hombre tiene temor, de la vanidad olvido, y de la transgresión de la ley una confianza insensata. Pero todo esto lo supera el temor del Señor, porque el hombre tiembla ante Dios, y reconoce verdaderamente que en muchas otras cosas no hay utilidad. El temor en el hombre precede, y después abraza la caridad, donde el hombre ama a Dios, considerando cómo puede agradarle, para que no recuerde su iniquidad. Pero cuando el hombre busca a Dios en amor, Dios a menudo lo castiga con trabajos, de modo que él pueda decir con confianza: Con sus flagelos me castigó el pecador, aquel que es el Señor de todos; pero sin embargo, en el mismo castigo con el que me flagela, no me entregó a la muerte de los castigos infernales, porque lo busqué amándolo, y le confesé mis pecados, y en eso soy paciente y prudente, cuando reconozco que sus juicios sobre mis culpas son rectos, y con dos alas, a saber, el conocimiento del bien y del mal, me esfuerzo por volar hacia él, de modo que con el ala derecha someta la izquierda, para que camine en un camino recto y equitativo.

De los siete planetas que aparecen en diferentes círculos de la rueda de la imagen mencionada, en intervalos distintos.

XXXI. Pero también sobre la cabeza de la imagen mencionada, siete planetas están designados arriba, separados unos de otros; tres en un círculo de fuego brillante, uno también en el círculo inferior de fuego negro, y tres en el círculo inferior de éter puro, porque cada

uno de ellos, tomando sus inicios desde el oriente, y superando uno al otro en la altura de su circuito, cuando ha completado su curso, nuevamente hacia el oriente, para poder correr, repite su salida. Y tres en el fuego brillante mencionado, uno también en el círculo inferior de fuego negro; tres debajo de ellos en el éter puro tienen sus cursos, porque aquellos que corren en el mismo fuego, son excitados por ese fuego hacia sus propios fuegos, y el mismo fuego es fortalecido por sus fuerzas hacia su ardor, como la madera es encendida por el fuego, y como el fuego es fortalecido por la madera hacia el ardor. Y son tres, porque si fueran más, harían arder demasiado el mismo fuego, y lo confundirían con sus circuitos; o si fueran menos, el mismo fuego, desprovisto de la ayuda conveniente, languidecería en su ardor. Y el primero con su esplendor ilumina el esplendor del sol, el segundo con su ardor administra el ardor al sol; el tercero con su curso retiene el curso del sol hacia la rectitud. Con estos, el sol es rodeado, dirigido y retenido, para que otorgue al firmamento y a todo el mundo un temperamento recto con su calor y esplendor. Pero los tres que discurren en el éter mencionado, teniendo pureza del fuego superior y del agua inferior, son examinados por el mismo hacia la pureza del esplendor, y con su pureza lo perfunden. Y no son más ni menos que tres, porque para la fortificación de esa pureza ni superabundan, ni son insuficientes, sino que le asisten con un temperamento conveniente, ni lo agravan con superfluidad, ni lo destruyen con tenuidad. Y el que está en el mismo éter primero sobre la luna, le socorre para su incremento, y la protege para que no se encienda demasiado; pero el segundo, que está próximo a ella, la conserva en su detrimento, para que no se disuelva completamente. Estos recorren la luna casi con su ministerio, y la siguen, exhortándola distintamente y convenientemente para el temperamento de todo el mundo.

Cómo los mismos planetas han sido dispuestos por Dios, el creador del mundo, en el firmamento, y sobre sus diversas eficiencias.

XXXII. Hacia el sur, al lado de la misma imagen, y también bajo sus pies, el sol aparece señalado y distinguido de la misma manera y orden en su círculo, porque corre tanto hacia el sur como hacia el occidente, no obstante, no de tal manera que esté bajo los pies del hombre, sino que en occidente, con la revolución del firmamento, buscando las partes occidentales del mundo, se inclina desde la región septentrional, y nuevamente en oriente, con el mismo firmamento, resurge. Y desde el medio del signo del primer planeta superior, que está sobre la cabeza de la misma imagen, como ciertos rayos salen, uno de los cuales desciende al signo del sol, significando que desde la fortaleza de este planeta principal, que primero se muestra en oriente, porque allí procede la luz del día, salen los rayos de fortaleza, uno de los cuales se dirige al sol, socorriéndolo y templando su curso, para que no expulse demasiado sus fuegos. Pero uno irradia hacia el pie derecho de la cabeza del cangrejo que procede de la cabeza del leopardo, porque desde esa parte donde este viento le es contrario, el mismo planeta surgiendo, envía un rayo hacia la fuerza de la salida de aquel que avanza y retrocede, y del viento principal del oriente, al cual es colateral, procedente, reteniéndolo con su estabilidad, para que no avance más de lo que le está permitido por Dios. Uno realmente se extiende hacia el cuerno derecho de la cabeza del ciervo, que también sale de la misma cabeza del leopardo, porque desde esta parte del mismo planeta, otro rayo viniendo, resiste a la fortaleza de este viento, que allí procede del viento principal, comprimiendo sus impulsos, para que emita sus soplos con la rectitud de la necesidad conveniente, como un hombre que retiene los brazos de su enemigo, para que no mate ni a sí mismo ni a otros; así la criatura es contenida por la criatura y cada una es sostenida por otra. También desde el medio del signo del segundo planeta, como un rayo se inclina sobre el signo del sol, porque mostrando sus fuerzas, este planeta toca al sol con su rayo, acariciándolo hacia la suavidad. Y otro sale hacia la cabeza del cordero, que viene del signo de la cabeza del león, porque desde la parte fuerte de su

claridad, un rayo se extiende hacia el inicio del viento colateral que designa la mansedumbre, que procede del mayor viento de la región austral, reteniéndolo para que no cambie su mansedumbre en ferocidad, sino que persevere en ella sin petulancia. Y otro hacia la línea mencionada que en el firmamento se extiende desde el principio de la parte oriental de la rueda mencionada, como hacia el fin de la parte occidental de la misma, hacia la región septentrional, con la cabeza del cordero colocada arriba, que sale del signo de la cabeza del oso, se dirige, significando también que desde el robusto tenor de esa claridad, un rayo viniendo, se conduce hacia la excursión de otro viento colateral, que sale del mayor viento mencionado de la parte septentrional, resistiéndole con su temperamento, para que emita sus soplos de manera equitativa. El signo también del tercer planeta desde su medio, como un rayo se extiende hacia el signo del sol, porque este planeta, como los superiores, con la fortaleza de su fuerza y el esplendor de su propio ardor asiste al sol, y le ministra en el temperamento, como un siervo sirve a su señor, cuando está rápidamente dispuesto y preparado para toda su voluntad. Otro sin embargo se dirige hacia la cabeza de la serpiente, que procede del signo de la cabeza del león, demostrando que desde su virtud un rayo se extiende hacia el inicio del viento colateral que ahora muestra astucia, ahora prudencia, porque surge del viento principal austral, comprimiendo y reteniendo sus soplos, para que no se desborde demasiado en sus movimientos. Pero otro se prolonga hacia la línea mencionada hacia la cabeza de la serpiente, que sale del signo de la cabeza del oso; significando que también desde la parte vigorosa de su ardor en la que él mismo se fortalece, un esplendor se extiende hacia el inicio del viento colateral, como ejerciendo a menudo astucia y acritud en su movimiento, que también procede del viento principal de la región septentrional, resistiendo su fortaleza, para que no cause un daño y peligro mayor a los hombres de lo que el juicio del examen divino le permite, como también se ha mostrado anteriormente sobre los demás. Y los planetas mencionados son auxiliares del sol, y sin ellos el sol no podría existir, y añaden calor al sol, como la vista, el oído y el olfato suministran calor y fuerzas al cerebro.

Como ves, el signo del sol también emite como ciertos rayos de sí mismo, tocando con uno el signo mencionado de la cabeza del leopardo, con otro el signo de la cabeza del león, con otro el signo de la cabeza del lobo, pero no toca el signo de la cabeza del oso, porque el sol, siendo el mayor de los planetas, calienta y fortalece todo el firmamento con su fuego, e ilumina el orbe de la tierra con su esplendor, resistiendo con las fuerzas de su fortaleza al viento principal oriental, así como al austral y al occidental, para que no excedan los límites establecidos por Dios. Sin embargo, no toca el viento septentrional, porque este, siendo casi enemigo del sol, desprecia todo el esplendor de la luz, por lo que el sol, como despreciándolo, no le opone un rayo procedente de sí mismo, sino que solo le opone el camino de su curso, por el cual refrena su furia, y no se acerca a esas partes, porque el diablo allí, oponiéndose a Dios, demuestra su maldad. Otro rayo sobre el signo de la luna, porque la enciende con su calor, como la sensualidad y el intelecto del hombre cubren todo su cuerpo. Otro como sobre el cerebro, y extendiéndolo hasta ambos talones de la imagen mencionada, lo fija, porque el sol desde lo alto hasta abajo imparte fortaleza y temperamento a todo el cuerpo del hombre, confortando especialmente el cerebro, de modo que, vigoroso en el intelecto, retenga todas las fuerzas del cuerpo; y como también siendo la parte superior del hombre, con la sensualidad perfunda todas sus entrañas, como el sol ilumina la tierra. Pero cuando a veces los elementos bajo el sol se difunden con tempestades, el fuego del sol se nubla, como si hubiera un eclipse, que significando errores se muestra entonces, cuando los corazones y mentes de los hombres se vuelven al error, de modo que no caminan rectamente en la ley, sino que ejercen entre sí muchas contiendas. Y el rayo mencionado toca los talones del hombre, porque así como el cerebro gobierna el resto del cuerpo, así el talón sostiene todo el cuerpo del hombre, y así el sol con sus fuerzas temple todos los miembros del hombre, como

también vivifica las demás criaturas. Y desde el medio del signo del quinto planeta, que está próximo bajo el sol, como un rayo asciende hacia el signo del sol, porque con la fortaleza de su ministerio, el mismo planeta sujeto al sol intenta suavizarlo, para que no emita sus fuegos en exceso. Un rayo realmente se extiende hacia la cabeza del cangrejo, que sale del signo de la cabeza del lobo, designando que desde su fortaleza un rayo se expande hacia el inicio del viento colateral, que procede del viento principal de la región occidental, reteniendo su inestabilidad, como también se ha dicho de los demás. Pero un rayo se dirige hacia el cuerno izquierdo del signo de la luna, mostrando que también desde su vigor envía un rayo hacia la parte más débil de la luna, ya sea en aumento o en detrimento; en aumento, socorriéndola para que reciba su luz tanto más rápido y fuerte; en detrimento, para que disminuya tanto más suavemente sin peligro. Desde el medio también del signo del sexto planeta, que está próximo sobre la luna, como un rayo asciende hacia el signo del sol, porque desde su fuerte vigor, teniendo la contigua vecindad de la luna, un rayo asciende hacia el sol, reteniendo su ardor con la suavidad de su sujeción para que no estalle en exceso. Y otro se dirige hacia el cuerno derecho del signo de la luna, porque su fortaleza envía un rayo hacia la parte más fuerte de la luna, reteniéndola para que evite la región septentrional, y ordenadamente en su defecto se acerque al sol, y encendida por él, se retire distintamente. Otro sin embargo se extiende hacia la cabeza del ciervo, que procede del signo de la cabeza del lobo, porque desde el esplendor robusto de su claridad, un rayo se prolonga hacia el inicio del viento colateral, que brota del viento principal del occidente, reverberando su velocidad repentina, para que no traspase la meta que la ordenación divina le ha propuesto, sino que proceda en una extensión recta.

Pero el signo de la luna, como ves, irradia como un rayo sobre cada ceja, y sobre cada talón de la imagen mencionada, porque la luna con su virtud natural templea el cuerpo del hombre, de modo que así como la ceja conserva el ojo para la visión, y como el talón sostiene al hombre, así por disposición de Dios, los miembros del hombre son templados por las fuerzas de la luna de arriba a abajo, no obstante, no con tanta perfección como con la fortaleza del sol, porque el sol toca el cuerpo del hombre más perfectamente, mientras que la luna lo toca más escasamente con su ministerio. Y la luna realiza su curso en calor y frío, porque creciendo es cálida, pero decreciendo es fría; el sol realmente desde el oriente hasta el sur está en ardor, pero después atrae la frialdad hacia el occidente. La luna también primero en su defecto recibe su luz del sol, porque el sol enciende el círculo extinto de la luna con una chispa como con una lámpara exhalada de él, y entonces ella está en lo alto; pero después de haber sido encendida, desciende a su lugar. Y así como el sol enciende e ilumina el círculo de la luna, también fortalece todo lo inferior, tanto del firmamento como de lo que está bajo el firmamento, y la luna es su ayudante, iluminando lo inferior, como él ilumina lo superior e inferior. Pero la luna, de la humedad acuosa, y de la nube que está bajo ella, y del aire que está sobre la tierra, es mucho más fría que el sol; y el sol quemaría mucho si la luna no le resistiera, porque la luna templea el ardor del sol con su frío humor.

El sol y la luna, de este modo, por orden divina sirven al hombre, y le otorgan salud o debilidad según la temperatura del aire y el viento, como se muestra donde el signo del sol envía sus rayos desde el cerebro hasta el talón; y el signo de la luna desde la ceja hasta el tobillo de la mencionada imagen del hombre. Pues cuando la luna está en aumento, el cerebro y la sangre del hombre también aumentan; pero cuando la luna está en disminución, el cerebro y la sangre en el hombre disminuyen. Si el cerebro del hombre estuviera en un solo estado, el hombre caería en frenesí, apareciendo más indomable que una bestia; y si la sangre en el hombre estuviera en un solo modo, sin sentir ni aumento ni disminución, el hombre se desgarraría rápidamente y no podría vivir. Y cuando la luna está llena, también el cerebro del

hombre está lleno; y entonces el hombre es sensato; pero cuando está vacía, también el cerebro del hombre se vacía, y entonces el hombre está algo vacío de sentido. Sin embargo, cuando la luna es ígnea y seca, el cerebro de algunos hombres es ígneo y seco, y por eso ellos se debilitan en el cerebro y son menos sensatos, de modo que no tienen pleno sentido para cualquier obra. Pero cuando está húmeda, el cerebro de esos mismos hombres se vuelve excesivamente húmedo, y así ellos sufren en el cerebro y se vacían de sentido. Sin embargo, cuando la luna está templada, el hombre tiene salud en el cerebro y en la cabeza, y su sentido está vigoroso, porque por la templanza de los elementos exteriores, los humores que están en el hombre permanecen en calma, y por la conmoción e inquietud de ellos, los humores del hombre se perturban muchas veces, ya que sin la templanza y el servicio de ellos, el hombre no podría vivir. Pero también, como se ha dicho antes, el signo del sol, de la misma manera y orden que sobre la cima de esta imagen, está designado con sus rayos hacia los lugares mencionados, también aparece hacia el lado derecho de ella, así como bajo sus pies en su círculo mencionado, porque el sol, en el mismo estado y circuito que en la región oriental, emite los esplendores de sus rayos hacia los lugares que se han mostrado, así también en la región austral y occidental, en las distinciones y circuitos demostrados, brilla en esos lugares con la fortaleza de la revolución del firmamento, impulsado desde el oriente a través del sur, en oblicuo hacia el occidente, aunque en sus caminos intenta correr contra el movimiento del firmamento. Pues los planetas mencionados se mueven contra el firmamento desde el occidente hacia el oriente, para retener con su fuego el fuego de aquel y restaurar el incendio, porque si giraran con él desde el oriente hacia el occidente, el fuego de aquel, al apresurarse hacia adelante, careciendo de restauración desde atrás, se apagaría; por lo tanto, se mueven lentamente contra él, para que, mientras aquel se apresura hacia adelante, sacudan su fuego del letargo como en la espalda. Pero evitan la región septentrional, porque allí está el lugar de las tinieblas en el norte, ya que la luz y las tinieblas no concuerdan entre sí. De este modo, los planetas mencionados han sido dispuestos en el firmamento por el Creador del mundo.

Tú, sin embargo, oh hombre que ves estas cosas, entiende que también se refieren a los interiores del alma.

Qué significa que tres de esos planetas se vean en el círculo de fuego luminoso, uno en el espacio de fuego negro, y tres en el ámbito del éter puro.

XXXIII. Sobre la cabeza de esta imagen, los siete planetas están señalados arriba, tres en el mencionado círculo de fuego luminoso, uno también en el círculo inferior de fuego negro; tres en el círculo inferior de éter puro, significando que todo el entendimiento del hombre, los siete dones del Espíritu Santo, sobresalen a través de tres tiempos del mundo, a saber, antes de la ley, en la ley, y en el Evangelio. El sol, también colocado en el círculo inferior de fuego negro, designa a Dios omnipotente, quien solo con justo juicio luchó contra sus enemigos y los venció poderosamente. Los tres en el círculo inferior de éter puro demuestran que las tres personas de la Divinidad deben ser verdaderamente adoradas por el hombre en el buen afecto de la sumisión de la penitencia pura, donde el hombre se somete completamente a Dios, de modo que también hacia su lado derecho, así como bajo sus pies, el sol aparece señalado y distinguido en su círculo de la misma manera y orden en los lugares mencionados, porque en el juicio de Dios, y en la salvación de las almas, y en el ejemplo de las buenas obras, esos mismos dones se declaran en sus significados, como se ha mostrado, porque para que Dios sea temido y adorado puramente, el juicio de Dios, la salvación de las almas y los ejemplos de los justos exhortan.

Hacia dónde dirigen sus rayos los tres primeros planetas, que en esta visión se ven salir de ellos; y qué se designa tanto por los planetas como por sus rayos.

XXXIV. Que desde el medio del signo del primer y más alto planeta, que aparece señalado sobre la cabeza de la misma imagen, salen como ciertos rayos, uno de los cuales desciende al signo del sol, esto es que del deseable y excelente don del Espíritu de sabiduría, salen todas las virtudes del entendimiento del hombre que transgrede, de las cuales la santa exhalación desciende al signo del sol, es decir, al Espíritu de fortaleza, asociándose a él, para que en el hombre fiel la fortaleza de la santidad camine sabiamente, no presumiendo insensatamente hacer lo que no puede completar. Pero uno irradia hacia el pie derecho de la cabeza del cangrejo, que sale de la cabeza del leopardo, mostrando que en la salvación de las almas, la exhalación del Espíritu de sabiduría, propagada, se extiende hacia el camino recto de la confianza, que surge del temor del Señor, fortaleciéndola para que con el temor del Señor confíe en Dios, y no tenga la misericordia de Él como algo trivial. Uno, sin embargo, se extiende hacia el cuerno derecho de la cabeza del ciervo, que también sale de la misma cabeza del leopardo, porque en la corrección, la exhalación de la rectitud se muestra, extendiéndose hacia la fortaleza de la fe, que también surge del temor del Señor, llevándola al camino recto, para que se aparte de las artes diabólicas, cuando no cesa de castigar al hombre por la ignorancia de la verdad. Desde el medio del signo del segundo planeta, como un rayo se inclina sobre el signo del sol, significando que de la abundante plenitud del espíritu del entendimiento, la efusión de la inteligencia también se acerca al espíritu de fortaleza, manifestando así que cualquier hombre fiel debe entender sutilmente que debe servir a su Creador con ánimo fuerte, y renunciar al diablo. Y otro sale hacia la cabeza del cordero, que viene del signo de la cabeza del león, porque para que el hombre avance prósperamente hacia su Creador, la exhalación del espíritu del entendimiento se extiende hacia la paciencia que procede del juicio de Dios, mostrando que cuando el hombre imita la paciencia, debe soportar la prosperidad y la tribulación con ánimo ecuánime. Y otro hacia la línea mencionada, que en el firmamento se extiende desde el principio de la parte oriental de la rueda mencionada hasta el fin de la parte occidental de la misma, hacia su región septentrional, con la cabeza del cordero colocada arriba, que sale del signo de la cabeza del oso, se dirige; porque para que cualquier fiel evite lo contrario a su alma, la exhalación del espíritu del entendimiento, viniendo de nuevo, se extiende hacia la rectitud de la justicia que desde el principio de las buenas obras en la virtud de Dios permaneciendo hasta el fin de ellas, separando las insidias diabólicas de las obras justas, con la paciencia asistiendo desde arriba, que se produce de la tribulación corporal, se extiende, advirtiéndolo al hombre que cuando el juicio de Dios lo castiga, soporte pacientemente esa corrección, para que no sea golpeado más severamente. El signo del tercer planeta desde su medio extiende un rayo hacia el signo del sol, lo que designa al espíritu del consejo dirigiendo su exhalación hacia el espíritu de fortaleza, porque aunque estos dones del Espíritu Santo tienen diferentes nombres, con un solo propósito y obra llevan al hombre a la bienaventuranza, y así el espíritu del consejo temple la fortaleza, para que el hombre se erija bien y ordenadamente hacia Dios. Otro se dirige hacia la cabeza de la serpiente, que procede del signo de la cabeza del león, porque en la prosperidad de la verdadera salvación, el espíritu del consejo extiende su exhalación hacia la prudencia, que procede del juicio de Dios, insinuando que el hombre debe castigar prudentemente su cuerpo, para que si lo perturba sin discreción, vencido por la estúpida contrición, sucumba en el trabajo. Pero otro se prolonga hacia la línea mencionada hacia la cabeza de la serpiente, que sale del signo de la cabeza del oso, porque para que el hombre no caiga en la adversidad del alma, el espíritu del consejo mencionado extiende su exhalación de nuevo hacia la rectitud de la justicia, con la prudencia apareciendo arriba, que se extiende desde la tribulación corporal, enseñando al hombre que teme el juicio de Dios a prever, para que no temiéndolo en exceso, caiga en la desesperación, sino que prudentemente a través del consejo de la buena inspiración lo evite.

Por qué el sol en medio de ellos parece emitir más rayos que los demás, y qué significa tanto él como sus rayos.

XXXV. Como ves que el signo del sol, emitiendo como ciertos rayos de sí mismo, toca con uno el signo de la cabeza del leopardo, con otro el signo de la cabeza del león, con otro el signo de la cabeza del lobo, pero no toca el signo de la cabeza del oso, esto es que el espíritu de fortaleza, derramando sus exhalaciones, toca con una el temor del Señor, con otra el juicio de Dios, con otra las penas infernales, mostrando que el hombre debe temer pecar por el temor del Señor, y abandonar sus pecados por su juicio temible, y rechazar la costumbre de pecar por las penas infernales más crueles. Pero no toca el signo de la cabeza del oso, porque el espíritu de fortaleza se retira de la tribulación corporal que no se hace simplemente por Dios (pues el oso a veces muestra costumbres humanas, a veces bestiales en sí mismo); porque cuando el hombre inflige tribulación a su cuerpo sin discreción, el cuerpo mismo, afectado por el trabajo y el cansancio, muchas veces fatigado, sucumbe, y cuando duda de poder perseverar en ello, murmura como una bestia en ira. Por lo tanto, ni la tribulación que el hombre se inflige a sí mismo sin el justo moderamiento, ni la que le es infligida por otros incluso contra su voluntad, invoca al espíritu de fortaleza, porque carece de la equidad de la discreción. Pues como es inestable, de modo que ahora hacia arriba, ahora hacia abajo, se mueve como volando fuera del modo recto, no puede tener fortaleza, es decir, para permanecer en un solo estado, porque la fortaleza no persiste siempre fuerte vacilando ni aquí ni allá. Sin embargo, el hombre que por temor o amor de Dios aflige su cuerpo con moderación de discreción y rectitud, se regocija en el espíritu interior como en banquetes; por lo tanto, esta contricción no debe considerarse aflicción, sino más bien como bendición, y aquí el espíritu de fortaleza opera, para que este fiel permanezca en estas obras de rectitud, porque están con Dios. Otro rayo del sol lo envía sobre el signo de la luna, porque el espíritu de fortaleza se une al temor del Señor, para que cualquier fiel sea fuerte en el temor con el que debe temer a Dios, para que no sea arrojado del lugar de la bienaventuranza por la ligereza. También otro lo extiende como sobre el cerebro, y hasta sobre ambos talones de la imagen mencionada, porque el mismo espíritu de fortaleza inspira al hombre para que lleve la intención y el inicio de la buena obra a la recta consumación, porque es bienaventurado quien se constriñe a sí mismo a un buen fin.

Hacia dónde dirigen sus rayos los tres planetas inferiores, y qué se figura tanto por ellos como por sus rayos.

XXXVI. Como ves que desde el medio del signo del quinto planeta, que está más cerca bajo el sol, como un rayo asciende hacia el signo del sol, esto es que desde la virtud del espíritu de ciencia, que por la proximidad de la operación recta debe estar cerca del espíritu de fortaleza, la exhalación se eleva hacia esa misma fortaleza, porque la ciencia, para ser fortalecida por la fortaleza, se eleva hacia ella para que no se convierta en insensatez. Uno, sin embargo, se extiende hacia la cabeza del cangrejo, que sale del signo de la cabeza del lobo, porque desde la virtud de las fuerzas de la ciencia, la exhalación se dilata hacia la confianza que surge de la tribulación corporal, porque cuando el hombre castiga su cuerpo con ciencia y simplicidad y con el amparo de la discreción, confía en que sus pecados han sido castigados y purgados. Pero uno se dirige hacia el cuerno izquierdo del signo de la luna, porque cuando la ciencia se aparta de las cosas temporales, difunde su exhalación, posponiendo las cosas temporales, hacia el temor del Señor, y lo toma para que fielmente infunda terror a los hombres. Desde el medio del signo del sexto planeta, que está más cerca sobre uno, como un rayo se extiende hacia el signo del sol, mostrando que desde el amparo del espíritu de piedad, que por su suavidad está cerca del temor del Señor, la exhalación asciende hacia el espíritu de fortaleza,

y allí fortalecido, se arma para poder resistir la maldad. Porque cualquiera que disponga caminar piadosamente, asocie la fortaleza a sí mismo, para que pueda perseverar en la piedad. Y otro se dirige hacia el cuerno derecho del signo de la luna, demostrando que avanzando prósperamente, el espíritu de piedad aborda la prosperidad del temor del Señor, también dando a conocer a los hombres que con piedad deben tener el temor del Señor. Otro, sin embargo, se extiende hacia la cabeza del ciervo, que procede del signo de la cabeza del lobo, significando que rechazando la adversidad, el espíritu de piedad extiende su exhalación hacia la fe que surge de las penas infernales, para que el hombre, armado con piedad y fe, evite las penas infernales, para que no pierda la felicidad suprema por el impulso de la contumacia. Lo que ves que desde el signo de la luna como un rayo irradia sobre ambas cejas, y sobre ambos talones de la imagen mencionada, esto muestra que desde el temor del Señor, la exhalación salvífica viene, advirtiéndolo al hombre para que guarde la agudeza de su mente, para que no incurra en la ceguera del alma, y exhortándolo para que dirija la fortaleza de los pasos del espíritu interior hacia el camino de la rectitud, para que caminando en la verdad, alcance la bienaventuranza eterna. Pues así como la ceja protege el ojo, y como el talón sostiene el cuerpo del hombre, así el temor del Señor informa la visión interior para que no olvide a Dios, y conserva la fortaleza interior, por la cual el hombre es llevado a cualquier cosa útil y recta.

Que cualquier fiel, aunque sobresalga en virtudes, sin embargo, a veces sea saludablemente probado por tentaciones, para que no sea seducido por la presunción de la arrogancia y perezca.

XXXVII. Pero también, como se ha dicho antes, el signo del sol, de la misma manera y orden que sobre la cima de esta imagen, está designado con sus rayos hacia los lugares mencionados, también aparece hacia su lado derecho, así como bajo sus pies en su círculo hacia los mismos lugares, porque el don místico del espíritu de fortaleza mencionado, con el mismo moderamiento y efusión con que perfunde las intenciones del hombre con sus exhalaciones, así también sus obras perfectas y sus ejemplos, con los que edifica a sus prójimos, en la plenitud de la bienaventuranza inspira hacia la santidad deseada de la recta iniciación. Pues cuando las virtudes hacen que el hombre fiel, y que consiente con buena voluntad a ellas, comience lo que es recto, también lo exhortan para que lo lleve al progreso, y para que en ellas exhiba el ejemplo de la justicia con buena consumación a los demás. Sin embargo, esas mismas virtudes, aunque protejan al hombre de diversas maneras con su inspiración, permiten que sea probado muchas veces por la tentación de la carne y las artes diabólicas como hacia el norte, para que a través de estas cosas sepa cómo defenderse de ellas, para que no, elevado por la presunción de la arrogancia, caiga después en algo peor y perezca, como también perecieron aquellos elevados en presunción, de los cuales está escrito en las palabras del profeta Isaías.

Testimonio del libro de Isaías añadido para insinuar estas cosas, y cómo debe ser entendido.

XXXVIII. «Por eso el infierno ha ensanchado su alma, y ha abierto su boca sin límite, y descenderán sus fuertes, y sus sublimes, y sus gloriosos a él, y se inclinará el hombre y se humillará el varón, y los ojos de los sublimes serán abatidos (Isa. V).» Lo cual se entiende así: El hombre que permanece en pecados se asemeja a la luna menguante, que tiene un círculo oscuro cuando está completamente menguada, y se reenciende, porque cuando se ve oscuro, por la gracia de Dios se despierta muchas veces, para que busque dignamente la gracia de Dios; y cuando ha invocado dignamente la gracia de Dios, el Espíritu Santo lo enciende para contemplar la verdadera luz, como la luna se reenciende por el sol. Pero después de que haya sido fortalecido por buenas obras de tal manera que no pueda saciarse de

ellas, debe cuidarse con todo esfuerzo de no atribuirse esto a sí mismo; como si fueran de él y no de Dios, en esto también haciéndose casi un dios, y calculando que puede hacer lo que quiera, como también pensaba Satanás, quien en su propia propiedad quiso ser como Dios, por lo que llevó su claridad al olvido. Por eso también el infierno ha ensanchado su alma, es decir, las penas que tiene en sí, y ha abierto su voracidad sin cesar, porque está sin ninguna alegría, y por eso también en la codicia de su absorción no se sacia, porque así como las aves inmundas desean devorar los cadáveres de los animales, así el infierno en su maldad atrae y devora a los fuertes que luchan contra Dios, y a los sublimes que se exaltan injustamente, y a los gloriosos que buscan su propia gloria y no la gloria de Dios. Por lo que también se inclinará el hombre que consiente en los males mencionados, como también se inclinaron los infelices espíritus mencionados con su príncipe; y se humillará aquel que debería tener fortaleza varonil, cuando declina del bien al mal, y los ojos, es decir, la ciencia de aquellos que en la sublimidad del orgullo se creen sabios, será reducida a nada, porque pierden la recompensa de la gloria de la humildad, porque buscan la gloria del pueblo por sus buenas obras sin arrepentirse. Pues si se arrepienten de ello, serán recibidos como penitentes en la sangre del becerro.

De las dieciséis estrellas principales, dispuestas en el círculo de fuego luminoso para consolidar el firmamento y templar los vientos en el circuito de ese firmamento con igual distinción.

XXXIX. Como ves también en el contorno del círculo, en el que se ve la semejanza de un fuego brillante, aparecen dieciséis estrellas principales, mostrando que a lo largo del círculo del fuego superior del firmamento, como se ha dicho antes, están colocadas las estrellas más grandes, a saber, cuatro entre la cabeza del leopardo y el león, cuatro también entre la cabeza del león y el lobo, cuatro entre la cabeza del lobo y el oso, y cuatro también entre la cabeza del oso y el leopardo; es decir, cuatro entre el viento del este y el sur, cuatro también entre el viento del sur y el oeste, cuatro entre el viento del oeste y el norte, y cuatro también entre el viento del norte y el este, confirmando con sus fuerzas las mismas partes del firmamento y moderando los mismos vientos. Pero si estas fueran excesivas en número, con su superfluidad sobrecargarían el firmamento, o si fueran pocas, con la escasez de su número no podrían consolidar el firmamento, porque Dios ha sustraído a cada criatura tanto la excesiva abundancia como la indigna escasez. Y existen cuatro entre dos vientos, porque con un número equitativo y necesario, y no superfluo, sostienen con sus fuerzas las mismas partes del firmamento donde están colocadas, de la misma manera que los clavos sostienen la pared en la que están fijados, y no se mueven de sus lugares, sino que giran con el firmamento, solidificándolo. De las cuales, ocho, que están en medio de las estrellas que se encuentran entre estas cabezas, es decir, dos entre dos cabezas, extienden sus rayos como señal del aire tenue que tienen enfrente, porque estas estrellas, que están en medio de las cuatro estrellas entre los vientos mencionados, ya que consisten en cuatro entre dos vientos, como se ha dicho, prolongan sus rayos en el aire tenue, de la misma manera que las venas descienden desde la cabeza del hombre hasta los pies. Y así como esas venas fortalecen todo el cuerpo del hombre, también estas estrellas consolidan todo el firmamento con sus fuerzas, y resisten a los vientos que están cerca de ellas, para que no muevan el firmamento fuera de su medida, y llevan el aire a un temperamento correcto, y son vecinas entre sí de manera equitativa, para que una se sostenga de la otra para la consolidación del mismo firmamento. Las otras ocho, que parecen estar más cerca de las cabezas mencionadas a ambos lados de estas estrellas centrales, dirigen sus rayos solo hacia el fuego negro, porque este, en medio de sí mismo, sosteniendo alas y asistiendo en cercanía a los vientos, como se ha mostrado arriba, envía los rayos que proceden de sí mismo solo hacia el fuego negro, oponiéndose a él, para que no

emita desmesuradamente la furia de su ardor. Y estas estrellas están colocadas y separadas alrededor del firmamento con una moderación equitativa, para que sostengan el mismo firmamento de manera equitativa con sus fuerzas.

Que la numerosa y discreta cantidad de otras estrellas en los dos círculos, a saber, del éter puro y del aire blanco y brillante, calienta el firmamento y contiene las nubes para que no traspasen sus límites.

XL. Y lo que ves que el círculo del éter puro, y también el círculo del aire fuerte, blanco y brillante, están como llenos de estrellas, que envían sus resplandores hacia las nubes opuestas a ellas, esto es porque el éter puro superior, y debajo de él el aire fuerte, blanco y brillante, están completamente llenos y firmados con estrellas mayores y menores, porque no existiendo en ninguna superfluidad, con sus fuegos calientan y fortalecen todo el firmamento, e infundiendo sus rayos en las nubes bajo el aire fuerte, blanco y brillante, las atraviesan y las contienen, para que no excedan los límites establecidos por Dios para ellas.

De los cuatro estados que aparecen en forma de lenguas por su movilidad a la derecha e izquierda de la imagen, y qué utilidad tienen.

XLI. Por lo cual también esas nubes en la parte derecha de la imagen mencionada, como dos lenguas separadas entre sí, emiten de sí mismas, y de ellas como ciertos riachuelos se dirigen hacia la rueda mencionada y hacia la misma imagen, porque para la salvación del hombre, como dos fortificaciones separadas entre sí, así como también los dos vientos principales en las mismas partes están distantes entre sí, salen de esas nubes que aparecen hacia la parte sur, de tal manera que también de esas nubes ciertos soplos proceden hacia el aire común, por el cual se alimentan diversas criaturas, y se dirigen hacia el hombre, porque también él, a saber, el hombre, al igual que las otras criaturas, no puede carecer de la ayuda y el ministerio superior. En la parte izquierda de esa imagen, de las nubes señaladas allí, como también dos lenguas algo separadas entre sí, se convierten hacia la misma rueda y hacia la misma imagen, como ciertos riachuelos fluyendo de sí mismas, porque para que las cosas contrarias sean removidas del hombre, a saber, tanto de la izquierda como de la derecha de él, de las nubes que están hacia la parte norte, también proceden dos retenciones de fortificaciones separadas entre sí, así como también los vientos principales de esas partes están separados entre sí, como también se ha dicho arriba de otros, que conservan aquellas cosas que subsisten en el mundo, a saber, tanto al hombre como a las demás criaturas, tal como Dios ha dispuesto para ellas. Estas cuatro lenguas proceden de los cuatro vientos principales, porque ellas exhalan para la retención de las nubes, porque así como los vientos principales fortalecen y sostienen todo el firmamento, también estos estados de ellos, que aparecen como lenguas por su movilidad, contienen las nubes que están bajo el firmamento, para que no se dispersen aquí o allá, excediendo su medida.

Razón mística y clara sobre el número y el orden o la posición de las dieciséis estrellas principales.

XLII. De esta manera, como se ha dicho antes, esta imagen está entrelazada y rodeada de estos signos, porque el hombre, fortalecido y protegido por la fortaleza de los elementos y la ayuda de las demás criaturas, está tan fortalecido y protegido que no puede ser arrancado de su estado por ningún impulso de adversidad, mientras el poder divino lo custodia. Pero todas estas cosas también deben entenderse de otra manera. Pues lo que en el contorno del círculo, en el que se ve la semejanza de un fuego brillante, aparecen también dieciséis estrellas principales, esto es porque en la integridad del poder divino están los principales doctores,

que enseñaron y enseñan que los diez mandamientos de la ley se cumplen a través de las seis edades del mundo, a saber, cuatro entre la cabeza del leopardo y el león, cuatro también entre la cabeza del león y el lobo, cuatro entre la cabeza del lobo y el oso, y cuatro también entre la cabeza del oso y el leopardo, porque esos mismos doctores exhortan a los fieles de cualquier parte del mundo a temer al Señor, su juicio y los castigos infernales con tribulación corporal, para que por el temor de estas cosas, aunque hayan dejado de lado el amor de Dios, dejen de pecar. De las cuales, ocho que están en medio de las estrellas que se encuentran entre estas cabezas, es decir, dos entre dos cabezas, extienden sus rayos como señal del aire tenue que tienen enfrente, indicando que las ocho bienaventuranzas, viviendo en la perfección de las virtudes mencionadas, y proclamando el amor de Dios y del prójimo, infunden con gran diligencia sus exhalaciones en los deseos de los hombres fieles, para que, aunque estén entregados al mundo de muchas maneras, dejando de lado las cosas temporales, se apresuren hacia las celestiales. Las otras ocho, que parecen estar más cerca de las cabezas mencionadas a ambos lados de estas estrellas centrales, dirigen sus rayos solo hacia el fuego negro, mostrando que esas mismas bienaventuranzas, tanto en la prosperidad como en la adversidad, asistiendo a la verdadera perfección de las demás virtudes, envían el filo de sus exhalaciones hacia el fuego judicial, insinuando a aquellos que deben servir a Dios en espíritu, que ningún pecado, por leve que sea, debe ser llevado al descuido, sin que sea examinado por el juicio y la venganza de Dios.

Otra razón mística sobre la discreta multiplicidad y constitución de otras estrellas comunes.

XLIII. Y lo que ves que el círculo del éter puro, y también el círculo del aire fuerte, blanco y brillante, están como llenos de estrellas, que envían sus resplandores hacia las nubes opuestas a ellas, esto es porque la integridad de la verdadera penitencia, y también la integridad de la discreción de las obras santas, brillan en el múltiple esplendor de la racionalidad, porque así como las estrellas son diversas y múltiples, también la penitencia y la discreción de las obras santas demuestran en sí mismas muchas fuerzas de bienaventuranza, y hacen racionales con sus esplendores las mentes de los fieles, porque les infunden, para que todas las obras que realizan aparezcan racionales ante Dios.

Otra razón mística sobre la utilidad de los cuatro soplos que se mueven a la derecha o a la izquierda de la imagen en forma de lenguas.

XLIV. Por lo cual también esas nubes en la parte derecha de la imagen mencionada, como dos lenguas separadas entre sí, emiten de sí mismas, y de ellas como ciertos riachuelos se dirigen hacia la rueda mencionada y hacia la misma imagen, porque las mentes de los hombres bienaventurados muestran su prosperidad a través de los dos testamentos, uno según la carne y otro según el espíritu, distantes entre sí, dirigidos desde sí mismos, de tal manera que sin embargo consientan en uno, como estas lenguas tienen una forma, cuyos testimonios llenan el orbe de la tierra, enseñando al hombre a mirar hacia su Creador. En la parte izquierda de esa imagen, de las nubes señaladas allí, como también dos lenguas algo separadas entre sí, se convierten hacia la misma rueda y hacia la misma imagen, como ciertos riachuelos fluyendo de sí mismas, significando que cuando el hombre es atacado por tentaciones diabólicas, recoge en su mente los dos testamentos, a saber, el amor de Dios y del prójimo, que están algo distantes entre sí, porque el amor que tiende hacia Dios es mayor que el amor al prójimo, y así extingue la rueda de las preocupaciones mundanas, así como la concupiscencia de las tentaciones carnales con la irrigación de la justa admonición.

Que cualquier fiel que siga devotamente las huellas del Hijo de Dios, fortalecido por el amparo de las virtudes entre las tentaciones, llegue a los gozos celestiales, y las palabras de Isaías para aprobar lo mismo expuestas adecuadamente.

XLV. Y de esta manera, como se ha dicho antes, esta imagen está entrelazada y rodeada de estos signos, porque el hombre fiel, que sigue fielmente las huellas del Hijo de Dios, defendido y adornado con la claridad de las virtudes bienaventuradas, está rodeado de esta manera, para que, arrebatado de las insidias diabólicas, lo lleven felizmente a la bienaventuranza de los gozos celestiales, donde se alegrará eternamente, atestiguando mi siervo Isaías, quien dice: «Este habitará en las alturas, la fortaleza de las rocas será su refugio, se le dará pan, sus aguas serán seguras. Verá al rey en su hermosura, sus ojos contemplarán la tierra de lejos (Isa. XXXIII).» Esto se entiende así: Quien se inclina de la parte izquierda a la derecha, considerando que Dios descansa sobre el humilde y tranquilo de corazón, supera al diablo soberbio, cuando se humilla a sí mismo diciendo: Dios me ha iluminado con dos ojos, con los cuales considero cuánta gloria tiene la luz en las tinieblas, donde puedo elegir por qué camino andar, porque o seré vidente, o seré ciego, conociendo también a quién invocar como guía hacia el día o hacia la noche. Pues escondiéndome en las tinieblas, puedo hacer obras lascivas, que no puedo realizar en la luz, porque soy observado por todos los que están allí presentes; pero sin embargo en las tinieblas no obtendré ninguna recompensa, sino un castigo condenable, y por eso heriré la opresión del corazón, en la que me deleito con los pecados, e invocaré al Dios vivo, para que me guíe en el camino de la luz, y para que cure mis llagas, para que no me avergüence de ellas en la luz. Cuando haga esto, se romperán las cuerdas de mi captura, porque así tendré capturado a mi enemigo, a cuya sugestión consentí en las tinieblas, porque en mí ha sido burlado. Pues aquel que así obra habitará en las alturas de los cielos, y la fortaleza de las rocas, que es Cristo, será su refugio, donde se le da el pan de vida, cuya satisfacción nunca puede hastiarse, porque siempre se deleita en el dulce sabor de la verdadera caridad. Por lo tanto, también así el río que fluye se convierte en agua viva, y por el don del Espíritu Santo todas sus obras fluyen en santidad, de modo que los ojos de paloma del Espíritu Santo las contemplan, por lo que estas aguas son seguras, porque no se agotarán, ni se secarán, ni el hombre se saciará de ellas, porque fluyen desde el oriente, ni el hombre mientras permanezca en el cuerpo verá su altura, ni encontrará su profundidad, porque también las aguas en las que el hombre renace a la vida están impregnadas por el Espíritu Santo. De esta manera también el hombre fiel verá al rey en la hermosura de la bienaventuranza, y en su conocimiento contemplará la tierra de los vivientes cuando, separado de los pecados de corazón y cuerpo, se aleje de ellos, por lo que también considere qué elegir.

De la luz clarísima que procede de la boca de la imagen que lleva la rueda en el pecho en semejanza de hilos, con los cuales parece medir los signos de la misma imagen y de la rueda y de los círculos mostrados, y la razón mística de estos.

XLVI. También ves que de la boca de la imagen mencionada, en cuyo pecho aparece la rueda mencionada, sale una luz más clara que la luz del día en semejanza de hilos, porque de la virtud de la verdadera caridad, en cuya ciencia está el circuito del mundo, procede su ordenación elegantísima, resplandeciendo sobre todo, conteniendo y constriñendo todo. Con estos hilos se miden con medida recta y distinta los signos de los círculos mencionados, y los signos de las demás figuras que están diferenciadas en la misma rueda, y cada uno de los signos de los miembros de la forma humana, a saber, de la misma imagen, que también aparecen en la misma rueda, como se ha dicho antes, de la manera que se manifiesta en las palabras precedentes y subsecuentes de ella, donde por ella se distinguen adecuadamente las fuerzas de los elementos y de otros ornamentos superiores, que pertenecen a la protección y

adorno del mundo, y todas las conexiones de los miembros del hombre, que domina en ese mundo, y se adaptan convenientemente a la medida justa, como se te ha revelado muchas veces. Pero también de la verdadera caridad, que es toda divina, viene el bien que es más precioso que todo lo deseable, reuniendo y atrayendo a todos los que lo buscan, y pesa con justo juicio los méritos de los deseos celestiales y de los gemidos espirituales que proceden por instinto divino, así como todas las obras del hombre, realizadas por amor a Dios, como también es evidente para todos los que aman perfectamente a Dios, como hablo a través de Jeremías, mi siervo, diciendo:

Palabras del profeta Jeremías que se refieren a la misma razón, y cómo deben entenderse.

XLVII. «Yo, el Señor, escudriño el corazón y pruebo los riñones, para dar a cada uno según su camino, y según el fruto de sus invenciones (Jer. XVII).» Lo cual se entiende así: Los que aman a Dios, por ninguna clausura de falsa ocasión buscan a otro que no sea Él, ni quieren tener ninguna conversación de las concupiscencias de su carne con otro; aunque el hombre muchas veces lleva a cabo sus voluntades, como también Adán intentó ver qué podía hacer. Pero el hombre no puede servir a Dios y al diablo al mismo tiempo, porque lo que Dios ama, el diablo odia, y lo que el diablo ama, Dios lo descuida, como está en el hombre, porque la carne se deleita en los pecados, y el alma tiene sed de justicia, y en estos dos hay una gran lucha, porque una parte es contraria a la otra. Pero sin embargo, la obra que el hombre comienza, de esta manera se lleva a cabo en gran contienda, como también el siervo se ve obligado a servir a su señor, porque la carne con el alma sujeta a ella emprende el pecado, y el alma con la carne sujeta a ella realiza una obra buena. Pero cuando el hombre corre según los deseos del alma, se repudia a sí mismo por amor a Dios, y se hace peregrino en las concupiscencias de la carne, lo que hacen los justos y santos, y también hizo Abel, quien miró a Dios; y en cuya efusión de sangre toda la tierra tembló, de modo que después fue llamada viuda, a saber, privada de la integridad de la santidad por el homicidio de Caín, como una mujer queda despojada del consuelo del marido en la viudez. Pues yo, el Señor de todos, escudriño los corazones contritos, que descuidan los pecados, y pruebo los riñones, que se contienen del gusto de las concupiscencias, que doy al hombre la recompensa según el trabajo de los pasos de sus caminos, y según el fruto que produce en la deliberación de sus pensamientos, porque tengo todos los frutos del hombre escritos ante mí. Pues el hombre que abandona sus voluntades de sus concupiscencias es justo; pero el que sigue toda su voluntad en las concupiscencias no podrá ser llamado justo; pero sin embargo, si se convierte al bien, sus cicatrices son lavadas en la sangre del Cordero, y entonces también el ejército celestial, viendo esas cicatrices curadas, se excita en admirable alabanza de Dios. Por lo tanto, todo hombre que teme y ama a Dios, abra la devoción de su corazón con estas palabras, y sepa que han sido pronunciadas no por el hombre, sino por mí, para la salvación de los cuerpos y las almas de los hombres.

VISIÓN TERCERA.

Colección simple de ciertas visiones que tocan lo físico sobre los vientos que rodean el firmamento superior e inferior, sobre el círculo superior que emite a los planetas para que retrocedan desde el ocaso hacia el orto y sean moderados en su curso; sobre los humores del hombre que reciben las cualidades del aire y de los vientos que concurren entre sí: sobre las venas y los intestinos de todo el cuerpo humano, cómo se cohesionan y cooperan entre sí en diversos oficios, y por qué causas a veces difieren de su igualdad o tiempo.

I. Vidi, y he aquí que el viento oriental y el viento austral, con sus colaterales, moviendo el firmamento con el soplo de su fortaleza, lo hacían girar sobre la tierra desde el oriente hasta el occidente, y allí el viento occidental, así como el viento septentrional y sus colaterales, lo recibían y, empujándolo con sus soplos, lo rechazaban desde el occidente hasta el oriente bajo la tierra. También vi que desde el día en que los días comienzan a alargarse, el mencionado viento austral, con sus colaterales, levantaba el firmamento en la región austral hacia el septentrión hasta el día en que ya no se alargan más, como sosteniéndolo y elevándolo poco a poco, y que desde el mismo día en que los días comienzan a acortarse, el viento septentrional, con sus colaterales, rechazando la claridad del sol, lo empujaba desde el septentrión hacia el austro, bajándolo poco a poco, hasta que el austro comenzaba nuevamente a elevarlo con la longitud de los días. Pero también vi que en el fuego superior aparecía un círculo que rodeaba todo el firmamento desde el oriente hacia el occidente, del cual un viento obligaba a los planetas a ir desde el occidente hacia el oriente, en contra de la rotación del firmamento, y este, al igual que los otros vientos mencionados, no emitía sus soplos al mundo, sino que solo moderaba el curso de los planetas, como se ha dicho. Luego también vi que, debido a la diversa calidad de los vientos y del aire cuando se encuentran entre sí, los humores que están en el hombre, al ser movidos y cambiados, adoptan la calidad de aquellos. Pues a cada uno de los elementos superiores le corresponde un aire de calidad similar, por el cual dicho elemento es impulsado a la rotación por la fuerza de los vientos, de lo contrario no se movería, y de cada uno de estos, con el ministerio del sol, la luna y las estrellas, se exhala el aire que templó el mundo. Sin embargo, cuando a veces, ya sea por el ardor del curso del sol o por el juicio de Dios, cualquier elemento es tocado hacia cualquier región del mundo, este, al ser movido allí con el aire que se mueve, emite de ese mismo aire un soplo que se llama viento, al aire inferior mencionado, que inmediatamente se mezcla con él, porque también es en parte de él, y le es algo similar, y así toca al hombre, de donde los humores que están en él, según la calidad de ese viento y aire, cuando son de la misma calidad, se cambian a menudo ya sea hacia la debilidad o hacia la fortaleza.

Y nuevamente vi que cuando alguno de los vientos de todas las calidades mencionadas es excitado en cualquier región del mundo, ya sea por el diverso curso del sol y la luna o por el juicio de Dios, como se ha dicho, de tal manera que allí, al moverse el aire y templarse a sí mismo, emite su soplo, ese mismo aire, soplando a través del mundo y conservando lo que hay en el mundo al templarlo, hace que el hombre sea algo mutable en sus humores según ese mismo soplo, porque cuando ese hombre cuya calidad natural corresponde a ese soplo, introduce y emite en sí mismo ese aire así cambiado, ya que el alma lo recibe y lo transmite a las partes internas del cuerpo, los humores que están en él también se cambian, y muchas veces le inducen ya sea enfermedad o salud, como se ha demostrado anteriormente. Pues los humores, como un leopardo, a veces se levantan ferozmente en el hombre, pero luego se vuelven más suaves, y como un cangrejo, ahora avanzando, ahora retrocediendo, muestran a menudo un cambio en sí mismos; y como un ciervo, saltando y picando, a veces manifiestan diversidad en sí mismos, y también como en la rapacidad del lobo, y con él como en la calidad del ciervo y del cangrejo, como se ha dicho, a veces invaden al hombre; a veces también, como un león, demuestran su fortaleza en él sin cesar, y como una serpiente, ahora muestran suavidad, ahora aspereza en sí mismos, y como un cordero, a veces se simulan mansos, pero también como un oso, a veces murmuran como con ira, y a veces también manifiestan con él la calidad del cordero y de la serpiente, como se ha mostrado arriba. Pues los humores en el hombre se cambian a menudo de esta manera. Por lo tanto, muchas veces pasan al hígado de él, así cambiados, en el cual se prueba su conocimiento, que procede del cerebro templado por las fuerzas del alma, y lo que la humedad del cerebro toca, de tal manera que es gordo y fuerte y sano. Pues en la parte derecha del hombre está el hígado y el

gran calor del cuerpo, por eso la derecha es veloz para erguirse y para obrar, pero en la izquierda están el corazón y el pulmón, que la confortan para las cargas, y tienen el calor del hígado como de un horno. Pero las venas del hígado, tocadas por estos humores movidos, sacuden las venillas del oído del hombre, y a veces confunden su audición, porque a través del oído muchas veces se le infiere al hombre ya sea salud o enfermedad, es decir, cuando se conmueve en exceso de alegría por cosas prósperas, o cuando se contrae en exceso de tristeza por cosas adversas. También vi que a veces estos humores tienden al ombligo del hombre, que, como la cabeza de las entrañas, sobresaliendo, las cierra suavemente para que no se dispersen, y que conserva los caminos y el calor de ellas y de las venas en el justo temperamento, aunque muchas veces está inquieto por sus impulsos, de lo contrario el hombre no podría vivir. Pero también buscan a veces los lomos del hombre, que en sus fuerzas son engañosos y peligrosos como jugando, y que son retenidos por los nervios y las demás venas, en los cuales también florece la racionalidad, de tal manera que el hombre sabe qué hacer, o qué evitar; de donde también tiene deleite en esas obras, y las que en la parte derecha del cuerpo se calientan por el soplo del aliento del hombre, y por su hígado, y se fortalecen, de donde también el hombre recibe discreción y disciplina, de cómo contener las tormentas de otros humores, para que realice sus obras con disciplina.

Los mismos humores también tocan a veces las venas de los riñones y de otros, que tienden a las venas del bazo, del pulmón y del corazón, y todas estas cosas con las entrañas en la izquierda se sacuden, cuando el pulmón las calienta, pero la parte derecha del cuerpo el hígado la enciende. Y las venas del cerebro, del corazón, del pulmón y del hígado, y las demás llevan fortaleza a los riñones, y las venas de los riñones descienden a las pantorrillas, y las confortan, y así, con las venas de esas mismas pantorrillas, regresando hacia arriba, y conectándose entre sí ya sea en la fortaleza viril o en el útero femenino, como el estómago comprende los alimentos, en esos lugares infunden fuerzas para engendrar descendencia, como el hierro se afila con la piedra. Pues los músculos de los brazos y las pantorrillas, así como los tumores de las piernas, están llenos de venas y humores, porque así como el vientre retiene las entrañas y los alimentos en sí, así los músculos de los brazos y las pantorrillas de las piernas conservan las venas y los humores en sí, y con su fortaleza fortalecen y llevan al hombre, como el vientre lo nutre. Pero cuando el hombre a veces corre apresuradamente, o hace un viaje caminando, los nervios que están bajo las rodillas, y las venillas que están en las rodillas, al ser extremadamente distendidas, tocan las venas en las pantorrillas, que están conectadas como una red y son muchas, y así, en la fatiga, regresando a las venas del hígado, hacen que toquen esas venas del cerebro, y de esta manera ponen todo el cuerpo en fatiga. Sin embargo, las venas de los riñones, al ayudar a la pantorrilla izquierda, la tocan más que a la derecha, porque la pantorrilla derecha es confortada por el calor del hígado. También las venas de los riñones y las venas de la pantorrilla derecha ascienden, y las venas de estas tocan las venas del hígado, y el hígado calienta a los riñones en la gordura que yace de los humores, de tal manera que se extienden, induciendo y sacando rápidamente el deleite, y cesando rápidamente, porque cuando el hígado da calor al hombre, él se regocija y está alegre. Así que los humores que están en el hombre, movidos de manera justa, cuando tocan a veces las venas de su hígado, como se ha dicho antes, su humedad disminuye, y también se atenúa la humedad del pecho, de donde también secan al hombre así, llevándolo a la enfermedad, y la flema en ese hombre es seca y venenosa, y asciende así a su cerebro, y lleva su cabeza al dolor, y hace que sus ojos duelan, y la médula en sus huesos se marchita, de tal manera que a veces incurre en la enfermedad epiléptica, cuando la luna está en defecto. También la humedad que está en su ombligo, expulsada por esos mismos humores, a veces se convierte en sequedad y se endurece, de donde también su carne se vuelve ulcerosa y escamosa, como si fuera leproso, aunque no tenga lepra. También las venas de sus lomos, tocadas

injustamente por ellos, mueven a las demás de la misma manera, de tal manera que la humedad recta en él se seca; y así, dejando el humor, surgen en él impétigos. También las venas de los riñones de ese mismo hombre, tocadas a veces injustamente por los humores mencionados, sacudiendo otras venas que se adhieren a ellos en las pantorrillas o en el resto del cuerpo, como se ha dicho, secan en sequedad las médulas de los huesos y las venas de su carne, y así el hombre languidece por mucho tiempo, llevando su vida en esa languidez por mucho tiempo. Pero a veces los humores mencionados purifican en exceso en humedad el pecho del hombre, y humedecen su hígado con esa humedad, de donde surgen en él muchísimas y variadas cogitaciones, de tal manera que ahora se cree demasiado tonto, y luego esos mismos humores, al ascender al cerebro, lo infectan, y al descender al estómago, generan fiebres en él, y así ese hombre se enferma por mucho tiempo. También a veces angustian las venillas de los oídos con la superfluidad de la flema, y esas venas del pulmón con la misma flema las infectan de tal manera que el hombre tose, y apenas puede suspirar, y esa misma superfluidad de flema, al pasar de las venas del pulmón a las venas del corazón, lo pone en dolor, y ese dolor, al ir al costado de ese mismo hombre, excita la pleuresía, y lo sacude de tal manera, como si tuviera la enfermedad epiléptica en el defecto de la luna. También con la superflua inundación mueven las entrañas en el ombligo del hombre, y así ascienden a su cerebro, y muchas veces lo hacen frenético, y sacuden las venas en sus lomos, y también tocan la melancolía en él, de tal manera que se turba de esta manera, y se vuelve triste sin discreción. A veces también esos mismos humores, con una humectación inconveniente, tocan las venas de los riñones del hombre, y esas, así movidas, infectan con la superflua inundación las venas de sus pantorrillas, y las demás venas de su cuerpo, y si también ese mismo hombre ha sobreabundado entonces en alimentos y bebidas superfluas, a veces le inducen lepra grasa, porque sus carnes se engrosan. Pero si los humores mencionados no son en exceso húmedos, sino que se difunden de manera equitativa y congruente a través de los miembros del hombre, él permanece sano en su cuerpo, y vigoroso en el conocimiento ya sea para el bien o para el mal.

Que todas las criaturas sirven a la utilidad no menos en el alma que en el cuerpo, y qué significa que se vea que los vientos oriental y austral, con sus colaterales, hacen girar el firmamento desde el oriente hacia el occidente.

II. Y nuevamente escuché una voz del cielo que me decía así: Todas las criaturas que Dios hizo tanto en las cosas superiores como en las inferiores, las unió a la utilidad del hombre; que si él las pervierte con actos malvados, el juicio de Dios las induce con venganza sobre él. Las cuales, aunque asisten al hombre en la necesidad corporal, también deben ser entendidas como mirando no menos a la salvación de su alma. Pues como ves que el viento oriental y el viento austral, con sus colaterales, moviendo el firmamento con los soplos de su fortaleza, lo hacen girar sobre la tierra desde el oriente hasta el occidente, esto significa que la exhalación del temor del Señor y la exhalación del juicio de Dios, con las demás virtudes, tocando con la fortaleza de su santidad el espíritu interior del hombre, lo hacen comenzar como en el oriente las cosas buenas, y en ellas hasta la buena consumación, como hacia el occidente, convenciéndolo de lo carnal, lo hacen comportarse y perseverar, porque cuando el hombre teme a Dios, teme incurrir en su juicio por sus excesos. Por lo tanto, cuando comienza así las cosas buenas para perseverar en ellas, se esfuerza por la recompensa eterna. Y allí el viento occidental, así como el viento septentrional y sus colaterales, lo reciben, y empujándolo con sus soplos, lo rechazan desde el occidente hasta el oriente bajo la tierra, porque la exhalación de la rectitud con las penas infernales, la exhalación de la castidad con las tribulaciones corporales y las demás flagelaciones, aterrorizando al espíritu del hombre, y sacudiéndolo con sus terrores, cuando ya en el tedio de la fatiga deja de obrar bien como declinando hacia

el occidente, lo reducen al orto de la justicia bajo la calamidad terrena, exhortándolo a que no sucumba vencido por la facilidad tibia como al final de las obras justas, sino que regrese vigorosamente al inicio de la santidad, porque no al que comienza y es negligente, sino al que comienza y perfecciona se le dará la recompensa de la bienaventuranza.

Qué significa que también el viento austral, y el septentrional en los solsticios del año, uno levante desde el austro hacia el septentrión, y el otro baje poco a poco desde el septentrión hacia el austro.

III. También ves que desde el día en que los días comienzan a alargarse, el mencionado viento austral, con sus colaterales, levanta el firmamento en la región austral hacia el septentrión hasta el día en que ya no se alargan más, como sosteniéndolo y elevándolo poco a poco, porque cuando en la luz de la verdad las buenas obras se extienden por el hombre fiel, desde el fuego de la justicia viene la exhalación de la rectitud con otras virtudes, elevando el espíritu interior de él en la ardiente justicia, hacia arriba contra la concupiscencia de la carne, probada y afligida por muchas tentaciones, hasta la buena fe, lo eleva bien y ordenadamente. Pero que desde el mismo día en que los días comienzan a acortarse, el viento septentrional, con sus colaterales, aborreciendo la claridad del sol, empuja el firmamento desde el septentrión hacia el austro, bajándolo poco a poco, hasta que el austro comienza nuevamente a elevarlo con la longitud de los días, esto es que cuando el tedio y la tardanza han aprehendido al hombre en las buenas obras llevándolo a la fatiga, también la tribulación corporal, con la que ese mismo hombre resistiendo a la persuasión diabólica, se había afligido de muchas maneras antes, y había descuidado la claridad de esas mismas obras afectado por el tedio, toca interiormente su espíritu con pensamientos contrarios, y le induce a que se contenga en esas aflicciones, y deposite el rigor que tenía en ellas, porque la gracia de Dios, como en el austro, benigna y clementemente le perdona sus pecados, y así lo engaña poco a poco, hasta que el fuego de los dones de Dios, juzgando esto correctamente, reduce su espíritu en la carne a este modo de lucha, nuevamente a la fuerza original de las virtudes.

Qué significa el círculo que aparece en el fuego superior, rodeando todo el firmamento, y el viento que sopla por las alturas y modera el curso de los planetas al retroceder.

IV. Pero también ves que en el fuego superior aparece un círculo que rodea todo el firmamento por todas partes, del cual sale un viento que obliga a los siete planetas a ir desde el occidente hacia el oriente en contra de la rotación del firmamento, porque en la potencia divina está la integridad de la santidad, que protege al espíritu interior del hombre por todas partes, quien se une a Dios. Por lo tanto, de ella viene una exhalación, haciendo que los dones místicos del Espíritu Santo toquen al hombre cuando comienza a adormecerse en el tedio, para que se sacuda del letargo y se levante vigorosamente hacia la justicia; lo cual, sin embargo, muchas veces es pesado para el espíritu del hombre, porque el cuerpo, en el que por disposición divina permanece para que le obedezca, a veces apenas puede llevarlo, porque a menudo le consiente como a su morada en los deseos carnales, y así la exhalación de los dones de Dios muchas veces resiste a la voluntad del hombre. Y esta, al igual que los otros vientos mencionados, no emite sus soplos al mundo, sino que solo modera el curso de los planetas, como se ha dicho, porque la exhalación premostrada que procede de la integridad de la santidad, al igual que las otras virtudes que convierten al hombre dado al mundo del mal al bien, no se manifiesta, porque cuando el hombre comienza a hacer el bien por el don de Dios, aún no está perfecto en la plenitud de la santidad; pero finalmente, cuando ha llegado verdaderamente a la perfección de ellos, la exhalación de la santidad lo sostiene en los dones plenos y perfectos del Espíritu Santo, y no le permite vacilar ni aquí ni allá. Pues como la columna de la santidad, fundada abajo sobre Cristo, se eleva arriba hacia las cosas celestiales,

así en Cristo, quien lo sostiene, sobre quien reposaron los siete dones del Espíritu Santo, no podrá caer sacudido por las tempestades de varias tentaciones, y dirá como, inspirándome, está escrito por Habacuc.

Palabras del profeta Habacuc añadidas para declarar el mismo significado y su exposición.

V. «El Señor Dios es mi fortaleza, y pondrá mis pies como de ciervos, y sobre mis alturas me hará caminar victorioso cantando salmos (HABAC. III).» Lo cual se entiende así: Dios, quien me creó, y como Señor, tiene potestad sobre mí, es mi fortaleza, porque sin Él no puedo hacer nada bueno, porque por Él tengo el espíritu vital por el cual vivo y me muevo, y por el cual conozco todos mis caminos. Por lo tanto, ese mismo Dios y Señor, cuando lo invoque verdaderamente, pondrá mis pasos en la velocidad de sus mandamientos, como el ciervo se apresura cuando desea la fuente, y de esta manera sobre esa altura, que en sus preceptos me ha sido mostrada e impuesta, me hará caminar, sometiendo las concupiscencias terrenales en la victoria de la fortaleza, de tal manera que le refiera alabanzas incansables, cuando haya llegado a la bienaventuranza celestial. Pues como el sol, puesto en el firmamento del cielo, domina sobre la criatura terrena, y nada puede cubrirlo, así también ningún fiel, fijando su corazón y su ánimo en Dios, podrá ser arrancado de Él. Y porque está fijado en Él, desprecia verdaderamente todas las cosas terrenas, por lo cual nadie se escandaliza en Él. En ningún ruido se mueve por el temor de la muerte, ni en ningún trabajo se reconoce que su tiempo sea lamentable, ni se encuentra en las cuevas de los ladrones, es decir, en el odio engañoso, en el cual el hombre muchas veces es engañado, ni tampoco camina en el torbellino de la inestabilidad, según las costumbres inestables de los hombres que no miran a su Creador, realizando sus obras según la libertad de su voluntad. Por lo cual también se asemeja al cangrejo que retrocede y al torbellino que seca las hierbas.

Qué significa que según la diversa calidad de los vientos y del aire que se encuentran entre sí, los humores que están en el hombre se muevan y cambien.

VI. Lo que ves a continuación, que por la diversa calidad de los vientos y del aire, cuando se encuentran entre sí, los humores que están en el hombre se conmueven y cambian, asumiendo la calidad de aquellos, esto designa que por los diversos modos de la exhalación de las virtudes, así como por la calidad de los deseos de los hombres cuando concuerdan entre sí, y el hombre desea lo que es de Dios, los pensamientos de los hombres, alejados de Dios y convertidos al bien, se someten a la dignidad de las virtudes y de los deseos santos. Pues a cada uno de los elementos superiores le conviene un aire de calidad similar, por el cual dicho elemento es impulsado a la circunvolución por la fuerza de los vientos, de lo contrario no se movería, significando que a las virtudes superiores y a las consolaciones les conviene el deseo del hombre fiel, por el cual se fortalece con la exhalación de las virtudes para la destrucción del mal; de lo contrario, no se convertiría al bien, y de cada uno de estos, con el ministerio del sol, la luna y las estrellas, se exhala el aire que templó el mundo, mostrando que de todas las consolaciones de las virtudes superiores, del espíritu de fortaleza, del espíritu de temor del Señor, con las demás iluminaciones de las exhalaciones buenas, se encienden los deseos que en los corazones de los fieles anhelan la beatitud suprema. Porque todo lo bueno que el hombre obra, no procede del mérito propio, sino del don de la gracia de Dios. Pero cuando alguna vez, ya sea por el ardor del curso del sol, o por el juicio de Dios, cualquier elemento es tocado hacia cualquier región del mundo, ese elemento, movido allí con el aire que se mueve, emite de ese mismo aire un soplo que se llama viento, hacia el aire inferior mencionado, porque, cuando por el espíritu de fortaleza y por la disposición divina de las virtudes superiores, las fuerzas se despiertan para la salvación de los hombres, donde los

deseos de los hombres fieles ascienden a Dios y lo invocan, aquellos, llamados con el deseo supremo, dirigen la exhalación a las mentes de esos hombres, para que puedan ser convertibles a cualquier bien. Pues cuando el hombre invoca a Dios pura y fielmente, Dios lo rodea con su protección por justo juicio, porque, rechazando el mal, se apresura a llegar al bien. Quien se mezcla inmediatamente con él, porque también es en parte de él, y existe algo semejante a él, significando que las mentes de los justos concuerdan con la exhalación de las virtudes, porque mientras aman lo que es justo, es de las virtudes, por lo cual se hacen semejantes a ellas de esta manera. Así, el mismo aire toca al hombre, de donde también los humores que están en él, según la calidad de ese viento y aire, cuando son de la misma calidad, ya sea hacia la debilidad o hacia la fortaleza, a menudo se transforman, porque las mismas mentes de los bienaventurados, convertidas a la justicia, dominan las concupiscencias carnales en ellos, y fijan sus pensamientos en la exhalación de las virtudes y en la devoción de los deseos supremos, añadiendo debilidad a los vicios y fortaleza a las virtudes. Pues cuando el hombre, por causa de Dios, constriñe razonablemente su carne, eleva su espíritu interior hacia la beatitud, atestiguando la Sabiduría que dice:

Testimonio de los proverbios de Salomón insertado para aclarar este significado, y cómo debe entenderse.

VII. «La casa del justo es gran fortaleza, y en los frutos del impío hay turbación (Prov. XV).» Lo cual se entiende así: Así como el sol, cuando asciende al mediodía, arde en su máximo calor, así también la casa, es decir, la mente de este justo, que realiza todas sus obras como si asistiera al juicio de Dios, muestra gran fortaleza en sí misma, cuando progresa ascendiendo de virtud en virtud, y no disminuye en esto, del mismo modo que el sol no se atenúa por su ascenso, ni por la distribución de su calor en su círculo, porque el hombre bienaventurado cuanto más arde en el bien, tanto más se inflama con feliz empeño. Pues las mansiones de este están en los lugares supremos, en los cuales se ocupa con toda intención y deseo, y no puede saciarse de su dulzura. Su fortaleza también es más alta que el firmamento, y alcanza hasta el abismo profundo, porque el hombre es el más fuerte con toda criatura, y toda criatura le sirve. La tierra también se sacude y se mueve a veces por el movimiento del firmamento, y el firmamento sirve a la tierra, empapándola con lluvia para que no se separe, y para que a través del aire y el rocío produzca sus frutos de manera loable; pero el hombre bienaventurado abstrae de sí todas las cosas terrenales, y no cesa, ni por la contrición, ni por el temor de las concupiscencias terrenales, de ascender a la altura suprema, edificando buenas obras con el gozo de la vida eterna. Pero en los frutos que el impío produce en malas y perversas obras, hay turbación, porque él, inundando en la turbación del siglo, tambalea, ni camina en el día, ni espera en la luz eterna, sino que come las algarrobas de los cerdos, no encontrando en ellas vida, porque no rechaza los deseos carnales.

Que por la múltiple necesidad de los vientos y del aire, por el diverso curso del sol y la luna, o por el juicio de Dios que se acerca, el hombre también, al recibir la mutación, a veces incurre en variaciones de salud e enfermedad, y qué se figura por esto en su vida espiritual.

VIII. Pero también ves de nuevo, cuando alguno de los vientos de todas las cualidades mencionadas en cualquier región del mundo, o por el diverso curso del sol y la luna, o por el juicio de Dios, como se ha dicho, se excita, de modo que allí, con el aire movido y templado, emite su soplo, que el mismo aire, soplando por el mundo y conservando lo que hay en el mundo al templarlo, según ese mismo soplo, hace al hombre algo mutable en sus humores, significando que cuando la exhalación de las virtudes de muchos dones, dondequiera que el Espíritu Santo las exhale, y por la inspiración del espíritu de fortaleza y humildad, del espíritu de temor del Señor y del ánimo contrito, y por la disposición de la consideración divina en el

hombre fiel se levanta, de modo que con el deseo recto de aquel que le es concordante asiste por la inspiración efusiva, el mismo deseo, investigando lo que es útil y reclinándose con devoción hacia ello, se adapta a la misma inspiración. Y así, el mismo deseo también sacude el corazón de ese mismo hombre, porque cuando ese hombre cuya calidad natural conviene a ese soplo, introduce y emite en sí mismo este aire así transformado, porque el alma lo recibe y lo transmite al interior del cuerpo, los humores que están en él también se transforman, y le inducen muchas veces, como se ha demostrado antes, ya sea enfermedad o salud, cuando él cuya voluntad buena concuerda con esta exhalación, discute rumiando este deseo separado del mal, y porque el alma lo transcribe más secretamente por sí misma, las tormentas de pensamientos que inundan en él también se transforman, de modo que ahora le prometen adversidad, ahora prosperidad.

Porque los humores en el hombre, también según el modo de la complexión de ciertos animales o bestias, a veces se mueven más agudamente, a veces más suavemente, y que según la mutación o impulso de esos mismos humores, los afectos y pensamientos, en ese mismo hombre, varían con frecuencia en alternancia.

IX. Pues los humores, como el leopardo, a veces se levantan ferozmente en el hombre, pero luego se vuelven más suaves, y como el cangrejo, ahora avanzando, ahora retrocediendo, muestran a menudo mutación en sí mismos, y como el ciervo, saltando y picando, a veces manifiestan diversidad en sí mismos, porque por mucho que el hombre tenga temor del Señor, sin embargo, a veces surgen pensamientos en él, que luego, afectados por el tedio, se deponen a la vanidad, a veces como en el cangrejo lo exhortan a avanzar por la confianza en la buena consumación; pero luego, tirándolo hacia atrás, insinuando que no puede perseverar así, lo engañan, a veces como en el ciervo lo hacen seguro por la fe, pero luego lo pican vacilante en la fe. Y también como en la rapacidad del lobo, y con él como en la calidad del ciervo y del cangrejo, como se ha dicho, a veces invaden al hombre, porque a veces, como en el lobo, le ofrecen al hombre penas infernales, de modo que solo como por el ciervo, es decir, por la fe, y como por el cangrejo, es decir, por la confianza, sin otras obras justas, pueda evadirlas, le prometen engañosamente, pero luego muchas veces lo llevan a la desesperación. A veces también, como el león, demuestran su fortaleza en él sin cesar, y como la serpiente, ahora muestran suavidad, ahora agudeza en sí mismos, y como el cordero, a veces se simulan mansos, cuando exponen el juicio de Dios al hombre; pero luego le persuaden para que no lo tema, porque como la serpiente, avanzando prudentemente, le sugieren engañosamente cómo evadirlo con astucia suave, cuando también como el cordero lo exhortan a no temer en la paciencia, como si no estuviera atado por pecados. Pero también como el oso a veces murmura como en ira, a veces también manifiestan con él la calidad del cordero y de la serpiente, como se ha mostrado antes, porque a veces, como el oso, murmuran al hombre para que sufra tribulación corporal por Dios, por la cual como en la paciencia del cordero, y como en la prudencia de la serpiente, demuestran que está castigado y limpio de pecados, y de nuevo lo hacen incierto en esto por muchas variedades. Pues los humores en el hombre se transforman a menudo de esta manera, porque los pensamientos del hombre, alterados por tales torbellinos y otros modos, lo llevan ahora a la seguridad justa, ahora a la desesperación, a veces también lo elevan hacia arriba por la devoción recta. Por lo cual muchas veces pasan así transformados a su hígado, en el cual se prueba su conocimiento, que procede del cerebro templado por las fuerzas del alma, y lo que la humedad del cerebro toca, de modo que sea gordo y fuerte y sano, significando que los pensamientos del hombre a menudo se dirigen como a su hígado, es decir, a la fortaleza de la justicia, en la cual el justo obra por el conocimiento, porque las fuerzas del alma muestran el conocimiento del bien y del mal, que por la justicia en los creyentes comprende la vida, como el Hijo de Dios reunió a los

pecadores y publicanos a sí mismo, a quienes también hizo robustos en la abundancia del Espíritu Santo.

Que el hombre en su parte derecha, porque tiene el hígado, en el cual está la fuente del calor, a la derecha, es más expedito para obrar; en la izquierda, por el corazón o el pulmón situados a la izquierda en él y teniendo el pulso de la respiración, es más hábil para llevar cargas; y qué significan estas cosas espiritualmente en él.

X. Pues en la parte derecha del hombre están el hígado y el gran calor del cuerpo, por lo cual la derecha es veloz para erguirse y obrar; en la izquierda, sin embargo, están el corazón y el pulmón, que la confortan para llevar cargas; y tienen el calor del hígado como de un horno, que designan que en la derecha, es decir, en la prosperidad de la salvación del hombre bueno y recto, la justicia obra con el Espíritu Santo, de modo que él, erigiéndose prósperamente hacia Dios, realiza cualquier bien; en la izquierda, sin embargo, para evitar lo adverso, confesando a Dios con recto corazón, desea ser confortado por la fuerza de la justicia. Pero las venas del hígado, movidas, tocadas por estos humores, sacuden las venas del oído del hombre, y a veces confunden su audición, porque por el oído muchas veces se le infiere al hombre ya sea salud o enfermedad, es decir, cuando se conmueve en exceso en alegría por las cosas prósperas, o cuando se contrae en exceso en tristeza por las adversas, mostrando que el tenor de la justicia, provocado por pensamientos rectos, aparta al hombre de la mala audición y lo dirige al bien, que a veces infiere a su alma tanto lo que es santo como lo que es turbio, de modo que el hombre a veces no quiere saber imponerse medida ni en los bienes ni en los males. Pues el buen conocimiento sin buena audición es mudo, porque lo que el buen conocimiento sabe, la buena audición recibe, y esta tiene gran empeño en tratar y dictar lo que le es traído por el buen conocimiento. Quien después de haber compuesto todas estas cosas de manera congruente, descansa un poco cesando de ellas, como un hombre que pone un tesoro en su arca, es decir, cuando entiende el bien y el mal, guardando el bien en el secreto de su corazón y rechazando completamente el mal de sí mismo, como Isaías exhorta diciendo:

Palabras del profeta Isaías adecuadas para afirmar el significado de estas cosas, y en qué sentido deben ser tomadas.

XI. «Desata las ataduras de tu cuello, hija cautiva de Sion, porque así dice el Señor: Fuisteis vendidos gratuitamente, y sin dinero seréis redimidos (Isa. XLII).» Lo cual se entiende así: Rompe por la penitencia el vínculo de la primera cautividad y transgresión, oh hombre, que entre las hijas de la paz suprema en el paraíso eras contado, porque al perderlo, fuiste sometido a muchos males. Por lo cual dice aquel que es Señor de todos, a vosotros que voluntariamente os envolvisteis en pecados. De tal modo fuisteis vendidos sin precio, como Dios prometió dolor a la primera mujer, que por la transgresión del precepto divino careció del paraíso, y perdió el nombre que es hija de Sion; pero sin el dinero de la codicia terrena seréis redimidos, donde en la naturaleza virginal surgió nuestro Redentor, y nos constituyó para renacer a la vida por el Espíritu y el agua, como si nos hubiera devuelto al lugar hereditario. Quien, sin embargo, perseverare justamente en este nacimiento, no será movido de la altura de Sion. Por tanto, el hombre fiel se erija hacia Dios, rechazando sus pecados, dejando todos los males, y anhele hacia las cosas celestiales en su deseo, pidiendo a Dios la ayuda de las buenas obras. Quien si perseverare estable en esta petición, como el ciego sentado junto al camino lo hizo, pronto la gracia de Dios lo mira, y si entonces ella lo ve atendiendo a la luz y erigiéndose a sí mismo de las tinieblas, le asistirá en todo, inspirándole lo que es justo y santo. Pues este, declinando del mal, se deleita en las obras buenas y santas,

y gusta su dulzura, porque no quiere apartarse de Dios, sino que se aparta del engaño serpentino.

Qué designa en el hombre que los humores que están en él, al rociar el ombligo, que es la cabeza de las vísceras, y los lomos, en los cuales hay petulancia, también tocan a veces las venas de los riñones y de los ilíacos, y por estas ascienden a las venas del bazo, del pulmón y del corazón.

XII. Ves también que a veces estos humores tienden al ombligo del hombre, que, como cabeza de las vísceras, las cierra suavemente para que no se dispersen, y que conserva los caminos y el calor de ellas y de las venas en el temperamento correcto, aunque muchas veces esté inquieto por sus impulsos; de lo contrario, el hombre no podría vivir: porque cuando el hombre fiel excluye la mala audición, constriñe el ombligo de las diversas concupiscencias con sus buenos pensamientos, para que pueda alcanzar la vida de la verdadera beatitud, porque este lo provoca a menudo a la inquietud de los males. Pero también buscan a veces los lomos del hombre, que en sus fuerzas son como jugando engañosos y peligrosos y que son retenidos por los nervios y por las demás venas; en los cuales también florece la racionalidad, de modo que el hombre sabe qué hacer o qué evitar; de donde también tiene deleite en obrar aquello, y que en la parte derecha del cuerpo se calientan y fortalecen por el soplo del aliento del hombre y por su hígado; de donde también así el hombre recibe discreción y disciplina, cómo contener las tormentas de otros humores, para que realice sus obras disciplinadamente, porque ciñe los lomos, en los cuales hay lujuria, y esto se conforta para la salvación del alma por la virtud de la justicia, completándolo discretamente y honestamente. Los mismos humores también tocan a veces las venas de los riñones y de los ilíacos; que tienden a las venas del bazo, del pulmón y del corazón, y todas estas cosas con las vísceras se conmueven en la izquierda, cuando el pulmón las calienta; pero la parte derecha del cuerpo la enciende el hígado, porque el hombre con los mismos pensamientos rectos constriñe fuertemente los riñones, que por la concupiscencia injusta a menudo tocan su corazón y lo conmueven hacia el mal, cuando la ligereza de la carne los toca, y esto lo hace caminando por los caminos de la justicia.

Que las venas del cerebro, del corazón y del hígado, confortando los riñones, y también las venas de los riñones descendiendo a las pantorrillas, fortaleciéndolas con su descenso, y subiendo con las venas de estas, unidas en lugares oportunos, confieren fuerzas a ambos sexos para engendrar, y que los brazos, los brazos y las piernas están llenos de venas y humores, y breve ejemplificación de esto en el hombre.

XIII. Como las venas del cerebro, del corazón, del pulmón y del hígado, y las demás traen fortaleza a los riñones, y las venas de los riñones descienden a las pantorrillas, y las confortan, y así, subiendo con las venas de esas mismas pantorrillas, conectándose entre sí ya sea en la fortaleza viril o en el útero femenino, como el estómago comprende los alimentos, en esos lugares infunden fuerzas para engendrar prole, como se afila el hierro por la piedra; porque después de que, con la concupiscencia aplacada, el hombre ha constreñido esos mismos riñones por la castidad, también los purifica en castidad por el buen conocimiento que está en él, y los rodea con el tenor de la justicia y la continencia, y así, inclinándose a la continencia en aquello en lo que antes era incontinente, también la solidifica, para que no caiga en la ligereza. Por lo cual, también cuando en la misma continencia tiende hacia Dios, protegiéndose por ella tanto en el sexo viril como en el femenino, sustentado por diversas virtudes, produce prole de santidad, cuando camina por el camino recto de la discreción. Pues los brazos, los músculos de los brazos y las pantorrillas, los tumores también de las piernas están llenos de venas y humores, porque así como el vientre retiene las vísceras y los

alimentos en sí, así los brazos de los brazos y las pantorrillas de las piernas conservan las venas y los humores en sí, y con su fortaleza robustecen y llevan al hombre, como el vientre lo nutre, porque también la abstinencia es la comprensión de la fortaleza y el sustento de las justificaciones en el hombre, rodeada por el tenor de los gemidos de los buenos pensamientos, reteniendo también los interiores del alma hacia la plenitud y conservándolos hacia la perfección de la salvación, nutriendo a todo el hombre en santidad, es decir, en cuerpo y alma.

Que por la excesiva distensión de los nervios y venas de todo el cuerpo, al hombre que corre le sobreviene fatiga, y qué venas, por su complexión o impulso, provocan esa momentánea delectación, y la asignación moral y útil de esto en el hombre.

XIV. Pero cuando el hombre a veces corre apresuradamente, o camina haciendo un viaje, los nervios que están debajo de las rodillas, y las venas que están en las rodillas, se distienden en exceso, tocan las venas en las pantorrillas que están conectadas como una red y son muchas, y así, en el cansancio, al regresar a las venas del hígado, hacen que toquen aquellas venas del cerebro, y de este modo ponen todo el cuerpo en fatiga. Porque también cuando el hombre a veces toma indiscretamente el camino de la rectitud, la immoderación de este tenor lo desvía hacia cosas inconvenientes, y también lo lleva a la abstinencia en un modo injusto de conocimiento, de tal manera que cuando se abstiene immoderadamente de lo lícito, incurre en tedio en otras virtudes; y cuando cree que regresa a la justicia y tiene un conocimiento sobreabundante, se prepara una trampa de fatiga, porque por esta abstinencia incongruente, despreciando la temeridad de la audacia y la presunción, duda de poder perseverar de este modo, y así cae en la trampa de la desesperación. Sin embargo, las venas de los riñones que ayudan a la pantorrilla izquierda la tocan más que a la derecha, porque la pantorrilla derecha es confortada por el calor del hígado, así como el tenor de la concupiscencia se incrementa más por la abstinencia cuando es incongruente e indiscreta, que por ella se disminuye, porque no es ni según Dios ni por Dios, ya que la abstinencia que opera con discreción es fortalecida por la virtud de la justicia. A las venas de los riñones, y las venas de la pantorrilla derecha ascienden, y las venas del hígado tocan las venas de estas, y el hígado calienta los riñones en la gordura, que es de los humores, de tal manera que se extiende rápidamente induciendo y sacando deleite, y cesando rápidamente, porque cuando el hígado da calor al hombre, este se regocija y está alegre, ya que también el tenor de la concupiscencia es superado por la abstinencia que es verdadera en Dios, y la lleva al juicio de la justicia, y allí la discute, para que perezca por completo. Pero la justicia, llevándola a la nada, que yacía en la gordura de las inmundicias, la quema con el fuego del Espíritu Santo, de tal manera que los males que había en ella se extienden a la contrición y la amargura, cuando antes mostraban un deleite aunque breve, porque el hombre pecador justificado cosechará la recompensa en alegría.

Por estas razones, cuando el flemón y los humores a veces se corrompen en el hombre, este incurre en el cuerpo en la enfermedad epiléptica o en otras enfermedades, y por qué males según las significaciones de estos a menudo es corregido en el alma.

XV. Así, los humores que están en el hombre, movidos de manera injusta, cuando tocan a veces las venas de su hígado, como se ha dicho antes, su humedad se disminuye, y también se atenúa la humedad del pecho, de donde también empujan al hombre así secado a la enfermedad. El flemón también en el mismo hombre se vuelve seco y venenoso, y asciende así a su cerebro, y lleva su cabeza al dolor, y también hace doler sus ojos, y la médula en sus huesos se marchita, de tal manera que a veces incurre en la enfermedad epiléptica, cuando la luna está en defecto. Porque cuando los pensamientos del hombre asumen en sí ferocidad y

dureza y tiranía, y así declinan hacia cualquier vanidad, oprimen con esta tiranía la justicia que debería germinar en él, rociada con el rocío del Espíritu Santo y la santidad de las buenas obras, y debilitan y secan las demás virtudes en él. También llevan su conocimiento, el principio y la intención, y la fortaleza de la operación justa, que antes florecían en él, como en una enfermedad epiléptica a la desesperación, porque la luz de la verdad, que le brillaba, ya se atenúa. La humedad también que está en su ombligo, expulsada por los mismos humores, a veces se convierte en sequedad y se endurece, de donde también su carne se vuelve ulcerosa y escamosa, como si fuera leproso, aunque no tenga lepra; las venas también de sus lomos, tocadas injustamente por ellos, conmueven a las demás de la misma manera, de tal manera que la humedad recta en él se seca, y así, con el humor dejado, surgen en él impétigos, porque la humedad de la continencia, que debería destruir la concupiscencia en su ombligo, expulsada por estos pensamientos feroces y duros e ilícitos, no es rociada en él por el rocío del Espíritu Santo. De donde, cuando lo abandona, sus pecados se pudren por la mala costumbre, de tal manera que se hacen manifiestos a todos como lepra fétida; y sus lomos, no ceñidos con castidad, son conmovidos por los mismos pensamientos, de tal manera que, secado el germen de los buenos frutos en él, se levantan en él impétigos como malos ejemplos, como también Oseas demuestra por el Espíritu Santo, diciendo:

Palabras del profeta Oseas pertinentes a esto, y en qué sentido deben ser entendidas.

XVI. «En la casa de Israel he visto algo horrible, allí se ha contaminado Israel con fornicación (Ose., V).» Lo cual se entiende así: En esos escondites, en los cuales este, que debería ver a Dios con un corazón puro, yacía como descansando en pecados, yo, que escudriño todos los ocultos delitos, he visto una abominación nefanda, a saber, que envuelto en la fornicación de transgresiones inmundísimas y fétidas, se contamina en ellas como el cerdo se revuelca en el lodo, quien debería buscar y contemplar y abrazar la pureza, cuando se ha hecho en todo despreciable y disoluto. Porque la inmundicia debilita al hombre, y lo elimina casi de su mente, de tal manera que no puede atender con perfección de honestidad ni a las cosas que pertenecen al mundo, ni a las que pertenecen a Dios, porque el incendio de la carne con su voluntad sugiere casi insuflando soberbia, vana gloria, y todo mal.

Que las venas de los riñones del hombre, a veces tocadas injustamente por los humores movidos, al sacudir otras venas también secan las médulas de los huesos, y qué incomodidad designada por esto aprehende interiormente al hombre.

XVII. Las venas también de los riñones de ese mismo hombre, a veces tocadas injustamente por los humores antes mencionados, sacudiendo otras venas que se adhieren a ellas en las pantorrillas, o en el resto del cuerpo, como se ha dicho antes, secan en sequedad las médulas de los huesos y las venas de su carne, y así el hombre languidece por mucho tiempo, llevando su vida en esta languidez, porque cuando el hombre descuida ceñir su ombligo y sus lomos, de tal manera que también permite que sus pensamientos vaguen por la tiranía y por cualquier cosa inútil, desprecia el tenor de las virtudes que se adhieren a la abstinencia, y la misma abstinencia, que debe ser mantenida discretamente y ordenadamente para conservar la castidad. Por lo cual también las demás obras, careciendo de la infusión del rocío supremo, se convierten en sequedad, y hacen languidecer su alma hasta que regrese al vigor de las virtudes.

Qué significan espiritualmente los humores en el pecho del hombre que abundan en exceso, moviendo el hígado y las venas de los oídos o los riñones, y ascendiendo desde el ombligo al cerebro.

XVIII. Pero a veces los humores antes mencionados inundan en exceso con humedad el pecho del hombre, y humedecen así su hígado con esta humedad, de donde surgen en el mismo hombre muchísimas y variadas cogitaciones, de tal manera que se cree ahora demasiado sabio, ahora demasiado necio; y de allí los mismos humores ascendiendo al cerebro lo infectan, y descienden al estómago, y generan fiebres en él, y así ese hombre se enferma por mucho tiempo. En esto también se muestra, porque si las diversas cogitaciones del hombre, dejando la ferocidad, se difunden en blandura, facilidad y vanidad resbaladiza, intentan sofocar la justicia en él con esta fiebre. De donde también cuando surgen así en él, lo elevan ahora como en sabiduría, ahora lo deprimen como en necedad, confundiendo su conocimiento, le imponen voracidad, de tal manera que su alma, atrapada por estos males como en un languor prolongado, muchas veces sufre una opresión peligrosa. También tocan a veces las venitas de los oídos con la superfluidad del flemón, y estas infectan las venas del pulmón con el mismo flemón, de tal manera que el hombre tose, y apenas puede suspirar, y la misma superfluidad del flemón, pasando de las venas del pulmón a las venas del corazón, lo pone en dolor, y este dolor yendo al costado de ese mismo hombre, excita la pleuresía, y lo sacude de tal manera que parece tener la enfermedad epiléptica en el defecto de la luna. Esto también designa, que a veces las diversas cogitaciones hacen tal tumulto en el mismo hombre, que confunden el oído de su alma, de tal manera que no puede entender el bien, ni recogerlo en sí, sino que lo tiene casi tosiendo por fastidio. También perturban su corazón por la locura de tal manera, que no puede recibir ninguna quietud para la utilidad de su alma, sino que titubeando en la rectitud aquí y allá, avanza casi como moribundo, porque la luz de la rectitud ya se le nubla. También con la superflua inundación mueven las entrañas en el ombligo del hombre, y así ascienden a su cerebro, y muchas veces lo hacen frenético, y sacuden las venas en sus lomos, y también tocan la melancolía en él, de tal manera que se turba de este modo, y se hace triste sin discreción, porque también con la perturbación immoderada de la efusión resbaladiza, las cogitaciones en él mueven la concupiscencia a su antojo. También desgarran su conocimiento, para que se ensucie en actos perversos, y lo hacen casi insensato, e incontinente en la impudicia; también la tristeza, cuando no puede satisfacer la voluptuosidad de su carne, lo oscurece. A veces también los mismos humores en la humectación inconveniente tocan las venas de los riñones del hombre, y estas así conmovidas, infectan con la superflua inundación las venas de sus pantorrillas, y las demás venas de su cuerpo, y así también si ese mismo hombre ha sobreabundado entonces en comidas y bebidas superfluas, le inducen a veces una lepra grasienta, porque sus carnes se engrosan. Por lo cual se demuestra que a veces las cogitaciones tocan al hombre con inmunda y resbaladiza voluptuosidad, y lo arrastran a una blandura torpe, y alejan de él la fuerte abstinencia, que debería domar su carne, y lo inducen suavemente a la voracidad, que enciende las llamas de la lujuria; de donde también lo infectan como con lepra con la putrefacción de los pecados, quien no resiste a la voluptuosidad de su cuerpo. Porque quien no macera su carne con la abstinencia congruente, sino que la nutre con vicios y concupiscencias, acumula para sí la gordura de los pecados, y así se hace fétido ante Dios en inmundicias.

Qué significan también los humores en el cuerpo del hombre distribuidos equitativamente y temperados en los progresos interiores de las cogitaciones, y el testimonio del Cantar de los Cantares consonante con esto con su exposición.

XIX. Pero si los humores antes mencionados no son ni demasiado secos, ni demasiado húmedos, sino distribuidos de manera equitativa y congruente por los miembros del hombre, ese hombre permanece sano en su cuerpo, y en el conocimiento, ya sea para el bien o para el mal, floreciendo. Lo cual también significa que si las cogitaciones del hombre no son ni

demasiado duras en ferocidad, ni demasiado resbaladizas en facilidad, sino que están bien y decentemente compuestas en la honestidad de las costumbres, tanto según el hombre como según Dios, lo hacen tranquilo en el cuerpo por la mansedumbre, y sutil en el conocimiento, de tal manera que no se desvía ni a la derecha ni a la izquierda huyendo del favor del mundo, sino que, sostenido por muchísimas virtudes, anhela las alegrías celestiales, como está escrito en el Cantar de los Cantares (cap. VII): «¡Cuán hermosos son tus pasos en las sandalias, hija de príncipe!» Lo cual se entiende así: Tú que en tu corazón te deleitas en las buenas obras anhelando a Dios, por quien tienes la esperanza de la vida eterna, que resplandece para ti en alegría, como cuando el sol sale, mostrando pasos hermosísimos en el camino del Hijo de Dios a los demás, cuando te impones la mortificación de la carne casi como en sandalias, cubriendo la desnudez de tus pecados, donde en buena voluntad amas a Dios más que a ti mismo. Y entonces también el alma es llamada hija de príncipe, del príncipe a saber, de aquel que es llamado Príncipe de la paz, quien también venciendo a la antigua serpiente, liberó a su pueblo, y lavó toda enemistad, que había entre Dios y el hombre, en su sangre. Esta paz los ángeles anunciaban a los hombres en la humanidad del Hijo de Dios, y se alegraban mucho de ella, porque Dios se había unido a la tierra de tal manera que los hombres lo veían en forma humana, y los ángeles lo veían perfectamente como hombre y Dios. Por tanto, todo hombre que teme y ama a Dios, abra las palabras de esta devoción de su corazón, y sepa que han sido pronunciadas no por el hombre, sino por mí, para la salvación de los cuerpos y las almas de los hombres.

VISIÓN CUARTA.

Visiones diversas brevemente comprendidas bajo un solo capítulo. Del firmamento, cuánta densidad tiene con todos los que se adhieren a él, y de las incomodidades de algunos círculos, cómo son repelidas o templadas por la oposición de otros, y de la zona láctea que aparece como un arco curvado.

I. Y vi el firmamento con todos los que se adhieren a él tener tanta densidad de arriba a abajo sobre la tierra, cuanto la tierra tiene de arriba a abajo. También vi que el fuego superior del firmamento, a veces agitado, emitía de sí algunas escamas como chispas a la tierra, que infligían estigmas y úlceras a los hombres y animales y frutos de la tierra. También vi que de un fuego negro a veces descendía una nube a las tierras, secando la verdor de la tierra, y secando la humedad de los campos; pero el éter puro resistía tanto a estas escamas como a esta nube, para que no infligieran plagas en exceso a las criaturas mencionadas. Y también vi que de un aire fuerte y blanco y luminoso, otra nube a veces se extendía a las tierras, infligiendo gran pestilencia a los hombres y animales, de tal manera que muchos de ellos caían en diversas enfermedades, y muchísimos también incurrían en la muerte, a la cual sin embargo el aire acuoso se oponía, templando esa nube, para que no infligiera daño en exceso a las criaturas. También vi que en el aire delgado un humor burbujeante sobre la tierra suscitaba la verdor de la tierra, y hacía que todos los frutos germinaran, y que también llevaba algunas nubes arriba, que sostenían todas las cosas superiores, y eran confortadas por todas las cosas superiores. En ese mismo aire también veía una nube de color blanco, que en cada una de sus partes donde tenía fin, estaba fijada aquí y allá a otras nubes del firmamento, y cuya mitad permanecía curvada como un arco extendiéndose en el aire mencionado. Y de nuevo escuché una voz del cielo que me decía:

Que Dios, Creador de todas las cosas, confirma las inferiores por las superiores, y también purifica a los pecadores castigándolos por ellas, y qué significa en el hombre la densidad del firmamento igual por todas partes a la de la tierra.

II. Dios, que creó todas las cosas, constituyó las superiores de tal manera que también confirma y purifica las inferiores por ellas, y en la forma del hombre asignadas para introducir también la salvación del alma. Porque ves el firmamento con todos los que se adhieren a él tener tanta densidad de arriba a abajo sobre la tierra, cuanta la tierra tiene de arriba a abajo; porque, oh hombre, como se te muestra y se te dice, el firmamento y la tierra son de igual densidad, y cuanta vacuidad de aire hay sobre la tierra hacia los obstáculos superiores, tanta también vacuidad de aire hay bajo la tierra hacia los obstáculos inferiores, y tanta vacuidad de aire hay hacia el sur y hacia el norte entre la tierra y los obstáculos opuestos del firmamento allí. Lo cual significa, porque el espíritu interior del hombre manifiesta sus fuerzas tanto en las cosas celestiales como en las terrenales, en la medida en que el cuerpo del hombre se esfuerza por moverse en los mismos modos con su fortaleza. Porque donde el alma y el cuerpo consienten en rectitud, alcanzan las recompensas celestiales en un solo gozo.

También del firmamento dispuesto por el Creador para cualquier habilidad con fuego, éter, aguas, estrellas, vientos de manera congruente, y de dónde se crean las escamas que caen del fuego luminoso del círculo superior en forma de chispas, y dañan tanto la tierra como sus habitantes, y qué demuestra esto de la venganza interior.

III. También ves que el fuego superior del firmamento, a veces agitado, emite de sí algunas escamas como chispas a la tierra, que infligen estigmas y úlceras a los hombres y animales y frutos de la tierra, porque Dios firmó el firmamento con fuego, para que no se disolviera, lo alivió con éter, para que pudiera moverse, lo roció con aguas, para que no se secara, lo iluminó con estrellas, para que brillara, y lo sostiene con vientos, para que cumpla su curso continuamente. Porque en las cuatro regiones, a saber, en el oriente, en el sur, en el occidente, y en el norte, el firmamento es impulsado a la circunvolución por los vientos. Pero el fuego luminoso de él, cuando es superado por el humor del agua inferior por disposición y juicio de Dios, de tal manera que cesa de su modo recto de ardor, emite escamas ardientes del ardor, húmedas del agua, para la venganza, como se ha dicho antes. Esto muestra, que la potencia de Dios teniendo el espíritu del hombre en su poder, provocada por el justo juicio, envía su venganza a los actos perversos de los hombres, de tal manera que ellos son confundidos y derribados, porque no muestran en sí costumbres humanas, sino pecuarias, sin ningún fruto de buenas obras.

Que el fuego negro comprendido en el segundo círculo, ya sea por el juicio de Dios, o por la colisión de los vientos, excitado, emite una nube que seca la verdor de la tierra, y se hace peligroso ahora por el calor, ahora por la inundación de los miembros, y qué significa esto.

IV. Y de un fuego negro a veces desciende una nube a las tierras, secando la verdor de la tierra, y secando la humedad de los campos, porque cuando en ese mismo fuego el ardor y el frío son movidos por la voluntad de Dios, la nube, como se ha dicho antes, desciende, que es fumosa del ardor peligroso, y húmeda del frío nocivo, para la venganza de los pecadores. Porque este fuego negro excitado por el viento del sur arde, pero el viento del norte tiene la excesiva frialdad en el granizo, pero el viento del este calma ambos; el viento del oeste, saltando en el aire acuoso, cuando el fuego negro a veces se conmueve, hace una inundación peligrosa, significando que también de la examinación judicial, otra venganza extendiéndose a las concupiscencias carnales, las revierte en la aridez del desprecio, y consume por completo su gordura, porque Dios reduce a nada aquello que se opone a sí mismo.

Que el círculo del éter puro con su suavidad templar las superiores e inferiores, y resiste a las escamas del primer círculo y a la nube del segundo para que no dañen demasiado las tierras, y

qué utilidad o significado tiene el humo que procede de las aguas superiores calentadas por el fuego celestial.

V. Pero el éter puro y las escamas de este y la niebla resisten, para que no inflijan plagas excesivas a las criaturas, porque el mismo éter, existiendo en medio entre los fuegos y las aguas, con su pureza y suavidad mitiga las partes superiores y también templar las inferiores, y no produce plagas de sí mismo, ya que si cada elemento golpeara a las criaturas y nada les socorriera, no podrían durar ni subsistir. Las aguas, según la disposición divina, a veces son comprimidas por el fuego, para que no se desborden con una efusión incongruente. Por eso también emiten un cierto humo, que sin embargo no es nocivo, así como el aliento del hombre no daña a nadie. Y ese mismo humo templar las partes inferiores con una humedad conveniente, para que sus plagas no se extiendan más de lo debido, así como la pura penitencia mitiga la venganza y el castigo divino, y hace a Dios propicio a su criatura.

De la niebla pestilente que se extiende desde el círculo del aire fuerte y blanco hacia la tierra, de dónde se crea, y cómo la densidad del aire acuoso resiste para que no sea excesivamente nociva, y que las plagas nunca se imponen sobre los hombres sino por el juicio de Dios, y qué significan todas estas cosas.

VI. Y también ves que del aire fuerte, blanco y luminoso, a veces se extiende otra niebla hacia la tierra, causando gran pestilencia a los hombres y al ganado, de modo que muchos sucumben a diversas enfermedades y muchos también mueren, porque cuando de ese aire la niebla, como se ha dicho, a veces procede, las aguas superiores, a las que ese aire se adhiere por proximidad, son movidas en exceso por la voluntad de Dios por el fuego superior, que ahora hierven por el ardor inquieto, y ahora se enfrían por el pésimo frío que está en el fuego negro, y así la niebla, impregnada por ambos, resulta nociva en ambas partes. Pero estas plagas no proceden sino cuando, provocadas por los pecados de los hombres, son impuestas sobre ellos por el justo juicio de Dios, demostrando que de la discreción de las obras santas, la venganza procede hacia las obras que son sin discreción, infligiendo contrición a los hombres que no tienen moderación en el pecado, de modo que debilita en ellos lo que es indiscreto según el cuerpo humano, y mortifica por completo aquello que carece de discreción para la salvación del alma. Porque la discreción templar todo lo que es útil tanto para el cuerpo como para el alma. Sin embargo, el aire acuoso se opone a esa niebla, templando la misma niebla, para que no cause daño a las criaturas más allá de lo debido, ya que con su acuosidad atenúa las fuerzas de su fortaleza, porque las obras santas en los ejemplos de los justos muestran a esta venganza que procede de la discreción, de qué modos golpea aquello que es desmedido.

Del humor que emana del aire tenue, cuál es su utilidad, y cómo las gotas de lluvia se convierten en nieve por el frío superior, y cómo ese mismo aire tenue protege la tierra desde lo alto y la fecunda.

VII. Pero el humor que brota del aire tenue sobre la tierra suscita el verdor de la tierra, y hace que todos los frutos germinen y crezcan, y que también lleva algunas nubes arriba, que sostienen todas las cosas superiores y son fortalecidas por todas las cosas superiores, esto es así porque ese mismo aire tenue emite nieve de sí mismo, que se extiende sobre la tierra como volando, cuando por el descenso del sol hay frío en la tierra, porque las gotas de agua se convierten en nieve por el frío superior. Pero en el ardor del ascenso del sol, ese mismo aire exuda rocío sobre la tierra cayendo en similitud de un panal de miel, que a veces se licúa en una suave lluvia por la suavidad del viento oriental. Y este aire comprime los peligros

superiores, y es como un escudo para la defensa de la tierra, así como un escudo defiende al hombre de muchos golpes, y emite sobre la tierra el rocío de bendición que Jacob dio a su hijo por el calor suavísimo y templado del sol. Y a veces este aire humea por la ascensión del agua y por la humedad del rocío, lo cual no es nocivo, sino que lame toda la fructuosidad de la tierra, limpiándola del fétido hedor con el que fue tocada por alguna tempestad.

Cómo las nubes en ese mismo aire superior, modificadas por el fuego o el frío, aparecen a veces luminosas y a veces sombrías, y cómo la lluvia se difunde no de repente, sino gradualmente, como exprimida de ciertas mamas, y qué significan en nosotros.

VIII. Él también lleva y sostiene las nubes mencionadas, que a veces son luminosas y a veces sombrías, que tienen como mamas individuales, por las cuales envían lluvias a la tierra, así como se extrae leche de las mamas; y estas a veces se extienden hacia las partes superiores y reciben fuerza de cada una. Porque son fortalecidas por el fuego, aliviadas por el éter, impregnadas por las aguas y coaguladas por el frío, para que la dispersión de la lluvia por cada mama no se difunda en exceso sobre la tierra. Pero esas mismas nubes son la especularidad que los hombres llaman cielo, porque las disposiciones locales del sol, la luna y las estrellas se ven a través de ellas como algunas formas a través de un espejo, de modo que los hombres creen ver la constitución de ellas, lo cual no es así, porque esas nubes solo muestran los oficios de esas mismas constelaciones, como en un umbral de espejo, y fluyen como agua, en la que se ven todas las cosas opuestas, indicando que del deseo recto del hombre fiel, la reflexión que sale hacia la utilidad fructífera que presenta buenas obras, toca su verdor, para que produzca múltiples frutos de santidad, y eleva las mentes de los hombres hacia lo celestial, de modo que anhelan por ellas; y sean fortalecidos por ellas, porque mientras el hombre con deseo recto tiende hacia el fruto de las buenas obras, desprecia lo terrenal, y se fija en aquellas cosas que están arriba en los cielos de tal manera que se muestra como si no fuera hombre, completamente transformado.

De la nube que se llama lechosa, cómo fortalece el aire comprendido por su extensión o curvatura, y qué significa esto.

IX. En ese mismo aire ves una nube de color blanco, que en cada una de sus partes donde tiene fin, está fijada aquí y allá a otras nubes del firmamento, y cuya mitad, permaneciendo curvada como un arco, se extiende hacia el aire mencionado, porque en esas mismas nubes, que ese aire lleva y sostiene arriba, otra nube que tiene un color lechoso se dirige, que fortalece ese mismo aire, como una columna sostiene una casa, así como en el orden mencionado del deseo recto, las mentes de algunos hombres están constituidas de tal manera que esperan la recompensa del fin de sus obras tanto en causas seculares como espirituales, porque realizan tanto los asuntos terrenales como celestiales para que agraden al juicio supremo, y aunque la perfección de sus mentes a veces sienta la fragilidad de la carne como curvada; sin embargo, persevera en el deseo recto como también lo mostró mi siervo Job diciendo:

Palabras de Job acordes a esto, y en qué sentido deben ser entendidas.

X. «Y el justo mantendrá su camino, y el limpio de manos añadirá fortaleza (Job XVII).» Lo cual también se entiende así: El hombre que ama la justicia, mantendrá los caminos de la rectitud con esfuerzo de fortaleza, y el que está limpio de impurezas, adquirirá santidad con buenas obras, cuando absteniéndose de los males, se convierte a todo lo que agrada a Dios, para que alcance esa vida que es sin fin. Porque el justo capta la sabiduría, y la sabiduría está en esa racionalidad que conoce lo vital y lo mortal y enseña los caminos rectos. Pero la

ceguera del corazón, que surge del gusto de la carne, nubla la ciencia pura, cuando según su voluntad intenta hacer lo que quiere. Por lo tanto, se ciega hasta que siente eso y sus heridas, de modo que se desagrada a sí mismo, considerando cómo podría mantenerse si se apartara de Dios.

Porque el hombre, fortalecido en Dios como un cierto firmamento, debe considerar siempre diligentemente a Él y sus obras, porque Dios lo hizo la criatura racional por excelencia para conocerlo y glorificarlo entre todas las cosas.

XI. En estos pensamientos, el hombre debe contemplar al Dios omnipotente como un sello, afirmando todos sus milagros y signos, y fortaleciendo su casa en similitud al firmamento de tal manera que no se aparte de Dios por ningún terror, ya sea de temor o de amor: porque Dios puso el firmamento como el escabel de su trono, y tiene un círculo circundante, en similitud al poder de Dios, que no tiene principio ni fin, así como nadie puede ver dónde comienza o termina una rueda circundante. Porque el trono de Dios es su eternidad, en la que solo Él se sienta, y todos los seres vivientes son chispas del rayo de su esplendor, como los rayos del sol proceden de él. ¿Y cómo se conocería que Dios es vida, si no fuera por los seres vitales que lo glorifican, ya que alabando su gloria procedieron de Él? Por lo tanto, puso chispas vivientes y ardientes ante la claridad de su rostro, que ven que Él no tiene principio ni fin, y por eso, no teniendo tedio al mirarlo, lo contemplan diligentemente sin fastidio, y este estudio nunca pasará. ¿Y cómo se conocería que Él es el único eterno, si no fuera considerado así por los ángeles? ¿Y si no tuviera estas chispas, cómo aparecería su gloria plena? ¿Y cómo se daría a conocer que es eterno, si no procediera ninguna claridad de Él? Porque no hay criatura que no tenga algún rayo, ya sea verdor, semillas, flores o belleza, de lo contrario no sería criatura. Pero si Dios no tuviera la posibilidad de hacer todas las cosas, ¿dónde estaría su poder?

Porque Dios ha señalado la belleza de sus obras en el primer ángel, y para demostrar en qué parte del mundo está el infierno, ha dejado tres partes iluminadas por la presencia del sol y la luna, y la cuarta parte, es decir, la septentrional, vacía de luz, y que la luz reprinde las tinieblas, y que por la oposición de las tinieblas la luz es más grata.

XII. Dios ha señalado toda la belleza de las obras de su posibilidad en el primer ángel, y lo adornó con estrellas y la belleza del verdor, y todo tipo de piedras preciosas resplandecientes, como un cielo estrellado, y lo llamó Lucifer, porque portaba la luz de aquel que es el único eterno. Porque yo, que soy, he mostrado mis obras en tres paredes, a saber, en el oriente, en el sur y en el occidente; pero dejé la cuarta pared en el norte vacía, en la cual ni el sol ni la luna brillan. Por eso, en esa región fuera del firmamento está el infierno, que no tiene techo superior ni fondo inferior, y también allí las tinieblas existentes son el ministerio de todos los luminosos para mi alabanza, porque ¿cómo se conocería la luz si no fuera por las tinieblas? ¿Y cómo se conocerían las tinieblas, si no fuera por el resplandor radiante de mis ministros? Si esto no fuera así, mi poder carecería de plenitud, de modo que todos mis milagros no serían nombrados. Pero ahora mi poder es pleno y perfecto, y no hay defecto en mis milagros. Porque la luz es llamada así porque está sin tinieblas. El ojo viviente es luz, pero la ceguera son tinieblas. En estas dos partes se conocen todas las cosas, ya sean buenas o malas; por la luz, las obras de Dios, por las tinieblas, la huida de Dios que no toca la luz, en aquellos que por la parte soberbia no quieren confesarlo.

De la soberbia o hinchazón del primer ángel y sus seguidores contra Dios, y de su precipitación en el lugar de las tinieblas y el clamor de los ángeles bienaventurados detestándolos.

XIII. Una innumerable multitud de chispas, que estaban con el primer ángel perdido, resplandecía en el fulgor de todos sus ornamentos, como el mundo es iluminado por la luz. Pero cuando él sintió que en todo su ornato debía servir a Dios, se apartó de su amor y se dirigió hacia las tinieblas, y dijo dentro de sí: Es muy glorioso para mí obrar por mí mismo, y hacer obras, como veo que Dios hace. Y toda su comitiva consintió diciendo: Pondremos el trono de nuestro Señor al norte contra el Altísimo. Y deliberaban dentro de sí que siempre querrían hacer error y cisma con los ministros de Dios, porque su señor sería de tanta potencia y magnificencia como el Altísimo de ellos. Entonces los ojos de la única eternidad se inflamaron, y ella resonó en un gran trueno, y por los ministerios de los ángeles arrojó al primer transgresor con todo su ejército. Y los ángeles de Dios clamaban en la voz del trueno: «¿Qué presunción iniqua puede igualarse a Dios nuestro creador, que es de sí mismo? Porque tú, que existes por su mandato, tuviste esta estimación en ti, de que querías ser semejante a Él, irás a la ruina.» Y él inmediatamente con los demás que se le adherían cayó hacia atrás en el lugar de las tinieblas mencionadas como un plomo vehemente, porque quiso ser luchador contra Dios, cuyas obras no vio brillar en las tinieblas.

Porque Dios, en el arcano de su consejo, teniendo desde la eternidad que Él mismo se haría hombre, hizo al hombre que siempre resistiría al diablo, que no podía descubrir este misterio, y ocuparía su lugar, a su imagen y semejanza, en el cual también, compactado de huesos y carne, recapitularía todas las criaturas del mundo mayor.

XIV. Por eso, Dios mismo hizo una manifiesta batalla contra él, de tal manera que miró a su vestidura, que en su ciencia había tenido sin principio, en la cual Satanás, que había huido de él, nunca podrá contemplar perfectamente, hasta que haya completado toda su batalla contra él, y entonces lo verá en el mayor dolor de su confusión, cuando por el mismo justo juez sea completamente confundido al final de los tiempos. Y en su antiguo consejo, que siempre estuvo con él, ordenó cómo perfeccionaría esa obra, y formó al hombre de la tierra fangosa, como había ordenado la forma de él antes del tiempo, así como el corazón del hombre encierra la racionalidad en sí mismo, y ordena todas las palabras sonoras, que luego emite. Así también Dios hizo en su Verbo, cuando creó todas las cosas, porque en el Padre el Verbo, que es el Hijo, estaba oculto, como el corazón está oculto en el hombre. Y Dios hizo la forma del hombre a su imagen y semejanza, porque también quiso que la forma de él cubriera la santa divinidad; por eso también señaló en el hombre todas las criaturas, así como toda criatura procedió por su Verbo. En la cabeza del hombre, es decir, en la rueda circundante, está la cima del cerebro, a la que se ha puesto una escalera, que tiene grados de ascensión, a saber, viendo con los ojos, oyendo con los oídos, oliendo con la nariz, hablando con la boca, en los cuales el hombre ve, conoce, discierne, divide y nombra todas las criaturas. Porque Dios formó al hombre, y lo vivificó con el aliento viviente, que es el alma, y lo coaguló con carne y sangre, y lo firmó con huesos, como la tierra está firmada por piedras, porque así como la tierra no es sin piedras, tampoco el hombre podría ser sin huesos. El firmamento también, el sol, la luna y las estrellas no tienen sus constituciones de lugares, en los cuales realizan su curso, porque esas constelaciones no podrían ser firmadas sin la designación de sus lugares, por lo que todos sus lugares están constituidos con medida recta, para que el círculo de la rueda del firmamento pueda girar correctamente, así como todas estas cosas están señaladas en la forma del hombre, aunque no en ese orden, ni con esa perfección, como existen en las cosas superiores; estas también miran hacia el alma.

Cómo la disposición exterior o forma del hombre se asigna al alma según el progreso o defecto interior.

XV. Porque la cima de la cabeza designa el comienzo de la obra del alma, que con la racionalidad circundante dispone y ordena toda la obra del hombre, y el alma misma, existiendo como la cima, discierne en el cuerpo del hombre aquellas cosas que el cuerpo demanda y desea, y las opera ascendiendo y descendiendo por cuatro grados, que son la vista, el oído, el olfato y el gusto, en los cuales también entiende y siente las criaturas, y el vaso carnal de ella se extiende con ella hacia las criaturas, atrayéndolas hacia sí según su voluntad. Con toda criatura creciente, como el aire en todos los deseos del cuerpo, volando para perfeccionarlos, y en el conocimiento de los nombres de las criaturas según el cuerpo, se eleva ya sea en amor o en odio de ellas. Porque la longitud de la estatura del hombre y su anchura, con los brazos y manos extendidos igualmente desde el pecho, son iguales, así como el firmamento tiene igual longitud y anchura, porque también por la medida de la longitud y anchura del hombre, que son iguales en él, se entiende la ciencia del bien y del mal, que en la utilidad conoce el bien, y en la inutilidad el mal. Porque por el gusto de la carne y la sangre de los demás miembros, el alma es atrapada, como la bestia es capturada por el cazador, de modo que el alma apenas puede suspirar, antes de que el cuerpo cumpla sus concupiscencias, y luego hace que el cuerpo suspire muchas veces con ella.

Que en su constitución el firmamento y el hombre recibieron mucha similitud de su artífice Dios, y qué se demuestra por esto en el alma del mismo hombre.

XVI. Pero también en la redondez de la cabeza del hombre se muestra la redondez del firmamento, y en la medida recta e igual de esa misma cabeza, se demuestra la medida recta e igual del firmamento, porque la misma cabeza tiene una medida recta en todas partes, de modo que también el firmamento está constituido con una medida igual, para que pueda tener un circuito recto por todas partes, y para que ninguna parte de él exceda a otra de manera injusta. Pues Dios formó al hombre según el firmamento, y fortaleció su fortaleza con las fuerzas de los elementos, y las fuerzas de estos consolidaron el interior del hombre, de tal manera que el hombre las introduce y emite al respirar, como el sol que ilumina el mundo expande sus rayos desde sí mismo y luego los retrae. Así también la redondez y la igualdad de la cabeza del hombre indican que el alma, según la voluntad de la carne, opera en los pecados, y nuevamente en los suspiros, el mismo alma se repara hacia la justicia; de donde también hay igualdad en esto, porque así como se deleitó en los delitos, también se aflige dolida por ellos, y esto lo tiene por vergüenza. Pues el alma permanece en la vergüenza, no se deleita en los pecados, sino que por el gusto de la carne opera con ella, porque cuando el hombre ha vivido en los pecados hasta el hastío de ellos, muchas veces superado por la vergüenza del alma, es revocado de ellos; de la misma manera también el alma es vencida por la naturaleza de la carne, y por eso, mientras el cuerpo y el alma vivan juntos, tendrán un fuerte conflicto juntos, porque de donde la carne se deleita en los pecados, de allí el alma duele. Y de esto hay gran confusión para los espíritus malignos, porque nunca pudieron borrar el arrepentimiento en las almas de los justos, ya que ellos en su caída, debido al gran odio que tienen contra Dios, nunca consideran arrepentirse de lo que hicieron. En estos modos el alma muestra la redondez y la igualdad en sí misma, porque el conocimiento del bien se opone al conocimiento del mal, y el conocimiento del mal resiste al conocimiento del bien. Pues uno es probado por el otro. Pero el conocimiento del bien es como la luna llena, cuando superando bien a la carne; pero cuando es superado, entonces es como la luna que está en defecto, cuyo círculo se ve sombrío.

Porque en la cabeza del hombre, a través de tres distinciones iguales de medidas, es decir, desde la coronilla hasta la garganta, se asignan los tres círculos superiores del firmamento con dos interpuestos entre ellos, y cómo la densidad de esos mismos círculos se asigna en el

circuito de la cabeza con igual división, y cómo también se adaptan a las fuerzas del alma por significación.

XVII. En la cabeza del hombre también se designan tres elementos superiores, a saber, desde la superficie de la calavera hasta la frente, un fuego luminoso con un fuego negro inferior; desde la frente hasta la extremidad de la nariz, un éter puro; y desde la nariz hasta la garganta, un aire acuoso con un aire fuerte, blanco y luminoso subyacente. Y estos lugares están separados por igual medida entre sí, así como la densidad del fuego superior con el fuego negro, la densidad del éter puro, y también la densidad del aire acuoso con el aire fuerte, blanco y luminoso, existen en igual medida. Pues también en el alma hay tres fuerzas, a saber, la comprensión, con la cual en el poder de Dios comprende las cosas celestiales y terrenales; y la inteligencia, con la cual entiende muchas cosas, incluso sabe que los pecados son malos, donde los descuida por el arrepentimiento; y el movimiento, con el cual se mueve en todas partes en sí misma, cuando realiza obras santas en los ejemplos de los justos con su morada; y esta comprensión e inteligencia se unen en uno al movimiento del alma, de modo que si el alma comprendiera más de lo que pudiera entender o mover, estaría en medida injusta. Y estas mismas fuerzas en el alma son unánimes de esta manera, y ninguna excede a la otra. Pues la comprensión del alma rodea todo el cuerpo con todos sus apéndices, moviendo todo en él con medida recta hacia aquello que la carne siente y desea, como un constructor mide correctamente su edificio para que los hombres habiten en él, y el cuerpo es movido por el alma, ni puede el alma dejar de mover el cuerpo hacia diversas obras, porque entiende aquello que la carne desea, ya que la carne vive por ella. Y el alma, siendo vida, es también un fuego viviente en el cuerpo, pero el cuerpo es una obra hecha, y por eso no puede contenerse de operar en dos caminos, a saber, según el gusto de la carne o según el deseo del alma. Pero la buena obra del alma es como un edificio bellissimo ante Dios y los ángeles, pero su mala obra aparece como un edificio hecho de barro e infectado con mucho estiércol. Por lo tanto, el alma que hace buenas obras es alabada por los ángeles de Dios, y la que opera malas obras según el gusto de la carne, es rechazada de la alabanza. Pero también en la medida recta e igual, que desde la cima de la cabeza del hombre hasta las cejas, y hasta cada una de sus orejas, y hacia atrás hasta el inicio de su cuello, se designa la densidad igual de los elementos con las constituciones adherentes a ellos. De esta manera también las tres fuerzas en el alma son iguales, es decir, la exhalación, el conocimiento y el sentido, con los cuales realiza sus obras. Pues por la exhalación comienza lo que puede hacer, y esto es como la parte anterior de la cabeza, y por el conocimiento se extiende como hacia cada oreja, y por el sentido se refleja como hacia atrás hasta el inicio del cuello. Estas fuerzas son iguales de esta manera, a saber, porque el alma al exhalar no comienza a hacer más de lo que el conocimiento puede comprender o el sentido puede soportar, y así operan unánimemente porque ninguna de ellas excede a la otra, así como la cabeza tiene una medida recta.

Descripción de ciertas medidas que se encuentran en los labios, en las orejas, en los hombros, en la garganta del hombre, y cómo según estas el hombre interior debe comportarse en la obra de Dios o en el arrepentimiento; y que los malignos e impenitentes a menudo se confunden mucho porque no pueden quitarle el arrepentimiento al hombre.

XVIII. El labio superior y el inferior, que ambos expulsan el flema de la cabeza y del vientre, son de una sola medida en la boca del hombre, así como también el fuego negro que hace la purificación en la venganza de Dios, y el aire fuerte, blanco y luminoso que lo modera templándolo, son de igual densidad. Esto también se manifiesta en la medida que procede igual desde la oreja del hombre hasta la otra oreja por detrás a través de la oblicuidad de la cabeza, y desde los orificios de las orejas hasta los hombros, y desde los hombros hasta el final de la garganta. En esto se muestra que el hombre, tanto en las cosas superiores, es decir,

en las celestiales, como en las inferiores, a saber, en las terrenales, debe alabar a Dios con igual dedicación, arrojando de sí mismo los males tanto del alma como del cuerpo, porque Él es el conservador de las almas y de los cuerpos. Esto también significa que desde la oreja hasta la otra oreja, y desde las orejas hasta los hombros, y desde los hombros hasta el final de la garganta, existiendo una medida, como se ha dicho, significa que el hombre, percibiendo los preceptos de Dios con los oídos, imponiéndolos fielmente sobre sus hombros, y como atrayéndolos hacia sí con su garganta, debe tener en todo un modo igual y discreto, para que pueda llegar a esa equidad donde no hay fortaleza. Pues mientras el cuerpo peca, el alma en el cuerpo dedicada a los pecados se turba, y cuanto más el cuerpo se aflige en el arrepentimiento por la abstinencia, tanto más el alma se regocija por la recompensa de la gloria eterna, porque así como el hombre observa el inicio de sus obras, también debe considerar diligentemente su fin y sus méritos. Por lo tanto, el alma es enviada a la forma del hombre, para que esa misma forma sea vivificada por ella, y porque consiente que vino de su Creador, por eso también el hombre, ya sea en alguna secta o en la fe recta, nombra a Dios, porque esto lo tiene implantado en sí mismo por las buenas fuerzas del alma. Por lo tanto, él mismo busca el nombre de Dios ascendiendo a la altura, y también examina una cierta ley de disciplina, por la cual venera a aquel a quien nombra. Pero también el alma reconoce que el juicio de Dios caerá sobre la transgresión de la ley, de donde también por los crímenes que ha acumulado con dolor, a veces hace que su cubierta produzca lágrimas, así como también el flema es expulsado por los labios, y con este dolor toma el cuerpo en el que se oculta, de modo que lo hace avergonzarse de sus obras injustas. Sin embargo, el cuerpo sigue el gusto de la carne, y muchas veces resiste al alma para que no ascienda a esa altura en la que siente a Dios, y así la ciega, pero no puede oprimirla tanto que no se duela por los pecados, aunque el hombre se deleite en ellos, y tal arrepentimiento los espíritus malignos nunca lo han tenido, por lo que se avergüenzan mucho porque no pueden quitárselo al hombre.

De dos fuerzas del alma, una de las cuales es ayudada en las cosas que pertenecen a Dios, y la otra funciona en vivificar o gobernar su cuerpo.

XIX. Y el alma tiene dos fuerzas, con las cuales temple el trabajo y el descanso de sus estudios con igual fortaleza, de modo que con una asciende a la altura sintiendo a Dios, y con la otra posee todo el cuerpo en el que está operando en él, porque le deleita operar en el cuerpo, ya que fue formado por Dios, y ella es veloz para perfeccionar la obra del cuerpo. Ella también asciende llenando el cerebro, el corazón, la sangre, la médula y todo el cuerpo; ni lo levanta más allá ni más de lo que la posibilidad de ese cuerpo vale, porque aunque el alma permaneciendo en el cuerpo se esfuerza por realizar muchas buenas obras, no puede avanzar más de lo que la gracia divina le concede. Ella también muchas veces opera según el gusto de la carne hasta que la sangre se seca un poco en las venas por la fatiga, y el sudor se emite por la médula, y entonces se retira por el descanso, hasta que calienta la sangre de la carne y llena la médula. Y así excita al cuerpo a la vigilia y lo recrea para el trabajo, porque cuando a veces se dedica a las concupiscencias carnales, a menudo incurre en el hastío de ellas, pero cuando ha reparado sus fuerzas de allí, se vuelve completamente al servicio de Dios. Pero cuando opera según sus deseos, elevándose a Dios, sigue las palabras de David, quien dice inspirándome:

Palabras de David y el sentido en que deben ser tomadas en relación con las diversas prácticas del alma y del cuerpo.

XX. «Protégeme bajo la sombra de tus alas de la faz de los impíos que me afligieron (Salmo XVI).» Lo cual se entiende así: Tú que eres el defensor de todos los fieles, defiéndeme bajo la quietud de tus fortísimas fuerzas, yo que estoy bajo tu poder adorándote, venerándote, y no

mirando a un dios ajeno e ilusorio; y librame de las concupiscencias pésimas y más viles de los espíritus malignos, que me afligen en el deleite de la carne. De donde también el alma en la perfección de esta victoria dice: «Oh carne, y oh miembros, en los que habito, me regocijo mucho, porque fui enviada a vosotros, ya que cuando me consentís, me enviáis a las recompensas eternas.» Pero el alma que siente que las obras malas la tocan, dice así lamentándose: «¡Ay! porque fui enviada a esta morada, que me arrastra a la sombra de la muerte, porque su deleite me hace correr como un molino, y operar obras de muerte.»

Que así como a través del firmamento y las diversas cualidades de sus círculos se cumplen los oficios de la tierra, así también a través de la cabeza y los sentidos que en ella principalmente vigilan se gobierna todo el cuerpo; y que también según esto se atribuye al alma algo principal, es decir, la razón, para que aspire a las cosas celestiales y otras fuerzas con las cuales el cuerpo sirva al alma.

XXI. Y todo el cuerpo del hombre está unido a su cabeza, así como la tierra con todos sus apéndices está adherida al firmamento; y el hombre es gobernado por la sensualidad de la cabeza, así como a través del firmamento se cumplen los oficios de la tierra. Así también de la misma manera la experiencia de las cosas celestiales y terrenales está presente en el alma, y la racionalidad, con la cual siente las cosas celestiales y terrenales, está infundida en ella. Pues así como la palabra de Dios lo atravesó todo creando, así también el alma atraviesa todo el cuerpo operando con él. El alma también es la verdor de la carne, porque el cuerpo del hombre crece y prospera por ella, así como la tierra es fructífera por la humedad; y también la misma alma es la humedad del cuerpo, porque lo humedece para que no se seque, como la lluvia infunde la tierra. Pues si la humedad de las lluvias desciende recta y ordenadamente y no en exceso, la hace germinar; pero si fluye desordenadamente, la sofoca destruyéndola con su germen. De hecho, ciertas fuerzas proceden del alma vivificando el cuerpo del hombre, así como la humedad procede del agua, por lo que el alma se deleita en operar con el cuerpo. Si el hombre opera según el deseo del alma, todas sus obras serán buenas, pero si según la carne, serán malas. Pues la carne exuda humedad a través del alma, porque el aliento del alma mueve la carne, según lo que la naturaleza de ella exige; y el hombre tiene deseo de todo a través del aliento del alma. Pues el alma asciende a las cosas celestiales, y sintiendo conoce cómo juzgar cada obra según sus méritos; y así como a través de la sensualidad del cuerpo se gobierna todo el cuerpo, así también el alma racional recoge todas las obras de los miembros del hombre hacia sí misma, considerando que pueden operar según sus deseos, y de esta manera los miembros del hombre son como la humedad que hace germinar la tierra, porque está difundida por todo el cuerpo del hombre, como la humedad por toda la tierra. Y así como la tierra germina cosas útiles e inútiles, así también el hombre tiene en sí el suspiro hacia arriba y el gusto del pecado.

De los intervalos y la cooperación vicaria de los siete planetas, y cómo desde la cima del cerebro humano hasta el fondo de la frente, los mismos planetas deben ser dispuestos en siete lugares con igual medida; y cómo según esto el alma debe ejercitarse a sí misma y a su cuerpo con los cinco sentidos subsistentes según los siete dones del Espíritu Santo en buenos afectos y obras.

XXII. Desde la cima superior del vaso del cerebro hasta la última extremidad de la frente del hombre, se distinguen siete lugares con igual medida, a través de los cuales se señalan los siete planetas, distantes entre sí en el firmamento con igual espacio, de modo que en la mencionada cima se señala el planeta más alto, y en la mencionada extremidad de la frente se muestra la luna, y en el espacio medio de estos se demuestra el sol, con los otros planetas señalados en ambos lados de este lugar, es decir, dos arriba, y dos también abajo en el mismo

lugar, y distantes entre sí y del término del lugar del sol y de los otros planetas con igual medida, porque estos espacios en la cabeza del hombre difieren entre sí con igual medida, así como los planetas en el firmamento están distantes entre sí con igual medida de espacios. Y en la cima de la cabeza se señala el planeta más alto, porque él tiene un círculo de circulación más amplio que los otros; pero a la frente se le asigna la luna, porque así como en la frente del hombre se nota la vergüenza, también en la luna, que aparece en abierto como la frente, se distinguen los tiempos y las cualidades de los tiempos. En medio de estos se coloca el sol, porque él es como el príncipe de los otros, teniendo sobre sí la defensa de dos planetas, como un escudo contra el fuego superior; y bajo él, la sustentación de otros dos tanto de sí mismo como de la luna. Pero cuanto espacio el planeta más alto en su grado superior dista del sol, tanto también la luna en el grado más bajo de su circuito difiere de él, teniendo los otros espacios iguales, como se ha dicho antes. Por lo tanto, la parte superior e inferior del firmamento es como un cráter torneado redondo, y en la redondez superior está colocado el sol, que atraviesa el firmamento superior e inferior, emitiendo su esplendor, como también el vino se vierte del cráter. Esto designa que el alma en el cuerpo humano, desde el inicio de sus obras hasta su finalización, debe venerar los siete dones del Espíritu Santo con igual dedicación, de modo que al inicio de su operación acceda a la sabiduría, y al final de ella tenga temor, y que en medio de ella ponga la fortaleza, protegiéndose con el entendimiento y el consejo en las cosas celestiales, y rodeándose con la ciencia y la piedad en las terrenales, que deben ser abrazadas con igual devoción en su ayuda. Por lo tanto, debe cuidarse, es decir, el alma, de que primero se dilate sabiamente, y al final se constriña tímidamente con vergüenza, y entre estas se adorne con fortaleza con el decoro del entendimiento y el consejo, y también se comunice con la ciencia y la piedad, como se ha dicho antes. Y cada uno de estos se une al otro, perfeccionando cualquier obra buena en honestidad. Pues el espíritu de sabiduría, el espíritu de fortaleza, y el espíritu de temor del Señor, imbuyen al alma del hombre de esta manera, para que camine sabiamente en verdadera fortaleza, y en ella tenga temor, y también en otros cinco dones de este tipo se contenga con igual ánimo hacia el Creador supremo. Pues el movimiento de la racionalidad del alma, y la obra del cuerpo con sus cinco sentidos, que es todo el hombre, tienen un modo igual, porque el alma no mueve el cuerpo más de lo que puede operar, ni el cuerpo opera más de lo que es movido por el alma, ni los sentidos discretos se separan entre sí; sino que en alta fortaleza se contienen mutuamente, y esclarecen todo el hombre, tanto en las cosas superiores como en las inferiores, hacia cualquier bien.

Porque el cerebro del hombre, dividido en tres celdas, y suministrando sensualidad a todo el cuerpo, ocupa el lugar del sol, que recorriendo las tres partes del mundo, conforta todo lo que hay en la tierra templando o calentando, y también enciende a la luna con su fuego.

XXIII. El cerebro del hombre, que consta de tres células y no tiene más, también está sujeto a la humedad y proporciona sensibilidad y vitalidad a todo el cuerpo, demostrando las fuerzas del sol, que recorre las regiones oriental, austral y occidental, pero evita la septentrional, e infunde la vitalidad de la tierra a través de la buena suavidad del rocío y de las lluvias muchas veces, y fortalece a las criaturas de todo el mundo con su poder, porque también el cerebro está contenido en la fortaleza del cráneo, así como las fuerzas del sol se robustecen con el ardor del fuego luminoso superior. Sin embargo, cuando el sol realiza su curso en la longitud de los días, hay un mayor peligro de su fuego en la tierra que cuando se inclina, como si escondiera su rostro. Pues cuando se inclina, y cuando las estrellas se le acercan y lo sostienen con el aire, él, descendiendo de este modo bajo el escabel de los pies del Señor, permanece en su estado y gobierna todo lo que está bajo la tierra, como la gallina que cuida a sus polluelos, y luego, ascendiendo sobre la tierra durante el día alegre, fortalece todo lo que

está sobre ella, como también la gallina incita a sus polluelos a salir de los huevos. Y el hombre trabaja de día y duerme de noche, así como el sol opera de dos maneras sobre la tierra y bajo la tierra, mientras brilla sobre la tierra de día y en la noche, con su descenso, la tierra se oscurece arriba. Pero así como por las fuerzas del alma la carne del hombre revive en su debilidad, porque ella sostiene su carne y sangre para que no desfallezca, así también la luna se enciende por el fuego del sol cada vez que se debilita.

De la misma manera, el alma, gobernando su cuerpo con sus fuerzas y adorando a Dios en la Trinidad como uno, parece imitar a ese planeta haciendo de alguna manera un día o una noche alternativamente, mientras ahora, fortalecida por el espíritu de fortaleza que el sol significa, y sublimada por la luz de las obras santas, resplandece, ahora, sucumbiendo a las concupiscencias de la carne, actúa.

XXIV. Así también el alma, sabiamente, gobierna el cuerpo del hombre con sus fuerzas, cuando él entiende, siente y sabe en bondad, perfección y santidad las cosas que pertenecen a Dios, adorando al verdadero Dios en la Trinidad, sin buscar a otro dios en el engaño, así como las mismas fuerzas del alma se unen en uno, operando juntas. Cuando es tocada por el espíritu de fortaleza, contempla el inicio y la perfección de las obras con su fin en todas partes, se aparta de las cosas malas, y así introduce al cuerpo en el que habita la suavidad de los dones celestiales, por los cuales induce a todos sus miembros a la honestidad, porque sus fuerzas están unidas en uno por la fortaleza del poder de Dios. Pero cuando esa fortaleza fortalece al alma de esta manera, hace que todo el cuerpo del hombre le sirva bajo su dominio, de modo que muchas veces saca lágrimas con gemidos, y entonces mantiene al hombre en tal humildad y quietud, que puede gobernarse tanto en lo secular como en lo espiritual, instruido decentemente en todos los bienes. Por lo tanto, el alma misma, a través del buen estudio, asciende en lo alto como operando en un buen día; pero cuando es superada al consentir las concupiscencias de la carne, es como si se deprimiera en el sueño de la noche, ahora protegiéndose con fortaleza, ahora uniéndose a la desidia. Pues a través del buen estudio, es como el día considerando todo, pero a través de la desidia es como la noche sin prever nada; pero así como la noche a veces se ilumina por la luna, y al ser retirada se oscurece de nuevo, así las obras del hombre están mezcladas, de modo que a veces son luminosas, a veces oscuras. Pues cuando el alma, coaccionada por el cuerpo, obra el mal con él, entonces su virtud, careciendo de la luz de la verdad, se oscurece; pero cuando luego siente que se agrava en los pecados, se eleva contra la voluntad de la carne, afligiendo la carne y reprochándole sus malas obras. Así, la luz de la bienaventuranza, superada por la noche de los pecados, surge, de modo que a través del alma se supera la mala ciencia con la carne, y la carne luego se castiga en penitencia y enmienda de las obras perversas. Y cuando la carne se constriñe de esta manera, el alma también la hace desear las cosas celestiales con ella, porque fortalecida contigo por el espíritu de fortaleza, rápidamente la somete al temor del Señor. En efecto, el alma ayuda a la carne, y la carne al alma, porque a través del alma y de la carne se perfecciona cada obra, por lo que también el alma revive haciendo buenas y santas obras con la carne. Pero la carne muchas veces sufre tedio cuando obra con el alma; por lo tanto, el alma entonces condesciende con la carne, permitiéndole deleitarse en alguna obra, como una madre hace reír a su hijo que llora. Y de esta manera, la carne con el alma obra algunas buenas obras, aunque mezcladas con algunos pecados, lo que el alma tolera para que la carne no se hunda, porque así como la carne vive por el alma, también el alma revive obrando bien con la carne, porque está colocada en la obra de las manos del Señor. Pues así como el sol supera la noche hasta ascender al mediodía, así también el hombre, evitando las obras malas, avanza hacia lo alto; y así como el sol se inclina después del mediodía, así también el alma consiente a la carne; y así como la luna se reenciende por el sol para no

debilitarse, así también la carne del hombre se sostiene por las fuerzas del alma para no ir a la destrucción.

Así como al cerebro, que extrae la humedad de las entrañas, todas las venas del cuerpo le administran calor, así también al sol, que a veces difunde el rocío y la lluvia, los círculos superiores le asisten con sus fuegos para que no se debilite por el calor, y lo que según estas concordancias o disonancias se encuentra entre el alma y la carne.

XXV. Y puesto que el cerebro es húmedo y suave, tiene frío, todas las venas y todos los miembros del cuerpo le suministran calor, así también al sol, que a veces hace descender el rocío y la lluvia a la tierra, todos los superiores que brillan en el fuego le asisten suministrándole fuego para que no se debilite en el calor. Pero también porque se humedece con humedad y se fortalece con calor, sostiene y gobierna todo el cuerpo, así como la humedad y el calor unidos hacen germinar toda la tierra. Pues de corazón, pulmón, hígado y de todas las entrañas del hombre, la humedad asciende al cerebro y lo llena; y cuando el cerebro se llena con la humedad de estos, algo de esa humedad descende a los demás interiores y se apresura a llenarlos. De manera similar, la ciencia del alma extrae la humedad de las lágrimas cuando los pecados se enfrían en ella, y el tenor de la rectitud con las demás buenas obras le infunde el calor de los deseos celestiales, así como también a la fortaleza, que imparte la humectación de la santidad a cualquier hombre fiel, las demás virtudes le asisten en ayuda. Y cuando de esta manera el alma se infunde con el rocío y el calor del Espíritu Santo, somete la carne a sí misma y la obliga a servir a Dios con ella. De los buenos pensamientos y confesiones rectas, de la utilidad de la justicia, y de la plenitud de los deseos interiores, el vigor de la santidad se dirige hacia la ciencia del alma y la fortalece de tal manera que también por ese mismo verdor todo el hombre se protege contra todas las adversidades con tantas defensas de paciencia, que en adelante no puede ser movido a los diversos vicios. Pues así como las estrellas superiores suministran fuego al sol, así también todos los interiores del hombre aportan fuerzas al alma para sus oficios, y cuando ella, para perfeccionar la justicia, descuida los pecados, asciende con racionalidad; pero cuando luego siente que el cuerpo está en defecto, condesciende con él para que no desfallezca. Pues ella misma es un aliento viviente que excita todo el cuerpo del hombre, pero sin embargo muchas veces se somete a la delectación de la carne contra su voluntad. Y queriendo perseverar en el bien, es como el sol, mientras que la carne, permaneciendo en su gusto, es como la luna; por lo que cuando ella peca, se debilita como la luna siente detrimento, pero sin embargo la misma alma, contra la voluntad de la carne, se eleva frecuentemente como el sol, y así el hombre resurge por su queja, como también la luna se reenciende por el sol. Por la humedad, pues, la carne se deleita en los pecados, y por el calor, llorando, se lamenta en penitencia, porque la humedad es de la carne, y el calor es del alma; y por estos dos se perfecciona toda obra, tanto mala como buena, así como por ellos la fortaleza de la tierra hace germinar todo lo inútil y útil. Este pacto está en el hombre, a saber, que la carne se deleita en los pecados, y el alma se aflige en ellos, de modo que por la carne y el alma se perfeccionan todas las obras del hombre, porque a la alma le desagradan los males que agradan a la carne, porque la carne es mortal, pero el alma es inmortal, y el alma vive sin la carne, pero la carne no puede vivir sin el alma. El alma es un aliento racional, y en la morada del corazón está su sabiduría, con la cual calcula y dispone todas las cosas, como el padre de familia ordena todas sus cosas en su casa, y de ahí también tiene la prudencia con la que establece correctamente todas las cosas útiles a su vaso, así como el corazón está cubierto por el pulmón, y de esto también recoge la discreción, dividiendo todo justamente, como también las entrañas del hombre están unidas correcta y discretamente. Pues el alma es ígnea, por lo que calienta todos los caminos que asigna al corazón, y los cocina en uno, reteniéndolos juntos para que no se separen unos

de otros, llenándolos para que no les falte nada, y así también con sabiduría en los pensamientos ordena prudentemente todos los oficios del cuerpo: ascendiendo en buena y santa intención por la fe a Dios, porque se reconoce enviada por Él. Pues así como la humedad asciende desde las partes inferiores del cuerpo al cerebro, así también el alma, con santo deseo, conociendo a Dios, atrae hacia arriba todos los oficios del cuerpo humano, y así como la misma humedad desciende llenando las partes inferiores del cuerpo, así también el alma condesciende con el cuerpo para que sus oficios no obren en ofensa a Dios.

Así como el cerebro y las entrañas, cuando rebosan de humores, necesitan purificación, así también el aire y la tierra en tiempo de otoño parecen purificarse en algunos lugares, aquel por hilos largos y coagulados, esta por espuma sucia, y de la misma manera se comprueba que la carne se seca por la exudación venérea, y el alma se expía por el trabajo de la penitencia.

XXVI. El cerebro, cuando está lleno, exuda reuma espumoso, y las entrañas, cuando están llenas, realizan la evacuación, y esto ocurre frecuentemente en el hombre, así como el humor y el calor descienden sobre la tierra y la hacen germinar, pero después de que sus frutos han alcanzado plena madurez, el humor y el calor se retraen hacia arriba. Por lo tanto, al inicio del frío, cuando el invierno parece acercarse, el aire tiende hacia arriba y se coagula con parte del calor del sol, que se prolonga como hilos volando, y entonces también la tierra se ablanda con la humedad superior y vomita espuma sucia; de manera similar, cuando se cumplen los oficios de la carne, la carne emite sudor; y así surge en ella la delectación, y luego el hombre comienza a obrar por el gusto de la delectación. Pero cuando el alma en su ciencia siente que ha obrado según la voluntad y concupiscencia de la carne, muchas veces inspira a la carne la aflicción de los pecados, porque ha obrado mal, y luego se aparta de la concupiscencia de la carne para no conocer el pecado, y así también el cuerpo desea abstenerse de los pecados. Y el alma no deja de afligir al cuerpo e imponerle la aspereza de los hechos pecaminosos, y por eso el hombre está siempre en aflicción, de modo que el alma tiene queja contra la carne, y la carne nutre la delectación; por lo tanto, en la obra del pecado, como en la evacuación, se reconoce el mal. Pues el alma muchas veces obra en la delectación de la carne, que luego repudia, así como la tierra, tocada por el humor y el calor, germina hierbas inútiles y útiles. Y también cuando la costumbre prolongada de los pecados hace que los pecados sean molestos para el hombre, entonces el alma muchas veces inspira al cuerpo para que busque la penitencia de ellos ante Dios, así como el humor y el calor se retraen hacia arriba frecuentemente, y así en medio de estos el hombre obra tanto el mal como el bien. A veces también, cuando la carne del hombre contempla su delectación, el alma se extiende hacia el calor de la racionalidad, aunque a menudo se ve impedida por la morada terrenal, porque cuando por la fortaleza el cuerpo retrae la coagulación de su concepción pecando, entonces el alma racional se enfría consintiendo a la carne. Pero sin embargo, luego la misma alma se extiende hacia la racionalidad, exponiendo también las obras malas al corazón del hombre, y lo hace gemir y llorar, y de esta manera supera a la carne, de modo que el cuerpo, por las fuerzas del alma, no lleva a cabo los efectos de los pecados, sino que, tocado por el rocío superior del Espíritu Santo, deposita su dureza anterior, y considerando sus pecados, los computa como lodo.

Porque el vaso del cerebro, que se extiende con la frente hacia los ojos, representa al fuego superior bajo el cual arde el sol, cuyo fuego está mezclado con la suave humedad del aire acuoso, y ese humor es el punto del sol, por el cual no puede pasar el límite de su lugar; y este humor, ascendiendo por la pureza del éter hacia el sol, mitiga su ardor para que no consuma con su excesivo calor lo que está en la tierra. Así también el alma, teniendo en sí la ciencia y la racionalidad con manifiesta vergüenza y saludable circunspección, muestra el

poder de Dios, bajo el cual está la fortaleza que infunde suspiros felices en las mentes de los hombres fieles; y esos suspiros retienen el juicio de la fortaleza de Dios, para que no se muestre en mucha severidad, y a través de la verdadera penitencia suavizan el examen de esa fortaleza, para que cuando el hombre se arrepiente, olvide sus pecados. Pero así como el viento hace arder el fuego, así también la racionalidad mueve e ilumina el alma del hombre. La racionalidad está en el alma como el viento, y como la luz en el fuego; y el alma es un aliento enviado por Dios en el hombre, que es indeficiente y racional, y así como el fuego sin el ardor del fuego no sería, así también el alma sin la racionalidad no sería inteligible, mientras que las demás criaturas irracionales pasan como el viento, porque no son fuego llameante. Pues la racionalidad lleva al alma con la ciencia por todas partes, considerando de mil maneras: y conociendo lo que el hombre hace, por lo que también cuando el alma entiende el bien en su ciencia, arde en gozo como el sol, y es celestial. Pero sin embargo, el alma no puede permanecer siempre en este ardor celestial, porque la carne del hombre desfallecería, y por eso el alma introduce refrigerio en alguna cosa al cuerpo, como mi Hijo, permaneciendo corporalmente en el mundo, a veces oró; a veces trabajó, y luego recreó su cuerpo, y esto lo hizo sin pecado, porque fue concebido sin pecado. Así como el punto retiene al sol para que no pase su meta, así también el alma, consintiendo al cuerpo, lo temple para que no desfallezca; y esto lo hace en gran pureza, para que el cuerpo del hombre no sea ridiculizado por obras perversas, y para que tampoco sea exterminado por una excesiva intención celestial, como la humedad temple al sol para que no se consuma. El alma, pues, ama la discreción en todas las cosas, y por eso, cada vez que el cuerpo del hombre come, bebe o hace otra cosa semejante sin discreción, las fuerzas del alma se desgarran, porque todo debe hacerse con discreción, ya que el hombre no puede estar siempre en las cosas celestiales. Y así como por el exceso de calor del sol la tierra se desgaja, y por la lluvia incongruente el germen no surge útilmente, sino que por la justa conjunción del calor y la humedad la tierra germina todas las cosas útiles, así también por la justa temperancia se ordenan y perfeccionan discretamente todas las obras de las cosas celestiales y terrenales. Esta discreción la amaron y aún la aman aquellos con quienes el cielo está iluminado; pero el diablo no quiso tenerla, ni quiere tenerla, porque tiende ya sea a una excesiva altura o a una excesiva profundidad, por lo que cayendo no se levantará.

Así como la negrura del cerebro, coagulada por el calor y la humedad, difunde flema o lividez al cuerpo del hombre, así también el fuego negro, que está en el segundo círculo, induce tempestades y relámpagos al mundo, y de la misma manera el alma, corrompida por la altivez y la carne por las concupiscencias, tienen entre sí diversas luchas resistiéndose una a la otra.

XXVIII. Además, el cerebro tiene una cierta negrura en su parte superior, porque el aliento del hombre, siendo húmedo, envía esa humedad hacia arriba, la cual, al llegar a su límite donde no puede avanzar más, produce negrura, y esta negrura resiste al ardor, para que el cerebro no estalle en calor, así como el fuego negro retiene al fuego luminoso para que no sobrepase su límite; y esta misma negrura del cerebro introduce flema y lividez en el resto del cuerpo, de la misma manera que el fuego negro produce muchas veces tempestades, truenos y granizo sobre la tierra. De este modo, cuando el alma extiende su conocimiento hacia arriba en el favor de la arrogancia, la oscurece casi en la parte superior, porque los suspiros del hombre, extendidos allí en la arrogancia, carecen de la pureza de la verdadera luz. Por lo tanto, esta turbulencia también se opone a la fortaleza suprema de tal manera que la misma fortaleza no excita ese conocimiento con el calor de los deseos celestiales, así como la venganza de Dios, que examina gradualmente los pecados de los hombres, retiene muchas veces su poder para no destruir completamente al hombre pecador. Y la oscuridad de ese

conocimiento introduce en el hombre negligente la concupiscencia y la temeridad de los pecados, porque no contempla el juicio supremo, así como ese mismo juicio en su venganza destruye los diversos excesos de los delincuentes. El alma, puesto que tiene un abrazo de amor hacia el cuerpo con el que opera, a menudo le consiente, y cuando nuevamente reconoce la negrura de este consentimiento en la racionalidad ígnea, hace que la carne se aflija por la penitencia, y nuevamente la conforta, para que el hombre no desfallezca en sus sentidos. En el cuerpo del hombre, el alma permanece, según lo encuentra en sus humores, así como la abeja trabaja el panal con miel en su vaso, a veces puro, a veces turbio. Porque cuando el alma asciende con la racionalidad ígnea de tal manera que el cuerpo no puede soportar esa ascensión, entonces desciende nuevamente y conforta al cuerpo, porque la carne es frágil como la tierra, y así el alma y el cuerpo tienen diversas luchas entre sí, ya que el hombre realiza obras luminosas y oscuras con el alma y la carne. Esto es así en el cerebro, que fortalece todo el cuerpo del hombre como el sol, que es el medio de los planetas, fortalece las partes superiores e inferiores, y de cómo Dios, habiendo iluminado tres partes del mundo con el sol, dejó una cuarta oscura y fría, y la razón mística de esto según el hombre interior.

XXIX. Y como se ha dicho antes, todo el cuerpo del hombre se sostiene por las fuerzas del cerebro, así como las partes superiores e inferiores se fortalecen por el sol. El sol brilla en las partes superiores e inferiores, y recorre todo el firmamento, excepto la región del norte. Porque cuando Dios fortaleció toda la tierra con las criaturas, dejó un lugar vacío para que la criatura conociera qué y cuán grande es la claridad de Dios, porque la luz es honrada por las tinieblas, y la parte oscura sirve a la parte luminosa, siendo un lugar vacío porque Lucifer lo eligió cuando quiso igualarse a su Señor. El sol también sale por el oriente y en el mediodía es más y más fuerte en su ardor; pero después del mediodía se inclina hacia el ocaso, y así completa su curso hasta la mañana. Y porque no avanza hacia la parte del norte, por eso en la mañana y alrededor del atardecer hay frialdad en la tierra. Pero yo, que soy sin principio, soy fuego, por el cual se encienden todas las luminarias, luz que cubre las tinieblas, y las tinieblas no pueden comprender la luz. Así, la luz no se mezcla con las tinieblas, ni las tinieblas pueden pasar a la luz. Porque así como el hombre fue constituido por Dios en el buen conocimiento, que es la luz de la verdad, y declina hacia el mal en el mal conocimiento, que tiene un lugar vacío donde no hay constitución de méritos o premios, así también en el hombre se señalan el cielo y la tierra, la luz y las tinieblas. Por el conocimiento, ciertamente, se gobiernan todas las obras del hombre, así como por el espíritu de fortaleza se contienen las demás virtudes, porque ese mismo espíritu vigila tanto en las causas espirituales como en las seculares, y defiende al hombre de las insidias de la antigua serpiente, que vacío de toda felicidad, demuestra la claridad de Dios, para que por el mal se conozca lo que es bueno, porque el siervo debe estar sujeto a su señor. La fortaleza, existiendo robusta en el inicio y en la acción de las buenas obras, después de completarlas evita el mal en él, y así regresa a su inicio, y no apetece el mal, porque tanto en el inicio como en el fin de la perversidad no está presente el calor del Espíritu Santo, sino la torpeza y la negligencia que arrastran al hombre hacia lo nocivo. Pero aquel que es sin principio es esta luz, que enciende todas las cosas luminosas, y expulsa todas las adversidades de las tinieblas porque no puede ser exterminado por ellas. Y así como el hombre fiel es gobernado por Dios, y como el perverso es alienado de él, así también en el hombre están ordenadamente distinguidos todos los elementos. El alma también aparece como fuego, pero la racionalidad en ella es como la luz, y se inunda de racionalidad que es luminosa, de la misma manera que el mundo es iluminado por el sol, porque por la racionalidad prevé y conoce todas las obras que opera en el hombre. El hombre, en efecto, tiene en sí el gusto y el deseo, y por estos dos, la sangre en sus venas se mueve con el calor de las médulas; y así el mismo hombre opera, de la misma manera que una rueda

realiza su curso cuando es impulsada a correr, porque el cuerpo, teniendo gusto y deseo, impulsa al alma aquí y allá, de modo que muchas veces dirige sus pasos según esos mismos impulsos.

Qué significa en los actos del hombre el orto o el ocaso del sol, y por qué a veces no aparece oculto por las nubes o por la excesiva tempestad, y a veces, al despejarse estas, devuelve su luz a las tierras.

XXX. El sol también, oscurecido por una nube negra, y cubierto por el relámpago y el trueno, y por la excesiva lluvia, no aparece, pero cesando todas estas cosas, nuevamente derrama su luz, mostrando en esto el alma del hombre, porque cuando esta es oprimida por el cuerpo de tal manera que obra según la concupiscencia de la carne, la luz de la racionalidad en ella se nubla, porque la ira es como el relámpago, y la avaricia como el trueno, y los deseos ilícitos de la carne son como las excesivas lluvias. Pero cuando luego se purifica de estas cosas por la penitencia, nuevamente es iluminada en la claridad de la verdadera luz, esperando que pueda ser liberada y salvada. Así, el alma exhala la racionalidad, como el fuego emite chispas, y por ella discierne las cosas celestiales y terrenales. Por lo tanto, si el cuerpo es superado por ella de tal manera que obra obras justas y buenas, se alegrará de la vida eterna; o si de esta manera es oprimida por el cuerpo, de modo que, negligente de lo bueno, hace lo que es malo, se arroja a sí misma en los lugares del infierno. También repudia al diablo, que quiso ser semejante a Dios, y por esto se separa de la parte del norte, porque ya sea que obre bien o mal, no se nombra a sí misma como Dios, sino que por la racionalidad conoce a la criatura de Dios. Ella también enseña muchas veces a su vaso terrenal para que haga obras que son celestiales, y nuevamente consiente a las concupiscencias de la carne, de las cuales se arranca nuevamente, afligiendo su vaso cuando asciende a sus oficios, eliminando todos los males en ese mismo vaso por la penitencia, como se separa la cebada del trigo. Estas son las obras del alma, porque cuando obra el bien, es como el sol cuando arde en el mediodía; pero cuando anhela el mal, es como el sol cuando se inclina hacia el ocaso; pero cuando luego resurge por la penitencia, es como el sol cuando aparta su esplendor de las tempestades. Sin embargo, cuando el hombre crece por las fuerzas del alma, aún no llenas o fortalecidas sus venas y médulas, debido a la ternura del cuerpo, no puede aún conocer las cosas celestiales, ni tampoco puede discernir las penas infernales, porque su cuerpo aún no ha sido perfeccionado; por lo tanto, también el alma con su vaso está entonces vacante, porque ese mismo hombre no tiene temor entonces, así como los hombres en la primera edad del mundo carecían del temor de la ley. En la plena edad del hombre, el alma se fortalece con el cuerpo, y lo impulsa a hacer buenas obras; pero el cuerpo se desvía de su voluntad, ejerciendo sus fuerzas según las concupiscencias de la carne, y esto se esfuerza por hacer mientras vive, a menos que por la penitencia sea refrenado por las fuerzas del alma.

Porque la frente, situada entre el cerebro y los ojos, recoge así las enfermedades que nacen del cerebro y del estómago, como la luna recibe las que descenden de las partes superiores y ascienden de las inferiores; y porque los ojos, con su albugínea y pupilas en su humor, insinúan el éter puro, las estrellas y el vapor que asciende de las aguas subyacentes, y la múltiple consideración de esto en las cualidades del ánimo.

XXXI. Como se ha dicho antes, desde la frente hasta la extremidad de la nariz, designada por el éter puro, la frente, situada entre el cerebro y los ojos, sostiene la constitución del cerebro y de los ojos, y contiene en sí la enfermedad que nace del cerebro y del estómago, así como la luna, bajo el sol rodeada de estrellas, recibe muchas veces las que descenden de las partes superiores y las que ascienden de las inferiores. Porque los ojos, que contemplan muchas cosas, muestran las estrellas del firmamento, que brillan por todas partes. Pues la albugínea

de ellos representa la pureza del éter, la claridad de ellos también representa su esplendor, y la pupila representa las estrellas que están en ese mismo éter; el humor de ellos, por su parte, demuestra el humor con el que el mismo éter es humedecido por las aguas subyacentes, para que no sea dañado por el fuego superior. Esto es, que entre el conocimiento y la circunspección, el alma situada en la verdadera penitencia impulsa su vaso a la penitencia por la gracia de Dios. La vergüenza, también, que habita entre el conocimiento y la circunspección, señala su camino, porque avanza rectamente cuando ama la castidad, y reduciendo a nada las cosas nocivas que oculta en sí misma, para que no estallen en público, así como el temor del Señor, rodeado por la fortaleza de las virtudes celestiales, modera bien en sí mismo las cosas eternas y caducas. La circunspección, por la cual el hombre fiel prevé cualquier bien para sí mismo, demuestra el ardiente deseo que tiene hacia las cosas superiores. La consideración de la circunspección, por la cual el hombre considera diligentemente lo que ve útil para su alma, apetece la sinceridad de la verdadera penitencia; la perspicacia de esa misma consideración ama la belleza de esa penitencia, cuando el hombre se ve purgado de pecados. La intención de ella, que es como la pupila del ojo, clarifica las obras ardientes y luminosas que están en ella, pero adorna con el perdón de los pecados, los gemidos y suspiros, con los cuales la penitencia es discutida por el humor de las lágrimas, para que no sea herida por el juicio potencial de Dios. Porque el alma circunspecciona por todas partes, comenzando y operando cada obra, porque es ígnea, y respira con el aire, y con el conocimiento y la racionalidad realiza y discierne todas las cosas. Pues el alma, fortalecida en el cuerpo, comienza a operar con fuerza, y desea hacer esto; pero muchas enfermedades, a saber, de la carne, en las médulas, en la sangre y en el estómago, le ocurren. Porque por el calor de la médula, la sangre del hombre hierve, y por el peso de los alimentos del estómago, la sangre arde; y estas enfermedades son un obstáculo para las fuerzas del alma, porque del ardor de la carne brota el incesto, que Satanás ha tejido dolosamente, y asciende a la alma desde las cosas terrenales, proponiéndole que el hombre es carne y que debe vivir según la carne. Por lo tanto, ella muchas veces se ve obligada a obrar el mal con el cuerpo que está abajo. Las obras del alma están con el cuerpo móvil, así como la luna está rodeada de estrellas, y el alma, por el conocimiento, es artificiosa con la criatura restante, de modo que las obras de su arte, ya sean de las partes superiores o de las inferiores, se vean y conozcan en su vaso, como las estrellas, ya sean luminosas u oscuras, brillan en el firmamento. También el conocimiento blanco aparece en el hombre como la albugínea de los ojos, y el intelecto brilla en él como su claridad, y la racionalidad luce en él como su pupila. Por lo tanto, el hombre también se ve obligado a tender hacia las cosas celestiales gimiendo y llorando, donde se considera indigno del premio de la recompensa eterna, porque se sabe cargado de muchos pecados, y por eso se esfuerza por evitar las penas del juicio.

Por qué causas las lágrimas recogidas de los humores del cuerpo fluyen de los ojos, y las lluvias, atraídas hacia arriba desde las aguas inferiores, fluyen de las nubes, y una expresión diligente de esto según las afecciones del alma.

XXXII. Y cuando el hombre se conmueve en su corazón por la alegría o la tristeza, las venas de su cerebro, de su pecho y de sus pulmones también se agitan, por lo que las venas del pecho y de los pulmones envían humores hacia arriba a las venas del cerebro, y estas, recibéndolos, los vierten en los ojos. Así llevan al hombre a las lágrimas, de la misma manera que cuando al inicio del aumento o disminución de la luna, el firmamento, agitado por los vientos, con su estruendo agita el mar y otras aguas de la tierra, estas producen humo y humor de sí mismas. Pero las nubes, recibiendo ese humo y humor, lo extienden hacia la luna, que lo bebe como si tuviera sed, y luego lo devuelve a las nubes, haciéndolas producir la lluvia adecuada, porque de esta manera, de las aguas inferiores que las nubes atraen hacia

arriba y luego devuelven, la lluvia descende sobre la tierra. Así también, cuando el alma en el hombre a veces se alegra por la seguridad de su salvación, o se aflige como por la opresión de sus pecados, el conocimiento del hombre se mueve con la confesión consciente de la penitencia por el temor, y con estos suspirando se eleva hacia arriba, y circunspeccionando sus obras, saca lágrimas de él y lo hace llorar, porque cuando el temor del Señor sacude al hombre, lo impulsa a llorar con sed en sus gemidos. Por lo tanto, sucede que cuando el hombre a veces llora por la adversidad de las cosas mundanas, muchas veces retuerce su ánimo hacia el apetito de las cosas celestiales, descuidando las mundanas. Porque cuando el hombre se aleja de Dios y lo lleva al olvido, inmediatamente su alma tiembla; por lo tanto, todos los miembros del hombre, que están llenos de sus fuerzas, se conmueven en un camino ajeno, como si Dios no fuera venerable y temible; pero ella propone a su vaso la vergüenza y la confusión de los pecados, y lo hace suspirar, de modo que estos suspiros sacan lágrimas. Y así, de estos suspiros y lágrimas surge la verdor de la penitencia. Por lo tanto, él mismo, resucitado nuevamente en las obras buenas, examina las cargas de sus pecados con tanta diligencia y penitencia, que las carnes de sus miembros se secan un poco, y tanta amargura crece en su corazón, que muchas veces dice dentro de sí: ¿Por qué nací para cometer tantos crímenes? Porque he pecado contra Dios con mi alma, y con ella hago penitencia suspirando hacia Dios, que se dignó asumir la forma de Adán de la Virgen. Por lo tanto, también confío en que no me despreciará, sino que me absolverá de mis pecados, y también me recibirá penitente en la verdadera fe por el rostro de su santa humanidad. Entonces el alma y el cuerpo se unen en uno, y juntos anhelan hacia Dios, porque los pecados no agradan al alma, pero solo por el estupor de la concupiscencia carnal se ve obligada a consentir a la carne, porque si el alma tuviera deleite en el pecado, el hombre siempre se ensuciaría en el lodo de los pecados. Porque en los pecados el alma no se deleita, aunque los opere con el cuerpo, así como los elementos que sostienen al hombre no lo obligan a pecar, pero sin embargo lo juzgan en los pecados por el juicio de Dios, y en las obras buenas muestran suavidad y lenidad sobre él. Y cada vez que el alma se ve obligada a obrar el mal con el cuerpo, lo llena de tristeza, porque esas mismas obras le desagradan, pero cuando ha realizado lo que es bueno con el cuerpo, lo hace alegrarse. Por lo tanto, también el hombre que obra el bien, por la gracia de Dios, es amado por los hombres sin que él lo sepa; quien a veces progresa tanto, que apetece obrar el bien inexorablemente, así como los ángeles, contemplando el rostro de Dios, no pueden saciarse de su contemplación. El alma también, teniendo el gozo de la buena obra, condescendiendo al cuerpo, lo sacude de los pecados, y por la humilde penitencia le infunde suspiros y lágrimas, para que florezca en virtudes, así como las nubes atraen las aguas hacia arriba y luego las devuelven.

Porque así como ninguna forma visible está sin nombre, tampoco está sin medida; y qué significa en el hombre interior la medida igual de los ojos exteriores.

XXXIII. Así como ninguna forma visible está sin nombre, tampoco está sin medida. Por lo tanto, ambos ojos del hombre tienen una medida igual, y sus vasos especulativos son iguales en su circunferencia. Porque Dios separó las virtudes de los vicios, y también las obras santas de los pecados, así como separó las criaturas que son conocidas por el hombre por sus formas y nombres, de modo que también el hombre, en la circunspección que tiene, como en el ojo, prevea cualquier bien, y también en la consideración de su buena intención, tenga una discreción sincera e igual, para que no, si excede la medida en el bien, caiga en el abismo, o no, si aprehende la excesividad en el mal, perezca completamente en la desesperación.

Porque el juicio del alma racional debe constituir tanto el premio para el bien como el castigo para el mal, y que en comparación con la retribución eterna ninguna penitencia sería suficiente, aunque superara toda la arena y las gotas del mar.

XXXIV. El alma también muestra en su racionalidad cuáles y qué tipo de pecados existen, y demuestra el modo de pecar y de arrepentirse. Pues el hombre es instruido en el arrepentimiento por las fuerzas del alma, afligiendo con todo empeño sus pecados a través del arrepentimiento, como la lluvia extingue el fuego; sin embargo, en comparación con la gloria eterna y la recompensa inefable, apenas podrá considerar cómo será salvado. Porque si el arrepentimiento del hombre estuviera sobre la arena y sobre las aguas del mar, apenas podría considerar la salvación de su gozo por la inefable gloria de la vida eterna. Y, ¿dónde se encuentra aquel que no cumpla los deseos de su carne, apartándose de los pecados? La ciencia racional del alma es de dos modos, porque conoce el bien y siente el mal, estableciendo premio para el bien y castigo para el mal; y estos son los oficios del alma, que muchas veces asiste al cuerpo operando, según lo que este requiere. Por lo tanto, el hombre es como el día en los bienes, y como la noche en los males. Porque así como el hombre se conforta con los ojos y los demás sentidos, y el cielo se ilumina con el sol, la luna y las estrellas, que le prestan luz vicaria, así también el alma se ilumina con las obras verdaderas del arrepentimiento, y con suspiros o lágrimas se limpia rápidamente de los pecados.

XXXV. El hombre también ve por los ojos, huele por la nariz y gusta por la boca; así como también por la fuerza del sol y la luna desde las estrellas más altas, que están con ellos en ministerio, algunos rayos a veces se envían a las demás estrellas, de modo que una luz se excita de otra. El alma, cuando ve obras malas y vergonzosas, se entristece, y cuando las entiende por el mal rumor como por el olor, suspira, y cuando las ha realizado con el cuerpo como por el gusto, hace que el hombre derrame lágrimas, y le infunde arrepentimiento por el conocimiento, suspiros por el rumor de los pecados, y lágrimas por el efecto de ellos. La iluminadora del alma es el arrepentimiento, y en él están los suspiros y las lágrimas, y rápidamente diluye las culpas en el hombre, en el cual se generan suspiros y lágrimas, que están presentes en el verdadero arrepentimiento, así como también por el espíritu de fortaleza y temor de Dios las demás virtudes iluminan eficazmente al hombre fiel.

Así como la cabeza y las partes superiores son sostenidas por las nubes, como también los huesos en el hombre son endurecidos por el fuego, y las médulas se coagulan por el frío, y en el mundo la tierra es cultivada para fructificar por el verano y el invierno, así también las mentes de los fieles son fortalecidas por el fuego del Espíritu Santo y el rocío de la compunción para cualquier bien, y debilitadas por la inercia de la pereza y la negligencia.

XXXVI. Así como todo lo que está en la cabeza del hombre es contenido por la barbilla, de igual modo todas las cosas mencionadas anteriormente son sostenidas en sus lugares establecidos por las nubes, lo que significa que las mentes de los fieles deben tomar la estabilidad de las buenas obras, para que perseverando en los bienes lleguen a las cosas celestiales. El calor también significa los huesos y el frío la médula en el hombre, porque el alma cuece los huesos por el fuego, y por el frío que atrae a su vaso coagula la médula; así también por el verano y el invierno toda la tierra es probada, de modo que sus frutos se coagulan bajo la tierra por el frío del firmamento, y se disuelven por su calor. Pues el calor del sol y la humedad de las aguas se unen y mezclan de tal manera en las nubes, que por ellas todo fruto en la tierra es gobernado y fortalecido, porque el calor del sol y la humedad de las aguas fructifican y perfeccionan toda la tierra como el alfarero lleva sus vasijas a la perfección, y se unen con tanta firmeza en las nubes, que de ninguna manera se disipan o separan entrando y saliendo, ni esparciéndose aquí y allá antes del último día. Y el alma en el hombre es fortalecida para cualquier bien por el fuego del Espíritu Santo, y debilitada por el frío de la pereza y la negligencia. Pues el fuego de la fortaleza y la compunción de la mente

del hombre, mezclándose entre sí, producen buen fruto en el hombre, y lo confortan y adornan en toda utilidad, de modo que de ninguna manera pueda ser separado del servicio y amor de Dios. Porque cuando el hombre incurre en la molestia y tedio de los pecados, por esa misma molestia los pecados en él son constreñidos como por un denso humo el fuego es reprimido, para que no arda en sus fuerzas. Pues cuando por las fuerzas del alma, el placer de la carne se rompe en la mente del hombre, pronto se tejen suspiros hacia la patria celestial en él, como por la abeja el panal con miel se construye en su vaso, donde también las obras nuevas y viejas del mismo hombre, mezcladas, son gobernadas con verdadera humildad, para que no se sequen quemadas por el calor de la soberbia. Por el fuego del Espíritu Santo, y por la humedad de la humildad, las virtudes fructíferas en el vaso del Espíritu Santo, en el cual la sabiduría se edifica una morada, son perfeccionadas, de modo que el mismo hombre recoge para sí las virtudes que son serenísimas ante Dios y sus ángeles, como en el olor de todos los aromas, donde en adelante no faltan.

Asimismo, sobre la utilidad de los sentidos en el hombre y de los astros en el mundo, y que el engaño del diablo, con el que engañó a Eva, y el pecado original que transfundió a toda su posteridad a través de ella, es como una niebla que surge del aire nocivo cubriendo la tierra y dañando los frutos, e impidiendo que se vea la claridad del día.

XXXVII. Pero también por la vista de los ojos, el oído, el olfato y la racionalidad de la boca y el tacto son gobernados y conocidos, de tal manera que se sepa qué son o cómo son, así como por el sol y la luna y las estrellas toda la constitución del firmamento es gobernada e iluminada. Pues el hombre ve por los ojos, lo que con sabiduría conoce, y lo mismo capta por el oído, el olfato y el gusto. Pero lo que reúne en su pecho, lo sabe por el conocimiento, pero no lo ve por los ojos. Pues también el engaño serpentino era oculto, que se manifestó cuando primero interrogó a Eva sobre lo que ella no sabía, y la engañó, porque ella era sin engaño. Este inicio surgió en el primer pecado original por el engaño del diablo, y es como una niebla que surge del aire nocivo, cubriendo toda la tierra, para que no pueda ser visto el día puro, y que corroe las obras de la sabiduría como designando. Así también el engaño no tiene alegría ni gozo, ni está en ninguna parte en reposo. Esto también significa que a la intención del hombre cualquier sentido suyo se inclina, así como las virtudes se apresuran a su corrección, cuando esto lo ha pedido a Dios. Pues a donde la intención del hombre lo lleva, allí también dirige sus sentidos, pero sin embargo, las intenciones de su corazón mientras permanecen ocultas no se conocen. Así también Eva, cuando fue engañada por el diablo, no conoció su astucia, porque él se había cubierto todo de tal manera que su engaño no pudiera ser visto por el primer padre. Por lo cual también trastornó todo el mundo en el mal, porque no tenía nada bueno en sí.

Que las cejas dadas como protección a los ojos designan los caminos de la luna, sujetos a aumentos y disminuciones mensuales, y que según esto las almas deben mantener la constancia y seguridad en el temor de Dios entre las prosperidades y adversidades.

XXXVIII. Las cejas del hombre declaran los caminos de la luna, a saber, un camino por el cual va a su restauración bajo el sol, y otro por el cual se aleja incandescente del sol. Y las cejas son defensa y protección de los ojos, así como la luna es protección y nutrición de las estrellas, porque cuando comienza a crecer incandescente por el sol, recibe fuego tanto de las estrellas como del sol, ayudándolas en esto para que no abunden en exceso de fuegos; y cuando está en disminución, infunde sus fuegos a las estrellas pero no al sol, porque él, como príncipe, está siempre en un estado. De este modo, el alma envía constancia y seguridad en el hombre al temor del Señor, que son como su camino, porque cuando el hombre teme a Dios, a veces la prosperidad, a veces también la adversidad le ocurre, en las cuales debe caminar

rectamente, de modo que no se eleve por la prosperidad, ni sea oprimido por la adversidad. Por lo cual, cuando está armado con el espíritu de fortaleza, se muestra robusto en todo. Pues estas virtudes hacen protección a la intención del hombre, así como el temor del Señor es el fundamento y escudo de las otras virtudes, porque cuando él se viste de fortaleza, reúne a las demás virtudes hacia sí, y las muestra armadas de fortaleza y temor, donde hace que el hombre se adhiera a los deseos celestiales tanto en la adversidad como en la prosperidad.

Sobre la nariz, la boca, los oídos, cuánto valen en el hombre, y qué significan los diversos efectos de ellos en los elementos del mundo exterior y en los interiores del alma, y que en todo se deben seguir los ejemplos de los santos.

XXXIX. Pero desde la nariz hasta la garganta, con el aire acuoso mostrado con el fuerte y blanco y luminoso aire debajo de él, la nariz del hombre significa el aire que mueve las aguas; la boca en la racionalidad demuestra la humedad de ellas, y los oídos manifiestan el estruendo y sonido de esas aguas, que inundan convenientemente por el viento del aire acuoso y por la elevación de las nubes. Pues por el oído del oído se conmueven los interiores del hombre, así como por el sonido de las aguas superiores se penetran los elementos, y por la humedad la boca de la racionalidad es impregnada, como por la humedad de esas aguas se humectan las superiores, para que no se consuman por la aridez, y por el olor se llenan las narices, así como por el aire se conmueven esas mismas aguas. Pero que la nariz se extienda hacia arriba en longitud hacia las superiores, esto es que este aire que es acuoso transmite sus humores a la pureza del éter superior y al ardor del fuego superior, y de ellos recibe el temperamento de la fortaleza para que no se disuelvan o dispersen fluyendo. Por la nariz también se purgan el cerebro y las venas, porque también esos elementos a veces movidos, por el humor y el humo en las superiores muchas veces se purgan. Pues el éter puro es impregnado por la humedad del aire acuoso, como se ha dicho antes, así como el arrepentimiento es iluminado por las obras y ejemplos de los justos, y como el oído de las orejas capta las palabras de la ciencia, en la cual resuenan sus palabras. El soplo del olor y la humedad de la racionalidad de la boca se unen en uno, y tienen un humor húmedo; y así como también el agua fluye y suena, y con su humedad impregna toda la tierra, de igual manera el aire acuoso humecta los elementos superiores. El aliento del alma tiene un camino recto por la nariz y por la boca, que no asciende ni desciende fuera de su término, así como ese mismo aire acuoso mantiene sus caminos como está puesto. Esto también significa que el alma hecha por el don de Dios en el hombre, con el intelecto discreto del buen olor, gusta atentamente los ejemplos de los justos, que le había infundido la verdor de las palabras del oído de otros, conmueve los interiores del corazón, para que, impregnados por la gracia del Espíritu Santo, retengan con todo deseo el olor de las virtudes. Por lo tanto, la templanza recibiendo el olor de la bienaventuranza, y considerando las obras de los fieles, que perfeccionan tanto insistiendo en los bienes como desistiendo de los males por el arrepentimiento, las confía al poder de Dios, para que no se disuelvan por la immoderación, porque por la templanza del buen olor la ciencia del hombre purgada, lo hace robusto en los bienes en todas partes. Pues el arrepentimiento muchas veces es elevado por verdaderos gemidos, donde se pronuncian verdaderas y santas palabras para la edificación de los fieles. La virtud de la recta moderación debe estar en estas cosas, para que el hombre disponga bien todas sus obras, y se eleve con justo propósito hacia las cosas celestiales, para que no exceda su medida. Y como en el aire acuoso hay un soplo, que descendiendo con la humedad del rocío sobre la tierra, templó la verdor y la aridez de los frutos, en el verano la verdor, en el invierno la aridez; y como por este soplo los frutos de la tierra reciben fuerzas, así también por la boca del hombre todo el hombre es alimentado; y como por el resplandor del sol el mundo es iluminado, así también por ese mismo soplo todos los alientos superiores son

templados y producidos. De manera similar, por los ejemplos de los justos, a veces surge la compunción en el hombre fiel, que le trae la verdor de las buenas obras y la aridez de las malas, a saber, cuando como en el verano apetece los bienes, y cuando como en el invierno desprecia los males. De este modo, deleitado y alimentado en estos frutos de justicia, para que siempre atienda a los deseos celestiales.

Que en la lengua del hombre se muestra la inundación de las aguas, y qué se figura por esa misma inundación exterior de las olas en los interiores.

XL. En la lengua se muestra la elevación de las aguas, por la cual se levantan para la inundación, porque así como por la lengua se forman las palabras, así por la elevación se crean las olas de las aguas. Por lo cual se significa que el alma deseando estar en los deseos celestiales, impulsa su vaso a las alabanzas de su Creador, y lo hace proferir oraciones continuas con devoción de mente. Y el alma se mueve por la humedad, y suena por el estruendo ígneo, y por esto que es ígnea conoce a Dios, y por esto que es aliento, anhela a Dios, que es espíritu. Que cuando realiza las cosas que son buenas, tiene un camino justo, como el aire puro que carece de nubes tenebrosas; pero cuando obra la putrefacción de los pecados, es como una inundación de aguas, que trastornan el camino puro del aire. Pero cuando luego se aparta de los pecados, como está escrito en el Evangelio sobre el mayordomo que, dejando los pecados y disminuyendo las deudas, se convierte a la misericordia, y cuando después de los pecados busca la gracia de Dios, para que la resucite como a Lázaro de cuatro días, atrayendo suspiros íntimos, y tejiendo una corrección de sí mismo como una cerca firme, y perseverando en las buenas obras, para que no se acerque de nuevo a la costumbre de los pecados, obra un arrepentimiento estable como un firmamento, para que no haga de nuevo males por el inicio de pecar.

Qué virtud o fortaleza se expresa en nosotros por los dientes, que son cavernosos y no tienen médula.

XLI. En los dientes se muestra el retentáculo de esas mismas aguas, que según el modo de los dientes es fuerte y firme, a saber, el aire fuerte y blanco y luminoso, que contiene estas aguas, para que no se disuelvan excediendo su medida. Por esto se muestra que la mente del hombre se fortalece con la gracia de Dios por el alma, y se retiene, para que no se disipe demasiado por malos pensamientos, de modo que las atraiga voluntariamente por deseos ilícitos, que también a veces por las obras de los pecados se hace como una tempestad, a veces por el arrepentimiento de ellos se hace como una medicina en el hombre. Pues los dientes del hombre no son cavernosos, ni tienen la blandura de la médula, porque no están revestidos de carne, sino que por el cerebro y por todas las constituciones de la forma del hombre, que están puestas según el firmamento, se coagulan y endurecen, y por el calor y la humedad de la cabeza se elevan en dureza. Esto significa que el alma racional, consistiendo en una vida infinita en igualdad, no recibe incremento por la vegetación del cuerpo, ni detrimento por su deficiencia, porque es el aliento del mismo Dios omnipotente, que creó maravillosamente todas las criaturas ordenadas en su presciencia por su Verbo. Pues el alma mueve visiblemente el cuerpo al que se infunde invisiblemente por la potencia de su Creador, y permaneciendo invisible en él lo vivifica, así como Dios firmó con una cierta fuerza invisible de su posibilidad toda criatura, que creó para el ministerio del hombre, de la verdor de la tierra, y del calor del aire, y también de la humedad de las aguas, y previó para esa misma alma un vestido, a saber, el cuerpo, desconocido y ajeno a su naturaleza.

Por qué el niño, aunque tiene huesos, nace sin dientes, y los hombres cuando declinan en la vejez a menudo pierden esos mismos dientes, y qué se demuestra según esto.

XLII. Pues el niño cuando es tierno, y aún no tiene la fortaleza de la sangre, carece de dientes, porque también es frío, pero después que la sangre se fortalece en él, y es impregnado de calor, sus dientes surgen y se fortalecen. Pero cuando llega a la vejez, la sangre en él disminuye, y el calor en él se atenúa, y sus dientes de nuevo por la frialdad se convierten en detrimento y conmoción. Así también cuando el alma primero se incorpora por el precepto del Dios omnipotente, calienta su cuerpo, que fue creado de los cuatro elementos, con su fuego hasta que por el precepto del Dios omnipotente pasa de allí. También el alma en la infancia del hombre, por la inocencia de él cuando aún se alimenta succionando tiernos alimentos, se regocija mucho en él, porque aún no ha gustado los pecados, como tampoco Adán antes de la transgresión viviendo pura y simplemente. Pero cuando el hombre, por el incremento del tiempo, habiendo fortalecido sus huesos, ha recibido la fortaleza de su carne y sangre, la inocencia cesa, porque entonces surge en el hombre el gusto de los pecados, el alma operando contra su naturaleza es oprimida en él, y superada viviendo en pecados por el cuerpo. Y así como después de la puesta del sol su esplendor es retirado de los hombres, así ella después de la perpetración del pecado, gimiendo y llorando, es atormentada por la pérdida del gozo que antes tenía. Pues el gusto de los pecados contamina el cuerpo y la sangre y todas las entrañas del hombre por la obra de los pecados; pero después de haber cometido los pecados, el hombre es llevado muchas veces al dolor del corazón por el tedio de sus pecados, forzado por los suspiros del alma.

Cómo o de dónde se forman los dientes en los niños, y por qué a veces se constriñen con grave dolor, y el significado de esto en nosotros.

XLIII. Cuando el niño es pequeño, el líquido de su cerebro desciende a las encías y, junto con otros humores, crea pequeñas cavidades en ellas, donde permanece oculto hasta la madurez mencionada, como las flores que permanecen ocultas en las ramas de los árboles durante el invierno. Pero cuando la fuerza de la sangre y el calor, como el verano, surgen en él, ese mismo líquido, coagulado con otros humores y el calor de la sangre, brota en forma de dientes, de la misma manera que las flores comienzan a aparecer en las ramas de los árboles cuando llega el calor del verano. Antes de que los dientes broten en el niño, sus encías, cavadas por el líquido del cerebro y otros humores, lo mantienen en un estado de dolor intenso debido a la debilidad, que luego, al pasar la infancia, en la plenitud de su sangre, con la santidad del alma disminuyendo por el gusto de la carne, lo lleva a abrazar la lascivia, por lo que el hombre en esa edad debe ser mantenido bajo gran custodia de temor. Así también el alma domina al cuerpo, mientras el hombre, aún en duda, reflexiona sobre qué elegir o hacer, o qué no; sin embargo, en el cuerpo es llevada y atada casi como cautiva, y cuando el hombre, por el gusto del pecado coagulado por la sangre ardiente, comete el mal, ella también, aunque a disgusto, actúa en contra de su naturaleza junto con su cuerpo. Y así como el calor del verano lleva a la madurez los brotes de la tierra y los frutos de los árboles, el hombre, deleitándose con las tentaciones de la carne por el fervor de su sangre, no cesa de realizar cualquier vicio según su capacidad.

Que los dientes, que trituran y distribuyen los alimentos con los que el hombre se alimenta, tienen la semejanza de un molino, y cómo el alma imita esto en su interior.

XLIV. Los dientes, que trituran y distribuyen cada alimento por cuya fuerza el hombre se nutre, están dispuestos a semejanza de un molino, que es movido por el aire de las aguas, y cuyo círculo de piedra arde con el calor. Así como el hombre temple el alimento que lo nutre triturándolo con sus dientes, también el alma, en él, realiza con ardiente dedicación cualquier

cosa que él elija según su voluntad. El alma misma, por la cual el hombre recibe el sentido y el gusto para realizar cualquier obra, ya sea buena o mala, lo incita ardientemente, como el fuego que arde más intensamente cuando es avivado por el soplo de los fuelles. Así, el alma, también en los cuatro elementos de los que el hombre fue creado, realiza lo que el hombre desea a través de la capacidad de la racionalidad, moviéndose por los deseos de su corazón, como un molino construido por el arte humano es movido rápidamente por las aguas. Y así como para mantener la velocidad de su giro es convenientemente y frecuentemente asegurado por el arte del hombre, así también al alma, mientras permanece en el hombre, se le ayuda en el bien por la gracia de Dios, aunque en el mal se le introduce el deleite malo y el consentimiento por la sugerencia del diablo.

Que por la mandíbula, la garganta y el cuello se indican diversas funciones en el cuerpo, y diversos efectos de las nubes en el mundo, y múltiples efectos de las virtudes en el alma.

XLV. Por la mandíbula, que cuelga curvada como un arco y eleva el rostro del hombre, y por la garganta que recibe toda la fortaleza de la nutrición y la introduce al estómago de manera moderada, y por el cuello que también sostiene toda la cabeza con su fortaleza, se designa la diversidad de las nubes, algunas de las cuales, cargadas de lluvias, se inclinan un poco hacia abajo, pero en serenidad muestran la alegría de las alturas. Algunas también, tocando la tierra con la fuerza del aire, la templan de tal manera que produce la plenitud de los frutos para la utilidad de las demás criaturas; algunas también, como una columna, sostienen toda la rotación del firmamento. El hombre, extendiendo su esperanza confiada a Dios a través del alma, con los dos ojos de la racionalidad, es decir, el conocimiento del bien y del mal, conoce la patria celestial y los castigos del infierno, porque con su rostro, que se eleva por la mandíbula, contempla cualquier cosa visible y considera con el entendimiento cuál es su naturaleza. Así como el hombre discierne cada cosa a través del alma, así las dispone para que se hagan honestamente ante Dios y los hombres; así como la garganta transmite al estómago de manera moderada el alimento que recibe para la fortaleza, para que el hombre, fortalecido de esta manera por la fe verdadera y pura, pueda dignamente mirar al trono real del verdadero Salomón, que es Cristo. La fe disipa todos los pensamientos que surgen del pecado en el hombre, y los pensamientos que proceden de ella en simple verdad, los dirige al verdadero rey a través de los suspiros del alma. La virtud fuerte y verdadera también sostiene a las demás virtudes, como el cuello sostiene la cabeza, y así como las nubes sostienen la rotación del firmamento en forma de columna, así también conserva en los hombres todas las obras buenas y santas que edifican la Jerusalén celestial a través de la buena perseverancia. Los infieles, que, dejando de lado la fe, realizan todas sus obras malamente a través de la infidelidad, son indignos ante Dios, y así como el alimento digerido se emite con hedor, son justamente destinados a los castigos infernales.

Que por los cabellos, que adornan decentemente la cabeza exteriormente, se indican las gotas de rocío o de lluvia, con las que la tierra, fecundada, se viste del esplendor de las hierbas o frutos, y el cultivo interior de la inocencia, la castidad y la humildad, con el que el alma resplandece ante Dios.

XLVI. Pero los cabellos que cuelgan de la cabeza muestran las gotas de lluvia, que descenden singularmente a través de las nubes, y al regar toda la tierra, la llevan a la fructificación a través de la verdor. De manera similar, el alma, que es enviada por Dios al cuerpo mortal y perecedero del niño, lo despierta vivificándolo con sus fuerzas. Mientras este permanece aún en su simplicidad natural, el alma se adorna con una especie de elegante vestidura de inocencia, porque repele todos los vicios, que son como tempestades, produciendo la fructificación de todas las virtudes, a semejanza de la tierra que, a través de la

suave lluvia, produce su fruto germinando. La inocencia es una reina vestida con una vestidura dorada, a través de la cual se entiende la castidad, cuyas virtudes se multiplican como la lluvia, y la cabeza de esa misma castidad es la humildad. Estas dos virtudes, unidas en el hombre, hacen que el cielo resuene con alabanzas y llenan la tierra con ejemplos de santas virtudes.

Por qué sucede que en las cabezas de algunos hombres los cabellos, manteniendo su fortaleza, no se arrancan, y en las cabezas de otros, debilitados, caen por la calvicie, y cómo según esto se denota tanto la fertilidad como la esterilidad, y los frutos en la tierra exteriormente, y las virtudes en el alma interiormente.

XLVII. Que los cabellos en las cabezas de algunos hombres, manteniendo su fortaleza, no se arrancan, se debe a que su carne es húmeda por los humores, ya que estos nutren los cabellos, de la misma manera que la tierra irrigada produce abundancia de hierba. Esto muestra que el alma, a través de sus fuerzas, opera fructuosas virtudes de buenas obras en aquellos hombres que, con mentes devotas, escuchan con gusto las palabras de Dios, produciendo a menudo la humedad de las lágrimas en suspiros y deseo de las cosas celestiales por la inspiración ardiente del Espíritu Santo. La santa intención de estos, como en la fertilidad de la buena tierra, produce con alegría los frutos de las obras fructuosas, de modo que el alma, en buenas obras con el cuerpo consintiendo, ya se regocija exultando en Cristo, y firmada verdaderamente en la dulzura de su caridad, persiste en la bienaventurada perseverancia, de modo que ya no se marchita por ninguna vagación de vicios espirituales o carnales. Pero en aquellos cuyas cabezas los cabellos se arrancan, de modo que se vuelven calvos, esto es porque su carne está seca por el calor, ya que el calor, al pasar a su vértice, arranca los cabellos poco a poco y uno por uno, al no tener humedad, como también la tierra carente de humedad, por su aridez, carece de la verdor de las hierbas. Así, aquellos hombres que viven en tal dureza de olvido de Dios, que ni por la admonición del Espíritu Santo, ni por la doctrina o consejo de doctores fieles consienten a la voluntad del alma, se asemejan a la tierra árida que, sin humedad, no produce fruto alguno, porque realizan todas sus obras según la voluntad de su deseo y no según la naturaleza del alma. Por lo tanto, oprimidos por la múltiple vicisitud de los pecados, no tienden a las cosas celestiales con ninguna esperanza de bienaventuranza, ni en las terrenales desean ser útiles a los hombres con la ayuda de alguna utilidad. Estos hombres, que no arden con el fuego del Espíritu Santo, carecen de la discreción que es madre de las virtudes, de modo que, debido a la inconstancia de sus costumbres, lo que antes les agradaba ahora les desagrade, y por eso se ven privados de la estabilidad de las santas virtudes, como la cabeza se ve despojada de sus cabellos.

Qué designa en los diversos efectos del alma la posición del hombre con el rostro hacia el oriente, hacia atrás hacia el occidente, a la derecha hacia el sur, y a la izquierda hacia el norte.

XLVIII. El hombre, por lo tanto, vuelto hacia el oriente y como mirando al oriente desde el occidente, extendiendo sus brazos, como el sur y el norte están separados entre sí, dirige su brazo derecho hacia el sur y el izquierdo hacia el norte. De esta manera, el alma, con sus fuerzas y los cuatro elementos, vuela en el hombre, mirando hacia el oriente por el conocimiento del bien, y hacia el occidente por el conocimiento del mal; de modo que el hombre, encendido por el conocimiento del bien por el fuego, que es Dios, vuela en la perfección de las obras santísimas con el sur, pero en el efecto de las obras malas es castigado en las penas del norte, según haya pecado. El alma misma, que hace al cuerpo sensible, hace al hombre frío o caliente en sus fuerzas, de modo que por ella siente el calor del sur y el frío del norte, lo que se puede probar en el aliento del hombre, que emite caliente o frío según su voluntad. El hombre también, en la criatura que discierne por la vista, según lo que la carne

desea, obra el bien o el mal con el alma, y el alma misma, en el temor y amor de Dios, hace el bien como en la parte derecha. Por lo tanto, el conocimiento malo es superado por el bueno con la ayuda de la gracia de Dios en el hombre, así como la mano izquierda es presionada por la derecha, que es de mayor fortaleza. El alma, que es el aliento de Dios, permaneciendo invisiblemente en el cuerpo, moviéndolo hacia cualquier obra, no se reconoce por la vista sino por la virtud de la racionalidad; así como el viento no se siente por la vista, sino por el sonido y el movimiento en su soplo: pero, sin embargo, qué son estas cosas, la ciencia humana no puede comprender ni entender.

Que, así como el cuello sostiene los hombros y los brazos con las manos, así también los cuatro vientos principales con sus colaterales sostienen el firmamento; y cómo a esos mismos cuatro vientos se asemejan cuatro fuerzas en los hombres, a saber, el pensamiento, la locución, la intención y el gemido; y qué significa que haya más fuerza en la derecha que en la izquierda.

XLIX. Así como el cuello sostiene los hombros y los brazos con las manos, así también los cuatro vientos principales con sus colaterales están unidos al firmamento; y las flexiones del brazo, el hombro con el omóplato, la mano con los dedos se ayudan mutuamente, así como esos mismos vientos principales con sus alas, es decir, con los vientos colaterales, sostienen el firmamento, y la mano se une a la mano, como también el ala de cada uno se extiende hacia el ala del otro. Esto designa que el alma, que existe por la vida, que es Dios, y es un aliento del Espíritu de Dios, no tiene fin de vivir como el cuerpo humano, vivifica y sostiene el cuerpo con sus fuerzas, como las estrellas sostienen el firmamento con su punto, que es la tierra, que el Verbo de Dios, colocándola en medio del firmamento, la firmó e iluminó inmóvil. En efecto, el alma, que enviada por Dios desciende invisiblemente y ocultamente al cuerpo, hace que el hombre conozca a Dios por la fe, mire al cielo y obre las cosas celestiales. Y así como el rocío cae invisiblemente sobre la hierba, haciéndola fructífera, así Dios, al hombre que pone su esperanza en Él y pisa los deseos de la carne con sus pies, lo eleva con todo su cuerpo hacia el cielo, para llevar los frutos de las buenas obras, lo riega misericordiosamente con la dulzura oculta de su gracia, pero condena las obras contrarias a los eternos tormentos del infierno. El hombre, en efecto, realiza todas sus obras, buenas o malas, con los cuatro elementos, a semejanza de los cuatro vientos que ejercen sus fuerzas en las partes superiores del aire, y sin embargo, a veces depositan sus soplos en las inmundicias y suciedades del lodo. A los cuatro vientos principales se asemejan cuatro fuerzas en el hombre, a saber, el pensamiento, la locución, la intención y el gemido. Y así como cada uno de ellos tiene el poder de enviar sus soplos a la derecha y a la izquierda, así el alma, rodeada de estas cuatro fuerzas, puede, a través del conocimiento natural, inclinarse hacia donde quiera, eligiendo el bien o el mal. El viento del sur tiene dos vientos colaterales como dos alas, una de las cuales es cálida hacia el oriente, que significa los buenos y santos pensamientos que se encienden por el fuego del Espíritu Santo con el fervor de la intención piadosa. La otra, fría hacia el occidente, significa los pensamientos perversos e inútiles que no arden en el fuego del Espíritu Santo, sino que son fríos y designan obras malas. El aliento también es un soplo, que es el alma racional, que siente las obras de la carne y la sangre, en las que el hombre se deleita, aunque naturalmente suspira por las cosas celestiales, sin embargo, proporciona fuerzas y calor al cuerpo incluso en el hedor más inmundos de los pecados, como el sol calienta con sus rayos la putrefacción fétida de los gusanos más inmundos. Pero el viento del norte es inútil para todas las criaturas, que también tiene dos alas, una de las cuales se extiende hacia el oriente y la otra hacia el occidente; que designan el conocimiento del bien y del mal en el hombre, por el cual considera en su mente, como en un espejo, las cosas útiles e inútiles, así como la tierra es gobernada por el firmamento superior e

inferior. El ala del viento oriental, que se extiende hacia el sur, demuestra al hombre que asciende a Dios a través de las buenas obras en el abrazo de la verdadera caridad; el ala que mira hacia el norte significa al hombre manchado por los placeres de la carne. Y así como esos dos vientos colaterales están unidos al viento oriental como dos alas, así el bien y el mal del alma, el bien en gozo y alegría, por los cuales brilla ante Dios como el sol en su fuerza, el mal por el cual las obras buenas y santas se oscurecen con la negrura de los pecados, como la claridad del sol se oscurece por las nubes tenebrosas. El hombre, en efecto, por la buena intención de su alma, teme mucho los castigos que sabe que existen en el norte, aunque el cuerpo, acostumbrado a los placeres de los pecados, oprime muchas veces al alma. Pero esta intención del alma tiene dos alas, una de las cuales es el temor de Dios, que se enciende en el hombre por la admonición del Espíritu Santo, y la otra es la renuncia a los pecados, que después, dejando de lado el temor de Dios, el hombre repite muy a menudo. El viento occidental también tiene dos alas, una de las cuales se extiende hacia el sur y la otra hacia el norte, que significan que el hombre siente el bien y por el bien conoce el mal. Y el ala derecha muestra que el alma tiene deseo y suspiro por las buenas obras, pero la izquierda muestra la insensatez del hombre, con la que comete los males que ha contraído por la deuda del pecado original.

Que el alma, enviada al cuerpo por el Espíritu de Dios, lo impregna con sus fuerzas, así como el soplo de los vientos recorre todo el mundo.

L. Pero el alma también se difunde por todo el cuerpo, así como la ventosidad de esos vientos recorre todo el firmamento. El alma, que es enviada al cuerpo por el Espíritu de Dios, lo impregna con sus fuerzas; y así como los soplos de los vientos recorren el firmamento, así también hace que el hombre ame ardientemente a Dios y realice las santísimas virtudes que tienen un sabor melifluido, porque las palabras del Señor son más dulces que la miel y el panal a su boca. Y así el alma impregna diligentemente su firmamento, es decir, su cuerpo, con el incomparable ornamento de las virtudes y el suavísimo decoro de las obras santas.

Que así como el hombre se gobierna y sostiene con los brazos y las piernas, así también los vientos se ayudan mutuamente para la fortificación del firmamento, y qué figura en el alma el soplo placentero o el curso turbulento de esos mismos vientos.

LI. Pues el hombre se gobierna y sostiene con sus brazos y piernas, y es ventoso, así como los cuatro vientos principales con sus colaterales sostienen todo el firmamento en el que están situados, y así como cada uno de ellos se ayuda a los demás para la fortificación del firmamento. Esto designa que el alma vuela en el hombre con cuatro alas, a saber, con la sensualidad, el intelecto y el conocimiento del bien y del mal. Con la sensualidad, en efecto, obra en el hombre según el gusto de la carne, pero a través del intelecto discierne sus obras, si agradan a Dios o a los hombres. También a través de dos alas, a saber, el conocimiento del bien y del mal, el hombre realiza toda obra en el alma, cuya diversidad muestra cuál es, porque busca la salvación a través del alma de Dios, pero a través de la carne busca el honor de los hombres. Y así, a veces, a través del conocimiento del bien asciende al cielo, y a veces también a través del conocimiento del mal se postra en la tierra. Pero cuando el hombre, a veces tocado interiormente por la gracia del Espíritu Santo, siente que se agrava en el alma por el peso de sus pecados, haciendo penitencia por las malas obras, suspira hacia Dios; y así como los vientos a veces discurren en una brisa placentera, a veces en una gran tempestad en el firmamento, así el hombre siempre está ocupado ya sea con el bien o con el mal.

Cómo en las flexiones de los brazos y en las uniones de los omóplatos o de las manos deben determinarse las reflexiones de los vientos, y que así como la derecha y la izquierda, el

firmamento y la tierra cooperan entre sí en algunas cosas, así también el hombre, a través del conocimiento del bien y del mal, aunque realiza todas sus obras contrarias.

LII. En la flexión del brazo izquierdo se designa el viento oriental principal, y en la flexión y en la unión donde la mano se une al mismo brazo, se muestran los vientos colaterales de aquel; también en el omóplato y en la mano de ese brazo se manifiestan los soplos de los mismos vientos colaterales. En la flexión del brazo derecho se demuestra el viento austral principal; en el hombro y en la unión donde la mano se adhiere al mismo brazo, también se declaran los vientos colaterales de este; y en el omóplato y en la mano de ese brazo se notan los soplos de los mismos vientos colaterales. Esto es lo que el alma, manteniendo la semejanza del viento en los miembros del hombre, hace que cada uno de ellos se doble y se mueva naturalmente, y el hombre también actúa con ella según el gusto de la carne. Por lo tanto, no puede excusarse del pecado, ya que el hombre fue concebido y coagulado como leche por el ardor de la lujuria, y en la parte derecha obra el bien, y en la izquierda el mal a través del alma; y así como un viento se une a otro, así el alma se une al cuerpo. El hombre también tiende hacia Dios en la buena ciencia, pero en la mala ciencia, que está sometida a la buena como una sierva a su señora, se inclina hacia el mal, y así como la señora es a menudo ofendida por la sierva, de igual manera la buena ciencia es a veces superada por la mala. Así como las manos se unen para obrar, y como el firmamento y la tierra, aunque disten mucho entre sí, concuerdan en alguna sociedad, así el hombre, a través de estas ciencias disímiles que posee, perfecciona cualquiera de sus obras.

De la triple dimensión del cuerpo humano y de la esfera de densidad del mundo, y cómo la vida del hombre según la infancia, la adolescencia y la vejez se ajusta a esa dimensión.

LIII. Y desde la cima de la cabeza del hombre hasta el final de su garganta, y desde ese final de la garganta hasta su ombligo, y desde el ombligo hasta el lugar de la excreción, hay una medida igual; así como también desde la cima del firmamento hasta la parte inferior de las nubes, y desde esa parte inferior de las nubes hasta la cima de la tierra, y desde esa cima de la tierra hasta el final más bajo de la misma, existe una medida igual. El alma, desde el primer día del nacimiento hasta el último día de la vida del hombre, actúa según lo que requieren la infancia, la adolescencia y la vejez. En la infancia, a través de la inocencia; en la adolescencia, a través del gusto de la carne, que a menudo sigue a los pecados criminales; en la vejez, sin embargo, tiene tedio de obrar; por lo tanto, se apresura a poner fin rápidamente a sus obras, sean cuales sean. Así como el supremo artífice estableció el firmamento con sus paredes en medida igual, así el alma, que obra en el cuerpo, desde el principio de su obra hasta el final, tiene igual posibilidad de obrar con la ciencia del bien y del mal, de las cuales ninguna obra sin la otra.

Porque la parte superior de la tierra es blanda, suave y perforable; pero la inferior es tenaz, dura e impenetrable, y qué se encuentra en el alma del hombre según esto.

LIV. La parte media de la tierra, es decir, su parte superior, es blanda, suave y perforable; pero la otra mitad, es decir, su parte inferior, es tenaz, dura e impenetrable, de tal manera que incluso la dureza y fortaleza de la misma supera la dureza y fortaleza del acero. De este modo, también el alma racional tiene cierta verdor en sus fuerzas, con la cual penetra la suavidad de la carne y la dureza de los huesos y todas las venas, como armas que, al cortar a través de la dureza del acero, adquieren mayor solidez; y así como los panes se cuecen en el fuego del horno, así las obras del cuerpo se completan con el ardiente deseo del alma. Ella sostiene el cuerpo con amor, como la parte dura de la tierra sostiene la parte blanda, y obra

inseparablemente todas sus obras con él, al cual también se adhiere como una mujer a su marido, de quien no puede separarse, ya que son dos en una sola carne.

Qué demuestra la medida de los hombros, codos, manos y pies, hasta el final del dedo mayor, similar en alguna proporción a los vientos, en las cualidades del hombre interior.

LV. Pero también desde cada hombro hasta la flexión de cada brazo, y desde esa flexión hasta el final del dedo medio de cada mano, hay una medida igual. La mano, desde su unión hasta la cima del final del dedo medio, tiene la misma medida que desde el talón hasta el final de la mayor articulación, así como también cualquier viento principal con sus colaterales y sus soplos existe en una sola medida. El hombre, por la fuerza de la racionalidad, a veces se deleita con obras buenas y santas con intención vana, que cuando comienza a obrar, su sangre, que fue concebida en pecados, se conmueve por completo en él debido al trabajo de la obra comenzada, y así, por el tedio de obrar, deja su obra imperfecta. También el bien que antes había comenzado, no en Dios, sino confiando en su propia virtud, lo abandona imperfecto por la elevación de su mente; y tanto como antes de comenzar se deleitaba en él, tanto después se avergüenza de su imperfección, y porque hizo tal cosa, comienza a dolerse y a lamentarse. La medida que va desde los hombros hasta la flexión de cada brazo significa las obras que el hombre realiza por la elevación de su mente; y la medida que se extiende desde la flexión de los brazos hasta el final del dedo medio de cada mano demuestra que el hombre borra por penitencia las obras que ha realizado por la elevación de su mente. Por lo tanto, mientras el alma permanece en el cuerpo, nunca puede tener pleno gozo, porque el cuerpo y el alma se oponen entre sí. El hombre, incapaz de soportar su conflicto, por la magnitud de la tristeza desfallece en sí mismo, y gimiendo a Dios con corazón contrito, se humilla a sí mismo con frecuentes suspiros, y así, humillado por el temor de Dios, se aparta de las obras malas y contrarias al alma, obrando el bien que se significa por la mano, y corriendo también por los caminos de Dios que se muestran por los pies. El movimiento de las manos y de los pies significa que el alma debe alegrarse por las buenas obras; pero el cese del movimiento indica que el alma debe entristecerse y dolerse por las malas obras.

Qué muestra la medida de los muslos en la parte delantera por la anchura, y la medida desde el ombligo hasta los lugares de digestión por la longitud, proporcionalmente congruente con la anchura o densidad de la tierra en los diversos afectos del alma.

LVI. La medida que está en la parte delantera, transversalmente de un muslo a otro, es de la misma longitud que la que va desde el ombligo hasta el lugar de la excreción, ya que la anchura de la tierra es de la misma longitud transversalmente que la densidad de su profundidad. El hombre que frecuentemente peca, si alguna vez consiente al alma en una buena obra, se alegra, aunque en esa alegría tiene el dolor del temor, porque teme que la obra comenzada no pueda ser completada, y con ese temor que retiene en sí mismo a través de las fuerzas del alma, obra el bien hasta que el alma lo atrae hacia sí por el tedio de pecar. Así, todo hombre en esta vida a veces consiente a la voluntad del alma, a veces a la voluptuosidad de la carne; así también todos los santos y mártires elegidos de Dios, mientras aún vivían en el mundo, llevaban el estandarte de la pasión de Cristo. Porque cuando la carne peca, el alma, como el hombre que ayuna, tiene hambre; y cuando la carne tiene hambre, es decir, cesa de pecar, el alma, como quien se alimenta, se regocija en las buenas obras. La medida que va desde el ombligo hasta el lugar de la excreción significa la petulancia de la carne, a la cual el hombre a veces consiente, a veces resiste, como al servicio de un amo a veces le agrada, a veces le desagrada, y así como la tierra se sostiene por su densidad, también en su longitud y anchura produce lo útil e inútil. La densidad de la tierra, que se compara con un siervo,

designa el deseo de la carne; pero su longitud y anchura muestran la abstinencia, que aquí se cuenta como la señora.

Porque por el espacio que va desde el final de la garganta hasta el ombligo se designa el aire, y a ese aire que penetra todos los vacíos y temple la tierra de diversas maneras para dar frutos, se compara el alma que vivifica todo el cuerpo y lo mueve para obrar.

LVII. Pero en el espacio que está entre el final de la garganta y el ombligo se designa el aire, que descende de las nubes hasta la tierra, y con su virtud natural temple las criaturas de la tierra. El alma, que es una chispa viviente y un soplo racional que consiste en el poder divino, penetra todo el cuerpo vivificándolo, y lo rodea con amor, moviéndolo hacia cualquier obra, y aunque surge en el gusto de los pecados, lo obliga a obrar con ella. El alma, descendiendo de la altura del cielo a las cosas terrenales, hace que el hombre, a quien vivifica, entienda que fue creado por Dios, y se asemeja al aire, que parece estar en medio entre el cielo y la tierra, porque el hombre a través de ella obra el bien en las cosas superiores y el mal en las inferiores. Pues este aire atraviesa todos los lugares de la tierra templándolos, de modo que donde está seca la humedece, donde está fértil la contrae con calor, donde está acuosa la seca, donde está dura la ablanda; y esto lo hace hasta la mitad de su profundidad, y también la revuelve como con un arado con calor y frío, y con un justo temple la hace fructífera. De la misma manera, cuando el alma siente que su cuerpo está seco de toda verdor de virtudes, se convierte en tristeza y lamento, y a través del conocimiento de la racionalidad y del espíritu de compunción, impulsa a su cuerpo a suspiros y lágrimas, porque reconoce que sus obras son malas, y así hace que su cuerpo seco reverdezca por el humor de la gracia divina. Pero si el hombre intenta obrar más de lo que puede, presumiendo de sus fuerzas, el alma lo retrae nuevamente a la medida de su posibilidad, y dispone mejor sus obras; y si vive entonces en el olvido de Dios como en seguridad, lo evacua del olvido de Dios por el temor de Dios. Pero cuando el hombre, buscando un dios ajeno, es conducido a la dureza de la infidelidad, es perturbado por el alma con tantas tribulaciones que no puede tener esperanza de salvación ni ningún gozo, por esta tristeza, con su propia admonición, lo atrae a una mejor parte y lo hace suspirar por el verdadero Dios. Así, el cuerpo es llamado por el alma, que es una chispa viviente y vida de Dios, a la esperanza del perdón y a discernir y seguir cualquier obra, y dejando el error de la duplicidad, es conducido al camino recto de las buenas obras, como también el agua fluye en su curso recto, y así después, viviendo bien en el temor de Dios, se hace fuerte. También el calor suavísimo con el frío suave introduce su humedad en la tierra, y la hace fructífera en árboles, hierbas y granos, de modo que todas estas cosas reverdecen por la misma humedad. De manera similar, el alma, en el calor suavísimo de la fe y en la paciencia fortísima para soportar todas las injurias, fortalece al hombre, y propone huir de las obras que no había obrado bien antes y en las que no le era permitido perseverar. Así también lo hace fructífero en buenas obras y lo hace reverdecen en santas virtudes. También el frío nívico a veces el mismo aire lo envía sobre la tierra, que la cubre toda, y por el cual se calienta para germinar, de donde ella misma saca su frío, hasta que se prepara interiormente para su oficio fructífero germinando, y así luego introduce el verdor al fruto de todo lo que germina. El alma, en efecto, temple al hombre del gusto de sus obras, que lo hace girar como un molino, porque ella es el aire que hace fluir la sangre, por la cual el hombre adquiere sentido e intelecto. Ella también hace que la carne emita sudor, por cuyo calor el hombre tiene sentido, y por cuyo humor, que es frío y húmedo, tiene intelecto, y por eso todo el fruto de sus obras consiste en la sensualidad y en el intelecto.

Que de aire se elevan las aves para volar, y también algunos peces en las aguas se nutren de tal manera que pueden vivir algún tiempo sin alimento; y que de esta manera el hombre, no

siguiendo los deseos de la carne, sino del alma, volará por la contemplación y se alimentará de la suavidad de las Escrituras.

LVIII. También algunas aves, que son de gran fortaleza, volando en el aire en verano son fortalecidas por él, y el mismo aire, a veces descendiendo a los ríos, fortalece a algunos grandes peces, de modo que pueden estar algún tiempo sin alimento. De manera similar, cuando el alma ha atraído al cuerpo a su consentimiento, vuela a la altura del cielo, como un ave en el aire, y así como el ave no puede volar sin el aire, tampoco el cuerpo se mueve por sí mismo, sino por el alma. Pero cuando el hombre consiente a los deseos del alma, arde todo en la caridad de Dios, y así, de día en día, volando en el gozo de la eterna alegría, se deleita en la fe especulativa y en la sabiduría de las santas Escrituras, de cuya suavidad se alimenta e invisiblemente se fortalece, como el pez que, fortalecido por el aire y por el flujo de las aguas, vive a veces en las aguas sin alimento.

Que tanto el mar como los ríos se mueven por el aire, y por las venas llenas de sangre el cuerpo, y por las virtudes el alma, por las cuales, como la tierra regada por riachuelos, produce los brotes de las buenas obras.

LIX. Este aire también mueve el mar con aire acuoso, del cual fluyen ríos divididos, que riegan y confirman la tierra, lo que también muestran las venas conectadas entre sí, confortando todo el cuerpo humano con sangre. El alma, que es aérea, y por la cual se perfeccionan todas las obras del hombre, así como por el aire se perfeccionan todos los frutos de la tierra, propone sus obras al hombre por la gracia del Espíritu Santo, para que a través de las cogitaciones, que inundan como el mar, discierna lo útil y lo inútil. El mismo hombre también sufre naufragio, cuando no consiente a las buenas cogitaciones del alma, se sumerge en gran confusión por sus pecados, y así rema en gravísimo trabajo con la nave de sus cogitaciones, a menos que las edifique sobre la roca, que es Cristo, por la inspiración del Espíritu Santo. Porque cuando la mente del hombre, dilatada por varias virtudes, se eleva a la alabanza de Dios, edifica un fundamento estable sobre la roca, que no puede ser movido por los vientos, es decir, por las varias tentaciones del diablo, porque así como las venas con los nervios confirman el cuerpo humano para que no se disuelva, así la virtud de la humildad conecta y confirma las buenas obras para que no se dispersen por la elevación. Los ríos, en efecto, emiten riachuelos, ayudando a la tierra con su verdor, todos los cuales son movidos por el aire mencionado, que con su calor y humedad hace germinar todo. Así, cuando el alma, superando la delectación de la carne, establece el fundamento de sus deseos en el hombre, ella y el cuerpo completan sus obras unánimemente, de donde también, regocijándose en las obras santas, vuela en el dulce olor de las virtudes. Y así como los ríos mayores emiten diversos riachuelos, que hacen germinar la tierra, así el alma, dominando el cuerpo, suscita en él la caridad, la obediencia y la humildad con otras fortísimas virtudes, para que introduzca al hombre en la alabanza de Dios a través del ejercicio de las buenas obras.

Porque así como la tierra, disuelta en lodo por el calor del verano y el frío del invierno, se impregna para germinar cualquier cosa, así también el hombre, con el alma y la carne luchando entre sí, ahora produce frutos de virtudes, ahora de vicios.

LX. La tierra, en efecto, por el calor del verano y el frío del invierno, siempre está lodosa, y ese lodo la impregna para germinar. De este modo, también el cuerpo debe estar sujeto al alma, como una sierva a su señora, que a menudo es superada por el cuerpo, así como el tiempo de verano lleva todos los frutos a la madurez. Pero cuando el cuerpo, envuelto en la podredumbre de los pecados, se opone al alma, el hombre dice dentro de sí: «No puedo vivir en tanta dureza, para poder negar por completo a mi carne lo que desea, pero lo que puedo

hacer me basta». Él mismo, yaciendo en la podredumbre de sus pecados, a veces recuerda las virtudes anteriores que ha obrado, y haciendo penitencia por sus pecados lodosos, regresa con alegría a las obras justas y a las santas virtudes que antes había tenido. Y así como la tierra lodosa guarda todos los frutos durante el tiempo de invierno, que en el tiempo de verano produce para el gozo de los hombres, así el hombre adorna las virtudes anteriores como piedras preciosas y las hace más elegantes.

Porque así como el pecho del hombre contiene el corazón, el hígado, el pulmón, así también el aire contiene el calor, la sequedad y la humedad de los aires, y de esta manera también la memoria, disponiendo las cogitaciones y obras del alma, las contiene.

LXI. El pecho del hombre muestra la plenitud y perfección de ese aire, porque así como el pecho retiene el corazón, el hígado, el pulmón y las demás entrañas del vientre, así también ese aire contiene el calor, la sequedad y la humedad de los aires. De esta manera, también el alma, en el pecho del hombre, considerando y como escribiendo las cogitaciones de cualquier causa útil o inútil, las discierne, y dispone cómo el hombre racional debe obrar esa causa. El alma también reúne cualquier obra del hombre, ya sea blanda, porque agrada a la carne, o dura, porque le es contraria, y las muestra para ser discutidas en sí misma. Por esto, también, siendo ígnea, seca con su calor las seducciones de la carne; y al secarlas, suscita el gemido con la humedad de las lágrimas, por las cuales el alma, obrando todo bien, adorna sus obras. El alma, en efecto, odia la delectación de la carne, y por ser aérea, mostrando a su carne las malas obras y las heridas de las tempestades de la sugestión diabólica, provoca al hombre a conocer cómo son sus obras, así como el corazón, con todos sus apéndices, conforta al hombre, que con su aliento humedece todo.

Porque así como el corazón se nutre del hígado, los pulmones y los demás intestinos que le son adherentes, y así como el tiempo del día y de la noche, y el aire se varían con las vicisitudes de la tranquilidad y las tempestades, así también la vida del hombre se debate entre las luchas de la carne y el alma, a veces siendo sacudida por el torbellino de los vicios, y otras veces alegrándose con la claridad de las virtudes. LXII. Pues el corazón del hombre demuestra su calor, el hígado su sequedad, y el pulmón su humedad, porque así como el calor del corazón, la sequedad del hígado y la humedad del pulmón vivifican al hombre, así también el calor, la sequedad y la humedad del aire y de los vientos fortalecen lo que hay en el mundo. De igual manera, así como el corazón con todos los órganos vitales que le son adherentes calienta y fortalece al hombre, así el alma, con las virtudes que le son conferidas por Dios, perfecciona los actos del hombre, otorgándole el santo deseo de realizar buenas obras. Pero cuando reconoce que esta obra del deseo es mala, lamentándose de lo que ha hecho, impulsa al hombre nuevamente a las lágrimas a través de la compunción, y entonces se convierte en alguien que, deleitándose en las buenas obras, llora de alegría. El alma misma gobierna toda obra del hombre, ya sea buena o mala, con cualquier intención que se haga, según el deseo de la carne, y así como el aire mencionado sopla sobre toda criatura, a veces germinando y floreciendo, a veces marchitándose y decayendo, así el alma varía las obras de la carne, a veces con alegrías, ahora con lágrimas. Y así como el sol y la luna nunca completan su curso sin la vicisitud de las nubes, así el hombre no puede llevar a cabo ninguna buena obra que haya comenzado a hacer con la pureza que se propuso, sin que alguna tempestad lo perturbe con frecuencia. En semejanza del día y la noche, que a veces brillan más claramente en su luz, y a veces, por la vicisitud de las nubes, disminuyen en su luz, el hombre tiene la lucha del cuerpo y el alma. Pues por el deseo de la carne falla en el bien, pero por el deseo del alma, gozando, progresa en él, porque en todas sus obras se vivifica con su calor, así como el aire mencionado vuela con todas las criaturas.

Así como el vientre encierra y retiene en sí mismo las vísceras y los alimentos triturados por las muelas para la utilidad de todo el cuerpo, así también el alma debe guardar en el secreto de la memoria los pensamientos de su corrección y rumiar con discreción solícita.

LXIII. Y así como los alimentos se introducen en el vientre a través de la garganta, después de ser triturados por el molino de los dientes, y así como el pecho del hombre, pensando y conociendo, regula todo lo que es del hombre, y así como el vientre contiene y cierra las vísceras del hombre, así también el aire mencionado envía fuerzas verdes a los frutos, y así conserva lo que hay en el mundo para la salvación del hombre. De la misma manera, el alma rumia todas las obras del hombre y las encomienda a la memoria, de modo que no deje ninguna de ellas sin examinar, así como el alimento se introduce en el vientre por la garganta, y así como el alimento se tritura con los dientes, así el alma, con su aliento, escribe discerniendo las obras del hombre, y recoge esta escritura a través de los pensamientos, para que el hombre reconozca cómo son sus obras, las cuales él mismo contempla continuamente en sus pensamientos como si fueran formas de cosas en las que se forman. Por lo tanto, el hombre no puede olvidar sus obras, porque en sus pensamientos se guardan como las vísceras en el vientre, y él mismo en todas sus obras se vivifica a través del alma, porque ella es aérea. Los pensamientos también, junto con el conocimiento en el pecho del hombre, son como el servicio de todas sus obras, porque los preparan anticipadamente, así como la izquierda sirve a la derecha, porque el invierno también sirve al verano, ya que conserva todo lo que el verano produce. También el alma es el servicio de los pensamientos, y los pensamientos son como una tablilla en la que se escribe para el alma, porque ella lima todas las obras del hombre con ellos, y como escribiendo, prepara para lo que se ve obligada a hacer a través del cuerpo. Pues cuando el hombre realiza malas obras según el deseo de la carne, sin embargo, a veces, compungido por la virtud del alma, derrama lágrimas, porque las malas obras de la carne desagradan al alma, aunque muchas veces le sirva sujeta al consentimiento de ellas. También las malas obras que el hombre ha cometido por los placeres de la carne, las recuerda a sí mismo con un suspiro lacrimoso como escribiendo en su memoria, y así como el invierno conserva los frutos del verano, así el alma propone diligentemente al hombre pecador el suspiro por el cual puede salvarse.

Que los tumores de carne que sobresalen en el pecho y se llaman pechos, significan la fertilidad del aire exterior y los deseos del corazón del hombre adheridos interiormente; y que así como la mujer comparada con el hombre es blanda e infirme, así también el deleite de la carne no tiene ninguna fortaleza frente a las fuerzas del alma.

LXIV. En el pecho, donde se congregan todas las cosas que el hombre quiere hacer, ciertos tumores de carne se elevan y se convierten en pechos, que designan la fertilidad del aire mencionado anteriormente, porque así como los pechos muestran la fortaleza y plenitud del hombre, así también manifiestan la fertilidad de ese mismo aire para la fertilidad de la tierra. Así también el alma sabe qué cosas la hacen volar hacia arriba como el aire, porque así como se sabe que la mente está en el corazón, así se sabe que el conocimiento está en el alma. Por lo tanto, todas las obras del hombre se perfeccionan a través de ella. Y así como el cuerpo humano se viste con diversos tipos de vestiduras, así el alma se cubre con cada una de las obras de la carne, sean cuales sean, como con vestiduras, que también aparecen continuamente en ella, visibles solo para las almas y los espíritus, porque lo que el hombre siembra, eso cosechará, llevando al final los manojos de sus obras. Pues el deseo del hombre se adhiere a su corazón como los pechos al pecho, en los cuales reside toda la fuerza del pecho; por lo tanto, el alma se ve obligada a cooperar con la carne a través del deseo, de modo que a través de ella, porque es aérea, húmeda y cálida, se perfeccionan todas las obras,

así como la fertilidad de toda la tierra se produce abundantemente a través del aire. En ese lugar, el hombre es poderoso en sus fuerzas, pero allí la mujer derrama leche para los niños que no pueden ser alimentados con comida. Así también las fuerzas del alma son muy fuertes, porque a través de ellas conoce y siente a Dios, aunque también sirva a los deseos de la carne. Por lo tanto, con un suspiro doloroso, mortifica el cuerpo, mientras desprecia servir a Dios contra su voluntad, como un siervo que se aleja de su señor con indignación. Pues el deleite de la carne no tiene las fuerzas del alma, a la que desagradan los pecados, sino que es movido por el impulso de la sangre ardiente, por lo que el cuerpo es afligido por las fuerzas del alma hasta el punto de que nunca puede realizar pecados graves con alegría sin el dolor del suspiro. También el deleite comparado con las fuerzas del alma no tiene ninguna fortaleza para obrar bien, sino que se alimenta del gusto de la carne, como el niño se alimenta con la leche de la madre, porque es completamente débil, como una mujer si se compara con la fortaleza del hombre. Pero el deseo del alma es como una flecha voladora y aguda, que hiere al hombre al que se dirige. Por lo tanto, el deleite de la carne, comparado con las fuerzas del alma, muchas veces se somete, quiera o no. Por lo tanto, el deseo del alma habla así imperando al hombre que vive seguro en los deleites de la carne: «Atiende que tu obra es como lodo fétido, por eso se convierte en confusión, porque todo suave aroma que exhalas se ha alejado de ti.»

Que la mujer, debido a su debilidad, mirando hacia la protección del hombre, debe estar siempre sujeta y dispuesta a servirle, y qué significa la conversación común externa de ellos en los aspectos internos.

LXV. Por lo tanto, la mujer es débil y mira al hombre para ser protegida por él, así como la luna recibe su fortaleza del sol, por lo que debe estar siempre sujeta al hombre y dispuesta a servirle. Ella misma cubre al hombre con las obras de su conocimiento, porque fue plasmada de carne y sangre, lo que el hombre no fue, ya que primero fue limo, por lo que también en su desnudez mira a la mujer para ser cubierta por ella. Esto es lo que el deleite de la carne mira con gran temblor al deseo del alma, porque a menudo es reprendido y superado por ella; sin embargo, no puede ser superado por las fuerzas del alma, porque así como la mujer mira al hombre para ser protegida por él, ya que le sirve con temor, así ella siempre mira al alma. Pero cuando el hombre ha fallado completamente por el deleite de la carne, es nuevamente despertado por la admonición del deseo del alma, pensando en sí mismo, ya que ha sido constituido por Dios en tan gran honor, por qué no desiste de los vicios; y así el alma a menudo retrae su cuerpo al amor de las buenas obras. Esta diversidad de obrar el hombre siempre la tiene en sí mismo, así como los ángeles están con Dios en alegría, y así como las malas obras de los hombres son juzgadas con ira por su juicio a través de ellos. El alma también es un soplo del espíritu de Dios, y enviada al cuerpo del hombre no obra nada por sí misma; pero lo que sea que le pida, eso en su naturaleza con el conocimiento del bien, por el cual siente a Dios, y con el conocimiento del mal, por el cual lo teme, lo enciende como fuego en las buenas obras siempre gozando, y afligiendo el cuerpo en las malas. Pues el hombre revive a través de las fuerzas del alma, de modo que, comprendiendo las obras que ha realizado según el deseo de la carne y con las que había desnudado al alma de sus fuerzas, se mueve a lágrimas con las que el alma se viste como con una camisa.

Que quien haya limpiado sus pecados a través de la penitencia, no debe avergonzarse más de ellos; y que quien se mortifica a través de ayunos y oraciones, adorna su alma como con una vestidura púrpura.

LXVI. Por lo tanto, cualquiera que haya limpiado sus pecados con lágrimas de verdadera penitencia, como María Magdalena, que lloró sobre los pies del Señor, no se avergonzará más

de ellos. Pero cuando después de las lágrimas mortifica su carne con ayunos y oraciones, adorna su alma como con una vestidura púrpura, a través de la cual las cicatrices de las heridas se cubren de tal manera que nunca aparecen en ella. El alma también siempre busca la penitencia del hombre, porque él tiene el gusto de los pecados; y ella misma pide obrar a través de la penitencia, así como la mujer cubre al hombre con la sutil ciencia de su obra. Sin embargo, el hombre que se ha apartado de los pecados en los que ha estado ocupado por el gusto de la carne, obrando buenas obras con todo esfuerzo, adorna su alma con coronas de oro y todos los ornamentos. Por lo tanto, también los ángeles tienen alegría sobre ella, que era la oveja perdida, y ella se regocija con ellos. Pues los vicios y las virtudes son fértiles como la mujer, porque el vicio engendra vicios, y la virtud engendra virtudes; y el hombre que es fuerte y poderoso según Dios, perfecciona todas sus obras, tanto buenas como malas, con la mujer que primero dio la caída, y a través de la cual esos mismos males fueron posteriormente reparados en bien.

Porque así como el aire a través del calor y la humedad lleva los frutos de la tierra a la madurez, así el corazón, el hígado y el pulmón confortan el vientre para confeccionar y digerir los alimentos, y que Dios consume las perversas costumbres de los pecados con el fuego de su celo.

LXVII. Pero el corazón también calienta el vientre, el hígado lo confirma, y el pulmón lo humedece, de modo que conserva la recepción de los alimentos hasta la excreción, así como el aire mencionado anteriormente lleva la verdor, el calor y la humedad de todos los frutos germinantes hasta su madurez. Así también el alma, que es racional e ígnea, tiene racionalidad con el viento, así como el fuego ardiente no emite su llama sin viento. En el círculo circundante del conocimiento del bien y del mal, con la racionalidad, por la cual conoce lo que agrada a Dios o discierne, por la cual también entiende que Dios quema la mala costumbre de los pecados en su celo, como está escrito:

Palabras de David que se refieren a lo mismo, y que deben ser entendidas con sentido.

LXVIII. Descendió humo en su ira, y fuego de su rostro se encendió, carbones fueron encendidos por él (Salmo XVII). Lo cual se entiende así: El hombre que pecando es llevado al olvido de Dios, sobre él sube la ira de la venganza de Dios, y sus pecados son examinados ante él por el fuego, porque así como los carbones apagados se encienden por el fuego, así él prepara castigos para quemar los pecados. Pues él mismo, por el conocimiento del bien y del mal, reconoce que será castigado por sus malas acciones, y también que las buenas obras que vuelan en alabanza de Dios ascienden sobre los querubines. Este conocimiento calienta la esperanza confiada que el hombre tiene en Dios, y lo conforta en el temor y amor de Dios. Pues a través de estas virtudes se produce la humedad de las lágrimas; a través de ellas también se conservan todas las cosas buenas que deben ser perfeccionadas en el hombre, así como el vientre conserva la recepción de los alimentos hasta la excreción a través del corazón, el hígado y el pulmón. Todas las obras, ya sean buenas o malas, se llevan al conocimiento de los hombres a través de la racionalidad del alma aérea y racional, con la verdor del conocimiento, con el calor de la sensualidad, y con la humedad de la sabiduría, así como el aire mencionado anteriormente lleva la verdor, el calor y la humedad de todos los frutos germinantes hasta su madurez.

Que la ternura del vientre, rodeada de costillas y huesos, designa la blandura de la tierra fértil interpuesta con piedras; y qué se expresa también a través de esto en la diversa calidad de la vida humana, con el testimonio del versículo del salmo XVI que concuerda con lo mismo.

LXIX. Y el vientre, que es sostenido por costillas y otros huesos que no tienen el jugo de la médula, designa la tierra blanda y fértil que está interpuesta con piedras. Con este ejemplo, el alma no tiene el gusto de los pecados en su naturaleza, aunque obre pecados con el cuerpo, y lo encienda a las obras que el gusto de su carne pide, en similitud al aire del viento que mueve toda la tierra para germinar. Pues ella contiene el cuerpo en toda su obra, así como la tierra blanda y fértil se fortalece con la interposición de piedras; y así como un niño tierno habla de los pecados que aún no ha probado, y como Adán antes de la transgresión conocía el pecado y no lo probó, así ella en el cuerpo que peca no prueba el pecado naturalmente. El alma que obra obras santas y buenas es gloriosa ante Dios en el reino celestial por los méritos de sus obras; pero al alma que perpetra malas obras le esperan grandes castigos por el juicio de Dios. También el hombre bienaventurado es alabado ante Dios y los hombres por sus buenas obras, por lo que su alma se regocija; pero el hombre que está envuelto en pecados resbaladizos es llevado a gran confusión ante Dios y los hombres. Por lo tanto, él mismo, con el sudor de la vergüenza, huyendo de los hombres por sus pecados, cuando se reconoce culpable en ellos, se lamenta diciendo: «Me han tomado como un león preparado para la presa, y como un cachorro de león habitando en escondites (Salmo XVI).» Lo cual se entiende así: El hombre, cuando ha pecado, es despojado de toda bienaventuranza por sus pecados, cuando por su propia voluntad toda santidad es arrebatada de él, como el león arrebatara lo que quiere devorar; y por la miserable confusión de sus pecados, como el cachorro de león en escondites, así él mismo, avergonzándose de sus pecados, se esconde de los hombres, para que sus obras no sean conocidas. Así también toda obra del hombre conseguirá o premio en la gloria, o castigo en el juicio de Dios. Pero el alma que se regocija en la santidad dice a Dios: «Oh altísimo Dios, todos mis votos te los devuelvo en alabanza, porque sin ti por mí mismo no puedo nada, sino cuanto enciendes en mí por la gracia del Espíritu Santo.»

Porque así como al suceder el fruto se caen las flores, así también el hambre se disipa con la llegada de la saciedad, y de la misma manera el alma, después de la penitencia realizada por los pecados en los que languidecía como de hambre, se sacia de la justicia de Dios en la ejecución de las obras santas.

LXX. El hambre, que pide alimento, manifiesta las flores de los frutos, pero cuando el vientre ha sido saciado con los frutos, el hambre cesa, como cuando los frutos proceden, las flores caen. De manera similar, el alma, que es un soplo de Dios, y con el conocimiento del bien y del mal es siempre un buscador de la verdad y un tesoro de justicia, entiende en su naturaleza que Dios debe ser amado sobre todas las cosas, porque de él procede como una chispa del fuego, y también hace que las obras del hombre brillen como chispas, porque el hombre es iluminado por ella como por una chispa. Ella también hace que el hombre suspire por sus obras más viles, que obra contra Dios con ella, y lo aflige con hambre de la justicia de Dios en sí mismo hasta que, reconociendo sus pecados, derrame lágrimas con penitencia por ellos. Por lo tanto, cuando el hombre ha pisoteado sus pecados de esta manera con penitencia, el alma se sacia de la justicia de Dios; pero cuando después ha recogido las flores de las virtudes con buenas obras, ella, llena de buenas obras, inmediatamente no tiene hambre, que antes sufría de hambre en las malas obras, porque esta hambre se desvanece con los frutos de las buenas obras, como cuando caen las flores.

Con qué congruencias el estómago, el mundo y el alma se confortan mutuamente, y que Dios nunca quiere que el hombre esté sin la ley del precepto; y qué designan en él tanto la verdor del verano, como la aridez del invierno, y la amplia capacidad del mismo mundo.

LXXI. Pero el estómago, cuya sede está en el vientre, y al que se le introducen los alimentos y del que se expulsan, y que está ligado como un saco con las vísceras, muestra la capacidad del mundo, que las criaturas llenan germinando y creciendo. Y que al decaer lo dejan casi vacío, esto es lo que el hombre, que como la luna crece y decrece, opera a través del alma, que está llena de todas las criaturas, y así como la sangre está en las venas, así todas las obras del hombre están en el alma. La cual, cuando se llena de buenas obras según su deseo, asciende a la morada eterna donde se alimenta con el alimento de la vida, y cuando se ocupa de malas obras, desciende a la pútrida fetidez de las penas infernales para perecer. Pues Dios, que dio el precepto a Adán, quiere que el hombre esté bajo el precepto, en cuya observancia el alma recoge con alegría las obras de salvación, que se envían lamentablemente al exilio de la perdición, cuando el hombre, al consentir en los deseos de su carne, abandona el precepto. Pero así como el estómago, que recibe y expulsa el alimento, está ligado con las vísceras, así ella opera con todas las criaturas ya sea en la ascensión del bien o en la caída del mal en el hombre. Y así como las criaturas florecen y reverdecen en verano, pero en invierno se marchitan y decaen, así ella florece y reverdece en las buenas obras con alegría, y se marchita y decae en las malas obras con dolor. Tampoco le conviene al estómago estar vacío, así como tampoco sería útil para la capacidad del mundo si se vaciara de diversas criaturas. Esta capacidad también es la dispensadora de las fuerzas de la fertilidad de la tierra, porque no la deja desolada ni vacía en ninguna cosa necesaria para la función de los frutos, ya que si el mundo fuera estrecho y constreñido, de modo que careciera de expansión, no podría soportar la plenitud de las criaturas que ahora tiene. Así tampoco le sería útil al hombre tener solo un conocimiento, ya que entonces estaría casi vacío, sin poder comenzar o completar ninguna obra, ni discernir la luz del día o las tinieblas de la noche. Ahora está lleno de dos conocimientos, y por el buen conocimiento ama a Dios con buenas obras, a quien también teme por el mal conocimiento al reconocer las malas obras. El alma, con gran solicitud, habita en el cuerpo como el padre de familia en su casa, quien siempre está preocupado de que no se le robe en sus bienes, ya que ella siempre tiene este cuidado de que el hombre no sea despojado de los santos deseos, que se realizan a través de ella, por la envoltura de los pecados. Pero cuando el hombre, por el tedio de sus pecados, alguna vez consiente al alma, ella, regocijándose, le propone al hombre todos sus pecados en amargura, y haciendo los deseos celestiales más dulces que la miel y el panal, a menudo lo hace santo y lo conduce a los reinos celestiales. Pues así como el hombre perecería si el estómago siempre estuviera vacío, así el alma no podría existir sin estos dos conocimientos; y así como el mundo se marchitaría si estuviera vacío de buenos y malos frutos, así el alma estaría seca y vacía si careciera de las obras que el hombre realiza a través de estos dos conocimientos. Ella, de hecho, dirige rectamente todo lo que es del hombre en el camino correcto con discreción, y por la bondad de Dios, de quien es divina, confía en tener una morada en la tierra de los vivientes a través de las obras santas que realiza con el hombre. También por el conocimiento del bien, por el cual conoce el mal, juzga que es injusto, aunque a menudo se ve obligada a realizar el mismo mal a través del cuerpo; y si no tuviera este conocimiento del bien y del mal, sería como un fuelle con el que el herrero no hace nada. Y así como el mundo estaría sin toda plenitud de frutos si no germinara en verdor, así también ella estaría sin el honor y la bienaventuranza de las buenas obras si no floreciera en la racionalidad del conocimiento del bien y del mal.

Que a semejanza del aire que ayuda a la tierra a fructificar, el alma también mueve al cuerpo a ejecutar cualquier obra a través de sus fuerzas, las cuales, si son rectas, adornadas eternamente, contemplará perfectamente a Dios, a los ángeles y a las almas bienaventuradas; si son perversas, será rechazada de esta visión como impura.

LXXII. La capacidad del mundo antes mencionada contiene el aire en sí, que con sus fuerzas infunde verdor a la tierra, haciéndola fructífera, e inclina los mismos frutos a la aridez con la frialdad ventosa cuando alcanzan la madurez; pero aunque seca la tierra exteriormente con esta frialdad, sin embargo, la enriquece interiormente para que pueda germinar en verano. Por lo tanto, el Creador de todo, que estableció la tierra para obrar, constituyó el alma, por la cual el hombre realiza todas sus obras, según sí mismo, la cual obrará en el hombre, que es obra de Dios, hasta el último día, así como la santa Divinidad existe invisible; pero después del último día, cuando el hombre se haya hecho completamente espiritual, contemplará perfectamente la santa Divinidad y todos los espíritus y almas. La misma alma es una fuerza fructífera, que al mover todo el hombre lo hace vivir consigo; y así como el hombre se viste y se cubre con un paño tejido de hilos, así ella se viste con todas las obras que realiza con el hombre, ya sean buenas o malas, como se cubre con el cuerpo en el que habita. Las buenas obras, cuando se separa del cuerpo, aparecen en ella como un vestido en el resplandor del oro purísimo adornado con todo ornamento; pero las malas obras apestan en ella como un vestido contaminado con toda inmundicia. Ella también obra con el hombre a semejanza del aire, que infunde sus fuerzas a la tierra, por las cuales es fructífera y perfecciona sus frutos, y que con la frialdad del invierno seca toda la tierra; que sin embargo conserva el calor en sí para la fructuosidad de la tierra, ya que a través de las fuerzas del alma, la infancia, la adolescencia, la juventud y la vejez operan y perfeccionan los frutos de las buenas obras, que la edad decrepita casi seca por el defecto, pero que sin embargo se conservarán en la verdadera fe para las recompensas de la bienaventuranza eterna después del fin del hombre.

Porque así como la tierra se convertiría en polvo si reverdeciera dos veces al año y produjera sin cesar, así también el alma se agotaría en su obra si sirviera desmedidamente a todos sus deseos y placeres de la carne; y que a semejanza de la tierra que fructifica desigualmente, por su mutabilidad y el conflicto de la carne, ahora en progreso, ahora en declive, no puede obtener perfectamente en esta vida ni la fe encomendada en el Evangelio, ni la visión de Dios perdida en el paraíso.

LXXIII. Porque si la tierra reverdeciera dos veces al año y produjera sin cesar, se convertiría en aridez y se haría como polvo. Esto significa que si el alma consintiera igualmente en los deseos y la voluntad de su carne, no podría completar ninguna obra, ya que ella es un aliento viviente, que con un toque noble atraviesa todo el cuerpo vivificándolo, así como el soplo del aire mencionado hace fructífera toda la tierra. El mismo aire es como el alma de la tierra, cuya humedad toca con su soplo, haciéndola reverdecer; y así como este aire, cuya verdor significa la sangre y cuya humedad significa el sudor en el hombre, es invisible e impalpable en la tierra, así el alma en el cuerpo calienta la sangre de manera impalpable, y opera visiblemente en él a través de la racionalidad. Pues el hombre entiende que tiene a Dios a través del alma, y por eso, ya sea por sí mismo o por otro, siempre se establece una ley; y esto le es natural, ya que el primer hombre recibió la ley en el precepto que rechazó por el consejo de la serpiente. Quien, después de la transgresión del precepto de Dios, fue expulsado a este exilio, no pudo habitar el paraíso, al que sin embargo anheló con muchos suspiros. Así también el alma, cuando es superada por el cuerpo, arrastra muchos suspiros de dolor: pero cuando lo somete a los deseos de su naturaleza, se regocija con gran alegría. Y así como la tierra no produce sus frutos de manera uniforme en el frío y en el calor, así también ella tiene obras desiguales al obrar mal y bien. Pues por esta naturaleza, en la que el alma es a menudo superada por el cuerpo, y el cuerpo por el alma, el hombre no puede tener aquella fe pura por la cual podría elevar una montaña y lanzarla al mar, como el Señor decía a sus discípulos sobre el grano de mostaza, y que Adán tenía cuando veía la claridad invisible de Dios con sus ojos exteriores, en la que no dudaba que podía hacer lo que quisiera. Pero después de la

transgresión, ni Adán ni ningún hombre pudo tener esta visión. Por lo tanto, el hombre fiel debe mirar a Dios con la visión interior de su alma en el espejo de la fe, y confiar en ser salvado por aquel que todo lo puede. En esta fe, muchos mortificando los deseos de su carne han hecho muchos signos.

Porque así como las venas del corazón, el hígado y los pulmones ayudan al estómago en la recepción o expulsión de los alimentos, y una continua o excesiva plenitud o vacuidad perjudicaría al mismo estómago; así también el alma está presente al cuerpo en todas las obras, pero le molestaría si permitiera que el cuerpo siguiera siempre los deseos de la carne.

LXXIV. Pues de corazón, hígado y pulmones, se extienden ciertas venas como tubos, que asisten al estómago en la recepción y expulsión de los alimentos. De esta manera, el alma, que con gran fuerza despierta al cuerpo que encuentra dormido, siente a Dios en muchos de sus caminos. Y así como las venas asisten al estómago cuando se llena y se vacía, así ella está presente al hombre en todo bien y mal, de modo que el hombre ejerce a través de ella pensamientos, la dureza de la malicia y la suavidad del deseo carnal comenzando y completando; y así como los riachuelos sanguíneos corren hacia el estómago, así ella atraviesa todo el cuerpo con sus fuerzas. Así como tampoco le convendría al estómago estar siempre lleno o vacío, así también perjudicaría al alma si el cuerpo viviera siempre en los placeres de los deseos de la carne, ya que al tener hambre de los deseos de su naturaleza en sus fuerzas, se agotaría, como también a menudo se agota en sentido y cuerpo quien peca incesantemente en la gordura de su carne.

Porque así como la carne del hombre se daña si recibe los alimentos de manera excesiva o menos necesaria, así también el alma si se dedica más o menos de lo justo a la restricción o indulgencia; y que el estómago, recibiendo los alimentos puros pero rechazando los fétidos, significa al hombre que se deleita en los pecados pero luego se purga por la penitencia.

LXXV. Si, por lo tanto, los alimentos se toman en exceso, la carne del hombre se debilita por un color indeseable; o si se toman menos de lo necesario, la carne se debilita por el defecto. Así, el estómago es el dispensador correcto de la recepción y expulsión de los alimentos. Cuando también el alma, con su fuerza ígnea, ha superado al hombre de tal manera que se mortifica absteniéndose de los deseos carnales y de su propia voluntad, entonces, por la sugestión del diablo, inflado de orgullo, despreciando a otros, a menudo dice: «Soy santo y con razón debo ser alabado y honrado por todos.» Y así, con los ojos del alma cegados por el orgullo, no puede tener alegría y deseo celestial por la excesiva tristeza, y por eso, turbada en el mismo hombre, dice: «¡Ay, ay, yo, cegada por el fétido orgullo, he sido despojada de los deseos celestiales en los que veía y entendía a Dios.» Por lo tanto, el hombre que no obra el bien por la carne y la sangre, sino por las fuerzas del alma, por la cual conoce y siente a Dios, debe evitar diligentemente la arrogancia en las buenas obras, para no perder por ella las recompensas de la bienaventuranza eterna. Pues así como el hombre si recibe los alimentos en exceso o menos de lo necesario, su carne se debilita, así también el alma se agota por la arrogancia del orgullo y por la excesiva abstinencia que es sin discreción. El alma, que vivifica el cuerpo y que entiende a Dios en la Trinidad de la unidad, es un espíritu humilde, y muestra su humildad en la infancia del hombre, que aún no tiene orgullo ni odio en el gusto de los pecados. En lo cual también se regocija hasta que el mismo hombre es movido a pecar por los deseos de la carne, por los cuales ella siempre se lamenta con dolor. Pues no puede obrar plenamente según el deseo de su naturaleza en el vaso de barro del cuerpo, ya que la carne busca el exilio y la misma vida, pero aflige al cuerpo, que al pecar a menudo la aflige, proponiéndole los pecados inmundos y fétidos con dolor, y haciéndole reconocer los mismos pecados en tristeza. Pues el estómago que recibe los alimentos, que luego expulsa en fetidez,

significa al hombre que se deleita en los pecados y luego se convierte en molestia de los pecados por la penitencia.

Que así como el ombligo es la fortaleza de todos los interiores que se le adhieren y el ámbito de la tierra es el receptáculo de las demás criaturas, así también todo lo que se realiza a través del cuerpo y el alma, ya sea bueno o malo, se refiere al alma misma, y que hay una gran diferencia entre aquellos que pecan por arrogancia y aquellos que pecan por negligencia.

LXXVI. Y al ombligo se adhieren todos los interiores del vientre, así como las demás criaturas se refieren al ámbito de la tierra, porque el ombligo es la fortaleza del vientre, así como el ámbito de la tierra es el receptáculo de las demás criaturas, esto significa que el alma, que es mediadora de todas las obras del hombre, se regocija confesando no en sí misma, sino en Dios en las obras santas y buenas, y se entristece avergonzándose en los pecados en los que sabe que su vaso está implicado, por cuya tristeza aflige al mismo vaso, es decir, al cuerpo, como con un aguijón, por lo cual el hombre, obligado dentro de sí, dice: «¿Por qué, alma mía, me entristeces tanto por los pecados en los que nací y de los que no puedo contenerme, cuando confío en enmendarlos antes de mi fin?» Así también el hombre consolándose en los pecados, se regocija en ellos como en el sonido de los que banquetean. Por lo cual el alma, de cuya naturaleza no procede esta consolación, se llena de tristeza, ya que ella es vida y procede de la racionalidad divina, que mueve al hombre, que es toda criatura. Pues Dios, que de la naturaleza más vil del hombre tejó la túnica de su humanidad de la carne virginal de María Virgen, ama mucho la humildad, por la cual superó el orgullo y la maldad del diablo. El alma, de hecho, sostiene al hombre en el bien y en el mal como una columna sostiene una casa, porque cuando él huye de Dios por la arrogancia de la santidad, entiende que se ha hecho odioso a Dios y a los hombres por ella, y ella, afligiéndolo de esta manera, no le permite tener alegría. Muchos, de hecho, perecen por la arrogancia de la santidad, y muchos pierden las recompensas de sus trabajos, de modo que al final apenas pueden salvarse suspirando hacia Dios. Pero aquellos que han pecado por negligencia de la santidad y por deseos carnales sin orgullo, Dios les perdona muchos pecados cuando suspiran por ellos en penitencia, y muchos de ellos se convertirán después en santos y columnas de la Jerusalén celestial. Pues así como el ombligo es la fortaleza de todos los interiores que se le adhieren, así todas las obras, ya sean buenas o malas, se refieren al alma, porque ella es la fortaleza de todas ellas.

Que el ombligo también se compare a la tierra que emite inmundicias fangosas y acuosas en los pantanos, porque el calor, el frío y la humedad digieren el alimento y la bebida cocidos bajo él hacia las partes inferiores; y que de manera similar el alma, superada por los placeres de la carne e involucrada en obras sucias, será llevada a lugares inferiores y penales, a menos que sea purificada por los suspiros de la penitencia.

LXXVII. El ombligo también, con las venas carnales del corazón, el hígado y los pulmones, y de todas las vísceras, se levanta en ayuda de la nutrición del hombre, que todo el aliento del alma mueve, así como el aire conforta todas las fuerzas de la tierra soplando. El mismo ombligo se extiende hasta el final de los lomos como la tierra que siempre emite ciertas inmundicias fangosas y acuosas en los pantanos, y, porque el calor, el frío y la humedad del hombre, por los cuales se rige, laten en el ombligo, y el alimento y la bebida, por los cuales el hombre se nutre en carne y sangre, fluyen allí hacia las partes inferiores, como el lodo se expulsan. Pues el hombre, que obra con todas las criaturas según Dios a través de las fuerzas del alma, también existe según la naturaleza de la tierra, cuya parte es blanda y otra dura, siendo duro y blando, en cuya blandura el alma se entristece por el gusto de la carne, cuando el mismo hombre, superado por ella, no le consiente. Pues así como el aire conforta a todas

las criaturas para crecer, y como el ombligo se levanta con las venas carnales en ayuda de los alimentos, así el alma atraviesa, contiene y perfecciona todas las obras del hombre con sus fuerzas. Ella también se cubre con las obras del cuerpo, como el gusano con su tabernáculo que hace de lodo; y así como el lodo se mueve por gusanos que a veces no se ven, así el hombre es movido a obras sucias por el alma invisible. Y aunque ella atrae hacia sí todas las obras del hombre, como el anzuelo al pez, sin embargo, es tan superada por el cuerpo que de ningún modo puede resistirle. También por los pecados que se ve obligada a obrar a través del cuerpo, se reconoce a sí misma como merecedora de castigo y de ser llevada a tormentos judiciales, ya que todo parece estar escrito en ella. Por lo tanto, mientras permanezca en el cuerpo, emite suspiros de dolor, porque así como el ombligo se extiende hasta los lomos, así los pecados se extienden en ella; y también cuando se emiten en penas, como el alimento del hombre se emite en el lodo, y como la tierra emite inmundicias fangosas.

Porque así como la tierra y el hombre, aquella reverdece y florece en verano, este en la juventud, y de nuevo aquella se marchita y decae en invierno, este en la vejez, así también el alma permaneciendo en el cuerpo, y obligándolo a servirle, ascendiendo de virtud en virtud en las buenas obras y en los ejemplos del Hijo de Dios reverdece, y luego, extraída del cuerpo, adornada como con piedras preciosas, y esperando ansiosamente la recepción del cuerpo en el que trabajó, descansa ante Dios.

LXXVIII. Y el hombre en la infancia y en la juventud florece y se perfecciona, y posteriormente, a través de la vejez, se inclina hacia la aridez, así como la tierra en verano se adorna floreciendo con verdor, y luego en invierno se torna pálida por el frío. Pues cuando el alma ha superado su cuerpo de tal manera que con corazón sencillo consiente en buena voluntad, y se deleita en las buenas obras como en el más dulce alimento, ese hombre en el deseo celestial dice: «¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras de justicia, que son mucho más dulces que la miel a mi boca!» y así vive con la simplicidad infantil sin el gusto de la carne en inocencia. El alma, sin embargo, imbuje a este hombre con sus deseos hasta que, ascendiendo de virtud en virtud, florece en las buenas obras y ejemplos que el Hijo de Dios dejó a los hombres, porque se regocija y se adorna en Él, impoluta por la lividez de los pecados. Y así como en el frío del invierno el verdor, la floración y la madurez de todos los frutos desaparecen, así el hombre por la muerte falla en todas las buenas y malas obras. Pero el hombre que en la infancia, en la juventud y en la vejez ha completado felizmente buenas obras, su alma asciende ante Dios con esas mismas obras, luminosa y adornada como con piedras preciosas, y el cuerpo, que trabajó a través de ella, apenas espera habitar juntos en una morada gozosa.

Qué significan la fortaleza o la petulancia de los riñones, y la fertilidad de la tierra, que moderada produce frutos abundantes, e immoderada frutos vanos en los diversos afectos del alma.

LXXIX. En los riñones, donde se difunden tanto la fortaleza como la petulancia resbaladiza, se nota la fertilidad de la tierra, porque así como en ellos a veces surgen las fuerzas del hombre, y a veces también lo que es incongruente, así también la fertilidad moderada de la tierra produce abundancia de frutos, pero la immoderada produce frutos vanos, aunque parezcan muchos. Pues el hombre realiza todo lo que opera bajo el círculo del sol y la luna en los tiempos de los meses, a través de las fuerzas del alma en sabiduría, en ciencia y en discreción; también a través de ella, porque es ígnea y aérea, según la luna que crece y decrece, hace el bien y el mal. A través de las fuerzas de esa misma alma, que es por el entendimiento del bien celestial, el hombre piensa y opera, y discierne con la diferencia de la

racionalidad los tiempos de los tiempos, y los elementos con los que hace el bien y el mal, y nombra todo lo que conoce. Y así como en los riñones la fortaleza de la probidad y la debilidad, la prosperidad y la inutilidad están ocultas, y como la tierra a través del sol, la luna y el aire, germina todo lo útil e inútil por lo que el hombre vive, así esa fortaleza está en el alma para que el hombre opere lo bueno y lo malo, lo útil y lo inútil a través de sus fuerzas.

Que la tierra está situada en medio del aire, defendida contra las tempestades por montañas y colinas, en parte cálidas o frías, en parte templadas por el calor y el frío, como una ciudad fortificada con torres y baluartes; y que de esta manera el alma se adorna y defiende en el múltiple conflicto que ejerce contra los deseos de la carne con la protección de las obras santas.

LXXX. Pues la tierra está en medio del aire como un panal en medio de la miel, elevada por diversas colinas, de modo que en una parte tiene colinas inhabitables por el excesivo calor, en otra por el excesivo frío, y en otra parte colinas templadas por el calor y el frío. Está firmada por las colinas, como una ciudad con torres y baluartes. Las colinas cubren los valles, y las montañas defienden la tierra contra varias tempestades; por lo tanto, ella misma está rodeada y firmada por montañas y colinas como por un muro. Esto designa que el alma, que por mandato de Dios está toda infundida en el cuerpo, en él se reconoce operando obras celestiales y terrenales con toda criatura. También entiende que Dios, que juzga todas las malas obras en las buenas obras del hombre, es alabado por todos sus ángeles y santos, porque Él, siendo rey e imperador de todos en los cielos y libertador en los infiernos, liberó al hombre asumiendo la mortalidad de la carne, y que Él, Dios admirable, opera muchos milagros en sus santos. Pues cuando el hombre ha pecado según el gusto de su carne, a menudo es llamado de nuevo a la penitencia por el alma: pero quien nunca cesando de pecar ha superado al alma, en él el alma llora con voz lamentable, porque el hambre de su naturaleza nunca se sacia, mientras apenas puede tener alguna esperanza de salvación en Dios. Pero la gracia de Dios hace que ese mismo hombre reconozca finalmente sus pecados en amarga penitencia, lo fortalece para abandonar el mundo, por lo cual el alma se alegra mucho; y así las obras del hombre se asemejan a la tierra, que el aire sostiene por encima y por debajo por todas partes, y el alma con el cuerpo es como el aire con la tierra, y como un panal en medio de la miel. Pues así como la tierra tiene colinas habitables templadas por el calor y el frío; y algunas intemperadas e inhabitables, así también el hombre realiza buenas obras por las cuales es conducido a la patria celestial, y malas por las cuales es conducido a lugares de castigo. Pero cuando ella ha vencido la voluntad de la carne, se deleita en las buenas obras por su naturaleza porque es espíritu, y sirve a Dios en el amor de la fe como los ángeles que ven su rostro. También incita al cuerpo, al que los deseos de la carne son contrarios, a las buenas y santas obras; y cuando lo ha vencido en las más fuertes batallas de las buenas obras, se adorna y se fortalece con esas mismas buenas obras como una ciudad con torres y baluartes. Pues ella es humilde, y por la vilísima naturaleza de la carne que la oprime tiene una voz lamentable, por la cual nunca permite que el hombre, que levanta su cuello en soberbia, tenga pleno gozo. Quien también por la naturaleza de esa misma alma no puede alegrarse en la penitencia de sus pecados debido a la molestia de los mismos, y así el alma en la verdadera ascensión de la humildad constriñe al hombre para que no pueda vagar en los vanos caminos de la soberbia. Pues el alma que asciende por la escalera de la humildad al alto monte, que es la morada de la Jerusalén celestial, siempre advierte al hombre que se aparte de la soberbia y se incline hacia la humildad, para que no sea sumergido por el engaño de la antigua serpiente, porque así como los valles son defendidos de la lluvia incongruente por las colinas, así los hombres son defendidos de los males por la humildad. Y así como la tierra es defendida de varias tempestades por las montañas y colinas, con las que está defendida y

firmada como por un muro, así el alma por las santas obras que están fortificadas por la humildad como por un muro, llegará a la patria celestial de la confusión del diablo.

Porque así como la tierra está situada de tal manera que es templada por el sol por todas partes, así también el alma sujeta a Dios debe ser iluminada por la luz de la sabiduría con la virtud de la discreción.

LXXXI. Pues la tierra está situada de tal manera en el curso del sol que es templada por él en todo su lugar. Así también el alma, que está templada con sabiduría, imbuye al hombre con las gotas del manantial que es Dios, para que camine en las plazas de la discreción y del deseo de los santos, conociendo a Dios, y por amor a Él abandone el gusto de sus pecados. Pero el hombre que opera según los deseos del alma, es iluminado por ella con las santas obras, así como la tierra en todos sus oficios por el sol.

Porque el hombre hecho a semejanza de la tierra tiene huesos sin médula como piedras, y huesos con médula como árboles; y que según la calidad de sus costumbres, recibe por significación o la dureza de las piedras, o la amenidad de un jardín florido o un huerto fructífero.

LXXXII. La tierra también está firmada con piedras y árboles, y según ella el hombre fue hecho, porque su carne es como la tierra; sus huesos sin el jugo de la médula son como piedras; los huesos con médula son como árboles. Por lo tanto, el hombre compone su edificio según sí mismo de tierra, piedras y maderas. El alma, a la que los deseos de la carne son contrarios y que es el firmamento de todo el cuerpo, infundiéndolo con sus fuerzas, opera y perfecciona todas las obras con el hombre, y el mismo hombre se convierte en un jardín florido, en el que el Señor se deleita con sus ojos según el deseo del alma, operando; pero cuando opera según la voluntad de la carne, no brilla ante los ojos de Dios como el sol cuando sufre un eclipse. Pues el hombre que ha hecho buenas obras se asemeja a un huerto lleno de todos los buenos frutos, como la tierra que está firmada y adornada con piedras y árboles; pero cuando ha perpetrado malas obras por la dureza de los pecados, es infructuoso ante Dios como la tierra dura que está sin fruto. Pues la carne del hombre significa la buena ciencia, que tiene la suavidad fructífera, y los huesos la mala ciencia, que se endurece contra Dios; los huesos que están sin médula en él designan sus malas obras. El alma, sin embargo, operando según Dios en el hombre, es, porque así como Él constituyó el cielo en pleno gozo para los celestiales, y dio la tierra a los hombres para habitar, así el alma en gozo con el hombre opera las buenas obras, que son celestiales, y en la queja de la tristeza las malas obras, que son terrenales. La ciencia del bien y del mal son las entrañas del alma, con las que enseña al hombre la humildad, que es la materia de todas las virtudes, y que constriñe al hombre en sus fuerzas en los pecados de tal manera que nunca puede perfeccionarlos en gozo. Y así como el hombre prevé todos los edificios de la casa que quiere construir según su voluntad, así ella dispone todas las obras en el hombre según lo que puede.

Asimismo, que así como el aire sostiene y contiene la tierra situada en medio de sí con medida igual por todas partes, así el cuerpo y el alma unidos por Dios, aunque difieran mucho en naturaleza, deben sostenerse e instruirse mutuamente pacientemente en el cumplimiento de los preceptos de su Creador.

LXXXIII. En medio del aire también está situada la tierra, de tal manera que el aire está con medida igual sobre la tierra, y bajo la tierra, y en cada parte de la tierra. El alma, que es un aliento viviente enviado por Dios al cuerpo, instruye al hombre para que obedezca con paciencia los preceptos de Dios en esta vida laboriosa; en la cual habita y permanece en tanta

disociación como el cielo y la tierra distan, para que quien no puede comprender plenamente con su ciencia lo que él mismo es, en el trabajo de su lucha con paciencia y obediencia mirando hacia su Creador. Pues así como el aire está en medio de la tierra sosteniéndola y conteniéndola, así el alma habita en medio del cuerpo, sosteniéndolo todo, y opera en él según lo que le pide.

Que la vejiga, que recibe y emite la bebida, muestra el curso de los ríos que se difunden por la tierra; y que de esta manera el alma victoriosa de la carne debe irrigar su cuerpo recibiendo los bienes de los preceptos de Dios como corrientes, emitiendo los males, con el versículo del salmo CXVIII apropiado para esto como testimonio.

LXXXIV. Pero la vejiga del hombre muestra la inundación de los ríos que se difunden aquí y allá por la tierra, porque así como ella recibe y emite las corrientes del vientre, así también los ríos ahora crecen, ahora decrecen, e irrigan toda la tierra. El alma, a la que la naturaleza de la carne y la sangre es contraria, enseña al hombre a abstenerse de pensamientos inquietos, y a no desesperar de la gracia de Dios por sus pecados, sino a postrarse en verdadera humildad a los pies del Señor por ellos, para que el Dios omnipotente se digne misericordiosamente perdonarle sus pecados en amarga penitencia. Pues cuando ella ha superado al hombre en su humilde naturaleza de tal manera que le consiente en todo, atraviesa victoriosamente el cielo diciendo así: «He deseado tu salvación, Señor, y tu ley es mi meditación (Salmo CXVIII).» Lo cual se entiende así: Yo en mi carne, que por sí misma no consiente en tus preceptos en el bien, te he deseado y entendido, y por la fuerza de tu salvación me infundía como agua veloz, para que en medio de mis fuerzas y en medio de mi corazón, meditara tus mandamientos contra la voluntad de esa misma carne. Y así como el molino tritura los granos para comer por las aguas, así yo, que soy un torrente de agua en el cuerpo, observo diligentemente todos tus preceptos buscando por mi naturaleza. Pues así como la vejiga del hombre recibe y emite la humedad acuosa del cuerpo, y como los ríos creciendo y decreciendo perfunden toda la tierra, así el alma victoriosa rige todo el cuerpo, recibiendo el bien y emitiendo el mal, con los preceptos de Dios, cuyas fuerzas crecen en los bienes y decrecen en los males.

Que de los lugares del cuerpo por donde se hace la digestión de los alimentos y bebidas, se designan los cursos secretos y subterráneos de los ríos, y la queja del alma contaminada por obras lodosas y fétidas, y que respira hacia Dios por la esperanza de la penitencia y la pasión de Cristo, con el versículo del salmo XLI apropiado para esto como testimonio.

LXXXV. En los lugares donde se emite la digestión de los alimentos y bebidas, se designan los cursos secretos y subterráneos de los ríos mencionados, porque así como la digestión no puede permanecer en el cuerpo del hombre, sino que aparece expulsada, así también esos cursos expulsan los ríos y los llevan a una manifestación abierta. Pero cuando el alma está oculta por los pecados lodosos de la luz, no puede abstenerse de decir con voz lamentable: «¡Ay, ay, yo infeliz que soy un aliento viviente, estoy tan envuelta en el hedor de los pecados, que no puedo mirar al cielo con ninguna alegría. Ay, ¿de dónde vengo, o adónde voy, y de qué me sirven todos los bienes que Dios creó, cuando me hundo en el infierno?» Pero después, volviendo en sí, dice de nuevo: «Confío en mi Dios, porque en verdadera penitencia por su misericordia puedo ser liberada de los tormentos infernales que he merecido. Y así, consolada y fortalecida por la gracia de Dios, dice de nuevo: «¿Por qué te abates, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios, porque aún le alabaré, salvación de mi rostro y mi Dios (Salmo XLI).» Lo cual se entiende así: Cuando el hombre, obligado por la naturaleza del alma, ha pensado en enmendar sus pecados, en el gozo que le ha infundido de los riachuelos de agua viva dice: «¿Por qué me abato y me perturbo tanto en mi alma, cuando

por la gracia de Dios puedo borrar las heridas de mis pecados con suspiros y lágrimas, que confío en ser liberada por las heridas de mi Señor, que soportó clavos y lanza por mis pecados?» Todas las malas obras las manifiesta después en amarga penitencia, así como también se emite la digestión de los alimentos y bebidas. Pero así como de las aguas subterráneas los ríos emergen sobre la tierra, así de estas cosas la mejor fama vuela sobre la tierra, porque quien estaba extinguido en pecados, se revela en buenas obras.

Que por la espalda y los costados del hombre se insinúa la llanura de la tierra, por los muslos y el lugar de asiento las colinas y la aspereza de esa misma tierra inferior dura e impenetrable, y que constriñe la parte superior, que es blanda; y que de manera similar la blandura de la carne debe ser restringida por las fuerzas del alma de los vicios, para que decorada con las perlas de las virtudes encienda a los santos ángeles a la admiración de sí misma y a la alabanza de Dios.

LXXXVI. La espalda y los costados del hombre demuestran la llanura de la tierra; el alma, que se llama espíritu operante, opera con el hombre las obras santas y las claras virtudes, por las cuales Dios es alabado por los espíritus angélicos; y ella es invisible al cuerpo, que gobierna en todo, así como Dios, que creó toda la tierra, es invisible al hombre. Y así como el hombre opera poderosamente con la espalda y el costado, así también el alma con el cuerpo perfecciona todas sus obras. En los muslos y en el lugar de asiento se muestran las colinas y la aspereza de la mencionada tierra dura e impenetrable, porque así como los muslos se adhieren a los lomos y al vientre, y llevan al hombre, y como el lugar de asiento retiene al hombre, así también esta parte inferior e impenetrable de la tierra está unida a la parte superior tierna y blanda de ella, y la retiene con su fortaleza como el acero para que no se disuelva. Pues así como el hombre gobierna toda la tierra con sus artes, y la revuelve con el arado a veces más profundamente, a veces más ligeramente, así el alma con sus fuerzas y virtudes atraviesa y revuelve el cuerpo según el gusto de la carne, y con las más fuertes fuerzas de esa misma alma el hombre realiza pecados graves y criminales, pero los más leves, que se hacen por pensamientos sin obra, se perfeccionan solo por el alma. Pues el diablo, por el odio que tiene a su Señor, sugiere al hombre la delectación, de la cual el humo asciende en su cuerpo cada vez que el hombre se enoja, porque el hombre nunca se enojaría si careciera de la delectación de la carne. El alma, que es vida inmortal, en cuya partida el cuerpo muere, perfecciona todas las obras según los deseos del cuerpo, así como el viento aéreo hace germinar toda la tierra, y ella misma operando en el cuerpo, como un torrente de agua fluyendo, nunca cesa. Todos los ángeles se maravillan sobre ese hombre que se viste con obras santas como con la vestidura más elegante, porque también tendrá sociedad con ellos alabando a Dios; y el alma sostiene todas sus obras, así como los muslos y el lugar de asiento sostienen a todo el hombre. Y así como la tierra áspera y aguda lleva la parte blanda de la tierra y los ríos, así las fuerzas del alma contienen a todo el hombre, que le sirven adhiriéndose a él como los muslos con los lomos al vientre. Ella también con sus fuerzas rodea al hombre con buenas obras y varias virtudes como con bayas y perlas. Por lo cual Juan dice:

Palabras del santo apóstol Juan en su Apocalipsis contemplando y describiendo la belleza de la esposa de Cristo, es decir, del alma santa, y David en el Salmo proclamando la excelencia del hombre.

LXXXVII. «Vidi Jerusalén descender del cielo, adornada como una esposa para su esposo (Apoc. XXI).» Esto se entiende así: Esta esposa designa el alma santa y adornada, que está unida a Cristo en la dote de su sangre, y mira hacia él como la esposa hacia el esposo, porque

el mismo Hijo de Dios descendió del cielo al vientre de la Virgen, en el cual edificó la nueva y santa ciudad de Jerusalén. Los ángeles, que siempre contemplan el rostro de Dios, se maravillan de las obras de los santos, que brillan con innumerables ornamentos ante el rostro de Dios, y al ascender a la Jerusalén celestial siempre edifican nuevas moradas, y también resplandecen ante ellos como escritura dorada. Por eso suenan en el sonido del salterio, la cítara y la voz de todas las alabanzas. Dios creó al hombre para que realizara obras luminosas que brillaran en el cielo, de modo que los ángeles se maravillaran de las obras de ese mismo hombre, como también del rostro de Dios. Por eso también está escrito: «Lo hiciste un poco menor que los ángeles; lo coronaste de gloria y honor, y lo pusiste sobre las obras de tus manos (Salmo VIII).» Esto se entiende así: Dios está siempre presente para los ángeles, que son su alabanza, por eso es visto y conocido por ellos, mientras que el hombre, que es su obra con el alma, lo ve en la fe y no en la divinidad; a quien Dios glorifica, honra y adorna mucho, porque lo creó para la obediencia a sus mandamientos, y lo puso sobre todas las obras que había hecho.

Asimismo, sobre la comparación de la tierra dura y blanda, ya sea por calor o frío inhabitable, y de dónde provienen los terremotos, y que la misma tierra, si no fuera como de hierro debajo, se rompería por el excesivo calor del sol al amanecer y por el excesivo frío al atardecer, y sobre la variada lucha de la carne y el alma según lo expuesto anteriormente.

LXXXVIII. Pues a la parte blanda de la tierra está sujeta otra parte dura y como de hierro, que en su dureza perdura como el acero, de modo que no puede ser rota ni ablandada por ninguna inundación de aguas que concurran a su alrededor. El hombre también, cuando abraza el deleite de la carne, el alma en su naturaleza espiritual dice: «¡Ay del gusto blando de la carne, que yo aflijo y del que soy afligida!» Por eso el hombre en sus pecados pronto gime diciendo: «¡Ay de mí, que he nacido para tantos pecados que no puedo superar en mí!» Y tan pronto como el alma siente esta tristeza, atrae al hombre hacia sí castigándolo más que antes en sus pecados, y lo hace triste por sus pecados, porque las fuerzas del alma en él se han secado. Después, el hombre, actuando según la naturaleza del alma, la traiciona en la mortificación de los deseos carnales, para encontrarla en el deseo celestial. Así también el alma del hombre, en quien no encuentra endurecimiento del corazón, supera, como la tierra dura y casi de hierro sostiene la blanda en su poder; y el alma misma lo fortalece con la fortaleza de la fe como el acero, para que no desfallezca por los males circundantes de los pecados habituales. Esta parte de la tierra dura y como de hierro tiene colinas con rocas, y los ríos que fluyen divididos en cuatro partes en el oriente no pueden cortarla, pero a veces la mueven, sin embargo, no la hieren. Este movimiento se produce por el excesivo calor del sol desde esa parte del firmamento donde el sol asciende, y si la tierra debajo no fuera como de hierro o casi de acero, se rompería completamente por el excesivo calor. También se rompería por el excesivo frío desde la otra parte del firmamento donde el sol se pone. Pues estas partes de la tierra son inhabitables por el calor y el frío excesivos. Por lo tanto, el alma, que es de naturaleza humilde, siempre lucha contra la soberbia del hombre, y le dice: «¿Por qué asciendes a tal altura, como si te hubieras creado a ti mismo? Si deseas ser o actuar por ti mismo, caerás como el primer ángel.» Ella también conoce a Dios, de quien fue hecha esencia espiritual, y entiende que no hay nadie semejante a él, por eso odia la soberbia que es sin gozo, y que quiere ser por sí misma y no obedecer a nadie. Por eso también le dice a la mente soberbia de su cuerpo: «Todo lo que buscas es vano y engañoso, y lo que llamas honor, es blasfemia; y cuando piensas ascender sin la ayuda de Dios y de los hombres, caerás.» Pero el hombre a menudo suspira por la tristeza del alma, y al declinar de todas las obras de soberbia, asciende a la altura de las obras santas de humildad, por las cuales él mismo, en medio de los pecados, es sostenido y fortalecido como la tierra dura por colinas y

rocas. Y entonces el hombre realiza buenas y santas obras con los elementos de otra manera, como reviviendo, para que no sea condenado como por heridas de muerte, y sea ridiculizado ante Dios y los hombres, así como la misma tierra no se rompe por los cuatro ríos en sus fuerzas. Pero el alma, que es ventosa, mueve toda criatura a través del corazón y las venas en el hombre, mientras opera con él los pecados que le son molestos y contrarios; y a menudo lo hace llorar después del gozo de los pecados, y después de su seguridad lo convierte en gran confusión. El hombre también incurre muchas veces en gran debilidad, cuando no tiene lo que desea al completar el camino recto de todas sus entrañas; y así el alma es como una tormenta en el hombre, afligiéndolo con los pecados y también con el arrepentimiento; y tanto como ella dolió en los pecados, tanto lo hace doler en el arrepentimiento. El alma misma, en todo fervor de pecar y arrepentirse, sostiene al hombre como la tierra de hierro y acero sostiene la blanda, para que no desfallezca, porque ella es la fuerza vital del cuerpo, que nunca permite que opere sus pecados con gozo, y que en los pecados lo aflige tanto que apenas espera levantarse de ellos. Pero el alma lo despierta de nuevo por esto, y lo consuela para que confíe en ser liberado por la gracia de Dios, para que no caiga en la dispersión de la desesperación, lo que también significa la tierra que no se rompe por el excesivo frío del occidente. La tierra que es inhabitable por el excesivo frío y calor, designa que el hombre, que habita como peregrino en un pequeño lugar de tierra habitable por la expulsión de Adán, nunca puede tener seguridad entre las batallas y guerras de los pecados y el arrepentimiento, porque en el exilio lacrimoso no puede ver el pleno gozo de la patria celestial, sino que se dirige hacia allí desde lejos en la sombra de la fe. Por eso, cuando ve que no tiene seguridad, dice:

Palabras de David en el salmo CI lamentando la rapidez de sus días y su decadencia.

LXXXIX. «Mis días se han desvanecido como una sombra, y yo me he secado como la hierba.» Esto se entiende así: El hombre, por el pecado original, es ciego en lo que es pasado y futuro. Por eso los tiene en su conocimiento como una sombra. También, por el hecho de que no tiene seguridad, se seca como la hierba, cuando todas sus obras le son inciertas. Todos los días del hombre, al desvanecerse, son llevados al olvido, pero la vida eterna es estable y nueva, como también el verano produce nuevos frutos cada año.

Que la tierra, en toda su superficie, es redonda, pero no plana, debido a las protuberancias de colinas y montañas que lleva por todas partes, significa la desigualdad de la conversación humana debido a las diversas luchas de virtudes y vicios que se llevan a cabo entre el alma y la carne.

XC. La tierra lleva montañas y colinas, y dentro de su redondez no es plana; pero sin embargo, el aire la toca por todas partes, y ella misma lleva montañas y colinas tanto arriba como abajo, como el ciervo lleva sus cuernos. El alma, que es el aliento de Dios, odia con molestia rechinante la avaricia, que es el cuello de la lujuria, porque el hombre, por estos dos vicios, no puede tener modales pacíficos y mansos ni en sí mismo ni hacia los demás. El alma también fue puesta en el cuerpo para que, en confusión del diablo, luchara contra su sugestión con el hombre, porque la lujuria surge en él por la misma sugestión de Leviatán, que quiere devorar todo el mundo, por la cual también, como el hombre avaro el dinero, desea contaminar y atraer las almas hacia sí. El hombre que es soberbio y avaro, al igual que la tierra cargada de montañas y colinas, no es plano, se pesa a sí mismo con la posibilidad de pecar, cuando, dejando el temor de Dios, como si no fuera a ser juzgado por él, actúa según los deseos de su corazón lo que quiera. Y así como el aire no sostiene la tierra, sino que la toca según la calidad de la tempestad, así él actúa injustamente excusando las obras de iniquidad según la vanidad de su corazón. Pero el alma, también con sus fuerzas, aflige a este

hombre haciéndolo suspirar a Dios por sus pecados, y derribando el monte de la soberbia en él, lo obliga a hacer sobre la tierra en humildad santa y buenas obras, quien antes había obrado pecados en la soberbia como bajo tierra. Ella también, en el poder de su conocimiento, obra el bien y el mal, y de la gran aflicción que tiene en el cuerpo por la soberbia dice: «¡Ay, ay, de dónde vengo, y qué hago ahora? con suspiros emito una voz lamentosa, que mezclo mi conocimiento con la podredumbre de los pecados.» Y así, llorando, obliga al hombre a adorar al Señor con estas palabras: «Ten piedad de mí, Señor, porque he contaminado mi alma con pecados, y sana las contriciones de las cicatrices de mis heridas, porque solo a ti he pecado. Oh Dios mío, enséñame más, más a obrar lo santo y bueno, con lo que mi alma, que mucho perturbé, sea sanada.» Después, el hombre se inclina completamente hacia Dios, y con el hambre de su alma disminuyendo, se alegra en el banquete del arrepentimiento.

Que así como la superficie inferior de la tierra repele las aguas que la golpean y rodean como si fuera de hierro, así también la fuerza del alma, como el acero que afila las demás herramientas, debe dominar y repeler el engaño y las insinuaciones del diablo.

XCI. Pues la superficie de la tierra debajo es redonda como arriba, y es como de hierro para las aguas que entran y fluyen alrededor. El alma, que se oculta en el cuerpo, y vuela en todos los sentidos del cuerpo pensando, hablando y actuando, opera con toda criatura en el hombre según estas cosas, mientras que otros espíritus son solo alabanza de Dios, y no operan. El hombre, de cuyas obras los ángeles se maravillan alabando a Dios, es celestial y terrenal, por lo que es alabado gloriosamente en el cielo, y llena toda la tierra actuando, y así la fuerza de su alma se asemeja a la redondez de la tierra, que circula en el cuerpo y en todas las obras del hombre, y también actúa según la naturaleza de la carne y según su propia naturaleza. La fuerza del alma es como el acero, por el cual todas las herramientas son afiladas y fortalecidas, porque ella supera luchando los deseos de la carne que entran en su naturaleza, para que el hombre no perezca, y para que no sea sofocada por el peso de los pecados, es una guerrera contra todo engaño del diablo.

Que las flexiones, tanto iguales como desiguales, que se encuentran en el hombre desde el muslo a través de la rodilla y el tobillo hasta el final de la mayor articulación del pie, y desde la muñeca hasta el extremo del dedo medio, significan las curvas y reflexiones de los océanos y ríos en el mundo, y en el hombre los impulsos y ardores de las pasiones, y las múltiples combinaciones de naturalezas, las oposiciones de carne y alma.

XCII. Desde las rodillas hasta el tobillo es la misma medida que desde el lugar de la evacuación o desde el muslo hasta la rodilla. Y en la medida de este miembro, es decir, lo que está desde la rodilla hasta el tobillo, se designa el océano, que abarca toda la tierra, porque así como las piernas se curvan hacia atrás, también estas aguas, abrazando toda la redondez de la tierra, no pasan su límite. Estas aguas tampoco se precipitan fuera de su curso, porque fluyen como en un surco y casi en canales, no exceden esos límites, y son iguales en profundidad a las aguas que están sobre el firmamento. Así también el alma, que está constituida en todos los miembros del hombre, se apresura a todos los deseos de la carne, como un fuelle se ve obligado a soplar, por lo que lamentándose le dice al mismo hombre: «¡Ay, ay, putrefacción cenicienta, por qué fui enviada alguna vez a ti por mi Dios, que me has envuelto en tus deseos, de modo que la sugestión diabólica me obliga a completar obras criminales contigo?» Entonces el hombre, aunque viva en el desenfreno de la fiesta de los pecados, por la queja del alma dentro de sí a menudo dice: «¡Ay de mí, por qué no puedo contenerme de los pecados! que reconozco que mis obras están contaminadas ante Dios y los hombres, y por qué no temo a mi Dios, que juzgando rechaza toda mancha de pecados como la maldad del diablo!»

Después de eso, el hombre en amarga penitencia se aparta de los pecados enumerándolos, y es llevado a la misma molestia en la que el alma estuvo mientras él pecaba, diciendo así: «¡Ay, ay, olvidé a mi Creador, cuando no me aparté del deseo de la carne en el conocimiento de mi racionalidad por temor y amor a él!» y así, postrándose en verdadera penitencia, clama a Dios orando así: «Oh Dios mío, ayúdame, y por tu sangre sácame de la profundidad de mis pecados, en los que estoy sumergido como en el infierno, y por tu gracia tráeme hacia ti, para que pueda levantarme a la salvación.» Y así, considerando cada uno de sus pecados en verdadera penitencia, los lava. La medida que existe desde el lugar de la evacuación o desde el muslo hasta la rodilla, significa cualquier deseo de lujuria en los lomos del hombre, y en el ombligo de la mujer se excita por la primera sugestión del diablo, cuando por el mal de la misma decepción, deseando y actuando por igual, completan los pecados de lujuria. Pero el hombre después es llevado por el alma al dolor y la molestia de esos mismos pecados, lo que también significa la medida que está desde las rodillas hasta el tobillo. El tobillo, de hecho, muestra el lugar de exilio en el que Adán fue puesto, que el hombre no puede olvidar en todas sus obras buenas y malas, porque en las malas obras recuerda la expulsión de Adán, y en las buenas obras recuerda cómo fue creado por Dios. Dios creó una morada para el alma racional en tal plenitud, para que en ella pudiera ejercer todas sus virtudes, como también el hombre construye una casa, para que en ella opere todo lo que desea; y como también los vientos fueron creados por Dios, para que a veces en alegría, de otra manera en peligro, pasen con su sople. Y así como el océano no excede el lugar en el que fluye, así el alma no deja este modo, sin que se regocije en las buenas obras y se entristezca en las malas. Pues cuando el hombre peca según los deseos de la carne, es como la noche oscura ante Dios; pero cuando actúa según la naturaleza del alma, brilla ante Dios y sus ángeles como la luz del día. Desde el tobillo hasta el final de la mayor articulación existe la misma medida que desde la unión de la mano hasta la cima del dedo que se llama medio, como se demuestra arriba. Los pies también demuestran los demás ríos, que dividiéndose por toda la tierra, la riegan por todas partes. Y así como los mismos pies se adhieren a las piernas, y como las manos a los brazos, así también estos ríos toman sus fuerzas del océano. Dios creó el elemento de la tierra, que germina por las fuerzas de los demás elementos, como también la mujer es fecunda por las fuerzas del hombre. El hombre, por lo tanto, divino por el alma, y terrenal por la tierra, es la obra completa de Dios; por eso también conoce las cosas terrenales, y en el espejo de la fe conoce las celestiales. Así como desde el tobillo hasta el final de la mayor articulación, y desde la unión de la mano hasta la cima del dedo medio existe una medida igual, así el alma, por la cual el hombre entiende que tiene a Dios, posee el cuerpo con una medida igual sin ningún defecto, y este lo sostiene con una medida igual, de modo que el alma no tiene ningún defecto en todas las obras que realiza con el cuerpo. Y así como la tierra germina cosas útiles e inútiles, así los pies llevan al hombre a obras útiles e inútiles; y así como todas las aguas fluyen del océano, así todas las obras del hombre se realizan por el cuerpo y el alma.

Asimismo, que en las flexiones de los hombros y brazos, manos, lomos, corvas y pies, en las que hay doce inflexiones mayores, se insinúan los soplos y espacios de los cuatro vientos principales y los ocho colaterales de ellos, y que estos mismos vientos se templan entre sí con calor, frío, sequedad y humedad.

XCIII. Pero en la corva de la pierna derecha, donde la pierna del hombre se curva, se demuestra el viento principal occidental; en el muslo y en el tobillo de la misma pierna se designan los soplos de los vientos colaterales de estos. En la corva de la pierna izquierda se nota el viento principal septentrional; pero en el muslo y en el tobillo de esta se muestran los vientos colaterales de este; en los lomos y en el pie de esa pierna se manifiestan los soplos de los mismos vientos colaterales. Así pues, Dios, como se ha dicho antes, ha señalado la

constitución de los vientos en el hombre, a saber, en la flexión de los brazos, en los omóplatos y en las manos, en las rodillas, también en los lomos y en los pies, en los cuales hay doce mayores inflexiones, así como también existen doce vientos. Las flexiones de los brazos con los miembros que les cuelgan designan el viento oriental y austral con sus colaterales, como se ha dicho antes; las rodillas con los miembros que les cuelgan demuestran el viento occidental y septentrional con sus colaterales; y así como estos miembros se adhieren a todo el cuerpo, también estos vientos con sus ministros asisten al firmamento. Uno también por el otro se templa con calor, frío, sequedad y humedad, y ejercen sus oficios adecuadamente, así como el hombre con sus brazos y manos realiza todo lo que dicta en su conocimiento. Y así como estos miembros se diferencian entre sí en igual medida, también los vientos están a igual distancia entre sí.

Especialmente sobre la peligrosa aspereza y el nocivo soplo del aquilón, que en verano a veces daña los frutos con su frío húmedo y seca los árboles, oscurece el sol y cambia el brillo de la luna a través de diversos calores.

XCIV. Pero entre estos, el aquilón muestra su aspereza y horror con frecuencia, cuando extiende su ala ventosa hacia la rueda del firmamento y contra el oriente, donde muchas veces mueve un humo terrible y nocivo, y emite en verano una humedad fría que daña el fruto de la tierra y seca los árboles. Cuando esto sucede, el mismo soplo horrible se agita con gran ferocidad y cubre la nube a través de la cual brilla la esfera del sol, de modo que a los hombres les parece que el sol ha desaparecido. Así también, el mismo soplo causa error bajo las nubes, de donde entonces se hacen tinieblas en la tierra. Pero esto no puede ser visto por los hombres, a menos que se prefiguren grandes portentos, ya que se mueven a través de estos elementos, como una mano puede doblarse por el brazo, señalar y realizar todo. Y el mismo soplo, debido a las obras contrarias de los hombres, juega muchas veces con la luna, de modo que a veces les aparece a ellos de color negro, a veces de hierro y a veces de color variado. Por lo tanto, su aspecto es entonces terrible para los hombres. El aquilón es peligroso en toda parte a la que se dirige, y nocivo para toda cosa sobre la que sopla, y perturba con su frialdad y aspereza el soplo cálido que vuela suavemente del sol con la humedad del rocío y completa toda la verdor y los frutos de los campos en la tierra, y evita la prosperidad de la utilidad. Sostiene a otros vientos, como un hombre que se apoya en una pared, y les sirve así, y todas las luminarias parecen más adornadas y hermosas en las criaturas a través de las tinieblas del aquilón, porque no hay luz en él. Y de esta manera también el brazo izquierdo sostiene al derecho y le sirve.

Cómo todas estas cosas que se han comprendido en los dos capítulos anteriores sobre las medidas o inflexiones de los miembros humanos o de los vientos, y también la sucesión del día y la noche y las horas, deben referirse al alma; y que Dios ha dotado al alma de cuatro fuerzas, que según el cuerpo tiene de los elementos, a saber, fuego, aire, agua y tierra, y según sí misma también de cuatro, como si fueran alas, para gobernarse a sí misma y a su cuerpo.

XCV. Todas estas cosas miran hacia el alma. El alma, que permanece en el cuerpo, en similitud de los vientos cuyo soplo no se ve pero se oye, por ser aérea, dilata su soplo, suspiro y pensamientos como el aire volando, y que también se asemeja al rocío por la humedad de la sabiduría, por la cual tiene buenas intenciones hacia Dios. Así como el esplendor del sol ilumina todo el mundo, y sin embargo no se disminuye en sí mismo, así ella está toda en la breve estatura del hombre; aunque por sus pensamientos vuela por todas partes, ascendiendo a las estrellas en la alabanza de Dios por las obras santas, y descendiendo a las tinieblas por las malas obras de los pecadores. Lo que también designa el sol, que con sus fuerzas brilla

sobre la tierra de día, y de noche bajo la tierra. Ella también asciende con buena intención, y descende con mala intención obrando perversamente, así como las piernas con las corvas se agitan arriba y abajo en diversos negocios. El viento occidental, que es algo temido, muestra la buena intención del hombre, que nunca debe estar sin temor, por el cual el hombre, mientras aún está en el hedor de los pecados, es sostenido como por la corva, cuyo tobillo y pie demuestran la voluntad y el deseo, por los cuales se completa la buena intención con las obras. Y así como los colaterales del viento occidental asisten en su oficio, así la voluntad y el deseo asisten a la obra. El colateral derecho del viento occidental designa que el hombre, como en la parte derecha del alma, consintiendo, vence los pecados en sí mismo; el izquierdo muestra que, superado por los pecados, vive en el olvido de Dios como en la parte izquierda. El aquilón, que con su soplo seca toda la verdor de la tierra, a lo que le ayudan sus vientos colaterales, muestra al hombre cumpliendo los deseos de la carne según la voluntad y el deleite de su corazón, por los cuales es privado de toda felicidad de los honores celestiales. Pero cuando el mismo hombre, como hombre, no consiente en el alma al perpetrar el mal en la parte izquierda, la fuerza de su racionalidad, como en la parte derecha, lo prohíbe, y sin embargo todas las obras buenas y malas se completan por ella, así como en verano se producen todos los frutos de la tierra. Dios también creó al alma sabia para gobernar su vaso, a saber, el cuerpo, con las cuatro fuerzas que tiene del fuego, del aire, del agua y de la tierra, con las cuales también completa todos los oficios del mismo cuerpo operando con él. Ella misma, antes de ser enviada al cuerpo, no ha obrado nada, así como tampoco obrará más cuando lo haya despojado. En las flexiones de los miembros del hombre, Dios ha señalado los cuatro vientos con sus colaterales, en los hombros, en los codos, en las manos y en los lomos, en las rodillas y en los pies, de los cuales uno, a saber, el viento oriental, está unido a la fortaleza de la aurora, que tiene el rocío de la frialdad de la noche, que envía sobre la tierra. En la mañana la aurora brilla, en la primera hora el sol ilumina el día, en la tierra comienza a arder, y en la sexta hora alcanza la plenitud del ardor. Por lo cual se designa que el hombre primero suspira por la buena intención, luego llora, después de las lágrimas comienza las buenas obras, que después completa con gran esfuerzo de buena intención. El hombre que arde fuertemente en la santa conversación de las buenas obras, es como el austro, que primero por los suspiros y la buena intención comenzó a vivir santamente como en el oriente; pero después, como en el occidente, cesan las inquietas guerras con las que el alma dominaba el cuerpo, así como el calor del sol, que comienza en el oriente, y arde plenamente en el austro, se enfría en el occidente. Así como el oriente y el austro se unen en el calor del día, así el alma une virtud a virtud, y completa todas las buenas obras como la mano con los brazos. Pero el sol, al terminar el día, descende en el occidente, así como las rodillas de los hombres con los pies corren sobre la tierra. Al atardecer también la alegría del día se convierte en tedio, y el hombre no se alegra entonces en la luz del día, sino que tiene tedio durmiendo. Esto es lo que el hombre, obrando según el gusto de la carne y ocupado en obras carnales, olvidando los bienes celestiales, se hace nocturno; pero cuando obra las santas virtudes por el alma en el fuego del Espíritu Santo, se enfría en el amor de Cristo de la concupiscencia de la carne. El alma racional, al multiplicar palabras con sonido, como el árbol multiplica ramas, y de ella proceden todas las fuerzas del hombre como ramas del árbol, y sus obras, cualesquiera que sean, que obra con el hombre, se conocen como los frutos del árbol. Ella tiene cuatro alas, a saber, sentido y ciencia, voluntad e intelecto. Por el ala del sentido se siente herida, y declina lo que la carne ama, porque siempre es un soplo móvil; por el ala de la ciencia el cuerpo tiene el deseo de obrar, porque se reconoce vivir por el alma; por el ala de la voluntad el alma desea obrar con el cuerpo, porque ve lo hecho; pero por el ala del intelecto conoce el fruto de cada obra, ya sea útil o inútil, porque ella permanece en vida infinita. Por estas cuatro alas, teniendo ojos delante y detrás con la ciencia del bien y del mal, vuela como un ave, por la buena ciencia, como delante con buenas obras; por la mala, como detrás con malas obras.

También sobre la creación del aquilón, y cómo lo que se ha dicho especialmente sobre su aspereza y las lesiones que causa exteriormente en las criaturas, debe entenderse sobre las sugerencias de los vicios, con las que el alma y el cuerpo son interiormente irritados por el diablo.

XCVI. Pues cuando el aquilón levanta su soplo horriblemente, el viento oriental le resiste, y el occidental lo prohíbe, para que no pueda soplar sobre él; pero el austro, que es más fuerte que estos dos, también le repugna, para que no emita su soplo sobre él. Así también todos los vientos desde el nacimiento del sol hasta su ocaso resisten al aquilón, al que la luz del sol ni toca ni ilumina. El aquilón es peor que los otros vientos, porque en la caída del diablo, cuando Dios lo arrojó al lago de las tinieblas exteriores, donde permanece en tinieblas sin ninguna luz, se hizo tenebroso. Desde que Adán cayó, los espíritus malignos emiten su soplo de las tinieblas en las que están, impulsando a los hombres al error en todo el mundo, y lo hacen con la misma malicia con la que contradijeron a la verdadera luz. Pero Dios no permite que aparezcan a los hombres que están bajo el sol en la forma horrible en que son, sino que les aparecen engañándolos según su intención y costumbres en toda forma de criaturas, y apartándolos de las buenas obras tanto como pueden. El aquilón, que daña a los hombres y a los frutos de la tierra, y que con sus alas emite en el calor del verano un frío contrario contra el oriente y el occidente, por lo cual seca los frutos de la tierra, es semejante a la tenebrosidad y malicia de los espíritus aéreos, porque estos pésimos espíritus hacen frío el calor del fuego del Espíritu Santo en los hombres por el olvido de Dios. El alma, que es superada por el conflicto del cuerpo, de modo que consintiendo en los deseos de la carne, se envuelve como un gusano en su morada, manchada por la espuma de la serpiente con pecados, no recuerda que es un soplo de Dios. Pero ella, no permaneciendo mucho en esto, sino suspirando y gimiendo por el abrazo de los pecados, a los que casi aspiraba como grandes delicias, y teniendo sus pecados no en delicias como antes, sino en molestia, y casi riñendo contra sí misma, después se aplica a las buenas obras. Pero cuando el hombre se ha vendido a sí mismo en mala ciencia, y por el fervor de la lujuria llevando a Dios al olvido ha mirado al consejo de la serpiente, esa misma lujuria arde más fervientemente en él por el soplo del arte diabólico, y lo engaña diciéndole: «¿Cómo podrías contenerte, para que tu carne no se agitara por el deleite, siendo hombre, y de nuevo puedes hacerte puro arrepintiéndote?» Así este hombre, en similitud del viento que hace su horror bajo las nubes, obnubilado por la burla de una mente errante en su ciencia, duerme en las tinieblas del olvido de Dios con pecados criminales. Y cuando de esta manera ha dormido en sus pecados olvidando a Dios, es tenido como los peores y más horribles gusanos que los hombres huyen, en la ciencia de aquellos hombres que ven a Dios viviendo justamente. De donde también dicen de él: «¿Qué clase de hombre es este, que viviendo en tanta inmundicia no recuerda que es hombre?» y así lo huyen como un signo mortífero, considerándose a sí mismos, y señalando todas sus obras con el temor de Dios, por el terror que conocieron en ese hombre, para no hacerse semejantes a él. Esto también lo hacen en similitud de aquellos signos que prefiguran calamidades e inutilidades. Y así como la mano señala todo a través del brazo, y como los portentos se prefiguran en el movimiento de los elementos, así el hombre obra considerando lo útil e inútil en sí mismo a través del alma. La diversidad del aquilón significa la inestabilidad de las mentes de aquellos hombres que, previendo cada cosa según su voluntad, la consideran conveniente, confiando en sí mismos y no en Dios; por lo cual son semejantes a la nube espesa a través de la cual el resplandor del sol nunca se ve perfectamente, eligiendo y constituyendo todo lo que es contrario a su Creador, y atesorando. De donde también son molestos a los hombres en la negrura de la maldad. Así como la luna aparece distinguida por varios colores, así ellos, convertidos en dureza de hierro por la duplicidad del engaño, a veces

se muestran suaves y útiles a los hombres sin verdadera fe, y ellos mismos, engañados por el arte diabólico, se convierten en confusión ante Dios y los hombres por sus obras odiosas y maliciosas. El mismo aquilón es peligroso en parte, y carece de toda utilidad, porque ha recibido al malicioso que contradice a Dios, por el juicio del juez justísimo. Él también designa la ira ardiente en la que por la sugerencia del diablo se derrama la sangre del hombre, y también al hombre, que en el odio de su ira con su malicia mata, en cuanto puede, a aquel a quien el Espíritu Santo ha inspirado, cuando nunca puede alabarlos en el dulce sonido del amor. El mismo hombre en su malicia vierte agua de deshonestidad sobre aquel a quien ha visto infundido de sabiduría, y lo persigue por todas partes destruyéndolo tanto como puede; y al hombre que tiene caridad lo despoja de todo honor, en cuanto puede, por palabras de mentira, y destruye la paz con palabras de aspereza y perfidia en todo lo que puede. El aquilón, que está alienado de Dios, recibe todos los vicios de los hombres, para que sean atormentados en él, porque así como la cebada se separa del trigo, así él, separado de toda utilidad y bienaventuranza y santidad, sostiene todas las virtudes que proceden por la inspiración del Espíritu Santo, y que por él se hacen más adornadas y luminosas, como una pared sostiene al hombre que se apoya en ella. A través de sus tinieblas se conocen todas las cosas luminosas que se adhieren a la armonía celestial, y que el Hijo del Hombre sembró en la naturaleza virginal; y así como la sugerencia del diablo seduce a los hombres, así también el soplo del aquilón es nocivo para el hombre. Cuando también el hombre que ha obrado iniquidades y pecados como en la parte izquierda susurrando con el diablo, por penitencia y conversión los recuerda como en la parte derecha, y por la recordación de sus pecados se hace más fuerte y santo en las buenas obras, como la izquierda sirve a la derecha.

Razón por la cual Dios, al levantar o erigir a Adán de la tierra, lo colocó primero de tal manera que tuviera el oriente en su rostro, el austro a su derecha y el aquilón a su izquierda; y que en la breve y pequeña estatura de él reunió el inmenso instrumento de todo el mundo, y sometió todas las criaturas a la dominación y fuerzas de sus sentidos.

XCVII. Dios volvió el rostro del justo germen, a saber, Adán, hacia el oriente, cuando lo levantó y erigió, y en su derecha señaló la parte austral de la bienaventuranza, y en su izquierda las tinieblas exteriores, que se llaman aquilón. También le infundió las fuerzas de los elementos y de las demás criaturas, para que obrara con ellas contra el aquilón, que es la morada de los ángeles perdidos, que se separaron de él, porque en la propiedad de su voluntad, negándolo, no quisieron ser Dios. Por lo cual también Dios quiere que el hombre repudie al aquilón por la parte izquierda, y lo arroje hacia atrás, y no mire hacia él con ninguna imitación, así como de ninguna manera puede ver su espalda con su rostro, y que con todas las fuerzas de la criatura luche contra la serpiente en la batalla de Miguel; y tenga al aquilón completamente en el olvido de la parte izquierda, así como las tinieblas están separadas de la luz. Así Dios fortaleció al hombre con las fuerzas de todas las criaturas, y lo revistió con ellas como con toda armadura, para que por la vista conozca las criaturas, por el oído las entienda, por el olfato las discierna, por el gusto se alimente de ellas, y por el tacto las domine. De donde también él debe conocer al verdadero Dios creador de todas las criaturas, y no intentará luchar contra él, aunque muchas veces sea engañado por el consejo de la antigua serpiente, porque Dios no lo llenó con las fuerzas mencionadas para que de ninguna manera intente elevar su mente a la necedad del ángel perverso. Dios formó la forma del hombre según la constitución del firmamento y de algunas otras criaturas, así como un fundidor tiene alguna forma según la cual hace sus vasijas. Y así como Dios midió el gran instrumento del firmamento con medida igual, así también midió al hombre en su pequeña y breve estatura, como se ha dicho antes, y lo creó de tal manera que miembro a miembro unido, no exceda su medida recta, ni su peso recto, a menos que esto se haga por juicio de

Dios, y para que se doble en muchas partes de su cuerpo, a saber, en el cuello, en los hombros, en los codos, en las manos, en los muslos, en las rodillas y en los pies y en algunos otros miembros.

También diversas razones, a veces con testimonios congruentes de la Escritura, sobre cómo los tiempos y los meses de todo el año, según las propiedades de sus cualidades, y según el ascenso o descenso del sol, y los incrementos o disminuciones de la luna, se asignan a las cualidades del hombre tanto según las distinciones o medidas de los miembros y edades, como también según las propiedades de los humores del cuerpo, como según los diversos progresos y defectos de los afectos de la mente.

XCVIII. Así como Dios imprimió las criaturas en el hombre, también ordenó en él los tiempos del año. Pues muestra el verano en el hombre despierto y el invierno en el dormido, ya que el invierno oculta en sí lo que el verano manifiesta con alegría; de igual manera, el que duerme se fortalece con el sueño, para que al despertar esté listo en sus fuerzas para cualquier obra. También distinguió en él los meses, al diferenciar sus cualidades y virtudes. El primer mes, en el que el sol se eleva, es frío y húmedo, y está lleno de diversidad, y exuda agua convertida en blancura. Por eso, sus cualidades se asocian al cerebro, que siendo frío y húmedo, purifica expulsando humor vil por los ojos, oídos y narices. Así también el alma en la infancia del hombre, que no tiene engaño ni gusto carnal, y no se agita actuando contra su naturaleza, obra con alegría; y en esa misma infancia, que es simple e inocente según su deseo, es fuerte y poderosa. Pero después, al carecer de la alegría de la inocencia infantil, se convierte en gran tristeza como un extranjero expulsado de su patria, cuando los humores corporales crecen en el hombre, y él, manchado por el gusto de la carne, se deleita y se alegra en el banquete de los pecadores, olvidando a Dios. Así como el sol se eleva en el primer mes, así el alma en la primera edad no está atada ni oscurecida por el gusto y efecto de los pecados, por los cuales el hombre, con diversas costumbres de inestabilidad, se convierte en la dureza de la suciedad y la vanidad al carecer de la santidad de las obras legítimas. Pero cuando el mismo hombre derrama la humedad de las lágrimas por la doctrina y la admonición del Espíritu Santo, se purifica de la fealdad de los pecados en el suavísimo olor de la buena reputación, evitando la ignorancia y el tedio de las buenas obras.

El segundo, en su cualidad, es purgativo y se designa en los ojos, porque los ojos, siendo acuosos, fangosos y pestilentes, a veces se purgan a sí mismos. De esta manera, el alma en el hombre es como la savia en el árbol, porque así como todos los frutos del árbol crecen por la savia, también todas las obras del hombre se perfeccionan por el alma; y cuando sus venas y médulas están llenas, comienza a obrar según los deseos de la carne, que cuando prosperan, a menudo gime forzada por la naturaleza espiritual de su alma. Así también, con el ojo del conocimiento, considerando cómo comenzó los pecados y cómo los completó sin penitencia, se purifica de toda contaminación y se esfuerza por evitarlos en el futuro.

Por el tercero, que siendo tumultuoso, lleva tempestades y retiene pestes en sí, y mueve todos los brotes de la tierra con diversos vientos, se entienden los oídos, en los cuales suena el sonido de todas las cosas útiles e inútiles, por las cuales se mueve todo el cuerpo. De manera similar, el alma en el cuerpo, que se mueve y se llena por ella, y se conecta como por venas, tiene conflicto contra las fuerzas de su naturaleza, cuando el hombre en medio de su juventud es como un árbol que primero emite brotes y luego sus frutos. El hombre tiene tempestades de costumbres inquietas cuando entiende qué puede hacer, porque su médula ya está gorda y sus venas están llenas; y entonces el alma en él tiene una voz lamentosa y quejumbrosa, porque su dolor por los pecados de él aumenta más y más, ya que ella es la vida que mueve

todo en el hombre. Sin embargo, el que es más ávido de alabanza de lo justo, considerándose sabio, se vuelve más necio, ya que por su temeridad y soberbia es como una herida podrida, y se conduce al engaño, cuando en él nunca aparece la fama de honestidad y buena reputación que busca tener. Por eso, el alma en la que todo lo bueno y lo malo retorna, así como en los oídos suenan todas las cosas útiles e inútiles, y por cuyas fuerzas se perfeccionan todas las cosas, se entristece llorando. Pero cuando, comprimiendo la hinchazón de la mente juvenil, se convierte por la gracia de Dios a la mejor parte enmendando sus pecados, el alma, que antes estaba triste, y en él sopla todas las cosas útiles e inútiles, lo mueve a la penitencia por las malas e inútiles obras, y lo hace alegrarse como en un lugar paradisíaco por las buenas y útiles obras.

Pero también por el cuarto, que es verde y fragante, y truena como con temor, se designan las narices, en las cuales el aliento del alma atrae y emite el olor de todo lo que el hombre elige con temor. A este mes también se asemeja el hombre que, por el aliento de la racionalidad en su conocimiento, elige sabiamente la verdor de las buenas obras, en el cual todos los frutos reverdecen, y que es fragante, porque en el dulcísimo olor de la reputación de probidad y utilidad se emite en alabanza de Dios por todas partes. Pero el tumulto de los hombres odiosos y malos a menudo rechaza las virtudes y buenas obras de ese hombre, y lo llama injusto y malo, así como los judíos decían falsamente que el Señor Jesucristo era injusto y contaminado, cuando lo conocían en todas sus obras como santo y justo. Así como este mes suena con peligro y temor, y sin embargo no marchita los frutos de la tierra, así también las fuerzas y virtudes del hombre bendito no se marchitan por los males mencionados, sino que aquellos que rechinan sus dientes contra él desfallecen. Y así como el hombre en el aliento de la racionalidad por las narices elige para sí lo más dulce y noble, y rechaza lo fétido y fangoso, merece premios eternos, y es honrado por los hombres con alabanza, donde su perseguidor, careciendo de premios celestiales, nunca puede ser alabado en verdad por los hombres en la tierra. Porque quien teme y ama a Dios, guarda su mente de todo lo que es malo, así como el hombre aparta su nariz de lo fétido e inmundo.

El quinto es suave, apacible y glorioso en todas las cosas de la tierra, como también el gusto de la boca es dulce y deleitable, porque por él se conocen y saben las cosas con las que el hombre se refocila con alegría. Así también la racionalidad es columna y médula de los cinco sentidos, que por ella se sostienen y se dirigen a obrar, como la tierra, al ser arada, se vuelve fructífera al germinar. La vista, es decir, el sentido de los ojos, por el cual el hombre ve y conoce todo, tiene con razón el principado entre los demás, porque así como está en un lugar más alto que los demás, también percibe más lo que está más lejos que los otros. Por eso, la misma vista de los ojos es agradable y gloriosa, porque el hombre con ella, conociendo y eligiendo, discierne lo útil de lo inútil. Así como el quinto mes, es decir, mayo, tiene el más suave olor de las flores, en el cual se alegran los corazones de los hombres, porque en él proceden todos los frutos de la tierra de los cuales el hombre se alegra; así también el hombre en la vista de los ojos, conociendo naturalmente todo el uso de las naturalezas, discierne con agudeza de racionalidad qué diferencia hay entre las cosas que ve. La fructuosidad de este mes es similar al gusto de la boca, por el cual el hombre conoce las cosas que son útiles para su refacción.

Pero el sexto, siendo seco con calor, se eleva en el proceso de los frutos con el aire que introduce madurez en los frutos, y a veces derrama aguas en exceso; en el cual también se notan los hombros del hombre, que teniendo sequedad con calor, sostienen cualquier trabajo, completan todas las obras, y sostienen todo el cuerpo, y sin embargo a veces buscan descanso por el trabajo, como cuando un ave por cansancio baja sus alas, y como la raíz sostiene sus ramas. De la misma manera, el segundo sentido, es decir, el oído, para entender las palabras

que recibe, es como una pequeña pluma de racionalidad. Por eso, cuando las orejas reciben el sonido de cualquier criatura, reconoce qué es o dónde está esa criatura, y entonces el hombre se inclina más a investigarla. La fuerza del alma, que siente a través de las orejas, así como no se cansa al escuchar, tampoco se sacia de estar harta, sino que más bien tiene el deseo de conocer y notar muchas cosas, como también el sexto mes, que no es húmedo, dilata con múltiple incremento los frutos que había producido con suave calor, y comienza a introducirles madurez. Y así como en este mes se derraman inundaciones de aguas con sonidos peligrosos de truenos en temor, así también entre las cosas que el oído admite placenteramente de los asuntos humanos, hay muchas que recibe con horror y tristeza. El oído es el inicio del alma racional, porque así como las palabras que se escriben, primero se dictan, así por él se perfeccionan las cosas dictadas y compuestas según la intención del hombre. Sin embargo, el alma se ve obligada a soportar todas estas cosas buenas y malas, útiles e inútiles, que por el inicio del oído en suspiros de lágrimas, porque aún no ha comenzado las buenas obras, no puede alegrarse plenamente. Los hombros, que sostienen la humedad de las entrañas y otros miembros del hombre, como sostienen todo el cuerpo, también tienen alguna semejanza con el oído, que es el inicio del alma, por el cual se perfeccionan todas las obras, así como por los hombros se llevan todas las cargas. Así como las entrañas están unidas entre sí, así también las obras del hombre están unidas; y por las buenas que reprueban las malas tiene alegría, y por las malas que reconocen las buenas, se entristece; y así, cuando ya permanece en alegría, pronto se convierte en tristeza. Por eso también busca descanso, como el hombre a menudo desea la quietud que no puede tener. Por eso, el mismo alma que mientras permanece en el cuerpo se fatiga, es recibida en los tabernáculos eternos por las cosas buenas, y por las malas según sus méritos se coloca en los castigos.

El séptimo también tiene grandes fuerzas por el ardiente sol, y hace maduros y secos los frutos de la tierra, y es torrencial por las tempestades de sequedad y lluvia, así como las flexiones de los brazos son fuertes por los omóplatos y las manos, con las cuales el hombre recoge todo lo necesario. Así también el hombre por el olor discierne y conoce la naturaleza de cada cosa, eligiendo y conociendo lo que es útil e inútil, y elige lo que pertenece a la conservación de su naturaleza, y lo recoge en su seno, para que, secándose los malos humores, crezca en salud, con los cuales se temple, para que los humores no se vean privados de la fortaleza de la sangre por el jugo corrupto. Él mismo, es decir, el hombre, atrayendo todas estas cosas a sí en su conocimiento, las ata bajo su poder, para que se expulse la lividez de los humores, y ellos persistan en la fortaleza de la salud, y así dispone estas cosas con discreción, como también las flexiones de los brazos son fuertes por los omóplatos y las manos. En su mente también conserva lo que pertenece a su salud, y así provee para sí todo lo necesario, como todos los frutos en este mes ya maduros se recogen. El alma, que es el aliento de Dios, tiene un camino torrencial, como también la sabiduría en un camino torrencial rodeó el círculo del cielo. Por eso, con los siete dones del Espíritu Santo y los cinco sentidos, el hombre por ella comienza y perfecciona todas sus obras, como también el séptimo mes hace prosperar todos los frutos de la tierra. Estas obras, que se perfeccionan como en una madurez y sequedad de frutos, ya sea para alabanza como por la derecha, o para confusión como por la izquierda. De la recordación de los pecados en amarga penitencia a menudo se derraman lágrimas, como en las fortísimas fuerzas del león, que supera a otras bestias, se pisan con gran intención todos los vicios y pecados, y por la sabiduría con la que conoce a Dios, llora por las obras de los pecados, por las cuales había huido de Dios. El alma, con sus suspiros por la admonición del Espíritu Santo, mueve y sostiene al hombre en muchas fuerzas, cuando en penitencia lo hace recoger toda la verdor de las virtudes para limpiar las

heridas de los pecados, por lo cual ella tiene alegría, deseando siempre llegar a los tabernáculos eternos y permanecer en ellos sin fin.

El octavo, sin embargo, es como un gran príncipe en sus fuerzas, que tiene todo en su poder por la plenitud. Por eso también muestra alegría en sí, y ardiendo por el fervor del sol, también tiene rocío de cierta frialdad, y es horrible en sus tempestades, porque el sol ya ha declinado hacia lo inferior. Sus cualidades se muestran en las manos del hombre, que realizan muchas obras y tienen el poder de todo el cuerpo en sí, porque atraen y atesoran todo lo que pueden, de modo que el hombre a menudo es alabado por las obras de sus manos. De manera similar, el hombre por el gusto de la boca conoce más perfectamente las fuerzas de aquellos con los que se refocila que los demás sentidos, y los tiene en el poder de su conocimiento, como también este mes es grande en sus fuerzas. Él también tiene alegría en sí, discerniendo sabiamente qué cosas de naturaleza fría y caliente convienen a su salud, como también este mes tiene el ardor del sol y la frialdad del rocío en sí. En su conocimiento, declinando de aquellas cosas que son peligrosas e inútiles, recoge las buenas y útiles, como las manos realizan obras loables con fortaleza en probidad, y como un constructor en el poder de su arte construye todos los edificios de su casa, en la cual conserva sabiamente toda su sustancia. El alma, siendo combatiente, penetra superando los deseos ilícitos del hombre con sus deseos, y rodeando su círculo en un camino torrencial, asciende al altísimo Dios en el inicio de su combate. Ella, con el escudo de la fe y toda la armadura de las virtudes, lucha contra los deseos de la carne; y cuando los ha vencido, se regocija como un guerrero que ha superado a sus enemigos según su voluntad e intención, porque ardiendo en el calor del verdadero sol, hace suspirar al hombre, de modo que en la frialdad de la verdadera penitencia, que seca todos los pecados, derrama lágrimas. El hombre en penitencia, en la cual le ocurren muchas contrariedades, desciende con humildad considerándose barro, de modo que apenas espera la salvación de su alma. Pero el alma pronto le propone la cruz y todas las pasiones de Jesucristo, por las cuales se lavan los pecados, elevándolo a la esperanza, y de la cual, ascendiendo de virtud en virtud, florece, de modo que por cada uno de los pecados cometidos por ella, obra flores de buenas obras y santas virtudes de las cuales nunca puede cansarse. Así, progresando diariamente en grandes fuerzas por la penitencia, se eleva y atesora buenas y santas obras de las cuales toda la multitud celestial se regocija alabando a Dios.

El noveno es de tiempo maduro, y no se muestra terrible por las tempestades, y quita todo el jugo indigno de los frutos que son buenos para comer, porque él tiene todo seguro como en un saco. Por eso, en sus cualidades es como el vientre del hombre, en el cual por el calor del hígado y otras entrañas se cuece todo lo que se le introduce; lo cual también, mezclado con calor y frío, se expulsa correctamente en modo establecido. Pero este modo a veces se ve privado por enfermedades, como también este mes se conmueve a veces en su modo por los tiempos que pasan. El hombre también por el sentido del tacto conoce y come lo que está maduro para comer, para que no incurra en enfermedad por sus humores perturbados por lo inmaduro, como también este mes quita el jugo indigno de los frutos. Él también se esfuerza por no refocilarse immoderadamente, sino correctamente y suficientemente, para que los humores no puedan ser movidos por vil podredumbre, y también recoge cautelosamente para sí todas las cosas útiles, como cualquiera cierra diligentemente la cosa que ama, para que no le sea quitada. Así, el hombre por su tacto es similar al vientre, que emite temperadamente lo que recibe coaccionado por el calor y el frío, como también en este mes todo aparece maduro, cuyo jugo después se seca. El alma, que se turba por muchas guerras y trabajos y tribulaciones por la caída de Adán, y también por las luchas de su carne, asciende con alegría a las cosas celestiales en las buenas obras, y desciende con tristeza en las malas. Ella se viste con la fortísima coraza, que está tejida y conectada diligentemente, es decir, la paciencia, que

ninguna flecha puede perforar, y en la ascensión de las buenas obras eleva al hombre, para que en la descendencia de la verdadera humildad atribuya a aquel que es el sumo bien, y por quien lo tiene, todo lo bueno que ha hecho. Pero cuando el hombre está en tanta tristeza por sus pecados, que apenas espera la salvación de su alma, entonces su alma, soportando pacientemente, le propone que Dios asumió la forma humana para la salvación del hombre, y lo hace levantarse de esta duda en esperanza, como está escrito: «Si subo al cielo, allí estás; si descendiendo al infierno, allí estás (Salmo CXXXVIII).» Lo cual se entiende así. Oh Dios, toda ascensión de los santos y de sus obras celestiales, a quienes enciendes con tu fuego, es tuya, quien introduces en el hombre el rocío de la compunción del corazón en tu amor, por el cual las demás virtudes después reverdecen. Pero cuando descendiendo a la profundidad de los pecados por el olvido de ti, mereciendo las penas infernales, si en verdadera penitencia clamo suspirando a ti, me unges y salvas con las gotas de tu sangre, y así estás presente como mi libertador y salvador. La paciencia con humildad está en las alturas superando la soberbia, y también está en las tinieblas de los pecados advirtiéndolo al hombre, para que no desespere de la misericordia de Dios por sus pecados, y así tiene todas las obras en recta moderación como en madurez, defendiendo de la vana gloria las que se hacen en santidad, y salvando de la desesperación las que se realizan en la podredumbre de los pecados. Ella misma, la paciencia, está en el camino recto, porque no abandona las cosas celestiales ni desprecia las terrenales, sino que en el verdadero resplandor, que es Dios, pisa todos los incentivos de los vicios del diablo engañador, y en todas estas cosas no se alegra demasiado, ni cae en tristeza, aunque a veces se conmueve por el engaño del diablo, al cual resiste fuertemente con el escudo de la fe.

El décimo también se asemeja a un hombre sentado, ya que no vuela con sus propias fuerzas en el verdor, ni prepara calor, sino que despoja las ramas de los árboles y exuda frío, de la misma manera que un hombre, mientras está sentado, se repliega para evitar el frío, quien en el mismo mes se cubre con ropa, porque entonces obtiene calor a través de la vestimenta. Con este ejemplo, también el hombre, cuando comienza a enfriarse por la vejez, se vuelve más sabio que antes, llevando a la aversión las costumbres infantiles, y en esta edad madura seca las vicisitudes de las costumbres lascivas y necias, y evita la compañía de los necios, para que no lo engañen por ignorancia, ya que los gustos inútiles y variados de su carne, debido al frío de la edad, ya decaen en él, así como este mes no es agradable por su verdor, por cuya aridez con frío se despojan las ramas. También el alma, que es un aliento viviente y prudente hecho por Dios, quien es la verdadera sabiduría, enseña al hombre a aferrarse firmemente a lo que es de Dios, y por la gracia de Dios, con sus fuerzas, en el hombre bienaventurado, como una señora somete al cuerpo como si fuera su sierva, y le engendra deleite en las cosas buenas. Pues si alguna vez la carne de ese hombre se mueve por el gusto de la delectación, el alma se asombra en él con indignación, y hace que el mismo veneno cese extinguiéndolo en sus venas y médulas, y por la gracia del Espíritu Santo, con la doctrina de las Escrituras, lo consuela, lo recoge de los vicios a las virtudes, para que no decaiga en pecados, y lo observa cautelosamente.

Pero el undécimo se inclina y edifica el frío, no muestra alegría por el verano, sino tristeza por el invierno, y el frío cae de él sobre la tierra, haciéndola espumar barro, lo cual también imita el hombre cuando dobla sus rodillas para que el frío no lo atraviese. Por lo tanto, cuando dobla sus rodillas en tristeza, en su corazón exagera pensamientos de dolor, y se considera como barro, sin tener mirada hacia la alegría, porque en su aflicción recuerda que las rodillas del hombre en su origen están naturalmente dobladas. De manera similar, cuando el hombre llega a la vejez, se debilita por el frío, y no teniendo la alegría de la juventud, por la deficiencia de su aridez, en la cual se ve afectado por la delgadez y fluye con humores

indignos, se entristece. Pues cualquier anciano, por temor al frío, se calienta al fuego recogiendo sus miembros, porque naturalmente es frío, así como este mes, sin la alegría del verano, tiene todos sus días fríos, semejante a las rodillas del hombre, que él dobla en tristeza cuando recuerda su origen, es decir, cuando en el vientre de su madre estaba sentado como capturado con las rodillas dobladas. Pero cuando el alma ha superado al hombre con sus fuerzas de tal manera que por ella cesa un poco de los pecados que ha cometido, y sin embargo no puede impedir que desee pecar, entonces gime en su vaso, que es la carne que habita, porque ella inunda y mueve todo el cuerpo, como el viento que sopla en una casa, haciendo que sus paredes se muevan, y que soplando atraviesa sus cavidades o ventanas. Pero cuando el hombre se envuelve en las tinieblas de los pecados como un gusano en un agujero de barro, entonces el alma, que está situada en las venas y médulas con todas las articulaciones de los miembros, porque no se calienta con el fuego del Espíritu Santo, decae en sus fuerzas; y porque por la naturaleza carnal no puede tener obras agradables, saltando la luz diurna de la santidad, siempre gime, y en su naturaleza olvida qué es o de dónde vino. El gemido del alma está lleno de dolores cuando el gusto de su naturaleza espiritual le ha sido alienado, porque no encendida por la gracia del Espíritu Santo, consiente a las obras que el cuerpo le pide, aunque a regañadientes, para que las realice. Por lo tanto, al obrar contra su voluntad, tiene gran tristeza, así como también el cuerpo a veces tiene tristeza cuando se ve obligado a obrar según la naturaleza del alma.

El duodécimo también tiene frío con gran potencia y coagula la tierra con dureza, y la cubre toda con espuma de frío, haciéndola tediosa y laboriosa. Por lo tanto, en su cualidad se notan los pies del hombre, que pisan y dispersan muchas cosas, y templan la tierra para que no pueda elevarse, sino que se mantenga sobre ella. De esta manera, también el alma del hombre que en su ira ha derramado la sangre de su prójimo, o le ha infligido otra injuria peleando, se mancha gravemente, porque así como el cuerpo permanece frío sin ningún calor después de la partida del alma, así ella, endurecida por la ira sin el calor de los dones del Espíritu Santo, olvida su naturaleza, en la cual aparece sangrienta ante Dios, porque ella, como Caín en la sangre de su hermano, ha sido rechazada por Dios. Pues en la ira del hombre la sangre inunda. Por lo tanto, él mismo, despojado de sus sentidos rectos, se vuelve casi insano; por los movimientos irracionales de las iras y la blasfemia, envidiando a su hermano, lo corta del corazón y de la boca de toda bienaventuranza, y tanto como puede, pensando y diciendo, dispersa todos sus bienes, y por lo tanto, por el mal del odio, es homicida en su alma ante Dios. Pues él rechina sus dientes sobre él, lanzándole palabras maliciosas que había dictado en su corazón con odio, y por la dureza de los caminos injustos no puede tener ninguna dulzura de santidad en sí mismo, ni sembrar la semilla de buenas obras, y por esta dureza, en la que mora continuamente, nunca suspira por las cosas celestiales. Por lo tanto, quien es de este tipo, ciego a las obras de la santa y pura ciencia, nunca tendrá las alegrías de la santidad que dispersó en su ira, porque él está cargado y contaminado como un camello con las inmundas cargas de los pecados. De esta manera, las cualidades y virtudes de los meses se adaptan al hombre. Por lo tanto, el salmista dice por mi inspiración:

Palabras de David en el salmo CIII correspondientes a esto.

XCIX. «Hizo la luna para los tiempos, el sol conoció su ocaso.» Lo cual se entiende así: Dios puso la luna para ser temporal, para que nutriera todos los tiempos como una madre a su hijo, primero con leche, luego con alimento. Pues en su defecto la luna es débil, por lo que nutre los tiempos como con leche; pero en su aumento los alimenta como con alimento sólido. Dios dispuso que el sol brillara sobre la tierra y se ocultara bajo la tierra. Por lo tanto, brilla sobre la tierra durante el día, así como el hombre está despierto con los ojos abiertos durante el día, y está bajo la tierra en la noche, así como el hombre duerme con los ojos cerrados en la

noche. Así, el hombre terrenal está en la carne según lo bajo, y celestial según la altura del cielo en el alma, y conoce los tiempos de los tiempos, porque por todos estos se mueve vivo.

Que el hombre, creado a imagen de Dios, y como otro Señor sentado sobre el tribunal de la tierra, gobernando toda criatura hecha para él, es la obra plena de Dios mismo, y le agrada mucho; y que un sexo fue hecho para la ayuda y consuelo del otro, y el hombre tiene la forma de la divinidad, y la mujer la de la humanidad de Cristo.

C. Pero cuando Dios miró al hombre, le agradó mucho, porque lo había creado según la túnica de su imagen y según su semejanza, para que proclamara todos sus milagros por la trompeta de la voz racional. Pues el hombre es la obra plena de Dios, porque Dios es conocido a través de él, y porque Dios creó todas las criaturas para él, y le concedió proclamar y alabarle en el beso del verdadero amor por la racionalidad. Pero le faltaba la ayuda de su semejanza. Por lo tanto, Dios le dio una ayuda, que fue la forma especulativa de la mujer, en la cual estaba oculto todo el género humano, que debía ser producido en la fuerza de Dios, así como había hecho progresar al primer hombre en la fuerza de su poder. Así, el hombre y la mujer fueron mezclados entre sí, de modo que una obra es a través de la otra, porque el hombre sin la mujer no sería llamado hombre, ni la mujer sin el hombre sería llamada mujer. Pues la mujer es la obra del hombre, y el hombre es la visión de consuelo de la mujer, y ninguno de ellos podría existir sin el otro. Y el hombre significa la divinidad, y la mujer la humanidad del Hijo de Dios. Así, el hombre se sienta sobre el tribunal de la tierra, y gobierna toda criatura, y estando ella bajo su disciplina, le está sujeta, y él está sobre todas las criaturas, como David habla por mi inspiración diciendo:

Palabras de David en el salmo CIX, y la exposición de las mismas palabras sobre cómo deben entenderse acerca de la Encarnación y el poder de Cristo, y en la sujeción de sus enemigos.

CI. «Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies.» Lo cual se entiende así: Diga, pues, el hombre: Dijo aquel que es Señor y Padre de todos al Hijo encarnado, a quien el Padre le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra, de modo que es mi Señor, que soy un hombre pecador: «Domina sentado a mi derecha,» es decir, domina al hombre, que es mi derecha, porque he sometido todas las criaturas a él; y somételo a ti por la fe, de modo que abandone los ídolos y se convierta a su Creador, es decir, al verdadero Dios. Esto harás, mientras ponga a los rebeldes, que son tus enemigos por incredulidad, por escabel de tus pies, porque los someteré a ti para siempre, y haré que adoren las huellas de tus pies. Pues cuando se hayan convertido de su infidelidad, te reconocerán como el verdadero Dios. Así, Dios produjo todas las criaturas por su Verbo, y el mismo Verbo se revistió de carne en el hombre, que es la derecha de Dios, porque es la comprensión de su poder. El mismo Verbo, que es el Hijo del Padre, se sienta dominando sobre el hombre, hasta que se complete el número de sus hermanos, lo cual será en el último día, y entonces la turba diabólica con sus seguidores será sometida a él como un escabel que también después del último tiempo del mundo, y entonces se verá y se conocerá quién y qué clase de Señor es él, porque Satanás mismo será entonces pisoteado como un escabel y completamente disipado.

Porque el hombre, señalado con los signos de la omnipotencia de Dios a través de los cinco sentidos, debe conocer y venerar a su autor en la trinidad uno, y en la unidad trino, por quien fue creado y después de la caída restaurado, para que sea señor del mundo, y haga el décimo coro en los cielos.

CII. Pues el Señor reina poderosamente en el cielo en su poder, y observa las estrellas que son encendidas por él y el resto de la creación. Así también el hombre se sienta sobre el trono, que es la tierra, y domina sobre el resto de la creación, porque está señalado con los signos de la omnipotencia de Dios. Estos signos son los cinco sentidos del hombre, por los cuales, por el poder de Dios, entiende y siente que debe venerar la trinidad en la unidad, y la unidad en la trinidad en Dios por la fe recta; y esta veneración es el ornamento de los nueve órdenes de ángeles, de los cuales la turba diabólica fue expulsada y cayó. Pero el hombre es el décimo coro, que Dios en sí mismo en la primera constitución de los ángeles perdidos restauró, porque quiso hacerse hombre, en cuya humanidad es una torre, en la cual caminan aquellos que están en el décimo coro. Así, como se ha dicho antes, Dios en el hombre ha señalado tanto las criaturas superiores como las inferiores. Quien después de haber sido inspirado por el aliento de vida, que es el alma, se levantó, y conoció todas las criaturas, y en su ánimo las abrazó con el amor más fuerte.

Que la naturaleza del alma es ígnea y de múltiple eficacia en sus fuerzas, por las cuales conoce a Dios, y se entiende o gobierna a sí misma, y sensibiliza su cuerpo y lo mueve a obrar.

CIII. El alma del hombre es ígnea, y calienta y vivifica todo el cuerpo del hombre; y porque es ígnea, el hombre es sanguíneo. También tiene caminos ventosos, atrayendo y emitiendo aliento hacia adentro en el hombre. Cuando lo atrae hacia el hombre, este se seca por dentro, y eso le es muy útil, porque la carne del hombre crece en salud por esta sequedad; pero cuando lo emite, el fuego dentro del hombre se consume, y saca su calor. Por lo tanto, con la sensualidad se edifica todo el cuerpo, de modo que el hombre pueda vivir, y gobierna todos los cinco sentidos del cuerpo con sus oficios. Y si este calor no se emitiera, el fuego del alma sofocaría el cuerpo, como una casa que es consumida completamente por el fuego. Por las fuerzas del alma, el hombre se reviste de carne y sangre y se completa por completo, así como también por el soplo de los vientos se completan todos los frutos de la tierra. Pero también por el hecho de que el alma es ígnea, se conoce a sí misma como teniendo a Dios; y por el hecho de que es un aliento espiritual, entiende que puede obrar con el cuerpo. Por lo tanto, también tiene el mandato de Dios de obrar sus obras correctamente, y de no mirar al lugar vacío del norte, donde el primer ángel quiso reinar y pereció. Pues cuando la elevación ha reunido la propiedad de su voluntad, de ella inmediatamente la soberbia volando se dirige rápidamente al norte cuando completa la propiedad de su voluntad de cualquier manera que quiera. La elevación y la soberbia volando son como las aguas, que el barco no puede atravesar, porque son molestas para Dios y los hombres y lo destituyen todo. Por lo tanto, sus obras fluyen, y la caridad no las atraviesa, porque no pueden amar ni ser amadas por los fieles; pero quieren tomar lo que no tienen, y disponiéndolo lo establecen sobre lo que no tienen poder; por lo tanto, van a la destrucción. Así, el alma es la maestra de la casa de su cuerpo, en la cual Dios formó todas las moradas que ella iba a poseer; y nadie puede verla, así como ella no ve a Dios, mientras permanece en el cuerpo, excepto en cuanto lo ve y lo conoce en la fe, y con toda criatura que procede de Dios obra en el hombre, de modo que así como la abeja construye el panal en su vaso, así también el hombre completa su obra como un panal con el conocimiento del alma, que es como un líquido. Y porque ha sido enviada por Dios, funda pensamientos en el corazón y los reúne en el pecho, que luego pasan a la cabeza y a todos los miembros del hombre. También penetra los ojos, porque son sus ventanas por las cuales conoce las criaturas, porque llena de racionalidad, en la sola palabra discierne sus fuerzas. De aquí también el hombre completa toda su obra según la voluntad de sus pensamientos para cada necesidad suya, porque cuando el viento del conocimiento del alma se mueve en el cerebro, desciende del cerebro a los pensamientos del ánimo, y así se

completa la obra de la voluntad. Pues el alma en su conocimiento siembra, para que se complete la obra de los pensamientos, y esta se cocina por el fuego del alma, y se convierte en gusto por el cual se prueba con conocimiento. Ella también lleva la comida y la bebida hacia adentro en el hombre, para que su carne se refresque. Pues por sus fuerzas dispone y ordena cómo el hombre crece y se mantiene en todas las naturalezas de su carne, y llena sus entrañas con sus fuerzas. Pues no es carne y sangre, sino que las llena, de modo que la hace vivir con ella, porque es racional y ha surgido de Dios, quien inspiró vida al primer plasmado. Por lo tanto, el alma y la carne en dos naturalezas son una obra. Pero también, pensando el aire, reuniendo el calor, recibiendo el fuego, introduciendo el agua, y germinando el verdor, lo induce al cuerpo del hombre, como fue hecho desde la primera constitución y está por encima y por debajo, alrededor y dentro del cuerpo en todas partes. Y de esta manera es el hombre.

Porque Dios juzga al hombre según sus obras, ya sea para vida o para castigo, y que el alma santa, despojada del cuerpo, vea a Dios, a quien ahora no puede, impedida por la corrupción de la carne, plenamente, y espere con deseo el día del juicio para recibir su vestidura amable, es decir, su mismo cuerpo, para que en él disfrute con los ángeles de la contemplación y alabanzas de Dios sin fin.

CIV. Cuando el hombre realiza obras rectas, los elementos tienen caminos rectos; pero cuando lleva a cabo obras injustas, los elementos le imponen una aflicción penal. Pues el cuerpo actúa junto con el alma según la voluntad de su deseo, y Dios juzga al hombre según sus obras, ya sea para vida o para castigo. Y el alma fluye a través de todo el cuerpo pensando, hablando y suspirando, de la misma manera que el viento emite sus soplos en toda una casa. Pero mientras el cuerpo actúa con el alma en el hombre, este es local y pesado, y no puede levantarse de la tierra; pero cuando el cuerpo sea renovado con el alma viviente, es decir, después del último día, entonces será ligero y volátil como un ave que tiene alas. También, mientras está en el cuerpo, siente a Dios, porque de Él proviene, y mientras está en las criaturas, no ve a Dios; pero después de ser liberada del yugo del cuerpo y llegar ante la presencia del Señor, entonces conocerá qué es ella misma y qué se le adhirió mientras permanecía en el cuerpo. Y porque entonces conocerá la gloria de su gran honor, reclamará su morada para que pueda conocer su gloria consigo misma. Por lo tanto, esperará ansiosamente el último día, porque ha sido despojada de su vestidura amable, es decir, su cuerpo, en el cual verá plenamente el rostro glorioso de Dios con los ángeles, es decir, cuando lo haya recuperado. Una vez que esto suceda, los ángeles se encenderán nuevamente en alabanzas, como se encendieron en el primer día por la victoria de su batalla. Pues después del último día, se perfeccionarán en las alabanzas de Dios, cuando alabarán los nuevos milagros de la obra de Dios, que es el hombre, y tocarán la cítara de gloriosa alegría, sin ser afectados por el tedio, ni desfallecerán, ni terminarán. Y así como desearán siempre mirar sin defecto el rostro de Dios, tampoco cesarán nunca de maravillarse siempre de las obras de Dios en el hombre. Así pues, como se ha dicho antes, tal es la forma del hombre con cuerpo y alma, también la obra de Dios existente con toda criatura, como Juan, inspirado por mi espíritu, escribió diciendo: Exposición del primer capítulo del Evangelio según Juan, desde el lugar donde está escrito: «En el principio era el Verbo,» hasta «lleno de gracia y verdad.» En esta exposición se trata de la eternidad del Verbo de Dios, de las criaturas, cómo estaban en el arte del Creador sin coeternidad con Él antes de que existieran en sí mismas. De la creación de los ángeles y la venganza del cielo de Dios en los espíritus apóstatas, del consejo de hacer al hombre a imagen de Dios, y cómo el poder y la luz de la sabiduría del Creador resplandecen en la obra del cuerpo humano. De la Encarnación de Dios y las palabras de

doctrina, y los ejemplos de justicia que dio al mundo. También de la reparación del hombre caído y su felicidad después de esta vida.

CV. «En el principio era el Verbo.» Lo cual se entiende así: Yo, que soy sin principio, y de quien proceden todos los principios, y que soy el Anciano de días, digo: Yo soy por mí mismo el día que nunca procedí del sol, sino del cual el sol fue encendido. Yo también soy la razón que no sonó de otro, sino de la cual toda racionalidad respira. Por lo tanto, hice espejos a la vista de mi rostro, en los cuales considero todos los milagros de mi antigüedad que nunca fallarán, y preparé esos mismos espejos que cantan en alabanzas, porque tengo una voz como trueno con la cual muevo todo el orbe de la tierra con los sonidos vivientes de todas las criaturas. Esto hago yo, el Anciano de días, porque por mi Verbo, que siempre estuvo y está en mí sin principio, ordené que saliera una gran luz, y con ella innumerables chispas, es decir, ángeles, que al despertar en su luz, se olvidaron de mí, y quisieron ser como yo soy. Y por eso, en un gran trueno, la venganza de mi celo, en la presunción de que me contradijeron, los arrojó, porque solo hay un Dios, y no puede haber otro. Por lo tanto, dicté en mí una pequeña obra, que es el hombre, y la hice a mi imagen y semejanza, para que en algo operara según mí, porque mi Hijo debía obrar en el hombre con el vestido de carne. También lo instituí racional de mi racionalidad, y en él sellé mi posibilidad, así como la racionalidad del hombre en su arte comprende todo por nombres y por número, porque el hombre no discierne ninguna cosa de otra manera que por nombres, ni conoce la multiplicidad de las cosas sino por número. También soy el ángel de la fortaleza, porque me anuncio a los ejércitos angélicos por milagros, y porque me muestro a todas las criaturas en la fe, donde me reconocen como creador, pero sin embargo no puedo ser pronunciado perfectamente por ninguna. El hombre es, pues, el vestido con el que mi Hijo, revestido en potencia real, se muestra como Dios de toda criatura y vida de la vida. Pero el ejército de ángeles que está especialmente presente a su potencia real, nadie puede numerar excepto Dios, ni aquellos que lo profesan como Dios de toda criatura, nadie puede llevarlos a su fin, ni aquellos que lo claman como vida de toda vida, ninguna lengua es suficiente para determinar. Por lo tanto, bienaventurados son los que habitan con él.

Dios, sin embargo, designó toda su obra en la forma del hombre, como se ha dicho antes, como también aquí se demuestra por ciertos ejemplos en él mismo. Pues en el círculo del cerebro del hombre muestra su dominio, porque el cerebro sostiene y gobierna todo el cuerpo; y en los cabellos de su cabeza designa su posibilidad, que es su ornamento, así como los cabellos adornan la cabeza. También en las cejas de sus ojos demuestra su fortaleza, porque las cejas son la protección de los ojos del hombre, de modo que apartan de ellos cualquier cosa nociva, y muestran la belleza del rostro y son como las alas de los vientos, con las cuales se levantan y sostienen, como un ave que a veces vuela con sus alas, a veces cesa de volar, porque del poder de Dios sopla el viento, y los soplos del viento son sus alas. Pero también en los ojos del hombre declara su ciencia, por la cual todo lo prevé y presiente, porque muestran muchas cosas en sí mismos, porque son luminosos y acuosos, como la sombra de otras criaturas aparece en el agua. Pues el hombre en la vista conoce y discierne todo, y si careciera de vista, en estas cosas sería como muerto. También en su oído abre todos los sonidos de alabanzas de los misterios secretos y de los ejércitos angélicos, en los cuales Dios mismo es alabado, porque sería indigno que solo se conociera a sí mismo, cuando el hombre es conocido por el hombre en el oído, donde también en sí mismo entiende todo, y sería como vacío si careciera de oído. En las narices, sin embargo, muestra la sabiduría, que es una ordenación fragante en todas las artes, de modo que el hombre por el olor conoce lo que la sabiduría ordena. El olfato se extiende en todo, atrayendo aquello para saber qué y cómo son. Pero por la boca del hombre, Dios designa su Verbo, por el cual creó todo, así

como por la boca se pronuncian todas las cosas con sonido de racionalidad, porque el hombre pronuncia muchas cosas sonando, como el Verbo de Dios creando en el abrazo de la caridad hizo, de modo que a su obra no le falte nada necesario. Y así como las mejillas y el mentón están alrededor de la boca, así también el mismo Verbo cuando sonó afectó aquel principio de toda criatura, cuando todas fueron creadas, y así: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.» Lo cual se entiende así: En el principio de aquella iniciación, cuando la voluntad de Dios ya se abrió para dar a luz la creación de las criaturas, que estaba en Él sin principio, de modo que no se hubiera abierto, el Verbo era sin principio de aquella iniciación, «y el Verbo estaba con Dios,» como el verbo está en la racionalidad, porque la racionalidad tiene el verbo en sí, y en la racionalidad está el verbo, y estos no están divididos de sí mismos. Pues sin principio antes del principio de las criaturas, y también en el principio de ellas, era el Verbo, y el mismo Verbo antes del principio, y en el mismo principio de las criaturas estaba con Dios, y de ninguna manera dividido de Dios, porque Dios en su verbo quiso que su Verbo creara todo, como había preordenado antes de los siglos. ¿Y por qué se dice Verbo? Porque con voz sonora despertó a todas las criaturas, y las llamó hacia sí. Pues lo que Dios dictó en el verbo, eso el Verbo ordenó sonando, y lo que el Verbo ordenó, eso Dios dictó en el verbo. Y así Dios era el Verbo. Pues el Verbo estaba en Dios, y Dios en él dictó en secreto toda su voluntad, y el verbo sonó, y produjo todas las criaturas y así el Verbo y Dios son uno. Pero cuando el verbo de Dios sonó, llamó hacia sí a toda criatura que antes del tiempo había sido preordenada y dispuesta en Dios, y por su voz todas fueron despertadas a la vida, como también lo designó en el hombre, quien dicta el Verbo en su corazón en secreto antes de emitirlo, lo cual en la emisión está con él, y así el dictado del verbo está en el verbo. Pues cuando el verbo de Dios sonó, el mismo verbo apareció en toda criatura, y el mismo sonido en toda criatura fue vida. Por lo tanto, también de ese mismo verbo la racionalidad del hombre opera sus obras, y de ese mismo sonido profiere sus obras sonando, clamando y cantando, porque por el agudo de su arte en las criaturas hace sonar cítaras y tambores sonando, porque el hombre según Dios es racional por el alma viviente, y su alma con su calor atrae la carne hacia sí, en la cual aparece la primera figura del dedo de Dios que formó en Adán, y que la misma alma vivifica, y llenando con su plenitud en el crecimiento atraviesa. Pues la carne sin el alma racional no se mueve, pero el alma mueve la carne y la hace vivir. Porque la carne está presente al alma racional, así como todas las criaturas están presentes al Verbo. Por lo tanto, creó al hombre en la voluntad del Padre. Pero así como el hombre sin las conexiones de las venas no sería hombre, así también sin las criaturas no podría vivir; y porque es mortal, no otorga vida a su obra, porque él mismo es vida comenzando de Dios; pero Dios da vida a su obra, porque Él mismo es vida sin comienzo de vida.

«Esto estaba en el principio con Dios,» es decir, en aquel principio del que Moisés, mi siervo, inspirado por mí, habla diciendo: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra (Gén. I),» porque el Verbo que sonó «hágase,» como también está escrito allí, «Y dijo Dios: Hágase la luz,» estaba en el mismo principio cuando la criatura recibió inicio del Creador con Dios, es decir, en una igualdad de divinidad, porque ese Verbo que está con Dios, es igual a Él en divinidad, es decir, porque el Verbo que está en Dios, es inseparable de Dios y consustancial a Él. Así, todas las cosas fueron hechas por Él, porque todas las criaturas fueron hechas por el Verbo de Dios, como el Padre quiso, porque no hay otro Creador sino solo Dios. Pues todas las cosas útiles que son formadas y vitales, fueron hechas por Él. También Él en los brazos del hombre y en las articulaciones que se adhieren a ellos muestran la fortaleza del firmamento con sus signos, que sostienen y gobiernan el mismo firmamento, así como los brazos con las articulaciones de sus articulaciones manifiestan el dominio y la operación de todo el cuerpo. Pues también la derecha es como el austro, y la izquierda como el aquilón,

que son el firmamento para que no proceda más allá de lo que está puesto, como está escrito. Y en todas estas cosas entre nosotros y vosotros hay un gran caos, el firmamento, es decir, para que las tinieblas no extingan la luz, y para que la luz no expulse las tinieblas. «Y sin Él no se hizo nada,» porque sin el Verbo de Dios no se hizo ninguna criatura, porque por el Verbo de Dios toda criatura, tanto visible como invisible, fue hecha, que subsiste en aquella esencia, es decir, del Espíritu viviente, o de la verdor o de la virtud; y sin Él no se hizo nada, excepto el mal que es del diablo, y por eso fue arrojado de los ojos de Dios a la nada, porque solo hay un Dios, y no hay otro. También el hombre racional, en quien fue puesta la posibilidad de obrar por Dios, cometió pecado, que es llevado a la nada, porque no fue creado por Dios, y a esta nada Dios puso tinieblas interminables, porque huyendo rechazó la luz. Pero «lo que fue hecho en Él era vida,» porque todas las cosas que fueron creadas, aparecieron en la razón de su Creador, porque estaban en su presciencia, no obstante, no coeternas a Él, sino previstas y preordenadas por Él. Pues Dios es única vida, que no recibió el inicio de aquella vida, que tiene inicio. Por lo tanto, todo «lo que fue hecho en Él era vida,» porque fue previsto por Él; y vivía para Dios, de modo que Dios nunca comenzó a tener memoria de ello, porque nunca lo había olvidado, ya que estaba en su presciencia, aunque en sus formas aún no había sido temporalmente. Pues así como no hay que Dios sea, así tampoco hay que por Él procedan aquellas obras en las criaturas, que fueron previstas y preordenadas en su sabiduría. Y así como esto que fue hecho en la creación, en Dios era vida sin extinción, porque debía ser creado, donde a la criatura hecha no le faltaba nada, para que tuviera la plenitud de su progreso en crecimiento, así también lo que el hombre obra, es vida para Él, ayudándole a la vida, porque en ellas subsiste y se perfecciona. Pero también porque Dios es vida plena sin principio y sin fin, por eso también su obra en Él es vida, que en esto de ninguna manera será burlada, como también Dios designó en el lugar pectoral del hombre, donde el hombre deseando, componiendo y ascendiendo reúne cada cosa, es decir, buena y mala, en sus pensamientos, considerando qué le agrada o desagrada, porque lo que le agrada lo conserva con alegría, para que le retenga la vida, y lo que le desagrada lo arroja de sí con indignación, para que no dañe su vida. Así, todo lo que Dios hizo, en Él es vida, porque es vital de Dios en su naturaleza. Por lo tanto, así como el Verbo del Padre dio vida carnal a los hombres cuando los creó, así también cuando se vistió con su túnica, les mostró la vida espiritual, para que por una vida ajena, y no según la carne, avanzaran en las multitudes espirituales, y así sostiene a ambos pueblos en su mano, porque Él mismo es el Hijo de Dios, Dios y hombre. Pues abraza al pueblo espiritual en amor, porque es el Hijo de Dios; pero tiene al secular según la justicia con la que se dijo: «Creced y multiplicaos (Gén. I),» porque es el Hijo del hombre.

«Y la vida era la luz de los hombres,» porque la vida que había despertado a las criaturas, era vida de la vida del hombre, porque por ella vive, existiendo, dando luz a los hombres en razón y ciencia, en la cual vean a Dios por la fe, reconociéndolo como su Creador, y así llenos de esa luz, como la luz del día ilumina el mundo. Pues el hombre entiende las alas de la ciencia por el cielo, que produce el sol y la luna, porque el día muestra la buena ciencia, la noche la mala, como el sol manifiesta el día, la luna la noche. Y así como el hombre con las criaturas sin estas luces en el oficio de su vida sería como ciego, y así como su cuerpo no podría vivir sin espíritu, así también el hombre sin las alas de la ciencia no entendería qué es. Por lo tanto, «la luz en las tinieblas resplandece,» como la luz del día resplandece en la noche por la luna, para que el hombre en las buenas obras reconozca las malas obras, que están separadas de la luz, porque la buena ciencia, sostenida por la razón, reprende el mal y lo expulsa de sí. «Y las tinieblas no la comprendieron,» como la noche no puede oscurecer el día, porque el mal no quiere ni saber ni entender lo que es bueno, sino que lo huye. Dios declara esto en el corazón del hombre, que es la vida y el firmamento de todo el cuerpo, y

sostiene todo el cuerpo, porque en el corazón se ordena el pensamiento del hombre y se alimenta la voluntad. Por lo tanto, la voluntad es como la luz de los hombres, porque así como la luz penetra todo, así también la voluntad abunda en lo que desea, y en ese mismo deseo, que cuenta como luz para sí, a menudo camina en las tinieblas de las malas obras que quiere realizar. Pero «las tinieblas» no comprenden esa misma voluntad, para que puedan abstraerle el conocimiento del bien, aunque no lo haga.

«Fuit homo missus a Deo,» que no tenía el gusto de la tierra, porque fue enviado por el Creador supremo y no por el hombre, ya que el calor del Verbo de Dios había hecho verdear la aridez de la carne de aquellos que lo engendraron, de tal manera que incluso su carne en muchas obras era como una costumbre ajena en los pecados de los nacidos. Pues quienes lo engendraron, tocados por la gracia de Dios, lo procrearon, y así, por la gracia de Dios, avanzó como testimonio del Hijo de Dios enviado. Por lo cual el ángel lo llamó Juan. «Cuyo nombre era Juan,» porque las obras que realizó concordaban con su nombre, ya que la gracia de Dios lo había fortalecido precediéndolo y siguiéndolo. En efecto, la gracia del Verbo, que es Dios, envió a Juan con el movimiento de las vicisitudes de los comportamientos de aquellos que en las vicisitudes de los hombres nacidos en pecado purificó, y por esto tuvo cierta estabilidad según la rectitud de los espíritus, que no tienen vicisitud de comportamientos humanos, ni desean pecar. Sin embargo, Dios, que es admirable, conforma al vientre del hombre los milagros que hizo en Juan. Pues el vientre demanda las fuerzas de las criaturas que recibe y emite, para que se alimente del jugo de ellas como Dios lo estableció. Pero sin embargo, en todas las criaturas, a saber, en los animales, en los reptiles, en las aves, y en los peces, en las hierbas y en los árboles frutales, yacen ciertos misterios ocultos de Dios, que ni el hombre, ni ninguna otra criatura conoce o siente, salvo en la medida en que les ha sido dado por Dios. Juan, sin embargo, fue enviado a los elementos de manera maravillosa, y de manera maravillosa fue alimentado por ellos, y así como de algún modo había sido apartado de la costumbre del pecado, así también vivió de los elementos de manera maravillosa por la abstinencia. Y él, hombre puro, fue digna y laudablemente mensajero ante el oculto Hijo de Dios, por quien el mundo fue puesto con un número innumerable, y todas las criaturas fueron creadas. Lo cual también se designa por el vientre, porque así como el mundo contiene todo, así también el vientre recibe en sí otras criaturas en la comida. Pero así como toda criatura procede de Dios, así también Adán llevó a todos los hombres en su forma, a quienes el Hijo de Dios suministró verdaderos pastos, cuando llevó al hombre en su humanidad. «Este vino como testimonio para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él,» porque Juan, hecho hombre de manera maravillosa en las cosas maravillosas por la costumbre de la natividad carnal y existiendo como hombre maravilloso, vino por disposición divina en testimonio de los misterios de Dios, para dar testimonio por las virtudes que operaban en él de la luz, a saber, de Dios, de quien se encienden todas las luces, para que todos los que son ígneos por el Espíritu Santo creyeran en Dios por los testimonios de él, que maravillosamente proclamaba. Vino, pues, testificando la divinidad, revestida de forma humana. Y así como él nació en una naturaleza árida sin verdor, así dijo que mi Hijo nació de la Virgen María sin pecado. «Esto quise, para que por este milagro que obré en Juan, los hombres creyeran en los milagros de mi Hijo.» Y así como en Juan apareció este testimonio, así también en los muslos del hombre se declaró el verdadero testimonio, que es el testimonio de todos los nacidos, y la propagación de todo su cuerpo que ve, palpa, piensa y desea, y en su conocimiento computa todo lo que obra. Pues el hombre es un milagro de Dios, y por eso es justo que dé testimonio de las maravillas de Dios. «No era él la luz, sino para dar testimonio de la luz,» porque Juan no fue aquella luz que nunca se divide, ni se cambia, a saber, que es Dios. Sino que vino enviado por Dios, para que diera testimonio de aquel que existiendo como la verdadera luz,

enciende todas las luces, porque Dios sin ninguna necesidad de necesidad alguna es en sí y por sí, porque él iba a hacer todo en todos. Por lo cual también está en toda obra de su creación. De aquí también Juan anunció el testimonio testificado de Cristo, porque así como el fruto es testigo de la raíz de qué calidad es, así él surgió en las maravillas de Dios. Por lo cual también testificó sus maravillas. El hombre, sin embargo, es obra designada y luz de Dios, que comienza a vivir, y en la carne alguna vez desfallecerá, y desde allí da testimonio a Dios, porque Dios no es así.

«Era la luz verdadera,» que nunca fue oscurecida por ninguna sombra, y a la que nunca se le dio tiempo de servir o dominar, disminuir o aumentar; sino que es la ordenación de toda ordenación y la luz de toda luz, y resplandece por sí misma. Pues Dios nunca surgió en ninguna mañana, en ninguna aurora, sino que siempre fue antes del tiempo. «Que ilumina a todo hombre que viene a este mundo,» porque esta luz con el aliento de vida perfunde a todo hombre que tiene carne y huesos, y que viene al presente mundo de mutabilidad creciente y decreciente por el nacimiento de la concepción, para que cuando el sol con sus luminarias lo reciba, contemple y conozca las criaturas. Pues Dios por la chispa viviente del alma resucitó al primer hombre, que formó del barro, de tal manera que él por la misma chispa del alma del barro se hizo carne y sangre. Por lo cual también en sus descendientes, cuando la espuma ha sido batida por la naturaleza del hombre, por la chispa ígnea del alma se hace plenamente carne y sangre, porque, si no se suscitara de este modo por el calor del alma, no se haría plenamente carne y sangre, así como la materia del primer hombre habría permanecido barro si no hubiera sido transformada por el alma. Pues así como por el agua y el fuego se hace el pan de la harina, así también por el fuego del alma se hace carne y sangre. El hombre, en efecto, es como la luz de las otras criaturas que habitan en la tierra, que muchas veces corren hacia él, y que lo lamen con mucho amor. Por lo cual también el hombre desea, inquiere diligentemente muchas veces la criatura en cuyo amor arde. Pero la criatura que no ama al hombre lo huye, y todo lo que se refiere a él lo pisotea y disipa, porque aterrada por su temor, le resulta molesto que exista, y por eso muchas veces lo ataca para quitarle la vida. «En el mundo estaba,» cuando se revistió del ropaje real de la carne de la Virgen, donde la santa Divinidad se reclinó en su vientre, porque en una naturaleza ajena se hizo hombre, y no como otro hombre, ya que su carne fue inflamada por la santa divinidad. Por lo cual, después del último día, cuando cada hombre haya sido transfigurado, las almas de los elegidos elevarán sus cuerpos por la fe al cielo, que antes estaban en el mundo. Esto Dios lo hará por sí mismo en su poder, que ninguna criatura puede exterminar, porque entonces el hombre, como se ha dicho, se revestirá de carne, y sus huesos serán llenados de médula, pero además si la comida y la bebida y la vida no faltarán, porque entonces en las fuerzas de la divinidad sin ninguna vicisitud de diversidad procederá, porque en el bien es miembro de Cristo, quien en el mundo soportó muchas pasiones y numerosos oprobios, aunque era el Hijo de Dios. Lo cual el diablo, inventor de toda falacia, no pudo saber, quien tuvo un principio, y se apresuró a negar a aquel con todos sus miembros, que rechazan a Dios; pero sin embargo no pudo impedir que el hombre fuera elevado a la vida indeficiente.

«Y el mundo fue hecho por él,» de tal manera que el mundo surgió de él, no él del mundo, porque la criatura procedió por el Verbo de Dios, a saber, todo lo que es de las criaturas, tanto invisibles como visibles, porque hay algunas que no pueden ser vistas ni tocadas, pero hay otras que se ven y se tocan. Pero el hombre tiene en sí ambas cosas, a saber, el alma y el cuerpo, porque fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Por lo cual también ordena con la palabra, y obra con las manos. Así Dios ordenó al hombre según sí mismo, porque quiso que su Hijo se encarnara del hombre. «Y el mundo no lo conoció,» porque los hijos del mundo, a saber, los que siguen al mundo, por la ceguera de su ignorancia no lo conocieron viniendo, ni

lo reconocieron obrando, así como el niño es ignorante de la ciencia y la operación. Por lo cual también aquí en el muslo y en las rodillas del hombre Dios demuestra la infancia ignorante de los incrédulos, porque así como el niño no puede caminar, ya que ni sus médulas ni sus huesos están aún firmados, porque se alimenta de leche y de alimento blando; y porque sin piernas y sin pies el hombre adulto no puede caminar por el muslo y por las rodillas, así cuando la ciencia y el sentido de los incrédulos estaban vacíos del fuego del Espíritu Santo, por el cual debían conocer a Dios, no podían caminar en el camino de la rectitud.

«A lo suyo vino,» porque había creado el mundo, y porque había revestido la carne humana. Por lo cual también todas las criaturas lo mostraron, como la moneda muestra a su dueño. Pues Dios creó el mundo, que quiso preparar como tabernáculo para el hombre; y porque quiso revestir al hombre, por eso lo hizo a su imagen y semejanza. Por lo cual todo lo suyo le pertenecía. «Y los suyos no lo recibieron,» a saber, los que eran suyos porque los había creado, porque los había hecho especialmente a su imagen; pero sin embargo lo descuidaron, donde no reconocieron que era su Creador, y no entendieron que habían sido creados solo por él. Los incrédulos en efecto no recibieron su humanidad, ni por la ceguera de su incredulidad reconocieron a Dios en forma humana. Por lo cual también en las piernas del hombre se designa su juventud, que es necia e inútil, donde atiende a las verdor y las flores y a otra criatura, y donde se estima más sabio que los demás, porque su médula y sus huesos están entonces plenamente firmados. Así hicieron los judíos y los paganos, que amando la vanidad del siglo, se creían saber lo que no sabían, y ser lo que no eran, y no atendieron por la fe a aquel que les había dado carne y espíritu. Así como la juventud se deleita engañada en las criaturas, así el mundo entonces se comportaba en vanidad; y por eso fue necesario que Dios se mostrara a sí mismo a ellos, y los reuniera hacia sí, como también mandó que se desatara y se le trajera la asna y su pollino, donde se puso a sí mismo con la ley de la verdad sobre ellos.

«Pero a todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios,» porque a todos los hombres de ambos sexos que lo recibieron creyendo que era Dios y hombre, porque Dios primero se capta por la fe, luego se recibe que Dios se hizo hombre, les dio con su poder potencialmente esta potestad, para que por su propia voluntad sean hechos hijos de su Padre en el reino celestial, es decir, para que tengan consigo la participación de su reino hechos herederos de su herencia, y esto con la potestad con la que el hijo es heredero de su padre. Pues porque lo reconocieron como Dios y su Creador, y lo abrazaron con caridad y lo besaron con fe, y diligente y cautelosamente inquirieron de él todas sus cosas, el rocío del Espíritu Santo cayó sobre ellos, de tal manera que toda la Iglesia comenzó a germinar de ellos y a producir el fruto de los gozos celestiales. Por lo cual se les dio que por la virtud de la verdadera fe sean hijos de Dios. «A los que creen en su nombre,» a estos que tienen esta fe creyendo que en su nombre por el bautismo serán salvos, se les da la participación del reino celestial, porque todas sus obras las hacen en ardiente amor como si vieran a Dios, y no en la sombra de la fe adorando el nombre de Dios sin obras donde rechazan a los dioses ajenos, que no pueden hacerse a sí mismos, y no son de sí mismos, sino que son compañeros de los hombres. Este nombre, en el que está la verdadera creencia, es tal, que carece de principio, y por él todas las criaturas surgieron, y que es vida, por la cual toda vida respira. Por lo cual también es adorado por toda su criatura. Según estas tres fuerzas que están en este nombre, toda criatura que tiene nombre subsiste de tres fuerzas. Pero también la criatura árida y podrida carece de nombre, porque no es vital. Al nombre de la criatura vital le asisten tres fuerzas, de las cuales una se ve y otra se conoce, pero la tercera no se ve. Pues el cuerpo de la cosa vital se ve, y lo que engendra se conoce; pero de dónde se hace vital, ni se conoce ni se ve. Así también Dios manifestó grandes maravillas por los pies del hombre, porque así como los pies sostienen todo el cuerpo, y lo llevan adonde quiere, así también la fe sostiene

fuertemente el nombre de Dios con las maravillas que pueden ser vistas y no vistas, y que pueden ser conocidas y no conocidas, y lo lleva magníficamente por todas partes. Y el cuerpo del hombre y sus obras se ven; pero mucho más en él está lo que ni se ve ni se conoce. Pero con tanta oscuridad en el hombre, ¿cómo sería manifiesto aquel que lo creó? Pues a este ninguno de los hombres viviendo en el mundo puede conocer tal como es.

«Quienes no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.» Porque el Hijo de Dios dijo: «Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del espíritu, espíritu es (Juan III),» ya que la carne nacida de carne concebida en pecados es; pero porque Dios es espíritu, por Él todos los espíritus han surgido, ni el espíritu se convierte en carne, ni la carne en espíritu; sino que por carne y espíritu el hombre se perfecciona, de otro modo el hombre ni sería ni se llamaría. Dios ciertamente formó a Adán, para que viviera eternamente inmutable; pero él, por desobediencia, transgredió escuchando el consejo de la serpiente. Por eso, la misma serpiente pensó que él perecería por completo, lo que sin embargo Dios no quiso, quien le preparó el exilio del mundo, en el cual concibió y engendró a sus hijos en pecados. Así, hecho mortal con toda su descendencia, se convierte en putrefacción por la espuma del pecado concebido, hasta el último día cuando Dios renovará al hombre, para que después viva con vida inmutable, como fue creado Adán. Sin embargo, esta vida no pudo estar en los hijos que fueron concebidos y nacidos en pecados; sino que surgió en la humanidad del Hijo de Dios, por quien el Padre celestial recordó liberar al hombre que había perecido. Aquellos que se convierten en hijos de Dios por la virtud de las buenas obras, no tienen este poder de ser hijos de Dios por la coagulación de la sangre de los padres, en la cual son sanguíneos, ni por la voluntad de la carne más débil que brota para el parto, ni por la voluntad de la parte más fuerte que es robusta para engendrar; sino que lo reciben por la recompensa de la revelación divina en el lavado del bautismo, y en la efusión ígnea del Espíritu Santo, naciendo ahora de Dios, y convirtiéndose en herederos de su reino. Porque Dios había previsto todas sus obras antes de que fueran formadas, las cuales después en la creación no permanecieron vacías en sí mismas, sino que fueron hechas vitales. Porque la carne sin vida no sería carne, ya que cuando la vida se retira de ella, decae en defecto. Pero el aliento que Dios envió a Adán fue ígneo e inteligible y fue vida. Por eso, por su calor, el limo de la tierra se convirtió en sangre rubicunda. Y así como toda criatura estuvo en la presciencia de Dios antes del tiempo, así también todos los hombres que aún han de nacer están en su presciencia. Pero el hombre es inteligible y sensible; inteligible porque entiende todo, sensible porque siente lo que le rodea, ya que Dios llena toda la carne del hombre con vida, cuando envía en ella el aliento de vida. Por eso, elige la presciencia del bien y del mal, lo que le agrada, y rechaza lo que le desagrada. Pero Dios considera lo que el hombre se propone. Si el hombre se propone lo que no es de Dios, Dios se aparta de él, y pronto le encuentran aquellos que comenzaron el primer mal, a saber, quienes quisieron destruir el cielo, lo que no tocó a Dios, porque sería indecoroso que Dios se destruyera a sí mismo. Pero si el hombre suspira por el nombre de su Padre, y lo llama con buen deseo, las ayudas angélicas estarán con él, para que no sea impedido por los enemigos, y Dios, por la delectación del deseo de las buenas obras, le infunde suavemente como leche primero, y luego le vierte la lluvia de su gracia, por la cual asciende de virtud en virtud con fortaleza. Y de este modo, él en tales virtudes es siempre nuevo hasta su muerte. Pero quien puede hacer algo pequeño y no grande, siempre va con ímpetu, para que logre lo que puede; quien puede hacer muchas y grandes cosas, tiene moderación en ellas con templanza. Porque el diablo quiere una cosa, a saber, seducir las almas a la muerte, ni busca hacer otra cosa ni puede hacerla, y apenas soporta hasta que logra lo que puede hacer. Pero Dios, porque es poderoso en todo y por todo, tiene moderación en todas sus obras, y con templanza de discreción hace

que el hombre se vuelva más fuerte y más dispuesto en la estabilidad de los bienes. Porque cualquiera que va con ímpetu, muchas veces se pone en ruina. Pero el hombre es la significación de todo el honor de Dios, porque la buena ciencia que está en él demuestra a los ejércitos angélicos que sirven laudablemente a Dios; pero la mala ciencia que tiene, manifiesta el poder de Dios, porque Dios la venció cuando expulsó al primer hombre del paraíso. Así sucede en todo hombre, porque en aquel que obra eligiendo el bien por buena ciencia, se muestra la bondad de Dios; y en aquel que al tomar el mal lo perfecciona, se declara el poder de Dios, porque Dios a veces lo juzga, a veces lo perdona. Así, el hombre, como se ha dicho, es vida, y todo lo que se le adhiere es vital por él, porque Dios creó al hombre con todos sus apéndices bajo el sol, para que no esté solo en la tierra, así como Dios no está solo en el cielo, sino que es glorificado en todas las armonías celestiales. Pero estas cosas que están en la tierra alrededor del hombre, perduran con él en la tierra, hasta que se complete el número que Dios ha dispuesto que se complete. Después de la futura resurrección, el hombre bienaventurado no necesitará crecer ni ser alimentado por nadie, porque entonces estará en aquella claridad que nunca pasará ni cambiará. Porque en esa claridad, por la santa Trinidad, el hombre bienaventurado será revestido, y contemplará a aquel que nunca tuvo término de principio ni de fin; y por eso nunca será afectado por la vejez ni el tedio, porque también siempre y nuevo cantará salmos con la cítara. Así, como se ha dicho, por la vida vive la carne, y sin la vida la carne no sería plena; y así la carne con la vida, y la vida con la carne son una. Esto Dios lo consideró cuando en Adán, por el aliento que envió en él, fortaleció la carne y la sangre, porque entonces miró aquella carne con la que había de ser revestido, y la tuvo en ardiente amor.

«Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.» Porque el Verbo que estaba con Dios eternamente antes del tiempo, y que era Dios, por el ardor del Espíritu Santo asumió carne del vientre de la Virgen, a quien así revistió, como las venas son la estructura de la carne, y como ellas llevan la sangre, y sin embargo no son sangre. Porque Dios había creado al hombre, para que toda criatura le sirviera. Por eso también convenía a Dios que tomara el vestido de carne en el hombre. Así, el Verbo revistió carne, es decir, que el Verbo y la carne son uno, no obstante, no como si uno se hubiera transformado en el otro, sino que son uno en la unidad de la persona. Pero también el cuerpo es el vestido del alma, y el alma con la carne tiene los oficios de obrar. El cuerpo sin el alma no sería nada, y el alma sin el cuerpo no obraría, por lo que son uno en el hombre, y el hombre lo permite, y así la obra de Dios, a saber, el hombre, fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Porque cuando el aliento del hombre es enviado por Dios, ese mismo aliento y carne se convierten en un solo hombre. Pero el Verbo de Dios asumió carne de la carne no arada de la Virgen sin ningún calor de incendio, de modo que el Verbo es Verbo, y la carne es carne, y son uno, porque el Verbo que sin tiempo antes de los tiempos estaba en el Padre, no se transformó, sino que solo revistió carne.

«Y habitó entre nosotros,» porque hecho hombre sin pecado habita entre nosotros, no descuidando nuestra humanidad donde también nosotros con el aliento de vida del hombre somos hechos a su imagen y semejanza. Por eso también habitamos en Él, porque somos su obra, y porque en su presciencia siempre nos tuvo, ni se olvidó de nosotros. «Y vimos su gloria,» porque nosotros que estábamos con Él, especialmente lo vimos venir en naturaleza maravillosa sin pecado alguno. «Y gloria como del Unigénito del Padre,» manifestando, porque maravillosamente antes de los siglos nacido del Padre Unigénito, mostró su gloria maravillosamente viniendo del Padre, donde la Virgen lo concibió por el ardor del Espíritu Santo, sin necesitar la obra de varón, cuando cualquier otro hombre es sembrado por varón, es decir, del padre, con pecado. Porque Dios había formado al hombre del limo, y había enviado en él el aliento de vida. Por eso también el Verbo de Dios asumió en el hombre el

vestido real con alma racional, y lo atrajo todo hacia sí y permaneció en él. Porque también el aliento que en el hombre se llama alma perfunde la carne, y la tiene como vestido deleitable y ornamento decoroso. Por eso también la ama, y le consiente, sin embargo, no puede ser vista en ella. De la naturaleza y del deseo del alma, el hombre pide el vestido de vida, y porque Dios no creó ninguna criatura vacía de fuerzas, por eso el hombre siempre obra maravillas. Y el mismo Verbo «lleno de gracia y de verdad» es, porque en plena gracia estaba todo en la divinidad creando, y en la humanidad redimiendo; y en plena verdad existió, porque ninguna mentira de iniquidad y pecado lo tocó, ni se asoció a él, porque es el Señor que en su batalla venció los males, que sin él no son nada. Porque el mismo Verbo, es decir, el verdadero Hijo de Dios, está lleno de gracia, dando y perdonando según su misericordia, quien no se vació a sí mismo en la divinidad, sino que revistió humanidad; y su humanidad está llena, porque ninguna arruga de pecado tocó la naturaleza humana. También está lleno de verdad, porque da, perdona y juzga como es justo; lo que el hombre no hace, porque fue concebido y nacido en la arruga de los pecados. Así, Dios es redondo, semejante a una rueda, creando todo y queriendo el bien, y perfeccionando el bien. Porque la voluntad de Dios preparó todo lo que el Verbo de Dios creó. Por tanto, todo hombre que teme y ama a Dios, abra con estas palabras la devoción de su corazón, y sepa que no por el hombre, sino por mí, han sido pronunciadas para la salvación de los cuerpos y las almas de los hombres.

PARTE SEGUNDA.

VISIÓN QUINTA.

Visión de gran admiración, en la cual se describe con aguda sutileza el orbe dividido en cinco partes, así como las dimensiones y cualidades de esas partes, tanto de luz y amenidad como de penas y horror de tinieblas; también dos globos, uno rodeado de color zafiro, otro resplandeciente con rayos luminosos con sus circunstancias.

I. Luego vi la redondez de la tierra dividida en cinco partes, de modo que una parte estaba al oriente, otra al occidente, la tercera al sur, la cuarta al norte, y la quinta en medio de estas. Y el ámbito de la parte oriental y el ámbito de la parte occidental eran de igual medida, y ambos tenían la forma de un arco extendido. El ámbito de la parte meridional y el ámbito de la parte septentrional, siendo de una medida, se igualaban en longitud y latitud a las dos partes anteriores, excepto que en sus límites interiores, debido a los límites interiores arqueados de esas dos partes anteriores, parecían truncados, e imitaban la forma de un arco extendido excepto en sus límites interiores truncados. Porque estas dos partes, a saber, la parte meridional y la parte septentrional, se dividían en tres partes, de las cuales dos medias de esas partes eran de una forma y una medida. Las otras cuatro, que estaban en los extremos, tenían una forma diferente pero igual entre sí, y eran iguales en longitud y latitud a las dos partes medias, excepto que en sus límites interiores eran más estrechas, y en los exteriores más anchas que las otras dos, según la parte oriental y la parte occidental mencionadas anteriormente, que en ambos extremos, como se ha dicho, al curvarse, concedían a estas un espacio más estrecho aquí, más amplio allá. Pero la quinta parte de las partes anteriores, que estaba en medio de todas estas, aparecía en forma cuadrada, y estaba impregnada en algunos lugares de ardor, en otros de frío, y en otros de un temperamento de aire. Y la parte oriental mencionada brillaba con mucha claridad; pero la occidental se oscurecía cubierta de cierta tenebrosidad; la meridional, que se distinguía en tres divisiones, tenía dos divisiones llenas de ciertas penas. La tercera, que se veía en el medio, no estaba llena de penas, sino que se mostraba horrenda con ciertos terrores monstruosos. Lo mismo hacía la parte septentrional, que también tenía tres separaciones, mostrando horrenda en dos separaciones extremas con diversas penas abundantes, y en la media con muchos horrores o penas. Pero hacia el oriente,

sobre la mencionada redondez de la tierra, en cierta altura veía un globo rojo rodeado por un círculo de color zafiro, del cual a la derecha e izquierda parte de cada lado del mismo círculo salían dos alas, de las cuales una de esas dos partes de cada lado del mismo círculo se extendía hacia arriba en lo alto, de modo que ambas al curvarse en su cima se miraban entre sí; la otra descendía desde esas partes hacia abajo hasta la mitad de la mencionada redondez de la tierra, de modo que esas mismas alas cubrían abrazando la misma media redondez fuera del firmamento. Y desde esa mitad, el círculo rojo extendiéndose en forma de arco, abarcaba toda la parte exterior del occidente, así como ciertas divisiones que estaban fuera de la redondez de aquella, es decir, desde el término de la mencionada ala meridional alrededor del occidente, hasta el término del ala septentrional se retorció. Desde la misma redondez hacia el oriente, entre las mencionadas alas, aparecía como un edificio ascendiendo hacia arriba hasta el mencionado globo, y desde ese globo hacia arriba hasta la mitad de las mencionadas alas se extendía como una plaza, sobre la cual brillaba como una estrella blanca.

Y luego entre la cima de esas mismas alas se veía como un globo ígneo emitiendo ciertos rayos de sí mismo, de modo que desde la cima de la mencionada redondez de la tierra hasta el mencionado globo rojo, como desde ese globo hasta la mencionada estrella blanca, y desde esa estrella hasta el mencionado globo ígneo, había espacios iguales. Entre las alas anteriores de cada lado de la mencionada plaza, desde el mencionado globo alrededor de la estrella mostrada hasta el mencionado globo ígneo, se veían como ciertos rayos de estrellas discretos. Pero también hacia el occidente fuera de la mencionada redondez de la tierra aparecían tinieblas, que desde cada lado de esa misma redondez descendían hacia la mitad de la misma donde también las mencionadas alas descendían hacia abajo, extendiéndose en forma de arco. En las cuales entre el ángulo occidental y el ángulo septentrional había otras tinieblas más densas y agudas, como teniendo la forma de una boca horrible y devoradora, adhiriéndose a otras tinieblas densísimas y pésimas, infinitas, que estaban fuera de estas, como si fueran su boca y abertura. Pero estas tinieblas infinitas las conocía, pero no las veía. Y nuevamente escuché una voz del cielo que me decía:

Porque la sabiduría o potencia del artífice Dios resplandece maravillosamente en esto, que el elemento tierra no es angular, sino redondo, y dividido en cinco partes no más ni menos por cierta causa de razón en medio de los otros tres elementos lo ha suspendido inmóvil, y que al hombre a semejanza de la división quintuple de la tierra, y en esta vida lo ha dotado de cinco sentidos, y en el futuro lo restituirá íntegro del polvo del sepulcro.

II. Dios suspendió el orbe de la tierra en medio de los tres elementos de tal manera que no pueda caer ni disolverse, y en esto se muestra maravilloso y poderoso, ya que tampoco reduce la carne ni los huesos del hombre al polvo de tal manera que no los restituya en el último día a su integridad. También hizo otra parte de la tierra luminosa, otra tenebrosa, otra horrible, otra penal, otra apta para el hombre, y otra inadecuada, ya que algunas almas las asocia a su reino, y otras las condena al infierno por justo juicio. Porque ves la redondez de la tierra dividida en cinco partes, de modo que una parte está al oriente, otra al occidente, la tercera al sur, la cuarta al norte, y la quinta en medio de estas; y esto es así, porque si la tierra fuera angular y no redonda, sus ángulos le traerían defecto e inestabilidad de peso. Y si no estuviera dividida en cinco partes, no se equilibraría con justa medida, porque las cuatro partes exteriores la equilibran en rectitud, y la quinta, que es la media, la hace sólida y estable en esa rectitud, indicando también que el hombre, a quien la tierra representa, se solidifica con los cinco sentidos que en él vigilan, y se dirige hacia las cosas necesarias para él y hacia la salvación de su alma.

También sobre las cinco distinciones de la tierra, cómo se temperan mutuamente con cualidades nativas, y cómo se adaptan a los cinco sentidos de los hombres.

III. Por lo tanto, una parte orientada hacia el este proporciona a la parte media un buen jugo y una utilidad verde, de la misma manera que la vista del hombre, dirigida hacia el amanecer de la claridad, suministra al cuerpo y al alma salud. La otra, mirando hacia el oeste, a veces da humedad buena y a veces nociva a la misma parte, así como el oído, sacudiendo y penetrando todo el cuerpo del hombre como hacia el oeste, a veces anuncia prosperidad, a veces adversidad, a veces salud del alma, a veces desesperación. La tercera, inclinada hacia el sur, introduce a la misma parte un calor templado por el frío soplo de los vientos, así como el olfato, que, como un vapor que surge del calor, infunde al hombre un olor procedente de temperamentos cálidos y fríos, y un aroma que viene de suspiros superiores. Pero la cuarta, tendiendo hacia el norte, introduce a la parte media mencionada el frío que viene del norte y el calor que viene del este, como el gusto que recibe lo frío, discerniendo lo frío y lo caliente, sacudiendo al hombre con un sabor diverso y una dulzura superior. La quinta, existiendo en medio de estas, se fortalece en solidez por ellas y se templea con diversas infusiones, de la misma manera que el tacto, que, como si estuviera en medio de los otros sentidos, se vigoriza por ellos, ya que todos le otorgan fuerzas y lo consolidan para la vegetación, como también se muestra en la disposición de los dedos, porque a través de ellos se realizan obras que miran hacia la recompensa eterna. Y como ves, el ámbito de la parte oriental y el ámbito de la parte occidental son de igual medida; y ambos tienen la forma de un arco extendido, ya que el sol al salir y al ponerse ocupa espacios iguales de tierras en el circuito de su curso. Esto también muestra que la vista, a través del conocimiento del bien y del mal, está en esta similitud, a saber, que así como la vista, a través del conocimiento del bien, tiende hacia arriba hacia lo que es bueno, así también a través del conocimiento del mal descende hacia abajo hacia lo que es malo; por aquel, apartándose del mal, por este, recurviéndose del bien. También el ámbito de la parte austral y el ámbito de la parte septentrional, existiendo en una medida, se igualan en longitud y latitud a las dos primeras partes, excepto que en sus límites interiores, debido a los límites interiores arqueados de esas dos primeras partes, parecen truncados. También imitan la forma de un arco extendido, excepto por sus límites interiores truncados, porque tanto como la tierra ocupa el sur en calor, tanto el norte en frío; en esto también imitan la longitud y la latitud del este y el oeste, excepto que los límites de ellos que se dirigen hacia la quinta parte de las partes mencionadas se constriñen un poco por la extensión de la parte oriental y también occidental, aunque en otros lugares imitan la similitud de un círculo. Así también el olfato, a través del olor de las virtudes, tiende a la derecha, y el gusto, a través del sabor de los vicios, a la izquierda; en este intento tienen como un estudio par, aunque contrario, asimilándose a su origen, ya que aquel se adapta al bien, este al mal; pero al final, ninguno de estos en el inicio de su comienzo puede tener la plenitud de su esfuerzo, porque cuando el hombre comienza por primera vez ya sea el bien o el mal, se constriñe conscientemente en el mismo hecho, ya que aún no se atreve a entregarse completamente a ello.

Que al contemplar la división de las dos partes de la tierra, a saber, la austral y la septentrional, en tres subdivisiones cada una, estas aparezcan, y cómo deben entenderse según el cuerpo, el alma y las obras del hombre.

IV. Pues estas dos partes, a saber, la parte austral y la parte septentrional, se distinguen en tres partes, que de un lado por el ardor, de otro por el frío, de otro por las serpientes son inhabitables para los hombres. Esto también demuestra que cuando el olfato asciende al olor de las virtudes, y el gusto declina al sabor de los vicios, tocan el cuerpo del hombre, su alma

y sus obras de manera diversa, donde también lo muestran como inhabitable, si no entiende qué es el cuerpo, qué es el alma, qué son las obras en él, y si tampoco sabe discernir en sí mismo el temperamento correcto. De las cuales dos medias de esas partes son de una forma y una medida, ya que la parte austral y la parte septentrional, existiendo en medida recta, también conceden sus justos moderamientos con su rectitud, y designan que el alma en el olor de las virtudes y en el sabor de los vicios, existiendo como media entre el cuerpo y sus obras, es de un moderamiento y disposición, cuando suspira a Dios temiendo el mal. Pero las otras cuatro, que están en los extremos, tienen una forma diferente, pero sin embargo igual entre sí y una distinción igual, porque aquellas tanto en la parte austral como en la septentrional, extendidas desde ambos lados de las partes medias mencionadas, en sus límites interiores, que miran hacia la quinta parte mencionada, están algo constreñidas. En sus límites exteriores, sin embargo, tienen una cierta amplitud, donde parecen tener una forma diferente a la que tienen las partes medias mencionadas, pero siendo similares entre sí en forma y disposición; lo que demuestra que el cuerpo del hombre y sus obras, que le imponen un término cuando sienten en sí mismos un defecto, tienen una función diferente, en la que sin embargo están de acuerdo entre sí, que la que tiene el alma, cuando infunde al hombre la vegetación del cuerpo y de los sentidos plenamente. Pues cuando el cuerpo cae, sus obras se atenúan; pero cuando el alma levanta el cuerpo, las obras del cuerpo se elevan. Y son iguales en longitud y latitud a las mismas dos partes medias, excepto que en sus límites interiores son más estrechas, y en los exteriores más anchas que las otras dos, según la parte oriental mencionada y la parte occidental, como se ha dicho, al curvarse en ambos extremos, conceden a estas un espacio más estrecho aquí, más amplio allá. Esto es así porque estas partes que están en ambos lados de las medias, tienen la longitud de las mismas medias, pero la latitud hacia la quinta parte mencionada es menor que las mismas partes medias; hacia su término exterior, sin embargo, más amplia que ellas, en otros lugares igual a ellas, porque ambos extremos, a saber, de la parte que se dirige al este, y de la parte que se extiende al oeste, según el modo del arco junto a los límites interiores de las cuatro partes similares mencionadas, se contraen. Pero todas estas cosas también designan que el cuerpo del hombre y sus obras se extienden en él para su sustentación, según el alma se excita en él para su fortalecimiento, por lo que el mismo cuerpo y las mismas obras del hombre en seguridad se hacen más estrechas, pero en duda se hacen muchas veces más amplias de lo que el suspiro del alma desea, porque aquella apetece el modo de la rectitud, pero el cuerpo del hombre corre más a menudo hacia la desmesura en sus obras.

Que también la quinta parte media de todas, apareciendo cuadrada, y dividida también en una triple distinción, se haga inhabitable por el calor, inhabitable por el frío, y habitable por el temperamento; y qué se significa aquí por esto en la conversación del hombre.

V. La quinta parte de las partes anteriores, que está en medio de todas estas, aparece en forma cuadrada, de modo que sea contenida y perfundida equitativamente por las demás, designando también que el tacto tenga la perfección de las obras y no la ligereza de los vicios. Y en otros lugares está perfundida por el ardor, en otros por el frío, y en otros por el temperamento del aire, porque el ardor del sol la quema aquí por su proximidad, el frío la constriñe allí por su lejanía, haciéndola inhabitable para los hombres. Sin embargo, la templanza del calor y del frío la hace habitable aquí, de la misma manera que los dedos, aunque diferentes entre sí, fortalecen la mano con su fortaleza, y como los cinco sentidos del hombre, aunque sean disímiles entre sí, pasando como por fuego y agua de tentación, se ofrecen mutuamente ayudas de auxilio para las virtudes. Pero estos mismos lugares habitables demuestran a los hombres fieles, que rumiando siempre la ley divina, y elevándose completamente hacia la vida superior, se hacen habitables en buenas obras; pero los

inhabitables designan a los infieles, que intentando resistir y oponerse a las palabras de Dios, y negando la fe, y esforzándose por lacerar y romper la verdad y solidez de la misma fe, se hacen inhabitables por estas perversidades, porque no conceden al Espíritu Santo un lugar en sí mismos.

Asimismo, sobre las cualidades de esas cuatro partes, y en qué lugares se colocan las almas de los penitentes para ser purgadas, a veces leves, a veces graves, a veces muy severas, según los modos de las culpas de aquellos que son examinados; y por qué en los límites medios de esas partes no hay penas, sino ciertos horrores monstruosos.

VI. Y la parte oriental mencionada brilla con mucha claridad, porque en ella está el lugar de placer y delicias, teniendo en sí el refrigerio de las almas bienaventuradas, y advirtiendo al alma que fije la vista interior en la visión de la verdadera luz. Contra los vicios de muchos pecados, por los cuales los hombres transgreden la justicia, hay lugares penales y transitorios colocados en los cuatro ángulos de la tierra, en los cuales las almas de los salvados, según lo que exigen sus culpas, son examinadas despojadas de sus cuerpos. Por lo tanto, la parte occidental, cubierta por una cierta oscuridad, se oscurece, conteniendo en sí las penas de los pecados leves y menores, a saber, de aquellos hombres que pecan por ignorancia, y mostrando en ellos el oído de los hombres apartado del clamor de la verdad. La parte austral, que está dividida en tres distinciones, tiene dos distinciones, que están en los extremos, llenas de ciertas penas, en las cuales se castigan los fuertes pecados de aquellas almas que, mientras estaban en sus cuerpos, descuidaron el olor de las virtudes. Pues en la distinción de este ángulo, que está entre el este y el sur, hay penas muy severas de aire ígneo y ventoso, y de otros tormentos, en los cuales se investigan las peores obras de homicidas, ladrones, y de algunos otros hombres, porque los juicios de Dios están siempre preparados sobre la impiedad e infidelidad, y sobre los pecados y horribles sentidos que intentan oponerse a Dios. En la distinción del ángulo que está entre el sur y el oeste, abundan las peores penas, de modo que allí en verano hay frío, en invierno hay ardor, y otras penas existen, por las cuales se purgan las almas despojadas de sus cuerpos de aquellos que apenas tienen penitencia por sus muchos y grandes pecados, incluso al final de su vida; por lo que, careciendo del olor de las virtudes, apenas se salvarán. La tercera, que parece ser media de estas, no se muestra horrenda por penas, sino por ciertos terrores monstruosos, porque si esta también, como las otras dos, abundara en penas, esas mismas penas, por su superfluidad, harían inhabitable la morada de los hombres en la tierra, ya que ahora, por los muchos horrores que hay en ella, muchas veces envía pestilencia a los hombres y animales, y daño a los frutos, porque los hombres no infunden el olor de las virtudes en sus almas. Y la parte septentrional, que también tiene tres separaciones, en dos separaciones extremas muestra que abunda en diversas penas, en las cuales se purgan las almas de aquellos que, posponiendo el gusto de la vida, siguieron las concupiscencias de su carne. En la separación de este ángulo, que está entre el este y el norte, hay penas muy duras de frío y vientos y otros tormentos, en los cuales se examina la infidelidad de ciertos hombres incrédulos, que, mientras permanecían en el mundo, imitando la incredulidad, descuidaron el gusto de la verdadera fe, regresando a la fe católica solo en la hora de su muerte a través de la penitencia, finalmente recibieron el gusto de la rectitud. Y en la separación de este ángulo, que está entre el norte y el oeste, abundan las penas más inmundas de humedad fangosa, hedor mortal y humo, así como otros tormentos, en los cuales se investigan las obras de los adúlteros, glotones y borrachos, que tuvieron el gusto de la vida como algo ajeno. Pero la media se muestra horrenda con muchos horrores sin penas, como se ha dicho, porque esta, teniendo muchos horrores en sí, si también abundara en penas, la morada de los hombres sería infectada por sus vientos, solo los horrores que hay en ella a veces infligiendo peligros a los hombres y otras criaturas, cuando

los hombres conducen el sabor de la vida a la insensatez. Y así como en el hedor de la suciedad brotan gusanos, también del hedor de los pecados ascienden penas en los ángulos mencionados. Por lo tanto, muchas veces de esas mismas penas, el humo se extiende sobre la tierra donde habitan los hombres, preparando una gran pestilencia en los hombres y en los animales.

Que los juicios de Dios que vienen sobre la tierra o los hombres se derraman de los lugares penales de esas partes, y que contra las penas o las tinieblas del infierno, para que no ocupen el mundo, se han opuesto ciertos montes altísimos y durísimos, y en qué lugares de las partes se colocan las almas para ser examinadas según la calidad de sus delitos.

VII. Pero estos juicios que vienen sobre la tierra y sobre los hombres proceden de los ángulos mencionados, de modo que se derraman muchos males de ellos; pero sin embargo, contra las horribles tinieblas de las penas infernales, se han colocado montes altísimos y durísimos, que no pueden ser desgarrados por ninguna tempestad, resistiendo a las tinieblas, defendiendo la tierra, como paredes que sostienen una casa para que no se derrumbe. Y porque el hombre, consistiendo en cinco sentidos, siempre peca, por eso en las cinco partes mencionadas de la tierra sufre purgación; pero pequeñas penas en la oscuridad mencionada de la parte occidental las sufren aquellos para quienes la tierra presente, mientras estaban en sus cuerpos, fue como una cárcel por amor a las cosas celestiales. Pero aquellos que sirven a la voluptuosidad de la carne, son purgados en otras penas purgatorias, que están en las partes del sur y del norte, como se ha dicho, porque aunque pecaron, no rechazaron a Dios ni la fe justa. Estas dos partes principales de la redondez de la tierra mencionadas, a saber, del este y del oeste, así como los cuatro ángulos del sur y del norte, como se ha dicho, el hombre mortal no las habita, porque por la inmutabilidad del calor o del frío, o por otras incomodidades de ellas, no podría vivir en ellas, de la misma manera que si el hombre se exaltara en exceso, o si cayera en desesperación, o si, descuidando la derecha, se inclinara hacia la izquierda, no recibe al Espíritu Santo en el habitáculo de su corazón. Así que Dios ejerce sus juicios muchas veces sobre los cuatro ángulos de la tierra, como mi elegido Juan vio en el Apocalipsis, como dice:

Palabras del Apocalipsis del apóstol Juan concordantes con esto, en las cuales se describen sutilmente los cuatro tiempos y sus cualidades desde el principio hasta el fin del mundo, a través de los cuatro caballos blanco, rojo, negro y pálido.

VIII. «Y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba tenía un arco, y le fue dada una corona, y salió venciendo para vencer (Apoc. VI).» Esto debe considerarse así: El primer tiempo que comenzó en Adán fue como un caballo blanco, porque el hombre, por ignorancia, transgredió, sobre lo cual Dios puso la ira de su castigo, que también contenía venganza en sí misma, a la cual Dios le dio el poder de la victoria, y de superar a los enemigos, de tal manera que incluso en la batalla de las batallas luchara contra el antiguo dragón. Y puso esta venganza en el defecto de la ley que había dado a Adán, como también en el defecto del diluvio, hizo un arco en las nubes del cielo. Este tiempo perduró desde la expulsión de Adán hasta el diluvio, en el cual Dios, en la ira de su arco, sumergió a todo el pueblo, excepto a aquellos que fueron salvados en el arca, por las aguas que, como truenos, resonaron. Y así como en el primer tiempo Dios mostró el arco de su ira en venganza, así también después del diluvio dio el arco en las nubes del cielo como señal de que no volvería a sumergir todo el mundo con el sonido atronador de las aguas, donde también prefiguró la salvación de los fieles a través del bautismo. Y nuevamente sigue: «Y salió otro caballo rojo, y al que lo montaba le fue dado el poder de quitar la paz de la tierra, y para que se mataran unos a otros, y le fue dada una gran espada (ibid.).» Esto debe considerarse así: Este caballo es el tiempo

en el que, después del diluvio, por la ira de Dios, en justo juicio, fue quitada la paz de aquellos que se opusieron a Dios, porque no buscaban la paz de Él, ni la daban a los hombres, y por eso también el juicio de Dios permitió que se mataran cruelmente entre sí, ya que habían abandonado la fidelidad a Él, como el alma se mata a sí misma cuando no busca adherirse a Dios. Luego está escrito nuevamente: «Y he aquí un caballo negro, y el que lo montaba tenía una balanza en su mano (ibid.).» Y sigue: «Un litro de trigo por un denario y tres litros de cebada por un denario, y no dañes el vino y el aceite (ibid.).» Esto debe considerarse así: El tiempo en el que, después de la pasión del Hijo de Dios, surgieron perseguidores en la Iglesia, este caballo es negro, es decir, por la incredulidad, donde los incrédulos, despreciando la fe, atrajeron sobre sí la negrura de la infidelidad; pero la ira de Dios pesaba con justa medida el sufrimiento de los mártires, una pena digna para los torturadores, pero gloria eterna para los mártires. Pues la victoria de los mártires era la raíz fecunda de todas las virtudes, que emitieron sus frutos en ellos, quienes se abstuvieron de los banquetes de su propia voluntad y de la ley según la carne; y en quienes el defecto de la voluntad de la carne se convirtió en amor a la vida eterna, la fe que contiene cada fiel, y esto también se hizo en el hambre bendita, en la que los fieles tienen hambre y sed de justicia. Así también la balanza es aquello por lo cual el hombre se alimenta de los frutos de la tierra en la abstinencia espiritual, y lo que en la virgen ama la patria celestial por naturaleza. Por lo tanto, este tiempo era de los mártires, que estaba mezclado con la negrura del norte, cuando los mártires fueron asesinados por los injustos, como corderos por lobos. Por eso también en el juicio de este tiempo se dio la balanza, para que pesara en un litro, estos dos, a saber, la abstinencia y el amor a la patria celestial, que son de los mártires, como se ha dicho. Pues los mismos mártires afligen su cuerpo por la abstinencia, y miran al deseo celestial, como el águila pone sus ojos en el sol, lo que designa un litro de trigo, comprando un denario de vida. Pero aquellos que según los preceptos de la ley se contienen de los pecados por la abstinencia y se apartan de la compañía del hombre o la mujer, y dejando sus riquezas se hacen pobres, todo lo cual es muy duro y áspero, por los tres litros de estas asperezas, en el amor de un denario, que es la patria celestial, están unidos a sí mismos, y esto lo hace la sabiduría, que todo lo pondera equitativamente por misericordia, porque Dios es misericordioso sobre todos. De esta manera, el vino y el aceite no se dañan, cuando por el arrepentimiento y la misericordia el hombre es redimido de sus pecados. Y nuevamente sigue: «Y he aquí un caballo pálido, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte y el infierno lo seguía. Y le fue dado poder sobre las cuatro partes de la tierra, para matar con espada, con hambre, con muerte, y con las bestias de la tierra (ibid.).» Esto debe considerarse así: Este caballo denotado es el tiempo en el que todas las cosas legales y la plena justicia de Dios, como en palidez, serán consideradas como nada, donde los hombres dirán: No sabemos lo que hacemos, y aquellos que nos mandaban hacer estas cosas, no sabían qué decir, y así, sin temor ni temblor del juicio de Dios, despreciarán todo esto, y también lo harán por la persuasión diabólica. Pero estas obras mataron en la ira de Dios, y perecieron en grandes batallas porque por sus venganzas no juzgará, y las pisoteará por completo, porque traerá muerte a aquellos que no se arrepienten y los condenará a lugares infernales. Pues también en ese tiempo, por todos los confines de la tierra, habrá contiendas con espadas en ellos, y los frutos de la tierra serán quitados, y los hombres perecerán por muerte repentina y por mordeduras de bestias.

Que el antiguo enemigo, envidiando al hombre la gloria celestial que perdió, siempre se regocija en sus penas, y por eso se esfuerza ardientemente en contaminarlo con el horror del odio, el homicidio, el crimen sodomítico y otros vicios.

IX. Así, la antigua serpiente se regocija de todas las penas mencionadas anteriormente, con las que el hombre es castigado ya sea en el alma o en el cuerpo, para que, como él mismo perdió la gloria celestial, el hombre tampoco llegue a ella. Pues cuando sintió que el hombre había consentido en su consejo, se esforzaba por hacer guerra contra Dios diciendo: «Ahora en el hombre completaré toda mi voluntad.» Y luego, en su odio, envió un consenso odioso entre los hombres, para que se mataran unos a otros. Y decía: «Haré que los hombres mueran, y los destruiré más de lo que yo mismo he sido destruido, porque, siendo yo, ellos no son.» También tuvo en su soplo que la descendencia de los hijos de los hombres pereciera, donde los hombres ardieron en hombres, haciendo cosas vergonzosas. Por lo cual, muy regocijado, clamaba: «Es la mayor blasfemia para aquel que formó al hombre, que el hombre en su forma se desvanezca, rechazando el uso natural de las mujeres.» Así, en la sugestión diabólica, son infieles y seductores; en el odio y el homicidio, son ladrones y saqueadores; en el pecado contrario de los hombres, es la transgresión más inmundicia y todos los vicios. Y cuando estos pecados se unan entre los pueblos, entonces la constitución de la ley de Dios se dividirá, y la Iglesia será sacudida como una viuda, y los príncipes, nobles y ricos serán expulsados de sus lugares por sus menores, y serán perseguidos de ciudad en ciudad, y la nobleza de su linaje será reducida a nada, y de las riquezas serán llevados a la pobreza. Todo esto sucederá cuando la antigua serpiente silbe la variedad de costumbres y la variedad de vestimentas en el pueblo, a quien ellos imitarán, rechazando esto, atrayendo aquello, renovándose y variando siempre en las obras mencionadas. Pero el mismo antiguo enemigo y otros espíritus malvados perdieron la belleza de su forma, pero no perdieron el soplo de la racionalidad, y por temor a su Creador no muestran a ninguna criatura mortal la forma de su perdición tal como es; pero con sus sugerencias acechan a cada hombre según sus costumbres, encontrando también algo similar a su malicia en el resto de la creación. Sin embargo, Dios ha instituido una gran batalla contra su impiedad, cuando la racionalidad del hombre resiste a la racionalidad de ellos, y los confunde, y esta batalla perdurará hasta el último día, donde también la confusión los manchará por completo, y donde el hombre que los ha superado recibirá la recompensa de la vida.

Que por el globo rojo y las alas que lo rodean por arriba y por abajo en esta visión se muestra el cielo de Dios con el que se castigan los pecados con caridad, y se muestran sus defensas con las que se protege a los que han de ser salvados.

X. Pero lo que ves hacia el oriente sobre la redondez de la tierra mencionada, en cierta altura, un globo rojo rodeado por un círculo de color zafiro, esto es que en la región del oriente, designando el nacimiento de la justicia, superando el entendimiento humano, y permaneciendo en la altura de los secretos celestiales, se muestra el cielo de Dios en su potencia con la justicia de la caridad, porque aunque Dios es poderoso para llevar a cabo sus juicios, sin embargo, los completa a través de la equidad de la caridad. De cuya parte derecha e izquierda proceden dos alas, de las cuales una de las dos partes se extiende hacia arriba en lo alto, de tal manera que ambas en su cima se curvan y se miran entre sí, porque tanto en las cosas prósperas como en las adversas, es decir, en la suave inspiración y en la corrección áspera, la protección divina se muestra para la tutela del hombre, concluyendo y conservando en la altura de su majestad aquellas cosas que a través de él tienden hacia lo alto; pero la otra desciende hacia abajo desde las mismas partes hasta la mitad de la redondez mencionada de la tierra, de tal manera que las mismas alas cubren la misma mitad de la redondez fuera del firmamento, porque así como la defensa superior protege las cosas que están en los cielos, así también protege las que están en los inferiores, pero inclinándose hacia la plenitud de la buena voluntad de los hombres, y poniéndola en el abrazo del verdadero amor.

Que por el círculo rojo en forma de arco que se extiende alrededor de la parte exterior del occidente, se designa la extensión de la venganza de Dios sobre aquellos que están fuera de la integridad de la verdadera fe y del ámbito de las buenas obras.

XI. Y desde la misma mitad, un círculo rojo en forma de arco se extiende, abarcando toda la parte exterior del occidente, así como algunas distinciones que están fuera de esa redondez, porque desde esa perfección en la que Dios misericordiosamente acoge a los que lo adoran, el fuego de su celo a través de la venganza de la justa extensión juzga justamente a aquellos que caminan fuera del ámbito de las buenas obras, y a aquellos que están fuera de la integridad de la verdadera fe, y los condena a lugares de castigo, es decir, desde el término de la mencionada ala austral alrededor del occidente hasta el término de la ala septentrional, volviéndose, cuando desde la prosperidad de la vida presente arroja las obras culpables, las envía a la aspereza de sus flagelos, porque no han mantenido la verdad de la justicia. Pero lo que desde esa redondez hacia el oriente entre las alas mencionadas aparece como un edificio que asciende hacia arriba hasta el globo mencionado, esto es que apartándose de las causas terrenales a través del nacimiento de la justicia entre la protección de Dios, la ciudad construida con piedras vivas dirige su mirada al juicio de Dios, glorificándolo, porque las almas fieles alaban a Dios continuamente, porque todo lo dispensa rectamente.

Del edificio que aparece sobre la redondez de la tierra, de la plaza y la estrella que resplandece sobre ella, y de otro globo y los rayos de las estrellas que brillan entre esas alas, y de los espacios por los que todas estas cosas se distancian, cómo se refieren a la ciudad de Dios, que es la Iglesia, y a Cristo, y al Espíritu Santo, y sus dones, y a los ángeles, cuya custodia protege a los santos.

XII. Y desde ese globo hacia arriba hasta la mitad de las alas mencionadas se extiende como una plaza, sobre la cual resplandece como una estrella blanca, porque desde los juicios de la potencia de Dios hacia la perfección de sus protecciones se dirige un camino, sobre el cual florece la virginidad, donde aparece el Hijo de Dios encarnado nacido de una Virgen, a quien una gran multitud que ama la virginidad y toma la perfección, sigue con devoción piadosa. Y luego entre la cima de esas alas aparece como un globo ígneo emitiendo algunos rayos de sí mismo, porque en la altura de las defensas celestiales el Espíritu Santo se manifiesta otorgando muchos dones a sus elegidos. Desde la cima de la redondez de la tierra mencionada hasta el globo rojo mencionado, y desde ese globo hasta la estrella blanca mencionada, y desde esa estrella hasta el globo ígneo mencionado, hay espacios iguales, porque los juicios de la potencia de Dios y las obras de la virginidad, así como los dones del Espíritu Santo, no disienten entre sí, sino que concuerdan con moderación equitativa, porque lo que exhala la gracia del Espíritu Santo, eso lo confirman las obras de santidad, y los juicios divinos lo juzgan justamente. También entre las primeras alas de cada lado de la plaza mencionada desde el globo mencionado alrededor de la estrella demostrada hasta el globo ígneo mencionado, aparecen como algunos rayos de estrellas discretos, significando que en esa protección que está arriba en los cielos, los caminos de la virginidad están cubiertos por todas partes, cuando por la potencia invicta esa virginidad, que comenzó en el Hijo de Dios, y fortalecida por la fortaleza del Espíritu Santo, no carece en absoluto de la custodia de los espíritus angélicos, porque la virginidad, siendo compañera de los ángeles, merece su consorcio. Pues mi Hijo, por la suavidad de su humanidad, reúne a aquellos que lo imitan con devoción fiel de castidad, y que temiendo los juicios de Dios, por la inspiración del Espíritu Santo, infligen a sus cuerpos la pasión de ese mismo Hijo mío, resistiendo a las concupiscencias de su carne.

De las tinieblas exteriores y de las penas o tormentos de diverso género en los que las almas de los condenados son atormentadas con el diablo y sus seguidores, en qué partes se encuentran, y que ningún viviente en el cuerpo puede comprender los terribles tormentos del infierno.

XIII. Pero también hacia el occidente, fuera de la redondez de la tierra mencionada, aparecen tinieblas, que desde cada lado de esa misma redondez hasta la mitad de ella, donde también las alas mencionadas descienden hacia abajo, se extienden en forma de arco, que en esa región fuera del mundo son las tinieblas exteriores; desde un lado hasta la mitad de la región del sur, desde el otro hasta la mitad de la región del norte, prolongándose así por la maldad de la rebelión contra la plenitud de la protección de Dios, donde el antiguo guerrero, que domina en ellas sobre las almas entregadas al olvido, se regocija de tener tormentos. En los cuales, entre el ángulo occidental y el ángulo septentrional, hay otras tinieblas más densas y agudas que tienen la forma de una boca horrible y devoradora, que en esas partes fuera del mundo, siendo su amargura la boca del pozo infernal, devoran las almas de los condenados, y las atormentan con terribles aflicciones, porque aquellos que más hacen las obras de la condenación que amar a Dios siguen al diablo. Pero esas tinieblas están adheridas a otras tinieblas densísimas y pésimas e infinitas que están fuera de estas, como si fueran su boca y su abertura, que son los lugares infernales, en los que abundan todos los géneros de penas sin consuelo, separadas de otras penas, porque son más agudas, y devoran todo lo que Dios juzga que debe ser olvidado, por lo cual las almas de aquellos que por la infidelidad de la incredulidad y por las obras de execración entregan a su Creador al olvido son atormentadas. Por lo tanto, conoces estas infinitas tinieblas; pero no las ves, porque el infierno y sus terribles tormentos el hombre puede saber que existen por conocimiento e intelecto, pero mientras está en el cuerpo, no puede verlos perfectamente con ningún ojo mortal, ni tampoco puede discernir qué y cuántos tormentos hay en ellos, así como no conoce su alma ni sus méritos mientras vive en el mundo.

Porque Dios, siendo la única vida en sí mismo, no recibió el ser de nadie, sino que dio el ser a todos; también sobre la creación de los ángeles y la caída de los soberbios, y la confirmación de los espíritus bienaventurados, y que el diablo, aunque siempre trabaje en ello, no puede destruir el número de los que han de ser salvados.

XIV. Dios, por tanto, que hizo todas las cosas que se han dicho, es la única vida, de la cual toda vida respira, como también el rayo del sol, y es el fuego del cual se enciende todo fuego que mira hacia la bienaventuranza, así como las chispas proceden del fuego. ¿Y cómo sería conveniente que a esta vida no se le adhiriera nada vital, y que este fuego no calentara ni iluminara? ¿Y cómo sería apropiado que de la Deidad, que fue vida antes del tiempo, no procediera ninguna vida ni claridad alguna? ¿Y qué provecho habría si la luz encendida por el fuego no iluminara a nadie, cuando ni el fuego esconde su luz, ni el sol su rayo? Porque Dios es esa vida por la cual se encendió la multitud de ángeles, así como las chispas proceden del fuego. Por lo tanto, sería indecente que esta vida no brillara. Y esta claridad es indeficiente, porque en ella no puede haber muerte alguna. ¿Cómo? Dios es solo y por sí mismo y en sí mismo, y no recibió el ser de ningún otro, sino que cualquier otra criatura comenzó a ser de Él. Él creó ciertos espíritus de gran honor, a los cuales puso un gran príncipe, en quien todos miraron, como se mira una lámpara en la que arde una luz, porque en él todos sus ornamentos brillaban como piedras preciosas. Pero él miró al lugar vacío, donde también quiso poner su trono. Por lo tanto, con todo su ejército fue arrojado como paja al pozo del infierno, de tal manera que a su caída se prepararon las tinieblas exteriores y la boca del pozo infernal con el mismo pozo; pozo que es sin medida, así como el número de los ángeles perdidos no tiene número. Pues contra aquella semejanza, en la que quiso ser semejante a Dios, se prepararon

esas tinieblas exteriores, y por la discordia ilícita, en la que quiso estar entre el ejército de Dios y el suyo, se le hizo la boca del pozo infernal, y por esta envidia, en la que de ninguna manera quiso confesar a Dios, se le preparó el pozo del infierno. Y Dios, en la fortaleza de su majestad, rodeó a los espíritus bienaventurados de tal manera que ya no se aterran por el estupor del antiguo engañador, y llenó sus rostros con su claridad de tal manera que siempre se deleitan en mirar su rostro, y extendió su poder de esta manera sobre el infierno, que el antiguo engañador no puede destruir con ninguna guerra ni arte el número completo de los que han de ser salvados, así como él mismo se mató según las costumbres viperinas.

Porque al hombre, hecho en virtud de la luz divina, pero engañado por la astucia del diablo, Dios creó una vestidura de aire, y vestido así, lo expulsó del paraíso al exilio de este mundo para pagar la culpa de su desobediencia; y porque en la caída de ese mismo hombre, la creación se nubló de su antiguo esplendor, y cómo el hombre mismo vive y trabaja asistido por los elementos. XV. Entonces Dios, en la luz de su poder, hizo al hombre y lo colocó en la luz inextinguible del paraíso, que permanece incorruptible con sus frutos; pero el hombre tomó la desobediencia y así reconoció que estaba desnudo; lo cual agradó mucho al diablo, quien lo había desnudado, ya que él mismo había perdido la belleza de su gloria. Pero Dios apareció en una nube pálida como una llama, como si fuera ajeno a él, tal como después se mostró a Moisés y a otros de sus queridos con el rostro cubierto, y no quiso que estuviera desnudo, porque quiso que como su hijo alguna vez se vistiera con la vestidura de la humanidad, y por eso también le dio una vestidura de aire por la cual vive el animal, ya que Adán y Eva habían oído al animal cuando abandonaron el mandato de Dios. Y así, expulsados a una miserable peregrinación, se volvieron corruptibles con otros frutos de la tierra, y en su caída y salida, toda la creación del mundo se nubló, como si un rayo de sol brillara a través de una densa nube, de la misma manera que la entrada al paraíso se nubló para el antiguo engañador, de modo que desde entonces no pudiera entrar allí. Luego el hombre comenzó a trabajar con la creación, porque así como el fuego enciende y completa otras cosas, así también el hombre está con la creación restante, y la creación está oculta en el fuego, que todo lo impregna y prueba; y el agua está presente, que todo limpia; y el fuego arde con tal fuerza que no perdonaría a nadie si no fuera templado por el agua. Y así como el agua está presente para templar el fuego, así también la humanidad está unida a la divinidad, para que perdone, porque al hombre no le serviría de nada yacer en las tinieblas, ni daría ninguna luz. Él mismo se coagula con fuego y se impregna con agua, para que pueda ser una forma, y por eso también completa toda forma de barro que hace, con fuego y agua. Dios ciertamente es luz viviente, de la cual todas las luces resplandecen, por lo que el hombre permanece en la luz vital a través de él, y él mismo también es fuego. Por lo tanto, también cocina al hombre con fuego y lo impregna con agua, y por eso también el agua en la carne del hombre enrojece y mana por el excesivo calor. ¿Y cómo sería conveniente que el hombre permaneciera en tinieblas, quien resplandece de la luz, y no se moviera cuando vive del fuego? Porque si el hombre estuviera sin obra, y si no tuviera morada, estaría vacío. Pues Dios, siendo fuego y luz, vivifica al hombre a través del alma, y lo mueve a través de la racionalidad, así también en el sonido de la palabra creó todo el mundo, que es la morada del hombre, quien ciertamente trabaja con todas estas cosas, así como Dios lo hizo perfecto en todo.

Que nadie podría rescatar al hombre de la perdición; ni vencer a su engañador, el diablo, sino solo Dios; y las palabras del libro del Apocalipsis del apóstol Juan, y en qué sentido deben ser entendidas; sobre el odio y la persecución del dragón contra la mujer y su descendencia, y cómo fue ayudada por la tierra.

XVI. ¿Y quién levantaría al hombre perdido, que engañado olvidó a su Creador, sino aquel que no está oscurecido por ninguna sombra de ignorancia y se compadeció de él? Pero cuando el diablo vio a la mujer vestida, en la envidiosa sabiduría con la que se reconoció arrojado del cielo, se desgarró a sí mismo preguntándose por qué Dios le había dado vestidura, como está escrito en el Apocalipsis: «Y cuando el dragón vio que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al varón. Y se le dieron a la mujer dos alas de gran águila, para que volara al desierto a su lugar, donde es alimentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo, lejos de la presencia de la serpiente (Apoc. XIII).» Esto debe ser considerado así: El antiguo dragón, viendo que había perdido aquel lugar donde quería poner su trono, porque había sido arrojado a lugares infernales, afiló su ira contra la mujer, porque reconoció que era la raíz de todo el género humano a través del parto; y teniéndola en el mayor odio, dijo dentro de sí que nunca cesaría de perseguirla hasta que la ahogara como en el mar, porque la había engañado primero. Pero ella, como si estuviera angustiada por el parto, finalmente tomó el fortísimo auxilio de la consolación, y sostenida por la protección divina, se opuso al diablo en todos los modos. Pues a ella se le dieron dos fortalezas de bienaventuranza, a saber, el deseo celestial y la salvación de las almas, para que cuando en estos se dirigiera al secreto de su corazón, recibiendo allí los nutrientes de la salvación, a través del tiempo que fue antes del diluvio, y los tiempos después del diluvio y la mitad del tiempo que fue en la circuncisión antes de la Encarnación de mi Hijo, y perduró hasta el tiempo pleno del Evangelio; en el cual toda la plenitud de la verdadera y justa constitución se levantó contra la antigua serpiente. Antes del diluvio y después del diluvio, así como en la circuncisión, hubo quienes adoraron a Dios, quienes obtuvieron la redención de sus almas por la sangre derramada de mi Hijo. Pero cuando vino el tiempo resplandeciente del amanecer, es decir, de la plena justicia a través de mi Hijo, la antigua serpiente quedó muy aterrorizada y asombrada, porque fue totalmente engañada por una mujer, a saber, la Virgen. Por lo tanto, en su furia contra ella, como está escrito en mi voluntad: «Y la serpiente arrojó de su boca tras la mujer agua como un río, para que fuera arrastrada por el río, y la tierra ayudó a la mujer (Ibid.).» Esto debe ser considerado así: El antiguo perseguidor, desde su voracidad maligna, arrojó la rectitud de la mujer que había dado a luz al varón, incredulidad e infidelidad en los pueblos de los judíos y paganos, con la intención de que, desgastada por muchas persecuciones, la sometiera a sí mismo, o la ahogara por completo, como un barco se ahoga por un naufragio, para que su nombre fuera borrado de la tierra, como también se borra de la tierra aquello que se arroja al profundo del río. Pero con la ayuda de la tierra, la mujer fue rescatada, porque mi Hijo tomó de ella la vestidura de su humanidad, quien soportó muchas afrentas y pasiones en su cuerpo para la confusión de esa misma serpiente.

Porque Dios, al constituir el mundo y glorificarse a sí mismo, mostró a la criatura racional que es el creador de todo y magnificó al hombre al mismo tiempo por la sujeción de las cosas que están en el mundo; y cómo debe entenderse literalmente el inicio del libro del Génesis desde el lugar donde está escrito: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra,» hasta aquello, «y fue la tarde y la mañana un día.»

XVII. Así pues, como se ha dicho antes, Dios adornó el mundo con el cielo, lo firmó con la tierra, y a través de él se glorificó a sí mismo, y a través de las cosas que están en el mundo elevó al hombre, cuando le sometió todas las cosas terrenales, como mi siervo, consciente de mis secretos, mostró diciendo: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra (Gen. I).» Esto debe ser considerado así: En el principio, es decir, en el inicio de todas las cosas que estaban en la ciencia de Dios sobre cómo debían hacerse, creó Dios, es decir, hizo proceder por sí mismo, el cielo y la tierra, a saber, la materia de todas las criaturas celestiales y terrenales, el

cielo, es decir, la materia luminosa, y la tierra, a saber, la materia turbulenta. Y estas dos materias fueron creadas simultáneamente, y aparecieron en un solo círculo, que es el poder de Dios en el cielo y en la tierra. De esa claridad, que es la eternidad, la materia luminosa mencionada fulguraba como una luz densa, y esa misma luz brillaba sobre la materia turbulenta. Él tampoco iluminó inmediatamente el firmamento ni la tierra, así como tampoco lo hace el hombre, quien prepara ciertas formas, porque primero marca cada una con su compás, y luego la pinta con colores. «Pero la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo (ibid.),» porque la tierra estaba desordenada, es decir, carecía de forma, y era invisible, no tenía luz, porque aún no estaba iluminada por el resplandor de la luz, ni por la claridad del sol, la luna o las estrellas, y estaba inculta, porque ninguna criatura la surcaba, y vacía, es decir, sin componer, porque aún no estaba llena, ya que aún no tenía el verdor, el brote, ni la floración de las hierbas o los árboles. Pero el hecho de que no se diga que el cielo estaba desordenado y vacío, es porque no debía producir frutos. Pero las tinieblas, que aún no habían desaparecido por el resplandor de la luz, porque ninguna forma fulguraba, estaban sobre la faz del abismo, es decir, sobre esa misma confusión indistinta de la tierra; que es la faz del abismo, cuando se ve, pero el abismo está oculto, porque el abismo de la tierra, como el cuerpo cubre el alma, para que no se vea. «Y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas (ibid.).» Pues el Espíritu de Dios es vida, y esta vida movió las aguas para que fluyeran, para que la tierra se afirmara por ellas, no fuera que por el viento se dispersara como ceniza, porque así como el Espíritu Santo se infunde en el hombre, así también las aguas tienen su curso y lavan todas las impurezas, tal como el Espíritu Santo las inmundicias de los pecados. Y dijo Dios: «Hágase la luz, y se hizo la luz (ibid.).» Dijo Dios, siendo luz inextinguible que no es oscurecida por nadie, y sonó como trueno a través de su Verbo diciendo: Hágase la luz, y se hizo la luz, porque una luz indeficiente, invisible para los hombres, que nunca se oscurecerá, fulguraba, a la cual también se adherían las esferas vivientes, es decir, los ángeles, porque Dios es vida, y su palabra no duerme, sino que la vida aparece. Y lo que él pronunció, Dios lo puso para su alabanza, no la luz del sol, porque el sol aún no existía, y porque el resplandor del sol no siempre aparece sobre la tierra, sino que muchas veces se nubla. «Y vio Dios que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas, y llamó a la luz día, y a las tinieblas noche (ibid.).» Pues Dios vio que la luz era buena, que devolvería el resplandor a su rostro, y por eso la separó de la oscuridad también, para que sus oficios no se mezclaran entre sí, porque de estos dos, uno es indeficiente, el otro cae en defecto. Porque el día es de Dios, ya que Dios a través de su Verbo mandó que surgiera la primera luz, que llamó día, no el día del sol, sino el día indeficiente, que en las alturas no es oprimido por ninguna oscuridad. Y las tinieblas, no las que son ahuyentadas por la luz del sol, sino las que tienen una oscuridad indeficiente, no son atravesadas por ninguna claridad de luz; también las tinieblas que estaban sobre la faz del abismo, y que aún no había iluminado, las llamó noche. La noche, pues, careciendo de día, es ciega, y el día está separado de la ceguera de la noche, y está en claridad. Así Dios separó la luz de las tinieblas nocturnas. «Y fue la tarde y la mañana un día (ibid.).» Pues fue el fin de esta obra, y su inicio, una claridad en perfección, porque cuando el Verbo de Dios mandó que se hiciera la luz, su inicio fue como la mañana; pero su perfección fue como la tarde, cuando apareció completa. Y de otro modo:

Porque así como el Hijo de Dios, nacido intemporalmente del Padre, es el principio en el cual fueron creadas todas las cosas, así el mismo, naciendo de la madre virgen, es el inicio de la creación, o edificación de la iglesia, y el autor de la justificación plena, a la cual ninguna justicia de los padres ni los sacramentos de la ley fueron suficientes, sino que fue reformada en la predicación o recepción del bautismo, y del Evangelio, y en la fe de la Trinidad.

XVIII. «En el principio creó Dios el cielo y la tierra (Gen. I).» Esto debe ser considerado así: En el principio del tiempo que comienza, cuando Dios a través de su Verbo creó todas las cosas, creó el cielo y la tierra, es decir, la primera materia, en la cual toda criatura celestial y terrenal estaba latente para proceder a través del Verbo de Dios. De manera similar, Dios en la creación de la Iglesia hizo, antes de construirla. Él mismo comenzó, comenzando en el principio, es decir, en su Hijo, a quien envió al mundo a través de la puerta dorada de la virgen, en la clausura de su pureza. Por él todas las cosas, a saber, el cielo y la tierra fueron creadas, como dice el evangelista Juan, amado de Dios, y de la misma manera toda justicia celestial y terrenal fue hecha en él. ¿Y cómo es él el principio, quien antes de los siglos nació en el Padre? Antes de los siglos nació espiritualmente en el Padre, no carnalmente; pero él, encarnado, es el inicio de toda justicia, porque cualquier justicia que los antiguos santos tuvieron antes de su nacimiento, no vivió en la salvación, ni devolvió al hombre a ella. Pero aquella justicia que surgió en él, a saber, el bautismo y el Evangelio, y creer en un solo Dios en el nombre de la santa Trinidad, esa misma devuelve al hombre al paraíso. Por lo tanto, él es el principio de la salvación en su obra, así como Adán fue el principio de la perdición en su obra. Y así como él es el Verbo que produjo toda criatura, porque todas las cosas fueron hechas por él, así también en su humanidad es el principio de toda edificación de la santa Iglesia. ¿Cómo? Él en la predicación de los profetas, que predijeron que vendría, era como una sombra, así como también desde Abel hasta el nacimiento del mismo Hijo de Dios, cualquier justicia era una sombra de la Iglesia, que nació del costado de Cristo en su sangre. Que a través de la regeneración del espíritu y del agua, que nunca antes fue sino cuanto Juan Bautista pronunció en la sombra del bautismo, en su forma entonces apareció plenamente, porque el mismo Cristo, que antes de su nacimiento fue predicho como una sombra por los profetas, apareció como hombre en la carne, como el salmista David dice en mi Espíritu:

Las palabras del profeta David en el primer salmo, y cómo deben ser entendidas, sobre la Encarnación del Hijo de Dios y la fertilidad de la fructificación de su doctrina por todo el mundo.

XIX. «Y será como un árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo.» Esto debe ser considerado así: El Hijo de Dios, que en todo siguió la voluntad de su Padre, fue el árbol de la salvación, concebido del Espíritu Santo, del cual fluyen aguas vivas, dando mucho fruto de santidad, cuando instruyó plenamente a sus discípulos en la doctrina eclesiástica. Pues el Hijo de Dios según la divinidad era como la raíz en el corazón del Padre, y fue la fuerza de la divinidad, y así descendiendo al vientre de la Virgen, produjo pleno fruto a través de su humanidad, porque así como la humedad del agua está en el verdor del árbol, así el Hijo de Dios estaba en el Padre hasta el tiempo predestinado de su humanidad, cuando se hizo alimento de vida para todos los espirituales. Pues el cielo tocó al Hijo de Dios, cuando él apareció en el cielo en el seno del Padre; y la tierra lo tocó, cuando yacía en el pesebre; y el agua lo sintió, cuando él caminó sobre el mar. Y aunque los pueblos lo veían corporalmente, no pensaban que era Dios.

Porque lo que está escrito: «Pero la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo,» se entiende alegóricamente sobre los incrédulos vacíos de buena obra, y tenebrosos por la infidelidad; y aquello que sigue: «Y el Espíritu del Señor se movía sobre las aguas» se cumplió en los apóstoles y el pueblo creyente por la gracia del Espíritu Santo.

XX. «Pero la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo (Gen. I).» Todo el pueblo, a saber, judío y gentil, que habitaba sobre la faz del abismo, es decir, la tierra, por la irritación de su espíritu estaba vacío de fe, y ciego y sordo en el

conocimiento de Dios, y vacío de buenas obras, porque no las hacía según la doctrina del Altísimo Hijo, hasta que él ascendió al Padre. Y así sobre la tierra, que es la faz del abismo, había tinieblas de infidelidad, en la cual los hombres, no conociendo a Dios, vivían como ciegos. «Y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas.» Después de la ascensión del Señor, el Espíritu Santo ígneo se movía sobre las aguas, es decir, sobre los apóstoles, lo que la caridad del Hijo en la voluntad del Padre hizo, porque así como en la creación del mundo antes de otras criaturas surgieron las aguas, así también los apóstoles fueron los primeros doctores antes que otros doctores de la Iglesia. Y así como de aquellas aguas que surgieron en la creación del mundo, fluyen todas las aguas, así de los apóstoles, los primeros doctores, se propagaron todos los doctores de la Iglesia, como el salmista David testifica diciendo:

También las palabras de David en el salmo XXVIII del profeta, los apóstoles y doctores con voz concordante, y cómo deben ser entendidas.

XXI. «La voz del Señor sobre las aguas, el Dios de la majestad tronó, la voz del Señor sobre muchas aguas.» Esto debe ser considerado así: La voz primero suena y tiene en sí la fuerza de la palabra, de modo que cualquiera que sea lo que anuncia, se entienda con conocimiento. Así la voz de aquel que domina sobre todo vino sobre las aguas, es decir, sobre los profetas, cuando les reveló muchos secretos tanto celestiales como terrenales, y el mismo Señor, siendo Dios de la majestad, porque es poderoso sobre todo, se dio a conocer poderosamente, cuando envió a su Hijo al mundo. Entonces también el Señor de todos los pueblos envió el Espíritu Santo sobre los apóstoles y otros creyentes, que se multiplicaron en la fe católica, de modo que la doctrina de ellos penetró toda la tierra. Pues en forma humana los hombres veían al Hijo de Dios; pero no sabían cómo había sido concebido y nacido. Pero también la voz es algo ajena, e ininteligible, pero la palabra es conocida e inteligible, por la cual el hombre conoce a Dios de la majestad en la fe, quien envió la profecía al hombre; que también el agua significa, por lo cual el Señor de los profetas es conocido en sus voces.

Cómo las palabras de Dios diciendo, «Hágase la luz;» y lo demás hasta aquello, «Y fue la tarde y la mañana un día» se completaron en el surgimiento de la fe cristiana, y la predicación de los apóstoles, y la división de los fieles de los incrédulos según el sentido alegórico.

XXII. «Dijo Dios: Hágase la luz, y se hizo la luz.» Dios habló por el Espíritu Santo a los apóstoles diciendo: «Sed luz ardiente, enseñando la verdad en el nombre de la Santa Trinidad.» Quienes, encendidos inmediatamente por el Espíritu Santo, abrieron el lugar donde estaban encerrados y se convirtieron en una sola luz, brillando en el mundo con sus doctrinas. «Y vio Dios que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas. Llamó a la luz día, y a las tinieblas noche.» Dios vio que ellos serían una luz útil para el mundo, y separó la luz, es decir, a los apóstoles, de las tinieblas, es decir, de la infidelidad de los incrédulos, y llamó a esta luz un día, que por su Verbo, que es su Hijo, hablando en carne a ellos, brilla en el mundo a través de su predicación; también llamó a las tinieblas, es decir, a la infidelidad de los infieles, noche. «Y fue la tarde y la mañana un día.» Cuando la infidelidad de los incrédulos comenzó a declinar como hacia la tarde, esto se hizo en la tarde con su paso, y la mañana de la primera luz, es decir, el inicio de la fe de los fieles, un día, que es una sola fe, por la cual se cree en un solo Dios, porque el primer nacimiento en Abel, con buen fin en Cristo, se consumó, y por eso la tarde sintió y tocó al Hijo de Dios con la obra de la salvación, que hasta el fin del mundo persevera como un día, porque Abel fue como la mañana y el Hijo de Dios como la tarde del día. Y de nuevo de otro modo:

Cómo estas mismas cosas que están escritas sobre la creación del cielo y la tierra, o sobre la obra del primer día en el Génesis, deben ser entendidas en la conversación del hombre compuesto de diversas naturalezas del alma y el cuerpo según el sentido moral.

XXIII. «En el principio creó Dios el cielo y la tierra.» Esto debe considerarse así: Mientras yo, Dios, formo al hombre como en el principio de una cierta creación en buenas costumbres, creo en él el conocimiento viviente del bien y del mal, de tal manera que evite el mal y me imite a mí, su Padre, en el bien, quien le di la discreción del bien y del mal a mi semejanza, para que con ese conocimiento discierna todas las criaturas, y conociéndolas tenga poder sobre ellas después de mí. Pero el hombre mismo, por gran vanidad, persuadido por el diablo, dejándome, cae en los trabajos lacrimosos de los pecados, porque nacido en la naturaleza frágil de Adán, abandona el conocimiento alegre, que de ninguna manera lo heriría. Sin embargo, en su alma tiene lo que en rectos suspiros frecuentemente anhela los deseos celestiales, lo que es como el cielo, pero teniendo en la carne lo que siempre requiere deseos terrenales, por lo cual de la fragilidad que le nació de Adán, y del consejo del insidioso diablo, nunca puede estar sin la contaminación del pecado, lo que es como la tierra. «Pero la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo.» El hombre que en sus costumbres nunca puede ser estable, es una gran vacuidad, y como la fluctuación del mar siempre inunda. Pero así como en la creación del mundo la criatura procedió ordenadamente de la primera materia, así el hombre debería ascender de virtud en virtud por buenos deseos, como lo instituí en la primera creación. Ahora, sin embargo, por el consejo del diablo, subvirtió los buenos deseos en gran vanidad como se ha dicho, y en esa misma vanidad de costumbres se aparta voluntariamente de las buenas obras. Por lo cual está rodeado de hechos tenebrosos que pertenecen a malas costumbres, que dominan sobre el cuerpo de tal manera que quien comete pecado es esclavo del pecado. Y el cuerpo es como la faz del abismo, pero el alma es como el abismo, porque el cuerpo es visible y palpable como la faz del abismo, pero el alma es invisible e impalpable como el abismo de la tierra. «Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.» Cuando el hombre fiel está implicado en pecados, a veces suspira hacia Dios. ¿Cómo? De la compunción que surge en él por la gracia del Espíritu Santo, produce los humores de las lágrimas, porque toda buena obra debe ser precedida por suspiros. Y así como en la primera creación las aguas fueron preferidas a las demás criaturas por la exhalación del Espíritu de Dios, especialmente unidas al Espíritu Santo en significado, así también el mismo Espíritu Santo antes del inicio de las buenas obras produce el humor de las lágrimas del corazón del hombre. Y dijo Dios: «Hágase la luz, y se hizo la luz.» Dios en la admonición del Espíritu Santo dice: Ahora hágase la edificación de las buenas obras después de la compunción del corazón en este hombre, y produzca en él la verdor del fruto, de donde se haga la luz en su alma. Entonces el hombre se levanta en la luz de las buenas obras con la tristeza del arrepentimiento. ¿Cómo? Restaurándose a sí mismo de los deseos ilícitos de los placeres de la carne, apartando el mal de sí mismo, comienza a operar en esa novedad de luz que antes no conocía, mientras dormía en los deseos seductores de la carne, y así al principio su obra sea luminosa. «Y vio Dios que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas. Llamó a la luz día, y a las tinieblas noche.» Cuando, por tanto, Dios ve a ese hombre comenzando a obrar bien, y su casa brillando de tal manera, sabiendo y viendo el inicio del bien en él, lo mira amando y abrazándolo. Y en ese mismo inicio separa las obras luminosas de la contaminación de los hechos tenebrosos que pertenecen a los tormentos, y esta es la división, que Dios viendo el bien en ese hombre, aparta el mal de él, y también llama a las obras luminosas día de salvación en sí mismo, porque en esas buenas obras llama a las almas hacia sí desde la perdición, que fue en Adán, llamando a las obras contrarias noche de perdición, que se levantó en el diablo, padre del homicidio. «Y fue la tarde y la mañana un día.» Así en ese hombre se hace la costumbre vespertina de la mala obra

con el inicio de la concepción de las buenas obras, como en la mañana de una virtud, se hace un día, porque dejando el mal, se unió al bien, ya que la compunción es la primera virtud de la luz.

Cómo las cosas que se leen sobre la constitución del firmamento y la división de las aguas deben ser entendidas literalmente y las palabras de David del salmo XVIII que se refieren a lo mismo.

XXIV. «Dijo también Dios: Hágase un firmamento en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas (Gén. I).» Esto debe considerarse así: Dios, que es luz inextinguible, por su ardiente palabra mandó que se hiciera un firmamento, es decir, esta volubilidad, que está firmada con signos superiores de tal manera que no puede caer, y la puso en medio de las aguas, separando así las aguas de las aguas. Las aguas que ascendían en altura como un monte, las contuvo de tal manera que así como el monte no desciende de su altura, tampoco ellas declinan a ningún lugar, salvo según lo que las puso, reuniendo como en un odre las aguas del mar, que es el firmamento; poniendo también en los tesoros los abismos, que son la tierra, porque la tierra es un tesoro en sí misma de los vivientes, como también Dios designó en el arca de Noé, que sostuvo en medio de las aguas, cuando mantenía encerradas a las criaturas. De esta manera Dios puso el firmamento entre las aguas segregadas, para que dividiera las aguas de las aguas. Dios hizo esta división antes de iluminar el firmamento, y este, aún no iluminado, permaneció en su lugar sin circunvolución, esperando cuándo sería iluminado por su Creador, porque toda criatura primero existe como raíz, luego se multiplica al dar a luz, así como el invierno tiene la raíz, pero el verano tiene la floración de la verdor. Así Dios marcó las criaturas de la tierra con su círculo, a las cuales luego vivificó según sus naturalezas, e inspiró solo al hombre con su aliento, pero vivificó a las demás criaturas con un soplo aéreo, que pasa con la nube. «Y Dios hizo el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban sobre el firmamento. Y fue así (ibid.).» Dios puso el firmamento en la división de aquellas aguas que estaban debajo y sobre él, y así apareció el firmamento. Y llamó Dios al firmamento cielo, porque cualquier cosa que sostiene a otra, con justicia se llama firmamento de ella. Por eso también llamó al firmamento cielo, porque todo lo excede, y siempre narra su gloria, porque cuando el hombre lo contempla, no puede conocer plenamente qué es, porque el hombre tampoco conoce perfectamente a Dios, a quien sin embargo ve en la fe. Pero el cielo, que es la morada de Dios, el hombre no lo verá, a menos que primero se haga completamente espiritual, porque excede el sentido y el conocimiento de él. Por eso también el Profeta dice: «Los cielos narran la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos (Salmo XVIII).» Esto debe considerarse así: Todos los instrumentos del firmamento con justicia se llaman cielos, porque Dios los puso por sí solo; no necesitó la ciencia de esa criatura, porque no hay nadie que pueda definir con su sentido cómo los hizo. Por lo cual también estos narran los milagros de Dios, que por él están marcados en el firmamento como en un espejo, de tal manera que el sol muestra la divinidad, la luna la humanidad del Hijo de Dios, y las estrellas demuestran los demás secretos de él; y de esta manera a Dios, que es Dios y hombre, se adhiere una multitud innumerable de fieles, que nadie puede contar, porque él mismo existe innumerable en su gloria. También el hombre, que es obra de las manos de Dios, en su oficio luminoso lo anuncia el firmamento, porque según él fue edificado. Por eso también manifiesta al hombre, donde lleva abiertamente sus signos en sí mismo. Y fue la tarde y la mañana el segundo día, porque Dios terminó su obra en el firmamento con el mismo cuidado con que la comenzó, porque dispone todas sus obras en equidad. De nuevo de otro modo:

Que según la alegoría el firmamento sea Cristo, o la fe de Cristo, la división de las aguas la firme interposición de esa misma fe, por la cual los fieles son separados de los infieles, la tarde y la mañana en la caída del vicio y el nacimiento de la virtud se entiendan.

XXV. «Dijo también Dios: Hágase un firmamento en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas (Gén. I).» Esto debe considerarse así: Dijo Dios: Hágase el firmamento de la fe en medio de los pueblos infieles, que entiendan la predicación de los apóstoles, y que también con ellos reciban voluntariamente sus palabras; y separe las aguas, es decir, los fieles, de las aguas, es decir, los judíos incrédulos y los paganos, como mi Hijo dijo a los judíos: «El reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a una nación que produzca sus frutos (Mat. XXI).» Esto debe considerarse así: Vosotros que sois infieles, habéis perdido vuestra herencia por la infidelidad. Por lo cual, por el justo juicio de Dios, se os quitará el reino en el que debíais reinar con Dios, y será dado a aquellos que, abandonando sus pecados, producen frutos por los cuales se glorifica el reino de Dios. Porque hay una gran dureza en los corazones de los infieles, que no obran según el conocimiento del bien, sino según los deseos ilícitos de sus corazones. La racionalidad es la materia del conocimiento del bien y del mal, y existe como un artesano edificando y destruyendo. Porque quien ama el día de la fe, edifica su casa en la Jerusalén celestial; pero quien la rechaza, destruye su casa del honor y la bienaventuranza de la herencia suprema; y porque el mismo todo lo que hace en el fruto nocivo según sus concupiscencias, sus obras son oscuras, porque se hacen en tinieblas huyendo de la luz. Los incrédulos, por tanto, reprobaron la verdadera luz, es decir, al Hijo de Dios, ni querían verlo, ni hacer sus obras, y por eso también perdieron su herencia; pero aquellos que lo recibieron con buena fe, y cumplieron sus preceptos, adquirieron el reino celestial con la dote de su sangre. «Y Dios hizo el firmamento: y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban sobre el firmamento. Y fue así (Gén. I).» Dios hizo el firmamento de los oyentes fieles en la predicación de los apóstoles, y separó las aguas, es decir, los pueblos infieles, que estaban en las cosas terrenales con ídolos y cosas semejantes bajo el firmamento, de aquellos hombres que estaban sobre el firmamento, es decir, sobre Cristo. Y llamó Dios al firmamento cielo, por lo cual se entiende la fe, porque ella es una ciudad firme y grande con obras celestiales. ¿Cómo? Esa ciudad es de todo el orden eclesiástico, y el certamen más victorioso contra la incredulidad de todos los incrédulos. «Y fue la tarde y la mañana el segundo día (ibid.).» Se hizo esa finalización de los corazones infieles con el nacimiento del firmamento de ese día, es decir, de la fe recta, el segundo día, que es como en la segunda luz de la fe creer en Cristo.

Porque así como el segundo día fue sin las luminarias del cielo, así también la fe sin obras luminosas no es de ninguna alabanza, y por eso en la obra de ese mismo día como en las obras de los demás no se puso, «vio Dios que era bueno.»

XXVI. Pero lo que aquí no se dijo, «y vio Dios que era bueno (ibid.), esto es porque esta obra ígnea de la fe y las demás virtudes aún no habían surgido en la obra: sino que solo en el oído de los pueblos se formaron, sin que ellos aún las gustaran en el sabor de la obra. Y así como el hombre no sabe qué alimento es bueno sino por el gusto, así los hombres aún no gustaban las obras de la fe operando; sino que solo las oían como en la sombra del oído. Por lo tanto, así como el firmamento sobre el orbe de la tierra aún estaba sin el resplandor del sol, la luna y las estrellas, así también entonces como en la segunda luz de la fe, esa misma fe permanecía sin la obra luminosa de las ordenaciones justamente constituidas, de tal manera que esos hombres percibían la fe solo como en una sombra. Y de nuevo de otro modo:

Que según el sentido moral el firmamento se entienda como la virtud de la discreción, porque cualquier fiel en la vida activa y contemplativa sabe separar lo necesario para el cuerpo de lo superfluo, y lo saludable para el alma de lo nocivo.

XXVII. «Dijo también Dios: Hágase un firmamento en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas (Gén. I).» Esto debe considerarse así: Dios a veces habla al hombre en la dilatación del corazón. ¿Cómo? En la dulzura del Espíritu Santo, porque en el mismo hombre brilla el lugar de su casa. Y luego hace los instrumentos de las virtudes para la tutela de la obra que comenzaba en él, de tal manera que a ese hombre no le falte ninguna necesaria de cualquier virtud, como también hizo en el cielo y en la tierra, donde no faltan al hombre las criaturas necesarias. Diciendo, por tanto, Dios se hace el firmamento, que es la discreción en la diversidad de los hombres espirituales y carnales, en que el hombre debe tener deseo celestial y cuidado necesario de la carne, es decir, que en las cosas se detenga con discreción de tal manera que no se edifique en él la exaltación de la ruina por las buenas obras, y también que no se corrompa por la instancia ajena de diversas costumbres; sino que a veces ore con suspiros, en otra hora se ocupe en buenas obras; pero en otro momento provea lo necesario para la carne para que no falte. Y cualesquiera dones del Espíritu Santo tenga, los reedifique frecuentemente con discreción, y así siempre insista en ejercitar las virtudes según su medida, para que por ellas anhele con suspiros fervientes al cielo, y no sirva a la carne sino por necesidad. En estos dones del Espíritu Santo se debe evitar la vanagloria, que Dios rechazó por completo, porque el hombre la tiene honrándose a sí mismo por Dios, y arranca una raíz de bien tras otra. Por lo cual, permaneciendo siempre inestable, de ninguna manera puede permanecer en un lugar, y sobre tal no puede descansar la gracia del Espíritu Santo. «Y Dios hizo el firmamento; y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban sobre el firmamento. Y fue así (ibid.).» Ahora también Dios hace todos los instrumentos de las virtudes en el hombre, con la discreción que estableció en la exhalación del Espíritu Santo, para que el mismo hombre discierna en sí mismo todos estos instrumentos que Dios ve que son útiles, de tal manera que ninguna virtud que comienza se hunda por la vagación de la mente. Y así Dios divide las necesidades terrenales y las virtudes celestiales, que el Espíritu Santo riega, y que siempre se adhieren a las celestiales, para que el hombre con ellas siempre anhele la vida contemplativa. Estas virtudes también las contiene la discreción, como una sierva que obtiene a su señora con su servicio, porque en las cosas terrenales que pertenecen a la carne, y que están sujetas a la discreción, esa señora no quiere carecer de la sierva. Así la discreción es el firmamento, teniendo bajo sí las cosas terrenales, es decir, la vida activa; pero sobre sí las celestiales, es decir, la vida contemplativa; en las cuales ella misma es la escalera, en la que las mentes de los hombres ascienden al cielo por las buenas obras, y en la que también por la necesidad de la carne descienden a la tierra, como María y Marta ofrecieron diversos servicios a Dios, lo cual le agradó a ambos, porque él es el constitutor de ambas vidas. Así el firmamento de la virtud esté entre ambas vidas, cuando el mismo hombre se hace discreción a sí mismo, de tal manera que tenga correctamente las cosas celestiales y terrenales en su modo establecido, como Dios las constituyó. «Y llamó Dios al firmamento cielo (ibid.).» Y Dios por la inspiración del Espíritu Santo llama a la discreción en el hombre cielo, que es verdaderamente la más cierta significación del cielo, porque, así como el firmamento tiene en sí todos los ornamentos que iluminan y gobiernan y contienen el mundo, así la discreción obtiene todos los instrumentos de las virtudes que proceden de Dios, por los cuales se gobierna el cuerpo y el alma; y así no faltan las que están ocultas internamente, y no se oscurecen las que están externamente por jactancia. «Y fue la tarde y la mañana el segundo día (ibid.).» Así también se hace en ese hombre, que él mismo es vespertino en buena costumbre, cuando perfecciona todas sus obras en discreción. Porque Dios en el inicio de todas las virtudes prevé su fin, porque siente que lo

tocan, y también en el fin aprueba su inicio, porque un buen inicio no aprovecha si no sigue también un buen fin, como mi Hijo en el Evangelio habla del esposo, que dijo a las vírgenes necias:

Testimonio del Evangelio, en el que el Esposo dice a las vírgenes necias: «No os conozco», y para qué se ha asumido aquí y en qué sentido debe entenderse. XXVIII. «En verdad, en verdad os digo, no os conozco (Mateo XXV).» Esto debe considerarse así: Yo, que soy ciertamente, os digo, que por el gusto de la carne según vuestras concupiscencias, actuando, estáis completamente extinguidos: «No os conozco», porque al conocerme no me tocáis de tal manera que hagáis las virtudes de las obras justas, que propuse a vuestra buena ciencia, ni las pedís de mí. También prohibís los suspiros de vuestras almas, obligándolas a cumplir la voluntad de la carne, y no buscan ninguna ayuda de mí. ¿Quién puede responder a aquel cuya voz y palabras no se escuchan? Nadie. Vosotros no dirigís ningún clamor hacia mí. ¿Y qué don se le dará a quien no busca ni pide nada, sino que huye del don con voz muda? Verdaderamente ninguno. Así que no me pedís nada. Porque aquellos que no claman a mí con el suspiro del alma, y no me atienden con el corazón y la mente, como olvidados de mí, como si no les hubiera dado conocimiento, no los conozco, y especialmente porque me irritan con obras iniquas. Porque por la ociosidad de su necedad no me miran, y rechazan la discreción de las mentes virtuosas que se encienden por el Espíritu Santo debido al abrazo de la carne. Por lo tanto, están excluidos de mis ojos. Eligen una cosa, pero rechazan otra, porque toman la tierra con su verdor, y descuidan el cielo por sus placeres, golpean solo con la voz, quieren entrar sin obra, pero por eso no se podrá abrir la puerta. Todas las virtudes pueden discernirse a través de lo celestial y lo terrenal, porque el hombre camina en la tierra, y mira al cielo, y en estas dos cosas debe elegir, qué amar según Dios, y qué odiar, de modo que en el bien tienda hacia lo celestial, y se aparte del mal. Así se dice que el principio de cada hombre es desconocido para Dios, cuyo fin él mismo no aprueba. Y como al final del mundo, que es mucho más útil que su principio, la salvación surgió en mi Hijo, porque en ese principio hubo perdición, pero en ese fin surgió la salvación; así también un buen fin es mucho más útil que un buen principio. De esta manera, la discreción es la segunda luz de la buena obra, como el segundo día.

Por qué también, según la moralidad, la obra del segundo día, aunque sea buena, carece de la alabanza de la bondad.

XXIX. Pero lo que aquí no se dijo, «y vio Dios que era bueno (Gén. I)», es que la discreción es el oficio de otras virtudes, no operando, sino sirviendo a las demás virtudes, como también el firmamento, que es el sostén de aquellas cosas por las que gira, contiene a otras criaturas operantes existiendo en servicio de ellas, que se llaman operarias por el servicio del hombre, porque a través de él realizan sus obras día y noche. Y así como el mismo firmamento sostiene cada cosa que se le impone, dándole lugar, así la discreción a través de la obra, como las demás virtudes que se llaman operadoras por la obra, no es operadora, sino solo el sostén de otras virtudes.

Cómo lo que está escrito, «Reúnanse las aguas» hasta «fue la tarde y la mañana el tercer día» debe entenderse adecuadamente según la letra.

XXX. «Y dijo Dios: Reúnanse las aguas que están debajo del cielo en un solo lugar, y aparezca lo seco. Y fue así (Gén. I).» Esto debe considerarse así: Por la palabra que es inextinguible, las aguas que quedaron debajo del firmamento confluyeron en un solo lugar, para que la tierra apareciera, no fuera que cubierta por ellas se vaciara, y esto antes de que el

firmamento fuera iluminado, para que, iluminado por las estrellas, brillara sobre las extensiones de agua que son la tierra separada de las aguas. Y Dios llamó a lo seco tierra, que es la madre de todo lo que germina en la tierra, porque también el primer hombre fue hecho de ella, y llamó a las reuniones de las aguas mares, de los cuales fluyen las aguas, como si de ellos se generaran. «Y vio Dios que era bueno, y dijo: Produzca la tierra hierba verde y que haga semilla, y árbol frutal que haga fruto según su especie, cuya semilla esté en sí mismo sobre la tierra. Y fue así (Ibid.).» Dios vio que todo lo que había hecho estaba correctamente y bien puesto para su oficio, y por su palabra viviente ordenó que la tierra materna reverdeciera para germinar hierba floreciente, haciendo también semilla, para que se multiplicara en su semilla, por la cual renaciera de nuevo, porque todo germen tiene semilla en sí mismo, para que no falte en su naturaleza. También ordenó que germinara el árbol frutal haciendo fruto para comer, teniendo en su naturaleza semilla en sí mismo para que germine de nuevo cuando caiga sobre la tierra. Y así se cumplió, como cuando el siervo con ánimo alegre cumple los mandatos de su señor, cuando el padre de familia llamándolo le encomienda sus negocios, y le indica qué hacer con cada uno, porque también la tierra se movía con alegría a los mandatos de su Señor, cumpliéndolos en todo. «Y produjo la tierra hierba verde y que lleva semilla según su especie, y árbol que hace fruto, y cada uno teniendo semilla según su especie (Ibid.)», porque como Dios ordenó, la tierra materna produjo el verdor de las hierbas que tienen su semilla en sí mismas, y el verdor de los árboles que producen fruto adecuado y renacen en su semilla, porque cuando las semillas de estos caen en la tierra, según la especie de su formación, otros resurgen. «Y vio Dios que era bueno», para que todas estas cosas que eran necesarias para el hombre, que iba a ser creado, precedieran así, para que no faltaran en la necesidad siguiente del hombre. «Y fue la tarde y la mañana el tercer día (Ibid.)», es decir, el fin y el principio, con los cuales se completa la tercera obra, porque Dios había hecho las tres obras mencionadas con el círculo de su ciencia, que aún no habían sido iluminadas con el circuito de los luminarios. Porque así como el fuego calla antes de ser avivado por el soplo del viento, pero avivado por el soplo del viento arde, así la obra de Dios callaba en su presciencia antes de salir, pero avivada por la virtud de la palabra viviente apareció en su forma. Por lo cual también por mi inspiración está escrito:

Palabras de Dios en el libro del profeta Isaías diciendo, «Callé, siempre guardé silencio, fui paciente, como quien da a luz hablaré», y en el salmo segundo hablando al Hijo, «Yo hoy te he engendrado», y para qué se han puesto aquí, y cómo deben entenderse.

XXXI. «Callé, siempre guardé silencio, fui paciente, como quien da a luz hablaré (Isa. XLII).» Esto debe considerarse así: Yo, la profecía de los profetas imbuida por el Espíritu Santo, callé en paciencia, guardé silencio en mansedumbre, como quien da a luz hablaré después de su dolor. Porque antes de la encarnación del Hijo de Dios callé como muda, de modo que contenía en mí silenciosamente sus secretos, y no los manifesté abiertamente, así como el fuego contiene la llama en sí mismo que no se mueve por sí misma, sino por el viento; pero ahora, después del dolor que el mismo Hijo de Dios sufrió en la cruz según la carne, hablaré como quien da a luz, desechando el dolor, manifestando abiertamente en alegría lo que antes había ocultado. Porque los profetas comprimían silenciosamente sus voces, ya que no sabían plenamente cuál era la ciencia de su locución. Por lo cual también decían entre sí: «Oh, oh, oh, no vemos plenamente lo que hablamos, pero sabemos que Dios lo manifestará a su tiempo.» Y así esperaban pacientemente, confiando esas cosas a la ciencia de Dios. Pero Dios, para el ministerio de su obra que había hecho a su imagen, las iluminó después, como una madre se alegra después del parto, cuando ve al niño que ha engendrado de sí misma, diciéndole con suspiros: «Este es mi hijo.» Así también el Padre supremo habla de su Hijo: «Yo hoy te he engendrado (Sal. II).» Ese «hoy» es la eternidad en la que según la

divinidad es siempre igual al Padre; después de cuya encarnación la profecía en los santos ardía abiertamente, quienes exponiendo la profecía de los profetas hablaban claramente, así como Dios iluminó el firmamento con luminarios resplandecientes. De otro modo: «Y dijo Dios:»

Porque lo que Dios llamó tierra seca, y las reuniones de las aguas llamó mares, se toma alegóricamente según diversos aspectos de la Iglesia, que reunida de muchos pueblos, y fundada en la solidez de la fe, es llamada tierra de los vivientes por David, y mar de vidrio mezclado con fuego por el apóstol Juan en el Apocalipsis, y en qué sentido deben tomarse estos mismos testimonios.

XXXII. «Reúnanse las aguas que están debajo del cielo, en un solo lugar, y aparezca lo seco. Y fue así (Gén. I).» Esto debe considerarse así: Dios reunió a los pueblos cristianos que entre los paganos (así) eran más y atacados por dolores en diversos lugares, y los llevó a una sola Iglesia, y así ellos aparecieron como tierra de los vivientes, como dice el Profeta: «Creo que veré los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (Sal. XXVI).» Esto debe considerarse así: Yo, que me esfuerzo por seguir a Dios, cuando hago las cosas que son buenas, creo y no dudo que veré esos bienes que son del Dominador de todos, en esa tierra en la que viven los bienaventurados, sin temer ya los peligros de la muerte. También la palabra de Dios despierta las mentes dormidas de los hombres, y los hace ver en la verdadera visión de la fe, de modo que aquellos que antes estaban en la infidelidad en tierra no arada, estos después la gracia del Espíritu Santo los revierte con el arado de la fe. También los prepara como tierra de los vivientes, que floreciendo con toda verdor fructífero, produce fruto pleno, así como los profetas decían que la Virgen daría a luz al Hijo de Dios, quien despierta la tierra dormida con el arado de la verdadera fe en sus santos, de modo que ellos fluyan como agua de agua viva del Espíritu Santo. Y esto se hizo así por mandato de Dios, como él quiso. «Y Dios llamó a lo seco tierra, y a las reuniones de las aguas llamó mares (Gén. I).» Así que Dios llamó a Israel la Iglesia prometida tierra que fluye leche y miel, porque ella es tanto la dulzura como la blancura del reino celestial, cuando brilló en el pueblo cristiano con la fe y la confesión de Dios Padre, de modo que ese mismo pueblo confesara a Dios en la verdadera Trinidad, que los judíos no quisieron percibir. Esta misma Iglesia, reunida por las aguas, es decir, los apóstoles, se llama mar, porque las enemistades de las luchas diabólicas contra las almas y las tempestades de los males de los cristianos y paganos inundan la Iglesia en grandes peligros, queriendo oprimirla, a menos que Dios los libere, quien siempre es su navegante y remero, porque ningún cristiano puede entrar en la Jerusalén celestial, a menos que, con la ayuda de Dios, atraviere esas tempestades. Y la Iglesia también es ese mismo mar, que Juan el evangelista vio como mar de vidrio mezclado con fuego, como dice en el Apocalipsis: «Y vi como un mar de vidrio mezclado con fuego, y a los que vencieron a la bestia, y su imagen, y el número de su nombre, de pie sobre el mar de vidrio, teniendo las cítaras de Dios y cantando el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero (Apoc. XV).» Esto debe considerarse así: Yo, a quien se han mostrado los secretos de Dios, vi con los ojos interiores la Iglesia que Dios llamó del pueblo común de judíos y paganos, pura en la fe, y también sacudida por muchas tribulaciones, donde los fieles encendidos por el Espíritu Santo conocían e inspeccionaban al Dios vivo en la verdadera fe, porque la fe es como la sombra de la Divinidad, que el hombre mortal no puede ver perfectamente. Y la sombra muestra la forma que no se ve, así como el compás señala la forma aún no formada, como también el Hijo de Dios dice a Felipe, que deseaba ver al Padre, que quien lo ve a él ve también a su Padre (Juan XIV). Porque la santa divinidad se ocultó en la humanidad, y a través de la doctrina con la que había iluminado todo el mundo, brilló en el mundo; así como el agua cubre toda la tierra, que es como su cuerpo, y la hace fructífera para la recreación de

toda criatura; porque así como Dios es visto por los espíritus celestiales, también quiso que fuera visto por la criatura en la naturaleza humana. Pero también vi a aquellos que vencieron a la antigua serpiente, y a sus miembros y al número de su ejército angélico, porque el lugar y el número de esos mismos espíritus caídos se llenará por el hombre, a quien el diablo por envidia había seducido del paraíso; vi, digo, de pie en la altura de la Iglesia, mientras mortificaban su carne con obras santas, y con signos con los que volaban por todas partes en alabanza de Dios. Y también tenían esa alabanza que está escrita por mandato de Dios, y que Dios estableció a través de las criaturas, porque así como la Jerusalén celestial está fundada con piedras no pulidas que yacían en lo terrenal, así también la antigua ley, ocultando en sí misma las cosas espirituales, finalmente comenzó a entender las cosas espirituales por las cuales después se edificaban los muros de esa misma ciudad. También cantaban el cántico de Moisés en la similitud del cantor, que canta las cosas presentes y futuras, que sin embargo le son desconocidas y ajenas, excepto que solo suspira por ellas, así como Moisés con la antigua ley era como una voz, en la que la Palabra, es decir, la humanidad del Salvador, estaba oculta, quien, a saber, Moisés escribió todos los milagros de la encarnación de ese mismo Hijo de Dios de manera significativa, como Dios le enseñó. También ellos cantaban el cántico del Cordero, que está en el orden de las vírgenes, que tienen al Cordero de Dios en la fe, posponiendo el desposorio de la carne, y mirándolo en amor como si lo tuvieran presente, a quien no ven en la carne. Por lo cual también les es muy agradable que estén desposadas con el Rey supremo, y que con júbilo de alabanza le canten, porque también siempre anhelan con el suspiro del alma la vida ajena, y encomiendan toda su solicitud a Dios, alabándolo con voz y obra.

Que el útero de la Iglesia, a semejanza de cierta tierra, ahora germine tanto la hierba verde en la simplicidad de los fieles pequeños, como los árboles frutales en la operación robusta de los perfectos, y que según la semilla la alabanza de la fe sea germinativa en la sucesión de los creyentes hasta el fin, y esto en el tercer día, es decir, en la claridad de esa misma fe.

XXXIII. «Y vio Dios que era bueno, y dijo: Produzca la tierra hierba verde y que haga semilla, y árbol frutal que haga fruto según su especie, cuya semilla esté en sí mismo sobre la tierra. Y fue así (Gén. I).» La tierra viviente es la Iglesia, que da a luz el fruto de la justicia con la doctrina de los apóstoles, como ellos predicaron a sus hijos al principio, para que fueran como hierba en el verdor de la fe recta, que recibieron en la semilla de las palabras de Dios, y para que también fueran árboles fructíferos según la ley de Dios, de modo que en su semilla no se cometieran fornicaciones ni adulterios, sino que en el nacimiento recto dieran a luz hijos sobre la tierra. «Y fue así», porque en el sonido de los apóstoles la Iglesia recibió la fe, y cada constitución de pueblos fue sujeta a la ley recta. «Y produjo la tierra hierba verde, y que lleva semilla según su especie, y árbol que hace fruto, y cada uno teniendo semilla según su especie.» La Iglesia, que es la tierra de los vivientes, produjo el fruto de las buenas obras en el verdor de la fe, y que lleva la semilla de la Palabra de Dios, y el fruto de modo que también sus hijos, ya sean ricos o pobres, ya sean mayores o menores, ejercen el matrimonio recto según sus formas. «Y vio Dios que era bueno.» Y eso era bueno ante Dios. «Y fue la tarde y la mañana el tercer día», Entonces la división de la dispersión del pueblo cristiano, que se hizo por las luchas de los infieles y los dolores que le infligían por la fe recta, comenzó a declinar como por la tarde hacia la mañana de ese día, es decir, la fe estable en la que los cristianos recibieron la ley establecida, por la cual sabrían qué debían hacer en esa misma ley de Dios; y esto se hizo como el tercer día con la tercera luz de la fe recta. Y de nuevo de otro modo: «Y dijo Dios:

De nuevo cómo las cosas que se narran hechas en ese mismo tercer día, se encuentran a través de la historia en las costumbres de los hijos de la Iglesia según la tropología, adjuntando a esto un testimonio evangélico competente, y en qué sentido debe tomarse.

XXXIV. «Congregentur aquae quae sub coelo sunt in locum unum, et appareat arida. Factumque est ita (Gen. I).» Esto debe ser considerado de la siguiente manera: Dios, en la compunción del corazón del hombre, dice que todas las necesidades del cuerpo que están sujetas a la discreción se reúnan en un lugar pacífico de uso único. ¿Cómo? Para que el hombre no sea excesivo en banquetes, embriaguez, ornamentos seductores de vestimenta, o en una mente tortuosa, buscando en todas estas cosas su propia gloria; sino que solo aparezca la necesidad del cuerpo. ¿Cómo? Para que el cuerpo sea alimentado moderadamente, de modo que, al ser correctamente nutrido, el alma pueda tener gozo; y para que tenga caminos justos con él, de modo que no sea precipitado por una abstinencia excesiva, ni tampoco oprimido por la superfluidad de la mencionada desmesura. Y así, en el hombre, todas estas cosas se realizan por la admonición del Espíritu Santo, que él ha recibido con alegría de mente. «Y llamó Dios a lo seco tierra, y a las reuniones de las aguas llamó mares.» Y Dios, con la misma admonición, insiste en ese hombre a través de la santa humildad, de modo que se llame a sí mismo tierra miserable y seca debido a las diversas necesidades de su cuerpo; por lo cual también tiene suspiros por las cosas mundanas que yacen en esas necesidades, considerándose a sí mismo como la fluctuación del mar, y por esto también humillándose, como si fuera indigno del gozo espiritual. «Y vio Dios que era bueno y dijo: Produzca la tierra hierba verde, que haga semilla, y árbol frutal, que dé fruto según su especie, cuya semilla esté en sí mismo sobre la tierra. Y fue así (Ibid).» Dios, en el abrazo de la dulce y profunda humildad, viendo que ahora se desprecia a sí mismo por las cosas terrenales, que no pueden estar sin contagio debido a su fragilidad, por la admonición del Espíritu Santo dice: «Porque el hombre ha recibido la compunción del corazón y la discreción del bien y del mal, y reconociéndose a sí mismo como tierra, se ha sometido postrado a la santa humildad, ahora que germine diligentemente en el verdor de las virtudes, de modo que en sus pensamientos y obras no sucumba a los deseos carnales, porque él tiene en su cuerpo un jugo que siempre lo incita a comenzar a pecar en sus obras. Y teniendo estas buenas obras en costumbre, haga semilla, es decir, corrigiéndose a sí mismo según las palabras de los doctores, se aparte de los deseos mencionados, y luego ascienda a virtudes más fuertes que producen fruto, según la doctrina de los maestros. ¿Cómo? El hombre debe investigar con los doctores qué es bueno y qué es malo, y actuar según su doctrina, de modo que los instrumentos de aquellas virtudes que ha comenzado, tengan esta semilla de la Palabra de Dios en sí mismos, y que esté sobre la tierra, es decir, sobre el hombre; y así sucederá que lo que ha recibido ardientemente de la admonición de Dios, se perfeccionará en él por amor a Dios. «Y produjo la tierra hierba verde y que daba semilla según su especie, y árbol que daba fruto, y cada uno tenía semilla según su especie (ibid.).» El hombre, enseñado interiormente por el Espíritu Santo, entonces produce de su corazón el verdor de la abstinencia, reprimiendo los deleites de la carne, y la palabra de corrección, cuando en sí mismo, según la enseñanza con la que se constriñe, siempre anhela a Dios. Pues cada virtud es árida si no echa raíces en el hombre con la palabra de corrección, como dice el Salvador en el Evangelio: «Otra parte cayó sobre la tierra, y al nacer se secó, porque no tenía humedad (Luc. VIII).» Esto debe ser considerado de la siguiente manera: La semilla de las palabras de la doctrina del Espíritu Santo se siembra en la tierra, para que el hombre sea alimentado por ella en el alma. Pero como son dones múltiples del Espíritu Santo, una parte cae sobre la dura incredulidad de los hombres, de modo que a veces la perciben como gimiendo, pero sin embargo no producen fruto de piedad, porque carecen de la humedad de la suavidad, así como la tierra sin humedad no es fecunda para dar frutos, no

produce fruto de utilidad. Porque Dios creó las criaturas para el entendimiento del hombre, para que eligieran lo útil en ellas y rechazaran lo inútil, así como la tierra, cuando está empapada de humedad, es blanda y produce fruto, pero cuando está sin humedad, dura y pedregosa, no puede dar fruto. Pues el hombre en el conocimiento del bien es tierra buena y delicada, pero en el conocimiento del mal es tierra dura y pedregosa, de modo que el rocío del Espíritu Santo se derrama abundantemente sobre aquellos que, con el deleite de la vida espiritual, realizan buenas obras, y aquellos que, por el gusto de la carne, recogen para sí los pecados de la voluptuosidad, permanecen infructuosos por la dureza del corazón como tierra pedregosa, porque el jugo de la buena voluntad se ha secado en ellos. ¿Y cómo echará raíces la virtud dentro del hombre con la palabra de corrección? Para que él mismo se constriña con la palabra de su corazón, con la cual debe luchar contra los vicios. Y así, progresará en las altas virtudes con las que se instruye por la doctrina de los mayores, de modo que entienda cómo debe constriñirse con temor y apartarse del mal por la abstinencia, porque el hombre que se abstiene de las malas obras con deleite es de mayor virtud que aquel que no se deleita y evita las obras de su carne. Y así, el hombre, perfeccionando sabiamente las palabras de los dichos, producirá en sí mismo fruto según el ejemplo en el que ha sido enseñado, y tendrá las palabras de ellos contra sí mismo con la corrección de sus palabras. «Y vio Dios que era bueno (Gen. 1).» Las causas mencionadas tocan a Dios de tal manera que, aceptándolas, sabe y ve que el hombre, restaurándose a sí mismo, se ha levantado humildemente de la inestabilidad que surgió en él en la caída de Adán, y que sabe que es mala, y esto es muy bueno, porque revive para Dios cuando desea llegar a Dios. «Y fue la tarde y la mañana el tercer día (ibid.).» Y así será esta tarde, es decir, el buen fin, con el inicio del buen día del que comienza, como se ha dicho, en esto que el hombre se constriña a sí mismo de las malas obras, habiendo hecho la tercera virtud de la buena obra, que es la humildad.

¿Cómo debe entenderse literalmente lo que está escrito: «Dijo Dios: Haya lumbreras en el firmamento del cielo,» y lo demás hasta que se dice, «y fue la tarde y la mañana el cuarto día.

XXXV. «Dijo Dios: Haya lumbreras en el firmamento del cielo, y separen el día de la noche, y sean para señales y para tiempos, y para días y años, y brillen en el firmamento del cielo, y alumbren la tierra. Y fue así (Gen. I).» Esto debe ser considerado de la siguiente manera: Por mandato divino, la iluminación del firmamento mostraba la obra de Dios como hermosa y gloriosa, de modo que también el alma hará el cuerpo hermoso y glorioso, que aunque después de su tránsito, debido a la primera concepción, se corrompa en putrefacción, sin embargo, al igual que las cosas superiores, será transformado cuando el hombre mismo resucite de nuevo. Y Dios estableció y dividió las funciones de estas lumbreras en día y noche, porque en estas dos divisiones, es decir, en el día y en la noche, depende toda la disposición de la necesidad del hombre, para que él, con racionalidad, por las señales de esas mismas lumbreras, sepa qué criatura es esta y aquella, y cómo los tiempos de los días, noches y años se nombren por cada una de estas señales, y para que esas lumbreras, iluminadas en el firmamento, se vean iluminando la tierra y lo que hay en ella. Y todas estas cosas fueron constituidas así, como Dios ordenó que aparecieran. «E hizo Dios dos grandes lumbreras, la lumbrera mayor para que presidiera el día, y la lumbrera menor para que presidiera la noche; y las estrellas, y las puso en el firmamento del cielo para que brillaran sobre la tierra, y presidieran el día y la noche, y separaran la luz de las tinieblas (ibid.).» Dios, por su Verbo, iluminó claramente estas dos grandes lumbreras, la mayor en el día, y la menor en la noche, de las cuales una permanece en su orden, ni crece ni disminuye, y la otra crece y decrece por las señales del firmamento. En estas dos lumbreras, Dios previó cómo perfeccionaría su obra, que es el hombre, en dos naturalezas. Por lo cual, él es celestial en el buen conocimiento, y terrenal en el mal conocimiento. Pues el buen conocimiento es celestial de Dios, y nadie

puede abstraerlo del alma racional, para que por el buen conocimiento supere a los reptiles de la tierra asimilados al mal conocimiento, que fortalecidos por la tierra reptan más audazmente en la noche y se deleitan en las inmundicias. Pero el mal conocimiento, con las inmundicias de los pecados, está sujeto al buen conocimiento; y lo reconoce justo, aunque lo aborrezca. Pero el buen conocimiento hace que el guerrero más fuerte resista al mal conocimiento, y si cae, lo levanta por la penitencia, y no deja de advertirle para que no vuelva al gusto del pecado, porque el buen conocimiento es como el día, y el mal como la noche. Por lo tanto, esta se deleita en el mal y lo perfecciona, cuando el deleite precede al pecado, y por estos dos conocimientos, todo hombre conoce las cosas puras e impuras. Pues el día conoce la noche y se aparta de ella; la noche conoce el día y huye de él, y de la misma manera el buen conocimiento se aparta del mal; y el mal se separa del bueno, porque uno aborrece al otro. Así, el hombre es celestial y terrenal, porque cuando el cielo fue movido en la primera caída del ángel, Dios lo reparó con la vil naturaleza de la tierra, y de esta manera la tierra es el fundamento del cielo, y el cielo, con mayores milagros que en el primer ángel, fue edificado sobre la tierra, porque el hombre hecho de tierra es la obra completa de Dios. Las estrellas también arden de la luna, como la llama del fuego, y están infundidas con luz brillante por todo el firmamento, como si una llama brillara a través de un tamiz, y así iluminan toda la tierra, y como fueron colocadas, permanecerán hasta el último día. También parecen más brillantes en el decrecimiento de la luna que en su aumento, porque en su aumento, debido a la fortaleza de su serenidad, no pueden ser vistas perfectamente, y solo se encuentran con el sol mostrando el día, y ayudan a la luna iluminando la noche, y así dividen la luz de las tinieblas, donde muestran el día y la noche con su ministerio. Y vio Dios que era bueno, es decir, aprobando que por la esfera resplandeciente de luz, su obra estaba completa, preparada para el ministerio y elegante, con las tinieblas ahuyentadas. «Y fue la tarde y la mañana el cuarto día, porque los cuatro elementos, es decir, fuego, aire, agua y tierra, preparados y ocultos por la gracia de Dios, aparecieron en todas las cosas en las que estaban constituidos. De nuevo de otra manera:

Porque según la alegoría, el firmamento es la firmeza de la fe cristiana, por las dos grandes lumbreras se designan dos potestades, la espiritual en los sacerdotes, y la secular en los reyes, por las estrellas menores que están bajo ellos, se designan prelados o jueces; todos ellos han sido puestos para iluminar la tierra, instruyendo a la Iglesia por día y por noche, con la luz de la doctrina espiritual y de los ejemplos, y cohibiendo a los carnales con la censura de la justicia.

XXXVI. «Dijo Dios: Haya lumbreras en el firmamento del cielo, para que separen el día de la noche, y sean para señales, y tiempos, y días, y años, y brillen en el firmamento del cielo, y alumbren la tierra. Y fue así (Gen. I).» Esto debe ser considerado de la siguiente manera: Dios, por el Espíritu Santo, dijo en los corazones de sus discípulos: «Haya sacerdotes y doctores en mi Hijo, que iluminen la Iglesia, que está edificada sobre la roca firme, es decir, Cristo, de quien emanó la justicia de la verdadera fe.» Estos sacerdotes también deben ser enviados a toda la Iglesia, iluminándola de tal manera que, a través de sus palabras, dividan al pueblo el día, es decir, la salvación de la fe, y anuncien la felicidad que alcanzarán por esa misma fe, si la observan. Y también deben insinuar al pueblo la noche, es decir, los tormentos eternos, que pertenecen a la infinitud, y esto también deben probarlo con varios signos, de modo que anuncien lo que debe ser observado por ellos, es decir, las fiestas que deben ser celebradas, y los tiempos de ayuno que están establecidos, y los días que son remisos en la ley de Dios, para que observen el año con los preceptos instituidos. Y esos preceptos deben brillar en el cielo, es decir, en mi Hijo, porque siguen la alabanza de los ángeles, y también iluminan la iglesia, la tierra de los vivientes, con la alabanza de Dios.» Y fue así. Hizo

entonces Dios dos grandes lumbreras, la lumbrera mayor para que presidiera el día, y la lumbrera menor para que presidiera la noche. Y las estrellas. Y las puso en el firmamento del cielo para que brillaran sobre la tierra, y presidieran el día y la noche, y separaran la luz de las tinieblas (ibid.).» Hizo Dios dos grandes lumbreras, que eran necesarias para la Iglesia; la lumbrera mayor para que presidiera el día, es decir, los principales y espirituales maestros, que son los superiores de la Iglesia, y son la luz de los ojos de los fieles, de modo que los demás maestros espirituales, es decir, las personas menores, estén bajo su precepto, como el buey bajo el yugo, sujetos y atados, para que no vaguen errando sin pastor, y sean arrebatados por el ave rapaz, es decir, el diablo. Y también la lumbrera menor, es decir, los reyes y otras potestades seculares, para que presidan las cosas terrenales y los pueblos seculares como la noche, que frecuentemente se oscurecen con la tenebrosidad de muchas cosas ilícitas, porque el placer sensible de la carne, que surgió en Adán, se levanta muchas veces en ellos. Por lo cual, en sí mismos calculan qué pueden hacer, y se esconden del justo juicio no juzgándose correctamente. También hizo las estrellas, es decir, aquellos que están en menor poder sujetos a los príncipes mayores, para que iluminen la tierra viviente, es decir, la Iglesia, dondequiera que esté en el firmamento de la roca, es decir, en Cristo, de modo que presidan a los luminosos, es decir, a los que viven rectamente, y a los sombríos, es decir, a los que riñen en el mal, juzgando a los luminosos según sus obras, y a los malos según su maldad. «Y vio Dios que era bueno,» es decir, dispuso en su beneplácito que en la Iglesia, distinguida en diversos grados, los simples fueran iluminados por la doctrina de los sabios, y los delincuentes corregidos por la disciplina de los rectores. «Y fue la tarde y la mañana el cuarto día (ibid.).» Ordenando Dios la Iglesia, aquella inestabilidad que había en ella cuando los cristianos no tenían pastores espirituales ni rectores seculares, comenzó a declinar como el cuarto día de la oscuridad de esa confusión hacia el amanecer del día estable, que resplandeció en la misma Iglesia cuando fue confirmada con la luz de la verdadera fe y las demás virtudes en el estudio de la santa operación. Y de nuevo de otra manera:

Porque según la tropología, por el firmamento se entiende la discreción de la razón, por las dos grandes lumbreras se entienden los dos preceptos de la caridad, por las estrellas se entienden los pensamientos rectos, para que por estos cada fiel iluminado discierna cuidadosamente qué debe a Dios en honor y gracia, y qué a su propia necesidad y a la de los prójimos según la salvación del alma y la utilidad del cuerpo.

XXXVII. «Dijo Dios: Que haya luminarias en el firmamento del cielo, y que separen el día de la noche, y sirvan de señales para las estaciones, los días y los años, y que brillen en el firmamento del cielo para iluminar la tierra. Y así fue hecho (Gén. I).» Esto debe considerarse de la siguiente manera: Dios, en la advertencia del Espíritu Santo, dijo: Que haya luminarias por el don del Espíritu Santo en la discreción, para que el hombre ame a Dios y a su prójimo como a sí mismo. ¿Cómo hará esto? Que toda la vitalidad del alma anhele firmemente a Dios, de modo que no busque un dios ajeno en la infidelidad como un extraño, sino que mire hacia mí con un espíritu valiente. Que también ame a su prójimo como a sí mismo, de modo que provea diligentemente lo necesario que concierne a su propia forma, porque él es su forma y su hermano según la humanidad. Y que no lo considere indigno, como si fuera una criatura vil sujeta a él, sino que lo reciba voluntariamente en su sociedad, porque Dios, que es justo, también lo constituyó a él en la misma forma. Que también tenga cuidado de no tener ninguna comunión en la muerte del alma de su prójimo consintiendo en sus pecados, para que no mate su alma como tampoco la suya propia. Y que estas luminarias brillen en el firmamento del cielo, es decir, en la discreción de la razón, para que el hombre con discreción distinga correctamente el día, es decir, con qué honor me tiene a mí, Dios omnipotente, en el deseo de su alma, y en sus gemidos suspire libremente hacia mí. Que también ilumine la

noche, es decir, aquello oscuro que yace en el cuerpo y pertenece a lo terrenal, es decir, la necesidad de sí mismo y de su prójimo, de modo que con la misma discreción no se desvíe de la esperanza de lo superior por lo inferior, sino que incluso en estas cosas siempre suspire por los deseos celestiales. Que estas luminarias sean para él señales interiores, de cómo debe suspirar, orar y llorar a Dios y llamar al Espíritu Santo en su ayuda; que sean para él también en las estaciones, es decir, cómo debe ejercitarse en el uso propio y de su prójimo; que sean para él también en los días de la fe, para que todas sus obras brillen en la edificación de buenas obras en mí. Y que sean para él en los años, de modo que observe el tiempo anual, comenzando el bien en todas estas cosas a través de obras santas con Dios y su prójimo, y terminando bien en toda la ley de Dios, para que durante todo el tiempo de su vida ofrezca buenos ejemplos a su prójimo, en todas las cosas establecidas, que dependen de los dos mandamientos. Y que estas luminarias brillen en los preceptos mencionados en el firmamento del cielo, es decir, en la discreción de la mente, y que todas las luces de esta obra iluminen la tierra, es decir, al hombre, para que resplandezca ante Dios con mente y cuerpo. Y esto se hará en el hombre a través de la compunción del ardiente amor de Dios y de su prójimo, para que discierna todas estas cosas en Dios. «Y Dios hizo dos grandes luminarias, la luminaria mayor para gobernar el día, y la luminaria menor para gobernar la noche, y las estrellas. Y las puso en el firmamento del cielo para que brillaran sobre la tierra, y para que gobernaran el día y la noche, y separaran la luz de las tinieblas (ibid.).» Dios hace en el hombre, por la inspiración del Espíritu Santo, que lo contemple amándolo con todas sus fuerzas, para que esta luz del día, es decir, la verdadera fe, que brilla ante los ojos de Dios, prevalezca, porque el hombre no puede ver a Dios con los ojos exteriores, pero lo toca interiormente en el alma por la fe. Y la luminaria menor, es decir, el amor al prójimo; que es menor que el amor a Dios, porque el hombre contempla a Dios con todo deseo dentro de su alma, pero ve a su prójimo palpando y viendo con los ojos exteriores cara a cara; y por eso prevalece sobre la noche, porque la visión de este mundo es nocturna, que no puede estar sin la contaminación del pecado. Y las estrellas, es decir, los pensamientos rectos y buenos que Dios pone en el firmamento, es decir, en la discreción del hombre, para que en todas las cosas discierna qué es bueno y útil, para que no se oscurezca en su conocimiento por las tinieblas de la ignorancia, y para que él mismo vigile sobre la debilidad del cuerpo, gobernándolo, y prevea con sus pensamientos lo que debe hacerse; que estos pensamientos también prevalezcan sobre la luz de la justicia y la necesidad del cuerpo, para que las dispongan correctamente, y para que disciernan la luz de la justicia de Dios de la oscura necesidad del mundo y del cuerpo, poniéndola por encima de esta. «Y vio Dios que era bueno,» aprobando, es decir, su casa en el hombre correctamente dispuesta según su justicia, y alegrándose de que él haya cumplido sus mandamientos con obras, por las cuales se ha reconciliado con él. «Y fue la tarde y la mañana el cuarto día (ibid.).» Dios mismo hace en el hombre un buen fin con el inicio de la ley mencionada, porque provee un buen fin a todas las virtudes. Porque si el fin no es bueno, la operación del inicio también se trunca, como un árbol inútil perecerá, cuyos ramas reverdecen y comienzan a florecer, pero no producen fruto. Y así como ese árbol, si persevera así, será cortado, también ese hombre será arrancado por Dios, que comienza a obrar bien, pero no lleva lo comenzado a su fin, porque Dios no considera el inicio de las buenas obras sin un buen fin. Y en los pueblos creyentes, que usan los cuatro elementos, esta cuarta virtud, es decir, el amor a Dios y al prójimo, que es común a lo espiritual y a lo secular para observar, será como el cuarto día.

Cómo debe entenderse literalmente, y cómo se aplica al hombre lo que está escrito: «Produzcan las aguas reptiles de alma viviente, y aves sobre la tierra,» hasta: «Y fue la tarde y la mañana el quinto día.»

XXXVIII. «Dijo también Dios: Produzcan las aguas reptiles de alma viviente, y aves sobre la tierra bajo el firmamento del cielo (Gén. I).» Esto debe considerarse de la siguiente manera: Por su Verbo viviente, Dios ordenó que las aguas produjeran reptiles y aves de alma viviente, como flores que proceden de las ramas de los árboles, porque Dios creó primero las criaturas, y luego produjo otras de otras, ya que previó qué le correspondería a cada constitución en el firmamento y bajo el firmamento que es tocado por él, así como también la forma se constituye primero, y luego se mueve hacia cada una de sus obras. Y procedieron los que nadan en las aguas, y los que vuelan en el aire, para que el agua no estuviera vacía de cumplir la obra que debía ser perfeccionada por ella, y para que el aire no careciera de volátiles corporales y vivientes, que se llenan y vivifican del aire. Por lo tanto, los peces se llaman nadables por su nado; y las aves, volátiles por su vuelo; pero el hombre no puede nadar perfectamente ni volar, sino que camina con sus pies sobre la tierra de la que fue creado. Pero los peces y las aves son de una generación más pura que la generación de los demás animales, porque el Espíritu Santo santificó las aguas por encima de los demás elementos; y así como el agua supera todo lo limpio e inmundo, también el alma penetra todo y supera la carne. El alma humana también fue hecha a imagen de Dios, y opera con todas las criaturas en el hombre; pero Dios está en todas las criaturas, y excede a todas las criaturas, porque en él no se encuentra ni principio ni fin. «Y creó Dios los grandes cetáceos, y toda alma viviente y movable, que las aguas produjeron según sus especies, y toda ave según su género (ibid.).» Dios formó en las aguas los géneros de peces, y les infundió un alma viviente de la fragancia ventosa. Por lo tanto, ellos también viven movibles, generados de las aguas, y entre todos los reptiles aparecieron primero. Y porque el aliento viviente excede las formas de los cuerpos, por eso el agua produjo primero seres vivientes, porque el agua es santificada y espiritual. La generación que se hace en las aguas es más maravillosa que aquella que fue engañada por la primera astucia de la antigua serpiente, porque en el amor de la carne surge el gusto del pecado; pero como el diablo no puede destruir la regeneración en las aguas, odia las aguas. Pero Dios lavó la escama del pecado concebido en su Hijo por el lavacro, por el cual el diablo no puede desnudar al hombre, porque no sabe de dónde la virgen concibió a ese hombre, que diluyó todo el gusto del pecado por el agua. Y porque el parto de la Virgen es oculto para el diablo, que conoció que sus entrañas no estaban heridas, sino íntegras, por eso tampoco puede disipar esta generación del Espíritu y del agua. Por los peces, Dios designó que el hombre es movable por el alma viviente, así como los peces son ágiles en las aguas; por las aves mostró que vuela por la racionalidad en todas partes, como también las aves se llevan en el aire. Por lo tanto, a los hombres espirituales, que huyen del pueblo común, se les deben proporcionar alimentos espirituales adecuados según su género, así como los peces y las aves, segregados de los demás animales, viven en las aguas y en el aire. «Y vio Dios que era bueno, y los bendijo diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad las aguas del mar, y multiplíquense las aves sobre la tierra (ibid.).» Dios vio, es decir, aprobó, que era bueno que los géneros mencionados de peces y aves tuvieran el aire en sí para vivir; y bendiciéndolos para que no desfallecieran, ordenó que cada uno de ellos creciera en formación según su género, se multiplicara en número como los brotes y frutos de los campos crecen y prosperan, para que los peces llenaran las aguas, porque en ellas se mueven, y las aves se levantarán en multitud, que habitan en la tierra por los pastos convenientes para ellas. «Y fue la tarde y la mañana el quinto día (ibid.).» que el fin y el origen de esta obra muestra lo mismo que Dios puso para los cinco sentidos del hombre, que el alma en el hombre recorre. Porque lo que el alma ve, es espiritual, ya que tiene la visión de la luz del aliento espiritual, discerniendo qué es visible y qué es invisible, porque también por la racionalidad entiende que tiene la sociedad de los espíritus angélicos. Ella misma también es invisible como un ángel, y mueve la forma de su cuerpo, que es como su túnica por la cual se cubre para no ser vista, aunque toda criatura la entiende, porque es un movimiento viviente. De otro modo:

Porque Dios destinó a su único Hijo al mundo, por cuya predicación se dieron los sublimes preceptos de la conversación celestial, por los cuales los espirituales se discernirían de los carnales: y las palabras del Evangelio sobre dejarlo todo con una elegante exposición pertinente a la instrucción de la disciplina evangélica.

XXXIX. «Dijo Dios: Produzcan las aguas reptiles de alma viviente, y aves sobre la tierra bajo el firmamento del cielo (Gén. I).» Esto debe considerarse de la siguiente manera: Dios, por la predicación de sus discípulos, dijo a la Iglesia: Ahora produzcamos preceptos más sutiles a través de la abstinencia, que con vigiliass, ayunos y oraciones, viviendo fielmente en Cristo, no se adhieran a las cosas terrenales, y que bajo el firmamento del cielo, que es Cristo, vuelen con las alas más altas de las virtudes como vírgenes y viudas en la Iglesia y sigan lo celestial. «Y creó Dios los grandes cetáceos, y toda alma viviente y movable, que las aguas produjeron según sus especies, y toda ave según su género (ibid.).» Mostró, es decir, a su único Hijo en la carne en quien nació el Evangelio, en el cual se dice: «Todo el que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o esposa, o hijos, o tierras por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna (Mat. XIX).» Esto debe considerarse de la siguiente manera: Todo fiel que haya dejado casa, es decir, su propia voluntad, o hermanos, es decir, concupiscencias carnales, o hermanas, es decir, el gusto de los pecados, o padre, es decir, la delectación de la carne, o madre, es decir, el abrazo de los vicios, o esposa, es decir, la avaricia, o hijos, es decir, el robo y el hurto, o tierras, es decir, la soberbia por la gloria de mi nombre, mirándome a mí que soy el Hijo de Dios y Salvador de los hombres, recibirá cien veces más en la tranquilidad de su mente corporalmente, porque ha arrojado de sí toda preocupación del siglo, y me ha seguido. Por lo tanto, todas estas cosas también le ocurrirán en el ministerio. Porque primero debe dejarse la casa, es decir, la propia voluntad, en la que el hombre descansa a su antojo, como aquel que permanece en su casa en tranquilidad; luego los hermanos, es decir, las concupiscencias carnales, que se unen a la propia voluntad; y después las hermanas, es decir, el gusto de los pecados que sigue en todas partes a las concupiscencias carnales; luego el padre, por quien se nota la delectación de la carne, que se deleita mucho en las concupiscencias carnales; y después la madre, es decir, el abrazo de los vicios, que abraza la delectación de la carne en todo; y luego la esposa, es decir, la avaricia, que imita el abrazo de los vicios, de modo que no se sacia de ellos, como también el hombre cuando toma esposa, cae en ganancias avaras. Y después los hijos, es decir, el robo y el hurto que siguen a la avaricia, como el hombre se esfuerza por acumular riquezas para sus hijos; y finalmente las tierras, es decir, la soberbia, que intenta defender el robo y el hurto, porque cuando el hombre ha atraído injustamente lo adquirido para sí mismo impunemente, comienza a enorgullecerse por la jactancia. Pero cuando cualquier fiel ha arrojado de sí todas estas cosas, y recibe mejores en abundancia, como se ha dicho; también poseerá la vida eterna en la bienaventuranza indeficiente, porque se ha negado a sí mismo temporalmente por Dios, y ha anhelado lo celestial. Porque aquel que se deja a sí mismo y a su linaje y a sus hijos por Dios, como hizo Abraham, recibirá la recompensa del ciento por uno por cada cosa que ve con los ojos y atiende con el corazón, como también se dice de María: «Se le perdonaron muchos pecados, porque amó mucho (Luc. VI),» porque ella también, dejándose a sí misma desde la cabeza hasta la planta del pie, fue recompensada con merced por cada cosa. Por lo tanto, este también será adornado con todos los trabajos mencionados, como también el artesano adorna su obra con elegante decoración, y finalmente pasará a los gozos celestiales. La antigua ley no conocía esto, porque la humanidad del Salvador aún no lo había tocado, pero la nueva lo recogía fielmente en sí misma. Porque el Hijo de Dios, que fue engendrado por el fuego del Espíritu Santo de una madre a quien también se le quitó y abstraído por completo la generación humana, enseñó la generación recta de la vida espiritual, de modo que el hombre

se constriña y santifique a sí mismo, y viviendo así tenga una conversación angélica, porque el mismo Hijo de Dios liberó al hombre con su humanidad, y lo llevó de nuevo a los gozos supremos. Dios también creó toda vida de virtudes, que permanecen en las mentes vivientes de los hombres que se elevan de la tierra, y que también son móviles en esto, que siempre se convierten de lo malo a lo bueno, y progresan de virtud en virtud. Y estas virtudes las produjeron aquellas aguas sobre las cuales vino el Espíritu Santo, los mismos apóstoles, cuando precedían al pueblo con buenos ejemplos, y también mostraron la conversación celestial, que vuela como una nube, pasando todas las cosas terrenales según su posibilidad en el género de las virtudes, como mi Hijo dice en el Evangelio:

También las palabras del Evangelio sobre las muchas mansiones que hay en la casa del Padre, y sobre el doble género de hijos de la Iglesia, es decir, espirituales y seculares.

XL. «En la casa de mi Padre hay muchas mansiones (Juan XIV).» Esto debe considerarse de la siguiente manera: El Hijo de Dios, prometiendo la vida eterna a sus fieles, dijo: En la morada celestial que es de mi Padre, hay muchos receptáculos según los méritos de los hombres, de modo que cada uno haga su mansión allí, como busca amando a Dios en la vida corporal. Porque en el hombre que se niega a sí mismo, como si no fuera hombre, y sin embargo no puede abandonar completamente el gusto sensible de los pecados en su vaso corporal; pero de esta manera tiene la victoria de los deseos corporales por amor a Cristo, y por la esperanza de la verdadera fe en la pasión, Dios se deleita mucho, porque consiente más al espíritu que a la carne. También su tabernáculo se adorna con innumerables ornamentos por el esfuerzo de la victoria con la que lucha contra sí mismo, y por cada uno de estos trabajos recibirá premios individuales, en los cuales también se alegrará con cítaras vivientes, porque Dios no olvida el resplandor de ningún trabajo. Por lo tanto, toda armonía se maravilla alabando a Dios, que el hombre terrenal, que es de la tierra, mire en esa altura en la que está Dios, en la fe, y esa alabanza suena con todo género de música sobre los cielos por los milagros que Dios obra en él. Él mismo es de aquellos que dejaron el mundo, llenando todo el mundo con buena reputación con el rocío del Espíritu Santo, y atrayendo a la multitud de hombres con la gracia del mismo Espíritu, de modo que por sus palabras y obras muchos han sido regenerados en Dios. Este hombre es agradable a todos; y así como el agua, que es necesaria para los hombres, sostiene toda su necesidad, así también el resto del pueblo es sostenido por él. Pero así como la tierra es fecunda al germinar, así también Dios dispuso que los hombres se procrearan unos de otros. Y así como Dios creó la tierra en la primera creación y produjo el agua, así también previó que los hombres se separaran en dos partes, una para procrear hijos, y otra para abstenerse de la procreación en la túnica del Hijo de Dios. Los hombres seculares, que escuchan a sus maestros por Dios, que los custodian como ángeles hombres en el gozo celestial, Dios los adorna elegantemente según sus méritos. Por lo tanto, los pueblos espirituales se alegran mucho sobre ellos, como también los ángeles se regocijan sobre ellos, porque están en su sociedad.

Que la bendición dada por Dios a los peces y aves para su incremento se cumpla en la generación espiritual de los bautizados, y en la fecundidad de las virtudes de cada fiel, y por qué se atribuyen estas cosas al quinto día.

XLI. «Y vio Dios que era bueno, y los bendijo diciendo: Creced y multiplicaos y llenad las aguas del mar, y multiplíquense las aves sobre la tierra (Gén. I).» Dios vio que era bueno que los pueblos justos renunciaran a sí mismos y a sus propias voluntades, y con esta bendición interior del corazón en su Hijo, quien también dio este ejemplo, los bendijo diciendo: Que estas virtudes crezcan en Dios y se multipliquen en el bien, y llenen a los vivientes y las

aguas torrenciales, es decir, a los apóstoles, quienes a través de su conocimiento llevan los riachuelos de la Escritura de Dios a la Iglesia, que es el mar de vidrio y fuego, para que el recuerdo de la Encarnación del Señor se haga en los hombres con el desprecio de este siglo. Y que las aves de los pueblos espirituales se multipliquen sobre la tierra de la Iglesia, que es figura de la Jerusalén celestial, la cual se llenará con la Iglesia cuando haya pasado el último día. «Y fue la tarde y la mañana el quinto día (ibid.).» Aquella incomodidad cuando el pueblo cristiano no tenía más que vida común, viviendo solo en obras seculares, comenzó a declinar como por la tarde hacia el inicio de un día fuerte, en el cual floreció la vida singular en abstinencia, en ayuno y en desprecio de este siglo, lo cual fue confirmado en la quinta luz de la verdadera fe por Cristo, para la edificación de la Iglesia con la bendición de Dios como el quinto día. Y de nuevo de otro modo:

Cómo las cosas que por la obra del quinto día y la bendición de Dios sobre la misma obra dada deben referirse a la instrucción de la mortalidad, con el testimonio del profeta Isaías diciendo: «¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas,» y cómo esto también debe entenderse.

XLII. «Dijo también Dios: Produzcan las aguas reptiles de alma viviente, y aves sobre la tierra bajo el firmamento del cielo. (Gén. I).» Esto debe considerarse así: Dios en la admonición del Espíritu Santo dice que los dones espirituales se edifiquen en las mentes de los hombres, y en las causas mencionadas, constriñéndose, se aparten de las preocupaciones seculares; y que estos hombres que son aguas, produzcan todo reptil de virtudes, es decir, almas viviendo en vida contemplativa, y también volando virtudes que sobresalen del precepto común de la vida secular, para que por amor de Dios asciendan abundantemente sobre la justicia establecida de su semilla, como el buen campo que de la semilla que en él se ha sembrado, produce fruto abundante, como dice mi siervo Isaías: «¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas (Isa. LX).» Esto debe considerarse así: ¿Quiénes son estos que despreciando lo terrenal, se niegan a sí mismos, y con sus mentes se apresuran a lo celestial y se consideran a sí mismos con la simplicidad de una paloma, y así miran a Dios? ¡Oh, cuán grande es su recompensa ante Dios, cuando no lo rechazan hacia atrás, sino que lo adoran con toda devoción! Porque Dios conocía su obra antes de toda criatura, y creó el cielo y la tierra, y entre estos dos constituyó el resto de la creación, como fue necesario para esa misma creación. Pues en el agua significó lo espiritual, y en la tierra lo corporal; y todo lo que es impuro, en el agua se purifica, así como también el cuerpo vive del alma, y aunque el hombre toca lo corporal, no puede tocar el alma, pero sabe que vive de ella, y sin embargo ignora qué y cómo es; y en esto su conocimiento es débil, y la tierra con su verdor subsiste por el agua, que también la lleva, y de ella se riega. Y Dios constituyó ciertas criaturas para la fortaleza de la obra hecha, es decir, del hombre, porque el hombre trabaja con ellas, y por eso también las señaló en las criaturas, pero cuánta posibilidad tiene el hombre de obrar los deseos del alma, que nunca falla, y cuyos suspiros vuelan al cielo por su ventosidad. Porque quienquiera que asciende, busca a quién ascender. Así también el alma con sus deseos llama, para que Dios le dé fuerza para obrar; y porque Dios la aprueba en esto, le concede lo que le pide, pero cuando ella desciende, entonces obra las concupiscencias de la carne según lo que su gusto desea. Por lo cual también se aflige de dos maneras, a saber, que sufre castigos de la carne cuando asciende a Dios, y tiene mucha aflicción por el conocimiento del deseo celestial, cuando ha cumplido la concupiscencia de la carne. Por lo tanto, también Dios distingue la creación para el hombre, una visible, y otra invisible, así como el cuerpo es visible, y el alma invisible, para que también por esta conjunción elija lo que es bueno. El cuerpo se alimenta de las criaturas, y el alma mueve el gusto de la carne para comer, y por sus suspiros tiende a esto, para que el cuerpo no se sofoque tanto por la

superfluidad de los alimentos, que no pueda suspirar. En esta obra mixta el alma obra de tal manera, que el cuerpo en su respiración se alimente correctamente con alimentos, porque si se alimenta en exceso, las fuerzas del alma se debilitan; pero si se le sustraen alimentos adecuados por demasiada abstinencia, el diablo soberbio eleva al hombre de tal manera, como si fuera a ascender al cielo, para que así lo haga caer por la soberbia. Por lo tanto, Dios odia la glotonería de esta manera, y reprueba la abstinencia irracional, y por eso el hombre fiel debe imponerse un justo modo en ambos. Y todas las virtudes mencionadas deben estar bajo la discreción como bajo el firmamento del cielo, para que ella las gobierne de tal manera, que no asciendan más alto de lo que pueden soportar por favor o elevación de la mente, ni tampoco caigan más profundamente en la repetición de las cosas seculares de lo que la constitución que han recibido de Dios tiene. «Y creó Dios los grandes cetáceos, y toda alma viviente y movable que las aguas produjeron según sus especies, y toda ave según su género (Gén. I).» Dios crea grandes virtudes, a saber, la integridad de la carne y la continencia en los hombres por la inspiración del Espíritu Santo, apartándoles toda pompa y delicias de la carne con el deseo del ardiente amor de Dios, de tal manera que en la delectación carnal se pisen a sí mismos como muertos, y todas las virtudes del alma viviente, que persisten en vida inestable, las confirma en ellos, para que no se manchen con los matrimonios de la naturaleza humana. Y estas son las virtudes vivientes que siguen al Cordero, que nunca fue manchado con ninguna mancha de iniquidad, y movibles hacia lo mejor, cuando desisten del negocio del matrimonio, al que acompaña la preocupación secular. Estas también son virtudes ilustres que se producen en estos pueblos con diversa variedad de especies, de las cuales una es la castidad, otra la continencia; a las cuales se adhieren las demás virtudes, que ascienden a lo superior como la palma en la multitud de su género. «Y vio Dios que era bueno, y los bendijo diciendo: Creced y multiplicaos y llenad las aguas del mar, y multiplíquense las aves sobre la tierra (ibid.).» Dios vio que estas virtudes eran muy buenas, porque en ellas se deleita con gran dulzura, cuando estas virtudes tocan imitando la Palabra de Dios. Porque Dios creó al hombre para que obrara el bien, pero él llevando el bien, obró el mal, quiso Dios que su Palabra se hiciera hombre, quien en su bondad manifestara plenamente toda la justicia que Adán había dejado. Y por eso también este pueblo con el mismo Hijo de Dios manifiesta sus ejemplos, que la santa divinidad mostró en él, y por eso estas virtudes son bendecidas, porque en él surgieron. Y entonces la virtud Dios dice: Que estas virtudes que comenzaron a imitarme por mí, crezcan, y se multipliquen en ellas los frutos de las buenas obras, y llenen a los hombres que fluctúan en la inestabilidad de la carne, para que en ellos aparezcan virtudes más fuertes de la fuerza de la divinidad que la fragilidad humana de la carne, y así se multipliquen volando sobre la tierra, es decir, el hombre, para que la debilidad de la carne se someta a su fortaleza. «Y fue la tarde y la mañana el quinto día (ibid.).» Así, como se ha dicho, en Dios habrá un buen fin, con el inicio de la quinta virtud, que es el desprecio del mundo como el quinto día.

Cómo la historia que está escrita sobre la obra del sexto día en la producción de los animales y reptiles de la tierra y la formación del hombre debe entenderse literalmente, y que el hombre según el cuerpo fue hecho a imagen de la humanidad del Hijo de Dios, que desde la eternidad había previsto asumir de la Virgen, y según el alma por el conocimiento o imitación del bien fue hecho a semejanza de la divinidad.

XLIII. «Dijo también Dios: Produzca la tierra alma viviente según su género, animales y reptiles y bestias de la tierra según sus especies (Gén. I).» Esto debe considerarse así. En su Palabra inextinguible, Dios ordenó que la tierra produjera animales vivientes según su género, es decir, diversos géneros de animales, en sus formas, a saber, animales que sirvieran al hombre, reptiles en los que el hombre aprendiera a tener temor de Dios; también bestias,

que le mostraran el honor de Dios; cada animal teniendo la especie de su género. Y así se cumplió; para que el hombre tuviera toda plenitud en ellos, de tal manera que eligiera lo que le fuera útil para su necesidad, y desechara lo que le fuera contrario, y de esta manera su honor fuera pleno. Los animales se unen al hombre, los reptiles lo evitan; las bestias lo huyen, y él domina sobre todos ellos. «Y Dios hizo las bestias según sus especies, y los animales; y todo reptil de la tierra según su género (ibid.),» a saber, las bestias que con su ferocidad infunden temor al hombre, los animales que le sirven, y también los reptiles que se esconden ante él, como se ha dicho antes. «Y vio Dios que era bueno y dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y que domine sobre los peces del mar, y las aves del cielo y las bestias, y sobre toda criatura, y sobre todo reptil que se mueve en la tierra (ibid.).» Vio con la mirada de su bondad que era bueno y útil que todo el orbe de la tierra tuviera la plenitud del honor del hombre, y dijo como llamando al hombre a un banquete, que somos una sola fuerza de una sola sustancia de divinidad en tres personas: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, es decir, según la túnica que germinará en el vientre de la Virgen, que la persona del Hijo, para la salvación del hombre, vistiendo, saldrá del vientre de ella, permaneciendo ella íntegra, y de la cual la divinidad nunca se apartará, pero el alma humana por la redención de ese mismo hombre despojará el cuerpo por la muerte, y lo retomará por la potencia de la Divinidad resucitante. Hagamos también a él a nuestra semejanza, para que con conocimiento y sabiduría entienda y discierna lo que va a obrar en sus cinco sentidos, de tal manera que también por la racionalidad de su vida, que estará oculta dentro de él, y que ninguna criatura en el cuerpo puede ver, sepa presidir sobre los peces que nadan en las aguas, y las aves suspendidas en el aire y las bestias indomables, y sobre toda criatura que habita sobre la tierra, y sobre todo reptil que se mueve en la tierra, porque la racionalidad del hombre superará a todas estas cosas. «Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y hembra los creó, y los bendijo Dios y les dijo: Creced y multiplicaos y llenad la tierra, y sometedla, y dominad sobre los peces del mar y las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra (ibid.).» Dios creó al hombre según la forma de la carne humana, que su hijo sin pecado iba a vestir, así como el hombre hace su túnica a su semejanza, según la forma que Dios había previsto antes de los siglos. Creó al hombre, varón, de mayor fortaleza, y hembra de menor robustez, haciendo y ordenando en justa medida la longitud y anchura en todos sus miembros, así como también la altura, profundidad y anchura de la restante creación en estado recto, para que ninguna de ellas trascienda a otra de manera inconveniente. Así también Dios señaló toda la creación en el hombre, y dentro de él ordenó la semejanza del espíritu angélico, es decir, el alma, que obra en la forma del hombre, y no es vista por ninguna criatura mientras está en el cuerpo, así como la divinidad no puede ser vista por ninguna criatura mortal. El alma es del cielo, el cuerpo es de la tierra, y el alma se conoce por la fe, el cuerpo por la vista. Dios creó al varón y a la hembra; pero primero al varón, y luego a la hembra sacándola del varón, y ella da a luz, así como el varón genera por la fortaleza de sus fuerzas que están ocultas en él. Porque en invierno y verano los frutos crecen y se producen, y sin estos ninguno se perfecciona. Por la raíz del árbol, que contiene la verdor en sí misma, se nutren las flores y los frutos y son de uno; así por el varón y la hembra se procrean muchos, que sin embargo proceden de un solo creador. Pues si solo existiera el varón, o si solo existiera la hembra, no se generaría ningún hombre. Por lo cual también el varón y la hembra son uno, porque el varón es como el alma, y la hembra como el cuerpo. Y los bendijo aquel a quien los ángeles miran conociéndolo y alabándolo, y les mandó que crecieran en aumento, y progresaran en multitud, y llenaran la tierra con su dominio, y la sometieran, para que cuando fuera cultivada por el hombre, produjera frutos; y también para que dominaran sobre los que nadan en las aguas, y los que vuelan en el aire, porque los superarían con la expansión de los cinco sentidos, y sobre todos los animales que tienen movimiento de aire vital sobre la tierra, porque superarían esa gloria de la racionalidad.

Porque cuando el hombre se perfeccione en el número pleno como Dios lo constituyó, llegará a aquella tierra que de los hombres terrenales se llama tierra de los vivientes, y luego tendrá sociedad con el Cordero en los cielos. ¡Oh, qué gran gozo es, que Dios se dignó hacerse hombre, siendo divino en los ángeles, humano en los hombres! Por lo cual verdaderamente debe creerse que es Dios y hombre. Y por eso también Dios puso al hombre a su túnica, y al número pleno que nunca se aparta del hombre, porque también le hizo como un padre a su hijo, quien le distribuye la herencia que le corresponde, cuando le sometió los peces y las aves y todos los vivientes que sin racionalidad viven moviéndose sobre la tierra.

«Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda hierba que da semilla sobre la tierra, y todos los árboles que tienen en sí mismos semilla de su género, para que os sirvan de alimento, y a todos los animales de la tierra, y a toda ave del cielo y a todos los que se mueven en la tierra, y en los que hay alma viviente, para que tengan para comer; y así fue hecho (ibid.).» En su Verbo inextinguible dijo Dios, que había dado al hombre hierba que da semilla, y también árboles que emiten semilla en sí mismos, para que le sirvan de alimento, no porque el hombre se alimente de todas las hierbas y árboles, sino porque se alimenta de aquellos animales que se alimentan de las hierbas y frutos de los árboles, y que también le concedió, para que en los animales que habitan la tierra, y en las aves y en todos los que se mueven aquí y allá en sus movimientos sobre la tierra, y en los que se contiene el aire vital, tenga pasto. Porque todo lo que vive en la tierra se alimenta de esa verdor que brota de la tierra; no de tal manera que todo animal use de las hierbas o de los frutos de los árboles; sino que cuando uno ofrece alimento al otro en sí mismo, se nutre del uso de las hierbas mencionadas y de los ramitos verdes. Y el precepto de Dios se cumplió de esta manera, porque todo lo que está sujeto a la voluntad de Dios; y toda la ordenación de Dios fue hecha en las criaturas por causa del hombre. Porque el hombre que es indeficiente en el alma, después del último día verá a Dios, que nunca comenzó ni tendrá fin, porque mientras el hombre crece y decrece como la luna, es decir, mientras es mortal, no verá a Dios, sino cuanto él mismo en la sombra de la profecía se muestra a los hombres como le place. Porque cuando Dios hizo el inicio del hombre, entonces también previó su último tiempo, y también este tiempo en el que, saliendo del vientre de su madre, sería regenerado de nuevo en el Espíritu Santo por el agua. «Y vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno,» porque había creado todas las criaturas en plena perfección sin ningún defecto, y eso era bueno, para que no tuvieran ningún defecto. «Y fue la tarde y la mañana el sexto día (ibid.).» Terminado aquel principio que Dios había hecho en las criaturas mencionadas y en el hombre, a quien había predestinado en lugar del ángel perdido, el sexto día resplandecía con el hombre perfecto, quien también prefiguraba que ese mismo hombre haría diversas obras durante las seis edades del mundo. De otro modo:

Cómo según la alegoría por la Palabra de Dios hablando por los apóstoles de la tierra de la Iglesia en la fe católica, los animales, y reptiles, y bestias, y también el hombre que debía presidir sobre todos según las diferencias de edades, entendimientos, o grados de los que viven en la Iglesia, y aquellos producidos, y este formado, y en qué o para qué se entiende que crecen y se multiplican.

XLIV. «Dijo también Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su especie, animales domésticos, reptiles y bestias de la tierra según sus especies. Y así fue hecho (Gén. I).» Esto debe considerarse de la siguiente manera: Que la tierra, es decir, mi Iglesia, produzca todas las virtudes vivientes, que he establecido a través de la doctrina de los apóstoles en todos los géneros de virtudes. Que los casados, que están bajo el yugo de la ley, vivan rectamente; también aquellos que reptan en la abstinencia de los deseos carnales, mortifiquen sus cuerpos con vigiliass, ayunos y oraciones. Y aquellos que ofrecen toda su sustancia a Dios, incluso sus

almas por Él, abandonen todas las cosas ilícitas en sus obras de tal manera que agraden a Dios Salvador mediante la sumisión a sus mandamientos, que les han sido establecidos. Y así como las bestias de la tierra no transgreden la naturaleza que les ha sido asignada según sus especies, así también ellos observen la forma que les ha sido establecida según sus fuerzas; y así, en estas virtudes, la abstinencia de las cosas mundanas será perfecta. «Y Dios hizo las bestias según sus especies y los animales domésticos y todo reptil de la tierra según su género (ibid.).» De la gracia de Dios en el Espíritu Santo, todas esas grandes virtudes de las instituciones espirituales, y todas esas ordenaciones de las cosas mundanas, y todas estas fuerzas de los abstinentes en la fe católica han sido hechas. «Y vio Dios que era bueno y dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y que domine sobre los peces del mar, las aves del cielo, las bestias, toda criatura y todo reptil que se mueve sobre la tierra (ibid.).» Y de manera similar, Dios vio que todas estas virtudes eran buenas, y dijo en sí mismo: «Ahora hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, para la edificación de la Iglesia.» ¿Cómo? Hagámoslo para la instrucción de la Iglesia, para que ella se eleve con el hombre hacia toda su edificación, y para que él, adornado en su forma con racionalidad, es decir, a nuestra imagen, y en ciencia y sabiduría, es decir, a nuestra semejanza, sea formado, de modo que él, con la obra divina y las justas obras humanas, edifique la Iglesia, para que le sea dada la ley en mi Hijo, que ha nacido de mi corazón, la cual también es encendida en el Espíritu Santo. Y el hombre en la Iglesia, con su conocimiento, presida sobre las cosas terrenales con las observancias del Evangelio que Dios ha dado, y con las virtudes que vuelan hacia el bien; él también ofrezca su sustancia y su alma con la sumisión a los mandamientos de Dios, y con todas las demás virtudes celestiales por Dios, y mortifique su cuerpo en la abstinencia de las cosas carnales, de modo que él mismo perfeccione estas virtudes. Y estas virtudes también perfeccionen al hombre en la observancia de todos los mandamientos de Dios, como ascendiendo de virtud en virtud, nunca pueda saciarse de ellas; y siempre esté en movimiento en esto, para que se aleje del mal y haga el bien.

«Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y hembra los creó, y los bendijo Dios y dijo: Creced y multiplicaos y llenad la tierra y sometedla, y dominad sobre los peces del mar y las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra.» Dios creó al hombre en la Iglesia para el conocimiento de su divinidad, para que en su alma pueda obrar las virtudes celestiales con los suspiros del alma, con los cuales la Iglesia está adornada con las gemas de las virtudes. También lo creó a imagen de Dios, que es el Hijo, para que esté rodeado de ardiente amor, perfeccionando todas las cosas buenas en castidad con las virtudes más excelentes, y para que la Iglesia de Dios sea perfeccionada con las obras de Dios. Así, pues, Dios creó a los pueblos, para que los varones, que son la persona masculina, tuvieran en las virtudes celestiales, y para que también en el temor de Dios, en la angustia del alma, en la vida secular bajo el cuidado de los hijos nacientes, vencieran, que es la persona femenina, para que también la Iglesia fuera edificada con ella. Y en estas causas predichas, Dios las bendijo con la plena bendición de la santa Encarnación; en esto, a saber, que el Hijo de Dios se revistió de humanidad, y por eso todos los géneros de virtudes en lo espiritual y en lo secular que progresan por amor a Dios, debieron fluir con fuerza, porque Dios es Dios y hombre, de quien brota toda verdor. Y en la admonición del Espíritu Santo dijo, que los pueblos en la Iglesia, creciendo en justos deseos abundantes, procedieran en cada vida según el temor de Dios, y se multiplicaran en ellos, para que en sus estudios fueran fructíferos, y renovando siempre las virtudes en sí mismos, no se marchitaran; y así, llenaran esa tierra, es decir, la Iglesia, y la sometieran a Cristo y dominaran en ella, de modo que siguieran el Evangelio, y con las virtudes voladoras y vivientes, que se alejan de las cosas terrenales y son estables en el bien, se elevaran hacia lo celestial.

«Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla sobre la tierra, y todos los árboles que tienen en sí mismos semilla según su especie, para que os sirvan de alimento, y a todos los animales de la tierra, y a toda ave del cielo, y a todo lo que se mueve sobre la tierra, y en lo que hay alma viviente, para que tengan para comer. Y así fue hecho (ibid.).» Dios en toda la constitución de la Iglesia dijo: He aquí que ya os he dado y enviado la fe recta por medio de mi Hijo, a quien visteis nacer sobre la tierra en la verdor de la tierra no arada, es decir, en el vientre de la Virgen, como la tierra intacta germina flores. Mi Hijo trajo la semilla de la Palabra de Dios, para que sobre la tierra prometida, es decir, la santa Iglesia, con la cual se construye la Jerusalén celestial, fuera sembrada, y trajo la ley de los casados, que tienen la propagación de su semilla en las naciones, cómo deben vivir según el temor de mis mandamientos, de modo que la ley dada por mí os sea alimento, uno en la construcción del alma, así como el cuerpo se alimenta con los alimentos, alimentaos, porque mi Hijo dijo: «Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre (Juan IV).» Esto debe considerarse de la siguiente manera: Mi alimento, que soy el Hijo de Dios, es someterme corporalmente a la pasión, por la cual, habiendo vencido al diablo, devuelvo al hombre al paraíso de donde fue expulsado, según la voluntad de mi Padre, porque mi Padre me envió al mundo para salvarlo. Pues yo, enviado por el Padre, recibí carne en el vientre materno sin humedad viril. Por tanto, ese alimento en el que soy igual a mi Padre sin edad, es mejor que aquel alimento con el que me alimento según la carne por un tiempo, donde el Padre celestial quiso que estuviera por un tiempo en este mundo, y conversara con los hombres, para que por mis palabras regresen a la salvación, cuando los haya elevado conmigo hacia lo celestial. Así es mi obra, cuando en mi humanidad redimí al hombre, para que él también obre según mí. Vosotros, pues, alimentaos con mi ley, para que vuestras almas no desfallezcan, porque os he establecido un tiempo de alimentos en la ley de Dios, en la cual encontraréis los pastos de la vida, en los cuales no desfalleceréis si los guardáis, sino que viviréis eternamente. También a los hombres, por las virtudes sometidos a los mandamientos del Dios vivo y hechos imitadores de Cristo en la milicia celestial, que se alejan de las cosas terrenales, anhelando con toda devoción la justicia, y ascendiendo de virtud en virtud que son móviles hacia el bien, en la tierra de la promesa, y para ellos sean las diferencias de alimentos, y los tiempos de los tiempos, que les han sido establecidos por los maestros. También el pueblo debe observar esos tiempos por la institución de la ley, en los cuales se deben celebrar las festividades y realizar los ayunos. De esos alimentos también se debe mantener esta distinción, para que no se tomen en exceso, sino como lo exija la oportunidad de la necesidad, y se dispensen a cada uno según la medida en la que él mismo ha sido fortalecido e instruido en el Espíritu Santo. Esto debe escuchar el hombre cristiano, que es la edificación de la Iglesia, para que consienta correctamente a su cabeza. Y así fue hecho, porque las palabras de Dios y las virtudes en el pueblo cristiano se han hecho alimento de vida en la Iglesia. «Y vio Dios todo lo que había hecho,» esto es, aprobó todas estas propuestas y mandamientos, y los tiempos dados de todas las virtudes predichas; «y eran muy buenos,» porque fueron realizados en la plenitud de la deseable gracia del Dios omnipotente, de modo que nada les faltara, existiendo cada virtud solo como buena antes; pero aquí todas eran buenas juntas, cuando todas aparecían juntas, como un banquete está completo cuando se perfecciona en todas sus justicias. «Y fue la tarde y la mañana del sexto día.» Esa mutación de inestabilidad que en la Iglesia aún no era la firmeza de los mandamientos establecidos, comenzó a declinar por la mañana de la fuerte justicia de toda la ley establecida, como el día se fortalece con las fuerzas del sol, mientras el sol está en su orden, para que de aquí fuera el sexto día, y como en la sexta luz de la fuerte fe, los pueblos cumplieran los mandamientos de Dios según su voluntad, y según la doctrina de sus maestros en la Iglesia. ¿Y de nuevo de otra manera?

Sobre la diversidad de alimentos concedidos al hombre y a los animales en el Génesis, cómo ahora espiritualmente en la iglesia según la distribución o percepción del alimento espiritual, que es la palabra de Dios, debe mantenerse; y cómo debe tomarse el testimonio añadido de Cristo diciendo: «Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre;» pero también esto que está escrito: «Y fue la tarde y la mañana del sexto día,» debe ser entendido.

XLV. «Dijo también Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su especie, animales domésticos, reptiles y bestias de la tierra según sus especies. Y así fue hecho (Gén. I).» Esto debe considerarse de la siguiente manera: Dios en la admonición del Espíritu Santo dice a los hombres, que se someten a todas las causas predichas, a saber, cómo se unan diligentemente a Dios en el deseo de su alma. Ahora esta tierra, es decir, el hombre, produzca las virtudes vivientes del alma, de modo que el hombre exterior, teniendo el negocio del alma, suspire siempre hacia Dios, para que el alma y el cuerpo obedezcan a Dios en el género de la más fuerte virtud de la obediencia, que ocultamente quitó su fuerza a la muerte en Dios, así como los animales están sometidos al hombre por sujeción, y también como el reptil se somete en el oficio de la vileza, y como las bestias de la tierra le sirven, y para que el hombre, por la sujeción de la humildad, se someta al hombre, porque la obediencia es el castigo de la soberbia, confundiéndola por completo. Y Dios hizo las bestias según sus especies, y los animales domésticos, y todo reptil de la tierra según su género. Del Dios omnipotente en el hombre, que primero pecó libremente por soberbia, surge el temor, de modo que el mismo hombre comienza a buscar a Dios, como el primer hombre recibió el mandamiento de la obediencia de Dios. Y así Dios hace en el hombre, que se postra a sí mismo por su propia voluntad en la sujeción de los hombres por amor a Dios, como las bestias son comprendidas por los hombres, por quienes también son alimentadas e instruidas, como ellos quieren. De manera similar, los hombres son contados en esa sujeción de los maestros según la especie de la santa humildad, entregados a la obediencia en la forma de los animales domésticos, y también en esa vileza de la naturaleza reptante, de modo que en su propia voluntad sean pisoteados según la voluntad de sus maestros, como la vil naturaleza del reptil es pisoteada en su género.

Repetición de todo lo que está escrito sobre la obra del sexto día en el Génesis, cómo debe ser entendido o mantenido según la moralidad, y adición de dos testimonios del Salmo y del Evangelio, y en qué sentido también deben ser tomados.

XLVI. «Y vio Dios que era bueno, y dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y que domine sobre los peces del mar, las aves del cielo y las bestias de la tierra, y toda criatura, y todo reptil que se mueve sobre la tierra (Gén. I).» Dios ve que esto es bueno, y se deleita mucho con la dulzura superior en esto, que el hombre en la primera justicia que Él estableció en el hombre lo busca, y en sí mismo dice: Este hombre con toda la iniciación de la justicia se toca a sí mismo superando sus deseos ilícitos, y con el deseo luminoso de mi primera constitución, que establecí en el primer origen, cuando el hombre debía obedecerme, se eleva por buenas obras. Ahora nosotros, tres personas, esa fuerza de una sustancia, que tocó al primer hombre creando a su imagen y semejanza, hagamos que a este hombre se le dé gran honor de santidad y conocimiento de las cosas divinas, de modo que sea tenido como patrón, y tenga el amor de la santa Encarnación en la imagen de Dios hacia su prójimo, y en su conocimiento exhiba honor a la divinidad en la semejanza de Dios, para que por la institución del Evangelio, y por las virtudes, prelado a las cosas temporales, se ofrezca a sí mismo también a Dios como sacrificio, de modo que afligiendo su cuerpo por la abstinencia, se promueva de las cosas terrenales a las celestiales, para que con las mismas virtudes que han sido cumplidas en él, obre, y esas virtudes con él, y en esta prelación él mismo tema y ame a Dios.

«Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y hembra los creó, y los bendijo Dios, y dijo: Creced y multiplicaos y llenad la tierra, y sometedla y dominad a los peces del mar, a las aves del cielo, y a todos los animales que se mueven sobre la tierra (ibid.).» Y ahora Dios crea al hombre para su honor de tal manera que Él mismo sea conocido en él completamente en su divinidad y humanidad. ¿Cómo? El poder de la Deidad que todo lo crea y gobierna se manifiesta en la administración del hombre a su imagen según la razón de su creación, por la cual prevalece sobre las demás criaturas; su misericordia, con la que socorre al mundo desde su humanidad, se reconoce en la compasión del mismo hombre, quien debe perdonar y tener misericordia de su prójimo según su capacidad; y estos son buenos ejemplos del Verbo de Dios, como dice el salmista David: «Yo dije: Sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo (Sal. LXXXI).» Esto debe considerarse así: Yo os dije a vosotros, hombres: en esto sois dioses, porque el hombre domina sobre toda criatura, sometiéndola a todas sus necesidades como desea, ya que así como tiene al Dios omnipotente en fe, temor y amor, así la criatura mira y ama al hombre como a un dios a través del magisterio del temor, cuando es alimentada por él. Pero también sois llamados hijos de aquel que está en las alturas, vosotros hombres, porque por la gracia del Dios viviente habéis sido creados racionales, como si hubierais nacido de Él, y porque toda la ciencia que os es necesaria la tenéis de Él: el animal irracional no sabe nada más que lo que capta por el sentido. En el hombre también, es decir, en el conocimiento viviente del hombre, crea la fuerza y el poder de la justicia evidente, de tal manera que no cede de manera perversa a la iniquidad ni en sí mismo ni en los demás, lo cual es como lo viril. En él también crea, para que por el don de la gracia divina al hombre herido por el pecado, con misericordia perdone, y para que atienda sus miserias de tal manera que le infunda el vino del arrepentimiento y lo unja con el óleo de la misericordia, para que el mismo hombre no caiga en una medida excesiva y en un arrepentimiento irremisible, y no se envuelva en la vanidad de las obras perversas, lo cual es como lo femenino. Y esto Dios lo bendice, porque toca la humanidad de su Hijo, como el mismo Hijo de Dios dice en el Evangelio: «Cualquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, hermana y madre (Mat. XII).» Esto debe considerarse así: Todo hombre sostenido por la gracia de Dios, que haga con buena intención la voluntad de mi Padre, que por la divinidad es mi Padre habitando en los cielos, porque soy Hijo de la Virgen, de tal manera que rechazando aquello en lo que nació, vuela hacia Dios con el hombre interior, ese en otra naturaleza de la que fue concebido, imitando a Dios y siempre mirando en la veneración del temor perfecto, es mi hermano. Teniendo también a Dios fielmente en el abrazo de la caridad asiduamente, es mi hermana en esta devoción, y en todas sus obras ascendiendo con voluntad de perfección a ese mismo Padre mío; y llevándolo frecuentemente en el corazón y en el cuerpo, es mi madre, porque así me genera, donde florezco en mi Padre con todo el esfuerzo de santidad por la plenitud de las virtudes bienaventuradas. Entonces Dios dice en sí mismo: Que este hombre crezca en las fuerzas de las virtudes más fuertes, y que la multiplicación de esas mismas virtudes sea cultivada en él, para que esa tierra, es decir, los demás hombres, se llene de los preciosos pigmentos de las buenas obras al escuchar y entender de ese mismo nombre, y se sometan a sus preceptos, y que el mismo hombre con sobreabundante felicidad domine sus deseos, en esas mismas virtudes apartando de sí todo el esplendor del mundo, que es como el mar, y que en las virtudes y en aquellas cosas que en sus fuerzas son móviles hacia el bien, corra con deseo supremo hacia las celestiales, de tal manera que esas virtudes aparten del hombre esos deseos ilícitos, que son como la tierra. «Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla sobre la tierra, y todos los árboles que tienen en sí mismos semilla de su género, para que os sirvan de alimento, y a todos los animales de la tierra, y a toda ave del cielo, y a

todos los que se mueven en la tierra, y en los que hay alma viviente, para que tengan para comer. Y fue así (Gen. I).» Y ahora también en el Espíritu Santo dice: He aquí todas las semillas de virtudes, que se han dicho antes, que llevan la semilla de mi palabra sobre los deseos de la carne de este hombre, que se constriñe a sí mismo, y he puesto todas las virtudes más fuertes ascendiendo a los mayores preceptos, para que teniendo en sí mismos con recto deseo la buena semilla de su género en mi palabra, sean para él alimento de la restauración del alma; de tal manera que también todas las virtudes sujetas a Dios por la humildad, y volando en la milicia celestial, y que remueven al hombre de las cosas terrenales hacia las celestiales, y en las que las fuerzas vivientes son de la plantación del Espíritu Santo, sean alimentadas con él en su alma, y él también sea alimentado con ellas en todas estas cosas. Y todo esto se hace así en ese hombre, que así progresa en Dios: «Y vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno (ibid.).» Y ahora Dios ve que todo lo que el Espíritu Santo otorga, es muy bueno, porque en la plenitud de todas las virtudes está perfecto, cuando antes cada virtud en sí misma era solo un bien, aquí, sin embargo, todas son igualmente buenas, porque en el hombre apareciendo juntas han sido cumplidas. «Y fue la tarde y la mañana del sexto día (ibid.).» Y ahora por Dios en el hombre se hace, para que el buen fin con el buen inicio de la sexta virtud, que es la obediencia, resplandezca como el sexto día.

De la perfección del cielo y la tierra, y de todo su ornato, y de la culminación de las obras de Dios, que se atribuye al séptimo día, y de la santificación de ese mismo día, y del descanso del mismo Dios, cómo deben entenderse literalmente.

XLVII. «Así fueron terminados los cielos y la tierra, y todo su ornato (Gen. II).» Esto debe considerarse así: Los elementos superiores e inferiores con todas las fuerzas adyacentes a ellos fueron terminados con tal plenitud y perfección, que, eliminada toda carencia, se regocijan en la abundancia de la utilidad conveniente. «Y completó Dios en el séptimo día su obra que había hecho, y descansó en el séptimo día de toda su obra que había realizado (ibid.).» La culminación de las seis distinciones de las obras mencionadas se llamó el séptimo día, cuando Dios llevó a la perfección todo lo que había preordenado crear. Y así descansó en el séptimo día cesando de trabajar, porque había perfeccionado toda su obra en sus formas. Y bendijo el séptimo día, y lo santificó, porque en él había cesado de toda su obra, que Dios creó para hacer. Dios bendijo el séptimo día con alabanza, y lo santificó con la honorabilidad de la solemnidad, porque toda criatura existe plenamente creada en él, que Dios había preordenado hacer, de la cual procede otra engendrada. Por lo tanto, toda la multitud angélica, y todos los misterios ocultos de la Divinidad, bendecían a Dios por la perfección de la obra de Dios, y lo alababan, porque con los siete dones del Espíritu Santo había perfeccionado toda su obra. ¿De nuevo de otra manera?

Cómo estas cosas se cumplen alegóricamente a través de la Encarnación del Hijo de Dios y la predicación del Evangelio y la operación del Espíritu Santo en los hijos de la Iglesia, y en los sujetos a la fe cristiana.

XLVIII. «Así fueron terminados los cielos y la tierra, y todo su ornato (Gen. II).» Esto debe considerarse así: Todas las obras celestiales, que en el tránsito de las cosas terrenales tienden hacia los cielos, fueron perfeccionadas con las cosas terrenales que la necesidad de los nacientes hijos de los hombres tiene, y así toda esa perfecta belleza de las obras celestiales está constituida en la Iglesia. «Y completó Dios en el séptimo día su obra que había hecho, y descansó en el séptimo día de toda su obra que había realizado (ibid.).» Toda esta constitución fue completada en todas estas cosas; y esto de tal manera que yo en mi Hijo en el séptimo día, es decir, en la plenitud de todo bien, definí toda mi operación, para que todo el pueblo eclesiástico viendo, oyendo, y escudriñando a través de la doctrina, bien sepa qué debe hacer

en mis preceptos. Y toda mi constitución fue tan festiva, que no la mostré en nada más que en mi Hijo enviado por mí, quien completó todas mis ordenaciones a través de su doctrina, y a través de sus apóstoles con obra manifiesta, las cuales los profetas antes vieron en sombra. Entonces también el séptimo día de mi descanso resplandeció en la Iglesia, de tal manera que después en obra abierta no operé nada más ni en la predicación, ni con señales de milagros, ni con visión de los antiguos santos, sino que en mi Hijo manifesté las obras de vida, y muchísimos secretos, tanto futuros como pasados y presentes; y advertí tan benignamente a mis elegidos, para que imitaran la Encarnación de ese mismo Hijo mío, que floreció en el primer brote. «Y bendijo el séptimo día, y lo santificó (ibid.),» porque en él había cesado de toda su obra, que Dios creó para hacer. Bendije y santifiqué ese séptimo día en la salvación de las almas, cuando envié a mi Hijo a encarnarse en el vientre de la Virgen. Y lo bendije y santifiqué, porque en ese día mío me deleito mucho, es decir, en aquellos que como flores de rosas y lirios emancipados del yugo de la ley, comienzan libremente a constreñirse tanto por mi inspiración, que incluso la Encarnación de mi Hijo, que antes había prometido en profecía, no está sujeta al precepto de la ley. Y cesé de operar de tal manera en la Iglesia, que ya en obra santa como ahora brilla, está perfecta en plena constitución, porque mi Hijo, que es mi séptima obra, procediendo del vientre de la Virgen por la humanidad, perfeccionó todas estas cosas conmigo en el Espíritu Santo, según lo que dice en el Evangelio: «Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra (Mat. XXVIII).» Esto debe considerarse así: Del Padre Dios me ha sido dada a mí, que soy Hijo de la Virgen, toda potestad por derecho hereditario para hacer en el cielo, y juzgar en la tierra lo que debe hacerse y juzgarse, no obstante, no para trascender la voluntad de mi Padre, sino para mirarla en todo, porque yo estoy en el Padre y Él en mí. Y de nuevo de otra manera:

Cómo estas mismas cosas se consuman según la tropología en el progreso y perfección de cada fiel.

XLIX. «Así fueron terminados los cielos y la tierra, y todo su ornato (Gen. II).» Esto debe considerarse así: Esas virtudes celestiales y terrenales y todo su ornato se perfeccionan en el hombre en justicia y verdad con buenas obras. «Y completó Dios en el séptimo día su obra que había hecho, y descansó en el séptimo día de toda su obra que había realizado (ibid.).» Y Dios a través del séptimo día, que es su Hijo, en quien toda la plenitud de la buena obra surgió, completa en el hombre la buena obra con todas las virtudes perfectas, como el artesano coloca piedras preciosas en su obra que va a hacer, porque todas las buenas obras en el hombre, que obra por la gracia del Espíritu Santo, están plenamente adornadas. Entonces también Dios en su Hijo descansa de toda obra, es decir, de esa obra en la que el hombre ya está perfecto, porque Él comenzó a obrar en el Hijo de Dios, que era la séptima obra, en el vientre de María Virgen. «Y bendijo el séptimo día y lo santificó, porque en él había cesado de toda su obra que creó Dios para hacer (ibid.).» Dios bendijo el séptimo día en la perfección de las buenas obras, es decir, al hombre, que es miembro de su Hijo en él. ¿Cómo? Es decir, para que imite la bendición interior, es decir, a ese mismo Hijo suyo, que salió de su corazón, para que a través de sus ejemplos, quien se hizo obediente a Dios Padre, vuelva a la vida. En ese mismo hombre también santifica las obras celestiales mencionadas, cuando le concede consigo gloria y honor, para que a su prójimo le perdone cualquier deuda, cuando quiera. Y de esta severidad de las obras el Padre ya cesa, por la cual antes de la Encarnación de su Hijo no permitía a nadie entrar en el reino celestial; ahora, sin embargo, en ese mismo Hijo suyo abre la entrada a los gozos celestiales, cuando a cada deuda del hombre que confiesa de corazón, a través de ese mismo Hijo suyo, la perdona. Por lo tanto, el fiel debe entender esto fielmente, y no desprecie en estas cosas a aquel que es veraz.

PARTE TERCERA.

VISIÓN SEXTA.

Visión mística de un edificio mostrado en forma de ciudad, del monte también y del espejo resplandeciente en él, de la nube superior blanca, inferior negra, y de las demás cosas que aparecen en esa misma visión.

I. Y de nuevo vi como el instrumento de una gran ciudad, cuadrado, rodeado de un cierto esplendor y ciertas tinieblas como un muro de un lado y del otro, y también adornado como con ciertos montes e imágenes. Vi también en medio de su lado oriental, como un monte grande y alto, de piedra dura y blanca, como de la que se extrae fuego, teniendo forma, en cuya cima resplandecía como un espejo de tal claridad y pureza, que parecía superar incluso el esplendor del sol, en el cual también apareció como una paloma con las alas extendidas, como preparada para volar. Ese mismo espejo, teniendo en sí muchos milagros ocultos, emitía de sí un cierto esplendor de gran amplitud y altura, en el cual aparecían muchos misterios y muchas formas de diversas imágenes. Pues en ese mismo esplendor hacia el lado sur, aparecía como una nube superior blanca, pero inferior negra, sobre la cual resplandecía como una gran multitud de ángeles, algunos de los cuales parecían de fuego, otros claros, otros como estrellas, quienes todos eran movidos por un cierto viento volando como lámparas ardientes, que también estaba lleno de voces, que sonaban como el sonido del mar. Y ese mismo viento extendía sus voces en su cielo, y a través de él envió fuego a la negrura mencionada de la nube; por lo cual esta ardió en negrura sin llama; pero también pronto sopló sobre ella, y la hizo desvanecerse y caer como denso humo. Así también la arrojó cayendo desde el sur sobre el mencionado monte hacia el norte en una cierta profundidad infinita, de tal manera que no podía levantarse de nuevo, excepto que a veces envía una cierta niebla sobre la tierra. Y oí como trompetas clamando desde el cielo: ¿Qué es esto que el fuerte en sus fuerzas ha caído? Y así la parte blanca de la mencionada nube resplandeció más clara que antes, y ningún viento, que en tres modos de sus voces había derribado la negrura de la nube mencionada, pudo resistirle en adelante. Y de nuevo oí una voz desde el cielo diciendo:

Sobre la presciencia y predestinación y ordenación de Dios que desde la eternidad todo lo conoce, y en el tiempo todo lo crea, y examina las obras de la criatura racional con juicio estricto.

II. Dios, en su presciencia, conoce todas las cosas, ya que antes de que las criaturas fueran hechas en sus formas, las previó y nada le ha sido oculto, desde el principio del mundo hasta su fin. Esto también lo declara la visión presente. Ves, en efecto, como un instrumento cuadrado de una gran ciudad, que designa la obra estable y firme de la predestinación divina, rodeado de un cierto esplendor y de ciertas tinieblas, como un muro a ambos lados, porque los fieles son destinados a la gloria y los infieles a las penas, separados por justo juicio, y también adornado como con ciertos montes e imágenes, es decir, fortalecido y exaltado con grandes prodigios de milagros y virtudes, ya que Dios, haciendo todas sus obras verdaderas y justas, las ha corroborado con tal fortaleza que ningún impulso puede exterminar su defecto. Pero lo que ves en medio de la región oriental, como un gran y alto monte de piedra dura y blanca, teniendo la forma de aquella de la que se lanza fuego, esto designa que en la fortaleza de la justicia Dios es grande en poder, excelso en gloria, severo en dureza, blanco en suavidad, ya que completa todos sus juicios en el ardor de la equidad. Él mismo es justo y destruye por completo la injusticia, porque el cielo y la tierra están fundados sobre Él y sostiene el firmamento con todas las criaturas, así como la piedra angular sostiene todo el edificio. En cuya cima resplandece como un espejo de tanta claridad y pureza que parece

superar incluso el esplendor del sol, porque en la excelencia de Dios, su presciencia es tan luminosa y tan perspicua que excede todo el fulgor de las criaturas. En el cual también aparece como una paloma con las alas extendidas, como preparada para volar, porque en esa presciencia la ordenación divina se expande, avanzando hacia su manifestación. Pues cuando Dios quiso, hizo que toda criatura surgiera. Y así como en otro lugar hay dos alas para volar, y como sentado sobre el monte considera hacia dónde quiere volar, así también la ordenación divina, teniendo dos alas en los ángeles y en los hombres, se sienta en su posibilidad como en un monte ordenando todo; así como también un hombre que en silencio ordena todo lo que quiere, y protegiendo al hombre con la ayuda de los ángeles, le dio a él con voluntad y obra como alas para volar, y en la antigua ley permaneció como en silencio, porque toda la ley fue significativa. Ella misma había previsto en todo, que la figura en la que había aliento y conocimiento viviente, supiera qué debía hacer, cuando por el viento viviente, es decir, el alma, mirara ya sea a la derecha o a la izquierda, y si volara a la derecha recibiría la recompensa de la vida; si, en cambio, se dirigiera a la izquierda, allí estaría sujeta a las penas debidas. Por tanto, Dios tiene esta ordenación bajo el velo de sus alas, de modo que a aquel que vuela hacia Él diciendo: «En ti me regocijaré porque me has hecho, por lo cual mi alma se adhiere a ti», lo recibe protegiéndolo con su diestra, y le otorga muchos ornamentos; pero a aquel que se niega a adherirse a Él, permite que perezca como se ha dicho antes. Y también cuando el Hijo de Dios asumió el vestido de la carne, que se adhirió a la santa divinidad, por la cual Él mismo perfeccionó su obra que aún no estaba completa, en su humanidad, pronto voló virtuosamente con los hombres, de lo cual los ángeles se maravillaban, lo que ningún otro hombre sino el Verbo de Dios encarnado pudo hacer, y los santificó por ese mismo vestido suyo, para que al mirarlo, se negaran a sí mismos, y como con sus alas extendidas volaran con Él hacia los deseos celestiales.

Que la ciencia de Dios, teniendo en sí muchas cosas desconocidas y secretas, produzca la manifestación de sus maravillas según su beneplácito, y qué significa la triple cualidad de los ángeles que aparecen en esta visión.

III. El mencionado espejo, teniendo en sí muchísimos milagros ocultos, emite un cierto esplendor de gran altura y altitud, significando que la ciencia de Dios, teniendo en sí muchos secretos desconocidos, produce la manifestación de sus maravillas expandiéndolas y elevándolas, según su beneplácito. En el cual aparecen muchos misterios y muchísimas formas de diversas imágenes, porque cuando la manifestación de las maravillas de Dios se abre, aquellas que antes eran desconocidas y no vistas, avanzarán hacia una manifestación abierta. Pues en ese mismo esplendor, hacia la región austral, aparece como una nube blanca en la parte superior, pero negra en la inferior, designando que en la manifestación de la ardiente justicia de Dios, la intención de los espíritus bienaventurados es laudable, pero la de los reprobados es execrable. Sobre la cual resplandece como una multitud de ángeles, algunos de los cuales parecen ígneos, otros claros, otros como estrellas, porque los que aparecen ígneos están en fuerzas muy poderosas, de modo que de ninguna manera pueden ser movidos, porque Dios quiso que fueran hechos a su imagen, para que siempre la contemplen. Pero los que se muestran claros, se mueven en los oficios de las obras de los hombres, que son obra de Dios, cuyas obras de los oficios están en la presencia de Dios ante esos mismos ángeles, porque siempre las consideran, y ofrecen a Dios su buen olor, eligiendo lo útil y desechando lo inútil; y los que parecen como estrellas, compadecen la naturaleza de los hombres, y la representan a Dios como escritura, y acompañan a los hombres, y les hablan con palabras de racionalidad como Dios quiere, y alaban a Dios por sus buenas obras; pero se apartan de las malas.

Del espíritu de Dios excitando su celo a través de los ángeles bienaventurados para repeler y reprimir la presunción de los ángeles reprobados, y de la sinfonía incansable de los ángeles buenos, y de la inestimable y siempre nueva admiración de Dios que lo alaban.

IV. Y todos ellos son movidos por un cierto viento, como lámparas ardientes, volando, porque el Espíritu de Dios, viviente y ardiendo en verdad, mueve a estos espíritus angélicos a su celo contra sus enemigos. Que también está lleno de voces, que suenan como el sonido del mar, porque tiene la plenitud y perfección de todas las alabanzas, con las que la criatura angélica y humana es infundida para la alabanza de Dios. Y, como ves, ese mismo viento extiende sus voces en su celo, porque el Espíritu de Dios convierte las voces de la rectitud de sus juicios en venganza de los reprobados. Y a través de él envió fuego a la mencionada negrura de la nube antes dicha, de donde ardió en negrura sin llama, cuando los espíritus bienaventurados, viendo el comienzo de los ángeles perdidos, se apresuraban en honor de Dios. También derramaban ardientemente el fuego de la venganza sobre la pésima infidelidad de la intención de esos mismos enemigos suyos, ardiendo no para corrección, sino para mayor execración sin ninguna luz de salvación, ni queriendo exhibir el debido honor a su Creador. Pues porque querían estar sin el resplandor de la alabanza de su Creador, fueron contados por nada, como un pergamino no escrito está vacío, no teniendo el honor de la escritura. Pero pronto sopló sobre ella, y la hizo desaparecer y caer como un denso humo, porque ese mismo celo, a través de los espíritus bienaventurados, aniquiló el intento de los reprobados, y lo que quería ascender hacia arriba, lo debilitó y deprimió. Porque las multitudes de ángeles buenos miran a Dios, y con toda sinfonía de alabanzas lo reconocen, y con maravillosa singularidad alaban sus misterios, que siempre han estado y están en Él, y de ninguna manera pueden omitir esto, porque no están gravados por ningún cuerpo terrenal. También narran la divinidad con sonidos vivientes de voces excelsas, que son más que el número de la arena del mar, más que el número de todos los frutos que germinan en la tierra, y más que el número de los sonidos que son emitidos por todos los animales, y más que todo el resplandor que brilla a través del sol y la luna y las estrellas en las aguas, y más que todos los sonidos del éter que son hechos por los soplos de los vientos, que elevan y sostienen los cuatro elementos. Pero en todas estas voces de sus alabanzas, los espíritus bienaventurados no pueden captar la divinidad con ningún fin. Por lo cual también ellos siempre hacen novedad en sus voces. Ese mismo celo, así, la arrojó cayendo desde el sur detrás del mencionado monte hacia el norte en una cierta profundidad infinita, de modo que no puede levantarse de nuevo, excepto que a veces envía una cierta niebla sobre la tierra. En lo cual se muestra que él, por la virtud de la santidad de los ángeles, ha rechazado la intención de los espíritus malignos ya vacilante, desde el lugar de la bienaventuranza hacia la infelicidad de la perdición, y de la calamidad indeficiente, cuando los redujo a tal contrición que ya no pueden rebelarse contra Dios, aunque no descuidan intentar a los hombres con sus pésimas sugerencias.

Que alguna parte de los espíritus bienaventurados, permaneciendo en los secretos del cielo y siempre asistiendo al rostro de su Creador, rara vez es enviada a los exteriores, pero alguna que se considera con el nombre de ángeles, siempre saliendo a diversos oficios, cuando es necesario, aparece a los hombres; y que toda criatura racional siempre debe buscar no su propia gloria, sino la del Creador.

V. También hay una cierta multitud de ángeles con Dios en los secretos del cielo, que la Divinidad ha llenado con su luz, y que es oscura para la criatura humana, excepto que se conoce por ciertos signos luminosos. Y esa multitud es más racional con Dios que con el hombre, y rara vez aparece a los hombres, cuando los ángeles que son oficiales con los hombres, cuando a Dios le place, se muestran a ellos con ciertos signos, porque Dios ha

constituido a algunos para diversos oficios, y los ha hecho oficiales con las criaturas. Sin embargo, aunque tienen diversos oficios, todos veneran a un solo Dios adorándolo y conociéndolo. Porque si la ciencia no volara con el sonido de la alabanza hacia aquel de quien es, sino que quisiera ser por sí misma, ¿cómo podría sostenerse, cuando por sí misma no es? La racionalidad, en efecto, siempre extiende el sonido de la alabanza hacia otro, y de ahí se regocija, porque si quisiera sonar por sí misma, no podría ser glorificada; lo que Satanás hizo, cuando comenzó a vivir, porque no miró con alabanza a su Creador, sino que queriendo ser por sí mismo, cayó, cortado y pisoteado por la divinidad, como la paja cortada del grano es pisoteada. Por lo tanto, cualquier criatura que vive, mire a su Creador, y no busque tener gloria por sí misma. Porque el hombre no puede tener plena alegría de utilidad por sí mismo, a menos que la reciba de otro; y cuando entiende la alegría de la utilidad a través de otro, tendrá gran regocijo en su corazón por ello. De aquí también el alma recuerda que fue creada por Dios, y en fe mira hacia Él, así como el hombre considera su rostro en un espejo, cómo ha sido formado. Porque el Dios omnipotente constituyó su obra de este modo, para que mirara hacia Él con alabanzas, porque la perfeccionó en gran honor, disponiendo también que los espíritus bienaventurados rechazaran a los contrarios a la verdadera bienaventuranza diciendo: «Rechacemos a estos de nosotros, que quieren aterrorizarnos.» Por lo cual está escrito en la voluntad de Dios:

Palabras del Salmista del salmo XCII que se refieren a lo mismo, y en qué sentido deben ser entendidas.

VI. «Los ríos han alzado, Señor, los ríos han alzado su voz. Los ríos han alzado sus olas a las voces de muchas aguas (Salmo XCII).» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de este modo: En tu cielo se han levantado los espíritus angélicos, oh Señor de todas las criaturas, y han alzado como olas sus fuerzas en el hundimiento de tus enemigos, y de nuevo han extendido hacia lo alto la fortaleza de los ejércitos de esos mismos espíritus ofreciendo a Dios las voces de los sonidos de muchísimas alabanzas, porque las huestes angélicas son como ríos de agua viva, que el viento del Espíritu de Dios mueve para la gloria de su alabanza, cuando esas mismas voces luchaban contra el dragón negro. Pues Miguel, en las voces de las trompetas del juicio oculto de Dios, golpeó a ese mismo serpiente, porque quiso conocer la claridad de la Divinidad, y lo arrojó por la virtud de Dios al pozo del infierno, que está sin obstáculo de fondo, donde también sus seguidores que consintieron con él, teniéndolo como maestro, cayeron con él. Pero sin embargo, él mismo recibió más penas que todos ellos, porque no quiso mirar a ningún otro que a sí mismo, mientras que estos miraban a él. Después de la caída de este antiguo enemigo, los coros celestiales alababan a Dios, porque su acusador había caído, y porque su lugar en el cielo ya no fue encontrado. Y entonces también conocían las maravillas de Dios con mayor resplandor de lo que las habían visto antes, entendiendo también que tal batalla ya no se haría en el cielo, y que nadie más caería del cielo. Pero también en la pura divinidad conocían que el número de los espíritus caídos sería llenado por vasos de barro. Por lo cual, y por esta alegría que sabían que el número de aquellos que habían caído sería restaurado de este modo, llevaban esa misma caída al olvido, como si no hubiera sido. Porque el Dios omnipotente constituyó la milicia celestial en diversos órdenes, como le convenía, de modo que cada orden mantuviera sus oficios, y cada orden fuera un sello especulativo para otro orden, y en cada espejo hay misterios divinos que esos mismos órdenes no pueden ver, ni conocer, ni saber, ni terminar completamente. Por lo cual, admirándose, ascienden de alabanza en alabanza, de gloria en gloria, y así siempre son nuevos, porque no pueden llevar todo esto a su fin. Ellos mismos también son espíritu y vida de Dios. Por lo cual tampoco nunca fallan en las alabanzas divinas, y siempre contemplan la claridad ígnea de Dios, y de la claridad de la divinidad resplandece como una llama. Pero

estas palabras sean recibidas por los fieles con devoto afecto del corazón, porque han sido dadas para la utilidad de los creyentes por aquel que es el primero y el último.

VISIÓN SÉPTIMA.

Visión mística de la piedra de mármol como un monte en la parte oriental del edificio de la ciudad premostrada; y también de la innumerable multitud de hombres que aparecen tanto en la parte oriental como en la austral de ese mismo edificio; y también de la forma y el hábito maravilloso de dos imágenes situadas junto al ángulo oriental.

I. Después de esto, en el ángulo oriental, es decir, donde comienza el oriente, veía como una piedra de mármol como un monte grande y alto, e íntegro, en el cual solo se veía tallada una puerta como de una gran ciudad, que un cierto esplendor luminoso viniendo del oriente del sol la bañaba por completo, y no se extendía más allá. Y desde esa misma piedra casi hasta el otro extremo oriental que estaba hacia el sur, aparecían como imágenes de hombres, a saber, niños, jóvenes y ancianos, como estrellas a través de una nube, dando sonido hasta el occidente, como el mar cuando se mueve inundando por el viento. A quienes también un cierto esplendor viniendo de lo alto, y excediendo toda la belleza de la estimación humana, los bañaba con un cierto rayo suyo, que luego volvía a retraer hacia sí. Junto a ese mismo extremo oriental mencionado, otras dos imágenes cercanas entre sí estaban de pie, de las cuales una, que era la primera, tenía la cabeza y el pecho como un leopardo; pero los brazos como un hombre; pero sus manos se asemejaban a los pies de un oso; no veía otra forma en ella. Sin embargo, estaba vestida con una túnica de piedra, y no se movía ni aquí ni allá, sino que dirigía su vista hacia el norte. Pero la otra imagen, que estaba más cerca del mencionado ángulo, tenía el rostro y las manos de un hombre entrelazadas, y mostraba en sí los pies de un halcón. Y estaba vestida como con una túnica de madera, que desde su cima hasta su ombligo aparecía blanca, desde el ombligo hasta sus lomos rojiza, y desde los lomos hasta sus rodillas grisácea, y desde las rodillas hasta el final de sus pies turbia. También sostenía una espada como colocada transversalmente sobre sus lomos, y permaneciendo inmóvil, había vuelto su mirada hacia el occidente. Luego veía como otras innumerables imágenes de hombres por toda la región austral como fluyendo en el aire como una nube, de las cuales algunos llevaban en sus cabezas como coronas de oro, otros sostenían en sus manos como palmas muy adornadas, otros como flautas, otros como cítaras, otros como órganos, y el sonido de esos mismos instrumentos resonaba como el dulce sonido de las nubes. Y de nuevo oí una voz del cielo que me decía.

Porque Dios omnipotente, sin ninguna mutabilidad en sí mismo, con justo juicio condenó a los ángeles soberbios, y con piadosa misericordia, socorriendo al hombre engañado, habiendo enviado muchos y maravillosos anuncios de su futura salvación en el Antiguo Testamento, finalmente en el Nuevo Testamento completó su liberación a través de muchos milagros; y que la profecía dada divinamente para instrucción y corrección, nunca ha faltado ni faltará a ninguna edad del mundo.

II. Después de que el ejército de los ángeles perdidos cayó, Dios ordenó al hombre en la gloria que aquellos habían perdido; pero al caer también él, lo redimió a gran precio de una bendita redención, con muchos y admirables anuncios para que volviera a la vida, prometidos muchas veces en el Antiguo Testamento; y en el Nuevo Testamento, con muchísimos milagros realizados para su liberación. Por lo tanto, en el ángulo oriental, es decir, donde comienza el oriente, ves como una piedra de mármol, como un monte grande y alto e íntegro, que designa que desde el principio de las criaturas, cuando el mundo fue creado, Dios existió

como una roca firmísima, poderosa y excelsa en la integridad de la estabilidad, sin tener en sí ninguna mutabilidad. En la cual solo se ve una puerta como de una gran ciudad, que un cierto esplendor luminoso viniendo desde el nacimiento del sol, la inunda completamente, sin extenderse más allá, porque la voluntad de Dios, como una puerta abierta a cualquier bien, es tocada por la ordenación de la divinidad purísima, que no procede más allá de lo que está ordenado, ya que la voluntad y la ordenación de Dios se convienen de tal manera que ninguna trasciende a la otra. Pues Dios, en el lugar que la antigua serpiente perdió, ordenó al hombre con la piedad de su voluntad, y a él, vacilante en la perversidad, lo purificó con las aguas del diluvio, y renovó el mundo en Noé con justa examinación. Por lo cual, desde esa misma piedra casi hasta el otro extremo oriental que está hacia el sur, se ven como imágenes de hombres, es decir, de niños, jóvenes y ancianos, como estrellas que aparecen a través de una nube, emitiendo un sonido hasta el occidente, como el mar que se mueve por el viento, porque desde la fortaleza divina hasta donde la antigua ley apareciendo con severidad, recibió su fin con el ardor de la justicia y la verdad venidera, la profecía comenzó en la primera obra de Dios, es decir, en Adán. La cual así, de generación en generación, a través de las diversas edades de los hombres, brillaba como luz a través de las tinieblas, y no cesará de su sonido hasta el fin del mundo, emitiendo voces de significaciones múltiples, siendo imbuida con la inspiración del Espíritu Santo, en diversos misterios. Pues la profecía en el hombre es como el alma en el cuerpo, porque así como el alma está sombreada en el cuerpo, y como a través de ella el cuerpo es gobernado, así también la profecía viniendo del Espíritu de Dios, que preeminente sobre toda criatura, es invisible, y a través de ella se corrigen las desviaciones, y se reconducen a la vía de la rectitud, como también por mi inspiración habla David, mi siervo, diciendo:

Las palabras de David del primer verso del Salmo XLIV, es decir, «Eructó mi corazón una palabra buena» pertenecientes a lo mismo y a ambas generaciones de Cristo, y cómo deben ser entendidas.

III. «Eructó mi corazón una palabra buena, yo digo mis obras al Rey.» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de esta manera. Yo, que soy el Padre de todos, manifiestamente muestro que antes de toda criatura eructó mi fuerza interior una palabra buena, es decir, que engendré a mi Hijo por quien todas las cosas fueron hechas muy buenas. Por lo cual también digo, sin cambiarme en lo diverso, yo que soy revelando mis obras a aquel que ha de reinar sobre toda la tierra. Pues todas mis obras que desde el principio fueron hechas, son conocidas por mi Hijo. También la profecía eructó en su virtud una palabra buena, cuando la misma palabra, por la cual todas las cosas fueron hechas, al ser revestida de carne, proclamó aquellas obras maravillosas, y cuando mostró que sería el rey de reyes, y que este justo germen debería ser producido por la tierra íntegra, que no había sido desgastada por la obra del hombre. Esto la profecía lo conoció por la infusión del Espíritu Santo, es decir, en algunos ancianos, en algunos jóvenes, y en algunos niños, que en muchos signos hablaban del mismo germen, que es la Palabra de Dios, por la inspiración del Espíritu Santo. Pues Dios creó al varón de la tierra, y lo transformó en carne sanguínea; pero la mujer tomada del mismo varón, permaneció carne de carne sin ser transformada en otra cosa. Y estos en el espíritu de profecía conocieron que una mujer por la inspiración del Espíritu Santo daría a luz al Hijo de Dios, como una flor crece del aire suavísimo, y como también fue prefigurado en la vara de Aarón, que cortada del árbol mostraba a María Virgen, de cuya mente el varón fue así cortado, que nunca fue tocado por la delectación de alguna copulación, sino que por el ardor del Espíritu Santo procreó a un solo varón, al que rodeó de todas las criaturas, porque ellas procediendo de él, percibieron el gusto, por lo cual también todas obedecían a su voz. Pues los profetas dijeron que del acto de caridad una mujer debería proceder a dar a luz,

como la vara del tronco de Jesé, y todos atribuyeron este parto virginal al Rey, es decir, al Hijo de Dios. Pues cuando esta mujer rodeó al Hijo de Dios, los hombres que lo veían y escuchaban en la semejanza de su imagen, lo amaban más que si no lo vieran, porque lo que los hombres ven en la sombra, no pueden conocerlo plenamente. Por lo cual también los profetas cuando hablaban en el sonido de la sombra, estas cosas a veces los atravesaban como sombra; pero todas estas cosas fueron formadas después en los hombres, porque el sonido de la profecía procede de los misterios ocultos de la divinidad.

Porque la primera de las dos imágenes en el extremo oriental del edificio mostrado, que aparece casi en todo con un hábito feroz, significa el tiempo que fue antes del diluvio, en el cual los hombres sin ley y sin conocimiento del verdadero Dios vivían en un rito cruel y más bestial que humano.

IV. Como ves, junto al mencionado extremo oriental, otras dos imágenes están cercanas entre sí, significando que en el nacimiento de la justicia que fue demostrado en Abel, ya vacilante, Dios reveló dos tiempos de diferentes costumbres de los hombres unidos en cercanía, uno antes del diluvio sin ley, y otro después del diluvio bajo la ley. De las cuales una, que es la primera, tiene la cabeza y el pecho como un leopardo, pero los brazos como un hombre, pero sus manos se asemejan a los pies de un oso; no ves otra forma en ella, porque ese tiempo que fue antes del diluvio sin ley, mostraba en las costumbres de los hombres el poder y la fortaleza de diversas naturalezas bestiales, porque entonces los hombres, por la primera decepción diabólica, estaban implicados en todos los vicios, entregando al olvido a Dios, y viviendo según el gusto de su voluntad; a veces operando como hombre en sus brazos, pero a veces imitando en las obras de sus manos la naturaleza y el saqueo de bestias crueles. Por lo cual también los hombres descuidaban la honestidad de las costumbres, ni se esforzaban por vivir según la disciplina humana; sino que permanecían así, sin forma. Está vestida con una túnica de piedra, no se mueve ni aquí ni allá, sino que dirige su vista hacia el norte, porque los mismos hombres, que estuvieron en el tiempo mencionado, se rodearon de la dureza y gravedad de los pecados, ni se convertían del mal al bien, viendo en su conocimiento que hacían obras malas y torpes, en las que se regocija la antigua serpiente, pero no querían abandonarlas. Pues cuando Dios creó el cielo y la tierra, dividió la tierra de tal manera que una parte de la tierra es inmutable, y otra es mutable, de la cual también Dios plasmó al hombre. El hombre también es mutable al vigilar y al dormir. Pues cuando vigila, según el curso del sol, no tiene luz en sus ojos, así es como aquel que en su alma está como en la noche oscurecido.

De la fortaleza, crueldad y costumbres impuras de los hombres antes del diluvio, y cómo por arte del diablo, excepto unos pocos, se apartaron del culto a Dios.

V. Y Dios puso al hombre en la tierra de los vivientes, que no es iluminada por la esfera del sol; sino que es inundada por la luz viviente de la eternidad; pero él, transgrediendo el mandato divino, fue enviado de nuevo a la tierra de la mutabilidad. Él mismo engendró dos hijos, de los cuales uno ofreció a Dios, pero el otro, matando a su hermano, se hizo reo de muerte, y el que ofreció a Dios, y escuchó la voz de Dios, fue asesinado. De donde surgió un gran lamento. Pues en aquella primera creación los hombres eran de tanta fortaleza y de tantas fuerzas, que incluso superaban a las bestias más fuertes. Por lo cual se deleitaban muchas veces en jugar con ellas, y las mismas bestias, temiendo a los hombres y conteniendo su ferocidad, se sometían a ellos; pero sin embargo, por esto no cambiaban su naturaleza. Los hombres, sin embargo, cambiando la hermosa forma de su racionalidad, se mezclaban con las bestias, y lo que así se generaba, si se asemejaba más al hombre que al animal bruto, lo odiaban y lo descuidaban, pero si tenía más la forma de un animal bruto que la forma de un

hombre, lo abrazaban con el beso del amor. Las costumbres de esos mismos hombres entonces eran de dos maneras, es decir, ahora según las bestias, como el leopardo y el oso son según las costumbres de los hombres y las bestias; por lo tanto, tampoco tenían las hermosísimas plumas de la racionalidad, con las que anhelaran a Dios con fe y esperanza recta, porque por los pecados mencionados, esas mismas plumas habían fallado en ellos. Esto les sugirió la antigua serpiente para que la gloria de su racionalidad pereciera, la cual desgarraba con gran odio en el hombre. Pues el diablo decía dentro de sí: «¿Qué es esto que el Altísimo ha hecho? Pues eso consiente más en mi consejo que en el suyo. Por lo cual en su plasmación lo superaré.» Así los hombres en el primer siglo, contaminados por la espuma de la serpiente, operaban según el gusto de su vaso terrenal, y no según el aliento del alma, ni querían conocer nada más que lo que veían formado, diciendo: «¿Qué me aprovecha el viento, que ni está formado, ni me habla? Lo que me habla, y lo que me acude, eso retendré.» Pues un cierto arte diabólico insufló a algunos grandes animales, y a través de ellos decía a los hombres: «Yo soy quien os creó.» Y de este modo sugirió a los hombres que se contaminaran por ellos, para que el sonido de la voz de la racionalidad con la que debían alabar a Dios, se destruyera en ellos, para que no alabaran a Dios, como tampoco él quiso, ni quiere querer. Sin embargo, algunos pocos que habían escuchado al primer hombre, quien les había relatado cómo fue formado por Dios y cómo fue puesto en el lugar de la delicia, y cómo salió de allí, gustando su naturaleza humana, y no mezclándose con las bestias, como Dios los había constituido, vivían recta y sobriamente en su misma naturaleza, y por la molestia y gravedad del pueblo común, que de este modo, como se ha dicho, se contaminaba, huían a los altos montes, y allí se confortaban con el aliento del alma, de modo que no les placía pecar: sino que siempre suspiraban diciendo: «¿Dónde buscaremos a aquel que nos creó?» Por lo cual eran burlados por los pueblos mencionados, diciendo: «¿Qué es lo que estos cultivan, que ni ven con sus ojos, ni palpan con sus manos?» Pero también se burlaban del edificio de Noé. Y Dios hablaba a estos en sus místicos milagros, como también habló a Abel, hijo del primer hombre.

Porque Dios, no soportando las iniquidades y crímenes de los hombres de aquella era, exterminó con las aguas del diluvio a todo el género humano y a todos los seres vivientes, excepto a los que había encerrado en el arca; y sobre el cambio del sol, la luna, las estrellas y la tierra de las cualidades que tenían antes del diluvio; y que al final del mundo, el fuego consumirá la tierra con tanta profundidad como la penetración de las aguas en el diluvio.

VI. Pero después de que la tierra se llenó de este pueblo contrario, yo, que soy, no soportando más estos pecados criminales, decreté que el género humano se ahogara en las aguas, excepto unos pocos que me conocían. La tierra, sin embargo, no se secó hasta que el pueblo engañado fue completamente sumergido. Pues las aguas inundaron toda la tierra de tal manera que se convirtió en lodo, y en este los cadáveres de los hombres se sumergían de tal manera que después no podían ser encontrados, aunque algunos cadáveres de animales, por su ligereza, aparecían en la superficie de las aguas. Ni la tierra se secó antes de que el sol, con los caminos de la luna y las estrellas, y con todos los oficios de su salida y puesta, completara su curso, ni antes de que todas estas cosas retiraran las aguas a sus lugares establecidos como fueron puestas al principio. Y así la tierra fue cocida por el calor del sol de una manera diferente a como había aparecido antes. Pues el sol, la luna y las estrellas, y los demás astros, después de la caída de Adán antes del diluvio, por el excesivo y fuerte calor, fueron algo turbulentos, y los hombres entonces en sus cuerpos eran tan fuertes que podían soportar ese calor. Lo que también ahora el fervor de un gran calor a veces muestra, cuando los astros mencionados están a veces turbados por él, porque después del diluvio fueron tan inundados por las aguas que en su frío y en su calor son más luminosos de lo que fueron antes del

diluvio, permaneciendo la tierra y los hombres en mayor debilidad e infirmitud que antes. Pues el agua en el diluvio inundando toda la tierra hasta el fondo de la tierra penetrable, la transformó en lodo, como también en el último día arderá hasta esa misma profundidad, porque el hombre después no la necesitará. Pues Dios ejerce sus juicios sobre el hombre por el agua y el fuego, para que, como por estos compuso al hombre, por los mismos también el hombre sea comprimido. Y así como Dios inunda toda la tierra con la humedad del agua, y la compone y la firma con el calor del fuego, así también humedece al hombre con la humedad del cuerpo, y lo conforta con el calor del fuego del alma. Pero aquellos a quienes el Señor había reservado después del diluvio para la procreación de un nuevo género, aterrorizados por el terrible juicio de Dios que habían visto, ardían en el temor de Dios, y comenzaron a ofrecer sus sacrificios en honor de Dios.

Porque por el cambio de los elementos también las fuerzas de los hombres después del diluvio se han disminuido, y sobre la corrección de ellos aterrorizados por un tiempo por el mismo juicio, y sobre el arco puesto entonces por primera vez como pacto o señal entre Dios y los hombres.

VII. Pero luego el género en género procedió en menores fuerzas que los hombres antes del diluvio, como se ha dicho, porque cuando la tierra fue cambiada, también las fuerzas de los hombres fueron cambiadas y se hicieron más débiles, porque habían seguido al antiguo insidiador, que había cambiado su gloria en costumbres serpenteantes, porque la serpiente es astuta para engañar a aquel a quien quiere engañar, y para huir de aquel de quien quiere huir. Así también hace el antiguo enemigo, cuando engaña al que supera con el engaño del veneno mortal de la infidelidad, y cuando huye rápidamente de aquel por quien es vencido, porque es pisoteado por aquel, como fue arrojado del cielo. Pues este tiempo floreció en el temor del Señor, resistiendo al antiguo serpiente, para que el olvido de Dios no fuera infundido en el hombre como había hecho antes del diluvio. Pues después del diluvio Dios hizo una nueva tierra con un nuevo pueblo, poniendo un arco como señal en las nubes; para que las aguas no ahogaran más toda la tierra y todos los pueblos; mostrando también que todos sus enemigos conocerían cuán gran poder tendría sobre ellos en su tremendo juicio. Pues el juicio de Dios tiene gran fortaleza para golpear a sus enemigos, que quieren destruir la verdad de la divinidad, y con fuego y grandes tempestades después de la caída del hijo de perdición, hará el fin de todos los hombres mortales de tal manera que después de eso de ningún modo aparecerá nada mortal.

Que la otra imagen designa el tiempo que fue después del diluvio bajo la ley, y las variedades de su diverso hábito significan las distinciones de los tiempos desde el mismo diluvio hasta la venida del Señor, o el fin del siglo, y las cualidades de las costumbres de los hombres que están o estarán en ellos.

VIII. Pero la otra imagen, que está más cerca del ángulo mencionado, tiene el rostro y las manos de un hombre entrelazadas, pero muestra los pies de un halcón, designando aquel tiempo que después del diluvio estaba bajo la ley en las costumbres de los hombres, avanzando hasta el punto en que la severidad de esa misma ley flaqueaba, en el que la intención y las obras de esos hombres, más enfocadas en lo carnal que en lo espiritual, estaban ociosas sin esfuerzo, en el que también, al avanzar, sancionaban la dureza y no la suavidad, porque la ley no perdonó a nadie, sino que castigó severamente al delincuente. Y se viste como de una túnica de madera, porque el tiempo mencionado había atraído hacia sí la antigua ley que descuidaba los frutos espirituales. Desde su cima hasta su ombligo aparece blanca, porque el tiempo que fue antes de Noé, quien reconoció a su Creador, y supo que era

hombre, y comenzó el edificio de la santidad, y ofreció ofrendas a Dios, se levantó como blanco hasta Abraham, quien era como el ombligo de la fortaleza, porque a través del abismo de las aguas los hombres fueron tan aterrorizados que luego, durante algún tiempo, se reunieron en el temor de Dios a través de la rectitud. Pero desde el ombligo hasta sus lomos es de color rojizo, significando el tiempo que desde Abraham hasta Moisés se extendió ardientemente en la circuncisión, porque así como el amanecer precede al sol, así Abraham, a través del signo de la circuncisión, en la que venció la lujuria, precedió a la humanidad del Hijo de Dios. Desde los lomos hasta las rodillas es de color grisáceo, mostrando que ese tiempo que fue desde Moisés, el legislador, hasta la deportación babilónica, avanzó en la dureza y aspereza de la ley, según la carne, y allí comenzó a inclinarse hacia muchas vanidades. Y desde las rodillas hasta el final de sus pies es turbia, significando el tiempo que se extendió desde la deportación babilónica hasta la extinción de esa misma ley, donde vino el Hijo de Dios, quien la cumplió toda en sí mismo. Ese tiempo, ciertamente turbio, apareció en negligencia y pereza, porque esa misma ley, ya entonces considerada deshonrosa, y tenida como agua turbulenta por nada, tendía carnalmente a su caída. Pues quienes en ese tiempo parecían estar bajo la ley, no querían conocer al sol de justicia naciente, sino que decían querer mirar solo las letras escritas en las tablas, y afirmaban que no había nada más que entender en ellas. Por lo tanto, yo, que juzgo todo con justicia, envié mis juicios, que había extendido sobre ellos en Egipto y en otros lugares cuando confiaban en sí mismos, haciendo lo que querían, ahora sobre ciertos pueblos que los capturaron y los dividieron en regiones lejanas. Pero en esta dureza de infidelidad permanecerán hasta que la antigua serpiente mueva su ojo en un hombre errante y perdido, a quien la divinidad oculta matará de tal manera que ni ángel ni hombre conocerán ese golpe, y entonces ese mismo pueblo legal mirará hacia mí con grandes penas, llorando y lamentándose de haber sido engañado por tanto tiempo. Pero cuánto tiempo permanecerán los hombres en el mundo transitorio, es desconocido para el ángel y el hombre. Y la imagen mencionada sostiene una espada colocada transversalmente sobre sus lomos, porque demuestra que se mantuvo en un tránsito carnal a través de la circuncisión, donde, sin embargo, desde el ombligo de las cosas vitales hasta los lomos, el hombre peca por su movimiento, cuando la mente del hombre los mueve a pecar. Y también declara los juicios de Dios que tienen pura justicia, de tal manera que Dios derrama la sangre de aquel que divide los miembros del hombre sobre él mismo, y también destruye con justo juicio a aquel que se aparta de él en otros males. Y permaneciendo inmóvil, dirige su mirada hacia el occidente, porque los hombres que estuvieron en ese tiempo, cuando la antigua ley prevalecía, no se movían hacia la inteligencia espiritual, aunque conocían la caída de la antigua serpiente y veían muchos peligros; pero, sin embargo, mantenían la salvación de sus almas en pereza y negligencia. Pues el dragón ígneo, viendo que Dios había salvado a algunos que la inundación de aguas no había devorado, emitió gran ira con su aliento, diciendo furiosamente dentro de sí: «Despertaré todas mis artes, y las examinaré una por una, para que a aquellos que el diluvio no sumergió, los engañe en algunos impedimentos, y así los someta de nuevo a mí.»

Sobre los significados de las ofrendas y la circuncisión y la ley que, a través de la profecía en los Padres, precedieron a la encarnación del Hijo de Dios, y sobre la predicación de los profetas, y que el hombre no podría salvarse a menos que el Verbo se hiciera carne, y sobre las sugerencias del diablo, con las que engaña a los hombres burlándose, y sobre los modos de ayuda con los que Dios siempre resiste.

IX. Así, este tiempo después del diluvio se extendió desde Noé hasta mi Hijo encarnado, quien convirtió a los creyentes en él hacia la inteligencia espiritual, donde también otro tiempo no según la carne, sino según el espíritu, avanzó hacia la vida. En Noé mostré muchos

milagros, así como también en la primera aparición en Adán realicé muchos milagros, porque así como en Adán previ a todos los hombres que nacerían, también en Noé preanuncié un nuevo mundo que resucitaría. De este linaje surgieron profetas muy fuertes y veloces, quienes afilando su lengua, proclamaron con confianza lo que veían en el Espíritu Santo, a saber, que Dios enviaría su Verbo, que estaba en él antes de los tiempos, al mundo. Y esto se encarnó de tal manera que todo el mundo se maravillara de ello, y hacia este milagro sus lenguas rápidamente atravesaron el mundo, afirmando que el hermoso entre los hijos de los hombres vendría a la tierra. Pero también la racionalidad dicta, y según el dictado se ejerce la obra, porque si el dictado no procediera, la obra no seguiría. Dios dictó el mundo y al hombre en su Verbo. Pues el Verbo, que es sin principio, dictó una obra, de la cual se vistió el mundo como un manto, para que cuando el hombre pecara, si confesaba a Dios, lo atrajera hacia sí con ese mismo manto; y por eso, si ese mismo Verbo no se hubiera vestido con este manto, el hombre no se salvaría, así como tampoco se salvará el ángel perdido. ¿Y de dónde vendría esto, que Dios no tendría la posibilidad de restituir en su lugar a aquel que se había apartado de él, cuando se confesara arrepentido? Así como al Dios omnipotente le agradó crear al hombre, también le agradó redimir a aquel que confía en él. Por lo tanto, exhaló la profecía en secreto, y la envió velada, hasta que completara su obra; pero antes de llevarla a cabo, la demostró a través de signos precursores. Pues Noé mostró el arca, dio la circuncisión a Abraham, y enseñó la ley a Moisés, para que el movimiento de la lujuria, que se mueve como la lengua de una serpiente, fuera confundido por ellos; y para que el diablo, que había engañado al hombre a través de los animales, antes de que viniera el Santo de los santos, fuera pisoteado a través de los animales en las ceremonias de Dios.

Y estos tres signos, a saber, la ofrenda, la circuncisión y la ley, precedieron al Hijo de Dios, y él mismo quiso sufrirlos y terminarlos en sí mismo según las palabras de inspiración de los profetas, quienes hablaban tanto de Dios como de todos los males del norte, porque mientras la antigua serpiente quiera luchar contra Dios, como también luchó contra él en el cielo, invade a los hombres, persuadiéndolos a que también se opongan a Dios, y a que adoren como Dios aquello que tocan con los ojos y las manos, como les mostró en Baal y en otros ídolos. Pero así como nadie puede comprender a Dios, ni nadie puede llevar su obra a su fin, tampoco el diablo puede conocer al hombre, a menos que primero el hombre suspire hacia él a través de su sugestión, y entonces en su maldad se regocija mucho, porque así engañando vence la obra de Dios. Pues cuando ve que el hombre puede obrar, aún no sabe qué quiere obrar, y cuando entiende que suspira hacia Dios, de tal manera que pone sus obras en Dios, porque fue creado por él, inmediatamente se acerca a él con su sugestión diciendo: «Cuando tienes la posibilidad de hacer lo que quieras, ¿por qué buscas tu obra de otro? ¿Y qué te dañará que hagas las obras que puedes hacer, cuando aquel a quien dices que es tu creador hizo su obra como quiso?» Y así, sugiriendo, lo engaña. Por lo tanto, el viento del norte designa esta sugestión y persuasión, porque así como destruye y derriba toda la casa, también este soplo diabólico lleva los sentidos rectos del hombre a este olvido, para que olvide la inspiración de Dios, y no pueda suspirar hacia Dios. También corta el aliento del alma que debería suspirar hacia Dios, y lo enciende hacia los pecados que puede cometer a través de su cuerpo. En el soplo de esta sugestión fétida confía que puede atraer hacia sí incluso las almas de los hombres racionales, así como el gusano que yace en el lodo, procrea otros gusanos de su jugo inmundo. Pues él condujo a los hombres a estas obras perversas y fétidas, que doblaron sus rodillas ante Baal y otros ídolos, de cuya boca sonaba y hablaba un espíritu inmundo, enseñándoles obras incestuosas. Al principio, de generación en generación, los pueblos avanzaron, cuyas mentes horribles se apartaron de Dios por el gusto de su carne. Pero, sin embargo, como se ha dicho, a través del arca Dios manifestó la justicia, a través de la circuncisión, que era como un acero, hirió la muerte, de tal manera que incluso la lujuria

que la serpiente había exhalado fue desnudada por ella; y a través de la ley, que escribió con su dedo, la confundió, recordando que había hecho al hombre con su dedo, precediendo el ministerio del hombre, es decir, la criatura que Dios le dio primero, de la cual el hombre tomando animales puros, ofreció por primera vez una ofrenda al Dios omnipotente. Lo que Abel comenzó, la ley lo perfeccionó todo, significando que el hombre que ofrece una ofrenda del animal del que se alimenta, se ofrece a sí mismo como ofrenda a Dios. Y así como el sol tiene a la luna sujeta a él, tanto creciente como menguante, así también el Hijo de Dios, el verdadero Sol, tuvo la ley en sí mismo, que creció en él cuando la cumplió, y que en él encontró su fin cuando se inmoló a sí mismo a Dios Padre. Y así como por su muerte se produjo un eclipse del sol, que nuevamente brilló por todo el mundo, así también el Hijo de Dios quiso que el hombre brillara según él, mirando su muerte, y considerando en ella lo que debe hacer. Así como también el arado con los animales voltea la tierra, en la que se siembra una semilla que produce gran fruto del cual se alimentan los hombres, así también el pueblo legal sostuvo las letras escritas en los mandamientos de Dios, pero no se sació con su fruto, porque no conocía lo que estaba oculto en las letras. Pero el Hijo de Dios reveló a los creyentes a través de las semillas de sus palabras que, alimentados con su carne y sangre, tendrían vida, y esto mismo en los secretos divinos ocultos lo manifestó por sí mismo.

Sobre la innumerable multitud de fieles que de diversas maneras en esta vida, tanto en ejercicios como en la mortificación de los vicios, luchan valientemente por el honor de Dios y su salvación, y reciben diversas recompensas según sus méritos por el don de Dios.

X. Pero lo que ves como otras innumerables imágenes de hombres por toda la región austral, como una nube fluyendo en el aire, esto es que la multitud de creyentes que imitaron e imitan al Hijo de Dios en ardiente justicia, elevando sus mentes hacia lo celestial, ascendieron y ascienden de virtud en virtud. Algunos de ellos llevan en sus cabezas como coronas, porque estos, cuando elevan sus mentes hacia arriba, imponen a sus almas el ornamento de las recompensas celestiales con los justos y santos deseos de sus corazones, porque los buenos deseos son el inicio de un buen comienzo, otros sostienen en sus manos como palmas muy adornadas, porque muestran la victoria del buen combate en sus obras; otros, como flautas, es decir, las recompensas que en el temor y amor de Dios han merecido a través de su enseñanza; otros, como cítaras, es decir, las recompensas del camino duro y angosto que conduce a la vida; otros, como órganos, porque en ellos aparecen múltiples virtudes que tienden en alabanzas hacia Dios; y el sonido de esos mismos instrumentos resuena como el dulce sonido de las nubes, porque las alabanzas que resuenan en las dignidades y recompensas de las virtudes mencionadas, con mérito deseable en las virtudes de los que obran, y elevando sus mentes hacia lo celestial, resuenan, porque según lo que los hombres merecen haciendo el bien en rectitud, sus recompensas serán en la remuneración. Las mentes de los fieles, como se ha dicho, discurren como nubes, cuando en el deseo del alma en el que el hombre bienaventurado busca de Dios la obra que debe hacer, nunca se sacia, así como tampoco los ríos que fluyen del mar cesan en sus inundaciones. Y porque los santos deseos, que son el inicio de todos los bienes, están fijados en ellos de esta manera como se ha dicho, Dios los corona con la milicia celestial, porque se adhieren a él de tal manera que de ningún modo se separarán de él. La ordenación de Dios en las criaturas primero designó que el hombre debía revivir en la vida espiritual, porque cuando en la ley ordenó que ciertos animales fueran atados, muertos y quemados, y su sangre esparcida, prefiguró que algunos hombres, como nubes corriendo y mirando hacia él, fueran atormentados en su amor, y muertos, y así inmolados. Y porque estos succionan los pechos de las virtudes, para que huyan de la lujuria y otros vicios, llevan la victoria de las palmas, cuando también derraman su sangre, antes de que caigan de la red de la justicia por las obras de la infidelidad; así,

torturándose de dos maneras, es decir, luchando contra su cuerpo, y también derramando su sangre por la ordenación de Dios. Por lo tanto, también se asemejan a los ángeles que siempre asisten a Dios. Pero aquellos que ejercen su oficio a través de la enseñanza del Dios omnipotente, enseñando a otros, resuenan con las flautas de la santidad, cuando cantan la justicia en las mentes de los hombres a través de la voz de la racionalidad; así como también el verbo dicta, y el sonido resuena, y como a través del sonido se escucha el verbo, y se rodea, para que pueda ser escuchado. Y como a través de la flauta se multiplica la voz, así también en el temor y amor de Dios la voz del maestro debe multiplicarse en los hombres, donde reúne a los fieles y ahuyenta a los infieles. De esta manera también surgen otros, que se desprecian y se rechazan a sí mismos, constriñéndose en la pureza de la virginidad, teniendo el placer del mundo como castigo, y perseveran en las alabanzas angélicas, y como el águila en el pleno deseo de sus corazones vuelan hacia Dios, siendo como el amanecer que precede al sol, y con los ojos de la simplicidad de la paloma siempre mirando a Dios. Por lo tanto, también en las cítaras refieren a Dios, a quien están unidos de esta manera, alabanzas de este tipo que la ciencia humana no puede explicar. Pero también hay otros que recogen innumerables virtudes como manojos en los mandamientos de Dios, y en los órganos militan en la humildad, la reina de las virtudes, cuando se postran a sí mismos casi hasta el suelo por el temor y amor de Dios. La humildad abre el cielo a quienes la imitan, y lo cierra a quienes la descuidan, de tal manera que ninguna persecución de los enemigos puede abrirlo, y arroja la soberbia al infierno, que es la herencia de los hombres de mentes altivas. Y con aquellos que militan con ella, reina en el cielo; porque así como los órganos se convierten en sonido de alabanza con los géneros de voces, así Dios constituyó las alabanzas de los hombres a semejanza de los ángeles, porque así como el ejército celestial superó la soberbia en la presencia de Dios, así también los hombres que se contienen de los males, siempre superan la soberbia en sí mismos. Pues el hombre es obra de la diestra del Dios omnipotente, que ella misma ha hecho, y llenará el coro de los ángeles perdidos, y por eso también está en la defensa de los buenos ángeles. Y en estos dos órdenes de ángeles y hombres, Dios se deleita mucho, a saber, en las alabanzas de los ángeles, y en las obras santas de los hombres, porque con ellos según su voluntad completa todo, que así había sido previsto en la eternidad. Pero el ángel está estable ante Dios, el hombre es inestable, y por eso convenientemente la obra del hombre falla; pero las alabanzas de los ángeles no fallan. El cielo y la tierra también tocan a Dios, porque fueron hechos por él, y son para la gloria de Dios; pero porque el hombre es mortal, las revelaciones divinas que a veces se manifiestan a los profetas y sabios, como sombra muchas veces se oscurecen. Pero cuando el hombre, de la mutabilidad, sea inmutable, entonces verá la claridad de Dios conociéndola, y permanecerá con Dios, como dice mi siervo David en mi voluntad:

Palabras de David del salmo LXII que pertenecen a lo mismo, y en qué sentido deben ser entendidas.

XI. «Y en el velo de tus alas me regocijaré; mi alma se ha adherido a ti, me ha sostenido tu diestra.» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de la siguiente manera: En la defensa de tus protecciones, oh Dios, me alegraré, cuando haya sido liberado del peso de los pecados; y porque mi alma ha deseado seguirte en buenas obras, por eso, mientras me arrastraba con suspiros profundos y clamaba hacia ti, me recogió el poder de tu fortaleza, para que de ahora en adelante esté a salvo de mis enemigos. Pues yo soy la obra que has realizado, ya que antes de la antigüedad de los días en tu ordenación habías dispuesto que me hicieras de esta manera, para que toda criatura estuviera a mi disposición; y cuando me creaste, me diste la capacidad de obrar según tu voluntad, así como tú me habías hecho, de donde soy tuyo, y revestiste carne inmaculada como correspondía a ti, el Creador, y así

extendiste el borde de tu vestidura. Por lo tanto, también con alabanzas moviste el cielo, y lo rodeaste con la variedad de todo adorno en la circunferencia de los ángeles, quienes no pueden admirarse plenamente, cuando se rodean como en un cinturón de alabanzas, porque hiciste al hombre así, ya que lo rodeaste con el cinturón de alabanza de aquel que rechazó la gloria celestial, cuando de él se desvaneció, y lo fortaleciste con tu vestidura, para que de ahora en adelante no se desvanezca en la alabanza. Pero también los ángeles se maravillan, porque de Adán mortal tomaste tu vestidura, lo cual hiciste para que el mismo transgresor reviviera, y para que la claridad divina, que no puede ser terminada por ninguna investigación de experiencia, resplandeciera al ángel celestial diciendo: «Siempre estás en mi presencia, y por eso no necesitas ser llamado de nuevo, como aquel que fue encontrado por mi vestidura, porque no me había negado completamente, aunque fue seducido por otro. Pues cuando buscó mi semejanza, se hizo mortal, por lo que debía ser llamado de nuevo a través de los sufrimientos de mi vestidura, para que la sociedad de tu fraternidad no pereciera en él, porque aunque te creé sin carne, y a él con carne, a ambos los hice hombres. «De esta manera, la Divinidad oculta, que es toda justa, y que por nadie es vista perfectamente, salvo en cuanto se digna revelarse a sí misma, se mostró al ángel que permaneció sin caída en los cielos. Pues en la comprensión de su diestra tiene esta plenitud, que ninguno que la mire con la pupila del ojo de la fe perece, porque aquellos que no la miran con el ojo de la fe, se desvanecen de su vista, como también el ángel perdido y los que consintieron con él perecieron. Pues cuando Dios creó todo, también lo ordenó bien, a saber, las recompensas de los méritos para aquellos que lo miran; pero juzgando a aquellos que no quieren mirarlo, como se ha dicho.

Porque por el Verbo nacido del Padre sin principio, todo fue creado, y por el mismo Verbo hecho carne en la Virgen, el hombre fue redimido.

XII. Y todo esto fue revelado por el Hijo de Dios encarnado, porque quienes creen en él serán salvados, pero quienes se apartan de él serán condenados, ya que él no procedió de la raíz de la tierra, sino de una virgen íntegra por la voluntad del Padre, creando todo con el Padre antes de su Encarnación, y después de su Encarnación salvando al hombre que había formado, porque asumió la forma del hombre sin pecado y redimió al hombre que había creado; lo cual nadie más pudo hacer sino aquel que había creado al hombre. Pues cuando Adán era un hijo simple y luminoso, existió vigilante y durmiente, para que por el espíritu supiera, y por el sueño su carne descansara, y así fue llevado a la tierra inmutable del placer, para que por el espíritu conociera la inmortalidad, y no negara lo invisible por la visión exterior de los ojos. La vida inmortal ciertamente no tiene luz nebulosa, como el ojo formado, que ve por un breve tiempo, porque las tinieblas vuelven a acercarse; y esto sufre el hombre, porque su ojo está cubierto por una piel nebulosa. Y la pupila del ojo muestra la visión de los ojos interiores que es desconocida para la carne; pero el párpado demuestra al hombre de carne que se derrama exteriormente. En dos modos de conocimiento se perfecciona toda obra del hombre. Pues el conocimiento de la visión interior enseña al hombre las cosas divinas, pero esto lo prohíbe la carne, mientras que el conocimiento cegado opera las obras nocturnas según la visión de la serpiente, que no ve la luz. Por lo cual también aparta de las obras de la luz a cuantos puede, como hizo en Adán, cuando perturbó en él la luz del conocimiento vital. El conocimiento en Adán también fue como profecía, y esto perduró hasta el Hijo de Dios hecho hombre, de modo que él mismo la iluminara, como el sol ilumina toda la tierra, y que todo lo que fue predicho, a saber, lo que se conoce que fue hecho antes de la ley y bajo la ley, lo cumplió espiritualmente en sí mismo, cuando se ofreció completamente al Padre celestial, como también está escrito.

Palabras de David del salmo CIII referentes a esto mismo, y cómo deben ser entendidas.

XIII. «Tú que haces de la nube tu carroza, que caminas sobre las alas del viento.» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de la siguiente manera: Señor Dios, tú eres aquel que haces que los deseos justos y rectos de los fieles sean tu carroza, de modo que reines en sus corazones, y que también diriges tus caminos sobre las palabras y escritos de los doctores, donde los superas, porque caminas sin mancha, sin sentir ningún delito en ti. Por lo cual las nubes son tu carroza, que te hiciste como una escalera, cuando las ascendiste por tu vestidura, oh Hijo de Dios, que asumiste de una única e íntegra Virgen, cuyo claustro nadie jamás abrió ni tocó, porque como el rocío en la tierra, así entraste en ella, y no de la raíz del hombre, sino enraizado en la divinidad, como el rayo del sol calienta la tierra para que produzca su germen. De ella también saliste sin corrupción ni dolor, como en un sueño, así como Eva fue tomada del hombre dormido, a quien el mismo hombre miró sin herida con alegría, y así también la única Virgen abrazó a su Hijo en su seno con alegría. Y Eva no fue creada de la semilla, sino de la carne del hombre, porque Dios la creó en la misma fuerza con la que envió a su Hijo a la Virgen, y no se encontraron después vírgenes y madres semejantes a Eva y María. De esta manera, Dios se revistió de la forma del hombre, y cubrió su divinidad con ella, que es visible para los ángeles en el cielo, que es su morada. Por lo cual también el hombre, que formó en altura y anchura y en profundidad, es su morada.

Porque el Hijo de Dios en lo que realizó o sufrió en la carne, cumplió todo lo que antes de la ley y en la ley fue significado de él o anunciado con palabras místicas; y que después de su ascensión, al igual que los doce vientos o los doce signos del cielo, fortaleciendo a los doce apóstoles con el Espíritu enviado, e iluminando el mundo a través de su predicación, convirtió todo en mejor.

XIV. Este Hijo de Dios encarnado completó en sí mismo todos los milagros pasados que lo precedieron, como se ha dicho antes. Pues en su infancia, cuando Herodes fue engañado por los Magos, buscando perderlo, mostró la caída de la antigua serpiente, que intentaba perturbar las cosas celestiales. En su niñez mostró el tiempo que fue desde Adán hasta Noé, cuando contra la ignorancia de Adán tuvo gran sabiduría en sí mismo, de modo que ninguna mancha de pecado lo tocó, donde también la estimación del diablo, que pensaba que el hombre estaba completamente perdido, fue engañada por esto, al no saber que Dios se había revestido de forma humana. Todos los que lo veían y escuchaban entonces se maravillaban diciendo: «Nunca hemos visto ni oído tales cosas como las que hay en este niño,» a saber, que en la simple e indocta niñez, aparece la sabiduría de gran profundidad. Al decir esto, no sabían que él era la raíz del conocimiento de los ángeles y de los hombres, ni aquel de quien los ángeles y los hombres están enraizados. Él también en su humanidad levantó lo que había fallado por Adán, a saber, la revelación de la justicia, porque atribuyó toda su obra a su Padre, y como el árbol produce sus brotes de la vitalidad de la raíz, así también él en la divinidad de la que en la humanidad enraizó, perfeccionó todas sus obras, porque de ella vino, y con ella está sin ninguna división. Pero también en su carne reparó en mejor las obras sucias de los hombres, y con su doctrina y la inspiración del Espíritu Santo, los revistió de santidad, y de esta manera, como en un diluvio, a los sumergidos y muertos por los pecados, los llamó a la vida de justicia, como también había sido prefigurado bajo Noé. El mismo Hijo de Dios apareciendo en la carne como joven, declaró en sí mismo el tiempo desde Noé hasta Abraham, a quien se le impuso la circuncisión, porque él, sumergiéndose en el agua, y santificándola en su cuerpo, haciendo también grandes virtudes, mostró que los hombres después del diluvio vivían más santamente que antes del diluvio, y repudiando los incestos que antes amaban, cesaban de la injusticia del olvido de Dios, de modo que la desnudez de la obra incestuosa se llevaba a la confusión. La castidad en el mismo Hijo de Dios pisoteó la lujuria, y la ató con la cuerda de la enseñanza; y la obligó a servirle a través de la abstinencia de los pecados, porque el mismo

Hijo de Dios mostrando y enseñando toda justicia por sí mismo, la perfeccionó en su humanidad, como también la circuncisión, que en un lugar fue hecha para la confusión de la serpiente, lo manifestó. Pero cuando después cumplió en sí mismo los preceptos carnales que fueron dados por Moisés, sufriendo la atadura de los vínculos y otros oprobios, y hecho víctima viva en la cruz por sus ovejas, se apartó del mundo, como el día se separa de la noche, porque después de haber hecho muchos signos, y mostrado muchos milagros ocultos por sí mismo, fue quitado de la tierra. En su pasión y muerte también manifestó el poder babilónico, cuando los hijos de Israel fueron llevados al cautiverio, así como él fue entregado a las naciones para ser crucificado. Y entonces sus discípulos se entristecieron, como también los mencionados cautivos dejando la alegría, cambiaron sus instrumentos en voces lúgubres. Pero resucitando de la muerte, y apareciendo a sus discípulos en muchas pruebas, señaló la reversión de los mencionados cautivos. Y cuando ordenó a los mismos discípulos ir por todo el mundo, para que bautizaran a los creyentes, y después de su ascensión los fortaleció con la infusión del Espíritu Santo, para que no fueran vencidos por las diversas tribulaciones de los adversarios, sino que los superaran con gloriosos milagros, mostró que la antigua ley carnalmente terminada había sido convertida en vida espiritual. También les enseñaba, en la medida en que podían comprender, porque aún no podían verlo como es en su divinidad, como el hombre que ve la forma de otro, pero no puede contemplar su alma. Pues cuando el Padre lo atrajo a su corazón de donde había salido, y donde nunca había faltado, como el hombre recoge su aliento en sí mismo, todos los ejércitos de ángeles, y todos los secretos celestiales lo veían claramente como Dios y hombre. Por lo cual él también tocaba a sus discípulos con aquel fuego del que fue concebido en el vientre de su madre, e infundió en ellos una fuerza más fuerte que la fuerza del león, que no teme a las bestias, sino que las captura, en lenguas de fuego, para que no temieran a los hombres, sino que los capturaran. En otra vida que antes no conocían el Espíritu Santo los transformó, y con su aliento los levantó de tal manera, que no sabían que eran hombres. Y los visitó en una parte mayor y más fuerte que a ninguno antes o después, porque los profetas hablaban muchas cosas por el Espíritu Santo, y muchos hacían muchos milagros después de esos mismos discípulos; sin embargo, ninguno de ellos veía lenguas de fuego. Por esto también, al ver con los ojos exteriores las lenguas de fuego, interiormente se fortalecían de tal manera, que todo movimiento temeroso de peligros se les quitaba de las venas, de modo que en ningún peligro tenían terror o miedo; esa fortaleza la fuerza divina les había infundido en las lenguas de fuego. Pues convenía al Padre Omnipotente, que conservara este número de doce que había unido a su Hijo, para que esos mismos discípulos enseñaran a otros lo que habían oído de él. Y así también Dios estableció el firmamento, y compuso su firmeza con los soplos de los doce vientos, y los doce signos de los meses corrientes, y como ese mismo firmamento realiza todas sus funciones con fuego, así también estos en todos los milagros fueron fortalecidos con el fuego del Espíritu Santo, porque su doctrina salió como el soplo de los vientos por toda la tierra, y brilló como el sol, y sus martirios ardían como con el austro. Pues los meses completan su curso con todas aquellas cosas que el firmamento sostiene, y Dios con estos hombres verídicos completó todas sus señales en la fe católica, y el número diez, que es el hombre, que significa aquella dracma que la sabiduría encontró, lo llevó a los cielos por su Hijo. Así el Unigénito de Dios y Hijo de la Virgen, cuyo nombre es Estrella del mar, de quien salen todos los ríos, y a quien vuelven de nuevo, como también de ese Unigénito de Dios vienen todas las salvaciones de las almas, permanecen de nuevo en él, completó por sí mismo todo lo que fue predicho, lo que fue antes de él en la ley, o antes de la ley. También convirtió todo en un estado mejor, así caminando sobre las alas de los vientos, es decir, en los mencionados milagros superando los hechos de los patriarcas y las palabras de los profetas, a las enseñanzas y escritos de todos los doctores, y volando en su humanidad sobre toda criatura

que es el hombre; recibiendo de su Padre toda criatura como herencia, como también hablaba a sus discípulos diciendo:

Palabras de Cristo en el Evangelio sobre el poder entregado por el Padre y cómo deben ser entendidas.

XV. «Todo me ha sido entregado por mi Padre (Mat. XI).» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de la siguiente manera: Yo, que soy el Verbo y el Hijo de Dios, salí de mi Padre, de quien me han sido entregadas todas las cosas que él había predestinado, produciendo en formas, como las palabras expresan los pensamientos que están ocultos en el corazón. A quien vuelvo de nuevo completada la dispensación de mi Encarnación, es decir, la obra que me encomendó en esa misma eternidad en la que siempre antes del tiempo estaba inseparablemente con él, quien me envió para suplir el número que había establecido. Y así como en las alturas recibí el poder de crear, así también en las partes inferiores del mundo recibí el poder de reparar lo que había sido creado y había perecido por él. Pues en la verdadera presciencia de Dios todas las cosas como iban a ser estaban eternamente ocultas, que después creó por su Verbo; es decir, su Hijo; a quien también encomendó el poder de liberar lo que había creado, y de gobernar, y así todas las cosas fueron entregadas a su Hijo, quien antes del tiempo en la deidad era coeterno con el Padre, y consustancial.

Porque las palabras de los profetas antes de la Encarnación del Señor eran oscuras y desconocidas, y no podían ser entendidas; pero Cristo viviendo según ellas en el mundo, y cumpliéndolas, las hizo inteligibles, y que por el agua del bautismo se lavan tanto los pecados originales como los actuales en la fe de la Trinidad.

XVI. Pues el Hijo de Dios caminaba sobre las alas de los vientos, porque los profetas eran las alas de las palabras del Espíritu Santo, porque como el Espíritu Santo los había inspirado, así profetizaban hablando. Y en esto dieron ejemplo al mismo Hijo de Dios, porque según lo que ellos habían predicho de él, así también él, permaneciendo en el mundo, lo hacía, y llevó al hombre sobre su hombro a los cielos y a los lugares paradisíacos como se ha dicho antes. La mansión celestial y el lugar paradisíaco Dios los constituyó de esta manera, como el hombre que edifica edificios para sus súbditos. Y a estos mismos lugares el Hijo de Dios llevó consigo las almas de los fieles arrebatadas de los lugares tartáreos por mandato de su Padre, como hace aquel hombre que primero comprende su ciudad con pocos hombres, que después llena con gran multitud. Así pues, el Dios Omnipotente antes de la Encarnación de su Hijo había prefigurado todas estas cosas, y había concedido al hombre la creación para obrar; pero solo el hombre erguido con su vista mira hacia arriba al cielo, mientras que los demás animales están inclinados hacia la tierra y sometidos al hombre; y así el hombre por el espíritu racional es inextinguible, pero por la carne es putrefactible con los gusanos. Y la profecía era semejante a las palabras de los niños, cuyas palabras no pueden ser entendidas, pero después de que han madurado, entonces sus palabras son entendidas, y así antes del Hijo de Dios encarnado la profecía era desconocida, ni se entendía, pero en Cristo se abrió, porque él es la raíz de todas las ramas de los bienes. Pues la raíz primero produce el brote, y el brote el germen, luego el germen las ramas, las ramas las flores y las flores el fruto, y así también la raíz mostró a Adán, el brote a los patriarcas, el germen a los profetas, las ramas a los sabios, las flores a los preceptos legales, y el fruto al Hijo de Dios encarnado, quien por el agua condujo a los fieles y creyentes a la remisión de los pecados. Pues por el agua limpió toda blasfemia de los pecados que surgió en Adán, y así como el fuego se extingue por el agua, así también el crimen original y los demás pecados se lavan en el baño del bautismo, y porque el Espíritu Santo vino al agua, limpió al hombre por la circuncisión de los pecados. También santificó su alma, que por el engaño de la antigua serpiente había sido venenosa, de

modo que de ahí en adelante sea su tabernáculo en la comunión de la verdadera fe. Por lo cual de aquel que no se lava en el bautismo de la remisión de los pecados, David habla por mi inspiración diciendo:

Palabras de David del salmo CIII, y sobre aquellos que por infidelidad no reciben la remisión de los delitos en el bautismo, y sobre aquellos que por la fe son purificados en él.

XVII. «Posuisti tenebras, et facta est nox, in ipsa pertransibunt omnes bestiae silvae.» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de la siguiente manera: Oh Dios y rector, que todo lo dispensa justamente, tú has puesto con tu justo juicio las tinieblas de los castigos para la venganza de los malos, de las cuales también se ha levantado la noche, que es la perdición de los réprobos, porque mientras los incrédulos están en las tinieblas de la infidelidad, incurren en las tinieblas de la muerte. Y así, luego caen eternamente en la perdición, y en esa noche, carente de la luz de la fe, pasan todos los que son feroces en la tiranía e infructuosos en la incredulidad, porque mientras no abandonan la infidelidad y no corren hacia ti, Dios, por la gracia del bautismo, irán al olvido como si nunca hubieran existido. Pero fiel es aquel que, habiendo dejado la oscuridad de la incredulidad y habiendo ahuyentado la noche de la condenación eterna, atraviesa todas las costumbres bestiales y las acciones infructuosas, convirtiéndose a la vida que aquel que es la vida ha traído, renunciando también al diablo y purificándose en el lavacro del bautismo. Porque el Hijo de Dios evangelizó a sus discípulos que el hombre debe ser regenerado en el agua, de lo contrario no sería elevado al cielo, a menos que primero fuera purificado de sus pecados por el agua y el Espíritu Santo, porque cuando el hombre es sembrado por el padre en la madre y de ella es generado, en el bautismo recibe la inspiración del Espíritu Santo, y así también se hace partícipe de la santidad; pero el infiel es arrojado de la santidad y enviado a lugares de castigo. Estas palabras deben ser percibidas por los fieles con devoto afecto del corazón, porque han sido dadas por aquel que es el primero y el último para la utilidad de los creyentes.

VISIÓN OCTAVA.

Visión breve de tres imágenes, y descripción del estado o hábito de ellas, y de los órdenes de los santos que aparecen ante ellas.

I. Vi también casi en medio de la mencionada región austral tres imágenes, a saber, dos de ellas de pie en una fuente purísima, rodeada y adornada en la parte superior con una piedra redonda y perforada, como si estuvieran enraizadas en ella, del mismo modo que a veces se ven crecer árboles en el agua, una rodeada de un resplandor púrpura, y la otra de un resplandor blanco, de tal manera que no podía contemplarlas perfectamente. La tercera, sin embargo, estaba fuera de la misma fuente sobre la mencionada piedra, vestida con una túnica blanca, y su rostro brillaba con tal claridad que esa misma claridad reverberaba en mi rostro. Y ante ellas aparecieron los órdenes benditos de los santos como nubes, que contemplaban atentamente.

Palabras de la primera imagen, a saber, de la virtud de la caridad, narrando la magnificencia de sus obras en los ángeles y los hombres, y en la doctrina de los profetas y apóstoles, y exaltando con gran alabanza la excelencia de las virtudes de la sabiduría y la humildad.

II. La primera imagen decía: Yo soy la caridad, la claridad del Dios viviente, y la sabiduría ha obrado su obra conmigo, y la humildad, que ha echado raíces en la fuente viva, ha sido mi

ayudante, y la paz se adhiere a ella. Y por la claridad que soy, la luz viviente de los ángeles bienaventurados resplandece, porque así como el rayo brilla desde la luz, así esta claridad ilumina a los ángeles bienaventurados, y no debía ser que no brillara, así como la luz no es sin resplandor. Porque yo escribí al hombre, que estaba enraizado en mí como una sombra, del mismo modo que la sombra de cualquier cosa se ve en el agua. Por lo tanto, soy una fuente viva, porque todas las cosas que fueron hechas estaban como sombras en mí, y según esta sombra, el hombre fue hecho con fuego y agua, así como yo soy fuego y agua viva. Por lo tanto, el hombre tiene en su alma, para ordenar cada cosa según su voluntad. Pero todo animal tiene sombra, y lo que vive en él, como la sombra en él va de aquí para allá, y los pensamientos están en el animal racional, pero no en los animales brutos, porque ellos solo viven y tienen sentidos con los que conocen qué deben evitar o qué deben desear; pero solo el alma inspirada por Dios es racional. Mi claridad también cubrió a los profetas, que por la santa inspiración predijeron el futuro, así como en Dios todas las cosas que quiso hacer antes de que fueran hechas estaban como sombras; pero la racionalidad habla con sonido, y el sonido es como el pensamiento, y la palabra como la obra. De esta sombra, la escritura de Scivias procedió por la forma de una mujer, que era como una sombra de fortaleza y salud, porque estas fuerzas no operaban en ella. Así, la fuente viviente es el Espíritu de Dios, que él divide en todas sus obras, las cuales también viven por él, teniendo vida vital, así como la sombra de todas las cosas aparece en el agua, y no hay nada que vea claramente de dónde vive; pero solo siente aquello por lo que se mueve. Y así como el agua hace fluir lo que está en ella, así el alma viviente es un soplo, permaneciendo siempre en el hombre, y haciéndolo fluir al saber, pensar, hablar y obrar. En esta sombra, la sabiduría medía todas las cosas con medida igual, para que una cosa no excediera a otra en su peso, y para que tampoco una cosa pudiera ser movida en contra de otra, porque ella supera y constriñe toda la malicia del arte diabólico, porque antes del inicio de todos los inicios fue, y después de su fin estará en su fortísima fuerza, y nadie podrá resistir. Porque no llamó a nadie en su ayuda, ni necesitó de nadie, porque fue la primera y la última, ni recibió respuesta de nadie porque fue la primera y operó la institución de todas las cosas. Y en sí misma, y por sí misma, constituyó todas las cosas piadosa y suavemente, las cuales tampoco podrán ser destruidas por ningún enemigo, porque vio excelentemente el inicio y el fin de sus obras, las cuales compuso plenamente, de modo que también todas las cosas son gobernadas por ella. Ella también inspeccionó su obra, que en la sombra del agua viva ordenó en recta constitución, cuando también por esta forma femenina predicha e indocta abrió ciertas virtudes naturales de diversas cosas, algunos escritos de los méritos de la vida, y también algunos otros profundos misterios, que ella viendo en verdadera visión fue muy debilitada. Pero antes de todas estas cosas, la sabiduría había sacado las palabras de los profetas, las palabras de otros sabios, y también de los Evangelios en la fuente viva, y las había confiado igualmente a los discípulos del Hijo de Dios, para que los ríos de agua viva se difundieran por todo el mundo a través de ellos, por los cuales los hombres, como llevados en una red, fueran conducidos a la salvación. La fuente que salta es la pureza del Dios viviente, y en ella resplandece su claridad, en cuyo esplendor Dios con gran amor abarca todas las cosas, cuya sombra apareció en la fuente que salta, antes de que Dios ordenara que salieran en sus formas. Y en mí, caridad, todas las cosas resplandecieron, y mi esplendor mostró la formación de las cosas, así como la sombra indica la forma, y en la humildad que es mi ayudante, por mandato de Dios, la criatura procedió, y en esa misma humildad Dios se reclinó hacia mí, para que las hojas secas que habían caído fueran levantadas en esa bienaventuranza, en la cual puede hacer todo lo que quiere, porque las había formado de la tierra, de donde también después de la caída las liberó. Porque el hombre es plenamente la obra de Dios, que mira al cielo y pisa la tierra dominándola, y manda a todas las criaturas, porque por el alma mira la altura del cielo. Por lo tanto, también por ella es celestial, pero por el cuerpo visible existe como terrenal. Así, Dios recogió al

hombre que yacía en lo más bajo en humildad contra aquel que fue arrojado del cielo en confusión, porque cuando la antigua serpiente quiso romper la concordia de los ángeles por soberbia, Dios la sostuvo con su fuerte poder para que no fuera desgarrada por su rabia. Satanás, teniendo gran gloria en las alturas, pensó en sí mismo que podía hacer lo que quisiera, sin perder por ello la gloria de las estrellas, sino que quería tenerlo todo, y por eso, cuando codiciaba todo, perdió todo lo que tenía.

Que todo lo que Dios ha obrado lo ha perfeccionado en caridad, humildad y paz, y la exposición de la visión antes mencionada mostrada bajo las imágenes de estas tres virtudes.

III. Y de nuevo escuché una voz del cielo que me decía: Todo lo que Dios ha obrado, lo ha perfeccionado en caridad, en humildad y en paz, para que también el hombre ame la caridad, abrace la humildad, y mantenga la paz, para que no vaya a la perdición con aquel que se burlaba de estas virtudes en su primer origen. Porque ves también casi en medio de la mencionada región austral tres imágenes, a saber, dos de ellas de pie en una fuente purísima, rodeada y adornada en la parte superior con una piedra redonda y perforada, como si estuvieran enraizadas en ella, del mismo modo que a veces se ven crecer árboles en el agua, que en la fortaleza de la justicia ardiente son tres virtudes en el nombre de la Santísima Trinidad, de las cuales la primera es la caridad, la segunda la humildad, y la tercera la paz. La caridad y la humildad existen en la purísima divinidad, de la cual fluyen los ríos de la bienaventuranza, porque estas dos virtudes muestran al Hijo único de Dios, difundido por toda la tierra, para la liberación y elevación del hombre, que yacía abatido en lo más bajo de los pecados, cuando su cuerpo, perforado en la cruz y sepultado, resucitó por el maravilloso poder de la divinidad, y se mostró como la piedra de fortaleza y honor, porque todos los milagros que el mismo Hijo de Dios realizó en el mundo los devolvió a la gloria de su Padre. Ni estas virtudes están separadas de la divinidad, así como la raíz no se separa del árbol, porque Dios, siendo caridad, en todas sus obras y juicios mantiene la humildad. Porque la caridad y la humildad, descendiendo con el mismo Hijo de Dios a la tierra, lo llevaron de regreso al cielo. Una rodeada de un resplandor púrpura, y la otra de un resplandor blanco, de tal manera que no puedes contemplarlas perfectamente, lo que significa que la caridad arde en el amor celestial como la púrpura, y la humildad sacude de sí las inmundicias terrenales en el candor de la rectitud. Lo cual, aunque es difícil para el hombre mortal imitar en todo mientras vive en la carne, no debe descuidar amar a Dios sobre todas las cosas y humillarse en todo por la recompensa de lo eterno. Pero la tercera imagen, que está fuera de la misma fuente sobre la mencionada piedra, esto es que la paz, que permanece en los cielos, también defiende los asuntos terrenales, que están fuera de los celestiales, porque el Hijo de Dios, siendo la verdadera piedra angular, la trajo, cuando iluminó todo el mundo con su nacimiento, y cuando los ángeles en su laudable cántico lo reconocieron como Dios y hombre. Y su rostro brilla con tal claridad que esa misma claridad reverbera en su rostro, porque la paz, que surgió por el Hijo de Dios, no puede ser sostenida en lo terrenal como en lo celestial, porque mientras las cosas celestiales están siempre en la estabilidad de la unanimidad, las terrenales, proyectadas de aquí para allá en titubeo, muchas veces se transforman. Pero sin embargo, el hombre, que es obra de Dios, lo alabará, porque el alma del hombre estará en alabanza, como el ángel, porque mientras el hombre vive en el mundo, cultiva la tierra como quiere y como desea, y muestra a Dios, porque está marcado según él. Y ante ellas aparecen los órdenes benditos de los santos como en una nube, que contemplan atentamente, porque por la caridad y la humildad se llega a la gloria de la excelsitud celestial, cuando las mentes de los fieles fluyen como nubes de virtud en virtud, donde también la caridad y la humildad, considerándolos con diligente examen y tutela, los encienden vigorosa y suavemente hacia los deseos de lo celestial. Porque la caridad es la adornadora de las obras

de Dios, así como el anillo se adorna con una noble piedra; la humildad, sin embargo, se manifestó abiertamente en la humanidad del Hijo de Dios, que surgió de la estrella íntegra del mar. Y él no temió la caída del primer hombre, ni lo aterrorizó la expulsión del primer hombre, porque ningún pecado lo tocó, porque estaba totalmente enraizado en la divinidad, pero algunos que lo veían y caminaban con él se secaron, y cayeron como hojas secas. Sin embargo, él hizo germinar a otros en su lugar, y no tuvo el consejo de ningún hombre sobre cómo vencer a sus enemigos, que habían caído de él por su propia voluntad. Pero tampoco estaba ocioso como el primer hombre en su caída, que vacaba de las buenas obras, porque renovaba al hombre en una vida más gloriosa de la que había sido puesto antes, ni se reclinó en el asiento de la soberbia, como el diablo que engañó al hombre con la pestilencia de la desobediencia, y no tuvo temor de cómo le arrebataría al hombre, porque previó que su cabeza sería aplastada con fuerte poder. También la Iglesia, adornada y dotada con las virtudes antes mencionadas, era llevada a la cámara del rey, como está escrito:

Palabras de David del salmo XLIV que encomiendan a la Iglesia decorada con el variado culto de las virtudes.

IV. «Astitit regina a dextris tuis in vestitu deaurato circumdata varietate.» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de la siguiente manera: Oh Hijo del Padre, en el desposorio de la fe católica, la Iglesia se mantuvo en la prosperidad de los deseos celestiales, dotada de tu humanidad, que está impregnada del rubor de tu sangre, y vestida con múltiples virtudes, que tomó de la casa de tu padre, cuando se puso en los abrazos de tu amor. Este desposorio procedió por la voluntad del Dios omnipotente, quien lo perfeccionó con obra resplandeciente, donde recogió al hombre desde lo más alto hasta lo más bajo, a quien decoró con el vestido de la justicia, cuando el Hijo de Dios quiso sufrir en la carne por la redención del hombre. Porque el hombre es obra de la diestra de Dios, por quien él mismo fue vestido y llamado a las bodas reales, que la humildad hizo, cuando Dios altísimo miró hacia lo más bajo de la tierra, y recogió a la iglesia del pueblo común, para que aquel que había caído resurgiera por la penitencia, y se renovara en las santas costumbres adornado con la variedad de las virtudes como con la verdor de las flores. Pero la soberbia siempre está corrompida, porque comprime, divide y aparta cada cosa; la humildad, sin embargo, no arrebató ni apartó nada a nadie, sino que retiene todo en caridad, y en ella Dios se reclinó hacia la tierra, y recogió todas las virtudes por ella. Porque las virtudes tienden hacia el Hijo de Dios, así como la virgen, repudiando al hombre, llama a Cristo su esposo, y están unidas a la humildad, cuando las lleva a las bodas del Rey. Estas palabras deben ser percibidas por los fieles con devoto afecto del corazón, porque han sido dadas por aquel que es el primero y el último para la utilidad de los creyentes.

VISIÓN NOVENA.

Visión de dos imágenes resplandecientes con maravillosa claridad, y descripción de su hábito; y de las tinieblas que ocupan toda la región occidental del edificio y del fuego con azufre y otras tinieblas que se curvan hasta la mitad de la región septentrional.

I. Luego, cerca del ángulo septentrional que miraba hacia el oriente, vi una imagen cuyo rostro y pies irradiaban con tal resplandor que ese mismo resplandor reverberaba en mi vista. Vestía una túnica como de seda blanca, y sobre ella tenía una túnica de color verde, que aparecía adornada por todas partes con diversas perlas, y como si llevara en las orejas, pendientes, en el pecho collares, y en los brazos brazaletes, todo como de oro purísimo, adornado con piedras preciosas. Pero casi en medio de esa región septentrional vi otra imagen de pie erguida, teniendo una forma maravillosa, en cuya cima, donde debía estar el lugar de

su cabeza, irradiaba tal claridad de resplandor que ese mismo resplandor repercutía en mi vista. Sin embargo, en medio de su vientre aparecía una cabeza humana con cabellos canosos y barba, y sus pies imitaban la semejanza de los pies de un león. Pero también tenía seis alas, de las cuales dos ascendían desde los hombros y se curvaban hacia arriba uniéndose entre sí, cubriendo la mencionada claridad; dos se extendían desde los mencionados hombros hasta la cima de la mencionada cabeza; y dos desde los lomos de la misma imagen hasta el talón de sus pies, extendiéndose un poco como para volar, con el resto del cuerpo cubierto como con pequeñas plumas de peces y no de aves. Y en las dos alas que se extendían hacia la cima de la mencionada cabeza, aparecían cinco espejos, de los cuales uno estaba en la cima del ala derecha, en el que se veía escrito: Camino y verdad, y uno en su medio que tenía escrito: Yo soy la puerta de todos los misterios de Dios, y uno en su extremo que contenía escrito: Soy la manifestación de todos los bienes, y en la cima del ala izquierda había uno que contenía escrito: Soy el espejo en el que se considera la intención de los elegidos, y uno en el extremo de la misma ala que tenía escrito: Anúncianos si tú eres el que ha de reinar en el pueblo de Israel. Y esta imagen había vuelto su espalda hacia el norte. Pero a lo largo de toda la región occidental veía como tinieblas muy oscuras humeantes, pero cerca del ángulo de esa región que estaba hacia el norte, un fuego negrísimo con azufre y densísimas tinieblas burbujeando se extendía casi hasta la mitad de la parte septentrional curvándose. Y escuché una voz del cielo que me decía.

Que la primera de las dos imágenes insinúa la sabiduría, y la multifacética belleza de su hábito significa todos los géneros de criaturas que Dios ha creado en las diversas naturalezas y especies de las cosas.

II. Omnipotente Dios, que por su sabiduría creó todas las cosas, revela sus obras maravillosas con diversos significados, y siendo admirable en sus dones, los distribuye a cada criatura según su voluntad. También, queriendo llevar al hombre a la felicidad celestial, le muestra de manera adecuada, en figuras maravillosas, lo que hay en los cielos, en la tierra y en las moradas infernales, según su voluntad. Por eso, cerca del ángulo septentrional, que mira hacia el oriente, ves una imagen cuyo rostro y pies resplandecen con tal fulgor que el mismo fulgor reverbera tu vista, porque donde termina la necedad y surge la justicia, se manifiesta la sabiduría de la verdadera felicidad, cuyo principio y fin superan el entendimiento humano, ya que con la misma luz de la presciencia con la que contempló el principio de su obra, también previó su fin. Además, viste una túnica como de seda blanca, porque abrazando al hombre en la blancura y suavidad del amor, también muestra al Hijo de Dios encarnado en la belleza de la virginidad, y cómo esto sucedió es desconocido para el hombre, pero solo la divinidad lo sabe. Y lleva una túnica verde encima, adornada por todas partes con diversas perlas, porque la sabiduría no rechaza tampoco a las criaturas exteriores, es decir, las que vuelan en el aire, caminan o reptan en la tierra, y nadan en las aguas, cuyos espíritus desfallecen con la carne, sino que las vivifica y retiene, ya que prestan servicio al hombre, y de ellas se alimenta, y también él existe como adorno en las perlas de la misma sabiduría, cuando no excede su naturaleza como el hombre que muchas veces transgrede el camino recto establecido para él. Y lleva en las orejas pendientes, en el pecho collares, y en los brazos brazaletes, todos como de oro purísimo, adornados con piedras preciosas, porque todas las criaturas le obedecen y recuerdan sus preceptos. Por eso, también las obras de su comprensión están tan protegidas por la plenitud que ninguna criatura es tan imperfecta que le falte algo en su naturaleza, sino que tiene en sí la plenitud de toda perfección y utilidad; y así, todo lo que ha procedido por la sabiduría es en ella como un adorno purísimo y elegantísimo, brillando también con el fulgor más espléndido de su esencia. El hombre que cumple los preceptos de los mandamientos de Dios es una vestidura blanca y suave de sabiduría, y un vestido verde por la buena intención y

la vitalidad de las obras adornadas con múltiples virtudes, y el adorno de sus oídos, cuando se aparta de escuchar murmuraciones malas, la protección de su pecho, cuando descuida los deseos ilícitos, y el honor de la fortaleza de sus brazos, cuando se defiende del pecado, porque todo esto surge de la pureza de la fe, adornado con los dones profundísimos del Espíritu Santo y las escrituras justísimas de los doctores, donde el hombre fiel las ha perfeccionado con buenas obras.

Que otra de las imágenes designa al Dios omnipotente, y qué significa la claridad en el lugar de la cabeza, qué expresa la cabeza humana que aparece en medio de su vientre, y qué significan sus pies que tienen semejanza con los pies de un león.

III. Pero casi en medio de la misma región septentrional ves otra imagen, erguida, con una forma maravillosa, que contra la fortaleza y la injusta estimación de la antigua serpiente, designa al Dios omnipotente, invencible en su majestad y admirable en sus virtudes, porque la profundidad de sus misterios nadie puede llevarla a su fin. En cuya cima, donde debería estar el lugar de su cabeza, resplandece una claridad de tal fulgor que el mismo fulgor repercute en tu vista, porque la excelencia de la divinidad, que ilumina todo, nadie puede verla mientras esté gravado con el cuerpo mortal, ya que ni los ángeles que siempre asisten a su vista pueden llevarla a su fin, deseando contemplarla continuamente, porque Dios es esa claridad que ni comenzó a ser ni terminará. En medio de su vientre aparece una cabeza humana con cabellos canosos y barba, significando que en la perfección de las obras de Dios hubo un antiguo consejo para la salvación del hombre, mostrando en sí una gran dignidad de rectitud, que nadie puede enumerar ni comprender, así como el principio y el fin de una rueda que tiene un círculo igual no puede ser discernido por el hombre. Ningún hombre puede terminar lo que los ángeles no pueden comprender, porque la eternidad fue antes que ellos igualmente queriendo y perfeccionando, y no careció de nada porque siempre estuvo llena. Por eso, esa misma cabeza tiene la forma de una cabeza humana, porque Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, y le dio el poder de obrar para que hiciera lo que es bueno, y alabará a su Creador, y no se olvidará de él. En efecto, nadie es semejante a Dios, ni puede serlo; pero quien quiso asemejarse a él fue borrado, porque no debía ser así. Pero cuando Dios quiso mostrar poderosamente su virtud, miró al vientre de la Virgen, y así como en el séptimo día descansó de toda su obra, y luego instituyó al hombre para que trabajara, así también hizo que su Hijo descansara en el vientre de la Virgen, a quien también encomendó toda su obra. Pues el Espíritu Santo tocó la carne de la Virgen con su suave calor, sin ningún incendio de movimiento carnal de hombre, como el rocío cae suavemente sobre la hierba, de modo que la flor, es decir, el Hijo de Dios, asumiera la forma humana en la carne de la misma Virgen, quien también soportó muchas tolerancias por el hombre, soportando sus crímenes. Pues en su circuncisión designó al hombre para ser purificado por el bautismo, y en su pasión y muerte para ser redimido de los pecados criminales, y en su ascensión para ser asociado al reino celestial, y de esta manera completará el número de los bienaventurados hasta el temible tiempo del juicio. Y los pies de la imagen mencionada imitan la semejanza de los pies de un león, designando que Dios oculta su divinidad a los hombres mientras son mortales, a quienes, sin embargo, en los preceptos legales y en otras criaturas, muestra muchos bienes. Que finalmente todo esto lo atraerá hacia sí a través de su Hijo, como con pies de leones, y lo examinará, de modo que toda la tierra se conmueva, y el firmamento se derrumbe, y el hombre mortal, teniendo así su fin, rinda cuentas de sus obras, donde también verá al Hijo de Dios inmortal.

Cómo la misma imagen apareció rodeada de seis alas, y qué significan esas alas.

IV. Pero también tiene seis alas, que son las obras de los seis días, en los cuales el hombre invocando a Dios lo alaba, y se procura a sí mismo con la ayuda de Dios; de las cuales dos, ascendiendo desde los hombros hacia arriba y curvándose, se unen entre sí y cubren la claridad mencionada, mostrando el amor a Dios y al prójimo, y elevándose hacia arriba por la fortaleza de las buenas obras, dejando de lado la rigidez, se inclinan a la necesidad de los prójimos. También comprenden los misterios de los secretos de Dios, ya que esas mismas alas también manifiestan la milicia celestial de los espíritus superiores, a quienes Dios puso ante su rostro, constituyéndolos como espejos de sus milagros, cuando contemplan su rostro, al que, sin embargo, no pueden llevar a su fin con ninguna celebración de alabanza, ni con ningún término. Pero con dos alas extendiéndose desde los hombros mencionados hasta la cima de la cabeza mencionada, se significa el Antiguo y el Nuevo Testamento, que llevan la fortaleza de los preceptos de Dios, y se extienden inclinándose hacia el antiguo consejo, cuando en el Antiguo Testamento los profetas predijeron al Hijo de Dios, a quien en el nuevo los hijos de la Iglesia recibieron por la devoción de la fe. Él también declara el poder de Dios, que tiene la posibilidad de crear y hacer lo que quiere, así como un ave vuela con sus alas extendidas en altura, en anchura y en profundidad, porque Dios también estableció todos los secretos celestiales en un camino recto, de modo que su esplendor nunca cese, y en su verdad nunca tengan fin, así como la verdad no tiene sombra de falsedad. Pero con dos alas descendiendo desde los lomos de la misma imagen hasta el talón de sus pies, y extendiéndose un poco como para volar, se muestra el presente siglo y el futuro, donde en el presente una generación pasa y otra sucede, y donde en el futuro vendrá la estabilidad de la vida indeficiente, cuando hacia el fin del mundo eso mismo se manifestará, con terrores y prodigios que precederán a ese fin como volando. Y los lomos, la glotonería de la garganta diabólica introduce el gusto de los pecados y los deseos carnales, donde los alimentos descienden y se emiten, y donde la concupiscencia de la carne crece en los pecados; pero la protección divina los defiende, y les otorga la castidad con la elevación de las buenas obras. Pues Dios constriñó los actos incestuosos que surgieron en los primeros hombres por el movimiento de la lengua de la serpiente, después por un solo hombre, que con las poderosas alas de la naturaleza virginal, trituró el oficio de la lujuria en las mentes de los hombres contra las leyes de la carne.

Qué significa que esta misma imagen parece velada en todo el cuerpo con plumillas de peces y no con plumas de aves; y que el Hijo de Dios, sin que el diablo lo supiera, entró en el mundo por la carne, y para qué el Padre quiso que soportara tantas pasiones.

V. Por eso, y en el resto del cuerpo, velado como con plumillas de peces y no de aves, se designa que así como la forma de los peces es diferente de la de las aves, y como es oculto cómo nacen los peces, y cómo crecen y las aguas en las que viven tienen un curso rápido, y los peces también fluyen rápidamente con ellas, así también el Hijo de Dios nació todo en santidad, y en una naturaleza ajena, es decir, separado de los demás hombres, fue todo santo en justicia, en la cual también llevó al hombre al cielo con las alas extendidas de todas las buenas obras, como también en la antigua ley había sido prefigurado muchas veces por señales de sacrificios, y como luego se completó por él en la naturaleza virginal. Pues tan pronto como Adán comió el fruto nocivo, concibió el gusto en los pecados, de modo que podía pecar. Por eso, la gloria paradisiaca se apartó de él, y fue enviado al exilio. Inmediatamente también el diablo presentó la lujuria contra Dios, y subvirtió el nacimiento de los hombres con impúdica confusión, y en su engaño pensaba que el hombre, que era tan sucio, no podría entrar en el reino de los cielos porque no era el pueblo de Dios de la fornicación, ni él mismo Dios de ellos. Pues el diablo se alegraba mucho en las inmundicias del movimiento de la carne, y decía dentro de sí: «Yo he derribado al hombre de su lugar

glorioso, y lo he enviado a las mayores inmundicias, y por eso ninguna parte de Dios está en él, porque él, que es todo el mundo, no quiere ni recibe ninguna suciedad. Por eso, el hombre permanecerá en mi lugar.» Pero Dios ocultó al antiguo serpiente cómo quería liberar al hombre, y lavó las inmundicias que habían brotado por su engaño, por medio de su Hijo, y borró las heridas que la lujuria había infligido al hombre por él. Esto lo hizo Dios en medio de su poder, en el que estuvo antes de todos los principios, y en medio de la noche del pozo infernal, como también había señalado en medio de la noche por el ángel que golpeaba, en medio de su poder, porque era poderoso para hacer lo que quería; y en medio de la noche, cuando el antiguo enemigo pensaba con soberbia opinión que había capturado a los hombres como quería, y así había poseído a tanta multitud de hombres, como si los tuviera en medio de su corazón: entonces el Hijo de Dios, como se ha dicho, vino ocultamente sin que el diablo lo supiera, y con su humanidad rompió el anzuelo con el que capturaba a los hombres, al que también, habiendo vencido a sus enemigos, suspendió como signo de triunfo en el estandarte de la cruz, y lo mostró a su Padre con toda la milicia del ejército celestial. Por eso, el mismo ejército elevaba un cántico de nueva alabanza, alegrándose de que tan gran multitud de almas bienaventuradas hubiera sido liberada de tan truculenta cautividad, porque el mencionado Hijo de Dios las había colocado en el lugar de la bienaventuranza.

Y por qué el Dios omnipotente permitió que su único Hijo, que no tenía ninguna deuda en pecados, sufriera tantas pasiones. Es decir, para que el antiguo engañador no tuviera ninguna ocasión contra Dios, porque el hombre le había consentido voluntariamente, y porque había seguido sus preceptos en todo. Pues si un hombre pecador fuera muerto por otros hombres, el espíritu maligno diría que él no podría liberar a nadie, porque sería acusado de sus propios pecados, en los que le había consentido, y por eso no tendría ninguna posibilidad de quitarse a sí mismo y a otros la cuerda de la cautividad. Por eso, el Dios viviente dio a su Hijo, cuya forma era similar a la de Adán, para que por el vestido de su humanidad redimiera al hombre.

De los cinco espejos que aparecen en diferentes lugares de las dos alas medias de la misma imagen, qué designan, y cómo debe entenderse la escritura que se muestra en ellos.

VI. Y en las dos alas que se extienden hacia la cima de la cabeza mencionada, aparecen cinco espejos, porque en el Antiguo y Nuevo Testamento, que miran hacia la dignidad del antiguo consejo, se muestran cinco luminarias de diferentes tiempos; la primera en Abel, la segunda en Noé, la tercera en Abraham, la cuarta en Moisés, la quinta en el Hijo de Dios, que todas iluminan a los hombres hacia el camino de la verdad; cuando también el mismo Hijo de Dios abrió la clausura de los gozos celestiales por su pasión. Uno de ellos está en la cima del ala derecha, en el que parece estar escrito: Camino y verdad; lo que designa los altos misterios de los milagros de Dios, que ningún hombre puede comprender plenamente por su ciencia, sino solo lo que cabe en el círculo de la fe, así como tampoco la sombra en el espejo opera nada más de lo que se le muestra por la forma, y que muestran el camino de la justicia y la verdad de la rectitud para la salvación de los pueblos, para que el hombre temeroso de Dios llegue a las cosas celestiales; como también lo declaran las obras y el fin de Abel. Y uno en medio de él tiene escrito: Yo soy la puerta de todos los secretos de Dios; porque en la perfección de la defensa salvadora se declara la manifestación de los secretos de Dios, mostrando que el Dios omnipotente se expande en la latitud de toda la creación con sus milagros; como también desde el primer hombre hasta el último realiza múltiples señales de milagros, es decir, profetizando, anunciando y haciendo, y no cesará en esto hasta que complete todo lo que va a hacer, así como tampoco en la primera creación de la criatura descansó antes de completarla por completo, como también lo prefiguró en Noé con varios signos. Y uno está en su fin, en el que se contiene escrito: Soy la manifestación de todos los bienes, porque en este fin se ha prefigurado el fin de la burla diabólica, y se ha prefigurado el nacimiento de todos los bienes,

designando también que el Hijo de Dios asumiría la forma humana de una virgen sencilla, y completaría todos los bienes por sí mismo. Lo que también anuncia el libro de la vida, que nunca será borrado, en el que también está descrita la Jerusalén celestial con todas sus virtudes, que nadie puede narrar; así como nadie lleva a su fin las maravillas de Dios, que también Abraham prefiguró fielmente en la circuncisión que completó por el precepto de Dios. Y en la cima del ala izquierda hay uno que contiene escrito en sí: Soy un espejo, en el que se considera la intención de los elegidos, porque en el inicio de la justicia, cuando la defensa celestial por la virtud de sus elegidos oprimía la iniquidad, apareció tan simple y pura la devoción de ellos, que resistían a las artes diabólicas, y se ofrecían a sí mismos como un holocausto vivo a Dios. Por eso, Satanás, proyectado hacia atrás, reconoció a Dios tan fuerte sobre sus enemigos, que incluso en el profundo infierno, aterrorizado, lo temía en todo. Por eso, muchos que dormían en la parte del norte por el fruto montañoso, despertaron en el espejo del temor de Dios por la penitencia, es decir, homicidas, adúlteros, ladrones, mentirosos y otros pecadores que rogaban a Dios que los liberara del antiguo enemigo. Pues en la penitencia de estos Dios es muy alabado, porque todos los órdenes de penitentes y hombres fieles reconocen a Dios como grande en su poder, quien así los libera, y borra sus pecados. Por eso, se deleita mucho en ellos, que aunque fueron mortales como la noche en los pecados, los hizo como un día puro por la penitencia. Por eso, lo aman mucho más, habiendo sido así rescatados del diablo, que si no hubieran necesitado rescate por la penitencia, ni de ahí en adelante se enfriarían en su amor. Así que el temor de Dios es necesario para todos, tanto para los elegidos simples e inocentes como para los pecadores, porque deben tener primero el temor de Dios antes de que prueben su amor, y por eso también en el espejo mencionado aparecen sus intenciones como escritura, que Dios siempre contempla. Y uno en el fin de la misma ala tiene escrito: Anúncianos si tú eres el que va a reinar en el pueblo de Israel, porque donde el Antiguo Testamento terminó, y comenzó el nuevo, apareció mi Unigénito, quien sumergió a Satanás en el pozo inferior del infierno como una piedra, de modo que no podrá respirar en ningún soplo ventoso de su voluntad, como lo hizo antes, en cuyo hecho el mismo Hijo mío mostró a sus elegidos las recompensas eternas, como hablé a Moisés diciendo:

Palabras de Dios en Éxodo hablando a Moisés, «Te mostraré todo el bien,» y cómo deben entenderse sobre el misterio de la Encarnación del Señor.

VII. «Te mostraré todo bien, y seré llamado en el nombre del Señor delante de ti, y tendré misericordia de quien quiera, y seré clemente con quien me plazca.» Y nuevamente dice: «No podrás ver mi rostro, porque no me verá el hombre y vivirá.» Y de nuevo: «He aquí, dice, hay un lugar junto a mí, estarás sobre la roca. Y cuando pase mi gloria, te pondré en la hendidura de la roca, y te protegeré con mi mano derecha hasta que pase, y luego quitaré mi mano, y verás mis espaldas (Éxodo XXXIII).» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de la siguiente manera: Yo, que soy el Señor de todos, porque soy por mí mismo, te mostraré a ti, que me adoras con corazón puro, la bienaventuranza de la vida eterna que es todo bien. Y seré llamado Señor delante de ti, que soy el creador de todas las criaturas, cuando tú, Israel, veas la túnica de mi Hijo, que prometí a Adán, cuando lo llamé por su nombre, y cuando le di una vestidura oscura, porque era oscuro. Por esto también ningún hombre cargado con los pecados de los hombres puede ver mi rostro mientras exista mortal, porque por la sugestión del diablo es negro por la negrura del norte, y así como todas las cosas luminosas están vueltas del norte, así la claridad de la verdadera luz se apartó de Adán, cuando por el consejo de la antigua serpiente miró hacia el norte. Por lo tanto, porque ningún mortal pudo contemplar perfectamente mi gloria, mostré mis milagros hablando a través de mis profetas, quienes hablaban en sombra, que se formaba de la luz, que también era más oscura que su

propia luz, así como toda sombra es más oscura que su sustancia de la cual procede. El sol también, la luna y todas las estrellas estaban nubladas para el hombre, de modo que no podía ver su desnuda claridad; y todos los soplos de los vientos estaban cubiertos para él, y por eso se decía casi en sombra, como está predicho: «Anúncianos si tú eres el que reinará en el pueblo de Israel.» Pues el Espíritu Santo profetizando en su pueblo proclamó lo que estaba prefigurado por la primera vocación con la que Adán fue llamado, que el libertador de los hombres vendría. Entonces el Hijo de Dios vino revestido de humanidad, cuya claridad de divinidad los hombres no podían ver, cuando lo miraban como a otro hombre; pero sin embargo, él se mostraba a ellos en un camino diferente al que los hombres vivían, es decir, sin el gusto del pecado, así comía, bebía, dormía y se vestía, sin tener mancha de delitos. Los judíos y muchos otros viéndolo, dudaban que fuera el Hijo de Dios, y en esto oscurecían su conocimiento, ni captaban sus milagros en la fe; sino que se convirtieron en la dureza de las piedras, como la serpiente se esconde en la caverna de la roca. Pero sin embargo, él con su mano derecha obtendrá a muchos judíos y paganos con un ejército innumerable de salvados, hasta que todos sus milagros pasen, y entonces levantará la mano de su gran obra, y mostrará sus espaldas a todos sus amigos, para que todos reconozcan cómo luchó con el diablo. Y entonces, oh Israel, confiarás confiadamente en aquel cuyos milagros, como Adán, huiste de la claridad de la vida eterna al no creer en él; y él entonces será para ti bajo tu lengua, como un panal de miel; y como alimento de leche en la manifestación de sus obras, que recogerás para ti, y con tu brazo lo tomarás diciendo con voz quejumbrosa: «¡Ay, ay, cuánto tiempo hemos sido engañados!» y así se cumplirá lo que fue escrito por mi inspiración:

También las palabras de David del salmo XCII, donde habla: «Las elevaciones del mar son maravillosas, maravilloso en las alturas es el Señor», y cómo debe ser entendido.

VIII. «Las elevaciones del mar son maravillosas, maravilloso en las alturas es el Señor.» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de la siguiente manera. Dios, que es el camino y la verdad, bajo los arcanos de su recta constitución puso todos los ornamentos del firmamento con las maravillosas elevaciones del mar y con la maravillosa elevación del mar perfundió los ornamentos del firmamento, y los puso en alguna parte según los arcanos celestiales en similitud de espejo; pero así como la sombra en el espejo no puede nada sin su forma, así tampoco los ornamentos del firmamento pueden prevalecer para operar nada por sí mismos sino por los secretos superiores. Los ornamentos del firmamento resplandecen de los arcanos supremos, como el resplandor procede del fuego, porque el fuego es la materia del resplandor, y el resplandor pasa, pero el fuego permanece; así también los ornamentos del firmamento pasan, pero la armonía celestial permaneciendo perdura. Por lo tanto, también es maravilloso en las alturas de los cielos el Señor, porque ninguna cosa transitoria puede perfectamente mirar aquellas cosas que nunca pasarán, porque están en una perfección que no se desvanece. Pero Dios en los ornamentos y en las señales del firmamento mostró a los hombres las cosas celestiales, para que en el espejo de la fe reconozcan sus milagros a través de estas cosas; y si no pudieran ver los ornamentos mencionados, su conocimiento sería ciego; así como también el norte privado de toda luz, después de la caída del diablo nunca brilló, quien porque se burló del honor del Altísimo, por eso tampoco retuvo ninguna luz. También son maravillosas las elevaciones del mar, cuando los hombres que en la inestabilidad inundan de aquí para allá, encendidos por el Espíritu Santo se elevan de lo terrenal a lo celestial; y así también es maravilloso en las alturas de las virtudes el Señor, cuando los fortalece para todo bien, de modo que se niegan a someterse a las suciedades de los vicios. Por lo cual también la Escritura dice:

También las palabras del mismo del mismo salmo donde dice: «Porque firmó el orbe de la tierra que no se moverá.»

IX. «Porque firmó el orbe de la tierra que no se moverá.» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de la siguiente manera: Dios llenó el orbe de la tierra con obra plena, y por eso no se moverá, porque si no estuviera lleno de criaturas, se movería sacudido por cierta vacuidad. Pues toda criatura llena su lugar que la lleva sirviendo; pero Dios opera sus milagros en el hombre, y le confió el orbe de la tierra para la necesidad de su cuerpo. Él también firmó la Iglesia difundida por todo el orbe de la tierra, que no será destruida por ninguna tempestad de adversarios, aunque muchas veces sea fatigada por numerosas tribulaciones. Pues Dios continuamente perfecciona sus milagros en ella, y no cesará en esto, hasta que el número de sus elegidos se complete con la armonía celestial. El rostro de la Divinidad está sobre esta armonía, y no podrá ser terminada por ningún fin, ni puede hacer nada por sí misma sino por la manifestación del rostro de la Divinidad, así como tampoco la sombra que aparece en el espejo hace algo por sí misma, sino por su forma de la cual procede. Y se llaman cielos los que ven a Dios, y cielos los que lo profetizan, también fue cielo, cuando el Hijo de Dios se mostraba en la humanidad. Y se llaman cielos aquellos que resplandecen del esplendor del rostro de Dios como chispas del fuego, y en los cuales Dios superó a todos sus enemigos. Pero cuando Dios creó el cielo y la tierra, puso al hombre en medio de ellos, para que dominando sobre ellos imperara, y este medio es según aquel medio, en el cual el Hijo de Dios está en medio del corazón del Padre, porque así como el consejo sale del corazón del hombre, así también el Hijo salió de Dios Padre. Pues el corazón tiene consejo, y el consejo está en el corazón, y son uno, ni puede haber allí ninguna división.

Porque en lo que la imagen antes mencionada había vuelto la espalda al norte, se designa que Dios ocultó el consejo de la Encarnación de su Hijo y de la redención humana al diablo y a todos los espíritus malignos.

X. Y esta imagen había vuelto la espalda al norte, porque el Dios omnipotente ocultó a todos los amigos del norte lo que quería hacer con su Hijo, y así como los arrojó hacia atrás, para que no vieran ninguna luz, así en ninguna ciencia veían la obra del Hijo de Dios, y porque Dios había ordenado todas estas cosas por un consejo antiguo, por eso les estaban ocultas. Pues por la fuerza del celo de Dios el diablo fue sumergido en el abismo, y toda luz le fue quitada, de modo que ya no ve ningún resplandor de bienaventuranza, porque está completamente cegado, ya que quiso tener la semejanza de aquel que no es de nadie, sino que es por sí mismo, y aunque ahora siente con temor inútil los juicios de Dios y les responde, aquellos que le pertenecen castigando. Pues en el temor de los juicios de Dios sabe que no puede resistir a Dios; pero sin embargo corta las ramas de su obra, como hizo en los primeros hombres, seduciendo a aquellos que le consienten de todo corazón. Por lo cual también van a la perdición, en la cual el mismo enemigo siempre ruge para devorar almas, ni cesa de este furor por ningún tedio. Pero Dios en grandes alabanzas y muchas señales mostró su divinidad oculta a los hombres, y a través de la sabiduría en las criaturas les demostró muchas cosas, en las cuales reconozcan los secretos de su divinidad, así como el hombre pinta muchas formas con su conocimiento en colores. Pero así como la antigua serpiente en su caída no pudo resistir a Dios, tampoco pudo contradecir que Dios restaurara el coro celestial en mayor alabanza a través de su Hijo con las almas de los justos, de donde cayeron aquellos que no podrán conocer plenamente la obra de ese Hijo de Dios antes del último día, y que entonces sostenían una gran confusión del ejército celestial, porque su lugar será llenado en mayor bendición de lo que había sido antes. Pues el Hijo de Dios, como se ha dicho, avanzó hermoso en un camino ajeno, siendo la prole de la naturaleza virginal, porque la primera virgen fue corrompida por el consejo serpentino; pero la Virgen María fue toda santa, que concibió al Hijo del Espíritu Santo, y virgen dio a luz y virgen permaneció. Este nacimiento estaba predestinado por un consejo antiguo, y todo espiritual oculto en la divinidad

permanecía oculto, ni voló al conocimiento de los hombres, porque no era múltiple, sino único en la divinidad, donde el mismo Hijo de Dios antes de la antigüedad de los días nació del Padre, porque el Padre siempre tuvo en su voluntad que él se hiciera hombre. Quien viniendo en la naturaleza ajena de la humanidad, derribó la parte izquierda de Leviatán, cuando mil vicios de pecados arrancó de su garganta por las obras de castidad, porque la abstinencia y la contrición de los pecados son las alas de la castidad, en las cuales las vírgenes y los penitentes vuelan hacia el desposorio del Cordero por los pecados carnales dejados, porque también el Hijo de Dios, Hijo de la Virgen, coronado de virginidad, recibió a los penitentes que corrían hacia él. Desde el principio de su vestidura de humanidad operaba todas las cosas espirituales en el hombre, que también perfeccionará hasta el último día, y estas están en medio de su poder, no por el número de días, sino por la fuerza de su obra, y las tiene en balanza recta, de modo que no puede ser superado por ninguna ilusión. Pues en su humanidad voló sobre las alas de los vientos, y como el águila en el sol, así él miró al rostro del Padre, porque así como Abraham había recibido la circuncisión de la carne, por la cual se entiende la vida espiritual que significa el agua, como los peces viven en el agua, así también el alma del hombre es circuncidada por el bautismo, y espiritualmente regenerada en el agua para la vida, en la cual vivirá eternamente en la sede de la bienaventuranza, como también se dice de la sede de la majestad de Dios.

Las palabras de David del salmo CI, donde está escrito: «El Señor en el cielo preparó su sede,» y en qué sentido deben ser tomadas, y breve recapitulación de la encarnación del Señor.

XI. «El Señor en el cielo preparó su sede, y su reino dominará sobre todos.» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de la siguiente manera: El Hijo de Dios, que es Señor de los hombres, Señor de los ángeles y Señor de todas las virtudes, preparó su sede en el cielo de la bienaventuranza, así como el pensamiento del hombre opera el instrumento de su obra según su deseo; y como toda obra la perfecciona según su voluntad, ni en esa cosa el mismo Hijo se apartó de su Padre como hizo Adán, quien cayó en el lago de la muerte. Por lo cual también su reino dominará sobre todos, es decir, en el cielo y en la tierra, donde pisoteará a sus enemigos como escabel de sus pies, porque su carne nunca fue tocada por el gusto del pecado en la tierra, y por eso tampoco ningún dolor lo venció; sino que por una dura y áspera pasión superó todas las cosas terrenales. ¿A quién le correspondería liberar al hombre, sino al Hijo de Dios ardiente, que descendió del cielo a las tierras, y de ellas ascendió a los cielos, y que con el rocío de la divinidad como una gota de miel destila la gracia celestial sobre su pueblo, de modo que los fieles nunca puedan ser superados entre sí? Pues todas las buenas obras el Padre las operó en su Hijo, lo que no pudo hacerse en ningún otro, porque él, como se ha dicho antes, nunca se apartó del Padre, así como tampoco el resplandor del sol se separa del sol. Él, por lo tanto, vino a las tierras para la liberación del hombre, y redimió al hombre, a quien nadie más pudo redimir, porque el Padre dispuso que viniera así, como dice el profeta David, inspirado por el Espíritu Santo:

También las palabras del mismo del salmo LXXI donde se lee: «Descendió como la lluvia en el vellón,» y que esto también debe referirse a la Encarnación del Señor.

XII. «Descenderá como la lluvia en el vellón, y como las gotas que destilan sobre la tierra.» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de la siguiente manera: Adán en el consejo del diablo por la transgresión de los mandamientos de Dios fue mortal, y por eso el Hijo de Dios descendió, como el rocío de suavidad, en el vientre de la Virgen, que era suave, mansa y humilde como una oveja en sus costumbres, para que resucitara al hombre de la muerte, así como también por la inversión de la tierra por el arado se resucita el fruto en la

lluvia. Pues el arado es el mandamiento de la ley, que en su humanidad el mismo Hijo de Dios dio a los hombres, para que en el conocimiento de este mandamiento fueran resucitados a la vida, y según su ejemplo como con el arado derribaran en sí mismos los deseos carnales, y también así por los ejemplos de las obras santas se hicieran fructíferos, perfeccionando de día en día, como él los había precedido. Y de esta manera enviaba gotas sobre ellos, y hacía de ellos un campo lleno de virtudes, que bendijo, y lo llenó de frutos de todos los bienes, es decir, castidad, continencia y paciencia, y las demás bienaventuranzas.

Porque las tinieblas vistas hacia la parte occidental y también el fuego con azufre y otras tinieblas más densas mostradas hacia la parte septentrional del edificio antes mencionado, donde en el mundo exterior están los lugares de castigo, en los cuales las almas de los pecadores son torturadas, y también significan la ceguera interior de esos mismos pecadores, que se oscurecen por la infidelidad.

XIII. Pero a través de toda la parte occidental ves como tinieblas muy oscuras humeantes, porque allí están los lugares de castigo, que tienen en sí diversos géneros de tormentos, porque cuando el hombre se dirige hacia el ocaso de los pecados, atrae para sí la ceguera de la infidelidad por la maldad que emite un vapor malo; y así también cayendo en las penas de esas mismas tinieblas, se arroja a sí mismo a la confusión, cuando descuida a su creador. Pero cerca del ángulo de esa misma parte, que está hacia el norte, un fuego negrísimo con azufre y densísimas tinieblas burbujeando, se extiende recurvándose casi hasta la mitad de la parte septentrional, porque ese mismo lugar es la profundidad penal, y el lago de perdición de las almas de aquellos que despreciando a Dios no quisieron conocerlo con buenas obras. Por lo cual allí también un fuego acerbo con amargura de azufre, y tinieblas inextricables se evaporan, y se dilatan a lugares destinados, de modo que la diversidad de esas mismas penas la ciencia humana no puede conocer perfectamente, mientras el hombre vive en el mundo mortal. También el hombre cuando ha llegado al ocaso de la infidelidad, que mira hacia la perdición, de modo que ni ama las obras justas ni a Dios; el fuego de la perversidad con amargura y ceguera de costumbres le sale al encuentro, llevándolo a la plenitud de la infelicidad y de la sumersión, de modo que la perdición lo arrastra por completo en sí, sin tener esperanza de vida. Pues el hombre que sigue la necedad, y abomina la sabiduría por la cual Dios creó todas las cosas, se condena a sí mismo, cuando no teniendo ninguna moderación en los males, no piensa en la vida futura, ni desea saber si hay otra vida, ni considera perspicazmente cómo es mutable. Pues el hombre puede captar su infancia y niñez, juventud y edad madura, pero no puede comprender qué será de él en la edad decrepita, ni cómo será cambiado. Pues por la racionalidad del alma conoce que tiene un principio; pero no puede saber ni comprender cómo es que el alma no muere, y que no tiene fin.

Porque Dios hizo todas las cosas por la sabiduría para confutar la malicia del diablo, y para que siendo invisible fuera entendido por el hombre por la fe, y conocido por su obra; y qué ordenación de toda su obra tuvo en sí mismo antes del tiempo que temporalmente creó, en esto también constituyendo al hombre según él mismo para que primero en sí mismo dispusiera pensando, todo lo que después ejercería operando.

XIV. Dios, por tanto, estableció el firmamento con sabiduría, y lo consolidó con las fuerzas de los astros como si fueran clavos, tal como un hombre asegura su casa con clavos para que no caiga. También están las estrellas de la luna, que se enciende con el sol, y en su mengua destila luz a las estrellas, y que la sabiduría en su antiguo consejo hizo fecunda con el sol para el hombre, que es toda criatura, cuando infunde el jugo de la tierra, pero el sol representa la divinidad, y la luna el innumerable número del género humano, y todo esto es ornamento de

la sabiduría. El firmamento es también el asiento de todos sus ornamentos, así como el hombre tiene un asiento, que es la tierra, que lo sostiene; y Dios lo colocó con su ornato para su alabanza, tal como la sabiduría lo había preordenado. Por lo tanto, la criatura fue como un vestido para la sabiduría, porque tocó su obra, así como el hombre siente su vestimenta. Si el hombre hubiera sido creado de tal manera que pudiera prescindir de vestiduras, entonces no necesitaría obra alguna, ni sería honrado con ningún ministerio, salvo que el cuerpo sería solo el abrigo del alma, y se movería por el alma. Dios tampoco puede ser visto, pero se conoce a través de la creación, así como el cuerpo del hombre no puede ser visto por las vestiduras. Y así como no se percibe la claridad interior del sol, tampoco Dios es visto por la criatura mortal, pero se entiende por la fe, así como el círculo exterior del sol es contemplado por ojos vigilantes. Y toda obra que la sabiduría instituyó, la hizo contra la malicia del diablo, porque él siempre ha odiado y odia toda obra suya, hasta el fin del número completo, cuando será golpeado con tal fortaleza que perecerá, para que no intente luchar contra Dios. Toda ordenación de la sabiduría es suave y buena, porque lava su túnica en la sangre del Cordero que es misericordioso, cuando ha sido manchada con suciedad; por lo tanto, debe ser amada sobre todos los ornamentos de las criaturas, y parece amable a todas las almas santas, porque en el abrazo de su visión nunca podrán cansarse. Así como la sabiduría ordenó, el espíritu vive y vigila en el hombre, y no se extinguirá de ninguna manera, sino que mientras el hombre viva en el cuerpo, sus pensamientos se multiplican en él más allá del número, así como el sonido de la alabanza en los ángeles es innumerable. El pensamiento también vive en la juventud del hombre, y él lo emite con la palabra de la razón, y a través de él realiza su obra, que sin embargo no vive en sí mismo, porque tuvo un comienzo. Pero la eternidad vive en sí misma, y nunca apareció en defecto, porque antes de la era la vida fue eternamente. Pero cuando el alma se transforma en inmortalidad, después ya no se llama alma, porque entonces no opera nada con el hombre a través de los pensamientos, sino que de ahí en adelante está en las alabanzas de los ángeles que son espíritus. Por lo tanto, también entonces será llamada espíritu, porque ya no trabajará con el cuerpo de carne. Con razón, el hombre es llamado vida, porque vive por el aliento de vida, pero también cuando se transforma en inmortalidad por la muerte de la carne, estará en la vida; y después del último día, con cuerpo y alma en la eternidad, es vida, porque cuando Dios formó al hombre, encerró en él sus misterios ocultos, porque fue hecho a semejanza de Dios en conocimiento, pensamiento y obra. La divinidad tuvo en sí misma la ordenación de toda su obra, tal como debía hacerse, y según esto constituyó al hombre para que pudiera pensar, de modo que primero dictara todas sus obras en su corazón, porque es el cierre de las maravillas de Dios. Dios ordena, el hombre piensa, y el ángel tiene el conocimiento, en el cual siempre resuena con voz de alabanza y con amor al honor de Dios, y no desea otra cosa que contemplar a Dios y alabarle. Y Dios, antes de la era, tuvo en sí mismo sin cesación toda la obra que iba a hacer; y así el hombre, que es el cierre de sus milagros, lo conoce con el ojo de la fe, y lo abraza con el beso del conocimiento, a quien no puede ver con los ojos carnales, y actúa según él. El ángel también ofrece a Dios sus obras elegidas con buen olor, que él envía a lo alto por buena voluntad, y también muestra al justo juez las obras viles que miran más a otro camino que a Dios. Estas palabras deben ser recibidas por los fieles con devoto afecto del corazón, porque fueron dadas para la utilidad de los creyentes por aquel que es el primero y el último.

VISIÓN DÉCIMA.

La última visión, en la que se muestra una rueda de gran amplitud, cuya naturaleza se describe cuidadosamente; y nuevamente se contempla la imagen de la caridad bajo otra forma.

I. Luego, junto a la montaña que vi como en medio de la región oriental, como se ha dicho, vi una rueda de gran amplitud con la apariencia de una nube blanca, y orientada hacia el este, que en el medio, transversalmente, es decir, desde el lado izquierdo hasta su lado derecho, estaba dividida por una línea de color oscuro como el aliento de un hombre, de modo que también la mitad de la rueda que estaba sobre esa línea, otra línea como el amanecer resplandeciente, descendía desde la cima de la rueda hasta la mitad de la línea mencionada. Pero la parte superior de la mitad de la rueda desde el lado izquierdo hasta su mitad emitía un color verde, y desde el lado derecho hasta su mitad brillaba un color rojo; de modo que estos dos colores se dividían entre sí en igual medida de espacios. La mitad de la rueda, que estaba bajo la línea mencionada transversalmente, mostraba un color pálido mezclado con cierta negrura. Y he aquí, en el medio de la rueda en la línea mencionada, vi nuevamente una imagen, que antes me había sido denominada caridad, sentada; sin embargo, ahora aparecía con otro ornamento que el que había visto antes. Pues su rostro brillaba como el sol, su túnica resplandecía como la púrpura, y tenía un collar de oro adornado con piedras preciosas alrededor de su cuello; calzada con sandalias que emitían la claridad del relámpago. Pero también ante el rostro de la imagen aparecía una especie de tabla transparente como cristal, en la que estaba escrito: Manifestaré una hermosa forma de color plateado, porque la divinidad que carece de principio tiene gran claridad; pero todo lo que tiene principio está en ambigüedad y terrores; ni puede captar los secretos de Dios en plena ciencia. Y esta imagen miraba la tabla mencionada. Por lo tanto, la línea en la que estaba sentada se movía, y tan pronto como la línea mencionada parecía unida a la rueda en su parte izquierda, la parte exterior de la rueda por un breve espacio se volvía algo acuosa, y luego algo más allá de la mitad de la mitad de la rueda, que se extendía transversalmente bajo la línea mencionada, se volvía rojiza, y después pura y clara, y finalmente se convertía en una tempestad turbia y tormentosa, es decir, cerca del final de la mitad donde la línea mencionada estaba fijada a la rueda. Y oí una voz del cielo que me decía:

Porque Dios verdaderamente no podría ser llamado uno si tuviera un semejante por naturaleza, y que la calidad de la rueda mostrada indica a Dios sin principio ni fin, preparado para todo bien, y cómo toda la descripción de la rueda se refiere a la eternidad o al poder de Dios o a la salvación de las almas.

II. Oh hombre, escucha y entiende las palabras de aquel que era, y que es sin la mutabilidad de los tiempos, porque en él estaba este antiguo consejo, que quiso hacer diversas obras; y estas las contempló como un rayo de sol antes de la antigüedad de los días, porque habrían de ser. Pues Dios es uno, y a esta unidad nada puede compararse, pero él previó que una obra que iba a hacer intentaría usurpar la semejanza de esta unidad. Por lo tanto, le opuso un obstáculo de repercusión, porque él es esa unidad que no tiene semejante, de lo contrario no podría ser llamada unidad; y por eso también rechaza a aquel que perversamente desea esta semejanza, y así cada alma racional en el hombre que procede de aquel que es el verdadero Dios, elige lo que le agrada, y rechaza lo que le desagrada, porque conoce lo que es bueno o nocivo para sí misma. Pero aunque Dios es uno, en la fuerza de su corazón previó una obra que magníficamente multiplicó; y ese Dios es un fuego viviente, por el cual las almas respiran, y antes del principio fue, y también es el principio y el tiempo de los tiempos. Todo esto manifiesta la presente visión. Pues junto a la montaña, que ves como en medio de la región oriental, como se ha dicho, ves una rueda de gran amplitud con la apariencia de una nube blanca, y orientada hacia el este, que muestra a Dios sin principio ni fin, pero manso en sus obras, y preparado para todo bien. Que en el medio, transversalmente, es decir, desde el lado izquierdo hasta su lado derecho, está dividida por una línea de color oscuro como el aliento de un hombre, porque perfectamente a través del principio del mundo caduco, y a

través de su fin tendiendo a la eternidad, aparece la voluntad de Dios, cuando separó lo temporal de lo eterno; de modo que también la mitad de la rueda que está sobre esa línea, otra línea como el amanecer resplandeciente desciende desde la cima de la rueda hasta la mitad de la línea mencionada. Esto muestra que la plenitud de la perfección de Dios que existe en los cielos por su voluntad, superando lo temporal, la ordenación divina dirigida a todo bien, y como un resplandor indeficiente, apareciendo maravillosamente antes del principio del mundo, y después de su fin, y en los mismos tiempos del mundo, manifiesta estar preparada para toda justicia. Por lo tanto, la parte superior de la mitad de la rueda desde el lado izquierdo hasta su mitad emite un color verde, porque Dios, cuando hizo que las criaturas, tal como habían sido previstas por él, salieran en sus formas al trabajo, las tenía como en la verdor de su voluntad. Y desde el lado derecho hasta su mitad brilla un color rojo; porque Dios, después del fin del mundo, transformando en mejor vida a aquellos que son del siglo transitorio, y dando a las almas de los fieles la recompensa de sus trabajos resplandecientes, no permite que ningún trabajo, ni ningún defecto, los domine más: "de modo que estos dos colores se dividen entre sí en igual medida de espacios," porque así como la eternidad antes del principio del mundo carece de inicio, así también, terminado el mundo, no tiene fin; pero el principio y el término del mundo se concluyen como en un solo círculo de comprensión. "La mitad de la rueda, que se extiende bajo la línea mencionada transversalmente, muestra un color pálido mezclado con cierta negrura," porque los tiempos caducos de las cosas mundanas que tienen principio y fin, a los cuales la eternidad indeficiente sin fin domina, lo designa; y ahora lleva muchas veces gravemente el pálido de las angustias, ahora la negrura de las tribulaciones, mientras el mundo dura. Pero todas estas cosas, que han sido mencionadas, de otro modo se refieren a la salvación de las almas de los hombres, de modo que a la suma fortaleza, que consiste en la perfección de la justicia resplandeciente, está unida la potestad de Dios, porque la potestad y la fortaleza de Dios están adheridas entre sí. La potestad de Dios es de redonda igualdad de templanza, porque carece de principio y fin, y con amplia posibilidad puede hacer todo lo que quiere; y resplandece en la blancura de los juicios celestiales, porque ninguna mutabilidad, ninguna vicisitud de incremento o detrimento toca a Dios, ni ningún tiempo lo divide jamás, sino que siempre permanece sin inicio, ileso e inmutable, dando vida a todo lo que es, y reuniendo a aquellos que lo adoran puramente en la suma bienaventuranza. La plenitud de su potestad, disponiendo todo con justa moderación, y existiendo en su altura y profundidad desconocida para el hombre, muestra lo eterno y lo temporal como en un círculo que no tiene principio ni fin. Así, la perfección de la potestad de Dios, que manifiesta la eternidad de la ordenación divina, y su providencia resplandeciente en lo que es eterno, extendiéndose desde la eternidad de su potestad a la plenitud de la ordenación divina, se declara en sus obras, y anuncia que las almas de los bienaventurados permanecerán en la gloria suprema. La eternidad de la perfección de la potestad de Dios en estas disposiciones que habrían de ser, con la plenitud de las criaturas, muestra como la verdor del brote venidero y en proceso, cuando el cielo y la tierra aún no habían sido, así como los dones del Espíritu Santo infunden verdor al corazón del hombre, para que dé buen fruto. En lo que vendrá después del fin del mundo y la estabilidad de la inmutabilidad, muestra como un resplandor rutilante, porque entonces todo será perfecto, y no sentirán más defecto alguno, elevando también a las almas de los santos a lo alto; de modo que también la eternidad de Dios, así como antes del principio del mundo no tuvo inicio, tampoco después de su fin se cerrará con ningún término, donde entonces los bienaventurados gozarán sin fin en los cielos. Pero también la perfección de la potestad de Dios, concluyendo bajo la eternidad todas las cosas temporales que tienen diversos modos, muestra que todo está sujeto a Dios; y proclama que aquellos que descuidan a Dios son enviados a lugares infernales, porque todo será examinado, lo que parece oponerse a Dios.

Por qué la virtud de la caridad se contempla adornada con otro atuendo en esta visión que en la anterior.

III. Pero que en el medio de la rueda en la línea mencionada ves nuevamente una imagen, que antes te fue denominada caridad, sentada, sin embargo, ahora apareciendo con otro ornamento que el que habías visto antes; esto es porque en esa perfección en la que la potestad de Dios somete todo a sí misma, la caridad está unida a la voluntad de Dios como descansando, porque la caridad cumple toda la voluntad de Dios, ahora decorada con este, ahora con aquel ornamento, porque las virtudes que operan en los hombres muestran a la caridad adornada como con un cierto decoro, cuando todas las cosas buenas se hacen por caridad. Pues su rostro brilla como el sol, advirtiéndole que el hombre debe fijar toda la intención de su corazón en el verdadero sol; su túnica resplandece como la púrpura, para que el hombre, haciendo un vestido con las entrañas de misericordia, ayude a cada uno que lo pida tanto como pueda. Y tiene un collar de oro adornado con piedras preciosas alrededor de su cuello, insinuando que el hombre, imponiéndose el yugo de la sujeción, lo adorne con las virtudes bienaventuradas, de modo que en todo, humillado, muestre ser verdaderamente sujeto a Dios, así como el Hijo de Dios obedeció a su Padre en todo hasta la muerte de la carne. También está calzada con sandalias que emiten la claridad del relámpago, para que todos los caminos del hombre estén en la luz de la verdad, y para que el hombre, siguiendo las huellas de Cristo, ofrezca fielmente a otros ejemplos de rectitud.

De la tabla transparente como cristal que aparece ante la imagen de la caridad, y qué significa que, al mirar la imagen esa tabla, la línea de su asiento se mueve; y breve repetición de la creación del cielo, la tierra, los ángeles y el hombre.

IV. Pero también ante la faz de la misma imagen aparece como una tabla transparente como cristal, que tiene escrito que la divinidad, que carece de inicio, no puede ser completamente comprendida por nada que tenga un inicio, ya que ante la mirada de la Caridad se revela la presciencia de Dios, porque la Caridad y la presciencia de Dios están de acuerdo en uno. La presciencia, de hecho, es completamente transparente sin ofensa alguna, no está limitada por inicio o fin, ni determinada por criatura mortal, muestra que el hombre que desea estar sujeto a la Caridad ama lo que está en Dios, y contempla a Dios en la pureza de la fe, no le propone nada que sea caduco, pone su asiento en los gozos superiores, porque Dios previó que él llegaría allí. Y esta imagen contempla la tabla mencionada, de donde también se mueve la línea en la que se sienta, porque cuando la caridad de Dios contemplaba su presciencia, en la que aparecieron todas las cosas que habrían de ser en las criaturas, cuando las criaturas que habrían de ser creadas aún no existían, la voluntad de Dios, a la que la Caridad está unida como en reposo, se movió hacia la formación de las criaturas, y así el cielo y la tierra, y las demás criaturas que están en ellos, surgieron por mandato de Dios. Pues cuando los ángeles precedieron, algunos de ellos, descuidando a su Creador, cayeron irrevocablemente, mientras que otros permanecieron en su servicio y amor. Dios, por lo tanto, después de otras criaturas, creó al hombre, para que encontrara todo lo que necesitara ya preparado para él, y lo iluminó con un aliento viviente, y lo dotó maravillosamente de dos maneras, a saber, para que fuera fuego y llama, fuego en el alma, y llama que arde de ella en la racionalidad. La llama de la racionalidad sabe dónde operar con el beso de la elección, que es el conocimiento del bien y del mal, por el cual no arde en aquello que no elige para su obra, sino que huye de ello con molestia, lo que no quiere operar, a menos que el artífice la golpee, para que arda un poco allí, donde él quiera dirigirla, y donde también a veces arde por elección, allí el artífice muchas veces la hace cesar. Y Dios puso estas dos fuerzas en un vaso de barro, para que operara aquello que le fuera útil. Pero así como el fuego contiene la llama en sí mismo, así

también el hombre racional tiene fuerzas para operar, y estas dos fuerzas mencionadas están en el vaso de barro, y el mismo vaso de barro existe con ellas. Pero si el fuego y la llama no ardieran en nada, ¿dónde podría verse su ardor? Por lo tanto, es necesario que las fuerzas mencionadas tengan una obra, que es el vaso de barro, en el que el alma y la racionalidad ejercen sus obras. El viento también es más agudo, y llena las demás criaturas, con las que el hombre opera, de tal manera que el hombre no existiría si las demás criaturas no existieran. Y Dios es fuego y espíritu viviente, y realizó una gran obra, de la cual su Hijo tomó vestidura, ocultando su divinidad, realizó muchísimos milagros, con los cuales también atravesó el mundo hasta que atrajo a sí mismo el décimo número, que estaba perdido. La misma obra Dios estableció contra aquel que codició el norte, y lo superó completamente por medio de ella, golpeándolo en la mandíbula de tal manera que no puede levantar su cabeza como lo hizo antes. La divinidad, de hecho, vistió a los ángeles buenos con su claridad, y los ordenó junto a sí, para que su obra, que miraba hacia sí misma, y siguiendo su propia voluntad, se apartara de su Creador, y con su celo la reprimiera castigándola, porque la racionalidad, cuando opera según la voluntad de la carne, atrae sobre sí la venganza de Dios; pero cuando miraba hacia su Creador diciendo: «Tú eres mi Dios», el fuego del Espíritu Santo encendía sus alabanzas para multiplicarlas, así como las chispas del fuego se multiplican. Pero la racionalidad también consiste en dos partes de elección, y lo que elige, eso recoge para sí, y rechaza lo otro, porque en una elección no puede tener dos cosas que discrepan entre sí, porque quien sirve a otro, se desprecia a sí mismo, y quien obra para sí mismo, no sirve a otro con lo que hace, y por eso estas cosas no consienten en uno. El hombre racional primero desea y anhela, y luego opera lo mismo en algo. El animal irracional, en cambio, vive como le ha sido establecido, y no vale más, porque no tiene el ojo del conocimiento en la racionalidad; sino que se vuelve hacia la materia de su naturaleza; pero el hombre habita con Dios por la fe.

Sobre la venganza de Dios en los transgresores de la ley natural por el agua del diluvio, y el diverso estado de los tiempos desde el principio hasta la encarnación del Señor.

V. Pero lo que ves, que tan pronto como la misma línea de la rueda mencionada parece unida en su parte izquierda, la parte exterior de la misma rueda se vuelve algo acuosa por un breve espacio, esto es porque después de que mi voluntad se unió a mi potestad para la procreación de las criaturas, los juicios de la misma potestad mía aparecieron en la efusión de las aguas en el diluvio, porque, al engendrar el primer hombre hijos, su progenie se sumergió de mal en mal. Pues Adán y sus hijos germinaron justamente según la naturaleza del hombre por temor a mí; pero sus descendientes se violaron a sí mismos de manera muy perversa contra la naturaleza del hombre, lo cual no quise soportar más tiempo y los ahogué por el diluvio. Por lo cual también el diablo, aterrorizado, tembló, porque vio invencible mi fortaleza por la cual el hombre fue así disipado. Y luego, un poco más allá de la mitad de la misma rueda, que está trazada transversalmente bajo la línea mencionada, se vuelve roja, y después pura y luminosa, porque desde el diluvio hasta la Encarnación de mi Hijo, a quien envié poderosamente al final de los tiempos transcurridos en el silencio de mi voluntad, los juicios de mi potestad pasaron al rubor de la justicia, porque incluso después del diluvio, a través de diversas edades de los días, los hombres en sus obras tomaron el resplandor de mi temor. Pues la edificación de la justicia surgió en Noé, la circuncisión en Abraham, la proposición legal en Moisés, y la profecía en los profetas, y todas estas cosas comprimieron la idolatría, como el día ahuyenta la noche, en las cuales corren todos los tiempos, así como las obras de los hombres aparecen en los hombres. Pero cuando todas estas cosas tendían al ocaso, como cuando el sol se pone, y cuando así el pueblo procedía generando, miré la plenitud de aquel número, del cual está escrito por mi inspiración:

Palabras de Pablo sobre la plenitud del tiempo, en el que Dios envió a su Hijo nacido de mujer, quien en su advenimiento cumplió y completó las palabras y hechos místicos de los antiguos, y con su doctrina y la predicación de los apóstoles o maestros de la Iglesia iluminó el mundo convirtiendo todo en mejor.

VI. «Cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción de hijos (Gálatas IV).» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de esta manera: Dios Padre, que carece de inicio y fin, en la plenitud del tiempo preordenado desde la eternidad, envió a su Hijo para la redención del hombre perdido a la tierra, prefigurado por muchos signos y milagros. Lo cual bien parece insinuarnos a través del arca de Noé. Significa la Iglesia en este siglo presente fluctuante por los impulsos de diversas tentaciones, a la cual unió ahora a su Hijo en la restauración de sus hijos por la gracia de la fe. Que también situada en la cima de los montes puede figurar la eternidad del Dios omnipotente, quien previó mucho antes de que fueran creadas todas las criaturas, cómo aparecerían en el presente claramente por su palabra a través de sus especies. Aquella ciudad celestial, que es la morada de los hijos de Dios, presenta una torre construida con obra elegantísima, cuyo ornamento bellísimo significa la obediencia sumamente fiel de Abraham, representándonos al Hijo de Dios y los infinitos signos de sus milagros. La ley dada por Moisés exigió una obediencia incansable, sin la cual de ninguna manera, así como una casa sin columnas que la sostengan, ni un hombre sin corazón que lo gobierne, podría subsistir. La obediencia es, de hecho, un fuego, y la ley es su esplendor. Y así como Abraham, dejando su casa y patria por mandato del Señor, fue el primero en ser transformado por la circuncisión; así el Hijo de Dios, sin ninguna contaminación de sangre, concebido y nacido del fuego del Espíritu Santo de la Virgen más íntegra, transformó espiritualmente la ley dada por Moisés en un estado mejor por sí mismo. A quienes, nacidos del pecado, la sangre de las víctimas legales no pudo liberar, convenía la clemencia de su Creador, que solo él los liberara con el inestimable precio de su sangre. Y así como el hombre solía ofrecer sacrificio a Dios de la criatura concedida a él, así el Hijo de Dios, tomando carne del hombre, se revistió de ella para ofrecerla a Dios Padre por él. Así, el Hijo de Dios, viniendo al mundo, propuso a los hombres una doctrina pura y luminosa, y examinando todo lo que fue predicho, lo transformó en otro modo, de tal manera que los ídolos se convirtieron en el Dios vivo, y la profecía en un camino espiritual, porque así como la palabra del hombre es emitida en la inspiración de su espíritu, así también el Unigénito de Dios fue enviado del Padre al seno de la Virgen, y concebido del Espíritu Santo. Y así, tomando carne, nacido de la misma Virgen, manifestó por sí mismo todas las cosas pasadas y futuras, y convirtió en mejores todas las narraciones y hechos escuchados de los hombres, eliminando lo inútil y conservando lo útil; como hizo en el ejército de los ángeles buenos, a quienes después de la caída de los perdidos más clarificó. Pues antes de su nacimiento, todo estaba como en tinieblas, que después de asumir la carne iluminó como el sol, porque él mismo fue la ley cumpliéndola, y convirtiéndola en lo que era mejor, obedeciendo los preceptos de su Padre, lo que Adán había descuidado hacer. En el mismo Hijo de Dios, la justicia y la paz se unieron; y en la justicia, por la cual el mundo fue oscurecido con la espuma de la serpiente en los pecados, fue comprimida por su humanidad, porque él mismo, luchador con justicia y paz, resistió a la injusticia, la justicia que está rodeada de preceptos divinos, y la paz que está fortalecida por la gracia de Dios perdonando al hombre, y reunió a sus elegidos en aquella semejanza en la que los ángeles bienaventurados permanecieron con Dios. Cuando ascendió corporalmente a los cielos, el Espíritu Santo los encendió con lenguas de fuego, para que fueran iluminados en el conocimiento interior, de tal manera que también unieran a otros a sí mismos, para que ellos mismos realizaran muchísimos milagros y signos, adornados con la fe católica, y santificados

con buenas obras. Así, la doctrina del Hijo de Dios, trayendo mucho fruto, y ascendiendo de virtud en virtud, avanzó en pureza; y un gran pueblo, resplandeciendo en la luz de la fe, se sometió a él, de tal manera que muchos que por el olvido y la infidelidad estaban oscurecidos en la caída de Adán, fueron iluminados con la verdadera fe y las obras santísimas. Y fue necesario que el Hijo de Dios viniera al final de los tiempos, porque la antigua serpiente había violado al hombre entero con engaño, burla y blasfemia. Pero también era necesario que la presencia de la humanidad del cuerpo del mismo Unigénito de Dios realizara su obra, que comenzó a operar a través de los sumos rectores que gobiernan la Iglesia, y a través de otros prelados de la misma Iglesia, y luego con los sacerdotes y sus súbditos, y con los ermitaños que tienen el orden virginal, y con la milicia de los hombres espirituales, que son según la milicia angélica, y que también en la trompeta de alabanzas adoran a Dios según la alabanza angélica, y con los penitentes, que claman a él a través de los imitadores de Dios, y con los buenos casados, obedeciendo los preceptos de sus maestros, y con los continentes, que repudiándose a sí mismos, abandonan el mundo. Así, el Hijo de Dios operó desde las sedes reales, y cuando regresó a su Padre con la presencia de su cuerpo, mostrándose a él, así también recogiendo las obras rectas de todos ellos, las mostró a su Padre. Estos órdenes mencionados, que fueron constituidos por la doctrina del Hijo de Dios, ardieron en gran estudio ascendiendo de virtud en virtud, como el día después de la primera hora arde más fervientemente por el calor del sol hasta la novena.

Que estos tiempos decaen de la fortaleza original de la disciplina apostólica casi en debilidad femenina, y todo tanto en la perturbación de los elementos como en la depravación de las costumbres va a peor.

VII. Y después, por la doctrina de los apóstoles, y por las virtudes de los demás santos, se hicieron puros y luminosos hasta estos días, que casi en debilidad femenina han descendido de su fortaleza, porque entonces en ellos toda buena costumbre, que por la gracia del Espíritu Santo fue plantada primeramente en los hombres desde los tiempos de los apóstoles, era llevada a la oscuridad de los dardos, con los cuales la antigua serpiente había engañado al mundo. Los apóstoles, de hecho, habían fortalecido su doctrina como con acero, y la habían cerrado con la clausura del cielo, y le habían impuesto frenos en el temor de Dios, para que no fuera llevada a la burla; sino que fuera mantenida en la diligencia diaria, y porque establecieron su doctrina según el curso del sol, la santificaron por la abstinencia de alimentos, y por la alabanza y la oración. La antigua serpiente, sin embargo, investigando en sí misma, se preguntaba cómo destruiría y extinguiría esta ley, porque se veía completamente engañada, y porque también reconoció que tenía tiempo de luchar contra los hijos de los hombres, por haber convertido la concepción del hombre en pecado. Por lo cual también inflamó a un juez de nombre real con la lujuria ardiente de la transgresión, de tal manera que convocó a sí mismo muchas vanidades nefandas, como si las adorara, quien también hizo esto tanto tiempo, hasta que la mano del Señor lo golpeó, como a Nerón y también a otros tiranos, pisoteándolos en todo su honor. Entonces la verdor de las virtudes se marchitó, y toda justicia declinó en defecto, y por eso también la verdor de la tierra en toda su germinación descendió, porque el aire superior fue cambiado en otro modo que el que había sido constituido antes, de tal manera que el verano tuvo muchas veces frío contrario, y el invierno calor contrario, y tanta aridez, y tanta humedad con algunos otros signos precedentes, que el Hijo de Dios había predicho a sus discípulos que vendrían antes del día del juicio, estuvieron muchas veces en la tierra, de tal manera que muchos decían que el día del juicio estaba cerca.

Algunas palabras secretas del Hijo intercediendo ante el Padre por la aflicción que sufre en su cuerpo, que es la Iglesia, por algunos de sus miembros que abandonan la justicia, y por la completación del número de los elegidos dispuestos desde la eternidad, y cómo deben

entenderse estas palabras según las diversas cualidades de los tiempos desde el principio del mundo hasta el presente.

VIII. Por lo tanto, el Hijo habla al Padre diciendo: «En el principio todas las criaturas florecieron, en medio las flores florecieron, después la verdor descendió.» Y esto lo vio un hombre guerrero y dijo: «Conozco este tiempo. Pero el número áureo aún no está completo. Tú, entonces, mira el espejo paterno. En mi cuerpo soporto el cansancio; también mis pequeños desfallecen. Ahora recuerda que la plenitud que se hizo al principio no debía marchitarse. Y entonces tenías en ti, que tu ojo nunca cedería, hasta que vieras mi cuerpo lleno de gemas. Pues me fatiga que todos mis miembros vayan a la burla. Padre, mira: te muestro mis heridas. Por lo tanto, ahora, todos los hombres, doblen sus rodillas ante su Padre, para que les extienda su mano.»

El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de esta manera: Al principio, es decir, antes del diluvio, la verdor de la tierra fue tal que producía sus frutos sin el trabajo de los hombres, y entonces también los hombres, sin tener disciplina para el mundo ni devoción perfecta hacia Dios, se dedicaban solo a las cosas terrenales y a sus placeres. Después del diluvio, o como en medio del tiempo, es decir, el que fue medio entre el diluvio y la venida del Hijo de Dios al mundo, las flores florecieron con nuevo jugo y con toda germinación de una manera diferente a como lo habían hecho antes, porque la tierra fue cocida entonces por la humedad de las aguas y el calor del sol. Y así como las flores de los frutos se multiplicaron más que antes, también el conocimiento de los hombres en sabiduría, encendido por el Espíritu Santo, progresaba hasta la nueva estrella que mostraba al Rey de reyes; así la sabiduría ardía por el fuego del Espíritu Santo, por el cual el Verbo de Dios fue encarnado en el vientre de la Virgen, lo que también la estrella predicha demostraba, en la cual el Espíritu Santo manifestó esta obra a las naciones, que había perfeccionado en el vientre de la Virgen; y la claridad de la llama del Espíritu Santo es el sonido del Verbo, que creó todas las cosas. Pues el Espíritu Santo fecundó el vientre de la Virgen, y vino sobre los discípulos del Hijo de Dios en lenguas de fuego, y después de esas mismas lenguas de fuego, con los mismos discípulos y con sus seguidores, obró muchos milagros. Por lo tanto, ese tiempo, ascendiendo de virtud en virtud, fue llamado tiempo viril, y así perduró en fuerte curación durante muchos años. Posteriormente, la verdor descendió de su fortaleza y se convirtió en debilidad femenina, posponiendo toda justicia y sometiéndose a la necesidad de las costumbres de los hombres, porque en estos días cada hombre hace lo que le place. Por lo tanto, en ellos la Iglesia está desolada, como una viuda que carece del consuelo de la preocupación de su esposo; como si no tuviera el bastón recto de la magistratura sobre el cual los hombres se inclinan. Pero los mercenarios perversos, por avaricia del dinero, derriban a mis pequeños en los valles, y les prohíben ascender a las colinas y montañas; y les quitan la nobleza, la herencia, las propiedades y las riquezas; y esto lo hacen como lobos rapaces, que acechando las huellas de las ovejas, desgarran a las ovejas que capturan, y a las que no pueden desgarrar, las ahuyentan; y con engaño doloso devoran a mis pequeños a través de jueces mayores y tiranos inicuos. Por lo tanto, estos días son una cárcel de arte diabólica, porque he soportado durante mucho tiempo que mi pueblo sea ridiculizado por la tiranía de los enemigos, ya que se les han soltado las cuerdas para que aflijan a los hombres con diversas penas, como también en el Antiguo Testamento castigué a los rebeldes contra mí muchas veces. También he permitido que algunos espíritus aéreos aterricen a algunos hombres en estos mismos días con mucha tempestad, y así los he golpeado, y los he afligido con muchas plagas de penas y con mucha debilidad e enfermedad del cuerpo, porque no cesan de sus costumbres inquietas. También colocan la envidia y el odio en su seno, calculando las pérdidas de otros en sí mismos, y les quitan el manto de honestidad y utilidad, y les imponen toda maldad y

derramamiento de sangre. Pero también son juzgados muchas veces a través de la criatura que hice para la utilidad del hombre, de modo que son sofocados por el fuego y el agua, y el viento y el aire les quitan los frutos de la tierra, y el sol y la luna se les muestran de manera inconveniente, porque no cumplen sus cursos como fueron establecidos por Dios, sino que los exceden. Por lo tanto, también la tierra a veces se mueve, como un carro que se descompone por algún impulso. De esta manera, estos días completan su curso con las costumbres sórdidas de los hombres, derramando sangre, destruyendo toda constitución honesta de la Iglesia, y contaminando la justicia áurea con el cobre y el plomo de la iniquidad, y equilibrando toda voluntad de los hombres en la diversidad de la maldad. Sin embargo, antes del fin de estos días, es decir, de la debilidad femenina, la justicia, que el Hijo de Dios confió a sus discípulos enviándolos a toda la tierra con el anillo de desposorio, se levantará, y mostrará sus vestiduras, que había recibido de los apóstoles, contaminadas y rasgadas por la iniquidad de los pueblos.

Descripción mística de cómo los apóstoles adornaron la justicia, que recibieron del Señor para ser predicada por el mundo, y según la diversidad de sus costumbres naturales, y según la distribución de las gracias infundidas celestemente, con múltiples vestiduras de gloria; y sobre la excelencia de la doctrina del apóstol Pablo, y por qué fue elevado por la sublimidad de las revelaciones y deprimido por el peso de la debilidad.

IX. Pues Mateo, siendo manso en sus costumbres, y no teniendo un ingenio profundo, enseñó a los hombres de manera suave y gentil; y afirmando la doctrina de los apóstoles, la prefirió como maestra de su doctrina. Y así convirtió a muchos pueblos a Dios con la predicación, que destiló dulcemente como un panal de miel, porque debido a la suavidad de sus costumbres, los pueblos lamían su doctrina, como un niño succiona la leche; y por eso también el Espíritu Santo lo tocó, de modo que escribiera fielmente sobre la encarnación del Hijo de Dios. Él ciertamente preparó una camisa de seda de intención piadosa, es decir, una contrición bien ordenada y tan clara como la luz del día, y con ella vistió la justicia, donde no se desvió del martirio por la justicia. Pero Tomás tenía costumbres fuertes y valientes para el uso de los hombres, y no se convertía fácilmente a cualquier causa, ni consentía fácilmente en nada; sino que creía lo que veía, y lo que era invisible interiormente, solo lo captaba a través de la manifestación de signos. Pues de ahí es que los signos se conocen por las obras, porque las cosas corporales se ven corporalmente, y las espirituales se captan espiritualmente; y por la santidad de las obras se sabe que el hombre es espiritual. Así este convirtió a muchos pueblos a Dios, y vistió la justicia con una vestidura de seda verde y prolija sobre la camisa; que brilló como un rayo de sol, donde la adornó con la rectitud de la buena intención, y la hizo brillar en todo, convirtiendo los corazones de los incrédulos de los ídolos a Dios, y ofreciéndose a su rector en su martirio. Pero Pedro tejó una túnica de lino y púrpura, cuando manifestó la rectitud, la suavidad y la valentía, y con ella vistió la justicia con los órdenes eclesiásticos, donde también se sometió a muchas tribulaciones en cuerpo y alma. Matías, sin embargo, siendo manso y humilde, y teniendo costumbres de paloma, y huyendo de la diversidad de costumbres de los hombres, la envidia y el odio, fue un vaso del Espíritu Santo, que habita en aquellos que no permiten que sus mentes discurran por las calles y escudriñen diversas cosas; y ante los fieles e infieles hizo muchos signos y maravillas en humildad como si no supiera, y deseó el martirio como un banquete. Por lo tanto, preparó un trono real de justicia sobre el cual se sentó honrosamente, conteniendo cabezas de águilas y pies de león en sus cuatro columnas, porque voló en humildad por las cuatro partes del mundo, y no pudo ser vencido por ninguna injuria. Difundiendo también ampliamente su predicación, y soportando pacientemente muchas afrentas, llevó a cabo toda su obra virilmente hasta la perfección. Por lo tanto, los hombres lo escucharon con gusto, y lo amaron mucho, y hizo que la justicia se

sentara sobre el trono que había preparado por su humildad. Pues Dios eligió a los doce apóstoles en la vicisitud de diversas costumbres, como también había elegido a doce profetas, porque Dios es maravilloso.

Y luego encontró una chispa, y la encendió con su fuego, a saber, Pablo, en quien también hizo muchas maravillas, porque completa sus signos tanto en los feroces y valientes como en los mansos, para que el pueblo no los rechace diciendo que solo obra sus milagros en los buenos. Pues el Espíritu Santo adornó toda la doctrina de los apóstoles a través de Pablo, quien llevó la montaña de una mente alta, y fue feroz como un leopardo, rechinando sobre todo lo que quería superar, porque pensaba que podía realizar todo lo que deseaba; y el Espíritu Santo encontró en él la chispa de la fidelidad, porque no perseguía por envidia y odio, sino por amor a la ley antigua. Y Dios había creado las bestias antes que al hombre, y había hecho al hombre a su imagen y semejanza después de las bestias. También dio primero la ley antigua según las bestias, que luego convirtió en entendimiento espiritual a través de la humanidad de su Hijo, según el ejercicio de la alabanza de los ángeles. Pues así como primero formó al hombre, y luego sopló en él el aliento de vida, así también precedió la ley antigua, que luego cambió en mejor con la nueva ley. Así también, encontrando a Pablo en un gran celo, lo derribó en la ley antigua, y a través de esto le mostró que llevaría el nombre de su Hijo en la nueva ley. Elevando también su espíritu a la altura, le mostró las maravillas con las que luchó contra él; pero sin embargo, su alma permaneció oculta dentro de él, de modo que apenas sentía que vivía, como el alma que permanece en el cuerpo emite sus pensamientos. Pues si Dios le hubiera manifestado sus milagros suavemente, debido a la ferocidad de su ánimo habría regresado a su antiguo celo. Por lo tanto, Dios lo constriñó mucho, y empapó todo su cuerpo con trabajo. La debilidad de él era en dos modos, de modo que todas las venas de su cuerpo estaban empapadas de languidez, y los dardos ígneos del diablo lo fatigaban con cierta dulzura de la carne. Pero porque había visto las maravillas de Dios en el espíritu, por eso también tenía una fuerza muy grande en su espíritu, y porque había contemplado muchos arcanos y misterios ocultos más allá de lo que es lícito hablar al hombre, por eso también sus palabras y predicación fueron como clavos fijados en lo alto, que sostienen la casa, porque también el Hijo de Dios, a quien María Virgen engendró, eligió a este de la tribu de Benjamín. Por lo tanto, trabajó más predicando que todos los demás que estaban con él corporalmente. También la mujer se adorna para el honor y la gloria de su esposo, y para parecerle tanto más hermosa. Y por esto el hombre debe conocer cómo adornar su alma ante el rey supremo, porque cuando el hombre tiene caridad, se viste con una vestidura áurea; y cuando ama la castidad, adorna su rostro con preciosas perlas, y cuando recoge la abstinencia de alimentos, se viste de púrpura y lino. Por lo tanto, también el hombre que quiere abstenerse de pecados, debe evitar las carnes, que sin embargo se deben comer para la restauración de la salud, porque las carnes a menudo arrastran la carne del hombre al pecado. Sin embargo, Pablo no tuvo el precepto de la virginidad en la ley, por lo que no la impuso a los hombres, sino que dio un consejo, porque el precepto tiene temor, pero el consejo tiene amor; y por eso el precepto del temor que se oye exteriormente, muchas veces se transgrede; pero el consejo del amor, que todas las venas del hombre perciben en deseo, se mantiene firmemente. Pero porque al principio el consejo fue perturbado por la serpiente, desde el antiguo consejo Dios se hizo hombre, en quien la caridad ardía tanto que iluminó todo el mundo. Y por eso también Pablo dio un consejo sobre la virginidad desde un consejo oculto, y no un mandato, que nadie debe establecer por mandato, porque Dios la llevó a la perfección en sí mismo. Por lo tanto, la castidad, no teniendo un precepto legal de servicio o temor, es libre en Dios sin ningún temor.

Por lo tanto, la rueda del carro de la justicia es Pablo, porque así como la rueda lleva el carro, y el carro lleva todo el peso; así la doctrina de Pablo lleva la ley de Cristo, porque la nueva ley está tejida de la ley antigua, en la cual Moisés concluyó la circuncisión y las ofrendas, que el Espíritu Santo renovó en nueva santidad, y que Pablo con nuevo fuego en la cadenilla suscrita del collar de la justicia unió. Pues santificó todas las obras en recta honestidad, de modo que el matrimonio se hiciera en el temor de Dios, y los que vivieran rectamente fueran continentes; y para que el hombre no se afligiera más por la abstinencia de lo que pudiera soportar por la gracia de Dios; y para que la virginidad se adornara con la corona del rey supremo, porque fue tomada de Dios, ya que así como Dios formó al primer hombre sin ningún jugo de carne, así también tomó su vestidura sin ningún sudor de pecado de la virginidad. En estos tres modos, a saber, matrimonio, continencia y virginidad, Pablo reunió todas las virtudes y toda la vida de los santos, y adornó la doctrina de los apóstoles con un color elegante. También él hacía los zapatos de la justicia de seda púrpura, cuando dejaba el mundo en todo, y cuando más que todos sus condiscípulos trabajaba recorriendo los caminos de las iglesias; y los adornó con oro purísimo como estrellas brillantes, cuando propuso ejemplos brillantes en santidad a todos los creyentes a través de buenas obras, donde también se apresuró a dar su cuerpo a la pasión.

Santiago, sin embargo, que fue llamado hermano del Señor, teniendo costumbres suaves, fue manso, y ofreció su doctrina solo a Dios interiormente, y no buscó la vana gloria, sino que corriendo en gran estudio por los caminos rectos, purgó las calles lodosas de la infidelidad. También convirtió al pueblo a la verdadera fe, y dictó dulcemente cómo enseñaría que el Hijo de Dios nació de la Virgen, lo que también mostrando con dulces palabras, afirmó con obras santas y muchos signos. Por lo tanto, preparó en el oído de la justicia una suave audición de sus palabras. Pues el oído izquierdo fue de jacinto, y tuvo el color de una nube pura, significando que el Hijo de Dios, sin pecado, vivió en el mundo borrando y lavando los pecados de los hombres; pero el derecho fue de jacinto rubicundo, demostrando la pasión del mismo Hijo de Dios, por quien el diablo fue vencido. Por lo tanto, él también se sometió al martirio.

Simón, sin embargo, fue sabio y valiente, y predicó los amargos tormentos de los innumerables pecados de los infieles, e hizo grandes signos en firme fe. Por lo tanto, los hombres lo escucharon con gusto, y preparó un camino torrencial hacia la fe, porque les propuso el temor de la muerte. De esta manera, fabricó un collar de justicia de esmeralda y piedras rojas, y de bayas y perlas, cuando por la fortaleza de las costumbres valientes hizo un collar, al que puso esmeralda por la verdor de la predicación, y piedras rojas con las demás bayas y perlas por el temor de las penas, y no temió el tormento del martirio, sino que lo soportó pacientemente. A quien Pablo socorrió, y aunque había hecho los zapatos de la justicia, suspendió al mismo collar una cadenilla elegantísima hecha de oro purísimo y adornada firmemente con doce piedras y perlas preciosísimas sin defecto. Que descendiendo hasta los pies de la misma justicia, en su fin tenía formadas dos cabezas, a saber, a su parte derecha de sardio rubicundo como la cabeza de un capricornio, y a la izquierda como de oro casi la cabeza de un leopardo, de modo que también la cabeza del capricornio parece resistir a la cabeza del leopardo. Pues unió su doctrina al munimiento de la doctrina de los demás apóstoles, y la adornó irreprochablemente con buenas obras, y tanto con doctrinas apostólicas como con otras virtudes, de modo que perdurando hasta el fin de la rectitud no desfallezca, hasta que el mundo termine. Donde también cerca de ese mismo fin, como en dos cabezas, aparecerán dos potestades, una a saber, para la salvación en laboriosa constricción ascendiendo hacia arriba por Enoc y Elías; y otra para la perdición en disimulación de gloriosos milagros y virtudes apresurándose con furia por el Anticristo, mostrando así

también que aquellos que tienden hacia lo celestial, oprimen a aquellos que se apresuran hacia la seducción diabólica. Santiago, sin embargo, hermano de Juan, tejió un velo femenino de seda blanca y oro bordado predicando la encarnación y pasión del Hijo de Dios, mientras destruía ídolos por muchos milagros, con lo que adornó la cabeza de la justicia, de modo que toda la Iglesia diera alabanza a Dios, donde también él inclinó su cabeza al martirio.

Juan, en verdad, a través de los milagros que Dios le mostró, hizo un cinturón de seda verde, produciendo castidad con una intención verde y suave, al cual insertó doce piedras de virtudes proféticas con muchas perlas de buena voluntad. En cuyo borde colocó un color verde similar a la rama de la que suda el bálsamo, porque unió la verdor de la perseverancia de la castidad y el aroma de las virtudes, y con ello ciñó la justicia, cuando a través de las oraciones del pueblo proclamó «en el principio era el Verbo». Pero Felipe, siendo manso y apareciendo humilde en su doctrina, atrajo a mucha gente hacia él. Por lo cual también de esta manera fabricó brazaletes de oro, en los cuales colocó esmeraldas y jacintos rubicundos, así como perlas muy nobles, de tal manera que incluso el oro apenas podía verse por la multitud de estas piedras, ya que en su doctrina y en sus obras, demostrando la verdor, el esfuerzo y la inocencia de las virtudes, ocultó su buena voluntad tanto como pudo, y ciñó estos brazaletes a los brazos de la justicia, completando sus buenas obras con su martirio. Bartolomé, sin embargo, en su gran dedicación a la predicación, ni pudo fatigarse ni quiso cesar de ello. Por lo tanto, hizo un electrum de oro y de otro material bellísimo, con una elevada talla y mezclado con piedras preciosas, que extendió desde los mencionados brazaletes hasta los codos de los brazos de la justicia, y también desde esos mismos brazaletes hasta los mencionados codos, dividiéndolo en tres lugares; y unió esas mismas divisiones con algunas cadenillas delgadas y doradas. Pues él, con la buena voluntad que tenía en la fe, elevó las palabras de su predicación con los secretos ocultos de los misterios de Dios y con las virtudes elegidas, y las extendió hasta la santa operación, distinguiendo correctamente en un solo Dios tres personas, afirmando fiel y decentemente la verdadera Trinidad invisiblemente e inefablemente unida a sí misma; así también atrayendo las mentes de los hombres hacia él, sometiendo todo su cuerpo a la pasión, y rodeando los brazos de la justicia con un adorno maravilloso. Andrés también, haciendo un anillo de oro purísimo, le insertó un excelente topacio; y manifestó que el Hijo de Dios es el esposo de la justicia, cuando adornó la fe sincera con la belleza de las virtudes en la iglesia; y colocó este anillo en el dedo de la justicia, cuando permitió que lo suspendieran en la cruz. Pero también Tadeo fue prudente y sutil, y se esforzó por investigar las costumbres de los hombres, y por eso también convirtió a muchos a la utilidad de la fe, porque no podían superarlo, y venciendo el engaño de la serpiente, mostró muchos milagros ante el pueblo a través de obras santas. También hizo un manto de seda rubicunda, y se esforzó por adornarlo cuidadosamente; y rodeó el ornamento de la justicia, porque compuso las obras de caridad en el resplandor de las demás virtudes, y las condujo a la verdadera belleza, y cubrió la justicia con ellas, donde también se sometió a la pasión corporal. Pedro, sin embargo, viéndola así vestida, y aunque la había vestido con una túnica, fabricó una corona de oro óptimo, que también decoró con piedras preciosísimas y gemas, y la colocó en la cabeza de la justicia, porque al predicar la gloria del Hijo de Dios infaliblemente e intrépidamente, y demostrarla adornada con todas las virtudes y misterios ocultos, adornó la justicia con la corona de santidad y honor; y colgando en la cruz, la dio decentemente sobre su cabeza con su martirio. De tal manera la justicia estaba vestida por los apóstoles.

Breve repetición de lo anterior; cómo en estos días, al no tener fortaleza viril, todas las instituciones eclesiásticas caen en decadencia, y el testimonio del Salmista donde dice: «Justo eres, Señor», y para qué está puesto y cómo debe entenderse.

X. Pero ella, teniendo el rostro resplandeciente como el brillo del sol, porque siempre es espléndida e inmutable ante Dios, invoca con fuerte clamor al juez supremo, y muestra que sus vestiduras han sido contaminadas por hombres malvados, como se ha dicho antes. Pues estos días de debilidad femenina no tienen fortaleza viril, de tal manera que todas las instituciones eclesiásticas, ya sean seculares o espirituales, descienden en decadencia, y ahora se mantienen de manera diferente a como los apóstoles o los demás antiguos Padres las establecieron, por lo cual la Iglesia al principio brillaba como el sol, y la justicia estaba coronada, así como el rey es nombrado por la dominación del reino, y es honrado por la diadema y sus vestiduras reales. Porque la justicia de Dios está coronada y adornada por las disposiciones eclesiásticas y por todo lo que a ellas concierne; y es la materia de todas las justificaciones legales, que han sido establecidas por el Dios omnipotente y encendidas por el fuego del Espíritu Santo, así como una casa es elevada por sus habitantes. Por lo cual está escrito: «Justo eres, Señor, y recto es tu juicio (Salmo CXVIII).» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de esta manera: Justo eres en todos tus juicios, oh Señor, que dominas sobre todos; porque tú eres esa justicia que nunca es oscurecida por ninguna iniquidad: sino que muestra su obra, como un estandarte que precede al líder. La obra de la justicia es el cielo y la tierra con el resto de la creación, y la justicia es Dios, que muestra la verdad, con los buenos rumores de las obras santas, que están fijadas a esa misma justicia, como ramas a un árbol. Por lo tanto, el juicio de Dios es recto en equidad, porque no tiene ninguna oscuridad de falsedad; porque eso lo pisa como el lodo más inmundo, que apesta en la putrefacción. Así, la justicia de Dios clama sobre los montes, y su voz sana hacia el cielo, y se lamenta de que el monte de santidad que primero fue hecho en la iglesia, ahora yace destruido en el monte de santidad. Pues yo, la justicia de Dios, digo con voz lamentable:

Queja o clamor de la justicia a Dios juez contra los malvados e impíos, y contaminados con diversos crímenes, que repudiando las instituciones de los antiguos Padres, la despojan de los ornamentos de su gloria

XI. Mi corona ha sido oscurecida por el cisma de las mentes errantes, porque cada uno establece la ley según su propia voluntad, y quienes deberían tener un maestro y soportar su vara, quieren ser maestros, y gobernándose a sí mismos con una constitución petulante, y diciendo útil lo que eligen; y así, siendo infieles, porque confían en sí mismos, no obtienen la salvación de la vida ni de sí mismos ni de otros de esta manera, que nadie puede dar excepto Dios. Pues por todas estas cosas mi corona ha sido oscurecida, porque los que hacen esto no me miran en la claridad de la que procedí de Dios. También mi túnica ha sido salpicada con el polvo de la tierra, que aquellos contaminan, que con santa y buena conversación, dejando el mundo, se visten con la túnica del Hijo de Dios, porque se mezclan con prostitutas, como se reconoce que está escrito sobre el hijo menor en el evangelio. Pues están yugados al yugo de Cristo por la imitación de la circuncisión y la constitución legal de los sacerdotes; pero al transgredir se convierten en fornicadores, y no claman con el hijo menor, que regresó a su padre diciendo: «Padre, he pecado contra el cielo y ante ti (Lucas XV),» y tienen el mal del adulterio como si estuviera establecido en su costumbre. Por lo tanto, manchan mi túnica con el polvo de los pecados, y no sacuden ese mismo polvo de ella a través de la penitencia, sino que se complacen como gusanos en la putrefacción de los pecados. Por lo tanto, son ciegos, sordos y mudos, no clamando mi oficio, ni juzgando mi juicio; sino que devoran la avaricia, y no sanan las heridas, porque están llenos de heridas, y son sordos a la Escritura que les habla, ni la escuchan, ni la enseñan a otros. Y de esta manera hay tedio en todos los órdenes constituidos de la iglesia, y ella misma camina como sin bastón, porque todas sus constituciones ya casi han fallado. Pues cuando el sol está oscurecido por una nube, no hay alegría de júbilo en las criaturas, ni tampoco en los pueblos, cuando están sin rey. Porque las

constituciones de los órdenes eclesiásticos están oscurecidas, porque quieren ser nombradas solo sin obra, y por eso tampoco hay verdadera alegría en ellas, como tampoco en la fe que está sin obras. En verdad, esto no perdurará ni permanecerá, porque el juicio de Dios amenaza a aquellos que cumplen todas sus voluntades en su propiedad como si estuvieran sin Dios. Pues yo, que me levanté en el antiguo consejo para el juicio de Dios, clamo haciendo una queja sobre aquellos que me han despojado de mi manto, y que me han despojado de todos mis ornamentos; y llamo a sus jueces contra ellos en mi ayuda, en la misma vocación en la que el creador de todos llamó a la mujer, cuando la tomó del hombre, para que le hiciera una ayuda semejante a él. Así como la mujer está sujeta al hombre, y como produce hijos, así también los hombres deberían escuchar los preceptos de Dios a través de mí, y obedecerles. Y porque no lo hacen, sino que me descuidan; por eso, cada vez que soy golpeada por ellos, tantas veces el juicio de Dios los rodea, como sucedió en el tiempo antiguo por el diluvio; y como en la ley antigua, y en la nueva ley muchas veces ha sucedido, como también sucede aún con frecuencia. Pues yo soy llamada Justicia, y la Iglesia ha nacido de mí por la regeneración del espíritu y del agua, y somos uno, así como también Dios y hombre son uno. Por lo tanto, clamaré a los jueces más feroces, que me vengarán de las mordeduras furiosas de aquellos que me persiguen, como lobos a los corderos. Ellos también, siendo pecadores, no se banquetearán con el becerro cebado, sino que son semejantes a los samaritanos, que querían estar en dos leyes. Por lo tanto, también se convertirán en burla del profeta Elías, quien decía casi burlándose a aquellos que adoraban a Baal, que clamaran con voz más fuerte. Pues si Baal fuera Dios, tal vez estaría hablando, o estaría en una posada, o en el camino, o ciertamente estaría durmiendo para que lo despertaran. Y por eso también son engañados, porque la gracia de Dios está lejos de ellos, porque no guardan los preceptos que reciben, sino que los arrojan hacia atrás diciendo: «Cuando queramos observaremos los preceptos de nuestro Dios, porque le agrada un poco de tiempo en la corrección.»

Porque Dios, considerando estas pérdidas de la justicia en la luz inextinguible de su claridad, aunque disimula los pecados de los hombres por la penitencia, no los olvida, y sus palabras sobre esto mismo.

XII. Y este tiempo incongruente de pérdida de toda equidad, aquel hombre que existe como un fuerte luchador contra las huestes diabólicas y contra toda maldad, lo ve en la luz inextinguible de su claridad, y no lo olvida, aunque disimula los pecados de los hombres, para que hagan penitencia, y dice: «Este tiempo que se desvía del bien y cae en el mal, lo sé en mis juicios ocultos; porque las iniquidades de los hombres que discurren a través de los diversos cursos de los tiempos que se suceden, no las descuido tan transitoriamente, sin examinarlas con los azotes de la corrección justa. Pero el número áureo, es decir, aquellos mártires que en el rubor de su sangre, brillando como oro, fueron asesinados en la primitiva Iglesia por la verdadera fe, aún no está lleno, porque esperan a aquellos mártires que en el último tiempo, por la confusión del error perdido, entregarán sus cuerpos a la pasión del martirio, como mi amado Juan testifica diciendo:

Testimonio del Apocalipsis de Juan el apóstol adecuado para esto, y en qué sentido debe ser entendido.

XIII. «Y se les dijo que descansaran un poco más de tiempo, hasta que se completaran sus consiervos y sus hermanos, que han de ser muertos como ellos (Apoc. VII).» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de esta manera. Por inspiración divina se les mostró a aquellos que se habían sometido a la muerte temporal por amor a Dios, que sus cuerpos descansaran en el polvo de la disolución un poco más de tiempo, es decir, hasta la predestinación aquella, hasta que se completen en toda perfección aquellos que serán siervos

de Dios, es decir, que servirán a Dios en toda verdad, como también ellos y sus hermanos, porque también en sus cuerpos serán pasibles como ellos, así también para que por el Hijo de Dios, siendo afligidos por muchas tribulaciones, sufran la muerte corporal. Pues la voz sangrienta de los mártires, que no sabían ni sus pecados ni por qué eran asesinados, asciende a Dios; pero el esplendor de la divinidad les resplandece, de tal manera que en ese mismo esplendor de la divinidad prevén una multitud innumerable futura. Pues se les da la claridad de la vida eterna, en la cual conocen la respuesta que se les muestra; y su clamor no está oscurecido por las obras sórdidas de los pecados, porque fueron inocentes, y porque su sangre fue derramada por la Encarnación del Hijo de Dios, donde también testificaron que el Cordero derramaría su sangre. Y se les llama consiervos a aquellos que son asesinados por la fe y la justicia; y hermanos, a aquellos que en el último tiempo serán consumidos por el Anticristo, como los infantes fueron consumidos por Herodes, quien negó al Hijo de Dios, así como también el Anticristo lo negará. Pues la voz de la sangre derramada del hombre asciende a través de su alma clamando y lamentándose, porque ha sido expulsada del sello del cuerpo en el que Dios la había puesto: y luego la misma alma recibe la recompensa de sus obras, ya sea en gloria o en penas. La primera voz de la sangre comenzó a clamar a Dios en Abel, porque Caín precipitadamente y con arrogancia había destruido la construcción de la obra de Dios. Por lo tanto, el Hijo de Dios dice nuevamente:

Otra queja del Hijo al Padre por la tribulación que sufre en su cuerpo por aquellos que por malicia le patean, y por los pequeños que al abrazar la vanidad se desvían del bien; y que los ángeles, aunque resplandecen con inmensa claridad, sin embargo, miran las obras de los santos hombres como un espejo de alabanza aprobándolas.

XIV. Tú, por lo tanto, el espejo paterno, que es la claridad de la divinidad, en la cual resplandece el ejército de los ángeles, como las formas que se muestran en un espejo, porque ese mismo espejo siempre resplandece para los ángeles, mira y muestra cuántas injurias sufro de aquellos que me descuidan. En mi cuerpo, es decir, en mis miembros que por malicia me patean, cuando deberían adherirse a mí en rectitud, soporto la fatiga de la perversidad, porque no encuentro donde pueda descansar en ellos a través de la verdor de las buenas obras. También mis pequeños, que deberían caminar en humildad y rechazar toda pompa del mundo, fallan en lo que no es nada, porque abrazan la vanidad de la soberbia, creyéndose santos, llevando sus obras en las alabanzas de la gloria humana. Y porque en esta alabanza transitoria fallan de la alabanza celestial, no atienden a la alabanza de los ángeles, porque los ángeles alaban frecuentemente la santa divinidad, encontrando siempre una nueva alabanza en Dios, porque no pueden llevarlo a su fin. Pues él es la luz clarísima, que de ninguna manera se extinguirá, de tal manera que la multitud angélica resplandece por él, porque el ángel sin obra carnal es alabanza; pero el hombre con obra carnal es alabanza, y sus obras son alabadas por los ángeles. Pues en las alabanzas con las que alaban a Dios, también aprueban las santas obras de los hombres, y las miran como un espejo de alabanza, porque Dios compuso maravillosamente al hombre de alma y cuerpo, y no carece de la claridad de los ángeles, ya que está en su sociedad, porque Dios también ordenó que la divinidad y la humanidad sean gloriosamente alabadas en un solo Dios. De aquí, sin embargo, el diablo es burlado, quien siendo ángel quiso ser Dios; pero Dios casi lo engañó, cuando creó al hombre del limo de la tierra, que es alma y cuerpo en uno, ni el alma sin el cuerpo, ni el cuerpo sin el alma es hombre; y el alma con el cuerpo, y el cuerpo con el alma opera. Pues el cuerpo es una clausura, en la cual el alma está encerrada, y muchas veces constriñe al alma, de tal manera que ella cede al cuerpo, ni puede cohibirlo, para que no haga su obra que busca, porque está ocupada con él, y el gusto de la carne le desagrade, que sin embargo se realiza a menudo contra su voluntad a través de las venas, en las cuales ella opera. Pero cuando el hombre

desea una vida ajena, que es contra la concupiscencia de la carne, el alma rápidamente la alcanza y la realiza, porque la saborea con todo deseo en sí misma.

Que la justicia y la honestidad de las costumbres y la dignidad de las virtudes, desde los días del diluvio hasta la venida del Señor, fueron fortalecidas por los profetas, y luego resplandecieron por largo tiempo en la Iglesia a través de los apóstoles y doctores, pero ahora depravadas después de estos días que languidecen por la injusticia, serán reformadas nuevamente en los hombres antes del fin después de muchas tribulaciones.

XV. Estos días que languidecen en la injusticia, como se ha mencionado antes, son representados en el libro Scivias por un perro de fuego, pero no ardiente, seguidos por otros más fuertes en fortaleza, en los cuales algunos hombres, al observar la rectitud y abandonar la ligereza mencionada, se convertirán a la justicia. La justicia, desde la Encarnación del Hijo de Dios, ha ascendido a las alturas de la santidad a través de muchos períodos de días, como por ciertas escaleras en la fe católica, y ha brillado como oro purísimo de buenas obras, resplandeciendo en la misma fe, sin mancharse con la indignidad de malas obras, permaneciendo invencible. En esos días, digo, después de haber transcurrido una gran longitud de tiempo hasta los días de la ligereza femenina mencionada, comenzó a inclinarse en la misma fe a través de ciertas indignaciones de descenso, y a ser oscurecida por algunas tinieblas de injusticia. Pues la justicia y la honestidad de las costumbres, y otras dignidades de las virtudes, crecieron gradualmente en los hombres desde los días del diluvio y ascendieron gradualmente a sus cimas hasta los días de los profetas, quienes las fortalecieron de tal manera que dieron un gran esplendor hasta el Hijo de Dios. Y luego, en los apóstoles y otros doctores, perduraron en la misma dignidad y esplendor a lo largo de muchos días hasta casi el surgimiento del mencionado juez secular, más adorador de la lujuria que del temor de Dios, antes de cuyo inicio comenzaron a disminuir gradualmente y a inclinarse hacia lo peor, así como también desde el diluvio hasta los profetas ascendieron gradualmente. Desde los días de ese juez, surgieron la raíz de la iniquidad y el olvido de la justicia y la honestidad, que se extendieron y propagaron como en una debilidad femenina hasta otro gobernante portador de un nombre espiritual, que tenía la prudencia y la malicia de la serpiente, a quien el juicio de Dios mató. En cuyos días, la iniquidad mencionada y las costumbres superfluas de los vicios de los hombres comenzaron a calentarse, hervir y expulsar espuma a través del examen divino para la purificación. Por lo tanto, ahora se cultivan tan agudamente y con amargura, y se purgan de sus espumas, que los hombres se conmueven con gran dolor y tristeza en estos peligros. Pero los días de dolor y tristeza aún no han llegado.

Porque el juez supremo, observando por el momento la queja de la justicia, traerá su venganza sobre los transgresores de la equidad, y especialmente sobre los prelados inicuos de la Iglesia, a través de muchos juicios de inconvenientes, hasta que, purificados por el debido examen, se arrepientan por la penitencia, y así cada orden, restaurado en la rectitud, regrese al honor de su dignidad.

XVI. Porque después de que la justicia haya dirigido su queja al juez supremo, como se ha dicho antes, él, recibiendo las voces de su queja, permitirá que su venganza, a través de su justo juicio, se desate sobre los transgresores de la rectitud y que la tiranía de sus enemigos prevalezca sobre ellos, diciendo entre sí: «¿Hasta cuándo soportaremos y toleraremos a estos lobos rapaces, que deberían ser médicos y no lo son?» Pero como tienen el poder de hablar, atar y desatar, por eso nos capturan como bestias feroces. Sus crímenes también caen sobre nosotros, y toda la Iglesia se marchita por ellos, porque no claman lo que es justo, y destruyen la ley, como los lobos devoran a los corderos, y son voraces en la embriaguez, y cometen

muchos adulterios, y por tales pecados nos juzgan sin misericordia. También son saqueadores de iglesias, y por avaricia devoran todo lo que pueden, y con sus oficios nos hacen pobres y necesitados, y se contaminan a sí mismos y a nosotros. Por lo tanto, juzguemos y dividamos justamente, porque son más seductores que doctores, y hagamos esto también para no perecer, porque si perseveran así, perturbarán toda la región sometiéndola a sí mismos. Ahora bien, digámosles que cumplan con su hábito y oficio según la religión justa, como lo establecieron los antiguos Padres, o que se aparten de nosotros y dejen lo que tienen. Estas y otras cosas similares, incitados por el juicio divino, les propondrán agudamente, y arremetiendo contra ellos dirán: «No queremos que estos reinen sobre nosotros, con propiedades, tierras y otras cosas mundanas, sobre las cuales hemos sido constituidos príncipes.» ¿Y cómo es adecuado que, tonsurados con sus estolas y casullas, tengan más soldados y armas que nosotros? Pero, ¿es conveniente que un clérigo sea soldado y un soldado clérigo? Por lo tanto, quitemos de ellos lo que no poseen recta sino injustamente. Consideremos diligentemente qué ha sido ofrecido con gran discreción por las almas de los difuntos, y dejémosles eso, porque eso no es robo. Porque el Padre omnipotente dividió correctamente todas las cosas, a saber, el cielo para los celestiales, y la tierra para los terrenales; y de esta manera haya una justa división entre los hijos de los hombres, a saber, que los hombres espirituales tengan lo que les corresponde, y los seculares lo que les conviene, de modo que ninguna de estas partes oprima a la otra por robo. Dios ciertamente no ordenó que la túnica y el manto se dieran a un hijo y el otro quedara desnudo, sino que ordenó que a este se le diera el manto, y a aquel la túnica. Por lo tanto, que los seculares tengan el manto por la amplitud del cuidado secular, y por sus hijos que siempre crecen y se multiplican; y que la túnica sea concedida al pueblo espiritual, para que no carezcan de sustento o vestido, y no posean más de lo necesario. Por lo tanto, juzgamos y elegimos que todas las cosas mencionadas se dividan correctamente; y dondequiera que se encuentre el manto con la túnica en los espirituales, allí se quite el manto y se dé a los necesitados, para que no se consuman por la indigencia. Y así, finalmente, a través de esta sentencia judicial, intentarán cumplir todas estas cosas según sus voluntades. Pero las dignidades pontificales, y todos los que viven bajo ellas en hábito espiritual, resistirán mucho con la clausura del cielo. Pero cuando finalmente perciban que no pudieron resistirles ni con el poder de atar y desatar, ni con la confirmación de sus ofrendas, ni con el estruendo de las armas, ni con halagos, ni con amenazas, aterrados por el juicio divino, depondrán la vana y orgullosa confianza que siempre habían tenido en sí mismos, y volviendo en sí, se humillarán ante ellos, y clamando con lamento dirán: «Porque hemos rechazado al Dios omnipotente en el orden de nuestro oficio, por eso esta confusión ha sido inducida sobre nosotros, a saber, que seamos oprimidos y humillados por aquellos a quienes debíamos oprimir y humillar.» Porque Dios ha quitado de nosotros la cuerda de la sujeción de aquellos sobre quienes fuimos constituidos príncipes, y de aquellos que nos eran sometidos por disciplina, y nos permite que ellos nos dominen. Por lo tanto, consideremos que sufrimos los justos juicios de Dios, porque quisimos subyugar los reinos del mundo a nosotros, como también debíamos estar bajo el yugo de Dios, y porque cumplimos el deseo de cada concupiscencia carnal, para que nadie se atreviera a reprendernos por ello. Porque Dios ordenó al pueblo judío que ofreciera sacrificios de animales a su Creador; pero ellos, despreciando sus mandatos, se entregaron a todos los sentidos carnales. Por lo tanto, también fueron inducidos sobre ellos pueblos extranjeros: a nosotros, sin embargo, nos ordenó ofrecer un sacrificio vivo y espiritual, pero no temimos tratarlo con manos impuras, y cuando nos coronó con el diadema de su cetro, nos exaltamos sobre todo, y cumplimos las concupiscencias de nuestra carne de todas las maneras; y por eso nuestros enemigos prevalecen sobre nosotros, como los enemigos de los transgresores anteriores dominaron sobre ellos. Y entonces tanto los mayores como los menores de ambos pueblos ordenarán al clero de tal manera, y dispondrán lo que les es necesario de este modo,

para que no tengan falta ni en sustento ni en vestido; y de ahí en adelante no sufran tales oprobios de los seculares. Estas cosas comenzarán tanto en el pueblo espiritual como en el secular como en la primera hora del día, y luego se llevarán a cabo en plenitud como en la tercera, y finalmente se completarán por completo como en la sexta, y todos los grados de los hombres serán considerados como después de la sexta, y se dispondrán de otra manera que como son ahora, de modo que cada orden permanezca en su rectitud, y también los libres regresen al honor de su libertad, y los siervos a la debida servidumbre de su sujeción.

Que con la venganza de Dios apaciguada por la corrección de los transgresores, la ordenación de la justicia y la tranquilidad de la paz resplandezcan antes del fin del mundo como antes del primer advenimiento del Señor, con una parte de los judíos también convertida y gozosa, confesando que ha venido aquel a quien ahora niegan.

XVII. Sin embargo, entre todas estas cosas, como muestra el león en el libro Scivias, surgirán muchas veces guerras duras y crueles, desechado el temor de Dios, y muchos hombres caerán en la matanza, y muchas ciudades caerán por la destrucción. Porque así como un hombre vence con su fortaleza la debilidad femenina, y como el león supera a las demás bestias, así también la crueldad de algunos hombres consumirá la paz de otros en esos días por el juicio divino, porque Dios concederá entonces la crueldad de los castigos para la purificación de las iniquidades a sus enemigos, como siempre lo ha hecho desde el principio del mundo. Y cuando los hombres hayan sido purificados por las aflicciones mencionadas, caerán en el tedio de las guerras mencionadas, y abrazarán la justicia en todas las constituciones eclesiásticas que son agradables a Dios por el temor de Dios, y añadirán muchos bienes a ello, y esto lo harán tanto en los días de paz como de guerra y de cualquier trabajo. Y entonces la justicia será llamada correctamente esposa, que será llevada al lecho del verdadero rey, habiendo sido dejada como concubina, cuyo empeño fue que a veces guardara ciertos preceptos legales por simulación, y a veces se uniera a la costumbre de la mala compañía, por lo que el rey la rechazará, porque esos días eran como una concubina, con hombres observando en algunas constituciones los mandatos eclesiásticos; pero en otras, abandonándolos por completo. Porque el Dios omnipotente, que es el verdadero Salomón, adornará a su esposa, a saber, la justicia, con todos los ornamentos, es decir, con todos los órdenes eclesiásticos, de tal manera que sus ornamentos aparezcan claramente, que la concubina había oscurecido de tal manera en ella que a veces no podían ser vistos. Por lo tanto, esos días mostrarán la destrucción de los días inútiles, y la consolación anulará la desolación, así como la nueva ley cambió la ley antigua, y como el tiempo de curación llevó el tiempo de caída a lo mejor, porque si los males mencionados en la ligereza y en el escándalo de su costumbre permanecieran inamovibles, la verdad se oscurecería de tal manera que las torres de la Jerusalén celestial se moverían, y toda la institución eclesiástica se contaminaría como si los hombres estuvieran sin el verdadero Dios. Porque los transgresores de la justicia estarán entonces en tal oprobio, como una mujer que, dejando el justo matrimonio, comete adulterio, porque al transgredir los preceptos eclesiásticos habían cometido adulterio, y por eso también sufrirán aflicción y desprecio, como una mujer que, dejada por su marido, carece de su consuelo. Pero también vendrán entonces ordenaciones de justicia y paz tan nuevas e inéditas, que los hombres se admirarán de ellas diciendo que tales cosas no las habían oído ni conocido antes; y porque la paz les ha sido dada antes del día del juicio, como también la paz precedió el primer advenimiento del Hijo de Dios, no pudiendo gozar plenamente por el temor del juicio venidero, pero buscando toda justicia en la fe católica del Dios omnipotente, con los judíos también gozosos, y diciendo que ya ha venido aquel a quien ahora niegan. Porque aquella paz que precedió el advenimiento de la Encarnación del Hijo de Dios se completará plenamente en esos días, porque surgirán

entonces hombres fuertes en gran profecía, de tal manera que también toda la semilla de la justicia florecerá en los hijos e hijas de los hombres, como ha sido predicho por mi siervo el profeta en mi voluntad: «En aquel día el renuevo del Señor será en magnificencia y gloria, y el fruto de la tierra será sublime, y la exultación para aquellos que hayan sido salvados de Israel (Isa. IV).» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de esta manera:

Las palabras del profeta Isaías testificando el primer advenimiento del Señor, que se cumplirán en el mundo principalmente por la iluminación de los judíos, que cegados por el escándalo de Cristo en su pasión se habían marchitado de la verdor de la fe y las buenas obras.

XVIII. En ese día, cuando los ángeles cantaban la paz dada a los hombres, mi Hijo nació de una virgen, magnificado por los mismos ángeles, glorificado también por los pastores que lo buscaban con piadosa devoción, y el fruto de la tierra a la que se le había devuelto la paz, y a la que el aire administraba suavidad, sobreabundante, y el gozo para aquellos que habían sido liberados de la tribulación pasada de los males en los hijos de Jacob, porque antes eran afligidos por muchas tribulaciones con justo juicio. Pero también cuando la luz de la verdadera fe ilumine los corazones de los fieles, mi Hijo será magnificado en ellos, porque creerán que salió de mí, y lo glorificarán, confesando que ha regresado a mí en gloria. Por lo tanto, también el fruto de las buenas obras será exaltado en ellos. La exultación también aumentará en ellos, cuando, rescatados del poder diabólico y liberados de las penas del infierno, sean contados entre los hijos de Dios. Pero la floridez de la viña de Sabaoth, que procedió de la flor de la vara de Aarón, que no se calentó por la espuma de la serpiente cuando mi Hijo sufrió en la cruz, se marchitó, porque los ojos de los judíos fueron gravados en la sombra de la muerte, donde, al escuchar las palabras de la profecía, las rechazaron con la verdadera flor, que toda la tierra conoció cuando expiró en la cruz. Y por eso también se mataron a sí mismos, y así tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento se marchitaron, porque el Antiguo Testamento es como el invierno, que oculta toda verdor en sí mismo; el Nuevo, sin embargo, es como el verano, que produce hierbas y flores.

Las palabras del mismo Cristo Señor, que, mientras era llevado a la muerte, respondió a los que se lamentaban de él sobre el leño verde y seco, y cómo deben ser entendidas.

XIX. Por lo tanto, él también decía a los que se lamentaban de él: «Si en el leño verde hacen esto, ¿qué se hará en el seco?» (Luc. XXIII.) El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de esta manera: Él fue el leño verde, porque produjo toda la verdor de las virtudes, pero sin embargo fue rechazado por los incrédulos; el Anticristo, sin embargo, es el leño seco, porque pisoteando toda la verdor de la justicia, hace secas las cosas que son verdes en la rectitud, por lo que también será reducido a nada. El leño verde también fueron aquellos días, en los cuales los hombres tenían la esperanza de la reparación de todos los dolores, y en los cuales no temían ningún juicio futuro del último tiempo; el leño seco, sin embargo, será cuando la disensión, de la cual habla Pablo, mi vaso elegido, aparezca antes del hijo de perdición, donde también todo dolor sobrevenido conmoverá el cielo y la tierra. Porque el cielo y la tierra serán conmovidos en el juicio futuro, como fue prefigurado en el leño verde, cuando la rueda del firmamento, que tiene muchos signos en sí misma, al caer él, retiró el esplendor de la luz, como también se muestra en las palabras de los profetas mencionadas.

Cuántos disfrutarán de diversos gozos en la Iglesia por el estado recuperado de la justicia, y la abundancia de bienes temporales y espirituales en los días penúltimos durante algún tiempo, con aquella parte de los judíos y herejes que permanecieron en el mal exultando con perniciosa presunción sobre la cercana venida del Anticristo.

XX. En los días mencionados, nubes suavísimas con un aire igualmente suave tocarán la tierra, haciendo que esta exude la verdor de la fertilidad, porque los hombres se prepararán entonces para toda justicia, así como en el tiempo mencionado de la debilidad femenina la fertilidad de la tierra falló, ya que los elementos, violados por los pecados de los hombres, fueron entonces despojados de todos sus oficios. Los príncipes, junto con el resto del pueblo, ordenarán correctamente la justicia de Dios, y prohibirán todas las armas que estaban preparadas para la muerte de los hombres, conservando solo aquellas herramientas con las que se cultiva la tierra y que se refieren a la necesidad del uso humano; y si alguien transgrede esto, será muerto con su propia espada y arrojado a un lugar desierto. Y así como las nubes emitirán una lluvia suave y recta para el fruto de la semilla justa, también el Espíritu Santo derramará el rocío de su gracia con profecía, sabiduría y santidad sobre el pueblo, de modo que este aparecerá entonces como si se hubiera transformado en otro modo de buena conversación. La antigua ley fue una sombra de la vida espiritual, ya que estaba toda señalada a través de la creación, como en invierno todo fruto está oculto en la tierra y no se ve, porque aún no está formado, ni esa ley tenía verano, ya que el Hijo de Dios aún no había aparecido encarnado; pero con su venida, toda ella se transformó en un significado espiritual, mostrando el fruto de la vida eterna en los preceptos del Evangelio, así como el verano produce flores y frutos. En aquellos días habrá un verdadero verano por el poder de Dios, porque entonces todo consistirá en verdad, a saber, sacerdotes y monjes, vírgenes y continentes y los demás órdenes estarán en su rectitud, viviendo justa y bien, desechando toda sublimidad y superfluidad de riquezas, ya que así como por la templanza de las nubes y el aire se producirá entonces la utilidad necesaria de los frutos, también el germen de la vida espiritual se manifestará entonces por la gracia de Dios. La profecía, como se ha dicho antes, será entonces abierta, y la sabiduría será agradable y robusta, y todos los fieles se considerarán en ellas como en un espejo, y entonces también los verdaderos ángeles se adherirán familiarmente a los hombres, viendo en ellos una nueva y santa conversación, ya que ahora, debido a sus pecados fétidos, a menudo se apartan de ellos. Pero entonces los justos se regocijarán tendiendo hacia la tierra de la promesa, esperando la esperanza de la recompensa eterna; y sin embargo, no se alegrarán plenamente, porque verán que el juicio futuro está cerca; y esto lo harán a semejanza de los peregrinos que, tendiendo hacia su patria, no tienen plena alegría mientras aún están en peregrinación. Los judíos y los herejes se alegrarán mucho entonces, diciendo: «Nuestra gloria está cerca, y aquellos que nos fatigaron y expulsaron serán pisoteados.» Sin embargo, muchos paganos se unirán entonces a los cristianos viendo su abundancia de honor y riquezas; y bautizados, proclamarán a Cristo con ellos, como sucedió en el tiempo de los apóstoles; y dirán a los judíos y herejes: «Lo que ustedes llaman su gloria, será muerte eterna, y aquel a quien ustedes llaman su príncipe, verán su fin con el mayor horror y peligro, y entonces se convertirán a nosotros viendo ese día que la estrella de la mañana, María, nos ha mostrado.» Esos días serán fuertes y loables en paz y estabilidad, semejantes a soldados armados que, tendidos en una roca, acechan a sus enemigos, y a quienes persiguen hasta la destrucción, y anunciarán la llegada del último día, porque todo lo que los profetas predijeron de bueno o de gracia, se cumplirá en ellos. La sabiduría, la religiosidad y la santidad se confirmarán en ellos, porque si el Hijo de Dios no hubiera sido predicho por los profetas, y hubiera venido como en un abrir y cerrar de ojos, pronto sería olvidado, como un hombre perdido que, viniendo casi en secreto, será destruido muy rápidamente.

Porque esa misma paz y abundancia de frutos, al ser atribuidas por los hombres a sí mismos y no a Dios, y comenzando de nuevo a caer en la pereza respecto a la religión, serán seguidas por tribulaciones tan grandes como nunca antes se habían desatado en el mundo.

XXI. Sin embargo, en esos mismos días, la justicia y la religión mencionadas se inclinarán a veces en los hombres hacia la fatiga de la debilidad, pero pronto recuperarán sus fuerzas; a veces también surgirá la iniquidad y caerá de nuevo, a veces también guerras, hambre, pestilencia y mortalidad se extenderán, y de nuevo desaparecerán, y todas estas cosas no permanecerán entonces mucho tiempo en un solo estado y tenor, sino que se moverán aquí y allá, de modo que ahora aparecerán, ahora se desvanecerán. Pero incluso en esos días, entre todas estas cosas, como el caballo en el libro Scivias muestra, la petulancia de las costumbres, la jactancia de los espíritus, así como la plenitud de los placeres y otras vanidades sin reverencia surgirán muchas veces en los hombres, porque ellos, descansando en la paz y abundando en frutos, no serán aterrorizados por incursiones de guerras, ni serán constreñidos por la escasez de frutos. Pero atribuyendo esto a sí mismos, no exhibirán el debido honor a Dios, de quien proceden todos los bienes. Por lo tanto, peligros tan grandes seguirán a esa paz y abundancia mencionadas, como nunca antes se habían visto. Porque cuando los hombres residan en tal paz, como se ha dicho, sin temer peligros, vendrán otros días de todos los dolores, en los cuales se cumplirá la voz lamentable de los profetas, y la voz del Hijo de Dios, deseando los hombres la muerte por temor a las continuas aflicciones y diciendo: «¿Por qué nacimos?» y deseando que las montañas caigan sobre ellos. Porque los días anteriores de dolores y calamidades a veces tenían algún alivio y reparación, pero estos estarán llenos de todos los dolores e iniquidades, no cesarán de los males, sino que el dolor se acumulará sobre el dolor, la iniquidad sobre la iniquidad en ellos, y en cada hora el homicidio y la injusticia se considerarán como nada, y así como los animales son matados para comer, así también los hombres serán asesinados en la furia de otros en esos días. Porque cuando las naciones paganas vean a los cristianos residir en paz y ser ricos en sustancia, teniendo una cruel confianza en su fortaleza, dirán: «Invadamos a los cristianos con nuestras armas, porque están sin armas y sin fuerza, y podemos capturarlos y matarlos como ovejas para el matadero.» Y así convocarán desde regiones lejanas a una nación feroz e inmunda, a la que se unirán en fornicación e inmundicia y en todo mal; e invadirán al pueblo cristiano por todas partes con saqueos y batallas, y destruirán muchas regiones y ciudades. También contaminarán las disciplinas eclesiásticas con muchas vanidades e inmundicias, y contaminarán a todos los que puedan de la misma manera. Por lo tanto, esos días manifestarán que otros días peores vendrán, y también revelarán la llegada del hombre perdido, porque así como el inmundo, que siempre se contamina en la inmundicia, no se sacia de ella, así también esos días estarán llenos de inmundicias, y no podrán saciarse de ellas. Lo que David, previendo, dijo con clara voz:

Las palabras de David del salmo XXI en la persona de Cristo y de la Iglesia denunciando las persecuciones de los inicuos, y cómo deben ser entendidas.

XXII. «Repartieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes.» Aunque esto, por la certeza de lo futuro, suena literalmente sobre lo pasado, debe entenderse así sobre lo futuro. Los incrédulos, por la gran destrucción de la infidelidad, dividirán según sus voluntades las ordenaciones de las dignidades seculares y de las operaciones con las que, como con vestiduras, estaba vestido en la Iglesia; y sobre aquellos que eran como mi vestidura, más cercanos a mí en la vida espiritual, echarán muchas vanidades, cuando los aparten de la rectitud de sus caminos, y reducirán a nada todos los derechos de las iglesias por la destrucción, y cuando sobre ellos impongan leyes de iniquidad, para aplastarlos por completo. Pero a estos males también responde el mismo David diciendo: «Tú, Señor, no te alejes de mi ayuda, mira a mi defensa (Salmo XXI).» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de esta manera: Yo, la Iglesia, que debía ser la esposa de tu Hijo, oh Padre celestial, aunque ahora estoy debilitada, clamo a ti, oh Padre de todos, pidiendo que no tardes

en ayudarme, porque mis miembros, que son miembros de tu Hijo, van hacia la destrucción y dispersión, y por eso inclina cuanto antes tus ojos de misericordia para defenderme a mí y a ellos, para que no seamos completamente aplastados por tu abandono.

También la intercesión del Hijo al Padre por la liberación de su cuerpo, que es la Iglesia.

XXIII. Pero también el Hijo habla al Padre con las mismas palabras: «Oh Padre, yo siempre estuve contigo, y tú me enviaste vistiéndome de carne, y así caminé en la tierra, y todo lo que me ordenaste lo cumplí, porque soy tu verdad, y por eso también pusiste a todos mis enemigos bajo mis pies, y sobre ellos estoy, porque están en la parte izquierda, y no pertenecen a ti, porque tu verdadera obra está a tu derecha. También obro esto contigo como habías preordenado antes del comienzo de los días, y juzgo a mis enemigos, como el Señor comprime el escabel de sus pies. Así que inclina tu ayuda hacia mí, vengándome de mis enemigos, porque yo, tu hijo, camino sobre el áspid y el basilisco. Por lo tanto, también mira a mi protección y a la de mis miembros, porque toda la obra que quisiste, y me impusiste, la llevé a cabo para el progreso, y así yo estoy en ti, y tú en mí, y somos uno.» Y nuevamente el mismo Hijo dice al Padre: «Ahora recuerda que la plenitud que fue hecha al principio no debía secarse, porque al principio del mundo miraste el fin del mundo, y no lo olvidaste, como olvidas a aquellos que van a la perdición, y que la plenitud de la generación de los hombres que fue prevista y hecha en el primer tiempo y en el primer hombre, no debía secarse en la deficiencia, porque en ti no fue que los hombres perecieran completamente en sus generaciones antes del tiempo preordenado. Y también cuando creaste al hombre, lo tuviste en ti, es decir, en el consejo antiguo, que tu ojo, es decir, tu ciencia, previendo todo plenamente, disponiendo todo correctamente, nunca se apartaría de lo que estaba preordenado en ti, es decir, que el hombre no perecería completamente por ninguna intemperancia suya, ni que el mundo fallaría, hasta que vieras mi cuerpo en sus miembros, porque los fieles son mis miembros por tu ordenación, lleno de gemas, es decir, perfecto en todos aquellos que confían en ti a través de mí, y te adoran; brillando como gemas en virtudes.»

Porque en ese tiempo, con el pueblo cristiano llevado al arrepentimiento, y afligido con muchas tribulaciones por sus pecados, la gracia divina les asistirá con muchos milagros, como también lo hizo con su antiguo pueblo, y sometidos los enemigos, añadirá a su fe una gran multitud de paganos.

XXIV. Finalmente, cuando las gentes incrédulas y horribles, como se ha dicho antes, invadiendo las facultades y posesiones de las iglesias por todas partes, intenten destruirlas hasta la exterminación, como buitres y halcones que aprietan lo que tienen bajo sus alas y garras, y cuando el pueblo cristiano, afligido de todas las maneras en el arrepentimiento de sus pecados, y no aterrorizado por la muerte corporal, intente resistir en armas, un viento fortísimo del norte, viniendo con una gran nube y con un polvo densísimo, emitirá sus soplos por el juicio divino contra ellos, de modo que sus gargantas se llenen de nube, y sus ojos de polvo, de tal manera que, deponiendo su ferocidad, se conviertan en el mayor estupor. Porque la Santa Divinidad hará entonces señales y milagros en el pueblo cristiano, como también lo hizo con Moisés en la columna de nube, y como el arcángel Miguel luchó en defensa de los cristianos contra los paganos, de modo que los fieles hijos de Dios, yendo bajo su protección, se lanzarán sobre sus enemigos, y serán vencedores de ellos por el poder de Dios, entregando a algunos a la muerte, y expulsando a otros de sus territorios. Por lo tanto, una gran multitud de paganos se añadirá entonces a los cristianos en la verdadera fe, diciendo ellos: «El Dios de los cristianos es el verdadero Dios, que ha hecho tales señales en ellos.» Pero también los vencedores que Dios tendrá en su defensa, alabarán a Dios diciendo: «Alabemos al Señor nuestro Dios; porque verdaderamente se ha magnificado en nosotros, porque en su nombre

hemos sido vencedores. Por lo tanto, también nuestra fortaleza es su alabanza, porque por él hemos superado tanto a sus enemigos como a los nuestros, ya que hemos creído fielmente en él.» Y nuevamente dirán: «Atendamos también a las palabras del Señor en el Evangelio. Se levantará nación de paganos contra nación de cristianos, como ha sucedido en nosotros. Por lo tanto, reconstruyamos las ciudades y villas adyacentes a nosotros que han sido destruidas, y hagámoslas más fuertes y mejor fortificadas de lo que fueron antes, para que no seamos aplastados por tales males como lo hemos sido ahora. Y esto lo cumplirán con todas sus fuerzas, y con toda su sustancia, de manera fuerte y generosa.»

Porque en esos días, con los emperadores romanos cayendo de su antigua fortaleza, el imperio en sus manos disminuirá y decaerá, y también la isla del honor apostólico será dividida, y otros serán puestos como maestros o arzobispos en diversos lugares.

XXV. En aquellos días, los emperadores de la dignidad romana, descendiendo de la fortaleza con la que antes habían sostenido vigorosamente el imperio romano, se volverán débiles en su gloria, de modo que el imperio en sus manos disminuirá y decaerá por el juicio divino, porque ellos, siendo sórdidos y tibios y serviles y torpes en sus costumbres, serán inútiles en todo, y querrán ser honrados por el pueblo; pero no buscarán la prosperidad del pueblo, y por eso tampoco podrán ser honrados y venerados. Por lo tanto, también los reyes y príncipes de muchos pueblos, que antes estaban sujetos al imperio romano, se separarán de él, y no se someterán más a él. Y así el imperio romano se dispersará en decadencia. Porque cada nación y cada pueblo constituirá entonces un rey para sí mismo a quien obedecer, diciendo que la amplitud del imperio romano les había sido más una carga antes que un honor. Pero después de que el cetro imperial haya sido dividido de esta manera, y no pueda ser reparado, entonces también la mitra del honor apostólico será dividida. Porque como ni los príncipes ni los demás hombres de orden tanto espiritual como secular encontrarán entonces ninguna religión en el nombre apostólico, disminuirán la dignidad de ese nombre. También preferirán a otros maestros y arzobispos bajo otro nombre en diversas regiones, de modo que incluso el apostólico en ese tiempo, atenuado en la expansión del honor de su antigua dignidad, apenas entonces mantendrá bajo su mitra a Roma y a pocos lugares adyacentes. Esto sucederá en parte por la incursión de guerras, y en parte también se llevará a cabo por el consejo común y el consenso de los pueblos tanto espirituales como seculares, exhortando a que cada príncipe secular proteja y gobierne su reino y su pueblo, para que cada arzobispo o cualquier otro maestro espiritual constriña a sus súbditos a la rectitud de la disciplina, para que no sean afligidos de nuevo por tales males como fueron afligidos antes por el designio divino.

Porque en ese tiempo, con la iniquidad reprimida y la justicia prevaleciendo, la disciplina de la honestidad y los derechos de las antiguas costumbres florecerán y serán observados, y habrá muchos profetas, y los secretos de las Escrituras se revelarán a los sabios, mientras que muchas herejías surgirán por todas partes, anunciando la cercana llegada del Anticristo.

XXVI. Y entonces nuevamente la iniquidad yacerá algo débil, a veces también intentará levantarse; pero la justicia permanecerá en su rectitud por un tiempo, de modo que los hombres de esos días se convertirán a las antiguas costumbres y disciplinas de los hombres antiguos en honestidad, y las mantendrán y observarán, como los antiguos solían mantenerlas y conservarlas. Pero también entonces cada rey y príncipe, y cada obispo de dignidad eclesiástica, se corregirá a sí mismo en otro, cuando vea a otro observar la justicia y vivir honestamente, y cada nación tomará corrección de otra, cuando la oiga progresar en el bien y levantarse a la rectitud. El aire también será entonces nuevamente suave, y el fruto de la tierra útil, y los hombres se volverán sanos y fuertes. En esos días también habrá muchas profecías y muchos sabios, de modo que incluso los secretos de los profetas y de otras Escrituras se

revelarán entonces plenamente a los sabios, y sus hijos e hijas profetizarán, como se predijo hace mucho tiempo, y esto se hará en tal pureza de verdad, que los espíritus aéreos no podrán hacer burla de ellos entonces. En el mismo espíritu profetizarán en el que los profetas anunciaron los secretos de Dios en tiempos antiguos, y en la semejanza de la doctrina de los apóstoles, cuya doctrina estaba por encima de todo entendimiento humano. Mientras tanto, también surgirán tantas herejías y tantas torpezas con otros males, que también mostrarán que el Anticristo está cerca, de modo que los hombres de esos días dirán que tales crímenes y tales inmundicias no habían sido antes como han aparecido en sus días. Lo que también el cerdo descrito en el libro Scivias manifiesta, porque mientras la justicia reina a veces, la iniquidad la ataca; y mientras a veces la iniquidad prevalece, la justicia la confunde, porque el mundo nunca permanece en un solo estado.

Sobre la calidad de los juicios del poder divino que se manifestarán cerca del fin del mundo, y porque entonces la mayor parte de los hombres, abandonando la sinceridad de la fe católica, se convertirán al hijo de la perdición.

XXVII. Ahora bien, oh hombre, lo que ves, ya que la parte exterior mencionada de la rueda antes mencionada finalmente aparece como una tormenta turbulenta y tempestuosa, es decir, cerca del final de la misma mitad donde la línea mencionada está unida a la rueda, esto demuestra que los juicios del poder de Dios serán turbulentos y tempestuosos en esos días, cuando no encuentren ni la pureza ni la tranquilidad de la fe católica en los corazones de los hombres incrédulos cerca del final de la fortaleza en la que el mundo ahora prospera, es decir, donde la voluntad de Dios está tan unida a su poder, que está en la voluntad de Dios cuando el mundo y lo que hay en el mundo se terminen por su poder, porque los hombres de ese tiempo huirán de la sinceridad y estabilidad de la verdadera fe, y se apartarán del verdadero Dios convirtiéndose al hijo de la perdición, quien, perturbando todas las instituciones eclesiásticas, inducirá grandes tormentas de adversidad a los fieles que le resistan. Pues cuando, después de muchas tribulaciones que los hombres habrán soportado en las invasiones de pueblos extranjeros, y en sí mismos con la división del imperio, ya se hayan asentado como en tranquilidad, de nuevo de repente surgirán muchas herejías y muchas contradicciones de la dignidad eclesiástica. Sobre la concepción y nacimiento del Anticristo, y que desde el principio estará lleno del espíritu diabólico, y oculto y nutrido en lugares secretos, será instruido en todas las artes mágicas hasta la edad adulta; y cuánta perturbación e incertidumbre habrá en esos días en el mundo o en la Iglesia.

XXVIII. También una mujer impura en ese tiempo concebirá un hijo impuro, porque la antigua serpiente, que devoró a Adán, lo inflará de esta manera con toda su multitud, de modo que nada bueno entre en él, ni pueda estar en él. Pues será nutrido en lugares ocultos y diversos, para que no sea conocido por los hombres, y será instruido en todas las artes diabólicas, y será ocultado hasta los días completos de su edad, y no manifestará las perversidades que estarán en él, hasta que se reconozca pleno y sobreabundante en todas las iniquidades. Desde el principio de su nacimiento surgirán muchas contiendas y muchas contradicciones de las ordenaciones rectas, y la justicia ardiente será oscurecida de su rectitud, y la caridad se extinguirá en los hombres. En ellos también surgirá amargura y aspereza, y habrá tantas herejías, que incluso los herejes predicarán abiertamente y sin dudar sus errores; y habrá tanta duda e incertidumbre en la fe católica de los cristianos, que los hombres dudarán a qué Dios invocar; y aparecerán muchas señales en el sol, y la luna, y en las estrellas, y en las aguas, y en los demás elementos y criaturas, de modo que incluso como en una pintura en sus portentos anunciarán los males futuros. Por lo tanto, también tanta tristeza ocupará a los hombres en ese tiempo, que considerarán morir como algo

insignificante. Pero aquellos que entonces sean perfectos en la fe católica, esperarán con gran contrición lo que Dios quiera ordenar. Y estas tribulaciones procederán de esta manera: hasta que el hijo de la perdición abra su boca a la doctrina contraria. Pero cuando él pronuncie las palabras de su falsedad y engaños, el cielo y la tierra temblarán, y la cadena del collar de la justicia que Pablo hizo descender hasta los pies de la misma virtud, como se ha dicho antes, será movida por primera vez como tocada por un gran soplo de viento, porque hasta ese tiempo permanecerá incommovible e inquebrantable. Pues Pablo fortaleció su doctrina con muchos milagros tan firmemente, y la decoró con palabras profundísimas tan honestamente, que así perdurará hasta el fin del mundo, como también esta misma cadena descendiendo hasta los pies de la misma justicia como hasta el fin del mundo lo demuestra. Él mismo también habló a los creyentes por la verdad en la elevación de su espíritu sobre la segunda venida del Hijo de Dios, y sobre el mortal ataque del hijo de la perdición diciendo:

Testimonios de la Epístola de Pablo a los Tesalonicenses anunciando el fin del mundo y la venida y obras y juicio del Anticristo, y cómo deben ser entendidos.

XXIX. «Ni os dejéis perturbar, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera enviada por nosotros, como si el día del Señor estuviera cerca. Que nadie os engañe de ninguna manera, porque no vendrá sin que primero venga la apostasía, y se revele el hombre de pecado, el hijo de la perdición, que se opone y se exalta sobre todo lo que se llama Dios o es objeto de culto, de modo que se siente en el templo de Dios, mostrándose como si fuera Dios (II Tes. II).» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de esta manera: Vosotros que sois de Dios, y que creéis en sus palabras, sed cautos para que no os perturbéis en vuestros corazones con ningún terror, ni con engaño espiritual, ni con seducción verbal, ni por escritos como si fueran dirigidos a vosotros verdaderamente, como si estuviera presente el día en que el Creador de todos revelará los secretos de los corazones. También tened cuidado de que nadie os incline a la seducción por hechos ilusorios y fantásticos, porque no vendrá el tiempo en que la sublimidad eclesiástica será disipada, y en que la verdadera fe será pisoteada, lo que se entiende como apostasía, que ocurrirá en el tiempo del hijo malvado cuya madre es impura, sin saber de quién ha concebido, y se manifestará aquel que será el hombre de pecado, porque desde su inicio estará totalmente lleno de pecados, por lo que será pecador, recitando y recopilando todos los pecados, y el hijo de la perdición más cruel porque permanecerá totalmente en la perdición; enseñando a los hombres lo que es contrario a Dios, a quien también el seductor del género humano inflamará, como él mismo comenzó a enloquecer al principio, cuando quiso ser semejante a Dios; por lo tanto, también se opondrá a todos los que adoran a Dios, y se exaltará sobre toda criatura llamándose Dios, y ordenando que sea adorado como si fuera Dios, no creáis, como si estuviera presente el día del Señor, es decir, cuando juzgará el mundo cuando el mundo llegue a su fin. Y nuevamente el mismo Pablo, infundido por el Espíritu Santo, dice: «Porque el misterio de la iniquidad ya está en acción, solo que hay quien lo detiene hasta que él mismo sea quitado de en medio (ibid.)» El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de esta manera: La sugerencia oculta ya se manifiesta en las obras de los herejes, en las que el persuasor de la iniquidad lanza sus dardos, queriendo oprimir la verdad de la verdadera fe; por lo tanto, con recta intención, y buen esfuerzo, este estudio debe estar en el hombre fiel, para que quien tiene la fe apostólica y verdaderamente católica, ahora la mantenga con firme estabilidad inquebrantable, hasta que de en medio de lo que está entre su origen y su fin sea quitado, porque en los tiempos del hijo de la perdición la fe declinando de su fortaleza, ya debilitada se inclinará. Pues quien tiene la sublimidad eclesiástica en Dios y la fe recta tiene algo grande, porque por ella entrará en el reino celestial; pero quien no tiene fe no tiene nada, porque irá a la perdición; y así también el

hombre está en medio del poder de Dios, porque antes de que el hombre fuera formado Dios era, y después de que el hombre termine corporalmente Dios en su virtud perdura.

Que el antiguo enemigo, que primero venció al hombre seduciéndolo, y siendo vencido por el hombre Cristo, pensando que puede vencer nuevamente por otro hombre, el Anticristo, por justa permisión de Dios, le infundirá toda su maldad, para que se esfuerce en atacar la fe católica y destruir la doctrina de Cristo.

XXX. Pues el antiguo enemigo, a quien la fortaleza de la divinidad arrojó al lago del abismo, como el plomo cae en aguas vehementes, porque quiso establecer la iniquidad, cuando Dios es justo y veraz, y no tiene semejante, porque subsistiendo eternamente por sí mismo hizo todo de la nada, porque había vencido al primer hombre, por otro hombre, es decir, el Anticristo, estima que puede completar lo que una vez comenzó, cuando intentó luchar contra Dios. Pues el Anticristo, infundido por el diablo, cuando abra su boca a la doctrina perversa como se ha dicho, destruirá todo lo que Dios había establecido en la antigua y en la nueva ley, y afirmará que el incesto y otras cosas similares no son pecados. Pues dirá que no es pecado si la carne calienta a la carne, así como tampoco lo es si el hombre se calienta por el fuego, afirmando también que todos los preceptos de castidad fueron hechos por ignorancia, porque cuando un hombre es caliente y otro frío, deben templarse mutuamente con calor y frío. Y nuevamente dirá a los fieles: «Vuestra ley de continencia está establecida contra el modo de la naturaleza, es decir, que el hombre no debe ser caliente, en cuyo aliento hay fuego, que incendia todo el cuerpo del hombre. ¿Y cómo puede este ser frío contra su naturaleza? ¿Pero por qué razón el hombre dejaría de calentar otra carne? Pues el hombre que decís que es vuestro maestro os dio una ley que está por encima del modo, porque así os ordenó ver. Pero yo digo: Estad en estos dos modos, es decir, de calor y frío, y calentaos mutuamente, y considerad que el hombre mencionado os dio preceptos injustos, porque aunque ordenó que los hombres no se calentaran mutuamente, ellos sin embargo adoraron su naturaleza carnalmente. Ved, pues, que no seáis seducidos por una doctrina injusta de ahora en adelante, porque en mí está lo que podéis hacer o no, ni vuestro maestro os propuso proposiciones rectas, quien quiso que fuerais como el espíritu que no está cubierto de carne, y que no obra, cuando la carne nacida de los hombres no fue creada así, que es infundida y formada por el fuego, porque si no se crearan hijos, no tendrían la posibilidad de obrar. Por lo tanto, sabed lo que sois. Pues aquel que primero os enseñó os engañó, y en nada os ayudó: pero yo os infundo, para que os conozcáis a vosotros mismos, y para que sepáis lo que sois porque os creé, y soy todo en todos; pero él asignando todas sus obras a otro no hablaba de sí mismo, porque de sí mismo no podía nada; pero yo hablo de mí mismo, y por mí mismo puedo todo.» Con estas palabras y otras similares este infeliz hijo de la perdición seducirá a los hombres, enseñándoles a vivir según el gusto ígneo de la carne, y a cumplir toda la voluntad de su carne, cuando tanto la ley antigua como la nueva invitan a los hombres a la castidad, de modo que la castidad no exceda su medida. Y de esta manera Lucifer negará la justicia de Dios, y todo lo que comience a hacer, pensando que puede completarlo por sí mismo, creará que el Jordán fluye en su boca de modo que el bautismo ya no será nombrado, sino que lo rechazará hacia atrás, como él mismo fue rechazado por el bautismo. Por lo tanto, dominando así, pensará que puede subyugar a tal número de personas, que el Hijo de Dios tendrá un pequeño número de fieles en comparación con su número.

Por qué el Anticristo es llamado hombre de pecado y hijo de la perdición por el Apóstol, y testimonio del Apocalipsis de Juan adecuado para esto, y cómo debe ser entendido, y que el diablo ha tenido seguidores tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, engañando a unos por ídolos, a otros por herejes.

XXXI. También el mencionado hombre de pecado es llamado hombre, porque completará todos los males, y porque todos ellos se derramarán sobre él, y es llamado hijo de la perdición, porque la muerte y la perdición dominarán sobre él, y, como se ha dicho, seduciendo a la multitud de pueblos con modos perversos y nefandos, se atraerá a sí mismo, y hará que lo adoren como a Dios, como también Juan describiendo su ferocidad bajo la imagen de la bestia por la manifestación de la verdad dice: «Y la adoraron todos los que habitan en la tierra, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero (Apoc. XIII).» El entendimiento de esta sentencia también debe ser tomado de esta manera sobre el futuro: Adorarán inclinados de cuerpo y mente a la bestia de la iniquidad, quienes fijarán la habitación de sus corazones en las cosas terrenales, cuyos nombres no están escritos con signos de santidad en la eternidad de la vida de aquel, en cuya boca no se halló engaño. Por lo tanto, estará en perdición quien adore al hombre perdido escribiendo sus obras, y quien lleve en su corazón los escritos de Satanás, quien fue expulsado por Dios, porque quiso ser Dios por sí mismo. Por lo tanto, también fue llamado muerte, porque huyó de la vida, en la que no se encuentra mortalidad, sino que vivifica todo. Y todos estos que se adhieran a este hijo de perdición haciendo sus obras, no serán escritos en el libro de la vida del Cordero, porque este Cordero es el Verbo de Dios por cuyo verbo toda criatura fue hecha. Pero el diablo ha tenido seguidores tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento; en el Antiguo por Baal; en el Nuevo por los Saduceos, que son sus nervios en el cisma, porque violaron primero la ley de Dios, que es la raíz de la justicia, en la que los patriarcas y profetas estaban ocultos, con las inmundicias de Baal; pero también aquellos que después en el Nuevo Testamento con los Saduceos negaron la resurrección en la aflicción de la justicia porque las ramas de la raíz mencionada son el evangelio, y el fruto de las ramas es el testimonio de Cristo, que destruyó fuertemente los ídolos de Baal y los Saduceos. Pero sin embargo, de estos procederán herejes, que contradirán la condición de la primera germinación, y el error de estos será peor que el anterior, porque negarán a Dios en su creación, y en las almas vivientes por completo. Pero todos estos adorarán a la infeliz bestia, es decir, al hombre perdido, y abandonando la fe del Dios omnipotente dirán, que nada les perjudica, si descuidan los preceptos de Dios.

Sobre las señales o portentos y tempestades que hará por artes mágicas, y cómo simulando morir y resucitar hará que una escritura inventada por el engaño del diablo se describa en las frentes de sus seguidores, por la cual engañados no podrán ser separados de él.

XXXII. Y así la infidelidad de ellos desciende al mencionado cabeza de oro del leopardo en la cadena del collar, que designa al Anticristo, quien llamándose Dios como cabeza de oro, hará horribles portentos y grandes tempestades por artes diabólicas y por la excitación de los elementos, lo que Dios permitirá que suceda, para que toda la raza humana reconozca su caída. Pues también por eso simulará morir por la redención de su pueblo y resucitar por resurrección, y hará que se escriba una escritura en las frentes de sus seguidores, por la cual les infundirá todo mal, como también la antigua serpiente engañando al hombre, teniéndolo luego en su captura, lo incendió con lujuria, y por la misma escritura contra el bautismo, y contra el nombre cristiano los infundirá con arte mágica de tal manera que no deseen apartarse de él, y que según él, como los cristianos según Cristo, todos sean llamados. Esta escritura Lucifer la tuvo en sí mismo durante mucho tiempo, y no la reveló a ningún hombre, excepto a este solo, a quien poseerá totalmente en el vientre de su madre. Por lo tanto, también confía en poder completar toda su voluntad por él. Pero este hombre perdido tendrá su alma, y que vive no del diablo sino de Dios, ya que incluso el infelicitísimo inquisidor de la antigua seducción, que odia todo lo bueno, recibió su vida de Dios. Pues solo Dios es vida, y todo aliento, y todo lo que vive se mueve por él, porque él solo es el principio sin principio. Y así como Lucifer luchó contra Dios en el cielo, también intentará luchar contra la humanidad

del Hijo de Dios en la tierra por este hombre perdido. Y esto lo hará por esta escritura, por la cual negará a Dios y al Creador de todo, confiando en que puede conferir a sus seguidores una mayor iluminación de dones, que Cristo el Hijo de Dios ha conferido a los que creen en él. Pero esta escritura no ha sido vista ni inventada en ninguna lengua antes, porque Lucifer la inventó primero en sí mismo, y la presentará con el engaño con el que seduce a los hombres para que no reconozcan a su Creador; y por ella engañará a los infieles de tal manera que no se esfuercen en adorar otra cosa que lo que vean que le agrada. Pues dirá este hijo de perdición que así como un árbol cortado se deposita, hasta que el pintor lo componga y adorne, para que sea venerado por todos, así también el hombre nacido carece de honor, hasta que esta escritura sea exaltada, porque hay mayor salvación y virtud en ella que en la creación del hombre. Pero Dios destruirá todos los esfuerzos de esa escritura con su autor; pero la escritura que el Espíritu Santo dio no pasará. Y cuando comience a reunir con estos falsos signos a todo tipo de hombres hacia él, los santos y justos temblarán con gran temor.

Promesa de Dios sobre la restitución de Enoc y Elías, y cómo se tratará con ellos mientras tanto, y cómo se comportarán entre los hombres cuando sean restituidos en las adversidades, y con cuánta potencia de predicación y milagros brillarán contra el Anticristo, de quien sin embargo serán martirizados junto con innumerables otros y partirán del mundo, y el número de los mártires bienaventurados será llevado a la plenitud de la perfección debida.

XXXIII. Pero yo, que soy, recordaré cómo formé al primer hombre, y de qué manera preveía todas las obras con las que Lucifer lucharía contra mí a través del hombre, y cómo señalé las santas virtudes para luchar contra él, tal como hice en Enoc y Elías, a quienes elegí del linaje de los hombres que se habían adherido a mí con todo su deseo. Y en el tiempo final mostraré a los hombres para que reciban con confianza el testimonio de estos dos testigos. Pues en mi misterio los instruyo, y les manifiesto las obras de los hombres, de tal manera que las conocen como si las hubieran visto corporalmente; y son más sabios que los escritos y discursos de los sabios. Porque cuando fueron corporalmente arrebatados de entre los hombres, todo temor y temblor les fue quitado, de modo que soportan con ecuanimidad todo lo que les rodea, y yo los guardo en lugares secretos sin ninguna lesión corporal. Y cuando el hijo de la perdición vomite su doctrina perversa, la misma fuerza que antes los había arrebatado de entre los hombres, los devolverá como en un viento, y mientras permanezcan en la tierra con los hombres, siempre serán alimentados después de cuarenta días, tal como también mi Hijo, después de cuarenta días, tuvo hambre. Estos fuertes y sabios son significados por la cabeza del capricornio en la mencionada cadena del collar de la justicia, porque así como el capricornio es fuerte y asciende a lo alto, así ellos serán fuertes en mi poder, elevándose rápidamente a la altura de mis milagros. Pues tendrán tal poder en mis milagros, que harán señales mayores en el firmamento y en los elementos, y en las demás criaturas que el hijo de la perdición, de modo que las señales engañosas de este serán burladas por las verdaderas señales de aquellos. Por lo cual, debido al excesivo poder de sus milagros, de todos los pueblos los hombres correrán hacia ellos creyendo en sus palabras, y al martirio que el hijo de la perdición les infligirá, apresurándose con fe ardiente como a un banquete, de modo que incluso a los asesinos de ellos les cansará contar a los muertos por la excesiva multitud, porque la multitud de su sangre será derramada como un río de aguas. Pero finalmente, cuando el hijo de la perdición no pueda vencer a estos dos hombres de verdadera santidad ni con halagos ni con amenazas, ni oscurecer sus señales ni milagros, ordenará que sean consumados con cruel martirio, y que su memoria sea completamente borrada de la tierra, para que no haya ningún hombre en toda la tierra que se atreva a resistirle. Entonces, como se ha dicho antes, el número áureo de los bienaventurados mártires, que en la Iglesia primitiva fueron muertos por la verdadera fe, será llevado a la plenitud de su

perfección en estos mártires que serán muertos en el error del tiempo final, porque este tiempo que todo lo pisotea y todo lo devora, designa al lobo que se describe en el libro Scivias, porque así como el lobo devora en su rapacidad todo lo que puede, así también en ese tiempo los fieles que creen en el Hijo de Dios serán absorbidos. Por lo cual, el mismo Hijo de Dios dice de nuevo al Padre como se ha dicho antes:

También la intercesión del Hijo al Padre mostrando sus heridas a los mismos hombres para que les perdone, y exhortando a esos mismos hombres a que doblen sus rodillas ante el Padre para que tenga misericordia de ellos.

XXXIV. «Ya me fatiga, porque por tu ordenación estoy revestido de carne, que mis miembros, es decir, aquellos que se adhirieron a mí por el sacramento del bautismo, no se apartan de mí, y que van a la burla de la ilusión diabólica, cuando escuchan y veneran al hijo de la perdición, de los cuales, sin embargo, recojo a los caídos, pero a los rebeldes y perseverantes en el mal los rechazo. Padre, porque yo soy tu Hijo, mira con aquella caridad con la que me enviaste al mundo, y considera mis heridas, con las que por tu mandato redimí al hombre, y te las muestro para que también tengas misericordia de aquellos a quienes redimí, y no permitas que sean borrados del libro de la vida; sino que por la sangre de mis heridas los recojas en penitencia hacia ti, para que aquel que se burla de mi encarnación y pasión no se enseñoree de ellos en la perdición. Por tanto, ahora, todos los hombres que desean abandonar a la antigua serpiente y regresar a vuestro Creador, consideren que yo, el Hijo de Dios y del hombre, muestro mis heridas a mi Padre por vosotros. Por lo cual también vosotros, que muchas veces inclinasteis vuestras rodillas a la vanidad de la iniquidad contraria, doblenlas ante vuestro Padre que os creó, y que os dio el aliento de vida, en la pureza de la fe, confesando plenamente vuestros pecados de corazón, para que a vosotros, que estáis en la aflicción tanto del cuerpo como del alma, os extienda su mano fuerte e invencible, para que os libre del diablo y de todo mal.» Así habla el Hijo al Padre, y le encomienda sus miembros, y los castiga, para que se adhieran a su verdadera cabeza, no sea que la perdición del primer y último traidor los absorba. Pues cada vez que el omnipotente Padre se irrita por las obras perversas de los hombres, su Hijo le muestra sus heridas, para que por ellas perdone a los hombres, porque él no perdonó a su cuerpo, para que la oveja que le había sido arrebatada fuera recuperada en su sangre; y por eso también las mismas heridas de él permanecerán abiertas mientras el hombre permanezca en el mundo pecando. Por lo cual, el mismo Hijo de Dios requiere de los hombres que doblen sus rodillas ante su omnipotente Padre, cada vez que sus juicios lo merezcan, para que por sus heridas, que sufrió en la carne y que su Padre siempre contempla, los libre de todo mal.

Que Enoc y Elías, resucitados de la muerte ante los ojos de todos y elevados a las nubes, y la resurrección de los muertos serán confirmadas de todas maneras, y la antigua serpiente será excitada a la máxima furia por el hijo de la perdición contra Dios y los santos.

XXXV. Pero después de que Enoc y Elías hayan sufrido la muerte corporal por el hijo de la perdición, sus seguidores se alegrarán mucho, porque verán que han fallado; pero luego, cuando el espíritu de vida los resucite y los eleve a las nubes, su alegría se convertirá en temor y tristeza y en gran admiración. Pues por la resurrección y elevación de estos, yo, el omnipotente, probaré que la resurrección y vida de los muertos no puede ser contradicha por ninguna repugnancia de los incrédulos, sin que en ese día, cuando los elementos, con los que el hombre pecó, sean purificados, el hombre también resucite de la muerte, y sea restituido a una mayor claridad de la que fue creado antes, por la penitencia que agrada a Dios; porque así como toda la estructura del hombre se mueve por la penitencia, así también él mismo con la voz lúgubre de la penitencia mueve el cielo, y alaba a Dios con los querubines con todo.

Entonces la antigua serpiente se conmoverá a gran ira por la resurrección de estos, y llevará al hombre perdido a la estimación de que posea el trono del que fue expulsado, para que por esto la resurrección de los mencionados hombres y la memoria del Hijo de Dios sean completamente borradas de los hombres, y hablará en sí mismo, diciendo: «En este hijo mío haré ahora una batalla mayor que la que hice antes en el cielo, y cumpliré toda mi voluntad a través de él, y ni Dios ni hombre podrán resistir a esta mi voluntad, y sé y reconozco que no podré ser superado. Por lo cual, en todo seré victorioso. Y luego el mismo hijo de la perdición convocará a una multitud de pueblo, para que vea manifiestamente su gloria, cuando intente ir por encima de los cielos, de modo que también si algo de la fe católica ha permanecido inquebrantable en la Iglesia, por su ascensión se desvanezca por completo. Pero cuando, estando el pueblo presente y oyente, ordene a los elementos superiores que lo reciban al ir al cielo, se cumplirán las palabras de Pablo, mi fiel, que lleno del espíritu verídico dice:»

Que aquel inicuo en su presunción revelado, cuando estando la multitud del pueblo presente y oyente ordene a los elementos superiores que lo reciban al ir al cielo, según el testimonio del Apóstol, será muerto por el espíritu de la boca del Señor Jesús, y que al ver esto se convertirán a la verdadera fe dejando el error, y así toda la altivez del diablo será derribada.

XXXVI. «Pero entonces será revelado aquel inicuo, a quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca (II Tes. II). El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de esta manera: En ese tiempo será desnudado aquel hijo de iniquidad, y a todo el pueblo le aparecerá que era un mentiroso, cuando haya tomado la presunción de ascender a los cielos, porque en esa presunción el condenador y salvador de los pueblos, que es el Hijo de Dios, lo matará, y lo hará con aquella fortaleza con la que él, siendo el Verbo del Padre, juzgará con justo juicio todo el orbe de la tierra. Pues cuando este hijo de la perdición se haya elevado por arte diabólica, será derribado por la virtud divina, y el hedor de azufre y pez lo recibirá, de modo que incluso los pueblos presentes huirán a los refugios de los montes. Tal terror ocupará a los que vean y oigan esto, que renunciando al diablo y a su hijo, se convertirán a la verdadera fe del bautismo. Por lo cual, la antigua serpiente, atónita, rechinando en sí misma, dirá: «Y nosotros hemos sido confundidos. De ahora en adelante no podremos someter a los hombres como lo hemos hecho hasta ahora.»

Porque después de la ruina del Anticristo, la gloria del Hijo de Dios será amplificada, y todos los que creen en él lo alabarán con voz humilde, y el testimonio del Apocalipsis de Juan que corresponde a esto, y en qué sentido debe ser entendido.

XXXVII. Pero también todos los que creen fielmente en el Hijo de Dios lo alabarán con voz llorosa y laudable, como está escrito por mi amado y verídico testigo: «Ahora ha venido la salvación, y el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo, porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba ante nuestro Dios día y noche. Y ellos lo vencieron por la sangre del Cordero, y por la palabra de su testimonio, y no amaron sus vidas hasta la muerte (Apoc. XII). El entendimiento de esta sentencia debe ser tomado de esta manera: Ahora, con el diablo vencido, y su hijo el Anticristo derribado, ha venido por disposición suprema la salvación, sin temer ningún peligro diabólico, y el poder que todo lo aplasta, y el reino que domina sobre todos, que están bajo el gobierno de nuestro Dios, y la autoridad invencible de Cristo, es decir, su Hijo, a quien ha constituido verdadero Sacerdote sobre la salvación de las almas. Pues ha sido arrojado a la condenación eterna el acusador más pertinaz e insidioso inquieto de aquellos que, siendo hijos de Dios como nosotros, tendrán la herencia suprema con nosotros, que los acusaba con diversas sugerencias a los que consentían, ante la vista del supremo Creador y Juez, y esto lo hacía en todo tiempo tanto en la transgresión espiritual como en la secular, porque el hombre siempre peca. La primera

batalla del ángel perdido, con la que luchó contra Dios, queriendo ser Dios, Dios la venció, y en ella también previó la última batalla que iba a tener con él, cuando derribó a su hijo, y cuando lo confundió completamente a través de él. Y ellos que verdaderamente confiesan a Dios lo vencieron cuando no le consintieron por la sangre del Cordero, por la cual fueron redimidos, y por la cual también, soportando muchas adversidades en sus cuerpos, se convirtieron en vencedores, y por la palabra, es decir, la doctrina que testificó en la fe católica, que también se extiende desde aquella palabra por la cual todas las criaturas procedieron, y no amaron sus vidas reteniéndolas en sus cuerpos, sino que las hicieron preceder a la muerte de sus cuerpos, cuando sometieron sus cuerpos a la muerte temporal en muchas pasiones, donde también devolvieron sus almas al omnipotente Dios. Pues los mártires corrieron hasta la muerte, y antes de negar al Hijo de Dios se sometieron a las pasiones, y por eso también Abel, y los profetas, y los demás mártires que hasta el último día fueron muertos por Dios, dan testimonio del Hijo de Dios, que también él en la voluntad del Padre derramó su sangre por ellos. Así que la guerra del hijo de la perdición ha terminado de esta manera, y él ya no aparecerá en ninguna cultura. Por lo cual, regocíjense, los que tienen su morada en el cielo y en la tierra. Después de la caída del Anticristo, la gloria del Hijo de Dios será amplificada.

Epílogo del libro mismo, en el que por su obra, es decir, por la reparación del hombre, se ofrece alabanza a Dios con voz celestial, y esta pequeña obra con su autor se encomienda diligentemente a Dios y a sus fieles.

XXXVIII. Y de nuevo escuché una voz del cielo que me enseñaba estas palabras: Ahora sea la alabanza a Dios en su obra, es decir, en el hombre, por cuya reparación hizo grandes batallas en la tierra, y a quien se dignó elevar sobre los cielos, para que junto con los ángeles alabe su rostro en aquella unidad en la que es verdadero Dios y hombre. Pero el mismo Dios omnipotente se digne ungir con el óleo de su misericordia a la pobre forma femenina por la cual produjo esta escritura, porque ella vive sin ninguna seguridad, ni tampoco tiene el conocimiento de la edificación de las Escrituras, que el Espíritu Santo propuso para la instrucción de la Iglesia, y que son como el muro de una gran ciudad. Pues desde el día de su nacimiento está atrapada en los dolores de las enfermedades, como en una red, de modo que en todas sus venas, médulas y carnes, es atormentada por dolores continuos, y sin embargo no ha sido del agrado del Señor disolverla, porque a través de la cavidad del alma racional ve espiritualmente algunos misterios de Dios. Pero esta visión ha atravesado las venas de ese hombre de tal manera que ella, por causa de ella, a menudo se conmueve con mucha fatiga, trabajando en la fatiga de la enfermedad, a veces más levemente, a veces más gravemente. Por lo cual también tiene costumbres ajenas a las de los diversos modos de los hombres, como un niño, cuyas venas aún no están tan llenas como para poder discernir las costumbres de los hombres. Pues ella es oficial con la inspiración del Espíritu Santo, y tiene una complexión del aire; por lo cual, de ese mismo aire, de la lluvia, del viento, y de toda tempestad, la enfermedad le está tan fijada, que no puede tener en sí misma la seguridad de la carne, de lo contrario la inspiración del Espíritu Santo no podría habitar en ella. Pero el Espíritu de Dios, con gran fuerza de su piedad, a veces la resucita de esta enfermedad como con el rocío de un cierto refrigerio de la muerte, para que pueda vivir en el mundo como oficial con la inspiración del Espíritu Santo. Pero el Dios omnipotente, que conoce verdaderamente toda la fatiga de la pasión de ese hombre, se digne perfeccionar su gracia en ella, para que su piedad sea glorificada en esto, y su alma, cuando haya migrado de este mundo, se regocije de ser recibida y coronada clementemente por él en la gloria eterna. Pero el libro de la vida, que es la escritura del Verbo de Dios, por el cual apareció toda criatura, y que había preordenado la vida de todos según la voluntad del Padre eterno, expiró, produjo

esta escritura no por ninguna doctrina de la ciencia humana, sino por una forma femenina simple e indocta como le plació maravillosamente. Por lo cual, ningún hombre sea tan audaz como para añadir algo a las palabras de esta escritura aumentando, o quitar disminuyendo, no sea que sea borrado del libro de la vida, y de toda bienaventuranza que está bajo el sol, a menos que sea por la corrección de las letras, o de las palabras, que fueron pronunciadas simplemente por la inspiración del Espíritu Santo. Quien presuma de otra manera, peca contra el Espíritu Santo. Por lo cual, ni aquí ni en el siglo futuro le será perdonado. Ahora de nuevo sea la alabanza al Dios omnipotente en todas sus obras antes del tiempo, y en el tiempo, porque él es el primero y el último. Pero estas palabras sean recibidas por los fieles con devoto afecto del corazón, porque fueron producidas para la utilidad de los creyentes por aquel que es el primero y el último.